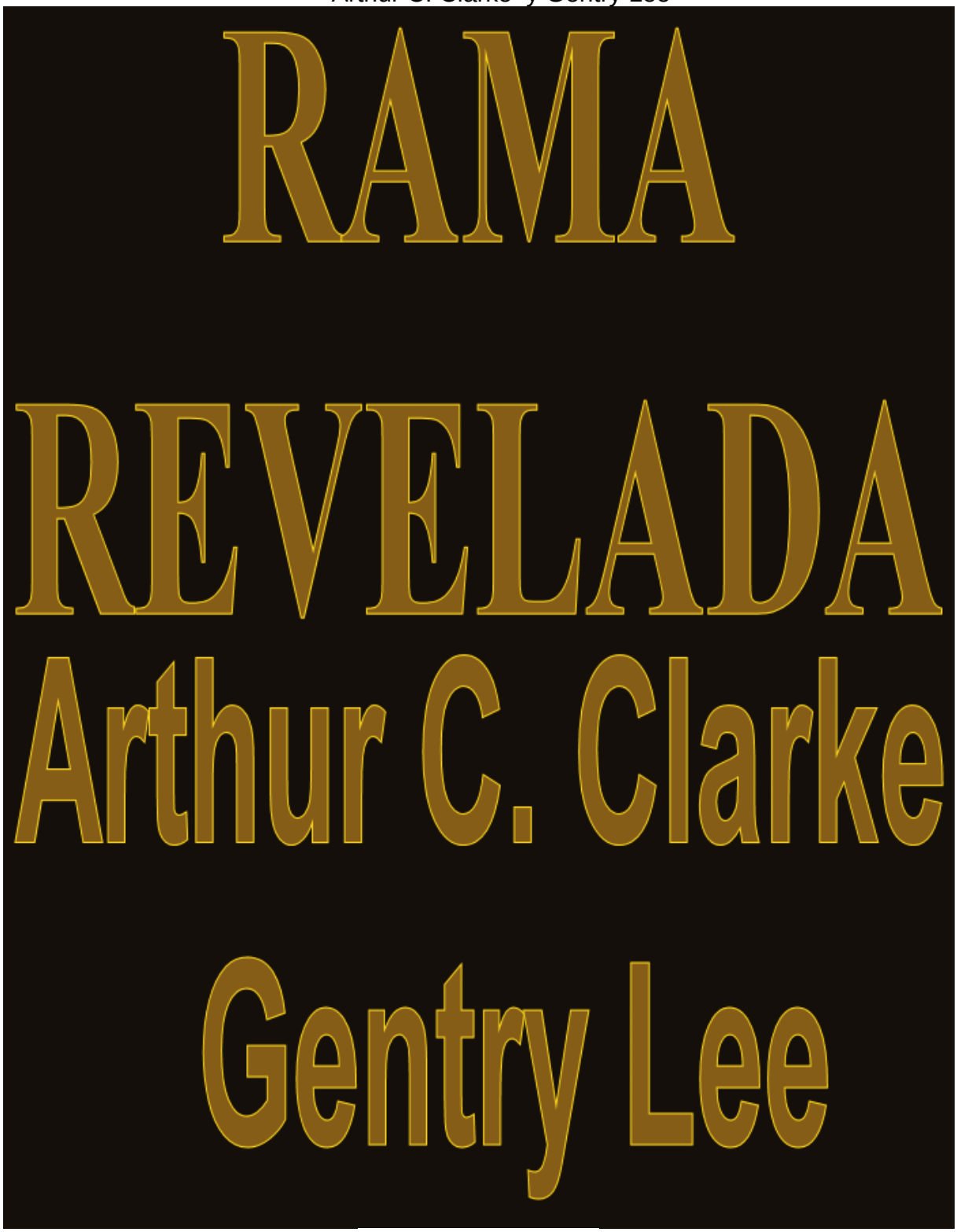


LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

En uno de los más distantes brazos en espiral de la galaxia de la Vía Láctea, una estrella amarilla, solitaria y poco discernible, describe lentamente su órbita en torno del centro de la galaxia, a unos treinta mil años luz de distancia. Esta estrella estable, el Sol, tarda doscientos veinticinco millones de años para completar una revolución en su órbita galáctica. La última vez que el Sol estuvo en su posición actual, gigantescos reptiles de terrible poder habían empezado a imponer su dominio sobre la Tierra, un pequeño planeta azul que es uno de los satélites del Sol.

Entre los planetas y los demás cuerpos de la familia del Sol, es únicamente en esta Tierra donde alguna forma compleja y duradera de vida logró desarrollarse. Sólo en este mundo especial los compuestos químicos evolucionaron hasta adquirir conciencia y después preguntarse, a medida que empezaban a entender las maravillas y las dimensiones del universo, si milagros similares a los que les habían dado origen a ellos se habían producido, de hecho, en alguna otra parte.

Después de todo, argüían estos terrícolas sensibles, existen cien mil millones de estrellas nada más que en nuestra galaxia. Estamos bastante seguros de que, por lo menos, veinte por ciento de esas estrellas tienen planetas que giran alrededor de ellas, y de que una cantidad pequeña pero importante de esos planetas ha tenido, en algún momento de su historia, condiciones atmosféricas y de temperatura conducentes a la formación de aminoácidos y de otros compuestos orgánicos que son el sine qua non de cualquier biología sobre la que podamos teorizar de un modo razonable. Por lo menos una vez en la historia, aquí, en la Tierra, estos aminoácidos descubrieron la autoduplicación, y el milagro evolutivo que, con el tiempo, produjo seres humanos se puso en movimiento. ¿Cómo podemos dar por sentado que esta secuencia tuvo lugar nada más que una vez en toda la historia? Los átomos más pesados, necesarios para crearnos, se forjaron en los cataclismos estelares que estallaron a través de este universo durante miles de millones de años. Es factible que solamente aquí, en este único sitio, estos átomos se hayan concatenado, formando moléculas especiales y evolucionando hasta transformarse en una forma inteligente de vida que tiene la capacidad de formular la pregunta “¿Estamos solos? “.

Los seres humanos de la Tierra empezaron su búsqueda de compañeros cósmicos, primero construyendo telescopios con los que pudieron ver los vecinos planetarios inmediatos. Más tarde, cuando la tecnología se hubo desarrollado hasta alcanzar un nivel superior, se enviaron complejas astronaves robóticas para examinar estos otros planetas Y para indagar si había signo alguno de biología o si no lo había. Estas exploraciones demostraron que ninguna forma inteligente de vida había existido jamás en algún otro cuerpo de nuestro sistema solar. Si es que hay alguien ahí afuera, dedujeron los científicos humanos, alguna especie que sea par nuestra con la que, finalmente, nos podamos comunicar, se debe de encontrar más allá del vacío que separa nuestro sistema solar de todas las demás estrellas.

A fines del siglo XX, medido según el sistema cronológico humano, las grandes antenas de la Tierra empezaron a escudriñar el cielo en busca de señales coherentes, para determinar si, quizás, alguna otra inteligencia nos podría estar enviando un mensaje radial. Durante más de cien años, la búsqueda continuó, intensificándose durante los prósperos días de la ciencia internacional, a comienzos del siglo XXI, para disminuir más tarde, en las décadas finales del siglo, después que el cuarto conjunto independiente de técnicas de escucha sistemática siguió sin poder localizar señales de vida extraterrícola.

Hacia el 2130, cuando al extraño objeto cilíndrico se lo identificó por primera vez desplazándose a gran velocidad en dirección a nuestro sistema solar, proveniente de los confines del espacio interestelar, la mayoría de los seres humanos reflexivos había decidido que la vida debía de ser poco frecuente en el universo y que la inteligencia, si es que en verdad existía en algún otro lugar además de la Tierra, era extremadamente rara. ¿De qué otra manera, sostenían los científicos, nos es posible explicar la falta de resultados positivos que tuvieron todos los esfuerzos de búsqueda de vida extraterrícola que hicimos el siglo pasado?

En consecuencia, la Tierra quedó azorada cuando, después de una inspección detallada, al objeto que ingresaba al sistema solar en 2130 se lo identificó, de modo inequívoco, como artefacto de origen extraterrícola. Allí estaba la prueba innegable de que la inteligencia evolucionada existía o de que, por lo menos, *había* existido en alguna época anterior, en otra parte del universo. Cuando a una misión espacial que ya estaba en marcha se la hizo desviar para encontrarse con el opaco behemot cilíndrico, que resultó ser más grande que las ciudades más grandes de la Tierra, los cosmonautas

investigadores se encontraron con un misterio tras otro. Pero no pudieron responder algunas de las preguntas fundamentales sobre la enigmática espacionave extraterrícola. El intruso de las estrellas no brindó pistas definitivas respecto de su origen o de su propósito.

Ese primer grupo de exploradores humanos no sólo catalogó las maravillas de *Rama* (el nombre elegido para el gigantesco objeto cilíndrico, antes de que se supiera que era un artefacto extraterrestre), sino que también exploró e hizo el levantamiento cartográfico de su interior. Después que el equipo de exploración dejó *Rama* y la espacionave alienígena se zambulló alrededor del Sol, partiendo del sistema solar a velocidad hiperbólica, los científicos analizaron concienzudamente todos los datos que se habían reunido durante la misión. Todos los investigadores reconocieron que los visitantes humanos de *Rama* nunca se habían encontrado con los verdaderos creadores de la misteriosa nave espacial. Sin embargo, el cuidadoso análisis posvuelo reveló un principio ineludible de la ingeniería ramana de redundancia: cada sistema y subsistema críticos del vehículo tenían dos respaldos. Los ramanos habían diseñado todo en grupos de tres. Los científicos consideraron muy probable que otras dos espacionaves similares pronto fueran a hacer su aparición.

Los años inmediatamente posteriores a la visita de *Rama I* en 2130, estuvieron llenos de expectativa en la Tierra. Eruditos y políticos por igual proclamaron que había comenzado una nueva era en la historia humana. La Agencia Espacial Internacional (AEI), que trabajaba con el Consejo de Gobiernos (COG), desarrolló cuidadosos procedimientos para manejar la próxima visita de los ramanos. Todos los telescopios apuntaron a los cielos, compitiendo entre sí por la aclamación que se le brindaría a la persona, o al observatorio, que localizara primero la siguiente espacionave ramana... pero no hubo observaciones adicionales.

En la segunda mitad de la década de 2130, un florecimiento económico, impulsado en parte, durante sus últimas etapas, por reacciones de alcance mundial ante *Rama*, se detuvo en forma abrupta. El mundo se vio sumido en la depresión más profunda de su historia, conocida como el Gran Caos, a la que acompañaron extendidas anarquía y miseria. Toda actividad de investigación científica se abandonó durante esta dolorosa era y, después de varias décadas de prestar atención a problemas diarios, la gente de la Tierra casi había olvidado al visitante inexplicado de las estrellas.

En 2200, un segundo cilindro intruso llegó al sistema solar. Los ciudadanos de la Tierra desempolvaron los antiguos procedimientos que se desarrollaron después que partiera el primer *Rama*, y se prepararon para el encuentro con *Rama II*. Una tripulación de doce personas fue elegida para la misión. Inmediatamente después del encuentro, los doce astronautas informaron que la segunda espacionave *Rama* era casi idéntica a su predecesora. Los seres humanos se toparon con nuevos misterios y maravillas, entre los que figuraban algunos alienígenas, pero siguieron siendo incapaces de responder preguntas relativas al origen y el propósito de *Rama*.

Tres extrañas muertes ocurridas entre los miembros de la tripulación produjeron gran preocupación en la Tierra, en la que todos los aspectos de la histórica misión se seguían por televisión. Cuando el gigantesco cilindro realizó una maniobra en mitad de su curso que lo puso en una trayectoria de colisión con la Tierra, esta preocupación se trocó en alarma y miedo. Los líderes del mundo llegaron a la conclusión, con renuencia, de que, ante la falta de más información, no tenían más alternativa que la de suponer que *Rama II* era hostil. No podían permitir que el vehículo espacial extraterrestre chocara con la Tierra o que se acercara lo suficiente como para que pusiera en acción cualquier arma que pudiera poseer. Se tomó la decisión de destruir *Rama II* mientras estuviera todavía a distancia segura.

A la tripulación exploradora se le ordenó que regresara, pero tres de sus miembros, dos hombres y una mujer, todavía estaban a bordo de *Rama II* cuando la espacionave alienígena evitó una falange nuclear lanzada desde la Tierra. *Rama* maniobró, alejándose de la hostil Tierra, y partió del sistema solar a elevada velocidad, llevándose tanto sus secretos intactos como a los tres pasajeros humanos.

Rama II tardó trece años, desplazándose a velocidades relativistas, para viajar desde las proximidades de la Tierra hasta su destino, un enorme complejo de ingeniería llamado El Nodo, que estaba situado en una órbita lejana en torno de la estrella Sirio.

Los tres seres humanos que estaban a bordo del gigantesco cilindro añadieron cinco hijos y se transformaron en una familia. Mientras investigaba las maravillas de su hogar en el espacio, la familia se volvió a topar con las especies extraterrestres con las que se había encontrado antes. Sin embargo, para el momento en que llegaron a El Nodo, los seres humanos ya se habían convencido de que esos otros alienígenas eran, al igual que ellos, nada más que pasajeros a bordo de *Rama*.

La familia humana permaneció en El Nodo durante poco más de un año. Durante ese lapso, a la espacionave *Rama* se la retocó y equipó para su tercer, y final, viaje al sistema solar. Por El Águila, una creación no biológica de la Inteligencia Nodal, la familia se enteró de que el propósito de la serie de espacionaves *Rama* era el de conseguir y catalogar toda la información posible sobre viajeros

espaciales de la galaxia. El Águila, que tenía la cabeza, el pico y los ojos de un águila, más el cuerpo de un ser humano, también les informó que la espacionave *Rama* final, la *Rama III*, iba a contener un hábitat de la Tierra cuidadosamente diseñado, en el que podrían caber dos mil personas.

Se trasmitió una videograbación desde El Nodo a la Tierra, anunciando el inminente regreso de la espacionave *Rama*. Esta videograbación explicaba que una especie extraterrestre evolucionada deseaba observar y estudiar la actividad humana durante un período prolongado, y solicitaba que se te enviaran dos mil representantes humanos para encontrarse con *Rama III* en órbita alrededor de Marte.

Rama III hizo el viaje de regreso desde Sirio hasta el sistema solar, a una velocidad que era más que la mitad de la velocidad de la luz. Dentro del vehículo, durmiendo en literas especiales, estaba la mayor parte de la familia humana que había estado en El Nodo. En órbita marciana, la familia dio la bienvenida a los demás seres humanos provenientes de la Tierra, y el hábitat originario dentro de *Rama* se estableció con prontitud. La colonia resultante, a la que se llamó Nuevo Edén, estaba completamente encerrada y separada del resto de la espacionave alienígena por gruesas murallas.

Casi de inmediato, *Rama III* aceleró otra vez hasta alcanzar velocidades relativistas, disparándose fuera del sistema solar, en dirección de la estrella amarilla Tau Ceti. Transcurrieron tres años sin interferencia externa alguna en los asuntos humanos. Los ciudadanos de Nuevo Edén se concentraron tanto en su vida cotidiana, que le prestaban escasa atención al universo que existía fuera de su colonia.

Cuando una serie de crisis puso en problemas la joven democracia imperante en el paraíso que los ramanos habían creado para los seres humanos, un magnate oportunista arrebató el gobierno de la colonia y empezó a suprimir despiadadamente toda la oposición. En esos momentos, uno de los exploradores originales de *Rama II* huyó de Nuevo Edén, para finalmente hacer contacto con un par simbiótico de especies alienígenas que vivían en el hábitat cercado adyacente. La esposa de ese explorador se quedó en la colonia humana y trató, infructuosamente, de convertirse en conciencia de la comunidad. Fue a prisión al cabo de unos meses, condenada por traición, y, finalmente, se le fijó la fecha de ejecución.

Como las condiciones ambientales y de vida dentro de Nuevo Edén seguían deteriorándose, tropas humanas invadieron la zona adyacente, habitada por otra forma de vida, que estaba en el Hemicilindro Boreal de *Rama*, y se dedicaron a librar una guerra de exterminio contra el par simbiótico de especies alienígenas. Mientras tanto, los misteriosos ramanos, únicamente conocidos a través de la genialidad de sus creaciones de ingeniería, proseguían desde lejos sus detalladas observaciones, conscientes de que no era más que una cuestión de tiempo el que los seres humanos se pusieran en contacto con la evolucionada especie que habitaba la región situada al sur del Mar Cilíndrico...

Fuga

1

—Nicole.

Al principio, la voz suave, mecánica, parecía ser parte de su sueño. Pero cuando oyó que repetían su nombre, en tono levemente más alto, Nicole despertó sobresaltada.

Una oleada de intenso frío la invadió: “Vinieron por mí”, pensó de inmediato. "Ya es de mañana. Voy a morir dentro de algunas horas."

Hizo una inhalación lenta, profunda, y trató de sofocar el creciente pánico que sentía. Pocos segundos después, abrió los ojos. Su celda estaba completamente a oscuras. Perpleja, miró en tomo de ella, buscando a la persona que la había llamado.

—Estamos aquí, sobre tu camastro, al lado de tu oreja derecha —dijo la voz en tono suave—. Richard nos envió para que te ayudemos a escapar... pero tenemos que movernos deprisa.

Durante un instante, Nicole pensó que, quizá, todavía estaba soñando. Fue entonces cuando oyó una segunda voz, muy similar a la primera pero, de todas maneras, diferente:

—Vuélvete sobre el costado derecho y nos iluminaremos.

Nicole se volvió: paradas sobre el camastro, junto a su cabeza, vio dos diminutas figuras, de no más de ocho o diez centímetros de alto, cada una de las cuales tenía forma de mujer. Brillaban momentáneamente con luz proveniente de alguna fuente interna. Una tenía cabello corto y estaba vestida con la armadura de un caballero europeo del siglo XV, la segunda figura llevaba una corona sobre la cabeza, así como el ropaje de gala, lleno de frunces, de una reina medieval:

—Soy Juana de Arco —dijo la primera figura.

—Y yo soy Eleonora de Aquitania.

Nicole rió con nerviosidad y contempló, atónita, las dos figuras. Varios segundos después, cuando las luces internas de los robots se extinguieron, Nicole finalmente se había calmado lo suficiente como para hablar:

—¿Así que Richard las envió para ayudarme a escapar? —susurró—. ¿Y cómo proponen hacerlo?

—Ya hemos saboteado el sistema de vigilancia —dijo con orgullo la diminuta Juana— y reprogramado un biot García... que debería estar acá dentro de pocos minutos, para dejarte salir.

—Tenemos un plan principal de escape, junto con varios otros para contingencias —agregó Eleonora—. Richard estuvo trabajando en esto durante varios meses... desde el preciso momento en que terminó de crearnos.

Nicole volvió a reír: todavía estaba absolutamente atónita.

—¿De veras? —preguntó—. ¿Y puedo saber dónde se halla en estos momentos mi genial marido?

—Richard está en la antigua guarida de ustedes, debajo de Nueva York —contestó Juana—. Dijo que se te informe que nada cambió allá. Está siguiendo nuestro avance con una baliza de navegación... A propósito: Richard te manda su amor. No se olvidó de...

—Cállate un instante, por favor —interrumpió Eleonora, mientras Nicole, de modo automático, se rascaba ante la sensación de picazón que experimentó detrás de la oreja derecha—. En este preciso instante estoy colocando tu baliza personal, y es muy pesada para mí.

Instantes después, Nicole tocó el diminuto conjunto de instrumentos que tenía junto a la oreja derecha, y sacudió la cabeza en gesto de incredulidad:

—¿Y también puede *oírnos*? —preguntó.

—Richard decidió que no podíamos correr el riesgo de hacer trasmisiones verbales —repuso Eleonora—: podrían ser fácilmente interceptadas por Nakamura... No obstante, Richard hará el seguimiento de nuestra ubicación física.

—Puedes levantarte ahora —anunció Juana— y ponerte la ropa: queremos que estés lista para cuando llegue el García.

“¿Nunca se acabarán los milagros?”, pensó Nicole mientras se lavaba la cara a oscuras, en la primitiva palangana. Durante unos escasísimos segundos imaginó que los dos robots podrían ser parte de un astuto ardid de Nakamura, y que iban a matarla cuando tratara de escapar. "Imposible",

se dijo unos instantes después. "Aun si uno de los esbirros de Nakamura pudiera crear robots como estos, únicamente Richard sabría lo suficiente de mí como para hacer una Juana de Arco y una Eleonora de Aquitania... Sea como fuere, ¿qué diferencia hay en que me maten mientras trato de escapar?: mi electrocución está fijada para las ocho de la mañana de hoy."

Desde afuera de la celda se oyó el sonido de un biot que se acercaba. Nicole se puso tensa, no del todo convencida de que sus dos diminutos amigos realmente le decían la verdad.

—Vuelve a sentarte en el camastro —oyó a Juana decirle desde atrás—, de modo que Eleonora y yo podamos subirnos a tus bolsillos.

Nicole sintió los dos robots trepándosele por la pechera de la camisa. Sonrió. "Eres sorprendente, Richard", pensó, "y estoy embelesada por el hecho de que todavía estés vivo."

El biot García llevaba una linterna. Entró a zancadas en la celda de Nicole, con aire de autoridad:

—Venga conmigo, señora Wakefield —dijo en voz alta—. Tengo órdenes de mudarla a la sala de preparación.

Una vez más, Nicole sintió miedo: el biot ciertamente no actuaba de modo amistoso. "Qué tal si...", pero tuvo muy poco tiempo para pensar: el García la guió por el corredor de afuera de la celda a paso vivo. Veinte metros después pasaron ante el conjunto regular de guardianes biot, así como ante un ser humano con el rango de comandante en jefe, un joven al que Nicole nunca había visto antes:

—¡Esperen! —aulló el hombre detrás de ellos, justo cuando Nicole y el García estaban a punto de subir la escalera. Nicole quedó paralizada.

—Olvidó firmar los papeles de transferencia —dijo el hombre, alcanzándole un documento al García.

—Con mucho gusto —repuso el biot, al tiempo que ingresaba su número de identificación con jactancia.

Menos de un minuto después, Nicole estuvo fuera de la casona en la que había estado prisionera durante meses. Inhaló una profunda bocanada del aire fresco y empezó a seguir al García por un sendero que iba hacia Ciudad Central.

—No —oyó que Eleonora le gritaba desde el bolsillo—: No vamos con el biot. Ve hacia el oeste. Hacia ese molino de viento que tiene la luz en la parte de arriba. Y debes correr. Tenemos que llegar a lo de Max Puckett antes del amanecer.

La prisión estaba a casi cinco kilómetros de la granja de Max. Nicole trotó por el camino manteniendo un ritmo continuo de marcha, periódicamente estimulada por uno de los dos robots, que llevaban cuidadosa cuenta de la hora: no faltaba mucho para el amanecer. A diferencia de la Tierra, donde la transición de la noche al día era gradual, en Nuevo Edén era un suceso repentino, discontinuo: en un momento había oscuridad y después, en el instante siguiente, el sol artificial se encendía y comenzaba a describir su miniarco de un extremo al otro del techo del hábitat de la colonia.

—Doce minutos más hasta la aparición de la luz —dijo Juana, mientras Nicole llegaba al sendero para bicicletas que recorría los doscientos metros finales hasta la granja de Puckett. Nicole estaba casi exhausta, pero siguió corriendo. En dos ocasiones aisladas, en el transcurso de su carrera a través de campo labrado, sintió un dolor sordo en el pecho: "Es indudable que no estoy en forma", pensó, castigándose a sí misma por no haber hecho gimnasia en la celda en forma regular."… así como sí estoy con casi sesenta años de edad."

El casco de la granja estaba a oscuras. Nicole se detuvo en el porche para recuperar el aliento, y la puerta se abrió unos segundos más tarde:

—Te estuve esperando —dijo Max, y su grave expresión subrayaba lo serio de la situación. Le dio a Nicole un rápido abrazo:

—Sígueme —indicó, desplazándose con rapidez hacia el cobertizo. —Todavía no hubo patrulleros en los caminos —continuó, una vez que estuvieron en el interior del cobertizo—. Es probable que todavía no hayan descubierto que te fuiste. Pero ahora sólo es cuestión de minutos.

A todas las gallinas se las conservaba en el extremo opuesto del cobertizo. Los pollos tenían un recinto separado, aislado de los gallos y del resto de la construcción. Cuando Max y Nicole entraron en el gallinero se produjo una tremenda conmoción. Había animales que corrían precipitadamente en todas direcciones, cloqueando, graznando y agitando las alas. El hedor que había en el gallinero casi abrumó a Nicole.

Max sonrió:

—Supongo que me olvido del mal olor que la mierda de gallina tiene para el resto de la gente —declaró—. Tanto me acostumbré... —Palmeó levemente a Nicole en la espalda: —De todos modos es otro nivel de protección para ti, y no creo que puedas oler la mierda desde tu escondite.

Fue hacia un rincón del gallinero, ahuyentó varios pollos que se le pusieron en el camino y se puso de rodillas:

—Cuando esos fantasmagóricos robotitos de Richard aparecieron por primera vez —explicó, haciendo a un lado paja y alimento para gallinas—, no pude decidir dónde debía construir tu escondite. Entonces, pensé en este sitio. —Levantó un par de tablas para dejar expuesto un agujero rectangular en el piso del cobertizo. —Deseo con toda mi alma haber hecho la elección correcta.

Le hizo un gesto a Nicole para que lo siguiera y, después, penetró arrastrándose en el agujero. Ambos se desplazaban por la tierra, apoyados sobre manos y rodillas. El pasadizo, que iba paralelamente al piso durante algunos metros y, después, doblaba hacia abajo según una pendiente muy abrupta, era extremadamente angosto: Nicole se golpeaba contra Max, que avanzaba delante de ella, y contra las paredes y el techo de tierra que tenía alrededor. La única luz era la pequeña linterna que Max llevaba en la mano derecha. Después de quince metros, el estrecho túnel desembocó en una cámara oscura. Max descendió con cuidado por la escala de cuerda y, después, se dio vuelta para ayudarla a bajar a su vez. Segundos después, ambos estaban en el centro de la habitación, donde Max alzó el brazo y encendió una solitaria lámpara.

—No es un palacio —dijo, cuando Nicole echó un vistazo en derredor—, pero sospecho que es un panorama malditamente mejor que el de esa prisión tuya.

La habitación tenía una cama, una silla, dos estantes llenos con comida, otro con librodiscos electrónicos, alguna ropa que colgaba en un armario empotrado abierto, elementos básicos de higiene, un gran tambor de agua que a duras penas debió de haber entrado por el pasadizo, y una letrina cuadrada y profunda en la esquina opuesta.

—¿Tú hiciste todo esto solo? —preguntó Nicole.

—Sip —repuso Max—. Durante la noche... en el transcurso de estas últimas semanas. No me atreví a pedirle ayuda a nadie.

Nicole estaba conmovida:

—¿Cómo podré agradecértelo alguna vez? —dijo.

—No te dejes atrapar —contestó Max con una amplia sonrisa. Tengo tan poco interés en morir como tú... Oh, a propósito —añadió, entregándole una lectora electrónica en la que podía colocar los librodiscos—, espero que el material de lectura esté bien: los manuales sobre la crianza de cerdos y gallinas no son lo mismo que las novelas de tu padre, pero no quise llamar mucho la atención yendo a la librería.

Nicole cruzó la habitación y lo besó en la mejilla:

—Max —dijo alegremente—, ¡eres un amigo tan querido! No puedo imaginar cómo tu...

—Afuera es el amanecer ahora —interrumpió Juana de Arco desde el bolsillo de Nicole—. Según nuestro cronograma estamos atrasados. Señor Puckett, debemos inspeccionar nuestra ruta de salida antes que usted nos deje.

—¡Maldición! —exclamó Max—. Aquí estoy de nuevo, recibiendo órdenes de un robot que no es más largo que un cigarrillo. —Extrajo a Juana y Eleonora de los bolsillos de Nicole y los puso sobre la mesa, detrás de una lata de arvejas. —¿Ven esa puertita? —preguntó—. Hay un caño del otro lado... Sale justamente más allá del comedero de los cerdos... ¿Por qué no lo revisan?

Durante el minuto, o dos, en que los robots se fueron, Max le explicó la situación a Nicole:

—La policía va a revisar por todas partes para encontrarte —dijo—, y particularmente aquí, ya que saben que soy amigo de la familia. Así que voy a sellar la entrada de tu escondite. Debes de tener todo lo que necesites para durar varias semanas por lo menos.

—Los robots pueden ir y venir libremente, a menos que los coman los cerdos —prosiguió con una carcajada—. Ellos van a ser tu único contacto con el mundo exterior. Te harán saber cuando sea hora de pasar a la segunda fase de nuestro plan de escape.

—¿Así que no volveré a verte? —preguntó Nicole.

—No durante algunas semanas por lo menos. Es demasiado peligroso... Una cosa más: si hay policía en la granja, cortaré la electricidad del escondite. Ésa será la señal para que permanezcas especialmente silenciosa.

Eleonora de Aquitania había regresado y estaba parada en el estante, al lado de la lata de arvejas:

Nuestra ruta de salida es excelente —anunció—. Juana partió durante algunos días: se propone salir del hábitat y comunicarse con Richard.

—Ahora yo también debo irme —dijo Max. Quedó en silencio unos segundos—, pero no antes de que te diga una cosa, amiga mía... Como probablemente ya sabes, toda mi vida he sido un cínico de mierda. No hay muchas personas que me impresionen. Pero tú me convenciste de que, a lo mejor, algunos de nosotros somos superiores a las gallinas y los cerdos... —Sonrió. —No muchos de nosotros —corrigió con rapidez—, pero sí *algunos*, por lo menos.

—Gracias, Max —murmuró Nicole.

Max fue hacia la escala. Se dio vuelta y la saludó agitando la mano, antes de empezar el ascenso.

Nicole se sentó en la silla e hizo una profunda inhalación. Por los sonidos que venían de la dirección del túnel conjeturó, correctamente, que Max ocultaba la entrada del escondite colocando las grandes bolsas de alimento para gallinas directamente sobre el agujero.

"¿Y ahora qué ocurre?", se preguntó. Se dio cuenta de que, con la salvedad de haberlo hecho sobre su propia muerte, había meditado muy poco durante los cinco días transcurridos desde la conclusión de su juicio. Sin el temor de su inminente ejecución, para estructurar las pautas de pensamiento pudo permitir que su mente divagara con libertad.

Primero pensó en Richard, su marido y compañero, del que estaba separada desde hacía ya casi dos años. Recordó con claridad la última noche que pasaron juntos, una horrible *Walpurgisnacht*[1] de asesinato y destrucción que había comenzado con un hecho que daba esperanzas, el matrimonio de su hija Ellie con el doctor Robert Turner. "Richard estaba seguro de que nosotros también estábamos señalados para morir", recordó, "y probablemente tenía razón... porque escapó, lo convirtieron en el enemigo y a mí me dejaron tranquila durante un tiempo."

"Creí que estabas muerto, Richard", pensó. "Debí haber tenido más fe... pero, ¿cómo fue posible que volvieras a Nueva York?".

Cuando se sentó en la única silla de la habitación subterránea, sintió dolor en el corazón al extrañar la compañía de su marido. Sonrió, mientras algunas lágrimas acompañaban el montaje dé recuerdos que desfilaba por su memoria: primero, volvió a verse en la madriguera aviana de *Rama* II, tantísimos años antes, temporalmente cautiva de los extraños seres parecidos a pájaros cuyo lenguaje se componía de parloteos y chillidos. Fue Richard quien la descubrió ahí; arriesgando su propia vida para regresar a Nueva York y establecer si Nicole todavía estaba viva. Si él no hubiera ido, Nicole habría quedado abandonada en la isla de Nueva York para siempre.

Richard y Nicole se habían convertido en amantes durante la época en la que pugnaban por resolver el modo de cruzar el Mar Cilíndrico y regresar con sus colegas cosmonautas de la espacionave *Newton*. Nicole estaba tan sorprendida, como divertida, por la intensa agitación interna que le producía la rememoración de sus primeros días de amor. "Sobrevivimos juntos el ataque con misiles nucleares. Hasta sobrevivimos mi obstinado intento por producir variación genética en nuestra descendencia."

Dio un respingo ante el recuerdo de su propia ingenuidad, tantos años atrás. "Me perdonaste, Richard, lo que no pudo haber sido fácil para ti. Y después nos sentimos aún más cercanos en El Nodo, durante nuestras sesiones de diseño con El Águila..."

"¿Qué era El Águila en realidad?", reflexionó, desviando la sucesión de pensamientos. "¿Y quién, o qué, lo creó?" En su mente había una intensa imagen del fantástico ser que había sido el único contacto con ellos mientras estuvieron en El Nodo, durante el reacondicionamiento de la espacionave *Rama*. El ser alienígena, de rostro de águila y cuerpo similar al de un hombre, les había informado que era una evolución en inteligencia artificial, especialmente diseñado en calidad de compañero para seres humanos. "Sus ojos eran increíbles, casi místicos", recordó. "Y eran tan intensos como los de Omeh."

Su bisabuelo Omeh había vestido la toga verde del chamán tribal de los senufo, cuando apareció para verla en Roma, dos semanas antes del lanzamiento de la espacionave *Newton*. Nicole se había reunido con Omeh dos veces anteriormente, ambas en la aldea natal de su madre, en la Costa de Marfil: una vez durante la ceremonia poro, cuando Nicole tenía siete años, y otra vez más tres años después, en el funeral de la madre. Durante esos breves encuentros, Omeh había empezado a prepararla a Nicole para lo que el viejo chamán le había asegurado que sería una vida extraordinaria. Fue Omeh quien insistió en que Nicole era, en verdad, la mujer de quien las *Crónicas senufo* predijeron que dispersaría la semilla tribal, llegando incluso a las estrellas".

"Omeh, El Águila, incluso Richard", pensó. "Todo un grupo, para decir lo menos." El rostro de Henry, Príncipe de Gales, se unió al de los otros tres hombres, y Nicole recordó, durante un instante, la poderosa pasión de su breve amorío en los días inmediatamente después que ella ganara su medalla olímpica de oro. Sufrió un estremecimiento, al recordar el dolor del rechazo. "Pero sin Henry", se recordó a sí misma, "no habría habido una Geneviève." Mientras estaba recordando el amor que había compartido con su hija en la Tierra, echó un vistazo al otro lado de la habitación, al estante que contenía los librodiscos electrónicos.

[1] Noche de brujas, o de aquelarre. En alemán en el original. (N. del T)

Súbitamente perturbada cruzó hacia el estante y empezó a leer los títulos: no cabía duda de que Max le había dejado algunos manuales sobre la crianza de cerdos y pollos, pero eso no era todo: daba la impresión de que le hubiera dado toda su biblioteca privada.

Nicole sonrió al extraer un libro con cuentos de hadas, y lo metió en la lectora. Hojeó las páginas y se detuvo en el cuento de "La Bella Durmiente". Cuando leyó en voz alta "y vivieron felices por siempre jamás", experimentó otro recuerdo en extremo hiriente: de ella misma cuando niña, quizá de seis o siete años, sentada en el regazo de su padre, en la casa que tenían en el suburbio parisiense de Chilly-Mazarin.

"Cuando niñita anhelaba ser una princesa y vivir feliz por siempre jamás", pensó. "No había manera de que supiera entonces que mi vida iba a hacer que hasta los cuentos de hadas parecieran algo común y corriente."

Volvió a colocar el librodisco en el estante y regresó a la silla. "Y ahora", pensó, contemplando la habitación con indolencia, "cuando creía que esta increíble vida había terminado, parece que, por lo menos, se me concedieron algunos días más."

Volvió a pensar otra vez en Richard, y la intensa añoranza por verlo regresó. "Hemos compartido mucho, Richard mío. Espero poder sentir de nuevo tu contacto, oír tu risa y ver tu rostro. Pero, si no es así, trataré de no quejarme: mi vida ya vio su porción de milagros."

2

Eleanor Wakefield-Turner llegó al gran salón de actos de Ciudad Central a las siete y media de la mañana. Aunque la ejecución estaba programada para tener lugar a las ocho, ya había alrededor de treinta personas en los asientos delanteros, algunas conversando, la mayoría simplemente sentadas en silencio. Un equipo de operadores de televisión daba vueltas alrededor de la silla eléctrica que había sobre el escenario. La ejecución se trasmitía en vivo, pero, de todos modos, los policías del salón estaban esperando tener salón lleno, pues el gobierno había alentado a los ciudadanos de Nuevo Edén para que vieran personalmente la muerte de su anterior gobernadora.

Ellie había tenido una ligera discusión con su marido, Robert Turner, la noche anterior:

—Ahórrate ese dolor, Ellie —aconsejó él, cuando le contó que pretendía asistir a la ejecución—. Ver a tu madre una última vez no puede justificar el horror de contemplar cómo muere.

Pero Ellie había sabido algo que Robert ignoraba. Cuando ocupó su asiento en el salón de actos, trató de controlar las poderosas sensaciones que bullían dentro de ella. *No puede haber gesto alguno en mi cara*, se dijo a sí misma, *y nada en el lenguaje de mi cuerpo. Ni el más mínimo indicio. Nadie debe sospechar que sé algo sobre la fuga*. Varios pares de ojos se dieron vuelta súbitamente para mirarla. Sintió que el corazón le daba un vuelco antes de comprender que alguien la había reconocido y que era completamente natural que los curiosos la miraran con fijeza.

Ellie se había topado por primera vez con los robotitos hechos por su padre, Juana de Arco y Eleonora de Aquitania, apenas seis semanas atrás, cuando se encontraba fuera del hábitat principal, allá en el pueblo de cuarentena de Avalon, ayudando a su marido, Robert, en la atención de los pacientes condenados por el retrovirus RV-41 que portaban en el cuerpo. Ya bien avanzado el anochecer, había terminado una agradable y alentadora visita a su amiga, y otrora maestra, Eponine. Ya fuera del cuarto de Eponine, estaba caminando por un sendero de tierra, esperando ver a Robert en cualquier momento. De repente, oyó dos extrañas voces que pronunciaban su nombre. Ellie exploró la zona circundante antes de localizar, finalmente, las dos diminutas figuras sobre el techo de un edificio próximo.

Después de cruzar el sendero, de modo de poder ver y oír mejor a los robots, la atónita Ellie fue informada por Juana y Eleonora de que su padre, Richard, aún estaba vivo. Instantes después de recuperarse de la conmoción inicial, Ellie les empezó a hacer preguntas. Pronto quedó convencida de que estaban diciendo la verdad. Sin embargo, antes de poder averiguar por qué su padre le había enviado los robots, vio a su marido acercándose desde lejos. Entonces, las figuras que estaban sobre el techo le dijeron, con premura, que habrían de regresar pronto; también le advirtieron que no le hablara a nadie de ellos, ni siquiera a Robert... no por el momento, al menos.

Ellie se sintió alborozada al enterarse de que su padre todavía estaba con vida. Casi le resultaba imposible mantener la noticia en secreto, aun cuando era plenamente consciente de la importancia política de esa información. Cuando, dos semanas después, se encontró otra vez con los robotitos en Avalon, tenía preparado un torrente de preguntas. En esa ocasión, empero, Juana y Eleonora aparecieron programadas para analizar otro asunto: un posible intento futuro para conseguir que Nicole fugara de la prisión. Le dijeron, en el transcurso de esta segunda reunión, que Richard reconocía que una fuga así iba a ser un esfuerzo peligroso:

—Nunca lo intentaríamos —había declarado el robot Juana—, si la ejecución de tu madre no fuera absolutamente segura. Pero, si no estamos preparados antes de la fecha, no puede haber posibilidades para una fuga de último momento.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —preguntó Ellie.

Juana y Eleonora le entregaron una hoja de papel con una lista de artículos entre los que figuraban comida, agua y ropa. Ellie se estremeció cuando reconoció la letra de su padre.

—Oculta estas cosas en el sitio que te indicaré a continuación —dijo el robot Eleonora, entregándole un mapa—. A más tardar, dentro de diez días, contados desde hoy. —Un instante después, se divisó otro colono y los dos robots desaparecieron.

Incluida dentro del mapa se hallaba una breve nota del padre:

"Mi querida Ellie", decía, "me disculpo por lo breve del texto. Estoy sano y salvo, pero profundamente preocupado por tu madre. Por favor, por favor, reúne estos artículos y llévalos al punto indicado de la Llanura Central. Si no puedes cumplir esta tarea por ti misma, por favor limita el apoyo que necesites a una sola persona, y asegúrate de que quienquiera que escojas sea tan leal y consagrado a Nicole como lo somos nosotros. Te quiero."

Ellie no tardó en comprender que iba a necesitar ayuda. Pero, ¿a quién debía seleccionar como cómplice? Su marido, Robert, era una mala elección por dos razones: primera, porque ya había demostrado que su dedicación a sus pacientes y al hospital de Nuevo Edén tenía mayor prioridad en su mente que cualquier sentimiento político que pudiera albergar. Segunda, porque, con toda seguridad, cualquier persona a la que se atrapara ayudando a Nicole a huir sería ejecutada: si Ellie implicara a Robert en el plan de fuga, entonces la hija de ambos, Nicole, podría quedarse sin los dos padres al mismo tiempo.

¿Qué pasaba con Nai Watanabe? No cabía la menor duda sobre su lealtad, pero Nai era una madre sola con mellizos de cuatro años: no era justo pedirle que corriera el riesgo. Eso la dejaba a Eponine como única opción razonable; cualquier inquietud que Ellie pudo haber sentido respecto de su infortunada amiga se disipó rápidamente:

—¡Pero claro que te ayudaré! —le había respondido Eponine de inmediato—. No tengo nada que perder: según tu marido, este RV-41 me va a matar dentro de un año o dos, de todos modos.

Eponine y Ellie juntaron clandestinamente los elementos solicitados, a razón de uno por vez, en el lapso de una semana. Los envolvieron, de modo que estuvieran seguros, en una pequeña sábana que ocultaron en el rincón de la normalmente desordenada habitación de Eponine en Avalon. El día prefijado, Ellie había firmado su salida de Nuevo Edén y cruzado a pie hasta Avalon, con el propósito ostensible de "hacer un cuidadoso seguimiento" de doce horas consecutivas de datos biométricos de Eponine. En realidad, explicarle a Robert por qué deseaba pasar la noche con Eponine le resultó mucho más difícil que convencer al único guardia humano y al biot García que custodiaban la salida del hábitat, de lo legítimo de su necesidad de conseguir un pase para toda la noche.

Exactamente después de medianoche, las dos mujeres recogieron la pesada sábana y se aventuraron sigilosamente por las calles de Avalon. Siempre teniendo mucho cuidado con los biots errantes que la policía de Nakamura usaba para patrullar de noche ese pueblito de extramuros, Ellie y Eponine se infiltraron por los suburbios de Avalon y entraron en la Llanura Central. Después caminaron durante varios kilómetros y depositaron el bulto con las cosas ocultas en el sitio designado. Un biot Tiasso las había enfrentado fuera de la habitación de Eponine, justo antes de que se encendiera la luz diurna artificial, y les preguntó qué hacían paseando a una hora tan absurda.

—Esta mujer tiene RV-41 —respondió Ellie con prontitud, al percibir el pánico de su amiga—. Es una de las pacientes de mi marido... Tenía fortísimos dolores y no podía dormir, así que creí que un paseo bien temprano en la mañana podría ayudar... Y ahora, si nos disculpa...

El Tiasso las dejó pasar. Las dos estaban tan asustadas que ninguna habló durante diez minutos.

Ellie no había vuelto a ver los robots. No tenía la menor idea de si la fuga realmente se había intentado. A medida que la hora para la ejecución de su madre se aproximaba, y los asientos de alrededor, en el salón de actos, se empezaban a ocupar, su corazón martilleaba con furia: “¿Qué pasa si nada sucedió?", pensaba. "¿Qué pasa si mamá verdaderamente va a morir dentro de veinte minutos?”

Lanzó una rápida mirada al escenario: una columna de equipo electrónico de dos metros, color gris metálico, se alzaba al lado de la silla de gran tamaño. El otro único objeto que había en el escenario era un reloj digital que en esos momentos marcaba las 0742. Ellie miró con fijeza la silla: colgando de la parte de arriba había una capucha que cubriría la cabeza de la víctima. Sintió escalofríos y luchó contra la sensación de náusea.

"¡Qué bárbaro!", pensó. "¿Cómo una especie que se considera evolucionada tolera esta clase de espectáculo repulsivo?"

Su mente acababa de borrar las imágenes de la ejecución, cuando sintió un leve toque en el hombro. Se dio vuelta: un policía enorme, de ceño fruncido, se estaba inclinando hacia ella desde el otro lado del pasillo:

—¿Es usted Eleanor Wakefield Turner? —preguntó.

Ellie estaba tan asustada que apenas si pudo responder. Inclinó brevemente la cabeza, en señal de asentimiento.

—¿Vendría conmigo, por favor? —siguió el policía—, necesito formularle algunas preguntas.

Cuando pasó con dificultad junto a las tres personas que estaban en la fila y salió al pasillo, las piernas de Ellie temblaban:

"Algo salió mal", pensaba. "Impidieron la fuga. Encontraron el paquete con las cosas y, de algún modo, saben que estoy implicada."

El policía la llevó a una pequeña sala de conferencias, en el costado del salón.

—Soy el capitán Franz Bauer, señora Turner —se presentó—. Es mi deber decidir el destino del cuerpo de su madre, después de que la ejecuten. Naturalmente, ya hemos hecho arreglos con el enterrador para que se proceda a la cremación de costumbre. Sin embargo —en ese momento el capitán Bauer se detuvo, como si hubiera estado eligiendo cuidadosamente las palabras—, en vista de los servicios anteriores que su madre le prestó a la colonia, creí que, quizás, usted, o algún miembro de su familia, podría desear hacerse cargo de los trámites finales.

—Sí, claro, capitán Bauer —repuso Ellie, sumamente aliviada—, por supuesto. Se lo agradezco mucho —añadió con rapidez.

—Eso es todo, señora Turner —dijo el policía—. Puede regresar al salón de actos.

Ellie se paró y descubrió que todavía estaba temblando. Apoyó una mano en el escritorio.

—¿Señor? —dijo.

—¿Sí? —contestó el otro.

—¿Sería posible que vea a mi madre a solas, nada más que por un instante, antes de...?

El policía la estudió en detalle:

—No lo creo —manifestó—, pero lo solicitaré en su nombre.

—Se lo agradezco tanto...

La interrumpió el timbrazo del teléfono, y demoró su salida de la sala de conferencias lo suficiente como para ver la expresión de sobresalto en el rostro de Bauer.

—¿Está absolutamente seguro? —lo oyó decir, mientras salía de la habitación.

La multitud se estaba impacientando. El gran reloj digital que había en el escenario indicaba 0836.

—¡Vamos, vamos! —rezongó el hombre que estaba detrás de ella—. ¡Terminemos con esto!

Mamá escapó. Lo sé, se dijo Ellie a sí misma, gozosa. Se forzó a mantenerse en calma: *Ése es el motivo de que todo esté tan confuso aquí.*

Cuando hubieron transcurrido cinco minutos después de las ocho, el capitán Bauer informó a todos que las "actividades" se demorarían "unos minutos", pero en la última media hora no hubo anuncios adicionales. En la fila que había delante de Ellie estaba circulando el rumor infundado de que los extraterrestres habían rescatado a Nicole de su celda. Algunos de los concurrentes ya habían empezado a irse, cuando el gobernador Macmillan fue hacia el escenario. Daba la impresión de estar molesto y perturbado, pero velozmente adoptó su franca sonrisa oficial cuando se dirigió a la multitud:

—Señoras y señores —comenzó—, la ejecución de Nicole des Jardins Wakefield ha sido pospuesta. El Estado descubrió algunas pequeñas irregularidades en los aspectos administrativos inherentes a este caso, nada verdaderamente importante, claro está, pero fue nuestra opinión que estos detalles se debían corregir primero, para que no se pudiera objetar que hubo incorrecciones en el trámite judicial. A la ejecución se le dará nueva fecha en el futuro próximo. Todos los ciudadanos de Nuevo Edén serán informados de los pormenores.

Ellie se quedó en su asiento hasta que el salón estuvo casi vacío. Casi esperaba ser arrestada por la policía cuando trataba de irse, pero nadie la detuvo. Una vez afuera le resultó difícil no aullar de alegría.

"Madre, madre", pensó, y las lágrimas hallaron el camino hacia sus ojos, "¡estoy tan feliz por ti!"

Súbitamente, advirtió que varias personas la estaban mirando:

"Oh, oh", pensó, "¿me estaré delatando?" Devolvió las miradas con una sonrisa cortés. "Ahora, Ellie, viene el desafío mayor: no puedes, bajo circunstancia alguna, comportarte como si no estuvieses sorprendida."

Como siempre, Robert, Ellie y la pequeña Nicole se detuvieron en Avalon para visitar a Nai Watanabe y los mellizos, después de haber completado las visitas domiciliarias semanales a los setenta y siete pacientes con RV-41 que aún quedaban. Era justo antes de la cena. Tanto Galileo como Kepler estaban jugando en la calle de tierra que pasaba delante de la destartalada casa. Cuando llegaron los Turner, los dos niñitos estaban enredados en una discusión:

—¡Lo está también! —decía, acaloradamente, el pequeño Galileo.

—No lo está —replicó Kepler, con mucho menos pasión.

Ellie se agachó al lado de los mellizos:

—Chicos, chicos —dijo, con voz amistosa—, ¿por qué están peleando?

—Ah, hola, señora Turner —contestó Kepler, con sonrisa de turbación—. En realidad, por nada. Galileo y yo...

—Yo digo que la gobernadora Wakefield ya está muerta —interrumpió Galileo con energía—. Uno de los chicos del centro me lo dijo, y él lo tiene que saber: el padre es policía.

Durante un momento, Ellie quedó desconcertada. Después se dio cuenta de que los mellizos no habían establecido la conexión entre Nicole y ella:

—¿Recuerdan que la gobernadora Wakefield es mi madre, y la abuela de la pequeña Nicole? —dijo con suavidad—. Tú y Kepler se encontraron con ella varias veces, antes que fuera a prisión.

Galileo frunció el entrecejo y, después, movió la cabeza de un lado para otro.

—La recuerdo... creo —declaró Kepler, solemne—. ¿Está muerta, señora Turner? —añadió ingenuamente, después de una breve pausa.

—No lo sabemos con certeza, pero esperamos que no —contestó Ellie. Estuvo a punto de cometer un error: habría sido tan fácil contarles a esos niños... Pero se necesitaba nada más que un error: probablemente había un biot oyéndolo todo.

Mientras Ellie levantaba a Kepler y le daba un fuerte abrazo, recordó su encuentro casual con Max Puckett en el supermercado electrónico, tres días atrás: en medio de la conversación común y corriente que sostenían. Max repentinamente le había dicho:

—Oh, a propósito, Juana y Eleonora están bien, y me pidieron que te mandara saludos.

Ellie se sintió estimulada, e hizo una pregunta que sugería la respuesta, pero Max la pasó por alto. Segundos después, en el instante en que Ellie estaba por decir algo más, el biot García que estaba a cargo del supermercado apareció al lado de ellos de repente.

—Hola, Ellie. Hola, Robert —dijo Nai ahora, desde la entrada de su casa. Extendió los brazos y tomó a Nicole de su padre: —¿Y cómo estás tú? No te vi desde tu fiesta de cumpleaños, la semana pasada.

Los adultos entraron en la casa. Después que Nai hizo una comprobación, para asegurarse de que no había biots espías en los alrededores, se acercó a Robert y Ellie. —La policía me interrogó otra vez anoche —susurró a sus amigos—. Estoy empezando a creer que puede haber algo de cierto en el rumor.

—¿Qué rumor? —preguntó Ellie—. Hay tantos...

—Una de las mujeres que trabaja en nuestra fábrica —prosiguió Nai— tiene un hermano en el servicio especial de Nakamura, y él le contó una noche, después que estuvo bebiendo, que cuando la policía fue a buscar a Nicole la mañana de la ejecución, la celda estaba vacía. Un biot García le había dado el pase de salida. Creen que era el mismo García que fue destruido en esa explosión que ocurrió afuera de la fábrica de municiones.

Ellie sonrió, pero sus ojos nada dijeron en respuesta a la intensa, inquisitiva mirada que se clavaba en ella: "Si hay alguien a quien no se lo puedo decir, pensó, "es precisamente a ella."

—La policía también me interrogó a mí —dijo en cambio, como al pasar——. Según ellos, todas las preguntas apuntan a aclarar lo que denominan como "irregularidades" en el caso de mi madre. Incluso visitaron a Katie; la semana pasada cayó por casa y señaló que el aplazamiento de la ejecución de nuestra madre era, sin dudas, peculiar.

—El hermano de mi amiga —añadió Nai, después de un breve silencio— dice que Nakamura sospecha que es una conspiración.

—Eso es ridículo —se burló Robert—, en ninguna parte de la colonia existe oposición activa al gobierno.

Nai se acercó aún más a Ellie:

—Entonces, ¿qué crees tú que está ocurriendo en verdad? —musitó—. ¿Crees que tu madre realmente se fugó...? ¿O Nakamura cambió de idea y la ejecutó en privado, para evitar que se convierta en una mártir pública?

Ellie miró primero a su marido y, después, a su amiga. Cuéntales, cuéntales, le decía una voz interior. Pero resistió:

—No tengo la menor idea, Nai —contestó—. Por supuesto, tomé en cuenta todas las posibilidades que mencionaste... así como algunas otras. Pero no tenemos manera de saber... Aun cuando ciertamente no soy lo que podrías llamar una persona religiosa, en mi propio modo estuve rezando para que mi madre esté bien.

3

Nicole terminó sus damascos secos y cruzó la habitación para tirar el paquete en el cesto de desperdicios. Estaba casi lleno. Trató de comprimir los desechos con el pie, pero el nivel varió apenas.

"Mi tiempo se está acabando", pensó, revisando mecánicamente con los ojos los alimentos que quedaban en el estante. "Puedo durar cinco días más, quizá. Después tendré que contar con nuevas provisiones."

Tanto Juana como Eleonora habían estado ausentes desde hacía cuarenta y ocho horas. Durante las dos primeras semanas de su permanencia en la habitación que estaba debajo del cobertizo de Max Puckett, uno de los dos robots permanecía con Nicole todo el tiempo. Hablar con ellos había sido casi como hablar con su marido, Richard, por lo menos en el comienzo, antes de agotar todos los temas que los robotitos tenían almacenados en la memoria.

"Estos dos robots son su creación más grandiosa", se dijo, sentándose en la silla. "Debe de haber pasado meses haciéndolos." Recordó los robots shakespearianos de Richard, de la época de la *Newton*. "Juana y Eleonora son, de lejos, más complejos que Príncipe Hal y Falstaff. Richard tuvo que haber aprendido mucho de la ingeniería robótica de Nuevo Edén."

Juana y Eleonora la habían mantenido informada sobre los principales acontecimientos que tenían lugar en el hábitat. Era tarea fácil para ellos: parte de su instrucción programada consistía en observar e informar por radio a Richard, durante las salidas periódicas que hacían fuera de Nuevo Edén, de modo que le entregaban la misma información a Nicole: ella sabía, por ejemplo, que durante las dos primeras semanas posteriores a su fuga, la policía especial de Nakamura registró todos los edificios del asentamiento, con el objetivo ostensible de buscar a quienes hubieran estado acumulando recursos de importancia crítica. También fueron a la granja Puckett, por supuesto, y durante cuatro horas Nicole permaneció sentada absolutamente inmóvil, en la total oscuridad de su escondrijo—, había oído algunos ruidos por encima de ella, pero quienquiera que hubiese estado a cargo de la búsqueda, no pasó mucho tiempo en el cobertizo.

En fecha más reciente, a Juana y a Eleonora les fue necesario estar fuera del escondite al mismo tiempo. Le decían a Nicole que estaban ocupadas coordinando la fase siguiente de la fuga. Una vez, Nicole les preguntó cómo se las arreglaban para pasar con tanta facilidad por el punto de inspección, en la entrada a Nuevo Edén.

—En realidad, es muy sencillo —explicó Juana—; los camiones de carga pasan por el portón muchísimas veces por día, la mayor parte de ellos transportando cosas para, y desde, las tropas y el personal de construcción que están en el otro hábitat; algunos, saliendo para Avalon. Resulta casi imposible darse cuenta de nuestra presencia en una carga grande cualquiera.

Juana y Eleonora también la habían mantenido informada sobre la historia de la colonia desde el día en que fue a prisión: ahora sabía que los seres humanos habían invadido el hábitat aviano/sésil, expulsando a los ocupantes. Richard no había desperdiciado espacio en la memoria de los robots ni su propio tiempo, suministrándoles a Juana y Eleonora demasiados detalles sobre los avianos y los sésiles. Sin embargo, Nicole sabía que Richard se las había arreglado para escapar a Nueva York con dos huevos de aviano, cuatro melones maná que contenían embriones de la extrañísima especie sésil, y una rebanada crítica de un verdadero adulto sésil. También sabía que los dos pichones avianos habían nacido algunos meses antes, y que Richard se hallaba sumamente ocupado atendiéndolos.

A Nicole le era difícil imaginar a su marido desempeñando el papel de padre y madre, al mismo tiempo, de un par de alienígenas. Recordaba que cuando los propios hijos de ellos eran pequeños, Richard no había demostrado mucho interés en su desarrollo y, con frecuencia, era sumamente insensible en lo concerniente a las necesidades emocionales de sus hijos. Claro que había sido maravilloso para enseñarles hechos, conceptos abstractos de matemática y ciencia en especial. Pero Nicole y Michael O'Toole varias veces se señalaban mutuamente, durante el largo viaje en *Rama II*, que Richard no parecía capaz de tratar con niños poniéndose a la altura de ellos.

"Su propia niñez fue tan dolorosa", pensaba Nicole, rememorando sus conversaciones con Richard respecto del abusivo padre de él. "Richard debió de haber crecido sin la capacidad de amar

o de confiar en otras personas... Todos sus amigos eran fantasías o robots que él mismo había creado… Pero durante nuestros años en Nuevo Edén cambió, eso es indudable... Nunca tuve la oportunidad de decirle lo orgullosa que estaba de él. Ése fue el motivo por el que quise dejarle la carta especial..."

La solitaria luz de la habitación se apagó súbitamente y Nicole quedó rodeada por la oscuridad. Se sentó muy quieta en la silla y escuchó con cuidado, para ver si percibía algún sonido. Aunque sabía que la policía estaba otra vez en la granja, no podía oír cosa alguna. A medida que el temor la invadía, se daba cuenta de cuán importantes se habían vuelto Juana y Eleonora para ella: durante la primera visita que la policía especial hizo a la granja Puckett, ambos robotitos permanecieron en la habitación para confortarla.

El tiempo transcurría con mucha lentitud. Nicole podía oír cómo le latía el corazón. Después de lo que le pareció una eternidad, oyó ruidos por encima de ella; daba la impresión de que había mucha gente en el cobertizo. Hizo una profunda inhalación y trató de calmarse. Segundos después, experimentó un tremendo sobresalto cuando oyó, junto a ella, una voz que, en tono bajo, le recitaba un poema:

Invádeme ahora, mi despiadado amigo,
Y haz que me agazape en la lobreguez.
Hazme recordar que estoy completamente sola
Y traza tu señal sobre mi tez.
¿Cómo es que me cautivas,
Cuando de tu poderío toda mi mente abjura?
¿Es el reptil que en mi seso mora
El que permite que tu terror siga su curso en derechura?

El miedo infundado a todos nos trastorna
A pesar de nuestra búsqueda de elevados designios.
Nosotros, pretendidos caballeros andantes, no fenecemos,
El miedo simplemente congela todo nuestro raciocinio.
Nos mantiene silentes cuando amor sentimos,
Al recordarnos que podríamos perder.
Y, si por azar con el éxito nos reunimos,
El miedo nos dice qué derrotero seguro escoger.

Al final, Nicole reconoció que la voz pertenecía al robot Juana, y que estaba recitando el famoso par de estrofas de Benita García sobre el miedo, escrito después que Benita adoptó una tesitura decididamente política, como consecuencia de la pobreza y la indigencia producidas por el Gran Caos. La amistosa voz del robot y los familiares versos del poema mitigaron temporariamente su pánico, y durante un rato escuchó con más calma, a pesar de que los ruidos que venían desde arriba estaban aumentando su intensidad.

Cuando oyó el sonido producido por el desplazamiento de las bolsas grandes de alimento para aves de corral, que estaban almacenadas encima de la entrada del refugio, su miedo, entonces, se renovó en forma súbita: “Es el fin", se dijo. "Me van a capturar.”

Se preguntó, brevemente, si la policía especial la habría de matar no bien la encontrara. En ese momento oyó un intenso golpeteo metálico al final del pasadizo que llevaba al escondite, y ya no pudo permanecer sentada. Al ponerse de pie, sintió dos agudas punzadas en el pecho y la respiración se le volvió trabajosa.

“¿Qué me pasa?”, estaba pensando, cuando el robot habló junto a ella:

—Después de la primera búsqueda —le informó—, Max temió no haber disfrazado suficientemente bien la entrada a tu escondite. Una noche, mientras dormías, en la parte superior del agujero metió un sistema completo de cañerías para el gallinero, con los caños de desagüe extendidos por encima del escondite: ese martilleo que oíste era alguien que estaba golpeando los caños.

Nicole contuvo el aliento mientras una conversación ahogada tenía lugar en la superficie, por encima de su cabeza. Al cabo de un minuto, volvió a oír el desplazamiento de las bolsas de alimento para aves. "Mi buen Max", pensó, relajándose un poco. El dolor del pecho amainó. Después de varios

minutos más, los ruidos que venían desde arriba cesaron por completo. Nicole soltó un suspiro y se sentó en la silla. Pero no se durmió hasta que las luces volvieron a encenderse.

El robot Eleonora había regresado en el momento en que Nicole despertó. Le explicó que Max iba a empezar a desarmar el sistema de desagüe dentro de las próximas horas, y que ella finalmente iba a dejar su escondite. Nicole quedó sorprendida cuando, después de arrastrarse por el túnel, se encontró con que Eponine estaba parada al lado de Max.

Las dos mujeres se abrazaron:

—*Ça va bien? Je ne t'ai pas vue depuis si longtemps.* —Le dijo Eponine.

—*Mais, mon amie, pourquoi es-tu ici? J'ai pensé que...*[1]

—Muy bien, muy bien, las dos —interrumpió Max—, ya van a tener mucho tiempo después para contarse todo. Por ahora, lo que necesitamos es apurarnos. Ya estamos atrasados respecto del plan, porque tardé mucho para sacar esa maldita cañería... Ep, lleva a Nicole adentro y vístela. Le puedes explicar el plan mientras se ponen la ropa... Necesito ducharme y afeitarme.

Mientras las dos mujeres caminaban en la oscuridad desde el cobertizo hasta la casa de Max, Eponine le informó a Nicole que todo estaba dispuesto para que huyera del hábitat:

Durante los cuatro últimos días, Max estuvo ocultando el equipo de buceo, pieza por pieza, alrededor de la costa del lago Shakespeare. También tiene otro equipo completo en un depósito de Beauvois, para el caso de que alguien hubiera quitado la luneta o los tubos de aire del sitio en el que estaban escondidos. Mientras tú y yo estamos en la fiesta, Max va a corroborar que todo esté bien.

—¿Qué fiesta? —preguntó Nicole, confundida.

Eponine rió, mientras entraban en la casa:

—Pero claro —dijo—, olvidé que no estuviste al tanto del almanaque: esta noche es el *Mardi Gras*.[2] Habrá una gran fiesta en Beauvois y otra en Positano. Casi todo el mundo va a salir esta noche: el gobierno ha estado alentando a la gente para que asista, probablemente para alejarle de la mente los demás problemas de la colonia.

Nicole miró con mucha extrañeza a su amiga, y Eponine volvió a reír:

—¿No comprendes? Nuestra mayor dificultad era idear el modo de que fueras desde la colonia hasta el lago Shakespeare sin que te vieran: todos los de Nuevo Edén conocen tu cara. Hasta Richard estuvo de acuerdo en que ésta era nuestra única oportunidad razonable. Vas a estar disfrazada y llevarás máscara...

—Entonces, ¿hablaron con Richard? —preguntó Nicole, empezando a comprender por lo menos el esbozo del plan.

—No en forma directa —contestó Eponine—, pero Max se comunicó con él a través de los robotitos. Richard fue el responsable de la idea del sistema de desagüe, que confundió a la policía durante su última visita a la granja. Estaba preocupado por que te descubrieran...

"Gracias otra vez, Richard", pensó Nicole, mientras Eponine seguía hablando. "Estoy en deuda contigo, por haberme salvado la vida, tres veces por lo menos."

Entraron en el dormitorio, en el que un fastuoso vestido blanco estaba extendido sobre la cama:

—Asistirás a la fiesta disfrazada de reina de Gran Bretaña —informó Eponine—. Toda la semana estuve trabajando sin parar en tu vestido. Con esta máscara que te cubre todo el rostro, más estos guantes largos y polainas blancos, nada de tu cabello o piel se podrá ver. No necesitamos permanecer en la fiesta durante más de una hora, más o menos, y no le vas a decir mucho a persona alguna pero, si alguien te llegara a preguntar, dile, sencillamente, que eres Ellie: ella se va a quedar en su casa esta noche, con tu nieta.

—¿Sabe Ellie que escapé? —preguntó Nicole unos segundos después. Estaba experimentando un intenso anhelo por ver tanto a su hija como a la pequeña Nicole, a la que no llegó a conocer siquiera.

—Es probable —contestó Epomine—. Por lo menos, sabe que una tentativa era factible... Fue Ellie la que primero me implicó en tu fuga. Ellie y yo ocultamos tus víveres en la Llanura Central.

—¿Así que no la viste desde que salí de la prisión?

---

[1] —¿Cómo estás?Hace tanto que no te veo.
—Amiga mía. ¿por qué estás aquí? Creí que...
En francés en el original. (N. del T.)

[2] Martes de Carnaval, que en muchas ciudades de Estados Unidos y Europa se celebra con vistosos desfiles y fiestas. (N. del T)

—Oh, sí. Pero no hemos dicho cosa alguna. En este momento Ellie tiene que ser muy cuidadosa: Nakamura la está vigilando como un halcón...

—¿Hay alguien más implicado? —preguntó Nicole, sosteniendo el vestido para ver cómo le iría.

—No, sólo Max, Ellie y yo... y, claro está, Richard y los robotitos.

Nicole se paró frente al espejo durante varios segundos: "Así que aquí estoy, reina de Gran Bretaña por fin... durante una hora, o dos, por lo menos". Estaba segura de que la idea para ese disfraz específico había partido de Richard. "Nadie más pudo haber hecho una elección tan apropiada." Se ajustó la corona sobre la cabeza. "Con esta cara blanca", pensó, "Henry hasta pudo haberme hecho reina."

Estaba sumida en recuerdos de muchos años atrás, cuando Max y Eponine surgieron del dormitorio. Nicole se echó a reír de inmediato: Max llevaba un disfraz verde que tenía muy poca tela, y portaba un tridente: era Neptuno, rey de los mares, y Eponine era su princesa, una sensual sirena.

—¡Los dos están fantásticamente! —aprobó la reina Nicole, guiñándole un ojo a Epomine—. ¡Huy, Max —añadió un segundo después, con tono de broma—, no tenía idea de que tuvieras un cuerpo tan imponente!

—Esto es ridículo —gruñó Max—. Tengo pelo por todas partes, en todo el pecho, cubriendo la espalda, en las orejas, hasta en...

—Con la salvedad de que es un poquitín ralo aquí arriba —lo interrumpió Epomine, dándole palmaditas en la cabeza, después de quitarle la corona.

—Demonios —protestó Max—, ahora ya sé por qué nunca viví con una mujer... Vamos, pongámonos en marcha. Y ya que estamos en esto: las condiciones meteorológicas vuelven a estar locas esta noche. Ambas van a necesitar un chal o una chaqueta durante nuestro viaje en el tílburi.

—¿El tílburi? —preguntó Nicole, echándole un vistazo a Eponine.

Su amiga sonrió:

—Lo verás en un minuto —dijo.

Cuando el régimen de Nuevo Edén requisó todos los trenes para transformar las livianas aleaciones extraterrestres en cazas y otras armas, la colonia de Nuevo Edén quedó sin un sistema extenso de transporte. Por fortuna, la mayor parte de los ciudadanos había comprado bicicletas y, durante los primeros tres años posteriores al asentamiento inicial, se había desarrollado un trazado completo de senderos para bicicletas. De no haberse hecho eso, para la población habría resultado muy difícil desplazarse por la colonia.

Para la época en la que se produjo la huida de Nicole, las antiguas vías del ferrocarril se habían levantado en su totalidad y, allí donde una vez estuvieron, se construyeron caminos. A estos caminos los utilizaban coches eléctricos (para uso exclusivo de los miembros importantes del gobierno y de personal militar clave), los camiones de transporte (que también funcionaban con electricidad acumulada) y los demás dispositivos ingeniosos y variados de transporte que habían construido, en forma individual, los ciudadanos de Nuevo Edén. El tílburi de Max era uno de esos dispositivos: en la parte anterior era una bicicleta; la mitad trasera, empero, era un par grande de asientos blandos —casi un sofá— que se apoyaba sobre dos ruedas y un eje fuerte, sumamente parecido a los tílburis de tracción equina de tres siglos antes en la Tierra.

El rey Neptuno luchaba con los pedales, mientras el trío de disfrazados avanzaba con gran cuidado por el camino que llevaba a Ciudad Central.

—¡Maldita sea! —exclamó Max, mientras se esforzaba por acelerar—, ¿por qué habré aceptado incorporarme a este plan absurdo?

Nicole y Eponine rieron desde el asiento que estaba detrás de Max:

—Porque eres un hombre maravilloso —afirmó Eponine—, y querías que las dos estuviéramos cómodas... Además, ¿puedes imaginarte a una reina montando en bicicleta durante casi diez kilómetros?

La temperatura ciertamente estaba muy baja. Eponine pasó algunos minutos explicándole a Nicole cómo las condiciones meteorológicas seguían siendo cada vez más inestables:

—Hubo un informe reciente que pasaron por televisión, que decía que el gobierno pretende asentar muchos de los colonos en el segundo hábitat. Ese ambiente todavía no está arruinado... Nadie tiene la menor confianza en que alguna vez consigamos arreglar los problemas que hay aquí, en Nuevo Edén.

Cuando se acercaban a Ciudad Central, Nicole se preocupó pensando que Max se estaba congelando; le ofreció el chal que Eponine le prestó, y que, finalmente, Max aceptó.

—Pudiste haber elegido un disfraz más abrigado —opinó Nicole para embromarlo.

—Hacer que Max fuera el rey Neptuno también es idea de Richard —contestó Epomine—. De ese modo, si esta noche precisara transportar tu equipo de natación subacuática, eso se vería perfectamente natural en él.

Nicole se sintió sorprendentemente emocionada cuando el tílburi redujo la velocidad ante el tránsito cada vez más denso y avanzó sinuosamente por entre los edificios principales de la colonia, en Ciudad Central: Nicole recordaba una noche, años atrás, cuando ella era el único ser humano despierto en Nuevo Edén. Esa misma noche, después de examinar a su familia una última vez, una aprensiva Nicole se había trepado a su litera y preparado para dormir durante el viaje de regreso, de muchos años de duración, al sistema solar.

Una imagen de El Águila, aquella extraña manifestación de inteligencia alienígena que había sido el guía del grupo de terrícolas en El Nodo, se le apareció ante los ojos de la mente: "*¿Pudiste haber predicho todo esto?*", se preguntaba Nicole, sintetizando con rapidez toda la historia de la colonia desde aquel primer encuentro con los pasajeros provenientes de la Tierra, a bordo de la *Pinta. "¿Y qué piensas de nosotros ahora?"* Nicole sacudió la cabeza con gesto sombrío, dolorosamente avergonzada por el comportamiento de sus congéneres.

—Nunca volvieron a colocarlo —estaba diciendo Eponine, desde el asiento de al lado. Habían ingresado en la plaza principal.

—Lo siento —contestó—, pero temo que estaba absorta en otras cosas.

—Ese maravilloso monumento que diseñó tu marido, ese que hacía el seguimiento de la posición de *Rama* en la galaxia... ¿Recuerdas que lo destruyeron la noche en que la chusma quiso linchar a Martínez...? Sea como fuere, nunca se volvió a colocarlo.

Una vez más, Nicole se sumergió en lo profundo de los recuerdos. "Quizás eso es lo que significa ser anciano", pensó. "Demasiados recuerdos que siempre sacan a empellones lo presente." Recordó a la chusma turbulenta y al muchacho pelirrojo que vociferaba: "Maten a esa negra puta..."

—¿Qué pasó con Martínez? —preguntó en voz baja, temiendo oír la respuesta.

—Lo electrocutaron poco después que Nakamura y Macmillan se adueñaron del poder. El juicio fue noticia sobresaliente durante varios días.

Habían pasado a través de Ciudad Central y estaban siguiendo hacia el sur, en dirección a Beauvois, el pueblo en el que Nicole, Richard y la familia vivían antes del golpe de Nakamura.

"'Todo pudo haber sido tan diferente", pensó, mientras contemplaba hacia su izquierda el monte Olimpo, que se erguía imponente ante ellos. "Pudimos haber tenido un paraíso aquí... si tan sólo nos hubiéramos esforzado más..."

Era una línea de pensamiento que Nicole había seguido centenares de veces desde aquella terrible noche, la misma en la que Richard partió apresuradamente de Nuevo Edén. Siempre estaba la misma pena profunda en el corazón de Nicole, las mismas lágrimas quemantes en sus ojos.

"Nosotros, los seres humanos", recordaba haberle dicho una vez a El Águila, en El Nodo, "somos capaces de tener un comportamiento tan dicotómico: en ocasiones, cuando existen cuidados y compasión, en verdad parecemos estar en un nivel levemente inferior al de ángeles. Pero, con mayor frecuencia, nuestra codicia y nuestro egoísmo sobrepasan nuestras virtudes, y nos volvemos indiscernibles de aquellos seres más rastreros de los que derivamos."

4

Ya hacía casi dos horas que Max se había ausentado de la fiesta. Tanto Eponine como Nicole se estaban alarmando. Cuando las dos mujeres trataban de atravesar juntas la poblada pista de baile, un par de hombres, disfrazados como Robin Hood y fray Tuck, las detuvieron:

—Tú no eres Marian, la amada de Robin —le dijo Robin Hood a Epomine—, pero eres *marina*, lo que es casi lo mismo. —Rió de buena gana ante el juego de palabras que acababa de hacer, extendió los brazos y empezó a bailar con Epomine.

—¿Le es permitido a un humilde sacerdote tener el honor de este baile con Su Majestad? —dijo el otro hombre. Nicole sonrió para sus adentros: "¿Qué peligro puede haber en bailar una sola pieza?', pensó. Se dejó tomar por los brazos de fray Tuck y la pareja comenzó a desplazarse suavemente por la pista.

Fray Tuck era un tipo parlanchín. Después de cada tantos compases, se separaba de Nicole y le hacía una pregunta. Tal como se había planeado, Nicole indicaba su respuesta con un movimiento de cabeza o con un gesto. Hacia el final de la pieza, el hombre disfrazado de sacerdote empezó a reír:

—En verdad —dijo—, estoy convencido de que estoy bailando con una muda... una muda muy agraciada, eso es indudable, pero muda al fin.

—Estoy muy resfriada —dijo Nicole en voz baja, tratando de disfrazar la voz.

Después de haber dicho eso, Nicole percibió un cambio neto en el comportamiento del fraile. Su preocupación aumentó cuando, una vez que hubieron terminado de bailar, durante varios segundos el hombre siguió reteniéndole las manos y mirándola con fijeza:

—He oído su voz antes, en alguna parte —dijo con gesto serio—. Es muy característica... Me pregunto si no nos conocíamos ya: soy Wallace Michaelson, el senador por la sección occidental de Beauvois.

"¡Pero claro!", pensó Nicole, sintiendo pánico, "¡ahora te recuerdo: fuiste uno de los primeros norteamericanos de Nuevo Edén que brindaron apoyo a Nakamura y Macmillan!"

No se atrevió a decir algo más. Por fortuna, Eponine y Robin Hood volvieron para unírseles antes de que el silencio se hubiera vuelto peligrosamente prolongado. Eponine percibió lo que había ocurrido y actuó con prontitud:

—La Reina y yo —dijo, tomando a Nicole de la mano— estábamos yendo a empolvarnos la nariz cuando vosotros, forajidos del bosque de Sherwood, nos emboscaron. Si nos disculpáis ahora, nosotras, agradecidas por vuestra invitación a la danza, retomaremos el curso hacia nuestro destino original.

Mientras las amigas se alejaban, los dos hombres vestidos de verde las observaban cuidadosamente. Una vez adentro del baño para damas, Eponine abrió todos los cubículos sanitarios para asegurarse de que estaban solas.

—Pasó algo —susurró entonces—. Probablemente Max tuvo que ir al depósito para reemplazar tu equipo.

—Fray Tuck es un senador de Beauvois —dijo Nicole—. Casi reconoce mi voz... No creo estar segura aquí.

—Está bien —asintió Eponine con nerviosidad, después de un instante de vacilación—, seguiremos el plan alternativo... Saldremos por el frente y esperaremos debajo del árbol grande.

Las dos mujeres vieron la pequeña cámara del techo al mismo tiempo. Hizo apenas un leve ruido cuando cambió de orientación para seguirlas por la habitación. "¿Hubo algo que sugiriese quiénes éramos?", se preguntó Nicole. Estaba especialmente preocupada por Eponine, ya que su amiga seguiría viviendo en la colonia después que ella hubiera escapado o sido capturada.

Cuando regresaron al salón de baile, Robin Hood y su sacerdote favorito les hicieron gestos para que fueran hacia ellos. Como respuesta, Eponine señaló la puerta principal, se puso los dedos delante de los labios, para indicar que iba afuera para fumar y, después, cruzó el salón con Nicole. Mientras abría la puerta de afuera, Eponine echó un vistazo por sobre el hombro:

—Los hombres verdes nos están siguiendo —susurró.

A unos veinte metros del acceso al salón de baile —que, en realidad, era el gimnasio del Colegio de Enseñanza Media de Beauvois—había un gran olmo, que había sido uno de los pocos árboles ya desarrollados que originariamente se transportaron a *Rama* desde la Tierra. Cuando Eponine y la reina Nicole llegaron al árbol, aquélla buscó dentro de su bolso, extrajo un cigarrillo y lo prendió con rapidez. Lanzó el humo lejos de Nicole:

—Lo siento —susurró.

—Entiendo —acababa de decir Nicole, cuando Robin Hood y fray Tuck se les acercaron y pararon al lado.

—Bueno, bueno —comentó Robin Hood—, así que nuestra princesa sirena es fumadora: ¿no sabe que se está quitando años de vida?

Eponine estaba por dar su manida respuesta, decirle que el RV-41 la iba a matar mucho antes que el fumar, pero decidió no decir cosa alguna que pudiera alentar a los hombres para quedarse. Se limitó a sonreír débilmente, le dio una intensa pitada al cigarrillo y lanzó el humo por encima de la cabeza, hacia las ramas del árbol.

—Tanto el fraile aquí presente como yo albergábamos la esperanza de que ustedes, señoras, nos acompañarían a beber algo —dijo Robin Hood, pasando por alto el hecho de que ni Eponine ni Nicole habían respondido su comentario anterior.

—Sí —añadió fray Tuck—, nos agradaría saber quiénes son... —miró a Nicole con fijeza—. Estoy seguro de que nos hemos visto antes; su voz es tan familiar...

Nicole fingió toser y miró en derredor: había tres policías en un radio de quince metros.

"No aquí", pensó. "No ahora. No cuando estoy tan cerca."

—La reina no se siente bien —intervino Eponine—. Podemos irnos temprano. Si no, los encontraremos cuando volvamos...

—Soy médico —interrumpió Robin Hood, acercándose a Nicole—. Quizá pueda ayudar.

Nicole podía sentir la tensión en el corazón: una vez más, la respiración era entrecortada y trabajosa. Volvió a toser y se volvió, alejándose de los dos hombres.

—Esa es una tos terrible, Majestad —oyó decir a una voz familiar—. Es mejor que la llevemos a casa.

Alzó la cabeza y vio a otro hombre vestido de verde: Max, también conocido como rey Neptuno, la miraba con una sonrisa de oreja a oreja. Detrás de él, Nicole pudo ver el tílburi estacionado a no más de diez metros; se sintió alborozada y aliviada. Le dio a Max un fuerte abrazo, y casi olvidó el peligro que la circundaba:

—Max —dijo, antes que él le pusiera un dedo sobre los labios.

—Sé que vosotras dos, mis señoras, estáis sencillamente encantadas de que el rey Neptuno haya terminado con sus menesteres por esta noche —dijo después, con gesto ceremonioso—, y ahora os pueda escoltar hasta vuestro castillo, lejos de forajidos y de otros elementos indeseables.

Max miró a los otros dos hombres, que estaban disfrutando de su actuación aun cuando les había arruinado los planes que tenían para la velada:

—Gracias, Robin. Gracias, fray Tuck —continuó, mientras ayudaba a las damas a subir al asiento del tílburi—. Vuestra amable atención para con mis amigas es sumamente estimada.

Fray Tuck se acercó al vehículo, evidentemente para hacer una pregunta más, pero Max se alejó pedaleando:

—Es noche de mascarada y misterio —declaró, saludando a los hombres con la mano en alto—, pero no podemos demorarnos más, pues el mar nos está reclamando.

—Estuviste fantástico —lo elogió Eponine, dándole otro beso.

Nicole asintió con la cabeza.

—Puede que hayas errado la vocación —dijo—; a lo mejor debiste haber sido actor en vez de granjero.

—En la obra que representamos en nuestra secundaria, en Arkansas, hice el papel de Marco Antonio —recordó Max, dándole a Nicole la luneta para que le hiciera un ajuste final—. Los cerdos adoraban mis ensayos... "Amigos, romanos, conciudadanos... prestadme vuestra atención... He venido para enterrar al César, no para alabarlo."

Rieron los tres. Estaban parados en un pequeño claro, a unos cinco metros de la orilla del lago Shakespeare. Alrededor de ellos, árboles y arbustos altos los ocultaban del camino y del sendero para ciclistas que había en las proximidades. Max levantó el tanque de aire y ayudó a Nicole a ajustárselo sobre la espalda.

—¿Está todo listo, entonces? —preguntó.

Nicole asintió con la cabeza.

—Los robots se reunirán contigo en el escondrijo —indicó Max—. Me dijeron que te recordara que no desciendas con demasiada rapidez: no has practicado natación subacuática desde hace mucho.

Nicole permaneció en silencio durante varios segundos. Después dijo:

—No sé cómo agradecerles a ustedes dos. Nada de lo que pueda ocurrírseme decirles parece ser adecuado.

Eponine se le acercó y la abrazó con fuerza, diciéndole:

—Ponte a salvo, amiga mía. Te queremos mucho.

—Yo también —confesó Max un instante después, ahogándosele la voz levemente cuando la abrazó. Los dos la saludaron con la mano en alto mientras ella caminaba de espaldas hacia el lago.

De los ojos de Nicole fluían lágrimas, que se acumulaban en la parle inferior de la luneta. Cuando el agua ya le llegaba hasta la cintura, agitó la mano una última vez saludando a Eponine y Max.

El agua estaba más fría que lo que esperaba. Sabía que las variaciones de temperatura producidas en Nuevo Edén habían sido mucho mayores a partir del momento en que los colonos se hicieron cargo de la administración de su propio clima, pero no pensó en que los cambios ocurridos en las pautas meteorológicas habrían alterado la temperatura del lago.

Modificó la cantidad de aire en su chaleco inflable para disminuir la velocidad de inmersión.

"No te apures", se aconsejó, "y mantente relajada. Tienes ante ti un largo trayecto para recorrer a nado."

Juana y Eleonora la habían hecho practicar repetidamente el procedimiento que debía seguir para localizar el largo túnel que corría por debajo del muro del hábitat. Encendió la linterna y estudió la granja de hidrocultivo que estaba a su izquierda. "Trescientos metros hacia el centro del lago, en posición directamente perpendicular al muro posterior del sector de alimentación de salmones", recordó. "Mantente a una profundidad de veinte metros hasta que veas debajo de ti la plataforma de hormigón armado."

Nadaba con facilidad, pero, de todos modos, se estaba cansando rápidamente. Recordó una discusión con Richard, años atrás, cuando contemplaban la posibilidad de cruzar el Mar Cilíndrico nadando juntos, para escapar de Nueva York.

—Pero no soy tan buena nadadora —había dicho ella—. Tal vez no consiga hacerlo.

En aquel momento, Richard le había asegurado que, dado que ella era una atleta tan excepcional, no tendría problemas con un tramo largo de natación. "Y ahora estoy aquí, nadando para salvar mi vida, siguiendo la misma ruta de huida que Richard empleó hace dos años", pensaba Nicole, "... con la diferencia de que tengo sesenta años, más o menos... y de que me falta entrenamiento."

Encontró la plataforma de hormigón armado, descendió otros quince metros, al tiempo que vigilaba cuidadosamente todos sus medidores, y pronto localizó una de las ocho grandes estaciones de bombeo, que estaban diseminadas en el fondo del lago para mantener el agua circulando de modo continuo. "Ahora, se supone que la entrada del túnel está oculta exactamente debajo de uno de estos enormes motores." No la encontró con facilidad: seguía nadando y pasando de largo debido a toda la nueva floración que se había desarrollado en el conjunto de equipos de bombeo.

El túnel era un caño circular de cuatro metros de diámetro, completamente lleno de agua. Se lo incluyó como ruta de fuga de emergencia, en el diseño originario del hábitat, ante la insistencia de Richard, cuya formación en ingeniería le había enseñado a tomar en cuenta, siempre, contingencias imprevistas. Desde la entrada en el lago Shakespeare hasta la salida, ubicada en la Llanura Central, más allá de los muros del hábitat, había un trecho para nadar de poco más de un kilómetro. Encontrar la entrada le tomó diez minutos más que lo planeado. Ya estaba muy cansada cuando empezó a nadar el tramo final.

Durante sus dos años en prisión, los únicos ejercicios de Nicole habían sido las marchas, flexiones de pierna y de brazos que hacía a intervalos regulares. Sus envejecidos músculos ya no eran capaces de soportar una fatiga extrema sin acalambrarse. Tres veces, durante el trayecto por el túnel, los músculos de las piernas se le acalambraron; en cada ocasión luchó, pedaleando para mantenerse a flote, y se forzó a relajarse hasta que el calambre se disipó por completo. Su avance era muy lento. Hacia el final, tuvo miedo de quedarse sin aire antes de alcanzar la salida del túnel.

En los últimos cien metros le dolía todo el cuerpo; los brazos no querían empujar el agua, y a las piernas no les quedaba fuerza para dar impulso. Fue entonces cuando le empezó el dolor en el pecho. El dolor sordo, desconcertante, permaneció con ella aun después que el indicador de profundidad señalara que el túnel se había inclinado levemente hacia arriba.

Cuando finalmente hubo alcanzado el final y se puso de pie, estuvo a punto de desplomarse. Durante varios minutos trató, sin conseguirlo, de recuperar el equilibrio de su ritmo de respiración y de su pulso. Ni siquiera le quedaba la fuerza suficiente como para levantar la tapa metálica que obturaba la salida, situada por sobre su cabeza. Con la preocupación de haberse exigido más allá de límites seguros, decidió quedarse en el túnel y hacer una breve siesta.

Despertó dos horas después, cuando oyó un extraño golpeteo suave por encima de ella. Se paró directamente debajo de la tapa y escuchó con cuidado: podía oír voces, pero no alcanzaba a distinguir lo que se decía.

"¿Qué pasará?", se preguntó, y su ritmo cardíaco se aceleró súbitamente. "Si fui descubierta por la policía, ¿por qué, simplemente, no levantan la tapa?"

En la oscuridad, se desplazó con lentitud hacia el equipo de buceo, que estaba apoyado contra la pared del lado opuesto del túnel. Mediante su diminuta linterna examinó los medidores, para establecer cuánto aire quedaba en el tanque:

"Podría sumergirme unos pocos minutos, pero no muchos", pensó.

De pronto, se oyó un golpe neto sobre la tapa:

—¿Estás ahí abajo, Nicole? —preguntó el robot Juana—. Si es así, identifícate de inmediato. Acá arriba tenemos ropa abrigada para ti, pero no somos lo suficientemente fuertes como para mover la tapa.

—Sí, soy yo —gritó Nicole, aliviada—. Treparé no bien pueda.

En su traje de natación empapado, Nicole quedó de inmediato como un carámbano al exponerse al tonificante aire exterior de *Rama*, en el que la temperatura era de nada más que unos pocos grados por encima del punto de congelación. Los dientes le castañetearon durante la caminata de ocho metros en la oscuridad, hasta el sitio en el que estaban ocultos los alimentos y la ropa seca para ella.

Cuando el trío llegó a los víveres, Juana y Eleonora le indicaron que se pusiera el uniforme militar que Ellie y Eponine habían dejado para ella. Cuando Nicole preguntó el porqué, los robots le explicaron que, para llegar a Nueva York, les era necesario cruzar el segundo hábitat:

—En el caso de que se nos descubra —dijo Eleonora, una vez que estuvo ubicada con seguridad en el bolsillo de la camisa de Nicole —, nos va a ser más fácil inventar una excusa para evadir el problema si llevas uniforme de soldado.

Nicole se puso la ropa interior enteriza de abrigo y el uniforme. Cuando ya no tuvo más frío, se dio cuenta de que estaba extremadamente hambrienta. Mientras consumía su festín, colocó todos los demás objetos que estaban envueltos en la sábana, en la mochila que había estado transportando debajo del chaleco salvavidas inflable.

Se presentó un problema al ingresar en el segundo hábitat. Nicole y los dos robots que llevaba en el bolsillo no se habían topado con ser humano alguno en la Llanura Central, pero el acceso a lo que otrora había sido el hogar de los avianos y sésiles estaba cuidado por un centinela. Eleonora se había adelantado para explorar, e informó sobre la dificultad. El grupo se detuvo entre tres o cuatrocientos metros de distancia de la ruta de tránsito principal entre los dos hábitats.

—Esta debe de ser una nueva precaución de seguridad que se agregó desde tu huida —supuso Juana—. Nunca tuvimos dificultad alguna para entrar y salir.

—¿No hay otras rutas que lleven hacia el interior? —preguntó Nicole.

—No —contestó Eleonora—, el sitio originario de la sonda estaba aquí. Desde ese entonces se lo ensanchó de modo considerable, claro, y se construyó un puente que cruza el foso, de modo que las tropas se puedan desplazar con prontitud. Pero no hay otros accesos.

—¿Y nos es imperioso cruzar este hábitat para llegar hasta Richard y Nueva York?

—Sí —respondió Juana—. Esa enorme barrera gris que hay hacia el sur, la que forma el muro del segundo hábitat durante tantísimos kilómetros, evita que haya desplazamientos hacia adentro del hemicilindro boreal de *Rama*, y hacia afuera de él. Tal vez podríamos volar sobre ella, si tuviéramos un avión que pudiese alcanzar una altitud de dos kilómetros y un piloto muy inteligente, pero no los tenemos... Además, Richard está esperando que vayamos a través del hábitat.

Aguardaron mucho tiempo en la oscuridad y el frío. Periódicamente, uno de los dos robots iba a revisar el acceso, pero siempre había un centinela presente. Nicole se sentía cansada y frustrada.

—Oigan —dijo en un momento dado—, no podemos quedarnos aquí para siempre. Tiene que haber algún otro plan.

No tenemos conocimiento de algún plan alternativo o de contingencia en esta situación — declaró Eleonora, lo que, por una vez al menos, le hizo recordar a Nicole que no eran más que robots.

Durante una breve siesta, la exhausta Nicole soñó que estaba dormida, desnuda, en la cara superior de un cubo de hielo muy grande y muy plano. Los avianos la estaban atacando desde el cielo, y centenares de robotitos como Juana y Eleonora la habían rodeado sobre la superficie del cubo, entonando un cántico al unísono.

Cuando Nicole despertó, se sintió algo refrescada. Habló con los dos robots, y concibieron un plan nuevo: los tres decidieron no desplazarse hasta que hubiera una interrupción del tránsito que pasaba por el acceso al segundo hábitat. En ese momento, los robots actuarían como señuelo para atraer al centinela, de modo que Nicole pudiera colarse en el interior, Juana y Eleonora le indicaron que, en ese momento, caminara con cuidado hasta el otro lado del puente y después girara hacia la derecha, a lo largo de la ribera del foso.

—Espéranos —recalcó Eleonora— en una pequeña abra que está a unos trescientos metros del puente.

Veinte minutos después, Juana y Eleonora creaban una terrible conmoción a lo largo del muro del otro lado, a unos cincuenta metros del acceso. Nicole avanzó al interior del hábitat sin que se la obstaculizara cuando el centinela abandonó su puesto para investigar el ruido. En el interior, una larga escalera describía un tirabuzón hacia adelante y hacia atrás, cayendo a plomo los varios centenares de metros que iban desde la altura del acceso hasta el nivel del ancho foso que circunscribía todo el hábitat. En la escalera había luces dispuestas a intervalos, y Nicole pudo ver más luces en el puente que tenía frente a sí, pero, en total, la iluminación era bastante escasa. Se puso tensa cuando vio dos operarios de construcción que trepaban por la escalera hacia donde estaba ella, pero ascendieron y pasaron de largo, casi sin dar señal de haber advertido su presencia. Nicole agradeció para sus adentros el llevar el uniforme.

Mientras aguardaba al lado del foso, contempló el centro del hábitat alienígena y trató de divisar los elementos fascinantes que los robotitos le habían descripto: la enorme estructura cilíndrica marrón, que se erguía hasta alcanzar mil quinientos metros y que, en algún momento, había albergado tanto a la colonia de avianos como a la de los sésiles; la gran bola cubierta que pendía del techo del hábitat y proveía luz; y el anillo de misteriosos edificios blancos, ubicados a lo largo de un canal, que rodeaba el cilindro.

La bola no había estado iluminada desde hacía meses, desde la primera incursión de los seres humanos en el dominio de los avianos/sésiles. Las únicas luces que Nicole podía ver eran pequeñas y sumamente dispersas, evidentemente puestas por los invasores humanos. Por eso, todo lo que podía discernir era una vaga silueta del gran cilindro, una sombra cuyos bordes eran muy borrosos:

"Debe de haber sido espléndido cuando Richard entró por primera vez", pensó, conmovida por la idea de que estaba en un sitio que, hasta hacía poco, había sido el hogar de otra especie dotada de sensibilidad. "Así que aquí también", prosiguió su mente, extendemos nuestra hegemonía pisoteando todas las formas de vida que no son tan poderosas como nosotros."

Eleonora y Juana tardaron más de lo esperado para volver a reunirse con ella. Después, el grupo avanzó con lentitud a lo largo de la ribera del foso. Uno de los robots siempre iba en la vanguardia, explorando, asegurándose de que se evitaran los contactos con otros seres humanos. Dos veces, en la parte del hábitat que se parecía mucho a una selva de la Tierra, Nicole aguardó en silencio, mientras un grupo de soldados u operarios pasaba junto a ella en el camino que estaba a su izquierda. Las dos veces estudió, con fascinación, las nuevas e interesantes plantas que la rodeaban. Hasta encontró un ser, que estaba a mitad de camino entre una sanguijuela y una lombriz, tratando de entrar en su bota derecha; lo levantó y se lo puso en el bolsillo.

Habían transcurrido casi setenta y dos horas desde que entró en el lago Shakespeare caminando para atrás, cuando ella y los dos robots finalmente llegaron al punto especificado para el encuentro. Estaban en el otro lado del segundo hábitat, lejos del acceso, donde la densidad normal de seres humanos era mínima. Un submarino emergió minutos después de la llegada del grupo; el costado del submarino se abrió y Richard Wakefield, con una gigantesca sonrisa extendiéndose sobre su rostro barbudo, corrió hacia adelante, hacia los brazos de su amada esposa. El cuerpo de Nicole se sacudió de gozo cuando sintió los brazos de él en tomo de ella.

5

¡Todo era tan familiar! Con la salvedad del desorden de Richard, acumulado durante los meses que pasó solo, y de la transformación de la guardería de sus hijos para que fuera el dormitorio de los dos pichones de aviano, la madriguera que estaba debajo de Nueva York se encontraba exactamente igual que cuando Richard, Nicole, Michael O'Toole y sus hijos partieron de *Rama* años atrás.

Richard atracó el submarino en un fondeadero situado en el lado sur de la isla, en un sitio al que llamaba El Puerto.

—¿Dónde conseguiste el submarino? —le preguntó Nicole, mientras caminaban juntos hacia la madriguera.

—Fue un regalo o, al menos, creí que lo era: después de que el superjefe, o la superjefa, no conozco su dimorfismo sexual, de los avianos me mostró cómo operarlo, desapareció, dejando el submarino aquí.

Caminar en Nueva York había sido una experiencia pavorosa para Nicole. Aun en la oscuridad, los rascacielos le traían un recuerdo muy vivo de los años vividos en esa isla misteriosa ubicada en mitad del Mar Cilíndrico.

"¿Cuántos años han pasado desde que nos fuimos?", pensaba cuando Richard y ella, tomados de la mano, se detuvieron junto al cobertizo en el que Francesca Sabatini la había abandonado para que pereciera en el fondo de un pozo. Pero Nicole sabía que no existía forma de brindar una respuesta exacta a su pregunta: el tiempo transcurrido no se podía haber medido en forma normal alguna, ya que habían efectuado dos largos viajes interestelares a velocidades relativísticas, el segundo dormidos en una litera especial, con tecnología extraterrestre que les retardaba el proceso de envejecimiento mediante la cuidadosa manipulación de las enzimas y del metabolismo.

—Los únicos cambios hechos a la espacionave *Rama* en cada visita a El Nodo —le informó Richard cuando se aproximaron por vez primera a su antiguo hogar— son los necesarios para adaptarla a la misión siguiente. Así que nada varió en nuestra madriguera: la pantalla negra sigue estando en la Sala Blanca, así como nuestro antiguo teclado. Los procedimientos para hacerles pedidos a los ramanos, o como quiera que se deba llamar a nuestros anfitriones, también siguen intactos.

—¿Y qué hay respecto de las demás madrigueras? —preguntó Nicole durante el descenso por la rampa hacia el nivel en el que habitaban— ¿Las visitaste?

—La madriguera aviana es un sepulcro —contestó Richard—. La he recorrido por completo varias veces. Una vez, penetré con cautela en la de las octoarañas, pero sólo me adentré hasta esa sala de catedral con los cuatro túneles que llevan al exterior...

Nicole lo interrumpió, riendo:

—Las que llamábamos Eenie, Meenie, Mynie y Moe...

—Sí. Sea como fuere, no me sentí cómodo allá. Tenía la sensación, aun cuando no pude identificar algo específico, de que la madriguera todavía estaba habitada, y de que las *octos*, o quienquiera que hubiera podido estar viviendo allá, estaban vigilando todos y cada uno de mis pasos. —Esta vez fue el turno de él para reír: —Lo creas o no lo creas, también estaba preocupado por lo que les ocurriría a Tammy y Timmy si, por alguna causa, yo no regresara.

La primera presentación de Nicole a Tammy y Timmy, el par de pichones de aviano que Richard criaba desde que nacieron, fue sumamente divertida: Richard había construido una media puerta que daba a la guardería, y le echó cerrojo cuando salió para encontrarse con Nicole dentro del segundo hábitat. Como los seres parecidos a pájaros todavía no podían volar, carecían de la capacidad para abandonar la guardería durante su ausencia. Pero no bien oyeron su voz en la madriguera, empezaron a chillar y parlotear. Ni siquiera dejaron de graznar cuando Richard les abrió la puerta y los acunó a los dos en los brazos.

—Me están diciendo —le gritó a Nicole, por encima del espantoso ruido— que no debí haberlos dejado solos.

Nicole se reía tanto que los ojos se le llenaban de lágrimas. Los dos pichones tenían su largo cuello extendido hacia la cara de Richard. Interrumpían sus parloteos y chillidos nada más que

durante lapsos breves, momentos en los cuales frotaban suavemente la parte inferior del pico contra la mejilla barbada de Richard. Los avianos todavía eran pequeños —de unos setenta centímetros de alto cuando se paraban sobre las dos patas—, pero el cuello era tan largo que parecían ser mucho más grandes.

Nicole observaba con admiración cómo su marido cuidaba de sus pupilos alienígenas: les limpiaba las defecaciones, se aseguraba de que tuvieran alimento y agua frescos, y hasta comprobaba la blandura de sus lechos, formados por algo parecido al heno, que estaban en el rincón de la guardería.

“Has recorrido un largo camino, Richard Wakefield", pensó Nicole, recordando los años en que él se mostraba renuente para cumplir con cualquiera de las obligaciones comunes relacionadas con la paternidad. Nicole se sentía profundamente conmovida por el evidente afecto que su marido sentía por los delgaduchos pichones.

"¿Será posible", se preguntó, "que cada uno de nosotros tenga en su interior esta clase de amor abnegado y que debamos, de algún modo, abrirnos camino por entre todos los problemas que crearon tanto la herencia como el ambiente, antes de que podamos descubrirlo?"

Richard guardaba los cuatro melones maná y la tajada del sésil en uno de los rincones de la Sala Blanca. Le explicó que no había observado cambios de clase alguna ni en los melones ni en el material del sésil desde que llegó a Nueva York.

—Quizá los melones pueden permanecer en estado de latencia durante mucho tiempo, como las semillas —aventuró Nicole, después de escuchar la explicación de Richard sobre el complejo ciclo de vida de la especie sésil.

—Eso es lo que estaba pensando —convino Richard—. Naturalmente, no tengo la menor idea de cuáles sean las condiciones en las que podrían germinar los melones... La especie es tan extraña, y tan complicada, que no me sorprendería que al proceso lo controlara, de alguna manera, ese pequeño trozo de sésil.

La primera noche que estuvieron juntos, Richard tuvo dificultades para conseguir que los pichones se fueran a dormir:

—Tienen miedo de que los vuelva a dejar —explicó cuando regresó a la Sala Blanca después de la tercera vez que los furiosos graznidos de Tammy y Timmy interrumpieron su cena con Nicole. Al fin, programó a Juana y Eleonora para que divirtieran a los avianos: era la única manera en que podía mantener en silencio a sus pupilos extraterrestres, de modo de poder contar con algo de tiempo a solas con Nicole.

Hicieron el amor suave y tiernamente, antes de dormirse. Mientras se estaba desvistiendo, Richard admitió que no estaba seguro de cuán bien... pero Nicole le informó que su rendimiento, o su falta de rendimiento, carecía por completo de importancia: insistió en que sería un gozo inenarrable el simple hecho de tener su cuerpo al lado del de ella, y que, de producirse, cualquier excitación sexual sería un maravilloso beneficio adicional. Fueron, por supuesto, compatibles, como lo habían sido desde la primera vez que durmieron juntos. Se tomaron de las manos, los cuerpos uno al lado del otro, después del contacto sexual. Nada dijeron. Varias lágrimas se formaron en los ojos de Nicole y se deslizaron con lentitud por su rostro para, finalmente, fluir hacia los costados, derramándose en los oídos. Sonrió en la oscuridad: por el momento, se sentía gloriosamente feliz.

Por primera vez en muchísimo tiempo, no había prisa en la vida de Nicole y Richard. Todas las noches conversaban con facilidad, a veces aun cuando estaban haciendo el amor. Richard le contó más sobre su niñez y adolescencia que lo que nunca antes le había contado; incluyó sus recuerdos más dolorosos del mal trato a que lo sometía su padre, así como los detalles desgarradores de su desastroso primer matrimonio con Sarah Tydings.

—Ahora me doy cuenta de que Sarah y papá tenían algo fundamental en común —comentó Richard bien avanzada una noche—; ambos carecían de la capacidad de concederme la aprobación que yo perseguía con tanta desesperación y, de algún modo, ambos sabían que continuaría tratando de obtenerla, aun si eso entrañaba abandonar todo lo demás que hubiera en mi vida.

Nicole compartió con Richard, por primera vez, todo el aspecto conmovedor de su amorío de cuarenta y ocho horas con el Príncipe de Gales, inmediatamente después que ella obtuvo su medalla olímpica de oro; hasta admitió que había anhelado casarse con Henry y que quedó completamente desolada cuando se dio cuenta de que el Príncipe la había excluido como candidata para ser la reina de Gran Bretaña debido, primordialmente, al color de su piel. Richard estaba interesado en extremo, hasta fascinado, por la narración de Nicole. Pero ni siquiera una vez dio la impresión de sentirse amenazado en lo más mínimo o celoso.

"Se volvió más maduro", pensaba ella varias noches después, mientras su marido estaba terminando la tarea nocturna de arropar los pichones en su cama.

—Querido — dijo, cuando Richard se le unió en el dormitorio que tenían en la madriguera—, hay algo que te quiero decir... Estuve esperando el momento oportuno...

—Oh, oh... —Richard fingió fruncir el ceño. —Esto suena como algo serio... Espero que no te demores demasiado, pues para esta velada yo tenía algunos planes para nosotros.

Cruzó la habitación y empezó a besarla.

—Por favor, Richard, ahora no... —dijo ella, apartándolo con delicadeza—. Esto es muy importante para mí.

Richard retrocedió unos pasos.

—Cuando creí que me iban a ejecutar —continuó Nicole lentamente—, me di cuenta de que todos mis asuntos personales estaban en orden, salvo dos. Todavía había cosas que deseaba decir, tanto a ti como a Katie; hasta le pregunté al policía que me explicó el procedimiento de ejecución si me podía dar papel y lapicera, de modo de poder escribir dos cartas finales.

Se detuvo un instante, como si hubiera estado buscando las palabras adecuadas:

—Durante esos espantosos días, no pude recordar, Richard —prosiguió—, si alguna vez te había dicho, explícitamente, lo contenta que estaba de que hubiésemos sido marido y mujer... Tampoco quise morir sin...

Se detuvo una segunda vez, recorrió con la vista la habitación y, después, volvió a mirar a Richard directamente a los ojos:

—Había una cosa más que deseaba conseguir con esa última carta. En ese momento estaba convencida de que era necesario para hacer que mi vida hubiera sido completa, de modo que pudiera partir de este mundo sin dejar cabos sueltos... Richard, quise disculparme por mi insensibilidad allá en El Nodo, cuando tú, Michael y yo... Cometí un error entonces al ir demasiado pronto a la cama de Michael, cuando temí... tomó una profunda bocanada de aire:

"Debí haber tenido más fe —admitió—. No es, ni por un minuto, que los eliminaría del mundo a Patrick o a Benjy, pero ahora me doy cuenta de que me rendí demasiado rápido a mi soledad. Deseo…

Richard le tocó los labios con el dedo:

—No es necesaria disculpa alguna, Nicole —dijo con suavidad—, sé que me quisiste bien.

Adoptaron un ritmo fácil en su sencilla existencia: por las mañanas recorrían Nueva York, normalmente tomados del brazo, explorando de nuevo cada esquina del dominio isleño al que una vez, en el pasado, habían llamado *hogar*. Como ya estaba siempre oscuro, la ciudad tenía un aspecto diferente ahora. Únicamente el haz de las linternas que llevaban iluminaba los enigmáticos rascacielos, cuyos detalles estaban indeleblemente grabados en su memoria.

A menudo caminaban por los terraplenes de la ciudad, mirando las aguas del Mar Cilíndrico. Una mañana, pasaron varias horas parados en un mismo sitio, el lugar preciso en el que habían confiado su vida a los tres avianos, tantísimos años atrás. Juntos rememoraron el miedo, así como la emoción, que experimentaron en el instante en que los grandes seres parecidos a pájaros los levantaron del suelo para transportarlos al otro lado del mar.

Cada día, después del almuerzo, Nicole, que siempre había precisado dormir más que su marido, hacía una breve siesta. Richard empleaba el teclado para solicitar de los ramanos más alimentos o provisiones, llevaba los pichones a la parte superior, de modo que hicieran algo de ejercicio, o trabajaba en alguno de la miríada de proyectos que tenía diseminados por la madriguera. En el anochecer, después de una cena tomada sin apuro, se acostaban juntos, lado a lado, y hablaban durante horas antes de hacer el amor o, simplemente, se quedaban dormidos. Hablaban sobre todo, incluyendo a Dios, El Águila, los ramanos, la política que se seguía en Nuevo Edén, libros de toda clase y, por sobre todo, hablaban de sus hijos.

Aunque podían conversar con entusiasmo acerca de Ellie, Patrick, Benjy o, inclusive, Simone, a la que no habían visto desde hacía muchos años, a Richard le resultaba difícil mantenerse hablando sobre Katie durante un lapso cualquiera: se autocastigaba con regularidad por no haber sido más estricto con su hija favorita durante su niñez, y culpaba a la excesiva libertad que él le había dado por la conducta irresponsable que Katie tenía como adulta. Nicole trataba de consolarlo y de tranquilizarlo, recordándole que las circunstancias de su vida en *Rama* no habían sido normales y que, después de todo, nada en su propia historia lo había preparado a Richard para tener la disciplina apropiada que se necesita que tenga un padre.

Una tarde, cuando Nicole despertó de su siesta, pudo oír a Richard mascullando para sí mismo en la sala de estar. Curiosa, se puso de pie en silencio y fue hacia la habitación que una vez fue el

dormitorio de Michael O'Toole. Se paró en el vano de la puerta y observó a Richard dar los toques finales a un modelo de gran tamaño que ocupaba la mayor parte de la habitación:

—*Voilà*[1] —dijo él, dándose vuelta para indicar que la había oído arrastrar los pies—. No ganará premios por la estética —continuó con una amplia sonrisa, haciendo un ademán en dirección del modelo—, pero es una razonable representación de nuestra parte del universo, y por cierto que me brindó material para reflexionar.

Una plataforma horizontal y rectangular cubría la mayor parte del piso. Delgadas varillas verticales, de altura variada, estaban insertas en veinte sitios distribuidos alrededor. En el extremo superior de cada varilla había una esfera de color, que representaba una estrella.

La varilla vertical del centro del modelo, que tenía una esfera amarilla en la punta, se alzaba cerca de metro y medio sobre la plataforma:

—Este, por supuesto —explicó Richard—, es nuestro Sol... y aquí estamos nosotros o, para hablar con propiedad, está *Rama* , dentro de este cuadrante, a un cuarto de camino, más o menos, entre el Sol y nuestra estrella similar más próxima, Tau de la Ballena... Sirio, donde estábamos cuando permanecimos en El Nodo, está por ahí atrás...

Nicole caminó alrededor del modelo que representaba el vecindario estelar del Sol.

—Hay veinte sistemas de estrellas dentro de un radio de doce años luz y medio de nuestro hogar —prosiguió Richard—, comprendidos seis sistemas binarios, y un grupo de triplete, nuestros vecinos más cercanos, las de Centauro, por aquí. Observa que las de Centauro son las únicas estrellas que están dentro de la esfera de los cinco años luz.

Señaló tres bolas separadas que representaban las estrellas de Centauro; cada una tenía tamaño y color diferentes. Los elementos de ese grupo ternario, unidos entre sí con alambres diminutos, descansaban sobre el extremo de la misma varilla vertical, exactamente en el interior de una esfera de alambre abierta que tenía el Sol por centro y que estaba indicada con un gran número 5.

—Durante mis muchos días de soledad aquí abajo —prosiguió—, a menudo me encontraba preguntándome por qué *Rama* estaba yendo en esta dirección en particular. ¿Tenemos un destino específico? Así parecería, ya que nuestra trayectoria no varió desde el momento en que tuvimos nuestra aceleración inicial... Y si estamos yendo hacia Tau de la Ballena, ¿qué encontraremos allá? ¿Otro complejo como El Nodo? ¿O quizás el mismo Nodo se haya desplazado durante el tiempo transcurrido...?

Richard se detuvo: Nicole había ido hasta el borde del modelo y extendía los brazos hacia arriba, hacia un par de estrellas rojas que estaban en el extremo de una varilla de tres metros.

—Supongo que variaste la longitud de estas varillas para demostrar la plena relación tridimensional de todas estas estrellas —aventuró ella.

—Sí... A propósito, ese grupo binario en particular que estás tocando se llama Struve 2398 —repuso Richard, con su tono de catálogo humano—, tiene una declinación muy grande y se halla a poco más de diez años luz del Sol.

Al ver la leve sonrisa falsa en el rostro de Nicole, Richard rió para sí y cruzó el cuarto para tomarla de la mano:

—Ven conmigo por aquí —dijo—, y te mostraré algo verdaderamente interesante.

Fueron hasta el otro lado del modelo y se pararon mirando el Sol, a mitad de camino entre las estrellas Sirio y Tau de la Ballena:

—¿No sería fantástico que nuestro Nodo *realmente* se hubiera desplazado —dijo Richard, con excitación—, y que volvamos a verlo otra vez, por aquí, en el lado opuesto de nuestro sistema solar?

Nicole rió:

—Claro que sí —asintió—, pero carecemos por completo de pruebas...

—Pero tenemos cerebro e imaginación —la interrumpió Richard—, y El Águila *sí* nos dijo que todo El Nodo tenía la capacidad de desplazarse. Simplemente me parece que... —Se detuvo en medio de la frase y, después, cambió levemente de tema: —¿Nunca te preguntaste adónde fue nuestra espacionave *Rama* , después que dejamos El Nodo, durante todos esos años en los que estuvimos dormidos? Supón, por ejemplo, que a los avianos y los sésiles se los recogió por aquí, en algún sitio, alrededor de las binarias Proción quizás o, a lo mejor, aun por aquí, alrededor de Épsilon de Erídano, que fácilmente pudieron haber estado en nuestra trayectoria. Sabernos que hay planetas en torno de Erídano. A una fracción importante de la velocidad de la luz, a *Rama* pudo haberle resultado fácil retornar al Sol...

—Detente, Richard —lo interrumpió Nicole—. Estás muy adelante de mí en este tema. ¿Por qué no empezamos por el principio...?

[1] ¡Ahí está! En francés en el original. (N. del T.)

Se sentó en la plataforma, en el interior del modelo, al lado de una bola roja, elevada nada más que unos pocos centímetros mediante una varilla muy corta, y cruzó las piernas:

—Si entiendo tu hipótesis, ¿nuestro viaje actual va a terminar en Tau de la Ballena?

Richard asintió con una leve inclinación de cabeza:

—La trayectoria es demasiado perfecta como para ser una coincidencia. Llegaremos a Tau de la Ballena dentro de unos quince años más, y tengo la creencia de que nuestro experimento habrá concluido.

Nicole gimió:

—Ya estoy vieja: para ese entonces, si es que todavía vivo, estaré tan arrugada como una pasa... Nada más que por curiosidad, ¿qué crees que nos ocurrirá después que nuestro “experimento haya concluido", como dices tú?

—Ahí es donde necesitamos nuestra imaginación... Sospecho que nos van a descargar de *Rama*, pero lo que nos vaya a suceder después es algo completamente abierto a la especulación... Supongo que nuestro destino dependerá, en cierta medida, de lo que se haya observado todo este tiempo...

—¿Así que coincides plenamente conmigo en que El Águila y sus compañeritos, allá en El Nodo, nos han estado observando?

—Sin duda alguna. Han hecho una inversión tan enorme en este proyecto... Estoy seguro de que están vigilando todo lo que está ocurriendo aquí, en *Rama* ... Debo admitir que me sorprende que nos hayan dejado completamente librados a nuestros propios recursos y que nunca hayan interferido en nuestros asuntos, pero ése debe de ser su método.

Nicole quedó en silencio durante unos segundos. Jugó distraídamente con la bola roja que tenía a su lado (Richard le dijo que representaba la estrella Épsilon del Indio):

—La jueza que hay en mí —declaró después con tono sombrío— teme la conclusión que cualquier extraterrestre razonable extraería respecto de nosotros, sobre la base de nuestra conducta en Nuevo Edén.

Richard se encogió de hombros:

—No fuimos peores en *Rama* de lo que fuimos en la Tierra durante siglos... Además, no puedo admitir que un alienígena verdaderamente evolucionado esté formándose juicios tan subjetivos. Si este proceso de observar navegantes espaciales se estuvo efectuando durante decenas de miles de años, como sugirió El Águila, entonces los ramanos deben de haber desarrollado un sistema cuantitativo de medición para evaluar todos los aspectos de las civilizaciones con las que se encuentren... Casi con toda certeza te diría que están más interesados en nuestra naturaleza exacta, y lo que eso significa en un sentido más amplio, que en si somos buenos o malos. ¿Qué opinas?

—Supongo que tienes razón —asintió Nicole, más como expresión de deseos que de confianza—, pero es deprimente que nosotros, como especie, nos comportemos en forma tan bárbara, aun cuando estamos casi seguros de que se nos observa. —Hizo una pausa y reflexionó: —Así que, en tu opinión, nuestra prolongada interacción con los ramanos, que empezó con aquella primera espacionave, hace más de cien años, ¿ya está casi terminada?

—Así lo creo. En algún momento del futuro, posiblemente cuando lleguemos a Tau de la Ballena, nuestra parte de este experimento habrá concluido. Mi presunción es que, después de que en la Gran Base Galáctica de Datos se ingresen todos los concernientes a los seres que hay actualmente dentro de *Rama*, a la espacionave se la va a vaciar. Quién sabe, a lo mejor muy poco después, esta gran astronave cilíndrica aparecerá en otro sistema planetario en el que viva un viajero espacial diferente, y otro ciclo habrá de comenzar.

—Y eso nos devuelve a mi pregunta anterior, a la que, en realidad, no respondiste: ¿qué va a pasar con nosotros entonces?

—Quizás a nosotros, o a nuestra descendencia, se nos envíe en un largo y lento viaje de regreso a la Tierra... O, quizá, se nos considere descartables y se nos elimine, una vez que se hayan recogido todos los datos.

—Ninguno de esos resultados es muy apetecible —señaló Nicole—, y debo decir que, si bien coincido contigo en que nos dirigimos hacia Tau de la Ballena, todo el resto de tu hipótesis me da la impresión de que es pura conjetura.

Richard exhibió una amplia sonrisa:

—Aprendí mucho de ti, Nicole... Todo lo otro que forma mi hipótesis es intuitivo: *siento* que está bien, sobre la base de todo lo que aprendí sobre los ramanos.

—¿Pero no sería más directo imaginar que los ramanos sencillamente tienen estaciones de paso esparcidas por toda la galaxia, y que las dos más cercanas a nosotros se hallan en Sirio y Tau de la Ballena?

—Sí, pero mi intuición dice que eso es poco factible: El Nodo era la creación de una ingeniería tan portentosa que, de existir complejos similares en la galaxia cada, digamos, veinte años luz, habría

miles de millones de ellos en total... Y recuerda: El Águila dijo, bien a las claras, que El Nodo se podía desplazar.

Nicole reconoció, para sus adentros, que era poco factible que una instalación tan asombrosa como El Nodo hubiera sido duplicada miles de millones de veces en algún grandioso proceso cósmico de armado. La hipótesis de Richard sí tenía sentido. "Pero qué triste", pensó brevemente, "que nuestro ingreso en la Base Galáctica de Datos vaya a contener tanta información negativa."

—Entonces, ¿dónde encajan, en tu argumento, los avianos, los sésiles y nuestras antiguas amigas, las octoarañas? —preguntó un momento después—. ¿Sólo son parte del mismo experimento, junto con nosotros?... Y, de ser así, ¿estás sugiriendo que también hay una colonia de *octos* a bordo, y que, simplemente, no nos hemos encontrado con ellos aún?

Richard volvió a asentir con una inclinación de cabeza:

—Esa conclusión es inevitable: si la fase final de cada experimento consiste en observar en condiciones controladas una muestra representativa de los viajeros espaciales, entonces tiene lógica que las *octos* estén aquí también... —Rió con nerviosidad y añadió: —Hasta puede ser que haya algunas de nuestras amigas de *Rama II* en esta astronave, con nosotros, en este preciso instante.

—¡Qué encantador grupo de ideas en las que pensar antes de irnos a dormir! —ironizó Nicole, con una sonrisa—. Si tienes razón, nos quedan quince años más para pasar en un vehículo espacial, que no sólo está habitado por seres humanos que nos quieren capturar y matar sino, también, por arácnidos enormes, que es posible que sean inteligentes y cuya naturaleza no entendemos.

—Recuerda —puntualizó Richard, con una sonrisa de oreja a oreja— que podría haberme equivocado.

Nicole se paró y fue hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Richard.

—A mi cama —contestó con una carcajada—. Creo que me está dando un dolor de cabeza. Solamente puedo meditar sobre lo infinito durante un lapso finito.

6

A la mañana siguiente, cuando Nicole abrió los ojos, Richard estaba parado ante ella, sosteniendo dos mochilas llenas.

—Vamos a explorar y buscar octoarañas —anunció Richard con excitación—, detrás de la pantalla negra... Dejé suficiente comida y agua como para que a Tammy y Timmy les duren dos días, y programé a Juana y Eleonora para que nos encuentren, si se produce una emergencia.

Mientras consumía su desayuno, Nicole observaba con detenimiento a su marido: los ojos de él estaban llenos de energía y vida. "Ése es el Richard que yo recuerdo", se dijo. "La aventura siempre ha sido el componente más importante de su vida."

—Estuve aquí atrás dos veces —adelantó Richard, no bien se hubieron agachado para pasar por debajo de la pantalla, que ahora estaba subida—, pero nunca llegué al final de este primer pasadizo.

La pantalla se cerró detrás de ellos, dejándolos en la oscuridad.

—No habrá problema en quedarnos atrapados aquí, de este lado, ¿no? —preguntó Nicole, mientras ambos revisaban sus linternas.

—En absoluto —le aseguró Richard—, la pantalla no se levanta ni se baja con mayor frecuencia que una vez por minuto, o algo así. Pero si alguien, o algo, todavía permanece en esta zona general durante un minuto, contado a partir de ahora, la pantalla vuelve a levantarse en forma automática.

"Ahora bien: debo advertirte: antes que empecemos a caminar, que éste es un pasadizo muy *largo*. Lo he recorrido antes, durante un kilómetro por lo menos, y jamás encontré algo, ni siquiera un desvío. Y no hay luz en absoluto, por lo que la primera parte va a ser muy aburrida pero, con el tiempo, *tiene* que llevar a alguna parte, pues los biots que traen nuestros víveres deben de venir por este camino.

Nicole lo tomó de la mano:

—Tan sólo recuerda, Richard —señaló—, que no somos tan jóvenes como antes.

Richard encendió su linterna, primero sobre el cabello de Nicole, que ahora estaba completamente canoso, y, después, sobre su propia barba gris, y dijo jovialmente:

—Somos un par de viejos locos, ¿no?

—Tú lo serás —replicó Nicole, apretándole la mano.

El pasadizo medía mucho más que un kilómetro. Mientras Richard y Nicole avanzaban con fatiga, hablaban, principalmente, sobre sus asombrosas experiencias en el segundo hábitat:

—Quedé absolutamente aterrorizado cuando la puerta del ascensor se abrió y vi los mirmigatos por primera vez —recordó Richard.

Ya había terminado de describirle a Nicole su estada con los avianos, y acababa de llegar al momento de su cronología en el que había descendido al fondo del cilindro:

—Me sentía literalmente helado de miedo. Estaban a nada más que tres o cuatro metros de mí. Ambos me miraban con fijeza. El fluido color crema que tenían en sus enormes ojos ovales inferiores se movía de un lado para otro, y los pares de ojos que tenían en el extremo de los pedúnculos se estaban doblando hacia mí, para verme desde otro punto de vista. —Richard se estremeció. —Nunca olvidaré ese momento.

—Permíteme asegurarme de que entendí su ciclo biológico correctamente —dijo Nicole unos minutos después, mientras se acercaban a lo que parecía ser una bifurcación del pasadizo subterráneo—. Los mirmigatos se desarrollan en los melones maná, tienen una vida bastante breve pero sumamente activa y, después, mueren en el interior del sésil, donde todas las experiencias que adquirieron en la vida, según teorizas tú, son agregadas, de algún modo, a la base de conocimientos neurales de la red. El ciclo de vida se completa cuando nuevos melones maná crecen en el interior de los sésiles. Entonces, a seres en estadio juvenil los recolecta, en el momento apropiado, la activa población de mirmigatos.

Richard asintió con la cabeza, y dijo:

—Puede que no sea exactamente así, pero debe de andar muy cerca de lo correcto.

—¿Así que únicamente nos falta entender el conjunto necesario de condiciones que determinan que los melones maná inicien el proceso de germinación?

—Tenía la esperanza de que tú me ayudaras con ese rompecabezas —dijo Richard—. Después de todo, doctora, tú eres la única de nosotros que cuenta con alguna preparación formal en biología.

El corredor se convirtió en una Y, cada una de las continuaciones formando un ángulo de cuarenta y cinco grados con el largo y recto pasadizo que salía desde la madriguera de la pareja.

—¿Hacia qué lado, cosmonauta des Jardins? —preguntó Richard, sonriente, al tiempo que iluminaba con su linterna en ambas direcciones. Ninguno de los dos túneles tenía alguna característica distintiva.

—Primero vayamos hacia la izquierda —propuso Nicole, algunos segundos después que Richard hubo creado un mapa esquemático en su computadora portátil. El sendero de la izquierda empezaba a cambiar al cabo de unos pocos centenares de metros. El pasadizo se ensanchaba hasta convertirse en una rampa descendente que se enroscaba en tomo de un poste extremadamente grueso y penetraba unos cien metros más, por lo menos, en la corteza de *Rama.* Mientras bajaban, podían ver luces debajo de ellos. En el fondo se encontraron con un canal ancho y largo, que tenía márgenes extensas y llanas. Hacia la izquierda, en la margen opuesta del canal, vieron un par de biots cangrejo que huían precipitadamente de ellos; también vieron un puente en la distancia, más allá de los biots. Hacia la derecha, aguas abajo del canal se desplazaba una barcaza que transportaba, hacia algún destino último en el mundo subterráneo, una carga completa de objetos diversos, pero desconocidos, grises, negros y blancos.

Richard y Nicole estudiaron el paraje que los rodeaba y, después, se miraron:

—Estamos de vuelta en el País de las Maravillas, Alicia —dijo Richard, lanzando una breve risa— ¿Por qué no comemos un bocadillo mientras doy entrada a todos estos bienes raíces en mi fiel computadora?

Mientras estaban comiendo, un biot ciempiés se acercó por la margen del canal en la que se encontraban ellos, se detuvo brevemente, como para estudiarlos y, después, siguió de largo, trepando por la rampa por la que acababan de descender.

—¿Viste biots cangrejo o ciempiés en el segundo hábitat? —preguntó Nicole.

—No —respondió Richard.

—Y adrede los eliminamos durante el diseño de los planos de Nuevo Edén, ¿no es así?

Richard rió:

—Por cierto que lo hicimos: tú nos convenciste a El Águila y a mí de que los seres humanos comunes y corrientes no iban a estar capacitados para tratar fácilmente con esos biots.

—¿Así que su presencia acá entraña la existencia de un tercer hábitat?

—Es posible. Después de todo, no tenemos la menor idea de qué hay ahora en el Hemicilindro Austral. No lo hemos visto desde que *Rama* fue renovada. Pero también hay otra explicación: supongamos que los cangrejos, ciempiés y otros biots ramanos sencillamente se entregan con el territorio, no sé si soy claro: a lo mejor funcionan en todo sitio de *Rama* , en todos los viajes, a menos que los proscriba específicamente un determinado viajero espacial.

Cuando terminaron de almorzar, por su izquierda apareció otra barcaza. Al igual que su predecesora, venía cargada con pilas de objetos blancos, negros y grises:

—Éstos son diferentes de los primeros —observó Nicole—. Esos cúmulos me hacen recordar las piezas de repuesto para biots ciempiés que había almacenadas en mi foso.

—Podrías tener razón —asintió Richard, poniéndose de pie—. Sigamos el canal y veamos a dónde nos conduce. —Echó un vistazo en derredor, primero al arqueado techo que tenían a diez metros por encima de su cabeza y, después, hacia atrás, a la rampa que tenían a sus espaldas. Dijo: —A menos que haya cometido un error en mis cálculos, o que el Mar Cilíndrico sea mucho más profundo de lo que pensé, este canal corre de sur a norte, debajo del mar mismo.

—¿Así que seguir la barcaza nos va a llevar de regreso, por debajo del Hemicilindro Boreal? —dedujo Nicole.

—Así lo creo —contestó Richard.

Siguieron el canal durante más de dos horas. Con la salvedad de tres biots araña, que se desplazaban con rapidez y como equipo por la margen de enfrente, no vieron cosa alguna que fuera nueva. Dos barcazas más pasaron al lado de ellos, transportando aguas abajo la misma clase general de carga y, de modo intermitente, los dos seres humanos se encontraron con biots, tanto ciempiés como cangrejo, sin que hubiera interacciones. Pasaron junto a otro puente más sobre el canal.

Descansaron dos veces, bebiendo agua o comiendo un tentempié mientras conversaban. En la segunda detención para descansar, Nicole sugirió que, quizá, deberían regresar. Richard comprobó la hora en su reloj, y dijo:

—Continuemos otra hora. Si mi sentido de la posición es correcto, ya debemos de estar debajo del Hemicilindro Norte. Más tarde o más temprano tendremos que descubrir adónde están llevando todo eso las barcazas.

Tenía razón: después de otro kilómetro de marcha a lo largo del canal, vieron, en la distancia, una estructura pentagonal grande. Cuando se aproximaron, pudieron ver que el canal fluía directamente hacia el centro del pentágono. El edificio en sí, que estaba a horcajadas sobre el canal, tenía seis metros de alto, techo exterior plano, carecía de ventanas y la parte de afuera era color blanco crema. Cada una de sus cinco secciones, o alas, se extendía veinte o treinta metros desde el centro de la estructura.

La pasarela que corría a lo largo del canal terminaba en algunos escalones que ascendían hasta un sendero perimetral que rodeaba todo el pentágono. Había una configuración similar del otro lado del canal; en esos momentos un biot ciempiés usaba el sendero perimetral como puente para pasar de una margen del canal a la otra.

—¿A dónde supones que va? —preguntó Nicole, mientras los dos se hacían a un lado para permitir que el biot pasara rodando.

—Quizás a Nueva York —contestó Richard—. En mis largas caminatas antes de que los avianos salieran del huevo, a veces veía a lo lejos uno de estos biots.

Se detuvieron fuera de la única puerta del pentágono que estaba en el lado del edificio que daba al canal.

—Supongo que vamos a entrar, ¿no? —dijo Nicole.

Richard asintió con la cabeza y empujó la pequeña puerta, abriéndola. Nicole se agachó y entró en el edificio: en derredor tenían una sala grande, bien iluminada, quizá de unos mil pies cúbicos en total, con un techo que se alzaba a cinco metros por sobre el piso. La pasarela en la que se encontraban estaba elevada dos o tres metros respecto del piso, por lo que podían observar la mayor parte de las actividades que se desarrollaban debajo de ellos: obreros robot biot como nunca antes habían visto, cada uno diseñado para una tarea especializada, estaban descargando en la sala las dos barcazas y separando la carga en función de algún plan predeterminado. A muchas de las piezas individuales de los cúmulos se las cargaba en biots camión, que desaparecían por una de las puertas posteriores una vez que estaban llenos.

Después de algunos minutos de observación, Richard y Nicole siguieron caminando por la pasarela hasta llegar al sitio en que se cruzaba con otro sendero, situado justo por encima del centro de la sala. Richard se detuvo e hizo algunas anotaciones en su computadora.

—Doy por sentado que esta disposición arquitectónica es tan sencilla como parece —comentó—. Podemos ir hacia la izquierda o hacia la derecha... Cualquiera que sea el camino que elijamos, entramos en otra ala del pentágono.

Nicole eligió la pasarela de la derecha porque los biots camión que, según ella creía, transportaban piezas para los biots ciempiés, habían ido en esa dirección. Lo que observó era correcto: no bien entraron en la segunda sala, que tenía exactamente el mismo tamaño que la primera, advirtieron que en el taller que estaba debajo de ellos se estaban fabricando tanto un biot ciempiés como uno cangrejo. Richard y Nicole se detuvieron varios minutos para observar el proceso.

—Verdaderamente fascinante —opinó Richard, terminando su diagrama por computadora de la fábrica de biots—. ¿Estás lista para irte?

Cuando Richard se dio vuelta para mirarla, Nicole vio que los ojos de él se abrían como platos:

—No mires ahora —advirtió Richard un segundo después, con voz queda—, pero tenemos compañía.

Nicole giró en redondo y miró hacia sus espaldas: del otro lado de la sala, cuarenta metros por detrás de ellos, en la pasarela, un par de octoarañas se les acercaba lentamente. Richard y Nicole no habían oído su característico sonido, parecido al de arrastrar cepillos metálicos, debido al ruido de la fábrica de biots.

Las octoarañas se detuvieron al darse cuenta de que los seres humanos se habían percatado de su presencia. A Nicole el corazón le golpeteaba con furia: ella recordaba con claridad su último encuentro con una octoaraña, cuando en *Rama II* rescató a Katie de la madriguera de las *octos*. Entonces, al igual que ahora, su impulso irresistible fue el de correr.

Aferró la mano de Richard, mientras los dos mantenían la vista clavada en los alienígenas.

—Vámonos —dijo en un susurro.

—Estoy tan asustado como tú —contestó él—, pero no nos vayamos aún. No se mueven. Quiero ver qué van a hacer.

Richard se concentró en la octoaraña jefe y trazó una cuidadosa imagen en su mente: el cuerpo de la octoaraña, casi esférico, era de color gris carbón, tenía un diámetro de cerca de un metro y prácticamente carecía de rasgos distintivos, con la excepción de una hendedura vertical de veinte o

veinticinco centímetros de ancho, que iba desde la parte superior hasta la inferior, donde el cuerpo se descomponía en los ocho tentáculos negros y dorados, cada uno de dos metros de largo, que se extendían por el suelo. En el interior de la hendedura vertical había muchas papilas y plegaduras desconocidas. "Casi con seguridad, sensores", pensó Richard, la más grande de las cuales era una gran estructura rectangular con forma de lente, que contenía alguna clase de fluido.

Cuando los dos pares de seres se miraron con fijeza desde lados opuestos de la sala, una ancha banda de coloración púrpura brillante se extendió alrededor de la "cabeza" de la octoaraña jefe. Esta banda se originó en uno de los bordes paralelos de la hendedura vertical y se desplazó alrededor de la cabeza, para desaparecer dentro del borde opuesto de la hendedura, casi trescientos sesenta grados después. La siguió, al cabo de pocos segundos, una complicada banda de colores, compuesta por barras rojas, verdes y algunas incoloras, que también describieron el mismo recorrido alrededor de la cabeza de la octoaraña.

—Exactamente eso es lo que ocurrió cuando aquella octoaraña se enfrentó con Katie y conmigo —informó Nicole nerviosamente—. Katie dijo que nos estaba hablando.

—Pero no tenemos manera de saber qué está diciendo —contestó Richard—, y el mero hecho de que pueda hablar no significa que no nos vaya a hacer daño...

Mientras la octoaraña jefe seguía hablando con colores, Richard súbitamente recordó un episodio de años atrás, durante su odisea en *Rama II*: en aquella ocasión había estado yaciendo en una mesa, rodeado por cinco o seis *octos*, todas con patrones de colores en la cabeza. Richard rememoró con claridad el tremendo terror que había sentido al mirar cómo algunos seres muy pequeños, aparentemente sometidos al control de las octoarañas, reptaban hacia el interior de su nariz.

—No fueron tan agradables conmigo antes —comentó.

En ese instante, la puerta opuesta de la sala se abrió e ingresaron cuatro octoarañas más.

—Ya es suficiente —declaró, sintiendo a Nicole tensa junto a él—, creo que es hora de que hagamos un mutis.

Caminaron con rapidez hacia el centro de la sala, donde la pasarela, al igual que en la sala anterior, se unía con el sendero que llevaba hacia afuera. Pero se detuvieron después de dar algunos pasos: cuatro octoarañas más llegaban por esa puerta también.

Richard y Nicole giraron sobre sus talones, volvieron a la pasarela interior principal y salieron como un rayo en dirección de la tercera ala del pentágono. Esta vez fueron a la carrera, sin virar hacia el exterior, hasta que estuvieron adentro de la cuarta ala. En esa sección reinaba completa oscuridad. Redujeron la velocidad de marcha, mientras Richard extraía su linterna para examinar lo que tenían alrededor: en el taller que estaba debajo de ellos había un equipo de aspecto complicado, pero no se advertía actividad.

—¿Debemos intentar de nuevo el exterior? —preguntó Richard, al tiempo que volvía a ponerse la linterna en el bolsillo de la camisa. Al ver que Nicole hacía un gesto de asentimiento, la tomó de la mano y avanzaron a paso vivo hasta la intersección, en la que giraron hacia la derecha para después dirigirse hacia el exterior del pentágono.

Minutos después estaban en un corredor oscuro, en territorio completamente desconocido. Ambos estaban fatigados; Nicole tenía dificultades para respirar:

—Richard —avisó—, necesito descansar. No puedo seguir así.

Avanzaron rápidamente por el vacío corredor oscuro, recorriendo unos cincuenta metros: sobre la izquierda vieron una puerta. Con cautela, Richard la abrió, atisbó detrás de ella y recorrió el cuarto con el haz de la linterna:

—Debe de ser alguna clase de depósito —dijo—, pero, en estos momentos, está vacío.

Entró en el cuarto, a través de la puerta trasera del cual le echó un vistazo a otra cámara vacía y, después, regresó a buscar a Nicole. Se sentaron con la espalda contra la pared.

—Cuando volvamos a nuestra madriguera, querido —dijo Nicole unos segundos después—, quiero que me ayudes a examinarme el corazón: últimamente he estado sintiendo unos dolores extraños.

—¿Estás bien ahora? —preguntó Richard, con la preocupación reflejada en la voz.

—Sí —aseguró ella. Sonrió en la oscuridad y lo besó—… tan bien como se puede esperar, después de escapar por un pelo de una manada de octoarañas.

7

Nicole dormía muy agitada, con la espalda apoyada en la pared y la cabeza reposando en el hombro de Richard. Tenía una pesadilla detrás de otra y se despertaba siempre con un respingo, antes de adormecerse otra vez. En la última pesadilla, estaba en una isla, al lado del océano y junto con todos sus hijos. En la pantalla en la que se proyectaba su sueno veía que una enorme marejada se dirigía hacia ellos, y se desesperaba porque sus hijos estaban diseminados por toda la isla. ¿Cómo podría hacer para salvarlos a todos? Despertó con un estremecimiento.

En la oscuridad, empujó suavemente a su marido:

—Richard, despierta: algo no está bien.

Al principio, Richard no se movió. Cuando Nicole lo tocó una segunda vez, abrió los ojos lentamente.

—¿Qué pasa? —gruñó al fin.

—Tengo la sensación de que no estamos seguros aquí —dijo Nicole—. Creo que deberíamos irnos.

Richard encendió la linterna y paseó lentamente el haz por la habitación.

—No hay nadie aquí —dijo suavemente—, y tampoco oigo algo... ¿No crees que deberíamos descansar un poco más?

El miedo de Nicole aumentaba mientras permanecían sentados en silencio.

—Estoy teniendo una intensa premonición de peligro —manifestó—. Sé que no crees en esas cosas, pero en mi vida casi siempre han sido correctas.

—Muy bien —accedió Richard por fin. Se puso de pie, fue al otro lado de la habitación y abrió la puerta trasera, que daba a un sector adyacente, similar a aquel en el que estaban ellos. Echó un vistazo en el interior:

—Nada aquí tampoco —declaró al cabo de varios segundos. Volvió a la habitación en la que estaban y abrió la puerta que daba al corredor que habían utilizado para huir del pentágono. En el preciso momento en que lo hizo, tanto él como Nicole oyeron el inconfundible sonido de cepillos que se arrastran.

Nicole se levantó de un salto. Richard cerró la puerta sin hacer el menor sonido y fue con premura junto a ella.

—Vamos —le dijo en un susurro—. Tenemos que hallar otra manera para salir de acá.

Pasaron a la otra habitación; después, a otra, y a otra: todas estaban oscuras y vacías. Al ir a la carrera por territorio que no les era familiar, perdieron el sentido de dirección. Por fin, llegaron hasta una puerta grande de doble hoja, situada en la pared opuesta de una de las muchas habitaciones idénticas. Richard le indicó a Nicole que permaneciera atrás, mientras él empujaba con cuidado la hoja izquierda de la puerta:

—¡Maldición! —exclamó no bien miró en la habitación—. ¡¿Qué demonios es esto?!

Nicole se acercó a Richard y siguió el haz de la linterna mientras iluminaba el grotesco contenido de la cámara anexa. Estaba atestada con objetos grandes: el más cercano a la puerta parecía ser algo así como una enorme ameba montada sobre una tabla para patinar; el siguiente, como una gigantesca madeja de cuerda con dos antenas que salían de su centro. No había sonido alguno y nada se movía. Richard dirigió el haz más hacia arriba y lo dejó recorrer con rapidez el resto de la repleta habitación.

—Vuelve atrás —dijo Nicole, al haber visto fugazmente algo familiar—. Por ahí. Unos metros a la izquierda de la otra puerta.

Segundos después, el haz iluminó cuatro figuras parecidas a seres humanos, vestidas con casco y traje espacial, que estaban sentadas con la espalda apoyada en la pared opuesta:

—Son los biots humanos —continuó Nicole, agitada—, los que vimos inmediatamente antes de encontramos con Michael O'Toole al pie de la telesilla.

—¿Norton y compañía? —preguntó Richard con incredulidad, mientras un estremecimiento de miedo le bajaba por el espinazo.

—Apuesto a que sí —respondió Nicole.

Entraron en la habitación lentamente y pasaron de puntillas alrededor de los muchos objetos, en su camino hacia las figuras en cuestión. Ambos se arrodillaron al lado de los cuatro seres aparentemente humanos.

—Este debe de ser un basurero para biots —dedujo Nicole, después que verificaron que la cara que había detrás del casco transparente era, en verdad, una copia del capitán de fragata Norton, que había dirigido la primera expedición a *Rama* .

Richard se paró y movió la cabeza de un lado a otro, en gesto de perplejidad:

—Absolutamente increíble —comentó—. ¿Qué están haciendo aquí? —Dejó que el haz de su linterna recorriera la habitación.

Un momento después, Nicole lanzó un chillido: a no más de cuatro metros de ella se estaba moviendo una octoaraña o, por lo menos, así lo parecía bajo el efecto de la peculiar luz. Richard corrió al lado de su esposa. Ambos comprobaron pronto que lo que estaban viendo no era más que un biot octoaraña, y entonces echaron a reír durante varios minutos.

—Richard Wakefield —dijo Nicole, cuando por fin pudo contener su risa de nerviosidad—, ¿puedo irme a casa ahora? Ya tuve suficiente.

—Creo que sí —le contestó él con una sonrisa—... si podemos encontrar el camino.

A medida que se adentraban cada vez más profundamente en el dédalo de habitaciones y túneles que había en la zona circundante del pentágono, Nicole se convencía de que nunca encontrarían la salida. Finalmente, Richard redujo la velocidad de marcha y empezó a almacenar información en su computadora portátil. Después de eso pudo, al menos, evitar que avanzaran en círculo, pero nunca relacionó su mapa, que cada vez tenía más detalles, con alguno de los hitos que habían visto antes de huir de las octoarañas.

Cuando ya empezaban a sentirse desesperados, se encontraron por casualidad con un pequeño biot camión, que transportaba una singular colección de objetos chicos por un estrecho corredor. Richard se sintió más aliviado:

—Esas cosas dan la impresión de haber sido fabricadas sobre pedido, siguiendo las especificaciones establecidas por alguien —dijo—, como las que nos envían a la Sala Blanca. Si retrocedemos hacia la dirección desde la que vino el biot, entonces puede ser que ubiquemos el sitio en el que se elaboran todos nuestros objetos. Desde ahí deberá de ser fácil localizar el camino que nos lleve a nuestra madriguera.

Fue una larga caminata. Ambos estaban completamente exhaustos varias horas después, cuando el corredor por el que iban se ensanchó hasta convertirse en una inmensa fábrica con un techo interior muy elevado. En el centro de la fábrica había doce cilindros muy anchos, que se parecían a antiguas calderas de la Tierra. Cada uno de ellos tenía cuatro o cinco metros de altura, y uno y medio de ancho en la parte central. Las calderas estaban dispuestas en cuatro filas de tres cada una.

Cintas trasportadoras o, por lo menos, su equivalente ramano, llevaban hacia el interior, y salían del interior, de cada una de las calderas, dos de las cuales estaban en operación en el momento en el que llegaron Richard y Nicole. Richard estaba fascinado:

—Mira allá —dijo, señalando un extenso piso de depósito cubierto con pilas de objetos de todos tamaños y formas—, ésa debe de ser toda la materia prima. Una solicitud le llega a la computadora central, que probablemente está en ese tinglado situado detrás de las calderas, donde se la procesa y asigna a una de estas máquinas. Salen biots, reúnen los materiales adecuados y los ponen en las cintas transportadoras. Dentro de las calderas, estas materias primas son modificadas de manera importante, pues lo que sale es el objeto ordenado por la especie inteligente que fuere, que esté utilizando el teclado, o su equivalente, para comunicarse con los ramanos.

Richard se acercó a la caldera activa más próxima.

—Pero la verdadera pregunta —dijo, desbordante de excitación es ¿qué *clase* de proceso tiene lugar dentro de esas calderas? ¿Es químico?, ¿es, quizá, nuclear y comprende la trasmutación de elementos?, ¿o los ramanos tienen alguna otra tecnología de fabricación que excede por completo nuestros conocimientos?

Golpeó varias veces, y con mucha fuerza, la parte externa de la caldera activa:

—Las paredes son muy gruesas —señaló. Acto seguido, se inclinó en el sitio donde la cinta transportadora ingresaba en la caldera, y empezó a meter la mano adentro.

—Richard —aulló Nicole—, ¿no crees que eso es una necedad?

Richard lanzó una rápida mirada a su esposa y se encogió de hombros. Cuando volvió a inclinarse para estudiar la interfaz cinta transportadora/caldera, un biot rarísimo, que parecía una caja de cámara fotográfica con patas, vino apresuradamente desde la parte posterior de la gran sala. Con

rapidez se metió como una cuña entre Richard y la cinta transportadora activa y después aumentó de tamaño, forzándolo a alejarse del proceso activo.

—¡Linda jugada! —comentó Richard con admiración. Se volvió hacia Nicole. —El sistema tiene una excelente protección contra fallas.

—Richard —dijo entonces Nicole—, si no te importa, ¿podríamos regresar a nuestra tarea principal, por favor? ¿U olvidaste que no sabemos cómo es el camino de vuelta a nuestra madriguera?

—Tan sólo un ratito más —pidió Richard—. Quiero ver qué sale de la caldera activa más cercana a nosotros. A lo mejor, al ver lo producido, después de haber visto ya lo ingresado, puedo inferir la clase de proceso que tiene lugar.

Nicole movió la cabeza de un lado a otro, en gesto de resignación.

—Había olvidado tu fanatismo por el conocimiento; eres el único ser humano que conozco que se detendría para estudiar una nueva planta o un nuevo animal... cuando está completamente perdido en el bosque.

Nicole encontró otro largo pasadizo en el lado de enfrente de la enorme sala. Una hora después, por fin, convenció a Richard para que abandonara la fascinante fábrica alienígena. No tenían manera de saber adónde conducía ese nuevo pasadizo, pero era su única esperanza. Una vez más, caminaron sin cesar. Cada vez que Nicole se empezaba a cansar o a desanimar, Richard le levantaba la moral ensalzando las maravillas de todo lo que habían visto desde que salieron de la madriguera.

—Este lugar es absolutamente asombroso, espléndido —le comentó en un momento dado, conteniéndose a duras penas—. No puedo empezar a evaluar lo que todo esto significa... no, únicamente que no estamos solos en el universo... ni siquiera estamos cerca de la cima de la pirámide, desde el punto de vista de la capacidad...

El entusiasmo de Richard los mantuvo hasta que, al final, cuando ambos estaban cerca del agotamiento, adelante de ellos vieron una bifurcación del corredor. Debido a los ángulos, Richard se sentía seguro de que habían regresado a la Y originaria, a no más de dos kilómetros de la madriguera.

—¡lujuuu! —aulló, aumentando el ritmo de su marcha—. ¡Mira! —gritó, señalando delante de él con la linterna—, ¡ya casi estamos en casa!

Algo que Nicole oyó en ese momento la hizo quedarse inmóvil donde estaba.

—¡Richard, apaga la luz! —gritó.

Richard giró rápidamente, cayéndose casi, y apagó la linterna. Durante los siguientes segundos no hubo la menor duda: el sonido de cepillos que se arrastraban era cada vez más intenso.

—¡Corre, por lo que más quieras! —aulló Nicole, empleando sus últimas fuerzas en pasar como una exhalación al lado de su marido. Richard alcanzó la intersección no más que quince segundos antes de que lo hiciera la primera de las octoarañas. Los alienígenas estaban subiendo desde el canal. Mientras corría huyendo de ellos, Richard se dio vuelta y encendió la linterna: en ese breve lapso pudo ver cuatro patrones de color, por lo menos, desplazándose en la oscuridad.

Llevaron a la Sala Blanca todos los muebles que pudieron hallar, y formaron una barrera que cruzaba la parte de abajo de la pantalla negra. Durante varias horas observaron y aguardaron, esperando que en cualquier momento la pantalla se levantara y la madriguera fuera invadida por las octoarañas... pero nada ocurrió. Al fin, dejaron a Juana y Eleonora como centinelas en la Sala Blanca, y pasaron la noche en la guardería, junto con Tammy y Timmy.

—¿Por qué las octoarañas no nos siguieron? —preguntó Richard temprano, a la mañana siguiente—. Es casi seguro que saben que la pantalla se levanta automáticamente. Si hubieran llegado hasta el final del corredor...

A lo mejor no querían volver a atemorizamos —interrumpió Nicole con delicadeza. Richard frunció profundamente el entrecejo y le lanzó una mirada de curiosidad. —Todavía no tenemos pruebas fehacientes de que las octoarañas sean hostiles —prosiguió Nicole—, a pesar de tus sentimientos de que, como su prisionero, fuiste maltratado durante tu odisea, hace años... No hirieron a Katie ni a mí, cuando pudieron haberlo hecho con facilidad. Y finalmente te devolvieron a nosotros.

—Para ese entonces yo estaba en un coma profundo —replicó Richard—, y ya no les servía más como sujeto de ensayo... Además, ¿qué me dices de Takagishi? O, si es por eso, ¿de los ataques que se les hicieron a príncipe Hal y a Falstaff?

—Cada uno de esos sucesos tiene una explicación plausible, sin recurrir a la hostilidad. Esa es la causa de que sean tan confusos: supongamos que Takagishi murió por un ataque cardíaco. Supongamos, también, que las *octos* conservaron y embalsamaron su cuerpo a guisa de material educativo, para enseñar a las demás octoarañas... Nosotros podríamos hacer lo mismo...

Nicole hizo una pausa antes de proseguir:

—Y el ataque, como tú lo llamas, a príncipe Hal y a Falstaff pudo haber sido nada más que una mala interpretación... ¿Qué tal si tus robotitos, en su deambular, hubieran entrado en un sitio muy importante, quizás un nido o el equivalente octoarácnido de una iglesia...? Para las octoarañas sería natural defender un lugar clave.

—Estoy perplejo —declaró Richard, después de vacilar un instante—; estás defendiendo a las octoarañas... Pero ayer corriste huyendo de ellas aún más rápido que yo.

—Sí —respondió Nicole, con tono contemplativo—, admito que estaba aterrorizada. Mi instinto animal iba a suponer que había hostilidad, y huí. Hoy estoy decepcionada de mí misma: se supone que nosotros, los seres humanos, usemos nuestro cerebro para domeñar las reacciones instintivas... Especialmente tú y yo: después de todo lo que hemos visto en *Rama* y El Nodo, deberíamos estar completamente inmunizados contra la xenofobia.

Richard sonrió y asintió con la cabeza:

—¿Así que estás sugiriendo que, quizá, las octoarañas simplemente estaban tratando de establecer alguna clase de contacto pacífico?

—Quizá —respondió Nicole—. No sé qué quieren, pero *sí* sé que nunca las vi hacer algo inequívocamente hostil.

Durante unos segundos, Richard quedó con la mirada perdida, fija en las paredes y, después, se frotó la frente:

—Ojalá pudiera recordar más sobre los detalles relativos al tiempo que pasé con ellas. Todavía tengo estas jaquecas cegadoras cuando trato de concentrarme en ese período de mi vida... Únicamente mientras estuve dentro del sésil, mis recuerdos de las *octos* no iban acompañados por dolor.

—Tu odisea fue hace mucho —señaló Nicole—. A lo mejor, las octoarañas también tienen la capacidad de aprender, y ahora adoptaron una actitud diferente hacia nosotros.

Richard se puso de pie:

—Muy bien —declaró—. Me convenciste. La próxima vez que veamos una octoaraña no saldremos corriendo —rió—... no de inmediato, por lo menos.

Transcurrió otro mes. Richard y Nicole no volvieron a entrar detrás de la pantalla negra y no tuvieron más encuentros con las octoarañas. Pasaban los días atendiendo los pichones (que estaban aprendiendo a volar) y disfrutándose mutuamente. Durante gran parte de sus conversaciones hablaban sobre sus hijos y se sumían en los recuerdos.

—Creo que ahora somos viejos —manifestó Nicole una mañana, mientras caminaban por una de las tres plazas centrales de Nueva York.

—¿Cómo puedes decir eso? —contestó Richard con sonrisa traviesa—. Simplemente porque pasamos la mayor parte del tiempo hablando sobre lo que ocurrió hace mucho, y nuestras funciones cotidianas en el baño ocupan más de nuestra atención y energía que el sexo, ¿piensas que somos viejos?

Nicole rió:

—¿Está tan mal la cosa? —preguntó.

—No del todo —bromeó Richard—. Todavía estoy enamorado de ti como un escolar, pero de vez en cuando a ese amor lo hacen a un lado dolores y achaques que nunca tuve antes... Lo que me hace recordar: ¿no iba a ayudarte para que te examinaras el corazón?

—Sí —admitió Nicole, con una leve inclinación de cabeza—, pero realmente no puedes hacer nada: cuando escapé, los únicos instrumentos que traje en mi maletín médico fueron el estetoscopio y el esfigmómetro. Los usé varias veces para autoexaminarme y no pude hallar algo fuera de lo normal, salvo una válvula que permite filtraciones de tanto en tanto, y la falta de aliento no se repitió —sonrió—. Probablemente fueron toda la excitación... y la edad.

—Si nuestro yerno, el cardiólogo, estuviera aquí —se lamentó Richard—, entonces podría practicarte un examen completo.

Caminaron en silencio durante varios minutos. Finalmente Richard aventuró:

—Extrañas mucho a los chicos, ¿no?

—Sí —reconoció Nicole, con un suspiro—. Pero trato de no pensar demasiado en ellos. Estoy feliz de encontrarme viva y aquí, contigo... indudablemente es mucho mejor que esos últimos meses en prisión. Y tengo muchos recuerdos maravillosos de los chicos...

—"Que Dios me conceda la sabiduría para aceptar las cosas que no puedo modificar" —citó Richard—. Esa es una de tus mejores cualidades, Nicole... Siempre estuve ligeramente envidioso de tu ecuanimidad.

Nicole continuó la marcha con lentitud.

"¿Mi *qué*?", se dijo, recordando claramente cuán obsesa había estado después de la muerte de Valeri Borzov, ocurrida justo después que la *Newton* se hubo acoplado con *Rama*. "Ni siquiera podía dormir, hasta que me convencí de que no había sido culpa mía que él muriera." Pensó brevemente en los años transcurridos. "Cualquier ecuanimidad que yo pudiera tener, si es que existe, llegó en época bastante reciente... Tanto la maternidad como la edad nos brindan una perspectiva diferente de nosotros mismos y del mundo."

Instantes después, Richard se detuvo y se volvió para mirarla de frente:

—Te quiero mucho —dijo de repente, y la abrazó con vigor.

—¿Y eso por qué fue? —preguntó ella varios segundos después, perpleja por la súbita demostración emocional de su marido.

Los ojos de Richard tenían una mirada abstraída:

—Durante la semana pasada —le reveló con agitación—, un plan descabellado y extravagante estuvo tomando forma en mi mente. Supe, desde el comienzo, que era peligroso, y probablemente una locura, pero, al igual que todos mis proyectos, se posesionó de mí... Dos veces hasta llegué a dejar nuestra cama en mitad de la noche para meditar sobre los detalles... He querido hablarte al respecto antes de ahora, pero necesitaba convencerme de que en verdad era factible...

—No tengo la menor idea de qué estás hablando —le recordó Nicole, impaciente.

—Los chicos —dijo Richard enfáticamente—; tengo un plan para que escapen, para que se nos unan aquí, en Nueva York. Hasta empecé a reprogramar a Juana y Eleonora.

Nicole se quedó mirando a su marido con fijeza, las emociones pugnando con el raciocinio. Él empezó a explicarle su plan de escape.

—Aguarda un momento, Richard —lo interrumpió Nicole al cabo de varios segundos—. Hay una pregunta importante que debemos responder primero: ¿qué te hace pensar que los chicos quieran siquiera escapar? En Nuevo Edén no están bajo proceso ni en prisión. De acuerdo: Nakamura es un tirano, y la vida en la colonia es difícil y deprimente, pero, por lo que sé, los chicos son tan libres como cualquiera de los demás ciudadanos. Y si fueran a intentar unírsenos, y fracasaran, su vida estaría en peligro... Además, nuestra existencia aquí, aun cuando está bien para nosotros, distaría mucho de ser considerada un paraíso por ellos. ¿No lo crees así?

—Lo sé... lo sé... —contestó Richard—, y quizá me dejé llevar por mi deseo de verlos... Pero, ¿que arriesgamos enviando a Juana y Eleonora para que hablen con ellos? Patrick y Ellie son adultos y pueden tomar sus propias decisiones...

—¿Y qué hay respecto de Benjy y Katie? —preguntó Nicole.

El desagrado hizo que se contrajera el rostro de Richard:

—Evidentemente, Benjy no podría venir por sí mismo, por lo que su participación depende de que alguno de los demás decida ayudarlo o no ayudarlo. En cuanto a Katie, es tan inestable e impredecible... hasta es concebible que decida contárselo a Nakamura... Creo que no tenemos más alternativa que dejarla afuera de esto...

—Un padre nunca pierde la esperanza —señaló Nicole en voz baja, tanto para sí misma como para Richard—. A propósito —agregó—, ¿tu proyecto también incluye a Max y Eponine? Son, virtualmente, miembros de la familia.

—En realidad, Max es la opción perfecta para coordinar la fuga desde dentro de la colonia —dijo Richard, entusiasmándose—; hizo un trabajo tan extraordinario al ocultarte y después llevarte al lago Shakespeare sin que te descubrieran... Patrick y Ellie van a necesitar alguien maduro y sensato para que los guíe a través de todos los detalles... En mi plan, Juana y Eleonora primero van a ponerse en contacto con Max, que no sólo está familiarizado con los robots, sino que también va a brindar su honesta evaluación respecto de si el plan puede funcionar o no. Si nos dice, a través de los robots, que toda la idea es disparatada, entonces lo abandonamos.

Nicole trató de imaginar el alborozo que sentiría en el momento de abrazar otra vez a cualquiera de sus hijos. Era imposible.

—Muy bien, Richard —declaró, sonriendo por fin—. Admito que estoy interesada... Hablemos al respecto... Pero debemos prometernos que no haremos cosa alguna, a menos que estemos seguros de que no vamos a poner en peligro a los chicos.

8

Poco después de la cena, Max Puckett y Ellie Turner se excusaron de permanecer con Eponine, Robert y la pequeña Nicole, y se fueron caminando hacia la granja de Max, en Nuevo Edén. No bien estuvieron seguros de no ser oídos, Max empezó a contarle a Ellie acerca de las recientes visitas que le habían hecho los robotitos. Ellie no podía creer lo que estaba oyendo:

—Seguramente estás equivocado —aseveró en voz alta—. No pueden estar sugiriendo que sencillamente abandonemos...

Max se puso un dedo cruzando los labios, mientras caminaban los últimos metros que faltaban hasta el cobertizo.

—Tú misma puedes hablar con ellos —susurró—. Pero, según estas personitas, hay mucho lugar para todos nosotros en esa madriguera en la que viviste tus primeros años.

Estaba oscuro dentro del cobertizo. Antes de que Max encendiera la luz, Ellie ya había vislumbrado los dos diminutos robots refulgentes parados en el alféizar de una de las ventanas.

—Hola otra vez, Ellie —saludó la pequeña Juana, todavía vestida con su armadura—. Tu madre y tu padre están bien y te envían saludos.

—Vinimos a verte esta noche —agregó el robot Eleonora— porque Max consideró necesario que oyeras, por ti misma, lo que tenemos que decir: Richard y Nicole los invitan a ti y tus amigos a unírseles en la antigua madriguera de ustedes, en Nueva York, donde tus padres están llevando una existencia espartana, pero pacífica.

—Todo lo de la madriguera —fue ahora el turno de Juana— está igual que cuando eras una niñita. Alimentos, ropa y otros objetos siguen siendo provistos por los ramanos, después de que se hace la solicitud por medio del teclado que hay en la Sala Blanca. En la cisterna que hay al pie de la escalera de entrada hay cantidades ilimitadas de agua dulce.

Ellie escuchaba fascinada, mientras Juana le hacía recordar las condiciones de vida que tuvieron en la ciudad insular situada en el lado austral del segundo hábitat. Ellie intentó traer a la memoria la madriguera, pero la imagen que se le aparecía en la mente era sorprendentemente vaga. Lo que podía recordar con claridad, de ese período de su vida, eran los últimos días en *Rama* y los espectaculares anillos de colores que emanaban del Gran Cuerno y que derivaban lentamente hacia el norte del gigantesco cilindro. Pero el interior de la madriguera aparecía nebuloso: "¿Por qué no puedo recordar con más claridad la guardería, cuando menos?", se preguntaba. "¿Porque demasiadas cosas ocurrieron desde ese entonces, y produjeron impresiones más profundas en mi memoria?"

Un montaje de imágenes correspondientes a los primeros tiempos de su infancia recorrió la visión mental de Ellie. Algunas de las imágenes eran en verdad de *Rama*, pero muchas más pertenecían al departamento que la familia ocupaba en El Nodo. Los rasgos imborrables de El Águila, una figura casi divina para Ellie niña, parecían predominar sobre el montaje.

Eleonora de Aquitania le preguntaba algo, pero ella no estaba prestando atención:

—Lo siento, Eleonora —se disculpó—, repite tu pregunta, por favor; temo que me perdí temporariamente en mi niñez.

—Tu madre preguntó por Benjy: ¿todavía está en el pabellón hospitalario de Avalon?

—Sí, y progresando tanto como se puede esperar. La persona más amiga que tiene en todo el mundo es, ahora, Nai Watanabe: cuando terminó la guerra se ofreció como voluntaria para trabajar con aquellos a los que, por una razón u otra, se había asignado al pabellón de Avalon. Le dedica tiempo a Benjy casi todos los días, y lo ayudó enormemente. Sus mellizos, Kepler y Galileo, adoran jugar con él, Benjy mismo es, esencialmente, un niño grande, aunque Galileo a veces es cruel, y eso le produce un tremendo dolor a Nai.

—Tal como te conté —terció Max, haciendo que la conversación retornara a su motivo primordial—, Nicole y Richard dejaron librada a nuestra discreción la decisión de a quién se debe incluir, si es que intentamos un éxodo en masa. ¿Benjy obedecerá instrucciones?

—Así lo creo —asintió Ellie—, en tanto y en cuanto confíe en la persona que se las da. Pero no hay manera de que le podamos hablar sobre la evasión antes de tiempo: no nos es dable esperar

que no cuente algo sobre eso. La reserva y la astucia no forman parte de la personalidad de Benjy. Estaría más que alborozado, pero...

—Señor Puckett —interrumpió Juana de Arco—, ¿qué les debo decir a Richard y Nicole?

—Demonios, Juanita —replicó Max—, ten un poco de paciencia... mejor aun: regresa dentro de una semana, después que Ellie, Eponine y yo hayamos tenido más tiempo para meditar este asunto, y te daré una respuesta provisoria... y dile a Richard que a todo este maldito asunto lo encuentro tremendamente interesante, aun cuando es demente a todas luces.

Max puso los dos robots en el piso del cobertizo, y se fueron corriendo como una exhalación. Cuando ellos volvieron a salir al aire fresco, Max sacó un cigarrillo del bolsillo:

—Imagino que no te ofenderá demasiado que fume aquí afuera —dijo con una amplia sonrisa.

Ellie sonrió:

—No quieres decírselo a Robert, ¿no, Max? —comentó suavemente Ellie poco después, mientras Max exhalaba anillos de humo hacia el aire de la noche.

Max movió la cabeza en gesto de negación:

—Todavía no —contestó—. Quizá no hasta último momento. —Pasó el brazo alrededor de Ellie, y agregó: —Jovencita, me gusta el médico que tienes por marido, de veras que sí, pero, en ocasiones, creo que sus actitudes y prioridades son un tanto extrañas. No puedo decir con certeza que no vaya a contárselo a alguien...

—¿Tú piensas, Max —preguntó Ellie—, que, tal vez, Robert hizo alguna clase de juramento privado, en el sentido de no volver a actuar jamás contra las autoridades, y que teme...?

—Diablos, Ellie, no soy psicólogo. No creo que alguno de nosotros pueda entender siquiera lo que le haya podido hacer matar a dos personas a sangre fría. Pero sí puedo decir que hay una probabilidad neta de que no mantenga nuestro secreto... para evitar una dolorosa decisión personal, aunque más no sea. —Le dio una profunda pitada al cigarrillo y se quedó mirando con fijeza a su joven amiga.

—No crees que venga, ¿no, Max? Ni siquiera si yo quiero que lo haga.

Una vez más, Max negó con la cabeza:

—No lo sé, Ellie. Eso dependerá de cuánto los necesite a ti y a la pequeña Nicole. Robert hizo lugar en su vida para ustedes dos, pero sigue escondiendo sus sentimientos detrás del trabajo sin descanso.

—¿Y qué me dices tú, Max? —siguió preguntando Ellie— ¿Qué piensas realmente de todo este plan?

—Tanto Eponine como yo estamos listos para ir, para ponerle un poco de aventura a nuestra vida —declaró Max, sonriente—. De todos modos, que yo me meta en serios problemas con Nakamura no es más que cuestión de tiempo.

—¿Y Patrick?

—Le va a encantar la idea... pero me preocupa que pueda decirle algo a Katie: tienen una relación muy especial...

Max se detuvo en mitad de la oración, cuando vio que Robert, que estaba llevando a su cansada hija, había salido al porche del frente.

—Ah, estás ahí, Ellie —dijo Robert—. Creí que, quizá, tú y Max estaban perdidos en el cobertizo... Nicole está muy cansada, y yo tengo que estar en el hospital por la mañana, muy temprano.

—Claro, querido —contestó Ellie—. Max y yo simplemente estábamos compartiendo recuerdos de mi madre y mi padre...

"Tiene que parecer un día perfectamente normal", pensaba Ellie, mientras le mostraba su cédula de identidad al biot García en el patio interior del supermercado de Beauvois. "Tengo que hacer todo exactamente igual que si hoy fuera un jueves común y corriente."

—Señora Turner —dijo el García unos segundos después, entregándole una lista impresa por la computadora que estaba detrás de él—, aquí tiene su asignación de raciones correspondiente a la semana. Otra vez no tenemos bróculi ni tomates, por lo que hemos incluido dos medidas adicionales de arroz... Ahora puede incorporarse a la cola para recoger sus comestibles.

La pequeña Nicole caminaba al lado de ella cuando Ellie ingresó en la parte principal del supermercado. Del otro lado de la cortina de alambre tejido, donde, en los primeros tiempos de la colonia, sólo los ciudadanos de Nuevo Edén compraban lo que querían, cinco o seis biots Tiasso y Lincoln, todos de la serie 300 completamente vuelta a programar por el gobierno de Nakamura, recorrían los pasillos de un extremo al otro, completando los pedidos de las listas. La mayor parte de los estantes estaba vacía. Aun cuando la guerra había terminado hacía ya algún tiempo, las inestables condiciones meteorológicas de Nuevo Edén, así como el disgusto de la mayoría de los

agricultores por la manera autoritaria en la que actuaba Nakamura, hacían que la producción de alimentos se mantuviera en un nivel mínimo. En consecuencia, el Estado había considerado necesario supervisar la asignación de alimentos. Únicamente los favoritos del gobierno tenían para comer más que lo estrictamente esencial.

En la cola, delante de Ellie y de su hija de dos años, había media docena de personas. Ellie hacía las compras con la misma gente todos los jueves por la tarde. La mayoría se dio vuelta cuando Ellie y Nicole se incorporaron a la fila.

—Ahí está esa preciosa niñita —comentó una agradable mujer de cabello canoso— ¿Cómo estás hoy, Nicole? —preguntó.

Nicole no contestó. Se limitó a retroceder unos pasos y se tomó con todas sus fuerzas de una de las piernas de la madre.

—Nicole todavía está en la etapa de la timidez —explicó Ellie—. Únicamente habla con gente que conoce.

Un biot Lincoln trajo dos cajas chicas de alimentos y las entregó al padre y al hijo adolescente que estaban en la cabeza de la cola.

—Hoy no vamos a usar carrito —le dijo el padre al Lincoln—. Por favor, anote eso en nuestro registro... Hace dos semanas, cuando también llevamos en la mano los víveres, nadie observó que no habíamos llevado un carrito, y fuimos despertados en mitad de la noche por un García que exigía que devolviéramos el carrito a la tienda.

"No debe haber errores triviales", se dijo Ellie. "Nada de carritos que no se devuelven, nada de lo que alguien pudiera sospechar antes de la mañana." Mientras esperaba en la cola, repasó otra vez los detalles del plan de fuga que ella y Patrick habían discutido con Max y Eponine el día anterior. Eligieron un jueves porque ése era el día en el que Robert hacía sus visitas regulares a los pacientes de RV-41, en Avalon. Max y Eponine habían solicitado, y recibido, un pase para visitar a Nai Watanabe y cenar con ella: ellos se encargarían de cuidar a Kepler y Galileo mientras Nai iba al pabellón a buscar a Benjy. Todo estaba en orden. Sólo quedaba un elemento importante de incertidumbre...

Ellie había ensayado cien veces lo que le iba a decir a Robert.

"Su reacción inicial va a ser negativa", pensaba. "Va a decir que es demasiado peligroso, que estoy arriesgando la seguridad de Nicole... y va a enojarse porque no se lo dije antes."

En su mente, ya había contestado a todas las objeciones de su marido y descripto cuidadosamente, y con un cariz positivo, la vida que llevarían en Nueva York. Pero seguía estando sumamente nerviosa: no había podido convencerse de que Robert aceptaría acompañarla, y no tenía la menor idea de lo que él haría si ella le declaraba que ambas, ella y la pequeña Nicole, estaban preparadas para irse sin él.

Cuando le colocaron los comestibles en el carrito que tendría que devolver al supermercado después de desembalar todo en su casa, Ellie apretó con fuerza la mano de su hija.

"Es casi la hora", pensó. "Debo tener coraje. Debo tener fe."

—¿Y cómo diablos *esperas* que reaccione? —exclamó Robert Turner—. Llego a casa después de un día excepcionalmente movido en el hospital, la mente puesta en los centenares de cosas que debo hacer mañana, ¿y mientras estamos cenando me dices que quieres que salgamos de Nuevo Edén para siempre?... ¡¿Y que lo hagamos *esta noche*...?! Ellie, mi querida Ellie, todo esto es absurdo. Aun si pudiera resultar, yo necesitaría tiempo para ordenar todo... tengo proyectos...

—Sé que es repentino, Robert —arguyó Ellie, cada vez más temerosa de haber subestimado lo dificultoso de su tarea—, pero no podía decírtelo antes. Habría sido demasiado peligroso... ¿Qué habría pasado si se te escapaba y le decías algo a Ed Stafford o a otro miembro de tu equipo, y uno de los biots hubiera alcanzado a oírlo...?

—Pero no me puedo ir así como así, sin decirle algo a alguien... —Robert sacudió la cabeza vigorosamente, en gesto de negación. —¿Tienes idea de cuántos *años* de trabajo se desperdiciarían?

—¿No podrías dejar anotado lo que se necesita hacer en cada proyecto —sugirió Ellie—, y, quizá, resumir los resultados que ya se obtuvieron...?

—No en una sola noche —repuso Robert con énfasis—. No, Ellie, verdaderamente es imposible. No podemos ir. El estado sanitario a largo plazo de la colonia puede depender del resultado de mis investigaciones... Además, aun cuando acepto que tus padres están viviendo confortablemente en ese extraño sitio que describiste, dondequiera que esté, ciertamente no parece un buen lugar para criar un niño... Y ni siquiera mencionaste el posible peligro que corremos todos nosotros: nuestra partida se considerará como traición. Ambos podríamos ser ejecutados si nos atraparan. ¿Qué le pasaría a Nicole entonces...?

Ellie escuchó las objeciones de Robert durante otro minuto más y, después, se dio cuenta de que había llegado la hora de pronunciar la declaración. Mientras hacía acopio de todo su coraje, dio vuelta en tomo de la mesa y tomó las manos de su marido:

—Estuve pensando en esto durante casi tres semanas, Robert... Tienes que entender lo difícil que es esta decisión para mí... Te amo con todo mi corazón, pero, si tenemos que hacerlo, Nicole y yo nos iremos sin ti... Sé que hay mucha incertidumbre en el hecho de irnos, pero la vida aquí, en Nuevo Edén, indudablemente no es saludable para ninguno de nosotros...

—No, no, *no* —dijo Robert de inmediato, soltándose de Ellie y empezando a recorrer la habitación como una fiera enjaulada—. No creo nada de esto. Todo es una pesadilla que estoy teniendo... —Hizo una pausa y miró a Ellie, que estaba del otro lado de la habitación. —No puedes llevar a Nicole contigo —declaró en un arranque—, ¿me oyes? Te prohíbo que te lleves a nuestra hija...

—¡Robert! —Lo interrumpió Ellie con un grito. Ahora, las lágrimas le caían por las mejillas. —Mírame... Soy tu esposa, la madre de tu hija. .. Te amo. Te ruego que escuches lo que estoy diciendo.

Nicole había entrado corriendo en la habitación, y ahora estaba llorando al lado de la madre. Ellie se sosegó antes de proseguir:

—No creo que tú seas el único de esta familia al que se le permita tomar decisiones. Yo también tengo ese derecho. Puedo respetar tu deseo de no ir, pero soy la madre de Nicole. Si nos vamos a separar, entonces tengo la convicción de que para ella sería mejor estar conmigo...

Ellie se detuvo: el rostro de Robert estaba contraído por la ira. Dio un paso hacia ella y, por primera vez en su vida, Ellie temió que fuera a pegarle.

—¡Lo que sería mejor para *mí* —gritó Robert, con el puño derecho en alto— es que olvides esta tontería!

Ellie retrocedió levemente. Nicole seguía llorando. Robert pugnaba por controlarse.

—Juré —dijo, con la voz trémula de emoción, que jamás nada ni nadie volvería a producirme ese dolor otra vez...

De sus ojos empezaron a caer lágrimas.

Maldita sea —dijo, descargando el puño sobre la mesa próxima. Sin decir más, se sentó en la silla y hundió la cara entre las manos.

Ellie consoló a Nicole y nada dijo durante varios segundos.

—Sé cuán doloroso fue para ti perder tu primera familia —contestó al fin—, pero, Robert, ésta es una situación completamente distinta: nadie nos va a hacer daño a Nicole y a mí.

Avanzó hacia él y lo rodeó con los brazos:

—No estoy diciendo que ésta es una decisión fácil, Robert, pero estoy convencida de que es lo correcto para Nicole y para mí.

Robert devolvió el fuerte abrazo de Nicole, pero sin mucho entusiasmo.

—No voy a impedir que tú y Nicole se vayan —manifestó, con resignación, varios segundos después—, pero no sé qué voy a hacer. Me gustaría pensar en todo esto durante las próximas horas, mientras estamos en Avalon.

—Muy bien, querido —contestó Ellie—, pero, por favor, no olvides que Nicole y yo te necesitamos todavía más que tus pacientes: eres nuestro único marido y padre.

9

Nicole no podía contener la excitación. Mientras daba los toques finales a las ornamentaciones de la guardería, imaginaba cómo sería la habitación cuando los niños humanos la compartieran con los dos avianos. Timmy, que ahora estaba casi tan alto como ella, se encaramó a su lado para inspeccionar lo que hacía con las manos y emitió algunos parloteos de aprobación.

—Piensa, Timmy —sugirió Nicole, a sabiendas de que el aviano no podía entender las palabras en sí, pero era capaz de interpretar el timbre de la voz—; cuando Richard y yo regresemos, te estaremos trayendo nuevos compañeros de habitación.

—¿Estás lista, Nicole? —oyó gritar a Richard en ese momento—. Es casi hora de que nos vayamos.

—Sí, querido —respondió ella—. Estoy aquí, en la guardería. ¿Por qué no vienes y echas un vistazo?

Richard estiró el cuello alrededor de la puerta e hizo una desganada inspección de los nuevos adornos:

—Grandioso, sencillamente grandioso —comentó—. Ahora necesitamos ponernos en movimiento. Esta operación exige una sincronización precisa.

Mientras caminaban juntos hacia El Puerto, Richard le comunicó a Nicole que no se habían producido más informes provenientes del hemicilindro boreal. La falta de noticias podría indicar que Juana y Eleonora estaban demasiado ocupadas con la huida, dijo, o que estaban demasiado cerca de un posible enemigo o, inclusive, que la implementación del plan de fuga tenía problemas serios. Nicole no pudo recordar haber visto a Richard tan nervioso antes. Trató de calmarlo.

—¿Todavía no sabemos si viene Robert? —preguntó algunos minutos después, cuando se acercaban al submarino.

—No. Ni se sabe cosa alguna sobre cómo reaccionó cuando Ellie le contó el plan. Aparecieron juntos en Avalon, tal como estaba programado, pero ocupados con los pacientes de él. Juana y Eleonora no tuvieron oportunidad de hablar con Ellie, después que ayudaron a Nai a recoger a Benjy del pabellón.

El día anterior, Richard había revisado el submarino dos veces por lo menos. De todos modos, soltó un suspiro de alivio cuando el sistema operativo hizo contacto y la nave se deslizó dentro del agua. Cuando se sumergieron en las aguas del Mar Cilíndrico, tanto Richard como Nicole estaban en silencio. Cada uno, a su propia manera, se estaba anticipando a la emotiva reunión que habría de tener lugar dentro de menos de una hora.

“¿Puede haber mayor regocijo", pensaba ella, "que reunirse con los hijos, después de esperar no volver a verlos jamás?” Imágenes de sus seis hijos pasaron con lentitud por su mente: vio a Geneviève, su primera hija, nacida en la Tierra después de su unión con el príncipe Henry. La siguiente en la línea era la serena Simone, a la que había dejado en El Nodo con un marido que era casi sesenta años mayor que ella. En la procesión mental, a las dos mayores las siguieron los cuatro hijos que todavía vivían en *Rama*: la descarriada Katie, la queridísima Ellie, y los dos hijos que tuvo con Michael O'Toole, Patrick y el deficiente mental Benjy. "¡Todos son tan diferentes!", pensaba. "Cada uno, a su propia manera, un milagro."

"No creo en verdades universales", reflexionaba mientras el submarino se acercaba al túnel que corría debajo del muro de lo que otrora era el hábitat aviano/sésil, "pero no puede haber muchos seres humanos que hayan vivido la singular experiencia de ser padres sin haber sido irrevocablemente cambiados por el proceso. Todos nosotros tenemos que maravillamos, mientras nuestros hijos se convierten en adultos, por lo que hayamos hecho o no, que haya contribuido a la felicidad o la desdicha de esos seres especiales a los que dimos la existencia." La agitación que sentía en su interior era abrumadora. Cuando Richard miró su reloj y empezó a maniobrar el submarino poniéndolo en posición adecuada para el encuentro, las remembranzas más recientes que tenía de Ellie, Patrick y Benjy danzaron entre las lágrimas que había en los ojos de Nicole, que extendió el brazo y apretó con fuerza la mano libre de Richard, mientras la nave salía a la superficie del agua.

Por la ventanilla podían ver ocho figuras paradas en la costa, en el sitio establecido. Cuando el agua dejó de escurrirse por sobre la ventanilla, Nicole reconoció a Ellie, su marido Robert, Eponine, Nai, que tenía a Benjy de la mano, y los tres niñitos, entre los que estaba su nieta y tocaya, a la que Nicole nunca antes había visto. Golpeó repetidamente sobre la ventanilla a sabiendas de que era absurdo, ya que a ninguno de los que estaban en la costa le era posible oírla o verla.

Richard y Nicole oyeron los disparos no bien abrieron la escotilla. Un preocupado Robert Turner lanzó una rápida mirada hacia atrás y, después, rápidamente levantó del suelo a la pequeña Nicole. Ellie y Eponine recogieron sendos mellizos Watanabe; Galileo luchó contra Eponine y recibió una reprimenda de su madre, Nai, que estaba tratando de guiar a Benjy hacia el interior del submarino.

Otra descarga de armas de fuego, mucho más cercana, se produjo en el preciso instante en que el grupo atravesaba el trecho entre la costa y el submarino. No había tiempo para abrazos.

—Max dijo que partieran no bien estuviéramos todos adentro dijo Ellie apresuradamente a sus padres—. Él y Patrick están teniendo a raya al pelotón que se envió para capturarnos.

Richard estaba preparándose para cerrar la escotilla, cuando dos figuras armadas, una de ellas tomándose del costado, aparecieron intempestivamente de entre los arbustos cercanos.

—¡Apróntense para zarpar! —aulló Patrick, poniéndose el rifle al hombro y disparándolo dos veces—. ¡Nos están pisando los talones!

Max tropezó, pero Patrick ayudó a su amigo herido durante los cincuenta metros finales hasta el submarino. Tres de los soldados coloniales dispararon sobre la nave mientras se sumergía en el foso. Durante un instante, ninguno de los que estaba a bordo dijo palabra alguna. Después, el reducido compartimiento estalló en una cacofonía de sonidos: todos estaban gritando y sollozando. Tanto Nicole como Robert se inclinaron sobre Max, que estaba sentado con la espalda apoyada en la pared.

—¿Estás herido de gravedad? —preguntó Nicole.

—¡Diablos, no! —replicó Max con fiereza—. Simplemente hay una bala solitaria en alguna parte de mis tripas. Se necesita mucho más poder de fuego que ese, para matar a un hijo de puta como yo.

Cuando Nicole se irguió y se dio vuelta, Benjy estaba parado justamente detrás de ella:

—Ma-má —dijo, con los brazos extendidos y el corpachón temblando de alborozo. Se dieron un largo y fuerte abrazo en el centro del compartimiento. Los sollozos de felicidad de Benjy reflejaban el sentimiento de cada uno de los que estaban en la nave.

Mientras estuvieron a bordo del submarino, los recién llegados se encontraban entre dos mundos que les eran extraños; la mayor parte de la conversación fue sobre temas personales. Nicole pasó algunos momentos privados con cada uno de sus hijos, y tuvo a su nieta en brazos por primera vez; la pequeña Nicole no sabía qué pensar de esa mujer con cabello canoso, que quería abrazarla y besarla.

—Ésta es tu abuela —le informó Ellie, tratando de persuadir a la niña para que correspondiera al afecto de Nicole—. Es mi madre, Nikki, y tiene el mismo nombre que tú.

Nicole sabía lo suficiente sobre niños como para entender que a la pequeña le tomaría algún tiempo aceptarla. Al principio hubo algo de confusión por el nombre que tenían en común, y cada vez que alguien decía "Nicole", tanto la abuela como la nieta se daban vuelta. Pero, después que Ellie y Robert empezaron a usar "Nikki" para la niña, el resto del grupo prontamente imitó el ejemplo.

Antes que el submarino hubiera llegado siquiera a Nueva York, Benjy le mostraba a su madre que su lectura había mejorado de modo notable. Nai había sido una excelente maestra. En su mochila, Benjy llevaba dos libros; uno de ellos una colección de los cuentos de Hans Christian Andersen, escritos tres siglos atrás. El favorito de Benjy era "El patito feo", que leyó en su totalidad mientras su encantada madre y su maestra estaban sentadas a su lado. En la voz de Benjy había una excitación maravillosa, ingenua, cuando el patito desdeñado se convertía en un hermoso cisne.

—Estoy muy orgullosa de ti, querido —afirmó Nicole, cuando Benjy terminó de leer, y se enjugó algunas lágrimas más—. Y te agradezco, Nai, desde lo más profundo de mi corazón.

—Me resultó en extremo gratificante trabajar con Benjy —contestó la tailandesa—. Me había olvidado lo emocionante que era enseñarle a un alumno que demuestra interés y que sabe valorar lo que se le enseña.

Robert Turner limpió la herida de Max Puckett y sacó la bala. Su procedimiento fue vigilado muy de cerca por los dos mellizos Watanabe, de cinco años de edad, fascinados por el interior del cuerpo de Max. El agresivo Galileo siempre estaba a los empujones, para obtener el mejor sitio de observación; Nai tuvo que fallar en dos disputas fraternales en favor de Kepler.

El doctor Turner confirmó la afirmación de Max de que la herida no era grave, y recetó un breve período de convalecencia.

—Supongo que, simplemente, voy a tener que tomarlo con calma —declaró Max, guiñándole un ojo a Eponine—, que es lo que estaba planeando hacer de todos modos: no creo que haya demasiados cerdos ni gallinas en esta alienígena ciudad de rascacielos... y no sé nada sobre *bi−ots*.

Nicole sostuvo una breve conversación con Eponine, justamente antes que el submarino arribara a El Puerto, en la que le agradeció profusamente a la antigua profesora de Ellie todo lo que ella y Max habían hecho por la familia. Eponine aceptó las gracias con amabilidad, y le dijo a Nicole que Patrick había estado "absolutamente fantástico" en la ayuda que les brindó en todos los aspectos de la huida.

—Se ha convertido en un espléndido joven —concluyó.

—¿Y cómo anda tu salud? —le preguntó Nicole.

La francesa se encogió de hombros:

—El buen doctor dice que el virus RV-41 todavía está allí, en suspenso y aguardando la oportunidad de aplastar mi sistema inmunitario. Cuando eso ocurra, tendré entre seis meses y un año más de vida.

Patrick informó a Richard que Juana y Eleonora habían tratado de distraer al pelotón de Nakamura haciendo mucho ruido, tal como se los había programado, y que casi con toda seguridad habían sido capturados y destruidos.

—Lamento lo de Juana y Eleonora —le dijo Nicole a Richard, durante uno de los raros momentos a solas a bordo del submarino—. Sé lo mucho que tus robotitos significaban para ti.

—Cumplieron su misión —contestó Richard, forzando una sonrisa—. Después de todo, ¿no fuiste tú quien me dijo una vez que no son lo mismo que personas?

Nicole se estiró y besó a su marido.

Ninguno de los nuevos fugados había estado jamás, como adultos, en Nueva York. Los tres hijos de Nicole habían nacido en la isla y vivido en ella durante los primeros tiempos de su infancia, pero un niño tiene un sentido de los lugares muy diferente del de los adultos: hasta Ellie, Patrick y Benjy quedaron pasmados cuando bajaron a la costa y vieron, por primera vez, las siluetas altas y esbeltas que se erguían hacia el cielo de *Rama* en la semioscuridad.

Raro en él, Max Puckett no tenía palabras. Se paró al lado de Eponine, tomándole la mano, y se quedó boquiabierto ante las agujas delgadas, altísimas, que se elevaban más de doscientos metros por encima de la isla.

—Esto es malditamente demasiado para un muchacho salido de una granja de Arkansas—dijo al fin, sacudiendo la cabeza. Él y Eponine caminaban al final de la procesión que avanzaba, en forma serpenteante, hacia la madriguera convertida por Richard y Nicole en un apartamento multifamiliar para que lo compartieran todos ellos.

—¿Quién construyó todo esto? —preguntó Robert Turner a Richard, mientras el grupo hacía un breve alto ante un gigantesco poliedro. A medida que pasaba el tiempo, Robert se volvía más aprensivo; había sido renuente a venir con Ellie y Nikki en primer lugar, y ahora se hallaba en el proceso de autoconvencerse de que había cometido un gran error.

—Probablemente los ingenieros de El Nodo —respondió Richard—, si bien no podemos saberlo con certeza: nosotros, los seres humanos, hemos añadido nuevas estructuras en el hábitat; es posible que quienquiera, o lo que sea, que haya vivido aquí hace mucho pueda haber construido algunos, si no todos, de estos asombrosos edificios.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Robert, más que alarmado ante la perspectiva de toparse con seres dotados de la destreza tecnológica necesaria para crear edificios tan imponentes.

—No tenemos manera de saberlo. Según El Águila, durante miles de años esta espacionave *Rama* estuvo haciendo viajes para descubrir especies capaces de navegar por el espacio sideral. En algún lugar de nuestra parte de la galaxia existe otro navegante espacial que habrá estado cómodo en un ambiente como este. Qué era, o es, ese ser, y por qué deseaba vivir en estos increíbles rascacielos y rodeado por ellos, es un enigma que probablemente nunca lleguemos a descifrar.

—¿Y qué pasa con los avianos y las octoarañas, tío Richard? —preguntó Patrick— ¿Todavía están viviendo aquí, en Nueva York?

—Desde que llegué no vi avianos en la isla, con la salvedad, claro está, de los pichones que estamos criando. Pero todavía hay algunas octoarañas que andan por ahí: tu madre y yo nos topamos con muchas de ellas cuando estábamos explorando detrás de la pantalla negra.

En ese momento, un biot ciempiés se acercó a la procesión desde un callejón lateral. Richard encendió su linterna en esa dirección; Robert Turner quedó momentáneamente paralizado por el miedo, pero obedeció las instrucciones de Richard y se hizo a un lado, mientras el biot pasaba rodando.

—Rascacielos construidos por fantasmas, octoarañas, biots ciempiés —refunfuñó—. ¡Qué sitio encantador!

—En mi opinión, es mil veces mejor que vivir bajo ese tirano de Nakamura —alegó Richard—. Por lo menos, aquí estamos libres y podemos tomar nuestras propias decisiones.

—Wakefield —gritó Max Puckett desde la retaguardia de la fila—, ¿qué pasaría si no nos quitáramos del camino de uno de esos biots ciempiés?

—No lo sé con seguridad, Max —repuso Richard—, pero es probable que pase por encima de nosotros o que nos rodee, exactamente igual que si fuéramos un objeto inanimado.

Cuando llegaron a la madriguera, fue el tumo de Nicole para actuar como guía turística. Ella en persona le mostró a cada persona el respectivo aposento. Había una habitación para Max y Eponine, otra para Ellie y Robert, una dividida por un tabique para Patrick y Nai, la gran guardería subdividida para los tres niños, Benjy y los dos avianos, y una última habitación, pequeña, que Richard y Nicole habían decidido que sería perfecta como comedor común.

Mientras los adultos desempacaban las escasas pertenencias que llevaban en mochilas, los niños tuvieron su primera experiencia con Tammy y Timmy. Los avianos no sabían qué pensar de los pequeños seres humanos, en especial de Galileo, que insistía en tironear o pellizcar y retorcer todo lo que podía tocar. Después de alrededor de una hora de ese tratamiento, Timmy lo arañó levemente con una de sus garras, a modo de advertencia, y el chico produjo un increíble alboroto.

—Sencillamente no lo entiendo —le dijo Richard a Nai como disculpa—, los avianos realmente son seres muy dulces.

—Yo sí lo entiendo —contestó ella—; casi con toda seguridad, Galileo andaba en alguna diablura. —Suspiró. —Es sorprendente, sabes: crías dos niños exactamente de la misma manera, y después salen tan diferentes. Kepler es tan bueno que es casi un ángel; apenas si puedo enseñarle a defenderse. Y Galileo prácticamente no presta atención a lo que yo le diga.

Cuando todos terminaron de desempacar, Nicole completó la gira turística, incluyendo los dos baños, los corredores, los tanques de suspensión en los que había permanecido la familia durante el período de gran aceleración, en el viaje entre la Tierra y El Nodo, y, por último, la Sala Blanca, con la pantalla negra y el teclado, que también era el dormitorio de Richard y Nicole. Richard demostró cómo funcionaba, solicitando, y recibiendo alrededor de una hora después, algunos juguetes nuevos y sencillos para los niños. También les dio a Robert y Max sendas copias de un breve diccionario de comandos, lo que les permitiría usar el teclado.

Todos los niños se durmieron poco después de la cena y los adultos se reunieron en la Sala Blanca. Max hizo preguntas sobre las octoarañas. En el curso de la descripción de las aventuras de ella y Richard detrás de la pantalla negra, Nicole mencionó sus irregularidades cardíacas. De inmediato, Robert mostró preocupación y, muy poco después, examinó a Nicole en el dormitorio de ella.

Ellie ayudó a Robert en el examen. Robert había llevado tanto equipo médico como pudo hacer caber en su mochila; entre ese equipo figuraban todos los instrumentos y monitores miniatura necesarios para hacer un electrocardiograma (ECG) completo. Los resultados no fueron buenos, pero tampoco tan malos como los temores que Nicole no había expresado abiertamente. Antes de la hora de irse a dormir, Robert informó al resto de la familia que, sin lugar a dudas, el tiempo le había cobrado su tributo al corazón de Nicole, pero que no creía que necesitara cirugía en un futuro inmediato. Le aconsejó que tomara las cosas con calma, aun cuando sabía que su suegra probablemente pasaría por alto la recomendación.

Cuando todos estuvieron dormidos, Richard y Nicole corrieron los muebles para hacer lugar a sus esteras. Se tendieron uno junto al otro, con las manos tomadas:

—¿Estás contenta? —preguntó Richard.

—Sí, mucho. Verdaderamente es maravilloso tener a todos los chicos aquí. —Se inclinó y lo besó. —También estoy agotada, esposo mío, pero no tengo la intención de dormirme sin agradecerte primero por haber arreglado todo esto.

—Son mis hijos también, ¿sabes? —le recordó él.

—Sí, amor —dijo Nicole, volviendo a tenderse de espaldas—, pero sé que nunca habrías hecho todo esto de no haber sido por mí. Tú te habrías contentado con permanecer aquí con los pichones, todos tus aparatitos y los misterios extraterrestres.

—Puede ser, pero a mí también me encanta tenerlos a todos en nuestra madriguera... A propósito, ¿tuviste la oportunidad de hablar con Patrick respecto de Katie?

—Sólo brevemente —contestó Nicole. Suspiró. —Por su mirada me pude dar cuenta de que sigue estando muy preocupado por ella.

—¿No lo estamos todos? —apuntó Richard con suavidad. Permanecieron tendidos en silencio durante algunos minutos, antes de que Richard se incorporara parcialmente, apoyándose sobre un codo. —Quiero que sepas que creo que nuestra nieta es toda una preciosidad.

—Lo mismo digo —contestó Nicole con una carcajada—, pero no existe la menor posibilidad de que se nos pueda considerar imparciales en ese tema.

—Oye, ¿el hecho de tener a Nikki con nosotros significa que ya no te puedo llamar Nikki a ti, ni siquiera en momentos especiales?

Nicole giró la cabeza para mirarlo: Richard estaba sonriendo. Muchas veces le había visto esa particular expresión.

—Duérmete —le aconsejó con otra corta carcajada—. Esta noche estoy demasiado agotada emocionalmente como para hacer cualquier otra cosa.

Al principio, el tiempo pasaba muy rápido. ¡Había tanto para hacer, tanto territorio fascinante para explorar! Aun cuando estaba perpetuamente oscuro en la misteriosa ciudad que estaba encima de ellos, la familia hacía excursiones a Nueva York con regularidad. Virtualmente cada sitio de la isla tenía una anécdota especial que Richard o Nicole podían contar.

—Fue aquí —dijo Nicole una tarde, señalando con el haz de su linterna el enorme enrejado que colgaba suspendido entre dos rascacielos, como si fuera una gigantesca telaraña— donde rescaté al aviano atrapado que, después de eso, me invitó a su madriguera.

—Aquí abajo —contó en otra ocasión, cuando estaban en el gran cobertizo con sus peculiares concavidades y esferas— estuve atrapada durante muchos días, y creí que iba a morir.

La ampliada familia desarrolló un conjunto de reglas para evitar que los chicos se metieran en problemas. No eran necesarias para la pequeña Nikki, que apenas si alguna vez se aventuraba lejos de su madre y su chocho abuelo, pero Kepler y Galileo eran difíciles de dominar; parecían poseer infinita energía: una vez se los encontró rebotando sobre los coys que había en los tanques de suspensión, como si fuesen trampolines. En otra ocasión, "tomaron prestadas" las linternas de la familia y fueron a la parte superior, sin supervisión de los adultos, para explorar Nueva York: fueron diez horas de nerviosismo, antes de que se los ubicara en el dédalo de callejones y calles del lado lejano de la isla.

Los avianos practicaban vuelo casi todos los días. Todos los niños se deleitaban en acompañar a sus amigos parecidos a pájaros a las plazas, donde había más lugar para que Tammy y Timmy exhibieran el progreso de sus habilidades. Richard siempre llevaba a Nikki para que viera a los avianos volar. De hecho, llevaba a su nieta dondequiera que él fuese. De vez en cuando Nikki caminaba pero, en la mayor parte de las ocasiones, Richard la transportaba en un artefacto confortable, similar a un portabebé, que se sujetaba en la espalda. El increíble dúo era inseparable. Richard también se había convertido en el principal maestro de su nieta, y muy pronto anunció a todos que Nikki era un genio de la matemática.

A la noche deleitaba a Nicole con las últimas hazañas de Nikki:

—¿Sabes lo que hizo hoy? —le decía, por lo común cuando estaban solos en la cama.

—No, querido —era la respuesta acostumbrada de Nicole, que sabía muy bien que ni ella ni Richard dormirían hasta que él se lo contara.

—Le pregunté cuántas bolas negras tendría, si ya tenía tres y yo le daba dos más. (Pausa para crear suspenso.) ¿Y sabes qué respondió? (Otra pausa para crear suspenso.) *¡Cinco!* ¡Dijo cinco! Y esta niñita apenas acaba de tener su segundo cumpleaños la semana pasada...

Nicole estaba emocionada por el interés de Richard en Nikki. Tanto para la niñita como para el hombre que estaba envejeciendo era la combinación perfecta. Richard, como padre, nunca había podido superar ni sus propios problemas emocionales reprimidos ni su exacerbado sentido de la responsabilidad, así que ésta era la primera vez en su vida que experimentaba el goce del amor verdaderamente inocente. El padre de Nikki, Robert, por otro lado, era un gran médico, pero no una persona muy cálida, y no valoraba en su plenitud los períodos sin propósito específico que los padres deben pasar con sus hijos.

Patrick y Nicole habían tenido varias conversaciones prolongadas sobre Katie, que la dejaban sumamente deprimida. Patrick no le ocultaba a su madre que Katie estaba extremadamente implicada en todas las maquinaciones de Nakamura, que bebía con frecuencia y en demasía, y que había sido promiscua en lo sexual. No le dijo que Katie estaba manejando el negocio de la prostitución, ni que él sospechaba que se había vuelto adicta a los estupefacientes.

10

La existencia casi perfecta que llevaban en Nueva York continuó hasta una mañana temprano, cuando Richard y Nikki estaban juntos en la parte superior, a lo largo de los terraplenes del norte de la isla. En realidad, fue la niñita la que vio primero la silueta de los barcos. Señaló al otro lado del agua oscura:

—Mira, Boobah —dijo—: Nikki ve algo.

Los debilitados ojos de Richard no podían discernir cosa alguna en la oscuridad, y el haz de su linterna no tenía el suficiente alcance como para llegar hasta lo que fuera que Nikki estuviera viendo. Richard extrajo los poderosos binóculos que siempre llevaba consigo, y confirmó que, en verdad, había dos embarcaciones en mitad del Mar Cilíndrico. Richard puso a Nikki en el portaniño que llevaba sobre la espalda y se apresuró a regresar a la madriguera.

El resto de la familia apenas estaba despertando e inicialmente tuvo dificultades para entender por qué Richard estaba tan alarmado.

—¿Pero quién más podría estar en un barco? —dijo él—. En el lado norte en especial. Tiene que ser una partida de exploración enviada por Nakamura.

Durante el desayuno se celebró un consejo de familia. Todos estuvieron de acuerdo en que estaban enfrentando una grave crisis. Cuando Patrick confesó que había visto a Katie el día de la fuga, principalmente porque quería decirle adiós a su hermana, y que había hecho algunos comentarios poco frecuentes que hicieron que ella empezara a formular preguntas, Nicole y los demás quedaron en silencio.

—No dije nada específico —aclaró Patrick para disculparse—, pero así y todo fue algo estúpido... Katie es muy astuta. Después que todos desaparecimos, debe de haber hecho encajar todas las piezas.

—Pero, ¿qué hacemos ahora? —Robert Turner expresó el temor de todos—. Katie conoce Nueva York muy bien, era casi una adolescente cuando salió de aquí, y puede guiar a los hombres de Nakamura directamente a esta madriguera: aquí abajo seremos blancos fáciles para ellos.

—¿Hay algún otro sitio al que podamos ir? —preguntó Max.

—En verdad, no —contestó Richard—. La antigua madriguera aviana está vacía, pero no sé cómo nos alimentaríamos allá abajo. La de las octoarañas también estaba desocupada cuando la visité hace varios meses, pero no volví a estar en el interior de sus dominios desde que Nicole llegó a Nueva York: por supuesto, debemos suponer, sobre la base de lo que ocurrió cuando Nicole y yo fuimos a explorar, que nuestros amigos con los tentáculos negros y dorados todavía andan por ahí. Incluso si no están habitando más su antigua madriguera, todavía seguiríamos teniendo el mismo problema de conseguir alimentos, si fuéramos a mudamos allá.

—¿Qué pasa con el sector que hay detrás de la pantalla, tío Richard? —preguntó Patrick—. Dijiste que allá es donde se fabrican nuestros alimentos. A lo mejor podamos encontrar un par de habitaciones...

—No soy muy optimista —contestó Richard, después de un breve intervalo—, pero tu sugerencia probablemente sea nuestra única opción razonable en estos momentos.

La familia decidió que Richard, Max y Patrick debían hacer un reconocimiento de la región que estaba detrás de la pantalla negra, tanto para descubrir con exactitud dónde se producía el alimento para los seres humanos como para establecer si existía otro sector conveniente para servir de morada. Robert, Benjy, las mujeres y los niños deberían permanecer en la madriguera; su misión consistía en empezar a desarrollar los procedimientos para efectuar una evacuación rápida de su vivienda en caso necesario.

Antes de irse, Richard terminó de probar un nuevo sistema de radio que había diseñado en su tiempo libre. Era lo suficientemente fuerte como para que los exploradores y el resto de la familia pudieran mantenerse en contacto durante todo el tiempo que estuvieran separados. La existencia del enlace de radio hizo que a Richard y Nicole les fuera más fácil convencer a Max Puckett de que dejara su rifle en la madriguera.

Los tres hombres no tuvieron dificultad para seguir el mapa que aparecía en la computadora de Richard, y en llegar a la sala de calderas que Richard y Nicole habían visitado en su exploración anterior. Tanto Max como Patrick se quedaron contemplando con admiración las doce enormes calderas, la espaciosa zona de materias primas pulcramente dispuestas, y las muchas variedades de biots que se desplazaban presurosos. La fábrica estaba activa en extremo. En efecto, cada una de las calderas estaba concentrada realizando un proceso de fabricación.

—Muy bien —le comunicó Richard en su radio a Nicole, que permanecía en la madriguera—. Estamos aquí y estamos listos. Haz el pedido de la comida para la cena, y veremos qué pasa.

Menos de un minuto después, una de las calderas que estaba más próxima a los tres hombres cesó lo que fuera que hubiera estado haciendo. Mientras tanto, no lejos del tinglado que estaba detrás de las calderas, tres biots que se parecían a vagones cerrados de carga con manos ingresaron en los conjuntos de materia prima, recogiendo con prontitud cantidades pequeñas de muchas cosas diferentes. Acto seguido, esos tres biots convergieron en el sistema de caldera inactivo que estaba cerca de Richard, Max y Patrick, donde vaciaron su caja en la cinta transportadora que entraba en la caldera en sí. De inmediato, los hombres oyeron que ésta se agitaba y entraba turbulentamente en operación activa. Un biot largo y flacucho, que tenía el aspecto de tres grillos atados uno a continuación del otro, y cada uno con un caparazón en forma de tazón, subió arrastrándose hasta la cinta transportadora cuando el corto proceso de elaboración estaba casi terminado. Instantes después, la caldera volvió a detenerse y el material procesado salió en la cinta transportadora. El biot parecido a un grillo segmentado extendió desde su extremo posterior una cuchara, puso sobre sus lomos todo el alimento para seres humanos, y pronto salió a la carrera.

—¡Que me cuelguen! —masculló Max, mirando al biot grillo desaparecer por el corredor situado detrás del tinglado. Antes que cualquiera de los hombres pudiera decir algo más, otro grupo de vagones cerrados con manos cargó la cinta transportadora con varillas largas y gruesas y, en menos de un minuto, la caldera que había hecho la comida para los seres humanos estaba operando para otro propósito.

—¡Qué sistema fantástico! —exclamó Richard—. Debe de tener un proceso complejo de interrupción, en el que las solicitudes de alimento están en la parte superior de la cola de prioridades. No puedo creer...

—Detente un maldito momento —interrumpió Max—, y repite lo que acabas de decir en un lenguaje común y corriente.

—En la madriguera tenemos subrutinas para traducción automática, yo las diseñé originariamente, cuando estuvimos aquí años atrás, y, cuando Nicole ingresó *pollo, papas y espinaca* en su propia computadora —dijo Richard con excitación—, una lista de comandos, que representa en el complejo la estructura de los componentes químicos de esos alimentos en particular, apareció impresa en la memoria intermedia de salida del sistema de Nicole. Después que envié la señal indicadora de que estábamos listos, ella escribió esa cadena de comandos en el teclado. Fueron inmediatamente recibidos aquí, y lo que vimos fue la respuesta. En ese momento, todos los sistemas de procesamiento estaban activos; sin embargo, el equivalente ramano de una computadora que tienen aquí, en esta fábrica, reconoció que la solicitud ingresante correspondía a *comida*, y la convirtió en la prioridad principal.

—¿Estás diciendo, tío Richard —dijo Patrick—, que la computadora controladora de aquí detuvo esa caldera que estaba operando, de modo que pudiera elaborar nuestro alimento?

—Sí, así es.

Max se había alejado a corta distancia y estaba contemplando las demás calderas de la enorme fábrica. Richard y Patrick se le acercaron.

—Cuando yo era un niño de unos ocho o nueve años —recordó Max—, mi padre y yo salimos en nuestra primera excursión para acampar toda la noche, a las Ozark, a varias horas de nuestra granja. Era una noche magnífica y el cielo estaba lleno de estrellas. Recuerdo haberme tendido de espaldas sobre la bolsa de dormir y haberme quedado contemplando todas esas lucecitas parpadeantes que había en el cielo... Esa noche tuve un pensamiento muy, muy grande para un simple niño campesino de Arkansas: me pregunté cuántos niños extraterrestres que estaban ahí afuera, en alguna parte del universo, tendrían la mirada puesta en las estrellas en el mismo momento en que yo lo hacía, y se daban cuenta, por primera vez, qué pequeñitos eran sus pequeños dominios dentro del plan total del cosmos.

Max se dio vuelta y sonrió a sus dos amigos:

—Ese es uno de los motivos por los que seguí siendo granjero —dijo, lanzando una carcajada—. Con mis gallinas y cerdos yo siempre era importante. Les traía su comida. Era un gran acontecimiento cuando el buen Max aparecía en su corral...

Se detuvo un instante. Ni Richard ni Patrick pronunciaron palabra.

—Creo que muy dentro de mí siempre quise ser astrónomo —prosiguió Max—, para ver si podía entender los misterios del universo. Pero cada vez que pensaba en miles de millones de años y billones de kilómetros, me deprimía: no podía soportar la sensación de completa y total insignificancia que me invadía. Era como si una voz dentro de mi cabeza hubiera estado diciendo, una vez y otra: "Puckett, no eres una mierda... eres absolutamente cero".

—Pero *conocer* esa insignificancia y, en particular, poder *medirla*, es lo que hace que los seres humanos seamos muy especiales —observó Richard con tono calmo.

—Ahora estamos hablando de filosofía —replicó Max—, y yo estoy completamente fuera de mi elemento. Me siento cómodo con los animales de granja, con la tequila, y hasta con las tormentas leves del Oeste Medio norteamericano. Todo esto —continuó, haciendo un movimiento abarcador con los brazos, dirigido hacia las calderas y la fábrica— me hace cagar de miedo. Si hubiera sabido, cuando firmé el contrato para ir a esa colonia marciana, que iba a conocer máquinas que son más inteligentes que las personas...

—Richard, Richard —todos oyeron la voz angustiada de Nicole en la radio—. Tenemos una emergencia: Ellie acaba de regresar de la costa norte. Cuatro botes grandes están a punto de atracar... Ellie dice que está absolutamente segura de haber divisado el uniforme de la policía en uno de los hombres... Asimismo, informó sobre alguna clase de arco iris en el sur... ¿Pueden volver acá en pocos minutos?

No, no podemos —respondió Richard—, todavía estamos en la sala que tiene las calderas. Debemos de estar a tres kilómetros y medio de distancia, por lo menos... ¿Dijo Ellie cuánta gente podría haber en cada bote?

—Yo diría que unos diez o doce, papá —contestó Ellie—. No me quedé para contarlos... Pero los botes no fueron lo único fuera de lo común que vi mientras estuve en la parte de arriba: durante mi corrida de regreso a la madriguera, el cielo austral se encendió con violentos estallidos de colores que, finalmente, se convirtieron en un gigantesco arco iris... Es cerca de donde nos dijiste que debía estar el Gran Cuerno.

Diez segundos después, Richard gritaba por la radio:

—¡Escúchenme, Nicole, Ellie, todos ustedes: evacuen la madriguera de inmediato. Lleven a los niños, los pichones, los melones, el material del sésil, los dos rifles, toda la comida, y tantos efectos personales como puedan cargar con comodidad. Abandonen nuestras cosas: llevamos suficiente sobre la espalda como para sobrevivir en una emergencia. Vayan directamente a la madriguera de las octoarañas y espérennos en el salón que, años atrás, fue la galería de fotos... Las tropas de Nakamura primero van a venir a nuestra madriguera. Cuando no nos encuentren, si Katie está con ellos, puede ser que también vayan a la de las octoarañas, pero no creo que se metan en los túneles que hay allá...

—¿Y qué pasa contigo, Max y Patrick? —preguntó Nicole.

—Regresaremos lo más rápido que podamos. Si no hay nadie... a propósito, Nicole, deja un transmisor, con el volumen encendido y alto, en la Sala Blanca y otro en la guardería: de ese modo sabremos si hay alguien en nuestra madriguera... De todos modos, y como te estaba diciendo, si nuestro hogar no fue invadido, nos reuniremos con ustedes de inmediato. Si los hombres de Nakamura están ocupando nuestra vivienda, trataremos de hallar otro acceso a la madriguera de las octoarañas desde acá abajo. Debe de haberlo...

—Muy bien, querido —interrumpió Nicole—. Debemos ponernos en acción con el embalaje... Dejaré el receptor encendido, en caso de que nos necesites.

—¿Así que crees que vamos a estar más seguros en la madriguera de las octoarañas? —preguntó Max, después de que Richard hubo apagado su transmisor.

—Es una alternativa —contestó Richard con sonrisa triste—. Hay demasiados puntos desconocidos aquí, detrás de la pantalla, y sabemos con certeza que no vamos a estar a salvo si la policía y las tropas de Nakamura nos encuentran... Hasta puede ser que las octoarañas no estén habitando más su madriguera. Además, como Nicole dijo muchas veces, no tenemos pruebas inequívocas de que las *octos* sean hostiles.

Los hombres se desplazaban con tanta rapidez como podían. En cierto lugar se detuvieron brevemente, mientras Patrick transfería parte del peso de la mochila de Richard a la suya. Tanto Richard como Max traspiraban profusamente cuando llegaron a la Y del corredor.

—Debemos detenernos un momento —le dijo Max a Patrick, que estaba adelantado respecto de sus compañeros—; tu tío Richard necesita un descanso.

Patrick sacó una cantimplora de la mochila y la hizo circular por el grupo. Richard bebió de ella con avidez, se secó la frente con un pañuelo y, un minuto después, empezó a trotar otra vez hacia la madriguera.

A unos quinientos metros de la pequeña plataforma que estaba detrás de la pantalla negra, el receptor de Richard empezó a recoger ruidos confusos que provenían del interior de la madriguera.

—Quizás alguien de la familia olvidó algo importante —dijo Richard, reduciendo la velocidad para escuchar— y volvió para recogerlo.

Poco después, oyeron una voz que no pudieron identificar. Se detuvieron y esperaron:

—Parece como si alguna especie de animal hubiera estado viviendo aquí atrás —dijo la voz— ¿Por qué no viene a echar un vistazo?

—¡Maldita sea! —exclamó una segunda voz—. Es indudable que estuvieron aquí hace poco... Me pregunto cuánto hace que se fueron.

—Capitán Bauer —gritó alguien—, ¿qué quiere que haga con todo este equipo electrónico?

—Déjelo por ahora —contestó la segunda voz—. El resto de las tropas debe estar abajo dentro de unos pocos minutos. Decidiremos qué hacer en ese momento.

Richard, Max y Patrick se sentaron silenciosamente en el túnel oscuro. Durante cerca de un minuto no oyeron cosa alguna en el receptor. En apariencia, ninguno de los miembros de la partida de búsqueda estuvo durante ese lapso en la Sala Blanca o la guardería. Entonces volvieron a oír la voz de Franz Bauer.

—¿Qué es eso, Morgan? —preguntó—. Apenas si puedo oírlo... Hay una especie de matraqueo... ¿Qué? ¿Fuegos artificiales? ¿Colores...? ¿De qué demonios está hablando? Muy bien. Muy bien: subiremos de inmediato.

Durante otros quince segundos, el receptor permaneció en silencio.

—Ah, ahí está, Pfeiffer —oyeron decir a Bauer con claridad—. Reúna a los demás hombres y regresemos arriba. Morgan dice que en el cielo austral hay una asombrosa demostración de fuegos artificiales. La mayor parte de las tropas ya estaba espantada por los rascacielos y la oscuridad. Voy a subir para calmar los nervios de todos.

—Esta es nuestra oportunidad —susurró Richard, poniéndose de pie—; con toda seguridad van a salir de la madriguera durante unos minutos. —Empezó a correr y, entonces, se detuvo. —Puede ser necesario que nos separemos... ¿Los dos recuerdan cómo encontrar la madriguera de las octoarañas?

Max negó con un movimiento de cabeza:

—Nunca tuve...

—Toma —dijo Richard, entregándole la computadora portátil—, ingresa una M y una P para tener una vista panorámica de Nueva York. La madriguera de las octoarañas está señalada con un círculo rojo... Si tocas L, seguido por otra L, aparece un mapa del interior de esa madriguera... Ahora, vamos, cuando todavía tenemos algo de tiempo.

Richard, Max y Patrick no se toparon con tropas dentro de su madriguera. Un par de guardias estaba apostado, empero, a pocos metros de la salida a Nueva York. Por fortuna, los guardias estaban tan inmovilizados por los fuegos artificiales que estallaban en el cielo de *Rama*, por sobre sus cabezas, que no oyeron a los tres hombres que se colaban por la escalera detrás de ellos. Por razones de seguridad, el grupo de tres hombres se separó y cada uno de ellos tomó una ruta diferente hacia la madriguera de las octoarañas.

Richard y Patrick llegaron a su destino con una diferencia de un minuto entre uno y otro, pero Max estaba atrasado. La casualidad había querido que el camino que eligió pasara a través de la plaza en la que se habían reunido cinco o seis de los soldados coloniales, para tener una mejor vista de los fuegos artificiales. Max entró corriendo en un callejón y se acurrucó contra uno de los edificios. Extrajo la computadora y estudió el mapa que aparecía en el monitor, tratando de encontrar un camino alternativo hacia la madriguera de las octoarañas.

Mientras tanto, la espectacular demostración de fuegos artificiales proseguía en lo alto. Max alzó la vista y quedó deslumbrado cuando una gran bola azul estalló, lanzando centenares de rayos de luz azul en todas direcciones. Durante casi un minuto, Max miró la hipnotizante exhibición. Era más grandiosa que cualquier otra cosa que hubiera visto jamás en la Tierra.

Cuando finalmente llegó a la madriguera de las octoarañas, descendió con celeridad por la rampa, y entró en el salón catedral desde el que los cuatro túneles llevaban hacia las demás partes de la madriguera. Ingresó las dos L en la computadora, y en el diminuto monitor apareció el mapa de los dominios de las octoarañas. Estaba tan absorbido por el mapa que, al principio, no oyó el sonido de arrastre de cepillos mecánicos, acompañado por un gemido suave, de tono agudo.

No alzó la vista hasta que el sonido se hizo bastante intenso. Cuando finalmente alzó la cabeza, la gran octoaraña estaba parada a no más de cinco metros de él. La visión de ese ser hizo que un poderoso escalofrío recorriera su columna vertebral. Se quedó muy quieto y luchó contra su deseo de salir huyendo. El líquido color crema de la única lente de la octoaraña se movía de un lado para otro, pero el alienígena no se acercó más a Max.

De una de las hendiduras paralelas que había de cada lado de la lente salió una ráfaga de color púrpura, que circunnavegó la esférica cabeza de la octoaraña, a lo que siguieron bandas de otros colores, todo lo cual desapareció en la segunda de las dos ranuras paralelas. Cuando se repitió el mismo patrón de colores, Max, cuyo corazón martillaba con tanta fuerza que podía sentirlo en la mandíbula, sacudió la cabeza y dijo:

—No entiendo.

La octoaraña vaciló un instante y, después, levantó del suelo dos de sus tentáculos, señalando claramente hacia uno de los cuatro túneles. Como si fuera para subrayar lo que quería decir, se arrastró en esa dirección general y, después, repitió el gesto.

Max se irguió y caminó con lentitud hacia el túnel indicado, teniendo cuidado de no acercarse demasiado a la octoaraña. Cuando llegó a la entrada, otra serie de llamativas exhibiciones de color se desplazó velozmente alrededor de la cabeza del ser extraterrestre.

—Se lo agradezco mucho —dijo Max con cortesía, mientras se volvía y entraba en el pasadizo.

No se detuvo siquiera para mirar su mapa, sino hasta que estuvo trescientos o cuatrocientos metros adentro del túnel. A medida que caminaba, las luces se encendían delante de él en forma automática, y se apagaban en los segmentos del túnel por los que ya había pasado. Cuando, por fin, examinó el mapa con todo cuidado, descubrió que no estaba lejos de la sala designada.

Pocos minutos después, exhibiendo una sonrisa de oreja a oreja, ingresó en la cámara donde estaba reunido el resto de la familia.

—No se imaginan con quién acabo de encontrarme —dijo, tan sólo instantes antes de que Eponine lo saludara con un abrazo.

Inmediatamente después que Max terminara de entretenerlos con la narración de su encuentro con la octoaraña, Richard y Patrick volvieron cautelosamente sobre sus pasos hacia la sala catedral, deteniéndose cada centenar de metros, más o menos, y prestando cuidadosa atención por si percibían los sonidos típicos que señalaban la presencia de los alienígenas. Nada oyeron. Ni oyeron ni vieron cosa alguna que indicara que las fuerzas enviadas desde Nuevo Edén estaban en las proximidades. Después de casi una hora, Richard y Patrick regresaron adonde estaba el resto del grupo y se incorporaron a la discusión sobre qué era lo que se debía hacer después.

La ampliada familia tenía suficientes alimentos para cinco días, quizá seis si cada porción se racionara con cuidado. Se podía obtener agua en la cisterna situada cerca de la sala catedral. Todos prontamente estuvieron de acuerdo en que era probable que la partida de búsqueda proveniente de Nuevo Edén —esa primera, al menos—, no permaneciera en Nueva York demasiado tiempo. Siguió un breve debate respecto de si Katie pudo haberles dicho al capitán Bauer y a sus hombres la localización de la madriguera de las octoarañas, o si pudo no haberlo hecho. Sobre un punto crítico no hubo disenso: el período más probable para que fueran descubiertos por los otros seres humanos era el día siguiente, o los dos días siguientes. Como resultado, y salvo por las necesidades físicas, nadie de la familia salió de la gran sala, en la que iban a permanecer durante las próximas treinta y seis horas.

Al cabo de ese lapso, todo el grupo, en especial los pichones y los mellizos, padeció de un grave caso de fiebre de encierro. Richard y Nai se llevaron a Tammy, Timmy, Benjy y los niños al pasadizo, tratando, infructuosamente, de mantenerlos callados, y los llevaron lejos de la sala catedral, hacia el corredor vertical con las púas salientes que se hundía más profundamente en la madriguera de las octoarañas. Richard, que llevaba a Nikki encima la mayor parte del tiempo, advirtió varias veces a Nai y los mellizos respecto de los peligros de la zona a la que se estaban acercando. Aun así, muy poco después que el túnel se ensanchara y ellos llegaran al corredor vertical, el impetuoso Galileo se metió en el agujero con forma de cañón de arma de fuego, antes que su madre pudiera detenerlo. Muy pronto quedó paralizado de miedo. Richard tuvo que rescatarlo de su precario apoyo, sobre dos púas, apenas a poca distancia por debajo del nivel de la pasarela que rodeaba la parte superior del inmenso abismo. Los jóvenes avianos, encantados de poder volar otra vez, se remontaron libremente por la zona y dos veces descendieron varios metros en picada, hacia la oscura sima, pero nunca bajaron lo suficiente como para activar la siguiente batería de luces.

Antes de regresar adonde estaba el resto de la familia, Richard se llevó a Benjy para hacer una rápida inspección de lo que él y Nicole siempre habían llamado el museo de las octoarañas. Esa sala grande, situada a varios centenares de metros del corredor vertical, todavía estaba completamente vacía. Varias horas más tarde, y siguiendo la sugerencia de Richard, la mitad de la ampliada familia se mudó al museo, para dar a todos más espacio vital.

El tercer día de su permanencia en el lugar, Richard y Max decidieron que alguien debía tratar de descubrir si las tropas de la colonia estaban aún en Nueva York: Patrick fue la opción lógica para que sirviera de explorador de la familia. Las instrucciones que le dieron Richard y Max fueron directas: debería desplazarse con cautela hasta la sala catedral y, después, ascender la rampa hasta llegar a

Nueva York. Desde allí, y usando la linterna y la computadora portátil lo menos posible, debía cruzar hasta la costa norte de la isla y ver si los barcos todavía estaban. Cualquiera que fuese el resultado de su investigación, debía regresar directamente a la madriguera y darles un informe completo.

—Hay una sola cosa para recordar —recomendó Richard—, que es de suma importancia: si, en cualquier momento, oyes una octoaraña o un soldado, das media vuelta de inmediato y vuelves con nosotros. Pero con esta nueva salvedad que te agrego: en ninguna circunstancia ningún ser humano debe ver que desciendes a esta madriguera. No puedes hacer cosa alguna que ponga en peligro al resto de nosotros.

Max insistió en que Patrick debía llevar uno de los dos rifles. Richard y Nicole no objetaron. Después de recibir los buenos deseos de todos, Patrick partió a cumplir su misión de explorador. No había caminado más que quinientos metros por el túnel, empero, cuando oyó un ruido adelante de él. Se detuvo para escuchar, pero no pudo identificar lo que estaba oyendo. Después de otros cien metros, algunos de los sonidos empezaron a ser más claros: con toda precisión, Patrick oyó varias veces el sonido de escobillas de arrastre. También había algo de sonido de campanas, como si se estuvieran golpeando objetos metálicos entre sí, o contra una pared. Escuchó durante varios minutos y, entonces, recordando sus instrucciones, regresó donde estaban su familia y amigos.

Después de prolongada discusión, otra vez se lo envió a Patrick. Esta vez se le dijo que se acercara a las octoarañas tanto como se atreviera, y que las observara en silencio durante tanto tiempo como pudiera. Una vez más, a medida que se acercaba a la sala catedral, oyó el sonido de escobillas de arrastre pero, cuando realmente llegó a la enorme cámara ubicada al pie de la rampa, no había octoarañas en los alrededores. *¿Adónde fueron?*, se preguntó. Su primer impulso fue el de dar media vuelta y regresar por donde había venido. Sin embargo, ya que todavía no se había topado con alguna octoaraña verdadera, decidió que muy bien podría ascender por la rampa, salir a Nueva York y cumplir con el resto de su misión anterior.

Quedó estupefacto al descubrir, cerca de un minuto después, que la salida de la madriguera de las octoarañas estaba sellada herméticamente con una gruesa combinación de varillas de metal y de un material parecido al cemento. Apenas si podía ver a través de la tapa, y ésta era tan pesada que, sin lugar a dudas, ni todos los seres humanos juntos podrían moverla siquiera levemente. "Esto lo hicieron las octoarañas", pensó de inmediato. "Pero, ¿por qué nos atraparon aquí?"

Antes de regresar para rendir su informe inspeccionó la sala catedral, y descubrió que a uno de los cuatro túneles de salida también se lo había sellado con lo que aparentaba ser un portón o portalón grueso. "Este debe de haber sido el túnel que llevaba al canal", pensó. Permaneció en el sitio durante otros diez minutos, prestando atención para ver si percibía el sonido de las octoarañas, pero no oyó nada más.

11

—¿Así que las octoarañas nunca hicieron algo hostil? —estaba diciendo Max con enojo—. Entonces, ¿cómo demonios llaman a esto? Estamos malditamente atrapados. —Sacudió la cabeza vigorosamente. —Yo pensaba que era estúpido venir aquí en primer lugar.

—Por favor, Max —intervino Eponine—. No riñamos. Pelear entre nosotros no nos va a ayudar.

Todos los adultos, salvo Nai y Benjy, habían hecho la excursión de un kilómetro por el pasadizo hasta la sala catedral para examinar lo hecho por las octoarañas: en verdad, estaban completamente encerrados dentro de la madriguera. Dos de los tres túneles abiertos que salían de la cámara iban hasta el corredor vertical, y el tercero, según descubrieron prontamente, conducía hasta un depósito grande y vacío del que no había salida.

—Bueno, es mejor que pensemos en algo con rapidez —dijo Max—. Sólo tenemos comida para cuatro días y ni la más remota idea de dónde conseguir más.

—Lo siento, Max —arguyó Nicole—, pero sigo creyendo que la decisión inicial de Richard fue la correcta: si nos hubiéramos quedado en nuestra madriguera nos habrían capturado y llevado de vuelta a Nuevo Edén, donde es casi indudable que nos habrían ejecutado...

—A lo mejor sí... —interrumpió Max— y a lo mejor no... Por lo menos, en ese caso, los niños se habrían salvado, y no creo que ni a Benjy ni al doctor los habrían matado...

—Todo esto es una discusión académica —terció Richard—, pero no resuelve nuestro problema principal, que es "¿qué hacemos ahora?".

—Muy bien, genio —dijo Max con tono punzante—: Hasta ahora, tú llevaste la voz cantante: ¿qué sugieres?

Eponine intercedió una vez más:

—Eres injusto, Max. No es culpa de Richard que nos encontremos en esta situación comprometida... y, como dije antes, no nos ayuda...

—Muy bien, muy bien —aceptó Max. Fue hacia el pasaje que conducía al depósito. —Entro en este túnel para calmarme, y para fumar un cigarrillo. —Por encima del hombro le lanzó una mirada a Eponine.

—¿Quieres compartirlo? Nos quedan exactamente veintinueve después de éste.

Eponine les dirigió una débil sonrisa a Nicole y Ellie:

—Todavía está enojado conmigo por no haber traído nuestros cigarrillos cuando evacuamos la madriguera —dijo en voz queda—. No se preocupen... Max tiene mal carácter, pero se le pasa rápidamente... Volveremos dentro de unos minutos.

—¿Cuál es tu plan, querido? —le preguntó Nicole a Richard, pocos segundos después que Max y Eponine se marcharon.

—No tenemos muchas opciones —admitió Richard con tono sombrío—. La cantidad mínima necesaria de adultos debe quedarse con Benjy, los niños y los avianos, mientras el resto de nosotros explora esta madriguera con la mayor prontitud posible... Se me hace muy difícil creer que las octoarañas realmente intentan que muramos de hambre.

—Discúlpame, Richard —habló ahora Robert Turner por primera vez desde que Patrick informó que la salida a Nueva York estaba sellada—. Pero, ¿no estás suponiendo otra vez que las octoarañas son amistosas? Supongamos que no lo son o, lo que es más factible en mi opinión, supongamos que nuestra supervivencia les resulta indiferente en un sentido o en otro y que, sencillamente, sellaron esta madriguera para protegerse contra todos los seres humanos que acaban de aparecer...

Robert se detuvo, habiendo perdido, al parecer, la ilación de sus pensamientos:

—Lo que estaba tratando de decir —prosiguió, unos segundos después— es que los niños, y entre ellos tu nieta, corren un riesgo considerable, tanto psíquico como físico, me permito añadir, en nuestra situación actual, y yo no estaría de acuerdo con cualquier plan que los dejara desprotegidos y vulnerables...

—Tienes razón, Robert —lo interrumpió Richard—. Varios adultos, entre los cuales tiene que haber un hombre por lo menos, deben quedarse con Benjy y los niños. De hecho, Nai debe de estar

completamente atareada en este preciso instante... ¿Por qué tú, Patrick y Ellie no regresan ahora adonde están los chicos? Nicole y yo esperaremos a Max y Eponine y nos uniremos con ustedes dentro de muy poco.

Richard y Nicole quedaron a solas después que los demás se fueron.

—Ellie dice que Robert ahora está enojado la mayor parte del tiempo —dijo Nicole con tono calmo—, pero él no sabe expresar su ira en forma constructiva... Le comentó que cree que toda esta aventura fue un error desde el principio, y se pasa horas cavilando sobre eso... Ellie dice que, inclusive, está preocupada por la estabilidad mental de su marido.

Richard meneó la cabeza.

—Quizás haya sido un error —dijo—. Quizá tú y yo debimos haber pasado aquí solos el resto de nuestra vida. Justamente pensaba…

En ese momento, Max y Eponine regresaron a la cámara.

—Quiero disculparme con ustedes dos —anunció Max, tendiendo la mano—. Supongo que permití que mi miedo y mi frustración me dominaran.

—Gracias, Max —contestó Nicole—, pero la disculpa no es necesaria en realidad: sería ridículo suponer que toda esta gente podría pasar por una experiencia así sin que surgieran desavenencias.

Todos estaban juntos en el museo.

—Revisemos el plan una vez más —propuso Richard—. Nosotros cinco vamos a descender por las púas y explorar la zona alrededor de la plataforma del subterráneo. Vamos a investigar concienzudamente cada túnel que encontremos. Después, si no hemos hallado medio alguno de escape, y el gran subterráneo está en verdad aguardando allá, Max, Eponine, Nicole y yo subiremos a bordo. En ese momento, Patrick trepará de regreso y se reunirá con ustedes en el museo.

—¿No crees que hacer que ustedes cuatro suban al subterráneo es imprudente? —preguntó Robert—. ¿Por qué tan sólo dos al principio?... ¿Qué pasa si el subterráneo parte y no regresa jamás?

—El tiempo es nuestro enemigo, Robert —contestó Richard—. Si no nos estuviéramos quedando tan cortos de comida, entonces seguiríamos un plan más tradicional: en ese caso, quizás únicamente dos de nosotros entrarían en el subterráneo. ¿Pero qué pasa si el subterráneo va a más de un sitio? Puesto que ya hemos decidido que, por seguridad, sólo vamos a explorar en parejas, encontrar la ruta de escape llevaría mucho tiempo si únicamente una sola pareja realizara la búsqueda.

En la sala se hizo un silencio prolongado, hasta que Timmy empezó a parlotearle a su hermana. Nikki correteó hasta ellos y comenzó a frotar con suavidad el aterciopelado vientre del aviano.

—No pretendo tener todas las respuestas —dijo Richard—, ni subestimo la gravedad de nuestra situación, pero, si existe la manera de salir de aquí, y tanto Nicole como yo creemos que debe haberla, entonces cuanto antes la encontremos, mejor.

—Supongamos que los cuatro sí toman el subterráneo —preguntó ahora Patrick—, ¿cuánto tiempo los esperamos aquí, en el museo?

—Esa es una pregunta difícil —repuso Richard—. Ustedes tienen suficiente alimento para cuatro días más, y la abundante cantidad de agua de la cisterna deberá mantenerlos con vida durante algún tiempo; después... No lo sé, Patrick. Supongo que deberán permanecer aquí durante dos o tres días, por lo menos... Después de eso, tendrán que tomar su propia decisión... Si es que existe alguna posibilidad, uno de nosotros va a regresar, o más de uno.

Benjy había estado siguiendo la conversación con arrobada atención. Evidentemente entendió más o menos lo que estaba ocurriendo, porque empezó a sollozar quedamente. Nicole se acercó a él y empezó a confortarlo:

—No te preocupes, hijo —le aseguró—, todo va a ir bien.

El hombre-niño alzó la vista hacia su madre:

—Así lo espero, ma-má —dijo—, pero tengo miedo.

Galileo Watanabe súbitamente dio un salto y corrió hacia el otro extremo de la sala, hacia donde los dos rifles estaban apoyados contra la pared:

—Si una de estas cosas, las octoarañas, entra aquí —dijo, tocando el rifle más cercano durante unos segundos, antes que Max lo levantara, alejándolo de su alcance—, entonces le disparo. *¡Bang! ¡Bang!*

Sus gritos hicieron que los avianos chillaran y que la pequeña Nikki llorara. Después que Ellie enjugó las lágrimas de su hija, Max y Patrick se cargaron los rifles al hombro y los cinco exploradores se despidieron. Ellie entró en el túnel con ellos.

—No quise decir esto delante de los chicos —manifestó—, pero ¿qué *debemos* hacer si vemos una octoaraña mientras ustedes están afuera?

—Trata de no dejarte llevar por el pánico —respondió Richard.

—Y no hagas nada agresivo —agregó Nicole.

—Agarra a Nikki y sal corriendo como alma que lleva el diablo —completó Max, con un guiño.

Nada fuera de lo común ocurrió mientras descendían por las púas. Tal como habían hecho años atrás, las luces del nivel inferior siguiente siempre se encendían cuando alguien se acercaba a un sector no iluminado. Los cinco exploradores estuvieron en la plataforma del subterráneo en menos de una hora.

—Ahora averiguaremos si esos misteriosos vehículos siguen operando —dijo Richard.

En el centro de la plataforma circular había un agujero más pequeño, también redondo y con púas metálicas que sobresalían desde sus costados, que se hundía más profundamente en la oscuridad. En extremos opuestos de la plataforma, noventa grados hacia la izquierda y la derecha de donde estaban parados los cinco seres humanos, había dos túneles oscuros perforados en la roca y el metal. Uno de los túneles era grande, cinco o seis metros desde la parte de arriba hasta la de abajo, en tanto que el túnel opuesto era casi exactamente un orden de magnitud más pequeño. Cuando Richard se acercó hasta estar dentro de un arco de veinte grados respecto del túnel grande, éste se iluminó de pronto y pudo verse con claridad su interior: se parecía a un caño cloacal grande de la Tierra.

El resto de la partida de exploración se acercó con premura a Richard, no bien se oyó el primer sonido de turbulencia de aire que provenía del túnel. Menos de un minuto después, un vehículo parecido a un tren subterráneo apareció velozmente desde atrás de una esquina lejana y se dirigió con rapidez hacia el grupo, deteniéndose con su extremo anterior a un metro, o algo así, del sitio en el que el corredor recubierto de púas seguía descendiendo.

El interior del subterráneo también estaba iluminado. No había asientos, pero sí varillas verticales que iban desde el techo hasta el piso, diseminadas por el coche en forma aparentemente aleatoria. La puerta se deslizó, abriéndose, unos quince segundos después que arribó el subterráneo. En el lado opuesto del andén, un vehículo idéntico, exactamente un décimo más grande, se acercó y se detuvo no más de cinco segundos después.

Aun cuando tanto Max como Patrick y Eponine muchas veces habían oído relatos sobre dos subterráneos fantasmas, ver en la realidad los vehículos dejó a los tres llenos de temor.

—¿Estás hablando en serio, amigo mío? —preguntó Max después que ambos examinaran con rapidez el exterior del subterráneo más grande—. ¿Realmente intentas subir *a bordo* de esa maldita cosa, si no encontramos otra manera de salir?

Richard asintió con una leve inclinación de la cabeza.

—Pero podría ir a *cualquier* parte —dijo Max—. No tenemos la más puta idea de qué es o de quién lo fabricó o de qué demonios está haciendo aquí. Y, una vez que estemos a bordo, estaremos por completo indefensos.

—Así es —asintió Richard. Esbozó una sonrisa. —Max, has comprendido nuestra situación de un modo excelente.

Max sacudió la cabeza:

—Bueno, mejor que encontremos algo en este maldito agujero, porque no sé si Eponine y yo...

—Muy bien —terció Patrick, acercándoseles—, supongo que es hora de llevar adelante la fase siguiente de esta operación... Ven, Max, ¿estás listo para hacer un poco más de escalamiento de púas?

Richard no tenía ninguno de sus robots inteligentes para ponerlos en el subterráneo más chico. Pero disponía de una cámara en miniatura provista de un tosco sistema de movilidad que, según esperaba, habría de pesar lo suficiente como para poner en funcionamiento al subterráneo de menor tamaño.

—En cualquier circunstancia —informó a los demás—, el túnel pequeño no nos brinda una salida posible. Tan sólo quiero determinar por mí mismo si algo importante cambió durante estos años. Además, no parece haber motivo alguno, no aún por lo menos, para que más que dos de nosotros desciendan más allá.

Mientras Max y Patrick descendían con lentitud por las púas adicionales, y Richard estaba absorbido en una revisión final de su cámara móvil, Nicole y Eponine paseaban por el andén.

—¿Cómo van las cosas, granjero? —le preguntó Eponine a Max por la radio.

—Bien, hasta ahora —contestó él—, pero no estamos a más que diez metros por debajo de ustedes. Estas púas no están tan próximas entre sí como las de arriba, así que nos movemos con más cautela.

—Tu relación con Max realmente debe de haber florecido mientras estuve en prisión —comentó Nicole.

—Sí, así fue —contestó Eponine con seguridad—. Para ser totalmente franca, eso me sorprendió. No creía que un hombre fuera capaz de mantener un amor en serio con alguien que... ya sabes... pero subestimé a Max. Verdaderamente es una persona fuera de lo común. Por debajo de esa apariencia ruda, machista...

Eponine se detuvo. Nicole exhibía una amplia sonrisa:

—No creo que, en realidad, Max engañe a alguien, no a aquellos que lo conocen, al menos: el Max duro, malhablado, es una ficción desarrollada por algún motivo, probablemente autoprotección, allá en esa granja de Arkansas.

Las dos quedaron en silencio durante varios segundos.

—Pero no creo haberle hecho justicia tampoco —añadió Nicole—. Hace honor a su lealtad el que te adore de manera tan completa, aun cuando ustedes realmente nunca hayan podido...

—Oh, Nicole —confesó Eponine, emotiva de pronto—, no creas que no lo he querido, que no he soñado con hacerlo, y el doctor Turner nos dijo muchas veces que las probabilidades de que Max contraiga el RV-41 son muy reducidas, si usamos protección... pero "muy reducidas" no es suficientemente bueno para mí. ¿Qué pasaría si, de algún modo, en alguna forma, yo le trasmitiera ese horrible flagelo que me está matando? ¿Cómo podría perdonarme jamás el haber condenado a muerte al hombre que amo?

Los ojos de Eponine se llenaron de lágrimas.

—Tenemos intimidad, claro, en nuestra propia forma segura... Y Max nunca se quejó, ni siquiera una vez. Pero en su mirada puedo ver que le falta...

—Bueno —oyeron decir a Max por radio—, podemos ver el fondo. Parece como un piso normal, quizás a unos cinco metros por debajo de nosotros. Hay dos túneles que llevan hacia afuera, uno del tamaño del túnel más pequeño que está en el nivel de ustedes, y otro que es verdaderamente diminuto. Vamos a bajar para inspeccionar más de cerca.

Había llegado la hora de que los exploradores entraran en el subterráneo. La cámara móvil de Richard no había encontrado algo esencialmente nuevo y era indudable que en el único nivel situado por debajo de ellos en la madriguera, no había salida que los seres humanos pudieran usar. Richard y Patrick terminaron una conversación privada, en la que repasaron en detalle lo que el joven iba a hacer cuando volviera con los demás miembros del grupo. Después se unieron a Max, Nicole y Eponine, y los cinco avanzaron con lentitud por el andén, hasta el subterráneo que los aguardaba.

Eponine sentía cosquilleos en el vientre. Recordó una experiencia similar, cuando tenía catorce años, inmediatamente antes de que se inaugurara su primera exhibición artística para una sola mujer, en su orfanato de Limoges. Hizo una profunda inhalación:

—No me importa decirlo —confesó—; estoy asustada.

—¡Mierda! —comentó Max—, eso es decir poco... Dime, Richard, ¿cómo sabemos que esta cosa no se va a precipitar por ese abismo del que nos hablaste, con nosotros dentro?

Richard sonrió, pero no contestó. Llegaron hasta el costado del subterráneo.

—Muy bien —prosiguió Max—, ya que no conocemos con exactitud cómo se hace funcionar esta cosa, debemos ser muy cuidadosos: todos vamos a entrar en forma más o menos simultánea; eso va a eliminar la posibilidad de que las puertas se cierren y el subterráneo parta cuando todavía no estamos todos a bordo.

Nadie pronunció palabra durante casi un minuto. Se formaron en una línea frontal de a cuatro, Max y Eponine del lado más cercano al túnel.

—Ahora voy a contar —anunció Richard—. Cuando diga tres, todos entramos juntos.

—¿Puedo cerrar los ojos? —preguntó Max con una sonrisa—. Eso me hacía las cosas más fáciles en las montañas rusas, cuando era un niñito.

—Como quieras —respondió Nicole.

Entraron en el subterráneo y cada uno se tomó de una varilla vertical. Nada ocurrió. Patrick se quedó mirándolos desde el otro lado de la puerta abierta.

—A lo mejor está esperando a Patrick —aventuró Richard con calma.

—Yo no sé —masculló Max—, pero si este tren de mierda no se mueve dentro de unos segundos, voy a salir de un salto.

La puerta se cerró lentamente, nada más que instantes después del comentario de Max. Hubo tiempo para que cada uno de los pasajeros respirara dos veces, antes que el subterráneo se pusiera en movimiento con un sacudón, acelerando con rapidez hacia el interior del iluminado túnel.

Patrick saludó con la mano en alto y siguió el subterráneo con la mirada, hasta que desapareció detrás del primer recodo. Después se colgó el rifle del hombro y empezó a trepar por las púas. "Por favor, regresen pronto", pensaba, "antes que la incertidumbre se vuelva demasiado intolerable para todos nosotros."

Volvió al nivel donde habitaba el resto de la familia en menos de quince minutos. Después de tomar un sorbo de agua de la cantimplora, apresuró la marcha por el túnel en dirección al museo. Mientras caminaba, pensaba en lo que les iba a decir a todos.

Ni siquiera advirtió que la sala se mantuvo a oscuras cuando cruzó el umbral. Cuando entró, empero, y las luces se encendieron, quedó momentáneamente desorientado: "No estoy en el sitio correcto", pensó primero. "Tomé el túnel equivocado. Pero no", le dijo entonces su embarullada mente, mientras recorría rápidamente el lugar con la vista, "ésta tiene que ser la sala después de todo. Veo un par de plumas allá en el rincón, y uno de los graciosos pañales de Nikki..."

A medida que pasaban los segundos, el corazón le latía con más celeridad. "¿Dónde están?", se preguntó, recorriendo el interior de la sala por segunda vez con la mirada como un relámpago, presa de la desesperación. "¿Qué pudo haberles pasado?" Cuanto más contemplaba las vacías paredes, recordando con sumo cuidado toda la conversación que había sostenido antes de partir, tanto más se daba cuenta de que no había la menor posibilidad de que su hermana y sus amigos se hubieran ido por propia voluntad... ¡a menos que hubiera una nota! Pasó dos minutos revisando cada recoveco de la sala: no había mensajes. "Así que algo, o alguien, debió de haberlos forzado a huir", pensó.

Trató de razonar, pero le resultaba imposible: la mente seguía saltando hacia atrás y hacia adelante, entre lo que tendría que hacer y las terribles imágenes de lo que podría haberles ocurrido a los demás. Al fin, llegó a la conclusión de que, quizá, todos se habían mudado de vuelta a la sala originaria, aquella a la que su madre y Patrick llamaban galería de fotos, a lo mejor debido a que las luces del museo fallaban o por algún otro motivo igualmente trivial. Alentado por ese pensamiento, entró como exhalación en el túnel.

Llegó a la galería de fotos tres minutos después: también estaba vacía. Se sentó contra la pared. Había nada más que dos direcciones que sus compañeros pudieron haber seguido: puesto que no había visto a alguien mientras estaba trepando, los demás debieron de haber ido hacía la sala catedral y la salida sellada. Mientras desandaba el largo corredor, con la mano tensa alrededor del rifle, Patrick se convencía de que las tropas de Nakamura no habían abandonado la isla y de que, de alguna manera, habían irrumpido en la madriguera y capturado a todos los demás.

Justamente antes de entrar en la sala catedral, oyó llorar a Nikki. *¡Ma-mi, ma-mi!*, chilló, a lo que siguió un lastimero gemido. Patrick entró a la carga en la amplia sala, sin ver a nadie y, después, se volvió y ascendió por la rampa, en dirección del llanto de su sobrina.

En el rellano que estaba por debajo de la aún sellada salida había una escena caótica: además del continuo gemir de Nikki, Robert Turner daba vueltas como aturdido, con los brazos extendidos y los ojos hacia arriba, repitiendo una y otra vez "¡No, Dios, no!". Benjy sollozaba quedamente en un rincón, mientras Nai trataba, sin mucho éxito, de confortar a sus mellizos.

Cuando Nai vio a Patrick, se paró de un salto y corrió hacia él:

—¡Oh, Patrick! —le informó llorando—. ¡Ellie fue secuestrada por las octoarañas!

12

Pasaron varias horas antes que Patrick pudiera recomponer un relato coherente sobre lo ocurrido después que la partida de exploración hubo abandonado la sala del museo.

Nai todavía estaba al borde de la conmoción nerviosa; Robert no podía hablar durante más de un minuto sin prorrumpir en llanto, y tanto los mellizos como Benjy interrumpían frecuentemente, a menudo diciendo cosas sin sentido. Al principio, todo lo que Patrick supo con certeza fue que las octoarañas habían venido y no sólo secuestrado a Ellie sino, también, llevado a los avianos, los melones maná y el material del sésil. Finalmente, empero, y después de reiteradas indagaciones, creyó entender la mayoría de los detalles de lo acontecido.

Aparentemente, alrededor de una hora después que hubieron partido los cinco exploradores —lo que debió de haber sido durante el lapso en el que Richard, Patrick y los demás estaban en el andén del subterráneo—, los seres humanos que quedaron en la sala del museo oyeron el sonido de escobillas que se arrastraban del otro lado de la puerta. Cuando Ellie salió a investigar, vio octoarañas que se acercaban desde ambas direcciones. Regresó con la noticia a la sala y trató de calmar a Benjy y los niños.

Cuando la primera octoaraña apareció en la entrada, todos los seres humanos se apartaron lo más que pudieron, haciendo lugar para las nueve o diez *octos* que ingresaron. Al principio, esos seres se mantuvieron unidos formando un grupo, la cabeza brillante con los mensajes móviles, de colores, que usaban para comunicarse. Al cabo de unos minutos, una de las octoarañas se adelantó un poco, señaló directamente a Ellie, levantando para ello uno de sus tentáculos negros y dorados y, después, ejecutó una larga secuencia de colores que se repitió con rapidez. Según Nai, Ellie conjeturó (Robert, por otro lado, insistía en que, de algún modo, Ellie supo lo que estaba diciendo la octoaraña) que los alienígenas estaban pidiendo los melones maná y el material del sésil. Los recogió del rincón y los entregó a la octoaraña principal, que tomó los objetos en tres de sus tentáculos ("algo digno de verse", declaró Robert, "el modo en que usan esas cosas con forma de trompa y las cilias que tienen en la parte de abajo") y los pasó a sus subordinadas.

Ellie y los demás creyeron que, entonces, las octoarañas se irían, pero se equivocaron lamentablemente: la *octo* principal siguió parada frente a Ellie e hizo destellar sus mensajes de color. Otro par de octoarañas empezó a desplazarse con lentitud en dirección de Tammy y Timmy.

—¡No! —gritó Ellie—, ¡no pueden!

Pero era demasiado tarde: cada una de las dos octoarañas envolvió con muchos de sus tentáculos a los pichones y después, sin prestar atención a parloteos y chillidos, se llevaron a los dos avianos. Galileo Watanabe se lanzó a la carrera y atacó a la octoaraña que tenía tres de sus tentáculos enrollados en tomo de Timmy: la *octo* sencillamente usó un cuarto tentáculo para levantar del piso al niño y se lo entregó a otra de sus colegas. Galileo fue pasado entre ellas hasta que se lo volvió a bajar, indemne, en el rincón opuesto del aposento. Los intrusos permitieron que Nai acudiera corriendo a confortar a su hijo.

Para esos momentos, tanto tres o cuatro octoarañas, así como los avianos, los melones y el material del sésil, habían desaparecido en el vestíbulo. Todavía quedaban seis de los alienígenas en la habitación. Durante cerca de diez minutos hablaron entre ellos. En todo ese tiempo, según Robert ("No estaba prestando plena atención", dijo Nai, "estaba demasiado asustada y preocupada por mis hijos"), Ellie estuvo observando los mensajes de color que se intercambiaban las octoarañas. En un momento dado, Ellie llevó a Nikki hacia Robert y la puso en brazos del padre:

—Creo que entiendo un poco de lo que están diciendo —informó Ellie (la acotación también le pertenece a Robert), con el rostro completamente pálido—; también intentan llevarme a mí.

Una vez más, la octoaraña principal se acercó a ellos y empezó a hablar en colores, concentrándose, aparentemente, en Ellie. Qué ocurrió exactamente durante los diez minutos siguientes, fue tema de considerable controversia entre Nai y Robert, con Benjy tomando partido, mayormente, por Nai. En la versión de Nai, Ellie trató de proteger a todos los demás que estaban en la habitación y hacer una especie de pacto con las octoarañas: con repetidos ademanes, así como con palabras, les dijo que iría con ellas siempre y cuando las octoarañas garantizaran que a todos los

demás seres humanos que había en la habitación se les permitiría abandonar la madriguera sanos y salvos.

—Ellie fue explícita —insistió Nai—; especificó que estábamos atrapados y no teníamos suficiente comida. Por desgracia, la apresaron antes de que se hubiera podido asegurar de que las octoarañas habían entendido el trato.

—Eres ingenua, Nai —manifestó Robert, con la mirada extraviada por la confusión y el dolor—. No comprendes lo siniestros que son realmente esos seres: hipnotizaron a Ellie. Sí, lo hicieron, durante la primera parte de la visita, cuando ella miraba sus colores con tanta atención. Te lo digo: no estaba en sus cabales. Toda esa cháchara sobre garantizarnos a todos un pasadizo seguro fue un subterfugio. Ella quiso ir con ellos. Le alteraron la personalidad ahí mismo, en el acto, con esos extravagantes patrones de colores... y nadie lo vio salvo yo.

Patrick descartó la versión de Robert, en gran medida porque el marido de Ellie estaba muy perturbado. Nai, empero, concordaba con Robert en los dos últimos puntos: Ellie no luchó ni protestó después que la primera octoaraña la envolvió con los tentáculos, y antes de desaparecer de la sala les recitó a sus compañeros una larga lista de nimiedades relacionadas con el cuidado de Nikki:

—¿Cómo puede alguien que esté en sus cabales —arguyó Robert—, después de haber sido apresada por un ser de otro planeta, recitar a toda velocidad qué mantas abraza la hija cuando duerme, cuándo Nikki fue de cuerpo por última vez y otras cosas por el estilo...? Es obvio que estaba hipnotizada, narcotizada o algo así.

La narración de cómo ocurrió que todos estuvieran en el rellano de debajo de la salida obturada fue relativamente sencilla: cuando las octoarañas se fueron con Ellie, Benjy salió corriendo al corredor, chillando, aullando y atacando en vano la retaguardia de las *octos*. Robert se le unió y los dos siguieron todo el tiempo a Ellie y al contingente alienígena hasta la sala catedral: el portón que daba al cuarto túnel estaba abierto. Con cuatro tentáculos largos, una de las octoarañas mantuvo a distancia a Benjy y Robert, mientras las demás partían. Entonces, la última cerró y trabó el portón detrás de sí.

El paseo en subterráneo resultó regocijante para Max: le hacía recordar un viaje que había hecho a los diez años a un gran parque de diversiones, en las afueras de Little Rock. El tren estaba suspendido sobre lo que parecía ser una cinta de metal, y no tocaba cosa alguna mientras se desplazaba con gran velocidad por el túnel. Richard conjeturó que, de alguna manera, era impulsado por magnetismo.

El subterráneo se detuvo después de unos dos minutos y la puerta se abrió rápidamente. Los cuatro exploradores vieron un andén sin detalles, de color blanco crema, detrás del cual había una arcada de unos tres metros de alto.

—Supongo que, según el plan A —dijo Max—, Eponine y yo debemos salir aquí.

—Sí —convino Richard—. Naturalmente, si el subterráneo no vuelve a moverse, entonces Nicole y yo nos reuniremos con ustedes dentro de poco.

Max tomó la mano de Eponine y bajó con cautela al andén. No bien se apartaron del subterráneo, la puerta se cerró. Varios segundos después, el tren se alejó como una exhalación.

—Bueno, ¿no es romántico? —comentó Max, después que se despidieron de Richard y Nicole agitando las manos—. Henos aquí, sólo nosotros dos, por fin completamente solos. —Rodeó a Eponine con los brazos y la besó. Luego dijo: —Simplemente quiero que sepas, francesita, que te amo. No tengo la menor idea de dónde mierda estamos, pero, dondequiera que sea, estoy contento de estar aquí contigo.

Eponine rió:

—En el orfanato tuve una amiga cuya fantasía era la de estar completamente sola, en una isla desierta, con un famoso actor francés llamado Marcel duBois, que tenía un tórax enorme y brazos como troncos. Me pregunto cómo se habría sentido ella en este lugar. —Miró en derredor y agregó: —Imagino que tendremos que pasar por debajo de la arcada.

Max se encogió de hombros:

—A menos que aparezca un conejo blanco al que podamos seguir hacia alguna clase de agujero...

En el otro lado de la arcada había una gran sala rectangular con paredes azules. Estaba completamente vacía y sólo tenía una salida a través de un portal abierto, que daba a un corredor estrecho e iluminado que corría paralelo al túnel del subterráneo. Todas las paredes de ese corredor, que continuaba en ambas direcciones hasta tan lejos como Max y Eponine alcanzaban a ver, eran del mismo color azul que las de la sala de abajo de la arcada.

—¿Hacia qué lado vamos? —preguntó Max.

—En esta dirección puedo ver lo que parecen ser dos puertas que llevan hacia afuera del subterráneo —contestó Eponine, señalando hacia su derecha.

Y también hay otras dos en esta dirección —señaló él, mirando hacia la izquierda—. ¿Por qué no vamos hasta el primer portal, miramos detrás y después decidimos la estrategia a seguir?

Tomados del brazo caminaron cincuenta metros por el corredor azul. Lo que vieron cuando llegaron al portal siguiente los consternó: otro corredor azul idéntico, con portales ocasionales en toda su longitud, se extendía delante de ellos durante muchos metros.

—¡Mierda! —exclamó Max—, estamos a punto de entrar en una especie de laberinto... Pero no queremos perdernos.

—Entonces, ¿qué crees que debemos hacer? —preguntó Eponine.

—Creo... —contestó Max, vacilante—, creo que debemos fumar un cigarrillo y conversar sobre este asunto.

Eponine rió:

—No podría estar más de acuerdo contigo —dijo.

Avanzaron con mucha cautela. Cada vez que doblaban y entraban en otro corredor azul, Max trazaba marcas en la pared con el lápiz labial de Eponine, para indicar toda la trayectoria de regreso a la sala que estaba detrás de la arcada. También insistió en que Eponine, que era más diestra con la computadora que él, conservara registros duplicados en su computadora portátil:

—Para el caso de que venga algo que borre mis marcas —explicó Max.

Al principio, su aventura era divertida, y las dos primeras veces que volvieron sobre sus pasos hasta la arcada, nada más que para comprobar que lo podían hacer, experimentaron una cierta sensación de logro pero, después de una hora, más o menos, cuando cada vuelta seguía produciendo otro escenario azul idéntico a los demás, el deleite empezó a menguar. Finalmente se detuvieron, se sentaron en el piso y compartieron otro cigarrillo.

—Pregunto: ¿por qué un ser inteligente —planteó Max, exhalando anillos de humo en el aire— tendría que crear un sitio como éste...? O bien estamos interviniendo, sin damos cuenta, en alguna clase de prueba de laboratorio. ..

—O bien aquí hay algo que no quieren que se descubra con facilidad —completó Eponine. Le sacó el cigarrillo y dio una profunda pitada. —Ahora, si ese es el caso —prosiguió—, entonces debe de existir un código sencillo que defina la ubicación del lugar o de la cosa especial, un código como el de esas antiguas cerraduras de combinación: dos a la derecha, cuatro a la izquierda, y...

—Así sin parar hasta la mañana siguiente —interrumpió Max con una amplia sonrisa. La besó brevemente y después se irguió. —Así que lo que deberíamos hacer es suponer que estamos buscando algo especial, y organizar nuestra búsqueda en forma lógica.

Cuando Eponine estuvo de pie, miró a Max con la frente fruncida por la duda:

—¿Qué quiere decir, con exactitud, esa última frase que formulaste?

—No estoy seguro —contestó Max, lanzando una carcajada—, pero no puedes negar que *sonó* inteligente.

Estuvieron recorriendo corredores azules de punta a punta durante casi dos horas, cuando decidieron que era hora de comer. Apenas habían empezado su almuerzo de alimentos ramanos, cuando hacia su izquierda, en una intersección completa de corredores, vieron pasar algo. Max se puso de pie de un salto y corrió hacia la intersección. Llegó no más que unos segundos después que un diminuto vehículo, de diez centímetros de altura quizá, girara hacia la derecha, entrando en el siguiente vestíbulo cercano. Max corrió desmañadamente hacia adelante, para llegar apenas a ver el vehículo desaparecer debajo de una arcada pequeña, recortada en la pared de otro corredor azul, a unos veinte metros de distancia.

—Ven acá —le aulló a Eponine—. Encontré algo.

Con presteza, ella estuvo a su lado. La parte superior de la arcada pequeña practicada en la pared se alzaba nada más que veinticinco centímetros sobre el piso, así que tuvieron que ponerse de rodillas y, después, inclinarse algo más, para ver adónde había ido el vehículo. Lo que vieron primero fue cincuenta o sesenta diminutos seres, del tamaño aproximado de hormigas, que bajaban del vehículo, parecido a un autobús, para después dispersarse en todas direcciones.

—¿Qué demonios es esto? —exclamó Max.

—Mira —dijo Eponine, excitada—. Mira con cuidado... Esos seres chiquititos son octoarañas... ¿Ves...? Se parecen exactamente a la que me describiste...

—Pues, ¿quién demonios lo diría? Tienes razón... Deben de ser octoarañas bebés.

—No lo creo —contestó Eponine—. El modo en que entran en esas colmenas pequeñas, o casas, o lo que sean... Mira, hay una especie de canal, y un barco...

—¡La cámara! —gritó Max—. ¡Vuelve y trae la cámara... Acá hay toda una ciudad en miniatura!

Max y Eponine se habían quitado las mochilas y otra impedimenta, entre la que estaba la cámara de Eponine, cuando se sentaron en el piso para comer. Eponine se paró de un salto y corrió a buscarla. Max seguía fascinado por el complejo mundo en miniatura que veía en el otro lado de la arcada. Un minuto después oyó un grito débil, y un frío estremecimiento de miedo lo recorrió de la cabeza a los pies.

"Pedazo de estúpido idiota", pensaba mientras se apresuraba por llegar a donde habían estado comiendo, "nunca, nunca dejes tu rifle."

Dobló la última esquina y, entonces, se detuvo bruscamente: entre él y el sitio donde había estado comiendo con Eponine había cinco octoarañas. Una tenía envuelta a la joven con tres de sus tentáculos; otra había tomado el rifle de Max; una tercera sostenía la mochila de Eponine, dentro de la cual estaban pulcramente colocados todos sus efectos personales.

La expresión del rostro de Eponine era de puro terror:

—¡Ayúdame, Max... por favor! —suplicó.

Max avanzó, pero fue atajado por dos de las octoarañas. Una de ellas hizo fluir una serie de bandas de color alrededor de la cabeza.

—No entiendo qué mierda me están diciendo —gritó Max, presa de la frustración—. Pero deben soltarla.

Como si fuera un medio zaguero de fútbol norteamericano, Max se lanzó por entre las dos primeras octoarañas y ya casi había alcanzado a Eponine, cuando sintió tentáculos que se enrollaban en torno de él, trabándole los brazos contra el pecho. Luchar era inútil. El ser era increíblemente fuerte.

Tres de las octoarañas, entre ellas la que había capturado a Eponine, empezaron a desplazarse por el corredor azul, alejándose.

—¡Max... Max! —gritaba la aterrorizada Eponine, pero él nada podía hacer. La octoaraña que lo retenía no se movió. Después de otro minuto, ya no pudo oír los gritos de Eponine.

Estuvo envuelto durante unos diez minutos más, antes de sentir que los poderosos músculos que lo retenían se aflojaban.

—¿Y ahora qué sigue? —dijo cuando estuvo libre— ¿Qué van a hacer ahora, bastardos?

Una de las *octos* señaló hacia la mochila de Max, que todavía estaba apoyada contra la pared, en el sitio donde él la había dejado. Max se acuclilló al lado de ella y extrajo agua y comida. Las octoarañas conversaron entre sí con colores, mientras Max, que entendía muy bien que se lo estaba vigilando, comió unos bocados de su alimento.

"Estos corredores son demasiado estrechos", pensó, al considerar la posibilidad de huir, "y estos remalditos seres son demasiado grandes, en especial con sus largos tentáculos. Supongo que, simplemente, tendré que aguardar lo que fuere que venga después."

Las dos octoarañas no se movieron de su puesto durante horas. Por fin, Max se durmió en el piso, entre ellas.

Cuando despertó, estaba solo. Fue con cautela hasta la primera esquina y miró hacia ambos extremos del corredor azul: no vio nada. Después de pasar un minuto estudiando las marcas de lápiz labial en la pared, y de agregar algunos garabatos describiendo la ubicación de la ciudad de las octoarañas diminutas, Max regresó a la sala que estaba debajo del andén del subterráneo.

No tenía una idea clara de lo que debía hacer después. Pasó varios infructuosos minutos deambulando por los corredores azules y gritando cada tanto el nombre de Eponine, pero su esfuerzo se desperdició. Al final, decidió sentarse en el andén y esperar el subterráneo. Después de más de una hora, ya estaba casi listo para volver a la ciudad en miniatura de las octoarañas, cuando oyó el rugido de la turbulencia de aire que producía el subterráneo al acercarse: venía desde la dirección opuesta a la de los corredores verticales con púas.

Cuando el subterráneo se acercó, vio a Richard y Nicole a través de las ventanillas.

—¡Max! —le gritaron simultáneamente, aun antes de que la puerta se abriera.

Tanto Richard como Nicole estaban sumamente excitados:

—¡Lo encontramos! —exclamó Richard, mientras saltaba al andén— ¡Una sala gigantesca, con una cúpula que puede tener cuarenta metros de altura y los colores del arco iris...! Está del otro lado del Mar Cilíndrico. ¡El subterráneo va directamente a través del mar, por un túnel transparente...! — Hizo una pausa cuando el subterráneo se alejó haciendo una rugiente turbulencia.

—Tiene baños, camas y agua corriente —agregó Nicole con rapidez.

—Y, aunque no lo puedas creer, alimentos frescos... algunas frutas y hortalizas de aspecto rarísimo, pero son verdaderamente buenos para todos...

—¿Dónde está Eponine? —preguntó Nicole de repente, interrumpiéndolo a Richard en mitad de su monólogo.

—Se fue —contestó Max lacónicamente.

—¿Fue? —repitió Richard—. Pero, ¿cómo.... adónde?

—Tus no-hostiles amigos la secuestraron —explicó Max con frialdad.

—¿Quéee?

Max narró lo sucedido lenta y precisamente, sin omitir detalle alguno de importancia. Tanto Richard como Nicole lo escucharon con atención hasta el final.

—Fueron más listos que nosotros —comentó Richard al final, sacudiendo la cabeza con gesto de abatimiento.

—No que *nosotros* —aclaró Max con frustración—, fueron más listos que yo. Nos apaciguaron a Ep y a mí, haciéndonos creer que estábamos resolviendo una especie de rompecabezas en ese dédalo de corredores azules... Mierda, pura mierda.

—No seas tan duro contigo mismo —dijo Nicole con tono calmo, tocándolo en el hombro—. No tenías forma de saber...

—¡Pero qué colosal estupidez! —interrumpió Max, alzando la voz—, traigo un rifle para protección, ¿y dónde está ese rifle cuando nuestros monstruosos amigos de ocho patas aparecen? Apoyado contra la pared de mierda...

—Al principio estuvimos en un sitio similar —terció Richard—, con la diferencia de que todos nuestros corredores eran rojos en vez de azules. Nicole y yo exploramos durante alrededor de una hora y, después, volvimos al andén. El subterráneo nos recogió de nuevo al cabo de diez minutos, y después nos llevó a través del Mar Cilíndrico.

—De todos modos, ¿buscaste a Eponine? —preguntó Nicole.

Max asintió con la cabeza:

—Algo así. Deambulé por ahí y la llamé a gritos algunas veces.

—A lo mejor deberíamos intentarlo otra vez —sugirió Nicole.

Los tres amigos regresaron al mundo de los corredores azules. Cuando llegaron a la primera intersección, Max explicó a Richard y Nicole las marcas que había hecho con lápiz labial en la pared.

—Creo que deberíamos dividirnos —propuso al terminar—. Probablemente esa será una forma más eficiente de buscarla... ¿Por qué no nos encontramos en la sala que está detrás de la arcada en, digamos, media hora?

En la segunda esquina, Max, que ahora estaba librado a sí mismo, no halló señal alguna de lápiz labial. Perplejo, trató de recordar si era posible que no hubiera llegado a hacer una en cada recodo... o, quizá, nunca había llegado a ese lugar siquiera... Mientras estaba sumido en sus pensamientos, sintió una mano en el hombro, y el susto casi le produce un ataque.

—Sooo —dijo Richard, al ver la cara de su amigo—. Soy sólo yo... ¿No me oíste gritar tu nombre?

—No —contestó Max, sacudiendo la cabeza.

—Estaba a nada más que dos corredores de distancia... Debe de haber una fantástica atenuación del sonido en este lugar... De todos modos, ni Nicole ni yo encontramos una de tus señales cuando hicimos nuestro segundo recorrido, así que no estábamos seguros...

—*Mierda* —dijo Max enfáticamente—. Esos astutos bastardos limpiaron las paredes... ¿No se dan cuenta? Planearon todo este asunto desde el vamos, e hicimos exactamente lo que ellos esperaban.

—Pero, Max —rebatió Richard—, no hay forma de que puedan haber adivinado con precisión *todo* lo que íbamos a hacer. Ni siquiera *nosotros* conocíamos por completo nuestra estrategia. Entonces, ¿cómo pudieron...?

—No puedo explicarlo —replicó Max—, pero puedo percibirlo: esos seres *deliberadamente* esperaron hasta que Eponine y yo estuviéramos comiendo, antes de permitimos ver ese vehículo. *Sabían* que lo perseguiríamos y que eso les daría la oportunidad de atrapar a Eponine. .. Y, de algún modo, nos estuvieron espiando todo el tiempo...

Incluso Max estuvo de acuerdo en que era inútil buscar por más tiempo a Eponine en el dédalo de corredores oscuros:

—Es casi seguro que ella ya no está acá —dijo con abatimiento.

Mientras el trío esperaba el subterráneo en el andén, Richard y Nicole proporcionaron a Max más detalles sobre el gran salón con la cúpula arco iris, ubicado en el lado sur del Mar Cilíndrico.

—Muy bien —comentó Max cuando terminaron—, una conexión está clara, inclusive para este granjero de Arkansas: el arco iris de la cúpula evidentemente se relaciona con el del cielo, que distrajo a las tropas de Nakamura. Así que la gente del arco iris, quienquiera que sea, no desea que se nos capture. Y no desea que nos muramos por hambre... Probablemente es la que fabricó el

subterráneo o, por lo menos, eso tiene algo de lógica para mí. Pero, querría saber, ¿cuál es la relación entre la gente del arco iris y las octoarañas?

—Antes que me contaras sobre el secuestro de Eponine —contestó Richard—, yo estaba virtualmente seguro de que eran los mismos seres. Ahora no sé. Resulta difícil interpretar lo que ustedes experimentaron como no otra cosa que un acto hostil.

Max rió:

—Richard, sabes manejar tan bien las palabras... ¿por qué les sigues concediendo el beneficio de la duda a esos repugnantes bastardos? Yo habría esperado eso de Nicole, pero esas octoarañas una vez te tuvieron prisionero durante meses, te metieron seres chiquititos por la nariz y es probable que también te hayan toqueteado los sesos...

—Eso no lo sabemos con seguridad —dijo Richard con calma.

—Está bien —aceptó Max—, pero creo que estás descartando un montón de pruebas...

Se detuvo cuando oyó el familiar rugido de la turbulencia del aire. El subterráneo llegó, enfilado en la dirección de la madriguera de las octoarañas.

—Ahora dime —continuó con un dejo de sarcasmo, justo antes que subieran al tren—, ¿cómo es que este subterráneo siempre se las arregla para estar yendo en la dirección correcta?

Patrick había conseguido por fin convencer a Robert y Nai para que volvieran a la sala museo. No fue fácil: tanto los adultos como los niños habían quedado gravemente traumatizados por el ataque de las octoarañas. Robert directamente no podía dormir, y los mellizos estaban atormentados por sueños de los que despertaban gritando. Para el momento en que Richard, Nicole y Max hicieron su aparición, la comida que quedaba casi se había terminado y Patrick ya estaba haciendo planes de contingencia.

Fue una reunión alicaída. Ambos secuestros se discutieron en detalle, lo que hizo que todos los adultos, incluso Nicole, quedaran seriamente deprimidos. Había muy poca animación por la novedad sobre la cúpula arco iris que había en el sur, pero no había duda alguna respecto de lo que se debía hacer. Richard fue sucinto para señalar la situación en la que estaban:

—Por lo menos, debajo de la cúpula hay comida —sintetizó.

Todos empacaron sus pertenencias en silencio. Patrick y Max cargaron los niños para el descenso por el corredor vertical con púas. El subterráneo apareció poco después que todos estuvieron en el andén. No se detuvo en las dos estaciones intermedias, tal como Max había pronosticado con ironía, sino que, en vez de eso, se precipitó hacia el interior del túnel transparente que pasaba a través del Mar Cilíndrico.

Los extraños y maravillosos seres marinos que se veían en los otros costados de la pared del túnel, casi con seguridad biots todos ellos, fascinaron a los chicos, y a Richard le hicieron recordar su viaje a Nueva York, años atrás, cuando llegó en busca de Nicole.

La amplia cámara que había debajo de la cúpula, en el otro extremo del recorrido del subterráneo, verdaderamente dejaba sin habla. Aunque Benjy y los niños estuvieron más interesados, al principio, en la variedad de comida nueva y fresca que se extendía encima de una larga mesa en uno de los lados de la habitación, todos los adultos deambulaban llenos de admiración, no sólo contemplando los brillantes colores del arco iris que estaba muy por encima de sus cabezas, sino, también, examinando todos los aposentos que había a partir de la parte posterior del andén, y en los que estaban situados los baños, así como los dormitorios individuales.

Max midió a pasos las dimensiones del piso principal: tenía cincuenta metros de un lado al opuesto, en la parte más ancha, y cuarenta desde el borde del andén hasta las paredes blancas y las entradas de los dormitorios, en la parte posterior de la sala. Patrick se acercó para hablar con Max, que permanecía parado al lado de la ranura practicada en el andén para el subterráneo, mientras todos los demás discutían la asignación de los dormitorios.

—Lamento lo de Eponine —dijo Patrick, poniendo la mano sobre el hombro de su amigo.

Max se encogió de hombros:

—En cierto sentido es peor que haya desaparecido Ellie: no sé si Robert o Nikki al—una vez se van a recuperar por completo.

Los dos hombres permanecieron de pie, uno al lado del otro, y se quedaron con la mirada perdida en el largo, oscuro, vacío túnel.

—¿Sabes, Patrick? —declaró Max con tono sombrío—, desearía con toda mi alma lograr convencer al granjero que hay en mí de que nuestros problemas se terminaron y la gente del arco iris va a cuidar de nosotros.

Kepler llegó corriendo con una hortaliza larga que parecía una zanahoria verde.

—Señor Puckett —ofreció—, tiene que probar esto. Es de lo mejor.

Max aceptó el obsequio del niñito y se puso la hortaliza en la boca. Dio un mordisco.

—Esto *está* bueno, Kepler —declaró, despeinando el cabello del chico—. Te lo agradezco mucho.

Kepler volvió a la carrera hasta donde estaban los demás. Max masticó la hortaliza con lentitud.

—Siempre brindé excelente cuidado a mis cerdos y pollos —te contó a Patrick—, Tenían buena comida y maravillosas condiciones de vida. —Con la mano derecha hizo un gesto abarcador de la cúpula y de la mesa repleta de comida. —Pero también sacaba los animales, unos pocos por vez, cuando estaba listo para sacrificarlos o para venderlos en el mercado.

La Conexión Arco Iris

1

Nicole estaba acostada boca arriba, despierta otra vez en mitad de la noche. En la mortecina luz de su dormitorio podía ver a Richard durmiendo a su lado sin emitir un solo sonido. Finalmente, se levantó en silencio y cruzó la habitación, saliendo hacia la cámara grande del hogar temporario que ocupaban.

La inteligencia que controlaba la iluminación facilitaba el sueño a los seres humanos al reducir la luz que brillaba a través de la cúpula arco iris siempre, y con toda puntualidad, durante ocho horas, aproximadamente, en cada período de veinticuatro horas. Durante esos intervalos "nocturnos", la cámara principal que estaba debajo de la cúpula quedaba nada más que con una iluminación suave, y los dormitorios individuales, excavados en las paredes y carentes de luces propias, tenían la suficiente oscuridad como para permitir un sueño reparador.

Durante varias noches consecutivas, Nicole durmió en forma irregular, despertándose con frecuencia de sueños inquietantes que no podía recordar del todo. Esa noche en particular, mientras luchaba infructuosamente por traer a la memoria las imágenes que habían perturbado su reposo, caminó con lentitud por el perímetro del gran aposento circular en el que su familia y sus amigos pasaban la mayor parte del tiempo. En el extremo opuesto de la cámara, cerca del andén vacío del subterráneo, se detuvo y quedó con la mirada clavada en el oscuro túnel que conducía a través del Mar Cilíndrico.

"¿Qué está pasando aquí realmente?", se preguntó. "¿Qué poder o inteligencia nos está proveyendo ahora?"

Habían transcurrido cuatro semanas desde que el pequeño contingente de seres humanos llegó por primera vez a esa suntuosa caverna, edificada debajo del hemicilindro austral de *Rama*. A las nuevas viviendas evidentemente se las había diseñado específicamente, con considerable esfuerzo, para los seres humanos. Los dormitorios y los baños que había en las alcobas eran indistinguibles de los de Nuevo Edén. El primer subterráneo que volvió, después que el grupo arribara a la cúpula, había traído más alimentos y agua, además de otomanas, sillas y mesas para amueblar las viviendas. A los seres humanos hasta se les habían suministrado platos, vasos y cubiertos. ¿Quién, o qué, sabía lo suficiente sobre las actividades humanas cotidianas, como para suministrar implementos tan detallados?

"Es evidente que se trata de alguien que nos ha observado con sumo cuidado", pensaba Nicole. Su mente evocó una imagen de El Águila, y Nicole se dio cuenta de que se estaba concentrando en añoranzas. "Pero, ¿quién más podría ser? únicamente los ramanos y la Inteligencia Nodal tienen suficiente información..."

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un ruido que se produjo detrás de ella: se dio vuelta y vio a Max Puckett aproximándose desde el otro lado de la cámara.

—¿Tampoco tú puedes dormir? —preguntó él, cuando estuvo cerca.

Nicole meneó la cabeza.

—Estas últimas noches estuve teniendo pesadillas.

—Sigo preocupándome por Eponine —confesó Max—. Todavía puedo ver el terror en sus ojos, cuando la arrastraban lejos de mí. —Se volvió en silencio y quedó mirando el túnel del subterráneo.

"¿Y qué pasa contigo, Ellie?", se preguntó Nicole, experimentando una intensa punzada de angustia. "¿Estás a salvo con las octoarañas... o Max tiene razón en lo que piensa sobre ellas? ¿Estamos Richard y yo engañándonos a nosotros mismos, al creer que las *octos* no tienen la intención de hacemos daño?"

—Ya no puedo quedarme aquí tranquilamente sentado —dijo Max en tono calmo—. Tengo que hacer algo para ayudar a Eponine... o, por lo menos, para convencerme de que estoy tratando de hacerlo.

—Pero, ¿qué puedes hacer, Max? —apuntó Nicole después de un breve silencio.

—Nuestro único contacto con el mundo exterior es ese maldito subterráneo —dijo Max—. La próxima vez que venga para traemos alimentos y agua, lo que debe de ser o esta noche o mañana, pienso subir a bordo y quedarme ahí. Cuando parta, yo viajaré en él hasta que se detenga. Después trataré de encontrar una octoaraña y haré que me capturen.

Nicole reconoció la desesperación en el semblante de su amigo.

—Te estás agarrando de un clavo ardiente, Max —le advirtió con suavidad—; no hallarás una octoaraña a menos que ellas lo quieran... Además, te necesitamos...

—Pamplinas, Nicole, aquí no se me necesita —Max alzó la voz—, y no existe la menor cosa para *hacer*, excepto hablar unos con otros y jugar con los chicos. En nuestra madriguera, al menos, siempre existía la opción de dar un paseo en la oscuridad de Nueva York... Mientras tanto, Eponine y Ellie pueden estar muertas, o deseando estarlo. Es hora de que *hagamos* algo...

Mientras conversaban, vieron luces que parpadeaban en los distantes confines del túnel del subterráneo.

—Aquí viene otra vez —dijo Max—. Te ayudaré a descargar después de empacar mis cosas. —Y se fue corriendo hacia su dormitorio.

Nicole se quedó para mirar el tren que se acercaba: como siempre, en su parte delantera se encendían luces mientras avanzaba con celeridad por el túnel. Minutos después, el subterráneo se detuvo en su ranura, una incisión practicada en el piso circular de la sala, y lo hizo en forma abrupta. Cuando las puertas se abrieron, Nicole fue a examinar el interior del tren:

Además de cuatro jarras grandes con agua, contenía la colección normal de productos frescos de huerta que los seres humanos habían aprendido a comer y disfrutar, así como un gran tubo, como de pasta dentífrica, lleno de una sustancia pegajosa cuyo sabor no era diferente del de una mezcla de naranjas y miel.

"Pero, ¿dónde se cultivan todos estos alimentos?", se preguntó Nicole por centésima vez, mientras empezaba a descargarlos. Rememoró las muchas discusiones que la familia sostenía al respecto: la conclusión que gozaba de consenso era que debía de haber grandes granjas en alguna parte del hemicilindro austral.

En cuanto a *quién* los estaba alimentando había menos acuerdo: Richard estaba seguro de que eran las octoarañas mismas las que lo hacían, basándose, primordialmente, sobre el hecho de que todos los víveres pasaban por territorio al que consideraba como dominios de esos seres. Resultaba difícil contradecir su razonamiento. Max coincidía en que lo que el grupo comía era ciertamente provisto por las octoarañas, pero atribuía motivos siniestros a todos los actos de ellas: si las octoarañas alimentaban a los seres humanos, aseveraba, no era por motivos humanitarios precisamente.

"¿Por qué las octoarañas habrían de ser nuestras benefactoras?", se preguntaba Nicole. "Coincido con Max en que alimentarnos no va de acuerdo con secuestrarlas a Eponine y Ellie... ¿No será posible que intervenga alguna otra especie, una que haya decidido interceder por nosotros?" A pesar de la mofa cortés de Richard en la privacidad del dormitorio de la pareja, parte de Nicole se aferraba tozudamente a la esperanza de que en verdad hubiera un "pueblo del arco iris", situado en un nivel de la jerarquía evolutiva más elevado que el de las octoarañas, que, de algún modo, se interesaba por la conservación de los vulnerables seres humanos y les ordenaba a las octoarañas que los alimentaran.

En el contenido del subterráneo siempre figuraba una sorpresa: en la parte trasera del coche había, esta vez, seis pelotas de diversos tamaños, cada una de un diferente y vivo color.

—Mira, Max —dijo Nicole. Su amigo había regresado con la mochila y la ayudaba a descargar. —Hasta mandaron pelotas para que jueguen los niños.

Maravilloso —repuso Max con sarcasmo—, ahora todos podremos escuchar a los chicos reñir respecto de qué pelota le pertenece a quién.

Cuando terminaron de vaciar el subterráneo, Max subió al coche y se sentó en el piso.

—¿Cuánto tiempo vas a esperar? —preguntó Nicole.

—Tanto como se precise —respondió Max con tono sombrío.

—¿Hablaste sobre lo que vas a hacer con alguien más? —averiguó Nicole.

—¡Diablos, no! —contestó Max, vehemente—. ¿Por qué habría de hacerlo...? Aquí no estamos operando en una democracia. —Max se inclinó hacia adelante. —Lo siento, Nicole, pero en general ando con un carácter de mierda en este mismo momento. Eponine falta desde hace un mes, me quedé sin cigarrillos y me fastidio con facilidad. —Forzó una sonrisa. —Clyde y Winona solían decirme, cuando me comportaba así, que tenía un erizo metido en el culo.

—No importa, Max —dijo Nicole un momento después. Lo abrazó brevemente con fuerza, antes de abandonar el coche. —Tan sólo espero que estés sano y salvo, dondequiera que vayas.

El subterráneo no partió. Con obstinación, Max se rehusaba a salir del tren, ni siquiera para ir al baño. Sus amigos le trajeron comida, agua y los materiales necesarios para que mantuviera el tren limpio. Hacia el final del tercer día, la provisión de alimentos estaba escaseando con rapidez.

—Alguien debe hablar con Max pronto —señaló Richard a los demás adultos, después que los niños se durmieron—. Está claro que el subterráneo no se va a mover en tanto él esté a bordo.

—Pienso discutir la situación con él por la mañana —aclaró Nicole.

—¡Pero nos estamos quedando sin alimentos *ahora* —protestó Robert—, y no sabemos cuánto tiempo tarda...!

—Podemos racionar lo que nos queda —interrumpió Richard—, y hacerlo durar dos días más por lo menos... Mira, Robert, todos estamos tensos y cansados... Será mejor hablar con Max después de una buena noche de sueño.

—¿Qué hacemos si Max no está dispuesto a salir del subterráneo? —le preguntó Richard a Nicole, una vez que estuvieron a solas.

—No lo sé. Patrick me hizo la misma pregunta hoy a la tarde. Teme lo que pueda ocurrir si tratamos de forzarlo para que salga del tren... Dice que Max está cansado y muy enojado.

Richard pronto estuvo profundamente dormido mucho antes de que Nicole hubiera dejado de pensar en la mejor manera de acercarse a Max.

"Debernos evitar una confrontación a cualquier costo", pensó, "eso significa que debo hablarle a solas, sin que los demás puedan oírnos siquiera... Pero, ¿qué es, exactamente, lo que debo decirle? ¿Y cómo respondo si reacciona en forma negativa?"

Cuando Nicole finalmente se durmió, estaba agotada. Una vez más, sus sueños eran angustiantes: en el primero, la villa de Beauvois se estaba incendiando y ella no podía encontrar a Geneviève. Después, el sitio del sueño cambió de modo brusco y Nicole otra vez tenía siete años y estaba en la Costa de Marfil, participando de la ceremonia de los poro. Estaba nadando semidesnuda en el estanquecito en el centro del oasis. En las márgenes del estanque, la leona estaba al acecho, buscando a la niña humana que había perturbado a su cachorro. Nicole se sumergió para evitar la penetrante mirada de la leona. Cuando emergió para respirar, la leona se había ido, pero ahora tres octoarañas estaban patrullando el estanque.

—Madre, madre —oyó que decía la voz de Ellie.

Con la cabeza fuera del agua y agitando los brazos para mantenerse a flote, la mirada de Nicole recorrió velozmente el perímetro del estanque.

—Estamos bien, madre —continuó la voz de Ellie con toda claridad—. No te preocupes por nosotras.

Pero, ¿dónde estaba Ellie en esta escena? En sueños, Nicole vio la silueta de un ser humano en el bosque, detrás de las tres octoarañas, y gritó:

—Ellie, ¿eres tú, Ellie?

La figura oscura dijo "Sí" con la voz de Ellie y, después, salió a donde se la pudiera ver bajo la luz de la Luna. Nicole reconoció de inmediato los dientes blancos y brillantes.

—¡Omeh! —gritó, sintiendo que una oleada de terror le corría por la columna vertebral—. Omeh...

La despertaron empujones suaves, pero persistentes: Richard estaba sentado al lado de ella en la cama:

¿Estás bien, querida? —se inquietó—. Estabas gritando el nombre de Ellie... y después el de Omeh.

—Tuve otro de mis sueños vívidos —contestó, levantándose y poniéndose la ropa—. Se me dijo que Eponine y Ellie están a salvo, dondequiera que estén.

Terminó de vestirse.

—¿Adónde vas a esta hora? —preguntó Richard.

—A hablar con Max.

Salió de la habitación aprisa y entró en la cámara principal, por debajo de la cúpula. Por algún motivo levantó la vista hacia el techo, en el preciso instante que entraba en la cámara. Vio algo que nunca antes había advertido: parecía haber un rellano o plataforma tallado varios metros por debajo de la cúpula. "¿Por qué nunca vi ese rellano antes?", se preguntó, mientras avanzaba rápidamente hacia el subterráneo, "¿porque las sombras son tan diferentes durante el día. . . o porque a ese rellano se lo construyó hace poco?"

Max estaba dormido, acurrucado como un feto, en el rincón del subterráneo. Nicole entró en forma muy silenciosa. Pocos segundos antes que lo tocara, Max murmuró dos veces el nombre de Eponine. Después, la cabeza se sacudió violentamente.

—Sí, querida —dijo con mucha claridad.

—Max —le susurró Nicole en el oído—. Despierta, Max.

Cuando Max despertó, parecía como si hubiera visto un fantasma.

—Tuve el sueño más asombroso, Max —anunció Nicole—. Ahora sé que Ellie y Eponine están bien... Vine para pedirte que salgas del subterráneo, de modo que nos pueda traer más alimentos. Sé lo mucho que quieres hacer algo...

Nicole calló: Max se había puesto de pie y se preparaba para descender del coche. Todavía conservaba en el rostro la expresión de completo azoramiento.

—Vamos —dijo.

—¿Así, nada más? —preguntó Nicole, asombrada por haber encontrado tan poca resistencia.

—Sí —contestó Max, bajando del tren. Nada más que unos instantes después de que Nicole hubo bajado a su vez, las puertas se cerraron y el vehículo aceleró con rapidez, alejándose de ellos.

—Cuando me despertaste —le contó Max, mientras miraban cómo desaparecía el subterráneo— estaba en medio de un sueño: hablaba con Eponine. El instante antes que yo oyera tu voz, ella me dijo que tú me ibas a traer un importante mensaje.

Se encogió de hombros, y después rió y empezó a caminar hacia los dormitorios.

—Naturalmente, no creo en absoluto en esa mierda de la PES, pero por cierto que fue una notable coincidencia.

El subterráneo volvió antes que oscureciera otra vez. Esta vez había dos coches en el tren: el de adelante estaba brillantemente iluminado, abierto y lleno de alimentos y agua, como siempre. Él segundo estaba totalmente a oscuras; sus puertas no se abrieron y las ventanillas estaban tapadas.

—Bueno, bueno —se extrañó Max, yendo hasta el borde de la ranura del subterráneo y tratando, sin éxito, de abrir el segundo coche—, ¿qué tenemos aquí?

Después que descargaron del coche delantero los alimentos y el agua, el subterráneo no partió como siempre. Los seres humanos esperaron, pero el misterioso segundo coche rehusaba revelar sus secretos. Finalmente, Nicole y sus amigos decidieron seguir adelante con la cena. La conversación durante la comida se hizo en voz baja y estuvo preñada de cautelosas especulaciones respecto del intruso.

Cuando el pequeño Kepler sugirió inocentemente que, quizás, Eponine y Ellie podrían estar en el interior del coche a oscuras, Nicole volvió a narrar que había encontrado a Richard en coma después de su prolongada estada con las octoarañas. Una sensación de presagio se difundió entre los seres humanos.

—Deberíamos mantener una guardia durante toda la noche —sugirió Max después de la cena—, así no hay posibilidad de que ocurra algún sucio ardid mientras estamos durmiendo. Yo haré el primer tumo de cuatro horas.

Patrick y Richard también se ofrecieron como voluntarios para ayudar con la guardia. Antes de irse a dormir, toda la familia, inclusive Benjy y los niños, marcharon hasta el borde del andén y se quedaron mirando el subterráneo.

—¿Qué puede haber dentro, ma-má? —preguntó Benjy.

—No lo sé, corazón —contestó Nicole, abrazando con fuerza a su hijo—. Realmente no tengo la menor idea.

Una hora antes de que las luces de la cúpula iluminaran la mañana siguiente, a Richard y Nicole los despertaron Patrick y Max.

—¡Vengan! —les dijo éste, excitado—. ¡Tienen que ver esto...!

En el centro de la cámara principal había cuatro seres grandes, segmentados, de color negro y simetría bilateral, parecidos a hormigas, tanto por la forma como por la estructura. A cada uno de los tres segmentos corporales iban unidos, tanto un par de patas como otro par de apéndices prensiles, extensibles, que, tal como observaron los seres humanos, estaban apilando activamente materiales, formando cúmulos. Era maravilloso contemplar esos seres: cada uno de sus largos "brazos", parecidos a serpientes, tenía la versatilidad de la trompa de un elefante, pero con una facultad adicional (y útil): cuando cualquiera de los brazos no se usaba, ya fuere para levantar algo o para equilibrar un peso al que transportaba el miembro opuesto, ese brazo se replegaba dentro de su "estuche", en el flanco del ser, donde permanecía apretadamente enrollado hasta que se lo necesitaba de nuevo. De esa manera, cuando los alienígenas no estaban desempeñando tarea alguna, los brazos desaparecían de la vista y no les obstruían el desplazamiento.

Los estupefactos seres humanos siguieron mirando, con embelesada atención, cómo los extrañísimos seres, de casi dos metros de largo y uno de altura, extrajeron con prontitud el contenido del coche a oscuras del subterráneo, inspeccionaron brevemente los cúmulos y, después, partieron— con el tren. No bien los alienígenas desaparecieron, Max, Patrick, Richard y Nicole se acercaron para

examinar las pilas: en los cúmulos había objetos de todas las formas y dimensiones, pero la pieza única que predominaba era una larga y plana, parecida a un peldaño convencional.

—Si tuviera que hacer una conjetura —aventuró Richard, levantando un objeto pequeño con forma de estilográfica—, diría que todo este material se encuentra, desde el punto de vista de la fuerza de soporte, entre el cemento y el acero.

—¿Pero para qué es, tío Richard? —preguntó Patrick.

—Van a construir algo, supondría yo.

—¿Y *quiénes* son los que *van* a construir? —preguntó Max.

Richard se encogió de hombros y meneó la cabeza, en gesto de desconocimiento:

—Estos seres que acaban de irse me dan la impresión de ser animales domésticos evolucionados, provistos de la capacidad de realizar tareas complicadas, en serie, pero no de pensar realmente.

—¿Así que no son la gente del arco iris de la que habla mamá? —preguntó Patrick.

—Por cierto que no —respondió Nicole con una sonrisa desvaída.

En el transcurso del desayuno, al resto del grupo, incluidos los niños, se le informó con todo detalle sobre los nuevos seres. Todos los adultos estuvieron de acuerdo en que si los alienígenas regresaban, como se esperaba que hicieran, no habría interferencia con la tarea que estaban realizando, cualquiera que fuera ésta, a menos que se estableciera que las actividades de esos seres representaban alguna clase de amenaza grave.

Cuando el subterráneo se detuvo en su ranura, tres horas después, dos de los nuevos seres salieron del coche anterior caminando sobre todas las patas y el cuerpo horizontal, y se apresuraron a llegar al centro de la cámara principal. Cada uno portaba un pote pequeño, dentro del cual hundían con frecuencia uno de los brazos, ya que con él trazaban marcas rojo brillante en el piso. Al cabo de un rato, esas líneas rojas circunscribieron un espacio que abarcaba el andén del subterráneo, todo el material que se había colocado formando cúmulos y cerca de la mitad de la superficie de la sala.

Instantes después, otra docena de los enormes animales con apéndices parecidos a una trompa salió en apurado tropel de los dos coches del subterráneo, varios de ellos transportando en el lomo estructuras curvilíneas grandes y pesadas. Los siguieron dos octoarañas con colores anormalmente brillantes que ondulaban alrededor de la esférica cabeza. Las dos octoarañas se pasearon por el centro de la cámara, donde inspeccionaron las pilas de material y, después, ordenaron a los seres parecidos a hormigas que empezaran una especie de tarea de construcción.

—Así que nos acercamos al desenlace —le comentó Max a Patrick, mientras los dos observaban juntos desde cierta distancia—. Entonces es verdad que nuestras amigas las octoarañas son las que mandan aquí, pero, ¿qué diablos están haciendo?

—¿Quién sabe? —contestó Patrick, fascinado por lo que estaba viendo.

—Mira, Nicole —dijo Richard algunos minutos después— por donde está ese cúmulo grande: ese ser parecido a una hormiga está leyendo, no hay duda, los colores de la octoaraña.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Nicole en voz baja.

—Pienso que nos limitaremos a observar y aguardar —fue la respuesta de Richard.

Toda la actividad de construcción tuvo lugar dentro de las líneas rojas pintadas en el piso. Varias horas más tarde, después de recibir y descargar otro cargamento de grandes componentes curvilíneos traído por el subterráneo, se volvió clara la forma general de lo que se estaba construyendo: en uno de los lados de la sala se iba levantando un cilindro vertical de cuatro metros de diámetro. Su segmento superior se colocó, finalmente, a la misma altura que la parte de abajo de la cúpula. Dentro del cilindro se pusieron los peldaños, colocados de modo que formaran una espiral ascendente en torno del centro de la estructura.

El trabajo prosiguió durante treinta y seis horas sin disminuir su intensidad. Los arquitectos octoaraña supervisaban a las hormigas gigantes con brazos flexibles. La única interrupción importante de la actividad se produjo cuando Kepler y Galileo, que se cansaron de observar durante varias horas la construcción que hacían los alienígenas, inadvertidamente dejaron que una pelota rebotara por encima de la pintura roja y golpeara en uno de los seres parecidos a hormigas. Todo el trabajo se detuvo al instante y una octoaraña se apresuró a llegar al lugar, tanto para recuperar la pelota como para, aparentemente, tranquilizar al obrero. Con diestro movimiento de dos de sus tentáculos, la octoaraña lanzó la pelota de vuelta a los niños, y el trabajo se reanudó.

Todos, salvo Max y Nicole, estaban durmiendo cuando los alienígenas terminaron su escalera, recogieron los materiales residuales y partieron en el subterráneo. Max se acercó al cilindro y metió la cabeza adentro:

—Bastante impresionante —dijo, simulando timidez—, pero, ¿para qué sirve?

—Oh, vamos, Max —contestó Nicole—, compórtate con seriedad: es obvio que se espera que subamos la escalera.

—Maldición, Nicole —le contestó Max—, eso ya lo sé... pero, *¿por qué? ¿Por qué* esas octoarañas quieren que subamos y salgamos de aquí...? Sabes que nos han manipulado desde el momento en que ingresamos en su madriguera. Secuestraron a Eponine y Ellie, nos mudaron al hemicilindro austral y rehusaron dejarme ir de vuelta a Nueva York... ¿Qué pasaría si decidiéramos no seguir de acuerdo con su plan?

Nicole miró con fijeza a su amigo:

—Max, ¿te parecería bien que posterguemos esta conversación hasta que estemos todos juntos, mañana por la mañana...? Estoy muy cansada.

—Por supuesto —accedió Max—, pero dile a ese marido tuyo que creo que deberíamos hacer algo completamente impredecible, como, quizá, hasta caminar por el túnel de regreso hacia la madriguera de las octoarañas. Tengo una perturbadora sensación respecto de adónde nos conduce todo esto.

—No conocemos todas las respuestas, Max —le contestó Nicole, fatigada—, pero verdaderamente no veo muchas opciones, aparte de obedecer sus deseos en tanto y en cuanto las octoarañas controlen nuestra comida y nuestra provisión de agua... A lo mejor, en esta situación simplemente debemos tener fe.

—¿Fe? —dijo Max—. Esa no es más que otra palabra para decir *no pensar*. —Regresó hasta donde estaba el cilindro. —Y esta asombrosa escalera podría llevamos al cielo con la misma facilidad con la que podría llevamos al infierno.

2

En la mañana, el subterráneo regresó con nueva comida y agua. Después que partió y que todos inspeccionaron la estructura cilíndrica, Max argumentó que había llegado la hora de que los seres humanos demostraran que estaban "cansados de ser empujados de un lado para otro" por las octoarañas, y sugirió que él, y quienquiera que quisiera acompañarlo, tomaran el único rifle que quedaba y marcharan de regreso por el túnel que pasaba debajo del Mar Cilíndrico.

—Pero, ¿qué es, con exactitud, lo que tratas de conseguir? —preguntó Richard.

—Quiero que me capturen y me lleven al sitio en el que retienen a Eponine y Ellie: entonces sabré con certeza si están bien. Los sueños de Nicole realmente no son suficiente...

—Pero, Max —replicó Richard—, tu plan no es lógico. Piensa en ello: aun suponiendo que no te atropelle el subterráneo mientras estás en el túnel, ¿cómo les vas a explicar lo que quieres a las octoarañas?

—Tenía la esperanza de obtener algo de ayuda de ti, Richard —dijo Max—. Recuerdo cómo tú y Nicole se comunicaron con los avianos. A lo mejor yo podría utilizar tu pericia con la computadora para que me hagas una imagen por gráficos de Eponine: entonces, podría mostrársela a las octoarañas empleando mi monitor...

Nicole percibió la súplica en la voz de Max. Tocó la mano de Richard y dijo:

—¿Por qué no? Alguien podría explorar a dónde lleva la escalera, mientras tú creas para Max imágenes por computadora de Eponine y Ellie.

—Me gustaría ir con Max —declaró Robert Turner de repente. Si existe la más mínima posibilidad de encontrar a Ellie, quiero aprovecharla... Nikki va a estar perfectamente bien aquí, con sus abuelos.

Aunque tanto Richard como Nicole se sentían preocupados por lo que estaban oyendo, prefirieron no expresar su angustia delante de todos los demás. A Patrick se le pidió que subiera por la escalera y efectuara una exploración mínima, mientras Richard ejecutaba su magia con las representaciones gráficas por computadora. Max y Robert fueron a sus dormitorios para prepararse para su travesía. Nicole y Nai quedaron solas con Benjy y los niños en la cámara principal.

—Crees que es un error que Max y Robert regresen, ¿no, Nicole? —la pregunta de Nai se formuló, como siempre, en el tono cortés que caracterizaba la personalidad de la madre de los mellizos.

—Sí; pero no estoy segura de que *mis* pensamientos sean adecuados en esta situación. Para ellos es importante que se tome alguna acción dirigida a reunirlos con sus compañeras... incluso si la acción no tiene mucha lógica.

—¿Qué crees que pueda ocurrirles? —preguntó Nai.

—No sé, pero no creo que Max y Robert encuentren a Eponine y Ellie. En mi opinión, cada una de las mujeres fue secuestrada por un motivo específico... Si bien no tengo la más remota idea de *cuáles* fueron esos motivos, estoy convencida de que las octoarañas no les harán daño y que, con el tiempo, nos las van a devolver.

—Eres muy confiada —opinó Nai.

—En realidad, no. Mis experiencias con las octoarañas me llevaron a la convicción de que estamos tratando con una especie dotada de un elevado sentido de la moralidad. Admito que los secuestros no *parecen* estar de acuerdo con esa imagen y no culpo ni a Max ni a Robert por arribar a sus propias, y muy diferentes, conclusiones sobre las octoarañas, pero apostaría a que, a la larga, hasta vamos a entender el propósito de los secuestros.

—Mientras tanto —dijo Nai—, enfrentamos una situación difícil: si tanto Max como Robert se van y nunca vuelven...

—Lo sé —la interrumpió Nicole—, pero no hay nada que realmente podamos hacer al respecto. Han tomado la decisión, Max en particular, de que tienen que emitir hoy una especie de declaración. Es un poco anticuado, hasta machista, pero comprensible. El resto de nosotros debe adaptarse a las necesidades de ellos, aun si, en nuestra opinión, sus actos parecen caprichosos.

Patrick volvió en menos de una hora. Informó que la escalera terminaba en un rellano que se estrechaba hasta convertirse en un pasillo detrás de la cúpula. Ese pasillo desembocaba en otra escalera, más chica, que ascendía otros diez metros y entraba en una cabaña con forma de iglú, a unos cincuenta metros al sur del acantilado que daba al Mar Cilíndrico.

—¿Y qué tal estaba ahí afuera, en *Rama*? —preguntó Richard.

—Igual que en el norte: frío, alrededor de cinco grados Celsius estimaría yo, y oscuro, con nada más que indicios de luz de fondo... La cabaña iglú es abrigada y está bien iluminada; hay camas y un solo baño, indudablemente diseñados para nosotros, pero, en total, no hay mucho espacio habitable.

—¿No hay otros corredores o pasadizos? —preguntó Max.

—No.

—El ti-o Ri-Richard hizo lindas im-imá-genes de El-lie y Epo-Eponine —le informó entonces Benjy a su hermano—. Deberí-í-as verlas.

Max oprimió dos botones en su computadora portátil, y apareció una excelente versión del rostro de Eponine:

—Richard no representó bien los ojos de Eponine la primera vez —dijo Max—, pero se los hice arreglar... Ellie fue una representación mucho más fácil para él.

—¿Así que están completamente listos para ir? —preguntó Patrick.

—Prácticamente, sí. Vamos a esperar hasta la mañana, de modo que la luz proveniente de esta sala ilumine más del túnel.

—¿Cuánto tiempo creen que va a ser necesario para llegar al otro lado?

—Una hora, o algo así, caminando rápido —calculó Max—. Espero que Robert pueda hacerlo.

—¿Y qué van a hacer si oyen que se acerca el subterráneo? —preguntó Patrick.

—No hay mucho que podamos hacer —contestó Max, encogiendo los hombros en señal de no concederte importancia al asunto—. Ya hemos explorado el túnel, y hay muy poco espacio libre. Tu tío Richard dice que tenemos que depender del "sistema de protección contra fallas" del subterráneo.

Durante la cena se produjo una discusión respecto del rifle: tanto Richard como Nicole se oponían decididamente a que Max lo llevara no porque particularmente desearan que el arma permaneciera con el resto de la familia, sino, en cambio, porque temían un "incidente" que, en última instancia, podría afectar a todos. Richard no tuvo mucho tacto para expresar sus observaciones y eso irritó a Max:

—Así que, Señor Experto —replicó éste en un momento dado—, tendrías inconveniente en expresarme cómo es que *sabes* que mi rifle va a ser "inútil" para encontrar a Eponine?

—¡Max! —gritó Richard—, las octoarañas deben…

—Déjame a mí, por favor, querido —intercedió Nicole—. Max —dijo con un tono más suave—, no puedo imaginar una situación en la que el rifle les represente una utilidad en este viaje. Si tuvieran que habérselas con las octoarañas, de la manera que fuese, entonces deben de ser hostiles, y el destino, tanto de Eponine como de Ellie, se habría decidido hace mucho... Simplemente no queremos...

—¿Qué pasa si nos topamos con algunos otros seres hostiles que no sean octoarañas —arguyó Max, con tozudez—, y tenemos que protegemos...? ¿O si necesitara usar el rifle para hacer, de alguna manera, una señal a Robert? Se me ocurren muchas situaciones...

El grupo no consiguió resolver la controversia. Richard todavía se sentía frustrado cuando Nicole y él se desvestían para irse a la cama.

—¿Max no puede entender —dijo Richard—, que el verdadero motivo por el que quiere llevar un arma es para que le dé una sensación de seguridad... y una sensación falsa, si es por eso? ¿Qué pasará si hace algo precipitado y las octoarañas nos retiran los alimentos y el agua?

—No podemos preocupamos por eso ahora, Richard. En esta etapa no creo que haya algo que podamos hacer, excepto pedirle a Max que sea cuidadoso y recordarle que es nuestro representante. Nada de cuanto se le diga le va a hacer cambiar de idea.

—Entonces, quizá debamos pedir una votación para decidir si debe llevar el rifle o no, y mostrarle que todos se oponen a lo que está haciendo.

—Mi instinto me dice —contestó rápidamente Nicole— que cualquier especie de voto sería totalmente contraproducente para manejarlo a Max: él ya percibe lo que opinan todos. Una censura coordinada lo segregaría y podría hacer más factible que ocurra un "incidente"... No, querido, en este caso sólo podemos albergar la esperanza de que no suceda algo adverso.

Richard permaneció en silencio durante casi un minuto.

—Supongo que tienes razón —aceptó por fin—... como siempre... Buenas noches, Nicole.

—Aguardaremos aquí, juntos, cuarenta y ocho horas —les decía Richard a Max y Robert—. Después de ese lapso, algunos podremos empezar a mudar nuestras cosas al iglú de arriba.

—Muy bien —convino Max, ajustándose las correas de la mochila. Sonrió. —Y no se preocupen: no le voy a disparar ni a una sola de tus amigas octoarañas... a menos que sea absolutamente necesario. —Se volvió hacia Robert. —Bueno, amigo, ¿estás listo para una aventura?

Robert no parecía estar cómodo llevando su mochila. Se inclinó de modo desmañado y alzó a su hija.

—Papito solamente se va a ir por un ratito, Nikki —dijo—. Tanto Nonni como Boobah se van a quedar aquí contigo.

Justo antes de que los dos hombres partieran, Galileo vino corriendo desde el otro lado de la cámara, llevando una pequeña mochila sobre la espalda:

—Yo voy también —gritaba—. Quiero pelear con las octoarañas.

Todos rieron, mientras Nai le explicaba por qué no podía ir con Max y Robert. Patrick suavizó la decepción del chico al decirle que podía ser el primero en subir por la escalera, cuando la familia se mudara al iglú.

Los dos hombres penetraron rápidamente en el túnel. Durante los primeros centenares de metros caminaron en silencio, entretenidos con los fascinantes seres marinos que había del otro lado del plástico o vidrio transparente. Dos veces Max tuvo que detenerse para esperar a Robert, que estaba en mal estado atlético. No se toparon con subterráneo alguno. Después de algo más de una hora, el haz de sus linternas iluminó la primera estación, del otro lado del Mar Cilíndrico. Cuando estaban a unos cincuenta metros del andén, todas las luces se encendieron y pudieron ver a dónde iban.

—Richard y Nicole visitaron este lugar —dijo Max—. Detrás de la arcada hay una especie de patio interior y, después, un laberinto de corredores rojos.

—¿Qué vamos a hacer aquí? —preguntó Robert. Estaba fuera de su elemento y se sentía completamente satisfecho de que Max estuviera al mando.

—No lo he decidido con exactitud. Supongo que vamos a explorar un rato, y a tener la esperanza de encontrar alguna octoaraña.

Para gran sorpresa de Max, más allá del andén de la estación, en mitad del piso del patio interior, había pintado un gran círculo azul del que salía una gruesa línea del mismo color, que doblaba hacia la derecha en el comienzo del laberinto de corredores rojos.

—Richard y Nicole nunca mencionaron una línea azul —comentó.

—Evidentemente es un conjunto de instrucciones a prueba de idiotas —aventuró Robert y rió con nerviosidad—. Seguir la línea azul gruesa es tan fácil como seguir el camino de ladrillos amarillos.[1]

Entraron en el primer corredor: la línea azul pintada en el centro del piso se extendía unos cien metros por delante de ellos y, después, doblaba a la izquierda en una intersección lejana.

—Crees que debemos seguir la línea, ¿no? —lo consultó Max.

—¿Por qué no? —contestó Robert, dando unos pasos por el corredor.

—Es *demasiado* obvio —opinó Max, tanto para sí como para su compañero. Aferró su rifle y siguió a Robert.

—Oye —continuó, después que dieron su primera vuelta hacia la izquierda—, tú no crees que a esta línea se la puso aquí específicamente para nosotros, ¿no?

—No —contestó Robert, deteniéndose un instante—. ¿Cómo pudo haber sabido alguien que veníamos nosotros?

—Eso es, precisamente, lo que me preguntaba —masculló Max.

Caminaron en silencio y dieron tres vueltas más siguiendo la línea azul antes de llegar a una arcada que estaba a un metro y medio del suelo. Se agacharon e ingresaron en una sala con techos y paredes rojo oscuro. La línea azul gruesa terminaba en un círculo azul grande que había en mitad de la sala.

Menos de un segundo después que ambos se hubieran parado en el círculo, se apagaron las luces de la sala. Una tosca película muda, cuya imagen ocupaba alrededor de un metro cuadrado, apareció de inmediato en la pared que estaba directamente enfrente de Max y Robert. En el centro de la imagen estaban Eponine y Ellie, ambas vestidas con extrañas ropas amarillas, parecidas a batas. Estaban conversando entre sí y con alguna persona, o cosa, desconocida que tenían a su derecha. Instantes después, las dos mujeres se desplazaron unos metros hacia su derecha, más allá de una octoaraña, y aparecieron al lado de un extraño animal gordo, vagamente parecido a una vaca, que tenía una parte inferior plana y blanca. Ellie apoyó una lapicera, parecida a una serpiente, en la

[1] El personaje se refiere al camino que tenía que seguir la protagonista del cuento infantil *El mago de Oz*, para llegar a la Ciudad Esmeralda. (N. del T.)

superficie blanca, la apretó muchas veces y escribió el siguiente mensaje: *No se preocupen. Estamos bien*. Las dos mujeres sonrieron y la imagen terminó bruscamente un segundo después.

Mientras Max y Robert permanecían estupefactos en la sala, la película, de noventa segundos de duración, se repitió por completo dos veces. Para el momento de la segunda repetición, los hombres habían logrado recuperarse lo suficiente como para poder prestar atención a los detalles. Cuando la película hubo terminado, las luces volvieron a iluminar la sala roja.

—¡Jesucristo! —masculló Max, sacudiendo la cabeza por el asombro.

Robert estaba alborozado:

—¡Está viva! —exclamó—. ¡Ellie está viva aún!

—Si es que podemos tenerle fe a lo acabamos de ver —observó Max.

—Oh, vamos, Max —lo reconvino Robert varios segundos después—, ¿qué posible razón podrían tener las octoarañas para hacer una película así que nos engañe? ¿Acaso no les sería mucho más fácil no hacer nada?

—No lo sé —contestó Max—, pero respóndeme una pregunta: ¿cómo supieron que nosotros dos, viniendo aquí juntos en este momento, estábamos preocupados por Ellie y Eponine? Sólo hay dos explicaciones posibles: o bien han estado vigilando todo lo que estuvimos haciendo y diciendo desde que entramos en su madriguera, *o bien* alguien. . .

—… de nuestro grupo estuvo suministrando información a las octoarañas. Max, seguramente no creerás, ni por un instante, que Richard o Nicole...

—No, claro que no —lo interrumpió Max—, pero también me está resultando muy cuesta arriba entender cómo se nos estuvo observando tan cuidadosamente. No hemos visto sugerencia alguna de dispositivos de escucha furtiva... A menos que haya trasmisores muy complejos implantados *en* nosotros o *adentro* de nosotros, nada de esto tiene la más mínima lógica.

—¿Pero cómo podrían haberlo hecho sin que lo supiéramos?

—¡Qué mierda sé! —contestó Max, agachándose para pasar por la arcada. Se irguió cuando estuvo en el corredor rojo, en el lado opuesto. —Ahora, a menos que mi suposición sea incorrecta, ese condenado subterráneo nos va a estar esperando cuando lleguemos a la estación, y se esperará que volvamos pacíficamente con los demás. Todo esto es sencillamente demasiado bonito y pulcro.

Max estaba en lo cierto: el subterráneo estaba estacionado con la puerta abierta cuando Robert y él doblaron hacia el patio interior, al salir del dédalo de corredores rojos. Max se detuvo. Tenía un fulgor salvaje en los ojos.

—No voy a subir en ese maldito tren —declaró en voz baja.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Robert, un tanto asustado.

—Voy a regresar al laberinto —contestó Max. Apretó el rifle, giró sobre sus talones y volvió corriendo al corredor. Se apartó de la línea azul y corrió unos cincuenta metros, antes de que la primera octoaraña apareciera ante él. Prontamente se le unieron varias *octos* más, que se extendieron a lo ancho del corredor, de un extremo al otro. Empezaron a moverse hacia Max.

Éste se detuvo, miró las octoarañas que avanzaban y, después, echó un vistazo hacia atrás: en el extremo opuesto del corredor, otro grupo de octoarañas se estaba desplazando hacia él.

—¡Esperen nada más que un maldito minuto! —les gritó—. Tengo algo para decir: ustedes deben de entender, por lo menos parte, de nuestro idioma, o nunca hubieran podido deducir que estábamos viniendo aquí... No estoy satisfecho: quiero *pruebas* de que Eponine está viva...

Las octoarañas, con la cabeza recorrida por ondas de colores, casi estaban encima de él. Una oleada de miedo lo recorrió, y disparó el rifle al aire, a guisa de advertencia. No más de dos segundos después sintió un agudo pinchazo en la nuca y se desplomó de inmediato en el piso.

Robert, cuya indecisión lo hizo quedarse en la estación, corrió por el andén cuando oyó el sonido de disparos. Al llegar al corredor rojo vio dos octoarañas que levantaban del piso a Max. Se hizo a un lado cuando los extraterrestres transportaron a Max al interior del subterráneo y, con delicadeza, lo depositaron en un rincón del coche. Después hicieron gestos señalando la puerta abierta del subterráneo y Robert ascendió al interior, al lado de su amigo. Menos de diez minutos después habían regresado a la cámara situada debajo de la cúpula arco iris.

3

Max no despertó durante diez horas. En el transcurso de ese período, tanto Robert como Nicole lo examinaron a fondo, y no encontraron señales de heridas o lesiones. Mientras tanto, Robert hacía repetidamente la narración de la aventura que habían tenido, con la salvedad, claro está, de lo que ocurrió durante ese crítico minuto en que Max estuvo librado a sí mismo en el corredor.

La mayoría de las preguntas de la familia se referían a lo que Robert y Max habían visto en la película: ¿había alguna señal de estrés en Ellie o Eponine, que sugeriría que, quizá, se las podría haber obligado a hacer la película? ¿Parecía que hubieran perdido peso? ¿Parecían estar descansadas?

—Tengo la creencia de que ahora sabemos mucho más sobre la naturaleza de nuestros anfitriones —manifestó Richard, cerca del final de la segunda, y más prolongada, discusión que hizo la familia de la narración de Robert—. Primero y principal, resulta claro que las octoarañas, o cualquiera que fuese la especie que esté al mando aquí, nos observa en forma regular, así como tiene la capacidad de entender nuestras conversaciones. No hay otra explicación posible para el hecho de que la película que se les mostró a Max y Robert presentase a Ellie y Eponine...

Segundo, su nivel tecnológico, por lo menos en lo que concierne a las películas, o bien está varios cientos de años detrás del nuestro, o bien, si Robert está en lo correcto cuando insiste en que no pudo haber habido un dispositivo proyector ni en la sala ni detrás de la pared, están tan avanzados que su tecnología parece como magia para nosotros. En tercer lugar. . .

—Pero, tío Richard —interrumpió Patrick—, ¿por qué la película no tenía sonido? ¿No habría sido mucho más sencillo que Eponine y Ellie simplemente *dijeran* que estaban bien? ¿No es más probable que las octoarañas sean sordomudas y por eso su tecnología no se ha desarrollado más allá del nivel de las películas mudas?

—¡Qué idea interesante, Patrick! —contestó Richard—. Eso es algo que nunca tomamos en cuenta siquiera. Y, claro está, no necesitan oír para comunicarse...

—Los seres que pasaron la mayor parte de su vida evolutiva en lo profundo del océano, a menudo son sordos —recordó Nicole—. Sus necesidades sensoriales primordiales para la supervivencia se encuentran en otras longitudes de onda, y con nada más que una cantidad limitada de células disponibles tanto para los sensores como para su procesamiento, la facultad de oír sencillamente nunca se desarrolla.

—En Tailandia trabajé con los minorados de la audición —añadió Nai—, y me fascinó el hecho de que carecer de la capacidad de hablar no es una desventaja importante en una cultura avanzada. El lenguaje de signos de los sordomudos tiene un alcance extraordinario y es sumamente complejo... Los seres humanos que habitan en la Tierra ya no necesitan oír para cazar o para escapar de los animales que podrían comerlos... El lenguaje de colores de las octoarañas es más que adecuado para la comunicación...

—Esperen un momento —interrumpió Robert—, ¿no estamos pasando por alto pruebas sumamente sólidas de que las octoarañas *pueden* oír? ¿Cómo pudieron haber sabido que Max y yo íbamos a salir para buscar a Ellie y Eponine si no alcanzaron a oír nuestra conversación?

Hubo silencio durante varios segundos.

—Pudieron haber hecho que ellas tradujeran lo que se estaba diciendo —sugirió Richard.

—Pero eso exigiría dos cosas improbables —objetó Patrick—. Primero, si las octoarañas son sordas, ¿por qué habrían de tener, de todos modos, un equipo complejo, en miniatura, que grabase sonidos? Segundo, hacer que Eponine y Ellie tradujeran para las octoarañas lo que dijimos entraña un nivel de interactividad de comunicación que difícilmente se pudo haber desarrollado en el lapso de un mes... No, en mi opinión, las *octos* probablemente establecieron el propósito del viaje de Max y Robert sobre la base de evidencias visuales: el retrato de las dos mujeres en los monitores de las computadoras portátiles.

—¡Bravo —gritó Richard—, eso es un razonamiento excelente!

—Oigan, muchachos, ¿van a parlotear sobre esta mierda toda la noche? —intervino Max, mientras caminaba hacia el medio del grupo.

Todos los presentes dieron un respingo.

—¿Estás bien? —preguntó Nicole.

—Claro —aseguró Max—. Hasta siento que descansé bien.

—Dinos qué ocurrió —interrumpió Robert—. Oí que tu rifle disparaba pero, cuando doblé la esquina, un par de octoarañas ya estaba transportando tu cuerpo.

—Yo mismo no lo sé —dijo Max—. Justo antes de perder el sentido, sentí un pinchazo ardiente y doloroso en la nuca... Y eso fue todo... Una de las *octos* que estaba detrás de mí debe de haberme disparado su equivalente de un dardo tranquilizador.

Se frotó la nuca y Nicole se acercó para inspeccionar:

—No puedo encontrar marcas de pinchazos —informó—. Deben de utilizar dardos muy delgados.

Max le lanzó una rápida mirada a Robert:

—Supongo que no recuperaste el rifle.

—Lo siento, Max. Ni siquiera pensé en él hasta después que estuvimos en el tren.

Max miró a sus amigos:

—Bueno, muchachos, quiero que sepan que mi rebelión terminó. Estoy convencido de que no podemos luchar contra estos seres, así que muy bien podríamos intentar seguir el plan de ellos.

Nicole puso la mano sobre el hombro de su amigo:

—Este es el nuevo Max Puckett —dijo, con una sonrisa.

—Podré ser tozudo —contestó Max, también sonriendo—, pero no me considero estúpido.

—No creo que esperen que todos nos mudemos al iglú de Patrick —opinó Max a la mañana siguiente, después que otro subterráneo apareció y los reabasteció de alimentos y agua.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Richard—. Mira las pruebas: indudablemente fue diseñado para habitación humana. ¿Por qué, si no, habrían construido la escalera?

—Sencillamente no tiene sentido —contestó Max—, especialmente para los niños: no hay suficiente lugar para vivir durante cualquier período... Creo que el iglú es una estación intermedia de alguna clase, una cabaña en el bosque, si prefieres.

Nicole trató de imaginar a diez viviendo en el reducido espacio que Patrick había descripto:

—Tu razonamiento es claro para mí —asintió—, pero, ¿qué sugieres?

—¿Por qué algunos de nosotros no regresan al iglú y lo estudian cuidadosamente? Al reconocimiento rápido de Patrick se le puede haber escapado algo... De todos modos, lo que fuere que se supone que hagamos debería ser obvio. No es el modo de actuar de las octoarañas, o de lo que fuera que nos está guiando, el dejamos en la incertidumbre.

Richard, Max y Patrick fueron seleccionados para la misión exploratoria. Su partida se demoró, empero, para que Patrick pudiera mantener la promesa que le había hecho a Galileo: Patrick siguió al niño de cinco años en el ascenso por la larga y sinuosa escalera y después por el vestíbulo hasta el pie de la segunda escalera. El niño estaba demasiado cansado como para seguir subiendo. De hecho, cuando estaban bajando de la cúpula, sus piernas claudicaron y Patrick tuvo que transportarlo los doce últimos metros del descenso.

—¿Puedes hacerlo una segunda vez? —preguntó Richard.

—Creo que sí —asintió Patrick, ajustándose la mochila.

—Por lo menos, ahora no nos va a esperar a nosotros, viejos latosos, todo el tiempo —apuntó Max con una sonrisa.

Los tres hombres se detuvieron para admirar la vista desde el rellano situado en la parte superior de la escalera cilíndrica.

—A veces —dijo Max, mientras echaba una prolongada mirada a los espléndidos colores de las bandas del arco iris que había en la cúpula, a nada más que unos metros por encima de él— creo que todo lo que me ocurrió desde que subí a la *Pinta* es un sueño... ¿Cómo encajan en este cuadro los cerdos, las gallinas, y hasta Arkansas...? Simplemente es demasiado.

—Debe de ser difícil —acotó Patrick mientras caminaban por el vestíbulo— conciliar todo esto con tu vida normal en la Tierra. Pero ten en cuenta mi situación: nací en una nave espacial extraterrestre enfilada hacia un mundo artificial situado cerca de la estrella Sirio. Pasé más de la mitad de mi vida durmiendo. No tengo la menor idea de lo que significa ser normal...

—¡Demonios, Patrick! —consideró Max, pasando el brazo por encima de los hombros del joven—, si fuera tú, estaría loco como una cabra.

Más tarde, mientras subían por la segunda escalera, Max se detuvo y se volvió hacia Richard, que estaba debajo de él:

—Espero que te des cuenta, Wakefield —dijo con tono cordial—, de que yo no soy más que un bastardo terco y que no hubo intención de ofensa personal en las discusiones que tuvimos estos últimos días.

Richard sonrió:

—Entiendo, Max. También sé que yo soy tan arrogante como tú eres terco... Aceptaré tu indirecta disculpa si tú aceptas la mía.

Max fingió indignación:

—Esa no fue una maldita disculpa —afirmó, subiendo al escalón siguiente.

La cabaña iglú era tal como la había descripto Patrick. Los tres se pusieron las chaquetas y prepararon para ir al exterior. Richard, que fue el primero en pasar por la puerta, vio el otro iglú antes que Max y Patrick tan sólo hubieran respirado por primera vez el vigorizante aire de *Rama*.

—Ese otro iglú no estaba aquí, tío Richard —insistió Patrick—. Recorrí por completo el sector.

El segundo iglú, cuyo tamaño era casi exactamente un décimo del tamaño del más grande, estaba unos treinta metros más lejos del acantilado que limitaba con el Mar Cilíndrico. En la oscuridad de *Rama* había un fulgor. Cuando empezaron a caminar hacia él, la puerta del iglú más pequeño se abrió y salieron dos figuras humanas diminutas. Tenían alrededor de veinte centímetros de alto y estaban iluminadas desde el interior.

—¿Qué demonios...? —exclamó Max.

—¡Mira! —indicó Patrick, entusiasmado—. ¡Son mamá y tío Richard! Las dos figuras doblaron hacia el sur en medio de la oscuridad, alejándose del acantilado y del mar, Richard, Max y Patrick se apresuraron a ponerse junto a ellas para tener un mejor panorama. Las figuras estaban vestidas con la misma ropa, exactamente, que Richard y Nicole usaban el día anterior. El cuidado de los detalles era extraordinario: el cabello, las caras, el color de la piel, hasta la forma y el color de la barba de Richard, eran la copia exacta de los Wakefield. Las figuras también llevaban mochilas sobre la espalda.

Max se agachó para levantar la figura de Nicole, pero recibió una descarga eléctrica cuando la tocó. La figura se dio vuelta hacia él y meneó la cabeza enfáticamente, en gesto de negación. Los hombres siguieron el par de figuras durante otros cien metros y, después, se detuvieron.

—No hay muchas dudas respecto de lo que se espera que hagamos después —aventuró Richard.

—No —concordó Max—. Parece como si a ti y a Nicole se los estuviera convocando.

A la mañana siguiente, Richard y Nicole empacaron en las mochilas comida y agua para varios días, y le dijeron adiós a su familia incrementada. Nikki había dormido entre ellos la noche anterior y estuvo particularmente llorosa cuando partieron sus abuelos.

Fue todo un esfuerzo subir la escalinata:

—Debí haber trepado los peldaños con más lentitud —confesó Nicole, respirando con dificultad mientras ella y Richard se detenían en el rellano debajo de la cúpula y agitaban la mano, saludando a todos, una última vez. Nicole podía sentir su corazón palpitando arrítmicamente en el pecho. Aguardó pacientemente a que las palpitaciones amainaran.

Richard también estaba sin aliento:

—Ya no somos tan jóvenes como lo fuimos hace tantos años atrás en Nueva York —dijo después de un breve silencio. Sonrió y pasó los brazos alrededor de Nicole. —¿Estás lista para continuar nuestra aventura?

Nicole asintió con la cabeza. Caminaron despacio, tomados de la mano, por el largo vestíbulo. Cuando llegaron a la segunda escalinata, Nicole se volvió hacia Richard:

—Querido —dijo, con súbita intensidad—, ¿no es grandioso estar solos otra vez, nada más que tú y yo, aun si no es más que durante unas pocas horas...? Amo a todos los demás, pero es doloroso tener tanta maldita responsabilidad todo el tiempo...

Richard rió:

—Es un papel que tú escogiste, Nicole —le recordó—, no uno que se te forzó a desempeñar.

Se inclinó para besarla en la mejilla. Nicole giró la cara hacia él y lo besó con fuerza en los labios.

—¿Estuviste sugiriendo con ese beso —preguntó Richard de inmediato, con una sonrisa de oreja a oreja— que deberíamos pasar la noche en el iglú y empezar nuestra travesía mañana?

—Creo que usted me estuvo leyendo la mente, señor Wakefield contestó Nicole con sonrisa coqueta—. En realidad, estaba pensando en qué divertido sería imaginar esta noche que otra vez éramos dos jóvenes amantes —rió—... Por lo menos, nuestra imaginación todavía debería funcionar bien.

Cuando estaban a trescientos metros al sur de los dos iglús, Richard y Nicole ya no pudieron ver cosa alguna, salvo aquello que iluminaran con las linternas. Aunque el suelo que tenían debajo de

ellos —principalmente polvo con una agrupación ocasional de rocas— era liso en general, de vez en cuando uno de ellos, o los dos, tropezaba, a menos que estuviera prestando suma atención.

—Este puede ser un viaje muy largo y cansador en la oscuridad consideró Nicole cuando se detuvieron para beber un poco de agua.

—Y frío también —agregó Richard, tomando un sorbo—. ¿Sientes el frío?

—No, mientras nos mantengamos en movimiento —dijo Nicole. Extendió los brazos y se ajustó la mochila.

Transcurrió casi una hora antes de que vieran una luz en el cielo, hacia el sur. La luz se desplazaba hacia ellos y estaba aumentando de tamaño.

—¿Qué será? —preguntó Nicole.

—¿Quizás el Hada Azul? —contestó Richard—. Cuando le pides un deseo a una estrella, nada importa quién eres...[1]

Nicole rió:

—Eres imposible.

—Después de anoche —continuó Richard, mientras la luz continuaba desplazándose hacia ellos—, otra vez me siento como un chico.

Nicole lanzó una risita cómplice y meneó la cabeza. Se tuvieron de la mano en silencio, mientras la bola de luz seguía aumentando de tamaño. Un minuto después se detuvo a veinte o treinta metros delante de ellos, y a unos veinte por encima de sus cabezas. Richard y Nicole apagaron las linternas, pues ahora podían ver el terreno que los circundaba hasta una distancia de más de cien metros.

Richard se resguardó los ojos y trató de establecer cuál era la fuente de la iluminación, pero la luz era demasiado brillante. No podía mirarla directamente.

—Sea lo que fuere —conjeturó Nicole después que volvieron a ponerse en marcha—, parece saber adónde vamos.

Dos horas más tarde, encontraron un sendero que llevaba hacia el suroeste, con campos de plantas cultivadas sobre cada lado del sendero. Cuando se detuvieron para almorzar, pasearon por los campos y descubrieron que uno de sus alimentos básicos allá en la cúpula, una hortaliza con sabor similar al de una habichuela verde, pero con el aspecto de una calabaza amarilla, era la planta principal que se cultivaba. Estas hortalizas estaban entremezcladas con hileras de una planta baja, color rojo brillante, que nunca antes habían visto. Richard arrancó del suelo una de las plantas rojas, y la dejó caer de inmediato cuando una esfera verde, de aspecto correoso, que había estado debajo de la superficie, empezó a retorcerse al pie de su pedúnculo rojo. Cuando golpeó el suelo, el ser cubrió velozmente los pocos centímetros que lo separaban de su agujero originario y volvió a enterrar su esfera verde en el mismo sitio.

Richard rió:

—Creo que lo voy a pensar dos veces, antes de hacer algo como esto otra vez.

—Mira allá —indicó Nicole un instante después— ¿Aquél no es uno de los animales que construyó la escalera?

Avanzaron por el sendero y después volvieron al campo en sí, para tener una mejor visión: hacia ellos se dirigía uno de los seres grandes, parecidos a hormigas, con los seis largos brazos. Estaba cosechando las hortalizas con asombrosa eficacia, encargándose de las tres hileras situadas a cada lado del sitio en el que el cuerpo principal del ser estaba ubicado. Cada brazo, o trompa, recogía las hortalizas de una sola hilera y las acomodaba en pilas que estaban entre las hileras y a unos dos metros de distancia unas de otras. Era un espectáculo sorprendente, los seis brazos operando, todos en la realización simultánea de diferentes tareas, y a diferente distancia del cuerpo principal.

Cuando llegó al sendero, los brazos se replegaron con rapidez. Entonces avanzó seis hileras a lo largo de la línea y entró en el campo, yendo en la dirección opuesta. Se cosechaba de sur a norte, de modo que cuando Richard y Nicole empezaron a caminar otra vez, pasaron por la parte del campo que las gigantescas cosas-parecidas-a-hormigas ya habían terminado. Allí vieron pequeños seres veloces, semejantes a roedores, pero ligeramente más grandes, que recogían las pilas esparcidas y las llevaban corriendo hacia el oeste.

Richard y Nicole llegaron a varias intersecciones y, cada vez, la luz que se cernía sobre ellos les indicaba qué curso debían tomar. Los campos se extendían muchos kilómetros. Lo que se cultivaba cambió varias veces, pero ellos, que sentían hambre y se estaban cansando, ya no se detenían para examinar cada nueva hortaliza.

Por fin llegaron a una zona llana y despejada, cubierta con un polvo suave. La luz, que seguía por encima de ellos, describió tres giros y, después, quedó suspensa sobre el centro de la zona.

---

[1] Referencias del personaje al hada y a parte de la letra del tema musical, respectivamente, de la película *Pinocho*, de Walt Disney. (N. del T.)

—Barrunto que aquí es donde se espera que pasemos la noche —comentó Richard.

—Con gusto —dijo Nicole, aceptando su ayuda para quitarse la mochila—. No creo que vaya a tener el menor problema para dormir, aun en este suelo duro.

Consumieron la cena y hallaron un sitio confortable en el que podían dormir acurrucados uno en el otro. Cuando los dos estaban en la zona crepuscular entre la vigilia y el sueño, la luz que tenían por encima empezó a amortiguarse y, después, a perder altura.

—Mira —susurró Richard—, va a descender.

Nicole abrió los ojos y observó cómo la luz, que seguía disminuyendo de intensidad, describía un grácil arco y descendía sobre el lado opuesto de la zona despejada. Todavía seguía refulgiendo levemente, aun después de tocar el suelo. Aunque no podían ver muy bien al ser, distinguieron que era largo y flacucho y que tenía alas cuyo tamaño era más del doble del cuerpo.

—¡Es una luciérnaga gigante! Richard, cuando ya no pudieron verle el contorno.

4

—Biología para las luces, biología para el equipo de labranza y construcción... ¿no tienes la impresión de que nuestras amigas, las octoarañas, o, quizá, lo que fuere que está por encima de ellas en alguna asombrosa jerarquía simbiótica, son los grandes biólogos de la galaxia?

—No lo sé, Richard —respondió Nicole, cuando terminó su desayuno—. Pero por cierto que parece como si su evolución tecnológica hubiera seguido una trayectoria netamente diferente de la nuestra.

Ambos habían observado, admirados, cuando la gigantesca luciérnaga, al oír los primeros movimientos de la pareja después de dormir, se autoencendió y tomó su acostumbrada posición de revoloteo por encima de ellos. Minutos después, un segundo ser, similar al primero, se les acercó desde el sur. Entonces las dos luces se combinaron para brindar una iluminación local equivalente a la luz del día en Nuevo Edén.

Tanto Richard como Nicole habían dormido bien y estaban muy descansados. Sus dos guías los llevaron por senderos que cruzaban varios kilómetros más de campos, entre ellos uno que se caracterizaba por la presencia de hierbas de más de tres metros de alto. Cien metros después de hacer una cerrada curva hacia la izquierda entre las hierbas altas, se encontraron en el borde de un vasto ordenamiento de tanques de agua poco profundos, que se extendía por delante hasta donde podía alcanzar la vista.

Caminaron hacia la izquierda durante varios minutos, hasta que llegaron a lo que Richard identificó correctamente como el ángulo nordeste del ordenamiento. El sistema consistía en una serie de tanques rectangulares largos y estrechos, fabricados con una aleación metálica gris. Cada uno de los tanques individuales del ordenamiento tenía alrededor de veinte metros de ancho, en la dirección este-oeste, y varios centenares de metros de largo. Los tanques tenían un metro de alto y en sus tres cuartas partes estaban llenos con un líquido que parecía ser agua. En los cuatro vértices de cada rectángulo estrecho había cilindros rojos gruesos y brillantes, de dos metros de alto quizá, rematados con esferas blancas.

Richard y Nicole recorrieron por completo los ciento sesenta metros que había de este a oeste, examinando cada tanque y los ocho postes cilíndricos gruesos que señalaban el sitio en el que tanques adyacentes compartían lados comunes. Nada vieron en los tanques, salvo agua.

—¿Así que ésta es una especie de planta de purificación? —conjeturó Nicole.

—Lo dudo —contestó Richard. Se detuvieron en el borde occidental. —Mira esa masa de piezas pequeñas, elaboradas con mucho detalle, fijada en la pared interior de este tanque, justo adelante del cilindro... Yo supondría que ésos son una especie de complicados componentes electrónicos: no habría necesidad de todo eso en un simple sistema de purificación de agua.

Nicole miró a su marido con desconfianza:

—Oh, vamos, Richard, ése es todo un salto gigantesco de fe en ti mismo: ¿cómo te animas a afirmar que conoces el funcionamiento de un montón de garabatos tridimensionales puestos en el interior de un tanque alienígeno de agua?

—Dije que estaba suponiendo —respondió Richard con una carcajada—. Sólo estaba tratando de insistir en el hecho de que éste parece ser un lugar demasiado complejo como para purificar agua.

Las luces de guía instaban a seguir hacia el sur. La segunda fila de tanques estrechos tampoco contenía otra cosa más que agua. Sin embargo, cuando llegaron al tercer conjunto de tanques rectangulares y postes cilíndricos, descubrieron que el agua tenía diminutas esferas de muchos colores cubiertas de pelusa. Richard se subió una manga y metió la mano en el agua, extrayendo varios centenares de esos objetos.

—Estos son huevos —afirmó Nicole—. Lo sé con la misma certeza con la que tú supiste que esos aparatitos que había en la cara interior de las paredes de los tanques eran componentes electrónicos.

Richard volvió a reír:

—Mira —dijo, poniendo su montículo de pequeños objetos ante los ojos de Nicole—. Realmente hay sólo cinco clases diferentes, si los estudias de cerca.

—¿Cinco clases diferentes de *qué*?

Las cosas parecidas a huevos llenaban toda la longitud del tercer conjunto de tanques. Cuando Richard y Nicole se aproximaban a la cuarta hilera de cilindros y a otro conjunto de tanques, que estaban varios centenares de metros hacia el sur, ambos se sentían cansados.

—Si no vemos algo nuevo aquí —propuso Nicole—, ¿qué te parece si almorzamos?

—Trato hecho.

Pero ya pudieron discernir algo nuevo cuando todavía estaban a cincuenta metros de la cuarta hilera de tanques: un vehículo robot cuadrado, quizá de treinta centímetros de longitud y de ancho, y diez centímetros de alto, se desplazaba raudamente de un lado a otro entre los postes cilíndricos:

—Ya *sabía* yo que esos carriles eran para alguna clase de vehículo —apuntó Nicole, tomándole el pelo a Richard.

Éste estaba demasiado fascinado como para responder. Además del robot corredor, que cada tres minutos, más o menos, describía un ciclo completo de este a oeste a través del ordenamiento, había varias maravillas más para contemplar: cada uno de los tanques individuales estaba subdividido en dos partes largas, mediante un cerco de alambre tejido paralelo a las paredes, que era nada más que un poco más alto que el nivel del agua. De un lado del cerco había un enjambre de diminutos seres nadadores de cinco colores diferentes. Del otro lado, círculos centelleantes, parecidos a erizos de mar aplanados, estaban esparcidos por toda la longitud del tanque. El cerco estaba colocado de modo tal que los tres cuartos del volumen del tanque estuvieran a disposición de los círculos centelleantes, dándoles mucho más lugar para maniobrar que a los densamente amontonados nadadores.

Richard y Nicole se inclinaron para estudiar la actividad: los erizos se desplazaban en todas direcciones. Como el agua estaba atestada con tantos seres y con mucha actividad, tardaron varios minutos en percibir el patrón común: a intervalos irregulares, cada uno de los erizos se autopropulsaba por encima del cerco usando las cilias en forma de látigos que tenían debajo y, mientras se sujetaban del cerco, empleaban otro par de cilias para capturar un diminuto nadador y hacerlo pasar por uno de los agujeros del cerco. Mientras el erizo estaba aferrado, su luz se amortiguaba; si permanecía ahí el tiempo suficiente y capturaba varios nadadores para comerlos, entonces su destello se desvanecía por completo.

—Observa lo que ocurre ahora, cuando deja el cerco —le hizo notar Richard a Nicole, señalando un erizo en particular, que se encontraba justo debajo de ellos—: mientras nada junto con los compañeros, su luz se regenera lentamente.

Richard se apresuró a volver al poste cilíndrico más próximo, se puso de rodillas y cavó en el suelo con una de las herramientas que llevaba en la mochila.

—Hay mucho más de este sistema debajo —dijo, entusiasmado—. Apuesto a que todo este ordenamiento es parte de un gigantesco generador de electricidad.

Dio tres zancadas, medidas, hacia el sur, registró su posición con todo cuidado y se inclinó sobre el tanque para contar los erizos aplanados que había en la región existente entre el polo cilíndrico y él mismo. Era un cómputo difícil, debido al constante movimiento de los centelleantes círculos.

—A grosso modo, trescientos en tres metros de longitud de tanque, lo que hace un total aproximado de veinticinco mil por tanque completo o bien, doscientos mil en una hilera completa —calculó.

—¿Supones que estos postes cilíndricos son una especie de sistema de almacenamiento? ¿Como pilas secas?

—Probablemente. ¡Qué idea fabulosa! Hallar un ser vivo que genere electricidad internamente. Forzarlo a que entregue la carga que tiene acumulada para poder comer. ¿Qué podría ser mejor?

—Y ese vehículo robot que va de acá para allá entre los postes: ¿cuál es su propósito?

—Yo diría que es una especie de monitor.

Almorzaron y después terminaron la inspección de la supuesta planta de electricidad. En total había ocho columnas y ocho filas en el ordenamiento, lo que daba una cantidad de sesenta y cuatro tanques. Sólo veinte estaban activos en ese momento.

—Mucha capacidad en exceso —comentó Richard—. Sus ingenieros entienden con claridad los conceptos de crecimiento y margen.

Las luciérnagas gigantescas enfilaron hacia el este, siguiendo lo que aparentaba ser una especie de carretera principal. Dos veces Richard y Nicole se encontraron con pequeños rebaños de los grandes seres parecidos a hormigas, que iban en dirección opuesta, pero no hubo interacciones.

—¿Esos seres tendrán la inteligencia suficiente como para operar sin supervisión? —preguntó Nicole—, ¿o simplemente no se nos permite ver a los seres, quienesquiera que sean, que les dan órdenes?

—Esa es una pregunta interesante —consideró Richard—. ¿Recuerdas lo rápido que la octoaraña se acercó a la cosa-parecida-a-una-hormiga, cuando la golpeó la pelota? A lo mejor tienen alguna forma limitada de inteligencia, pero no pueden funcionar bien en ambientes nuevos o desconocidos.

—¿Como alguna gente que conocemos? —rió Nicole.

La larga marcha hacia el este terminó cuando las dos luces de guía revolotearon sobre un campo grande de polvo, situado justo al salir de la carretera. Estaba vacío, salvo por lo que, a la distancia, parecía ser cuarenta postes de meta de rugby cubiertos con hiedra, dispuestos en cinco filas de ocho postes cada una.

—¿Podrías buscar información en la guía de turismo, por favor? —bromeó Richard—. Resulta más fácil entender lo que estamos viendo si primero leemos sobre eso.

Nicole sonrió:

—Realmente están haciéndonos dar una especie de paseo, ¿no? ¿Por qué supones que nuestros anfitriones quieren que veamos todo esto?

Richard permaneció en silencio un instante:

—Estoy absolutamente seguro de que las octoarañas son las dueñas y señoras de todo este territorio —dijo por fin—, o, por lo menos, que son la especie dominante de una complicada jerarquía. Quienquiera que fuese que nos eligió personalmente para esta excursión, debe de creer que informarnos sobre su capacidad hará más fáciles las futuras interacciones.

—Pero si en realidad se trata de las octoarañas —objetó Nicole—, ¿por qué sencillamente no nos secuestran a todos, como hicieron con Ellie y Eponine?

—No lo sé. A lo mejor su sentido de la moralidad es mucho más complicado de lo que imaginamos.

Ambas luciérnagas gigantes estaban danzando en el aire, sobre la colección de postes de meta cubiertos por hiedra.

—Creo que nuestras guías turísticas se están poniendo impacientes —dedujo Nicole.

Si no hubieran estado tan fatigados por los dos días de ardua caminata, y si aún no hubieran visto tantos lugares interesantes en ese mundo alienígena del hemicilindro austral de *Rama*, habrían quedado tan cautivados como abrumados por la compleja simbiosis que descubrieron en las siguientes horas.

Lo que recubría por completo los postes de meta no era hiedra: lo que desde cierta distancia parecía ser hojas eran, en realidad, pequeños nidos en forma de cono, hechos por miles de diminutos seres semejantes a áfidos, que se adherían entre sí para formar el nido mediante la sustancia dulce, pegajosa, parecida a la miel, que los seres humanos se habían deleitado comiendo debajo de la cúpula. Los áfidos extraterrestres la fabricaban en grandes cantidades, como parte de su actividad diurna normal.

Durante el tiempo en que Richard y Nicole estuvieron mirando, convoyes de gorgojos, que vivían en montículos de varios metros de alto alrededor de todo el enclave, salían abruptamente de sus hogares cada cuarenta minutos, más o menos, y se arrastraban por encima de toda la superficie de los postes, recogiendo el exceso de sustancia pegajosa que caía de los nidos. Los seres gorgojo, que tenían unos diez centímetros de largo cuando estaban vacíos, se hinchaban hasta alcanzar el triple o el cuádruple de su tamaño normal, antes de completar su ciclo de recolección y de regurgitar el contenido de sus expandidos cuerpos en tinas hundidas al pie de los postes.

No hablaron mucho mientras observaban la actividad. Todo el sistema biológico que se exhibía ante ellos era, al mismo tiempo, intrincado y maravilloso, otro ejemplo de los asombrosos avances en simbiosis que habían logrado sus anfitriones.

—Apuesto —dijo un agotado Richard, mientras él y Nicole se preparaban para dormir no lejos de uno de los montículos de los gorgojos— a que si esperamos el tiempo suficiente, alguna bestia de carga hará su aparición para extraer del suelo las tinas de esta miel, o lo que sea, para, después, transportarlas a otro sitio.

Mientras yacían lado a lado en el polvo, observaron que las dos luciérnagas descendían a lo lejos. Entonces, todo se puso súbitamente oscuro.

—No puedo creer que todo esto haya ocurrido —dijo Nicole—, no en otro planeta. No en alguna parte. La evolución natural simplemente no produce la clase de armonía interespecífica que hemos presenciado estos dos últimos días.

—¿Qué estás sugiriendo, querida? ¿Que a todos estos seres de alguna manera se los diseñó, como máquinas, para desempeñar sus funciones?

—Es la única explicación que puedo aceptar. Las octoarañas, o alguien, deben de haber alcanzado el nivel en el que pueden manipular los genes para producir una planta o un animal que haga exactamente lo que quieren. ¿*Por qué* esas cosas—como—gorgojos depositan la sustancia melosa en las tinas? ¿Cuál es su rédito biológico por ese acto?

—Se los debe de recompensar en alguna otra forma que todavía no hemos descubierto.

—Por supuesto. Y detrás de esa compensación hay algún increíble arquitecto o ingeniero en sistemas biológicos que está sintonizando todas las interrelaciones, no sólo de modo que cada especie esté feliz, no importa cómo elijamos definir esa palabra, sino, también, de modo que los arquitectos extraigan algún provecho como, por citar algo, alimento, en forma de un exceso de miel... Ahora bien, ¿crees que sería posible que esa clase de ascenso a niveles óptimos pueda tener lugar sin que intervenga una ingeniería genética muy compleja?

Richard permaneció en silencio durante casi un minuto,

—Imagina —comenzó al fin— un ingeniero en biología muy experto sentado ante un teclado, diseñando un organismo vivo que satisfaga ciertas especificaciones sistémicas... Es un concepto que a uno lo deja pasmado.

Una vez más, los gorgojos salieron en masa de sus montículos, esquivando a duras penas a los seres humanos acostados mientras corrían hacia los postes de meta y hacia su tarea de recolección. Nicole los observó hasta que desaparecieron en la oscuridad. Después bostezó y se acurrucó sobre un costado. Antes de dormirse, pensó:

"Nosotros, los seres humanos, ingresamos en una nueva era: en lo futuro, toda la historia se va a registrar como *aC*, 'antes del Contacto', y *dC*, 'después del Contacto', pues a partir de ese primer instante en el que supimos, inequívocamente, que algunas sustancias químicas simples habían ascendido hasta el nivel de adquisición de conciencia e inteligencia en alguna otra parte de la vastedad de nuestro universo, la historia pasada de nuestra especie se convirtió nada más que en un paradigma aislado, un fragmento pequeño y relativamente insignificante del tapiz infinito que describe la asombrosa variedad de vida sensible."

Después del desayuno, a la mañana siguiente, Richard y Nicole discurrieron brevemente sobre su cada vez más escasa provisión de alimentos y, entonces, decidieron tomar un poco de la sustancia melosa de una de las tinas.

—Imagino que si no se espera que hagamos esto —dijo Nicole, echando un vistazo en derredor mientras llenaba un pequeño recipiente—, algún policía alienígena vendrá a impedirlo.

Sus luces de guía al principio se desplazaron directamente hacia el sur, guiándolos hacia un bosque espeso de árboles muy altos, que se extendía en dirección este-oeste hasta tan lejos como llegaba la vista. Las luciérnagas doblaron hacia la derecha y volaron en forma paralela a la línea hasta la que llegaban los árboles. El bosque que los dos seres humanos tenían a su izquierda era oscuro y amenazador. De vez en cuando oían sonidos extraños, fuertes, que provenían del interior de esa parte del bosque.

Una vez, Richard se detuvo y fue hasta donde empezaba la espesa vegetación: entre los árboles había muchas plantas más chicas, con hojas grandes en colores verde, rojo y marrón, así como varias clases diferentes de enredaderas que enlazaban entre sí las ramas medias y superiores de los árboles. Richard dio un salto hacia atrás, cuando oyó un aullido agudo que sonó como si hubiera estado a no más que unos metros de distancia. Los ojos de Richard escudriñaron el bosque, pero no pudieron hallar el origen del aullido.

—Hay algo misterioso en relación con este bosque —señaló, volviendo junto a Nicole—; da la sensación de estar fuera de lugar, como si no perteneciera a este sitio.

Durante más de una hora, las luciérnagas siguieron volando hacia el oeste. Los rarísimos sonidos se hacían más frecuentes a medida que Richard y Nicole caminaban trabajosamente, en silencio.

"Richard tiene razón", pensó Nicole, fatigada, en un momento dado. Contempló la estructura y el orden de los campos que tenía a la derecha y los comparó con el crecimiento indisciplinado de los que tenía a la izquierda. "Hay algo diferente e inquietante en este bosque."

Tomaron un breve descanso en mitad de la mañana. Richard calculó que, desde que despertaron, ya habían caminado más de cinco kilómetros. Nicole quiso un poco de la miel fresca que Richard llevaba en la mochila.

—Me duelen los pies —declaró, una vez que comió y tomó un largo trago de agua—, y las piernas no dejaron de dolerme durante toda la noche. Espero que lleguemos a donde estamos yendo antes que pase mucho más tiempo.

—Yo también estoy cansado, pero no lo estamos haciendo mal, si se tiene en cuenta que somos una pareja que está en los comienzos de los sesenta.

—En estos momentos me siento mucho más vieja que eso —dijo Nicole. Se puso de pie y se desperezó. —Sabes, nuestro corazón debe de tener casi noventa años: puede no haber trabajado mucho durante todo ese tiempo que pasamos dormidos, pero, de todos modos, tenía que seguir bombeando.

Mientras hablaban, un extraño animalito esférico que tenía un único ojo, pelambre blanca y enrulada, y una docena de patas larguiruchas salió como una flecha del bosque próximo y arrebató el recipiente con miel. Él y el alimento desaparecieron en un santiamén.

—¿Qué fue eso? —preguntó Nicole, todavía sobresaltada.

—Algo que tiene debilidad por los dulces —contestó Richard. Se quedó con la mirada fija en el bosque, donde el animal había desaparecido. —No hay la menor duda de que por ahí hay otro mundo.

Media hora más tarde, el par de luciérnagas viró hacia la izquierda y revoloteó sobre un sendero que llevaba hacia el interior del bosque. El sendero tenía cinco metros de ancho y corría rodeado por densa vegetación. La intuición le decía a Nicole que no siguiera a las luciérnagas, pero no dijo nada. Su recelo aumentó cuando, después que Richard y ella dieron un par de pasos adentrándose en el bosque, de todos los árboles que los rodeaban surgió una erupción de ruidos. La pareja humana se detuvo, se tomó de las manos y escuchó:

—Parece como pájaros, monos y ranas —dijo Richard.

—Deben de estar señalando nuestra presencia —añadió Nicole. Se dio vuelta y miró hacia atrás. —¿Estás seguro de que estamos haciendo lo debido?

Richard señaló las luces que tenían al frente:

—Estuvimos siguiendo a esos bichos durante dos días y medio; no tiene mucha lógica perder la confianza en ellos ahora.

Reanudaron la marcha por el sendero. Los graznidos, aullidos y cantos de ranas los acompañaron. De vez en cuando, la clase de follaje que tenían a ambos lados cambiaba un poco, pero siempre permanecía denso y oscuro.

—Debe de haber un grupo de jardineros alienígenas —dijo Richard en un momento dado— que trabaja varias veces por semana en el sector que rodea este sendero: mira lo perfectamente podados que están todos los arbustos y árboles... No sobresalen un ápice hacia el espacio aéreo que hay sobre nuestra cabeza.

—Richard —dijo Nicole un rato después—, si los sonidos que estamos oyendo provienen de animales alienígenas, ¿por qué nunca vemos alguno? Ni uno solo cruzó por el sendero. —Se agachó y examinó la tierra que tenía a sus pies. —Y aquí no hay evidencias de forma alguna de vida animal, ni ahora ni nunca... Ni siquiera una hormiga...

—Debemos, de estar caminando por un sendero mágico —apuntó Richard con una sonrisa—. A lo mejor conduce a una casa de mazapán en la que vive una bruja vieja y malvada... Cantemos, Gretel, y quizá nos sentiremos mejor.

El sendero, que había sido absolutamente recto durante algo así como el primer kilómetro, empezó a serpentear. Debido a su tortuosidad, los sonidos de los seres del bosque rodearon a Richard y Nicole. Richard cantaba canciones populares de sus años de adolescencia en Gran Bretaña; Nicole se le unía parte del tiempo, cuando conocía la canción pero, fundamentalmente, para liberar la energía tratando de contener su angustia cada vez mayor. Se ordenó a sí misma no pensar en qué blanco fácil serían para cualquier animal alienígena grande que pudiera estar acechando en el bosque.

De repente, Richard se detuvo. Hizo dos aspiraciones profundas de aire por la nariz, llenándose los pulmones:

—¿Hueles eso? —preguntó.

Ella olfateó el aire:

—Sí, lo huelo... Se parece un poco al aroma de gardenias.

—Sólo que mucho mejor —dijo Richard—. Es absolutamente divino.

Delante de ellos el sendero doblaba bruscamente hacia la derecha. En el recodo había un gran matorral cubierto con enormes flores amarillas, las primeras que Richard y Nicole veían desde que entraron en el bosque. Cada flor tenía el tamaño de una pelota de básquetbol. A medida que la pareja humana se acercaba al arbusto, el seductor aroma se intensificaba.

Richard no pudo contenerse: antes que Nicole pudiera decir algo, salió unos metros del sendero, hundió la cara en una de las enormes flores e inhaló profundamente: el aroma era magnífico. Mientras tanto, una de las luciérnagas desandó el camino y empezó a zigzaguear en el cielo sobre ellos.

—No creo que nuestras guías aprueben tu intempestiva salida —dijo Nicole.

—Probablemente no —contestó Richard—, pero valió la pena.

Más flores, de todos los tamaños, formas y colores, empezaron a aparecer en ambos lados del sendero. Ninguno de los dos había visto jamás tal profusión de color. Al mismo tiempo, los sonidos disminuyeron de intensidad; poco más tarde, cuando estaban en medio de la región de las flores, los ruidos desaparecieron por completo.

El sendero se estrechó hasta quedar en un par de metros, apenas el ancho suficiente como para que la pareja caminara lado a lado sin rozar las plantas en las que crecían las flores. Richard salió varias veces del camino para inspeccionar u oler alguna, o para hacer ambas cosas a la vez. Cada excursión hacía que las luciérnagas regresaran en picada hacia la pareja. A pesar del entusiasmo de Richard por sus viajes hacia el interior del bosque, Nicole hacía caso de las guías y se mantenía en el sendero.

Richard estaba a unos ocho metros hacia la izquierda, tratando de hacer una observación más detallada de una flor gigantesca que parecía una alfombra oriental, cuando desapareció de la vista.

—¡Auch! —le oyó gritar Nicole, cuando cayó al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó ella de inmediato.

—Sí. Acabo de tropezar con unas enredaderas y caí sobre un montón de espinas... El arbusto que me rodea tiene hojas rojas, así como flores diminutas, rarísimas, que parecen balas... A propósito, tienen olor a canela.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Nicole.

—No... Voy a levantarme de aquí en un abrir y cerrar de ojos.

Nicole echó un vistazo hacia lo alto y observó que una de las luciérnagas se alejaba volando con suma celeridad. "¿Qué pasa ahora?", se estaba preguntando, cuando oyó a Richard otra vez.

—Puede que necesite algo de ayuda, después de todo. Parece que estoy trabado.

Nicole dio un cauteloso paso fuera del sendero. La luciérnaga que quedaba se volvió loca, lanzándose en picada hasta casi tocarle la cara. Nicole quedó temporariamente cegada.

—¡No vengas para acá, Nicole! —exclamó Richard bruscamente segundos después—. A menos que esté perdiendo la razón, creo que esta planta se está preparando para comerme.

—*¿¡Qué!?* —chilló Nicole, ahora asustada— ¿Hablas en serio? —Aguardó con impaciencia a que sus ojos se recuperaran del exceso de luz.

—Sí, hablo en serio —contestó Richard—. Vuelve al sendero... Este extraño arbusto enrolló zarcillos amarillos en torno de mis brazos y piernas... algunos bichos que se arrastran ya están bebiendo la sangre causada por las espinas... y hay una abertura en el arbusto, hacia la que se me está arrastrando lentamente, que parece un primo lejano de las bocas, más desagradables, que vi en los jardines zoológicos... Hasta puedo ver algunos dientes.

Nicole podía oír el pánico en la voz de Richard. Dio otro paso en dirección de él pero, una vez más, la luciérnaga la cegó.

—¡No puedo ver en absoluto! —gritó—. ¿Richard, estás ahí todavía?

—Sí, pero no sé por cuánto tiempo más.

Oyeron el sonido de animales que se desplazaban con celeridad por el bosque, junto con un gemido muy agudo y, después, tres figuras oscuras armadas con peculiares armas rodearon a Richard: las octoarañas atacaron al arbusto carnívoro con rociadores. En cuestión de segundos, el arbusto soltó a Richard y escondió la boca detrás de sus muchas ramas.

Richard salió a los tropezones y abrazó fuertemente a Nicole. Ambos gritaron "¡Gracias!", mientras las tres octoarañas se desvanecían en el bosque con la misma rapidez con que habían aparecido. Ni Richard ni Nicole advirtieron que las dos luciérnagas otra vez estaban revoloteando sobre sus cabezas.

Nicole examinó a Richard cuidadosamente, pero no encontró nada, salvo cortes y raspones.

—Creo que me voy a quedar en el sendero por un rato —declaró Richard, esbozando una sonrisa.

—Probablemente ésa no es una mala idea —contestó Nicole.

Conversaban sobre lo que había pasado, mientras seguían caminando a través del bosque. Richard todavía estaba perturbado:

—Las ramas que estaban cerca de mi hombro izquierdo se apartaron —contó—, y entonces apareció ese agujero que, al principio, tenía el tamaño de una pelota de béisbol, pero, a medida que la acción ondulatoria me transportaba en esa dirección, el agujero se hacía más grande. —Se estremeció. —Ahí fue cuando vi los dientecitos, ubicados todo alrededor de la circunferencia. Justo empecé a pensar en qué se sentiría al ser comido, cuando llegaron nuestras amigas, las octoarañas.

—Pero entonces, ¿qué pasa aquí? —dijo Nicole poco después. Habían salido de la región de las flores, y otra vez estaban rodeados por árboles y follaje de jungla e intermitentes ruidos de animales.

—No tengo la más remota idea —contestó Richard.

El bosque terminó bruscamente, justo cuando empezaban a sentirse insoportablemente hambrientos. Salieron a una llanura vacía. Delante de ellos, a unos dos kilómetros quizá, una gran cúpula verde ocupaba todo el campo visual.

—Ahora qué es...

—Es la Ciudad Esmeralda, querida —dijo Richard—. Naturalmente, la reconoces de la antigua película... Y dentro de ella está el Mago de Oz, listo para concedemos todos los deseos.

Nicole sonrió y besó a su marido.

—El mago era falso, ya sabes. En realidad, no tenía poder alguno.

—Eso se presta a un debate —adujo Richard con amplia sonrisa.

Mientras hablaban, las dos luces que los guiaban volaron rápidamente hacía la cúpula verde, dejándolos en una semioscuridad, de modo que extrajeron las linternas de las mochilas.

—Algo me dice que estamos cerca del final de nuestra caminata —dijo Richard, avanzando a zancadas hacia la Ciudad Esmeralda.

Desde una distancia de más de un kilómetro pudieron ver los portones mediante los prismáticos y empezaron a sentirse animados.

—¿Crees que ésa es la ciudad de origen de las octoarañas? —preguntó Nicole.

—Por cierto que sí. Debe de ser un sitio digno de verse: la parte más alta de esa cúpula verde está por lo menos a trescientos metros sobre el suelo. Yo diría que la superficie que hay por debajo supera los diez kilómetros cuadrados...

—Richard —se inquietó Nicole, cuando estaban a nada más que unos seiscientos metros de distancia—, ¿cuál es tu plan? ¿Simplemente vamos a acercamos y llamar a la puerta?

—¿Por qué no? —respondió Richard, acelerando el paso.

Al llegar a unos doscientos metros de la ciudad, el portón se abrió y surgieron tres figuras. Richard y Nicole oyeron un grito cuando una de las figuras empezó a caminar velozmente hacia ellos. Richard se detuvo y volvió a usar los prismáticos:

—¡Es Ellie! —gritó—. Y Eponine... ¡Están con una octoaraña!

Nicole ya había dejado caer la mochila y empezado a cruzar la llanura rápidamente. Apretó entre los brazos a su amada hija y la levantó del suelo con la fuerza del abrazo:

—Oh, Ellie, Ellie —dijo, y las lágrimas se derramaron como un río por sus mejillas.

5

—Éste es nuestro amigo Archie... Fue una gran ayuda para nosotros durante el tiempo que permanecimos aquí... Archie, te presento a mi madre y mi padre.

La octoaraña respondió con una secuencia que empezaba con un carmesí brillante, al que siguieron un verde, un lavanda, dos amarillos diferentes (uno, azafrán y el otro, limón, que tendía al verde pálido), y un púrpura final. La banda de colores recorrió por completo la esférica cabeza de la octoaraña y, después, desapareció en el lado izquierdo de la ranura formada por las dos largas depresiones paralelas que tenía en mitad de la cara.

—Archie dice que es un placer conocerlos, especialmente después de haber oído tanto sobre ustedes —tradujo Ellie.

—¿Puedes leer sus colores? —preguntó Nicole, completamente conmocionada.

—Ellie es grandiosa —comentó Eponine—. Entendió el lenguaje de ellas con mucha rapidez.

—¿Pero cómo hacen ustedes para hablarles? —preguntó Nicole.

—Su vista es increíblemente aguda —explicó Ellie— y son extraordinariamente inteligentes... Archie y una docena de sus congéneres ya aprendieron a leer los labios... Pero podemos hablar sobre todo eso más tarde, mamá. Primero háblame sobre Nikki y Robert: ¿están bien?

—Tu hija se pone más adorable cada día, y te extraña horrores... pero temo que Robert nunca se recuperó por completo: todavía se culpa por no haberte protegido mejor...

La octoaraña Archie, cortésmente, siguió la personal conversación durante varios minutos antes de tocar a Ellie suavemente en el hombro y recordarle que era probable que sus padres estuvieran cansados y con frío.

—Gracias, Archie —dijo Ellie—. Muy bien, este es el plan: ustedes dos vendrán al interior de la ciudad y se quedarán esta noche y mañana, por lo menos. Prepararon para nosotros cuatro una especie de departamento de hotel dentro del portal y pasado mañana, o cuando sea que ustedes estén adecuadamente descansados, todos volveremos con los demás. Archie vendrá con nosotros.

—¿Por qué ustedes tres no vinieron simplemente de entrada adonde estábamos nosotros? —preguntó Richard después de un breve silencio.

—Hice la misma pregunta, papá... y jamás recibí lo que pudiera considerar como respuesta satisfactoria...

Las bandas de color de la cabeza de Archie interrumpieron lo que Ellie estaba diciendo.

—Muy bien —dijo ésta a la octoaraña, antes de volverse otra vez hacia sus padres—. Archie dice que las *octos* tenían especial interés en que ustedes dos tuvieran una idea clara de qué se trata todo esto... De todos modos, podemos discutir todo esto después que nos acomodemos en nuestro departamento.

Los grandes portones de la Ciudad Esmeralda se abrieron de par en par cuando los cuatro seres humanos y su compañero octoaraña estaban a unos diez metros de ellos. Directamente al frente había una amplia avenida, con estructuras bajas de cada lado, que llevaba hasta un edificio piramidal rosa y azul que se divisaba a varios cientos de metros. Richard y Nicole no estaban preparados para la abrumadora variedad de extraños puntos de interés que dieron la bienvenida a sus ojos y cayeron virtualmente en trance. Estaban rodeados por un caleidoscopio de color. Cada elemento de la ciudad, incluyendo las calles, los edificios, las inexplicables decoraciones de la avenida, las plantas de los jardines, si lo eran en realidad, la gran cantidad de animales que parecían correr en todas direcciones lucían brillantes colores. Un grupo de cuatro grandes gusanos o víboras, que parecían bastones de caramelo serpenteantes, con la diferencia de que estaban más profusamente coloreados, estaban en el piso, enrollados precisamente en el interior del portal, a la izquierda de Richard y Nicole. Tenían la cabeza muy alzada, aparentemente esforzándose por alcanzar a ver los visitantes de otro planeta. Animales en amarillo y rojo brillante, con ocho extremidades y pinzas similares a las de las langostas de mar, transportaban gruesas varillas verdes a través de una intersección que estaba cincuenta metros al frente.

Naturalmente, había muchísimas, quizá centenares, de octoarañas, todas las cuales acudían a la zona del portal para echar un vistazo a los dos seres humanos. Permanecían sentadas en grupos delante de los edificios, paradas al lado de la avenida, hasta caminando por las azoteas. Y todas conversaban en forma simultánea en su idioma de brillantes bandas de colores, acentuando las decoraciones estáticas que se veían en la calle, con dinámicas explosiones de diversas tonalidades.

Nicole miró en derredor deteniendo la vista nada más que un instante en cada uno de los extravagantes seres que la contemplaban. Después, inclinó la cabeza hacia atrás y miró con fijeza la cúpula verde que estaba muy en lo alto: en sitios aislados se podía ver una especie de entramado delgado y flexible, pero, en su mayor parte, la cúpula estaba cubierta por un espeso dosel verde.

—Todo el techo está formado por enredaderas que crecen, y otras plantas, así como por los animales parecidos a insectos que recogen las flores y los frutos útiles —oyó que Ellie decía junto a ella—. Es un ecosistema viviente completo, que tiene la ventaja adicional de ser una excelente cubierta para la ciudad, al aislarla herméticamente del frío y de la atmósfera ramanas. Después que se cierren los portones, verán lo confortables que son normalmente las temperaturas dentro de la ciudad.

Esparcidas alrededor de la cúpula vieron alrededor de veinte fuentes muy brillantes de luz, considerablemente más grandes que las luciérnagas individuales que los habían guiado a través del dominio de las octoarañas. Nicole trató de estudiar una de las luces, pero pronto se rindió, porque eran demasiado brillantes para sus ojos.

"A menos que me equivoque", pensó, "toda esta iluminación es provista por enjambres de esas luciérnagas que nos guiaron hasta aquí".

¿Fue la fatiga, la emoción o una combinación de ambas, lo que hizo que Nicole perdiera el equilibrio? Cualquiera que hubiese sido el motivo, mientras contemplaba la cúpula verde que tenía muy por encima de ella, empezó a sentirse como si hubiera estado girando sobre sí misma. Trastabilló y extendió el brazo para asirse de Richard. El aflujo de adrenalina que acompañó su mareo y el miedo súbito hicieron que su ritmo cardíaco aumentara violentamente.

—¿Qué pasa, mamá? —se alarmó Ellie, inquieta ante la palidez de su madre.

—Nada —aseguró Nicole, respirando lenta y prudentemente—. Nada... Simplemente me mareé un instante.

Fijó la mirada en el piso, para recuperar la estabilidad: la calle estaba pavimentada con cuadrados de brillante colorido, que parecían de cerámica. Sentados en la calle, a no más de cincuenta centímetros delante de ella, había tres de los seres más extraños que hubiera visto jamás: eran de tamaño aproximado al de pelotas de básquetbol; su hemisferio superior era de un material azul, ondulante, que, en cierto sentido, se asemejaba tanto a cerebros humanos como a la parte de una medusa que flota sobre la superficie del agua. En el centro de esa masa, que estaba constantemente en movimiento, había un agujero oscuro, redondo, del que salían dos antenas delgadas, de veinte centímetros de largo quizá, con ganglios o nudos separados entre sí dos o tres centímetros, más o menos. Cuando Nicole retrocedió en forma involuntaria, yéndose hacia atrás porque instintivamente se sintió amenazada por esos estrambóticos animales, las antenas de ellos describieron un giro y los tres salieron escapando velozmente hacia el costado de la avenida.

Nicole echó un rápido vistazo en derredor: bandas de color recorrían la cabeza de todas las octoarañas que alcanzaba a ver. *Sabía* que estaban analizando esa última reacción suya. De pronto se sintió desnuda, perdida y completamente abrumada. Desde lo profundo de su ser le llegó una antigua y poderosa señal de angustia. Tuvo miedo de estar a punto de gritar.

—Ellie —dijo con tono calmo—, creo que tuve suficiente por hoy... ¿Podemos ir adentro pronto?

Ellie tomó del brazo a su madre y la guió hacia una entrada que había en la segunda estructura, a la derecha de la avenida.

—Las *octos* estuvieron trabajando día y noche para transformar estos aposentos... Espero que estén satisfactorios.

Nicole siguió mirando con fijeza la escena que se desarrollaba en la calle de las octoarañas, pero lo que estaba viendo ya no penetraba con profundidad en su mente cognitiva:

"Esto es un sueño", pensó, mientras un grupo de delgados seres verdes, que parecían bolas de bowling sobre zancos, pasaba por su campo visual. "Realmente no puede haber un sitio como éste en alguna parte."

—Yo también me estaba sintiendo un poco sobreexcitado —decía Richard—. Tuvimos un susto en el bosque. Y hemos caminado un largo trecho en tres días, en especial para vejetes... No es de sorprender que tu madre quedara desorientada: ese panorama de afuera era fantasmagórico.

—Antes de irse —explicó Ellie—, Archie se disculpó en tres formas diferentes. Trató de aclarar que habían permitido el acceso libre a la zona del portal, en la creencia de que tú y mamá estarían fascinados... Archie no había pensado en el hecho de que podría ser un poco demasiado...

Nicole se sentó lentamente en su cama:

—No te preocupes, Ellie —dijo—, en realidad no me volví tan frágil... Imagino que simplemente no estaba preparada, en especial después de tantos ejercicios y emociones.

—¿Así que preferirías descansar más, mamá, o querrías comer algo?

—Estoy bien, en serio —reiteró Nicole—. Prosigamos con lo que sea que hayas planeado... A propósito, Eponine —dijo, volviéndose hacia la francesa, que había dicho muy poco, después de los saludos iniciales fuera de la ciudad—, debo disculparme por nuestra descortesía: Richard y yo estuvimos tan ocupados hablando con Ellie y viéndolo todo... Olvidé decirte que Max te envía su amor. Me hizo prometerle que, si te veía, te dijera que te extraña tremendamente.

Nicole —contestó Eponine—. He pensado en Max y en el resto de ustedes todos los días, desde que las octoarañas nos trajeron acá.

—¿Estuviste también aprendiendo su lenguaje, como Ellie? —preguntó Nicole.

—No —respondió lentamente Eponine—, estuve haciendo algo por completo diferente... —Echó un vistazo en derredor, en busca de Ellie, que había salido por unos instantes, presumiblemente para disponer la cena. —En realidad, apenas si la vi durante dos semanas, hasta que empezamos a elaborar los planes para la llegada de ustedes.

Se produjo un extraño silencio que duró varios segundos.

—¿Entonces tú y Ellie han sido prisioneras aquí? —preguntó Richard en voz baja— ¿Y descubrieron por qué las secuestraron?

—No, no con exactitud —contestó Eponine.

Se puso de pie en la pequeña habitación:

—Ellie —gritó—, ¿estás ahí? Tu padre está haciendo preguntas...

—Ya voy —oyeron gritar a Ellie. Instantes después regresó a la habitación con la octoaraña Archie detrás de ella. Ellie leyó el gesto en el rostro de su padre. —Conviene que esté Archie —señaló—, y acordamos que cuando les contáramos todo, él podría estar aquí... para explicar y aclarar y, quizá, responder preguntas que nosotras no podemos responder...

La octoaraña se sentó entre los seres humanos y se produjo otro silencio temporario.

—¿Por qué tengo la sensación de que toda esta escena fue ensayada? —preguntó Richard al fin.

Una preocupada Nicole se inclinó hacia adelante y tomó la mano de su hija:

—No hay malas noticias, ¿no, Ellie? Nos dijiste que volverían con nosotros...

—No, mamá. Hay algunas cositas que Eponine y yo queremos decirles... Ep, ¿por qué no empiezas tú?

Bandas de color recorrieron la cabeza de Archie, cuando la octoaraña, que, evidentemente, había estado siguiendo la conversación de cerca, cambió de posición para estar enfrentada de modo más directo con Eponine. Ellie observó las bandas con sumo cuidado.

—¿Qué está diciendo él... o *eso*? —preguntó Nicole. Todavía estaba aturdida por la destreza de su hija con el lenguaje de los alienígenas.

—"Eso" sería estrictamente adecuado, supongo —dijo Ellie con una breve carcajada—, por lo menos eso es lo que Archie me dijo, cuando le expliqué los pronombres... pero Ep y yo usamos "él" y "a él cuando nos referimos tanto a Archie como al Doctor Azul... Como sea, Archie desea que les informe que se nos atendió muy bien, que no hemos sufrido en modo alguno y que únicamente fuimos secuestradas por las octoarañas porque no habían podido idear la manera de establecer con nosotros una interacción sin hostilidades y que permitiera la comunicación...

—El secuestro no es, precisamente, la manera adecuada de empezar interrumpió Richard.

—Le expliqué todo eso a Archie y los demás, papito, y ése es el porqué de que Archie quiere que yo aclare las cosas ahora... Nos *han* tratado magníficamente, y no vi indicación alguna de que su especie sea capaz, siquiera, de llevar a cabo actos hostiles...

—Muy bien —dijo Richard, tu madre y yo entendemos el meollo de este preámbulo...

Se vieron momentáneamente demorados por algunos comentarios en colores que hizo Archie. Después que Ellie le explicó a la octoaraña el significado de "meollo" y "preámbulo", miró a sus padres desde el otro lado de la habitación:

—La inteligencia de las octoarañas realmente deja estupefacto —puntualizó—. Archie nunca me preguntó el significado de una palabra cualquiera más de una vez.

—Cuando llegué aquí —empezó Eponine—, Ellie acababa de empezar a comprender el lenguaje de las octoarañas... Al principio, todo era terriblemente confuso, pero, después de unos días, entendimos por qué nos habían secuestrado.

—Hablamos sobre eso toda una noche —intervino Ellie—. Las dos estábamos pasmadas... No podíamos explicarnos cómo era posible que hubieran sabido...

—¿Saber *qué*? —dijo Richard—. Lo siento, señoras, pero me resulta difícil seguir...

—Ellos sabían que yo tenía RV-41 —explicó Eponine—, y tanto Archie como el Doctor Azul, que es otra octoaraña, médica; lo llamamos Doctor Azul porque cuando habla su banda azul cobalto se derrama muy lejos de los límites normales...

—Aguarden un momento —intervino Nicole, sacudiendo vigorosamente la cabeza—. Déjenme ver si entendí bien: ustedes nos están diciendo que las octoarañas *sabían* que Eponine tenía el virus RV-41 . ¿Cómo puede ser eso posible?

Archie pasó por una larga secuencia de colores, que Ellie le pidió que repitiera.

—Dice que estuvieron vigilando muy de cerca todas nuestras actividades, desde que salimos de Nuevo Edén. Por nuestras acciones, las *octos* dedujeron que Eponine tenía alguna especie de enfermedad incurable.

Richard empezó a recorrer la habitación como un león enjaulado:

—Ésta es una de las afirmaciones más asombrosas que yo haya oído jamás —dijo con apasionamiento. Se dio vuelta hacia la pared, temporariamente perdido en sus pensamientos. Archie le recordó a Ellie que no podía entender cosa alguna, a menos que Richard lo estuviera mirando de frente. Al fin, Richard giró sobre sus talones:

—¿Cómo les fue *posible*...? Mira, Ellie, ¿las octoarañas no son mudas?

Cuando Ellie inclinó la cabeza en gesto de afirmación, Richard y Nicole aprendieron su primer poquito del lenguaje octoaraña: Archie hizo destellar una ancha banda carmesí (lo que indicaba que la oración que seguía sería aseverativa; una amplia banda púrpura, explicó Ellie, siempre precede a una oración interrogativa), a la que siguió una magnífica aguamarina.

—Pero, si son sordas —exclamó Richard—, ¿cómo diablos pudieron determinar que tú tenías RV-41, a menos que fueran maestras en la lectura de la mente o que tuvieran un registro de cada... no, ni aun así es posible.

Volvió a sentarse. Hubo otro período de silencio.

—¿Debo continuar? —preguntó Eponine finalmente. Richard asintió con una inclinación de cabeza.

—Como estaba diciendo, el Doctor Azul y Archie nos explicaron que realmente estaban muy avanzados en biología y medicina... y que si cooperábamos con ellos, verían si, a lo mejor, tenían técnicas que me podrían curar... siempre y cuando, claro está, yo estuviera dispuesta a someterme a todos los procedimientos...

—Cuando les preguntamos *por qué* querían curar a Eponine —añadió Ellie—, el Doctor Azul nos dijo que las octoarañas estaban tratando de preparar el camino para las interacciones armoniosas entre nuestras dos especies.

Tanto Richard como Nicole estaban completamente pasmados por lo que oían. Cruzaron una mirada de escepticismo, mientras Ellie continuaba:

—Como yo todavía era una neófita en el conocimiento del lenguaje, resultaba muy difícil comunicar lo que sabíamos sobre el RV-41. Con el tiempo, después de muchas sesiones largas e intensas de lenguaje, pudimos trasmitírselo a las octoarañas.

—Tanto Ellie como yo tratamos de recordar todo lo que Robert hubiera dicho alguna vez sobre la enfermedad. Todo el tiempo, el Doctor Azul, Archie y dos de las demás octoarañas estuvieron alrededor de nosotras. Nunca hicieron una sola anotación que pudiéramos ver, pero nosotras nunca, jamás, les dimos la misma información dos veces.

—De hecho —añadió Ellie—, toda vez que inadvertidamente repetíamos algo, nos hacían recordar que ya les habíamos dicho eso antes.

—Hace unas tres semanas —continuó Eponine—, las octoarañas nos informaron que su proceso de reunión de informaciones había terminado, y que ahora estaban listas para someterme a algunas pruebas de laboratorio. Explicaron que esas pruebas podían ser dolorosas en algunas ocasiones, y fueron extraordinarias, de acuerdo con las pautas humanas. ..

—La mayoría de las pruebas —dijo Ellie— entrañaban la inserción de seres vivos, algunos microscópicos y algunos que Eponine realmente podía ver, en el cuerpo de ella, ya sea a través de inyecciones...

—...o permitiendo que los seres ingresaran a través de mi ser... supongo que el término mejor sería "orificios".

Archie interrumpió aquí y pidió el significado de "inadvertidamente" y de "orificios". Mientras Ellie explicaba, Nicole se inclinó hacia Richard y le preguntó:

—¿Te suena familiar?

Richard asintió con leve inclinación de cabeza:

—Pero nunca tuve alguna clase de interacción... no que pueda recordar, por lo menos... Yo estaba aislado.

—Experimenté algunas sensaciones rarísimas en mi vida —continuaba Eponine—, pero nada como la que sentí el día en que cinco o seis gusanos diminutos, no más grandes que un alfiler, penetraron, arrastrándose, en la parte inferior de mi cuerpo. —Se estremeció. —Me dije que si sobrevivía a los días de tener invadidas mis entrañas, nunca volvería a quejarme de alguna incomodidad física.

—¿Creías que las octoarañas iban a poder curarte? —preguntó Nicole.

—No al principio. Pero, a medida que transcurrían los días, empecé a pensar que era posible. En verdad, pude ver que poseían una capacidad médica por completo diferente de la nuestra... Y tenía la sensación de que estaban haciendo progresos...

Entonces, un día, después que terminó la batería de pruebas, Ellie apareció en mi habitación —durante todo ese tiempo se me mantuvo en alguna otra parte de la ciudad, probablemente en el equivalente octoaraña de un hospital—, y me dijo que las octoarañas habían aislado el virus RV-41 y que entendían cómo operaba en su hospedante, o sea, en mí. Hicieron que Ellie me dijera después que iban a introducir un “agente biológico" en mi sistema, para que localizara el virus RV-41 y lo destruyera por completo. El agente no iba a poder reducir las lesiones ya ocasionadas por el virus, de las que me aseguraron, a través de Ellie, que no eran tan graves, pero que iban a depurar mi sistema del RV-41 por completo.

—Se me indicó que también le explicara —intervino Ellie— que podría haber algunos efectos colaterales debidos al agente. No sabían qué esperar exactamente, pues, claro está, nunca antes habían usado el agente en seres humanos, pero los "modelos" que habían diseñado predecían náuseas y la posibilidad de jaquecas.

—Tuvieron razón en cuanto a las náuseas —recordó Eponine—; vomité cada tres o cuatro horas durante un par de días. Al cabo de ese lapso, el Doctor Azul, Archie, Ellie y las demás octoarañas se juntaron al lado de mi cama para decirme que estaba curada.

—¿¡Quéeé!? —se asombró Richard, parándose de un salto otra vez.

—¡Oh, Eponine! —dijo Nicole de inmediato—, ¡estoy tan feliz por ti! —Se puso de pie y estrechó entre los brazos a su amiga.

—¿Y *crees* eso? —objetó Richard— ¿Crees que los médicos octoaraña, a los que todavía no les es posible entender muy bien cómo funciona el cuerpo humano, podrían conseguir en varios días lo que tu brillante yerno y su personal del hospital no pudo lograr en cuatro años?

—¿Por qué no, Richard? Si hubiera sido hecho por El Águila en El Nodo, lo habrías aceptado de inmediato. ¿Por qué las octoarañas no pueden estar mucho más avanzadas que nosotros en biología? Piensa en todo lo que hemos visto. ..

—Muy bien —dijo Richard. Meneó la cabeza, como rechazando la idea y, después, se volvió hacia Eponine:

—Lo siento —declaró—, pero es que sencillamente me resulta difícil... Felicitaciones. Estoy sumamente encantado. —Abrazó a Eponine desmañadamente.

Mientras hablaban, alguien, sin hacer el menor ruido, había apilado hortalizas frescas y agua junto a la puerta de la habitación de los seres humanos. Nicole vio los elementos para el festín cuando fue a usar el baño.

—Esa debe de haber sido una experiencia pasmosa —le comentó a Eponine, cuando regresó a donde todos los demás estaban sentados.

—Decir eso es poco —contestó ésta, y sonrió—. Aun cuando siento en mi corazón que estoy curada, no puedo esperar a recibir la confirmación de ti y del doctor Turner.

Tanto Richard como Nicole quedaron sumamente cansados después de la opípara cena. Ellie dijo a sus padres que había algunos otros puntos que deseaba discutir con ellos, pero que eso podía esperar hasta después que hubieran dormido.

—Ojalá yo pudiera recordar más sobre el período que pasé con las octoarañas antes de que llegáramos a El Nodo —dijo Richard, cuando él y Nicole estaban acostados en la gran cama provista por sus anfitriones—. Entonces quizá podría entender mejor lo que siento respecto de lo que nos contaron Ellie y Eponine.

—¿Todavía dudas de que esté curada?

—No sé, pero debo admitir que estoy bastante perplejo por la diferencia de comportamiento que hay entre estas octoarañas y las que me examinaron y sometieron a pruebas hace años... Ni se me ocurre que las *octos* que había en *Rama II* me hubieran rescatado siquiera de una planta devoradora.

—Quizá las octoarañas tienen la capacidad de exhibir un comportamiento con amplias variaciones. Por cierto que eso es válido para los seres humanos; de hecho, es válido para todos los

mamíferos superiores que hay en la Tierra: ¿por qué habrías de esperar que todas las octoarañas sean lo mismo?

—Sé que vas a decir que me estoy comportando como un xenófobo, pero me resulta difícil aceptar estas “nuevas" octoarañas: parecen algo demasiado bueno como para ser cierto. En tu calidad de bióloga, ¿cuál crees que es su rédito, para emplear tu propio término, por ser "buenas con nosotros"?

—Es una pregunta legítima, querido —contestó Nicole—, y desconozco la respuesta. La idealista que hay en mí, empero, quiere creer que nos hemos encontrado con una especie que se comporta, la mayor parte del tiempo, en forma moral, porque hacer el bien es la recompensa en sí que recibe esa especie.

Richard rió:

—Debí haber esperado esa respuesta, especialmente después de nuestra discusión sobre Sísifo, allá en Nuevo Edén.

6

—Encontrarías su idioma fascinante, papito —estaba diciendo Ellie cuando Nicole finalmente despertó, después de dormir durante once horas. Richard y Ellie ya estaban tomando su desayuno. —Es extremadamente matemático. Usan sesenta y cuatro colores en total, pero únicamente cincuenta y uno son lo que nosotros llamaríamos alfabéticos; los otros trece son aclaradores: se los utiliza para especificar tiempos verbales, o para hacer cómputos o, incluso, para identificar comparativos y superlativos. El idioma de las octoarañas es muy elegante, en realidad.

—No puedo imaginar cómo un idioma pueda ser elegante. Tu madre es la lingüista de la familia —dijo Richard—. Yo me las arreglé para aprender a leer en alemán, pero mi manera de hablarlo era atroz.

—Buenos días a todos —saludó Nicole, desperezándose en la cama— ¿Qué hay para desayunar?

—Algunas hortalizas nuevas y diferentes... o, a lo mejor, son frutos, porque no existe equivalencia en nuestro mundo... Casi todo lo que comen las octoarañas es lo que nosotros probablemente llamaríamos *planta*, que obtiene su energía de la luz. Los gusanos prácticamente son lo único que las octoarañas comen de modo regular, y que no obtiene su energía primaria de los fotones.

—¿Así que todas las plantas que había en los campos por los que pasamos consiguen su energía mediante una especie de fotosíntesis?

—Algo similar —respondió Ellie—... si entendí debidamente lo que me dijo Archie... Muy poco se desperdicia en la sociedad de las octoarañas... Esos seres a los que tú y papá llaman "luciérnagas gigantes" revolotean sobre cada campo todas las semanas o todos los meses, durante períodos precisamente programados... Y toda el agua se administra de modo tan cuidadoso como se hace con los fotones.

—¿Dónde está Eponine? —preguntó Nicole, mientras examinaba la comida puesta sobre la mesa que había en medio de la habitación.

—Salió para empacar sus cosas —dijo Ellie—. Además, pensó que realmente no debía tomar parte en la conversación de esta mañana.

—¿Vamos a quedar conmocionados otra vez, como anoche? —preguntó Nicole, con tono jovial.

—Quizá —estimó Ellie pausadamente—. En realidad, no sé cómo van a reaccionar ustedes... ¿Quieren terminar el desayuno antes que empecemos, o debo decirle a Archie que estamos listos?

—¿Quieres decir que la octoaraña va a ser parte de la conversación, y Eponine no? —preguntó Richard.

—Fue elección de ella —aclaró Ellie—. Además, Archie, al menos en su condición de representante de las octoarañas, tiene mucho más que ver en el tema que Eponine.

Richard y Nicole se miraron:

—¿Tienes alguna remota idea de qué se trata todo esto? —preguntó él.

Nicole negó meneando la cabeza:

—Pero muy bien podríamos comenzar —propuso.

Después que Archie ocupó su asiento entre los Wakefield, Ellie informó a sus padres, y todos rieron, que Archie brindaría el "preámbulo". Ellie tradujo, a veces con vacilación, cuando Archie empezó con una disculpa para Richard, por el modo en que había sido tratado por los "primos" de Archie varios años atrás. Explicó que *aquellas* octoarañas, con las que los seres humanos se encontraron en *Rama II* antes de llegar a El Nodo, eran una colonia aparte, que se separó del resto, y nada más que remotamente relacionada con las octoarañas que actualmente estaban a bordo. Archie hizo hincapié en que no fue sino hasta que *Rama III* entró en la esfera de influencia de las octoarañas, que éstas, como especie, llegaron a la conclusión de que la gran espacionave cilíndrica era importante.

Unos pocos sobrevivientes de aquella *otra* colonia de octoarañas, un "grupo sumamente inferior" según Archie (éste fue uno de los momentos en los que Ellie le pidió que repitiera lo que estaba

diciendo), todavía eran pasajeros en *Rama III* cuando la espacionave fue interceptada, en una etapa temprana de su trayectoria, por la actual colonia de octoarañas, a la que se había seleccionado específicamente para representar a su especie. Los sobrevivientes del grupo escindido fueron eliminados del vehículo, pero se conservaron todos sus registros. Archie, y los demás de la colonia, se enteraron de los detalles de lo que le había pasado a Richard en aquel entonces y, ahora, deseaban corregir lo hecho en ese tratamiento.

—¿Así que todo este preámbulo, amén de ser fascinante, es una esmerada disculpa para mí?

Ellie asintió con la cabeza y Archie hizo destellar la ancha banda carmesí, a la que siguió la aguamarina brillante.

—¿Puedo hacer una pregunta, antes de que continuemos? —intervino Nicole y se volvió hacia la octoaraña—. Presumo, por lo que nos dijiste, que tú y tu colonia abordaron *Rama III* durante el período en el que todos nosotros dormíamos: ¿sabían que estábamos ahí?

Archie respondió que las octoarañas suponían que los seres humanos estaban viviendo dentro del hábitat situado más al norte, pero no lo supieron con seguridad hasta que se violó por primera vez el sello externo del hábitat humano. Para ese momento, según Archie, la colonia de octoarañas ya estaba establecida desde hacía doce años, según la cronología de los seres humanos.

—Archie insistió en dar la disculpa él mismo —dijo Ellie, lanzando una rápida mirada a su padre y esperando que respondiera.

—Muy bien, la acepto... creo —contestó Richard—, aunque no tengo la menor idea de cuál deba ser el protocolo adecuado...

Archie le pidió a Ellie que definiera "protocolo". Nicole rió:

—Richard —comentó—, a veces eres tan ceremonioso.

—Sea como fuere —volvió a decir Ellie—, y para ahorrar tiempo, todo lo demás se lo voy a decir yo misma: según Archie, los registros de la colonia separada muestran que llevaron a cabo varios experimentos en ti, la mayoría de los cuales está prohibida en las colonias de octoarañas a las que Archie califica como "sumamente desarrolladas": Uno de los experimentos, papito, tal como sugeriste a menudo, entrañaba la inserción en tu cerebro de una serie de microbios especializados, para borrar todo recuerdo del tiempo que permaneciste con las octoarañas. A Archie y las demás les informé que el experimento con la memoria fue en su mayor parte, pero no en su totalidad, un éxito...

"El experimento más complejo que llevaron a cabo en tu cuerpo fue un intento por alterar tu esperma: la colonia escindida de octoarañas sabía hacia dónde iba *Rama II*, como lo que sabía nuestra familia. Creyeron que, quizá, los seres humanos y las octoarañas que estaban a bordo estarían coexistiendo durante siglos, quizá hasta durante evos, y decidieron que resultaba absolutamente esencial que las dos especies se comunicaran.

"Lo que intentaron hacer fue alterar los cromosomas de tus espermatozoides, de modo que tu descendencia tanto tuviera ampliada facilidad para aprender idiomas, como una mayor resolución visual de los colores. En síntesis, trataron de diseñarme mediante ingeniería genética —pues yo fui el único hijo que nació de ti y mamá después de aquella prolongada odisea—, de modo que yo pudiera tener la capacidad de comunicarme con ellos sin excesivas dificultades. Para conseguir esto, metieron en tu cuerpo un conjunto de seres especiales...

Ellie se detuvo. Tanto Richard como Nicole la contemplaban con estupor:

—¿Así que tú eres una especie de híbrido? —preguntó Richard.

—Quizás un poco —aceptó Ellie, riendo para descargar la tensión—. Si entendí correctamente, se alteró nada más que unos pocos miles de las tres mil millones de kilobases que definen mi genoma... Y hablando de eso: a Archie y las octoarañas les agradaría revalidar, para las investigaciones científicas que están realizando, que yo soy, en verdad, el resultado de un espermatozoide alterado. Querrían sangre y otras muestras celulares de ustedes dos, así pueden llegar a la conclusión inequívoca de que yo no pude haber venido de una unión "normal" de ustedes dos. Entonces, sabrían con certeza que mi facilidad con su idioma fue, en verdad, "fabricada", y no tan sólo una increíble buena suerte.

—¿Qué importancia tiene en estos momentos? —preguntó Richard—. Yo pensaría que todo lo que cuenta es que te puedes comunicar...

—Me sorprendes, papá: tú, que siempre has sido un fanático del conocimiento... La sociedad octoarácnida ubica la información en la cima de la escala de valores. Están virtualmente seguros, como resultado de la serie de pruebas que me hicieron, más los registros que llevaba el grupo desgajado, de que yo soy, en verdad, el resultado de un espermatozoide modificado. La observación detallada de los genomas de ustedes dos, empero, les permitiría confirmarlo.

—Muy bien —accedió Nicole, después de sólo una breve vacilación—. Estoy dispuesta. —Fue hacia Ellie y la abrazó con mucha fuerza. —No importa lo que fue que hizo que adquirieras el ser,

eres mi hija y te amo con todo mi corazón. —Lanzó una rápida mirada a Richard. —Y estoy segura de que tu padre va a estar de acuerdo no bien haya tenido tiempo para pensar sobre eso.

Nicole sonrió a Archie. La octoaraña hizo destellar el amplio carmesí, a lo que siguieron un azul cobalto más estrecho y un brillante amarillo: la frase quería decir "Gracias", en idioma octoarácnido.

A la mañana siguiente, Nicole deseó haber hecho algunas preguntas más, antes de ofrecerse de buen grado para ayudar a las octoarañas en su investigación científica. Justo después del desayuno, al constante compañero alienígena de los seres humanos se le unieron dos octoarañas más en el pequeño departamento. Una de las recién llegadas, presentada por Ellie como "Doctor Azul, un erudito en medicina sumamente distinguido", explicó lo que iba a pasar: el procedimiento para Richard iba a ser sencillo y directo. Fundamentalmente, las *octos* sólo querían datos suficientes sobre Richard como para corroborar el registro histórico de su visita, años atrás, a la colonia desgajada.

En cuanto a Nicole, ya que la base octoarácnida de datos no contenía información fisiológica sobre ella, y del examen detallado de Ellie las *octos* ya sabían que el modo en que las características genéticas humanas se expresan es dominado por la contribución de la madre a la descendencia, se necesitaría un procedimiento mucho más detallado. Doctor Azul propuso efectuarle a Nicole una compleja serie de pruebas, la más importante de las cuales comprendía la recolección de datos dentro de su cuerpo, por medio de una docena de seres diminutos, enroscados, que tenían unos dos centímetros de largo y el ancho de un alfiler. Nicole dio un respingo de terror cuando la octoaraña médico sostuvo en alto el equivalente de una bolsa de plástico y ella vio, por primera vez, los seres viscosos, retorciéndose como víboras, que iban a estar dentro de ella.

—Pero creí que todo lo que necesitaban era mi código genético objetó—, y eso figura en todas y cada una de mis células... No debería ser necesario...

Colores brillantes rodearon la cabeza de Doctor Azul, cuando la octoaraña interrumpió antes de que Nicole tuviera la oportunidad de terminar su protesta.

—Nuestras técnicas para la extracción de su información genómica —dijo Doctor Azul a través de Ellie— no están muy avanzadas aún. Nuestros métodos funcionan mejor si contamos con muchas células, escogidas de varios órganos diferentes y subsistemas biológicos.

Después, el médico cortésmente le volvió a agradecer su cooperación, terminando con la secuencia de bandas azul cobalto y amarillo brillante que Nicole ya había aprendido a interpretar. La parte azul del "gracias" se —derramó por el costado de la cabeza de Doctor Azul, produciendo un hermoso efecto visual que, momentáneamente, distrajo a la lingüista que había en Nicole:

"Así que mantener esas bandas de color regulares debe de ser un comportamiento aprendido", pensó, "y nuestro médico tiene una especie de defecto en el habla."

Su atención debió regresar forzosamente, pocos instantes después, al procedimiento inminente —cuando Doctor Azul explicó que los seres enroscados perforarían la piel de Nicole, penetrando en su cuerpo y, después, permanecerían dentro de ella durante media hora.

"Puajj", pensó Nicole de inmediato, "son como sanguijuelas."

Le pusieron uno sobre el antebrazo. Nicole alzó el brazo delante de la cara y observó al diminuto animal abrirse camino por su piel como si fuera un tomillo. No sintió nada mientras el ente la invadía pero, cuando desapareció, se estremeció en forma involuntaria.

Se le pidió que se tendiera boca arriba. Entonces, Doctor Azul le mostró dos pequeños seres de ocho patas, uno rojo y uno azul, y cada uno del tamaño de una mosca de la fruta.

—Usted podrá sentir pronto alguna incomodidad —le previno por medio de Ellie—, cuando los trepanadores alcancen sus órganos internos. Estas personitas se pueden utilizar como anestesia, si usted deseara que se le suministre algún alivio contra el dolor.

Menos de un minuto más tarde, Nicole experimentó una aguda sensación de punzadura en el tórax: su primer pensamiento fue que algo le estaba cortando una de las cámaras del corazón. Cuando Doctor Azul vio el rostro de Nicole contraído por el dolor, le colocó los dos bichos anestésicos en el cuello: en nada más que segundos, Nicole quedó suspendida en un peculiar estado entre la vigilia y la ensoñación; todavía podía oír la voz de Ellie, que continuaba explicando lo que estaba ocurriendo, pero no podía sentir lo que pasaba dentro de su cuerpo.

Nicole descubrió que tenía su mirada clavada en la parte frontal de la cabeza de Doctor Azul, ocupado en supervisar todo el procedimiento. Para su gran asombro, pensó que estaba empezando a reconocer expresiones emocionales en las sutiles arrugas de la cara de la octoaraña. Recordó una vez cuando, siendo niña, estuvo segura de que había visto sonreír a su perro.

"Hay tanto por ver", pensó su flotante mente, "tanto más que jamás usamos."

Se sentía pasmosamente en paz. Cerró los ojos por un instante y, cuando los abrió otra vez, era una niña de diez años, que lloraba junto a su padre, mientras el féretro de su madre era consumido

por las llamas en una ceremonia funeraria digna de la reina senoufo. El anciano, su bisabuelo Omeh, vestido con una aterradora máscara para ahuyentar cualquier demonio que quisiera hacer el intento de acompañar a la madre de Nicole al otro mundo, se acercó a la niña y le tomó la mano:

—Es tal como las crónicas profetizaron, Ronata —dijo el anciano, empleando el nombre senoufo de Nicole—. Nuestra sangre se ha dispersado hacia las estrellas.

La jaspeada máscara del médico brujo desapareció en otro conjunto de colores, éstos en bandas que corrían en vetas alrededor de la cabeza de Doctor Azul. Una vez más, Nicole oyó la voz de Ellie. "Mi hija es un híbrido", pensó, sin emoción alguna. "Di a luz algo que es más que humano. Una nueva clase de evolución ha comenzado."

Su mente divagó otra vez, y ahora era un gran pájaro/avión que volaba alto en la oscuridad, por encima de las sabanas de la Costa de Marfil. Nicole había dejado la Tierra, dado la espalda al Sol y se había disparado como un cohete hacia la negrura y el vacío que estaba más allá del sistema solar. Con el ojo de la mente podía ver con claridad el rostro de Omeh:

—Ronata —la llamó en el cielo nocturno de la Costa de Marfil—, no lo olvides: tú eres la elegida.

"¿Y pudo haberlo sabido realmente?", pensaba Nicole, todavía en la zona crepuscular entre la vigilia y el sueño, "hace tantos años en África, en la Tierra? Y de ser así, ¿cómo? ¿O es que todavía hay otra dimensión para la visión, que sólo ahora empezamos a entender?"

Richard y Nicole estaban sentados, juntos, en la semioscuridad. Se encontraban temporariamente solos. Ellie y Eponine habían salido con Archie, haciendo todos los arreglos para la partida, que tendría lugar durante la mañana siguiente.

—Estuviste muy callada todo el día —señaló Richard.

—Sí, así es. Me sentí rara, casi narcotizada, desde el momento mismo en que me sometieron a ese último procedimiento, hoy a la mañana... Mi memoria está desacostumbradamente activa. Estuve pensando en mis padres. Y en Omeh. Y en visiones que tuve hace años.

—¿Te sorprendieron los resultados de las pruebas? —preguntó Richard después de un corto silencio.

—En realidad, no. Supongo que nos ha pasado tanto... Y sabes, Richard, todavía puedo recordar cuando concebimos a Ellie... Todavía no habías vuelto en ti realmente.

—Esta tarde hablé largo y tendido con Ellie y Archie, mientras tú dormías la siesta: los cambios que las octoarañas indujeron en Ellie son permanentes, como mutaciones. Nikki probablemente tiene algunas de esas mismas características; depende de la mezcla genética exacta. Por supuesto, la de ella se va a diluir en otra generación...

Richard no completó su pensamiento. Bostezó y, después, extendió el brazo para tomar la mano de Nicole. Permanecieron en silencio durante varios minutos, antes que ella rompiera el silencio.

—Richard, ¿recuerdas que te hablé sobre las crónicas senoufo? ¿Sobre la mujer de la tribu, la hija de una reina, de la que se profetizó que habría de llevar la sangre senoufo "aun hacia las estrellas"?

—Vagamente. No hemos hablado sobre eso desde hace mucho.

—Omeh estaba seguro de que yo era la mujer de las crónicas... "la mujer sin compañero", la llamaba él... ¿Crees que exista alguna manera posible de que tengamos conocimiento del futuro?

Richard rió:

—Todo lo que hay en la naturaleza obedece ciertas leyes. Esas leyes pueden ser expresadas como ecuaciones diferenciales en el tiempo: si conocemos con precisión las condiciones iniciales del sistema en cualquier época dada, así como las ecuaciones exactas que representan las leyes de la naturaleza, entonces, en teoría, podemos predecir todos los efectos. No podemos, claro está, debido a que nuestro conocimiento siempre es imperfecto y a que las reglas del caos limitan la capacidad de aplicación de nuestras técnicas de estimación...

—Supón —dijo Nicole, apoyándose en un codo— que hubiera personas, o hasta grupos, que no supieran matemática, pero que, de alguna manera, pudieran *ver o sentir*, tanto las leyes como las condiciones iniciales que mencionaste: ¿no podrían quizás, en forma intuitiva, resolver parte, por lo menos, de las ecuaciones y predecir el futuro empleando una perspicacia que nosotros no podemos representar con un modelo ni cuantificar?

—Es posible —aceptó Richard—, pero recuerda: las afirmaciones extraordinarias exigen...

—... demostraciones extraordinarias. Lo sé —convino Nicole. Dejó de hablar un instante. —Me pregunto qué es el destino, entonces. ¿Es algo que los seres humanos urdimos después del hecho? ¿O es real? Y si el destino verdaderamente existe como concepto, ¿cómo se puede explicarlo con las leyes de la física?

—No puedo seguir tu razonamiento, querida.

—Es confuso aun para mí —confesó Nicole— ¿Soy quien soy porque, tal como Omeh insistió cuando yo era una niñita, siempre fue mi destino viajar por el espacio? ¿O soy la persona que soy debido a todas las elecciones que hice personalmente y a las aptitudes que desarrollé en forma consciente?

Richard volvió a reír:

—Ahora te hallas muy cerca de una de las cuestiones filosóficas fundamentales más intrincadas: el debate entre la omnisciencia de Dios y el libre albedrío del hombre.

—No pretendí eso —dijo Nicole con aire reflexivo—. Es, simplemente, que no puedo desembarazarme de la noción de que nada de lo que ha sucedido en mi absolutamente increíble vida haya sido una sorpresa para Omeh.

7

Su desayuno de partida fue un festín: las octoarañas proveyeron más de una docena de frutos y hortalizas diferentes, así como cereal caliente y espeso hecho, según Archie y Ellie, con las altas hierbas que crecían justo al norte de la planta de energía. Mientras comían, Richard le preguntó a la octoaraña qué les había pasado a los pichones de aviano, Tammy y Timmy, así como a los melones maná y al material del sésil: no quedó satisfecho con la respuesta traducida, algo vaga, de que todas las demás especies estaban bien.

—Mira, Archie —dijo Richard con su característica modalidad brusca. Ya se sentía lo suficientemente cómodo con su anfitrión alienígena como para sentir que no era más necesario ser cortés en exceso. —Tengo mucho más que un interés ocasional en esos seres: los rescaté y yo mismo los crié desde que nacieron. Me gustaría verlos, aunque más no sea brevemente... En cualquier circunstancia, creo que merezco una respuesta más definitiva a mi pregunta.

Archie se paró, salió amblando por la puerta del departamento y regresó al cabo de unos pocos minutos:

—Hemos dispuesto que veas a los avianos por ti mismo, hoy, más tarde, durante nuestro viaje de regreso a donde están tus amigos —anunció—. En cuanto a las otras especies, dos de los huevos acaban de completar la germinación y están en el estadio de mirmigatos infantes. Su desarrollo es vigilado muy de cerca en el otro lado de nuestros dominios, y a ti no te es posible visitarlos.

El rostro de Richard se iluminó:

—¡Dos de ellos germinaron! ¿Cómo consiguieron eso?

—Los huevos de la especie sésil deben ponerse durante un mes de tu tiempo en un líquido de temperatura controlada, antes de que comience siquiera el proceso de desarrollo embrionario. —Ellie interpretaba muy lentamente los colores de Archie. —La temperatura tiene que mantenerse dentro de un ámbito extremadamente reducido, de menos de un grado según tus unidades de medida, y en el mismo valor que es óptimo para la manifestación mirmigatuna de la especie. De lo contrario, el proceso de crecimiento y desarrollo no se produce.

Richard estaba que no cabía en sí:

—¡Así que ése era el secreto! —dijo, gritando casi— ¡Maldita sea, debí haberlo supuesto! Por cierto que tuve muchísimos indicios, tanto provenientes de las condiciones imperantes en el interior del hábitat de ellos como de aquellos murales que me mostraron... —Empezó a medir la habitación a zancadas. —Pero, ¿cómo lo sabían las octoarañas? —se preguntó, de espaldas a Archie.

Éste contestó con rapidez, después de la traducción de Ellie:

—Teníamos información de la otra colonia de octoarañas. Sus registros explicaban todo el proceso de metamorfosis de los sésiles.

A Richard le parecía demasiado simple. Por primera vez, sospechó que, quizá, su colega alienígena no le estaba diciendo toda la verdad. Se disponía a formular más preguntas, cuando Doctor Azul entró en el departamento seguido por otras tres octoarañas, dos de las cuales transportaban un objeto hexagonal grande, envuelto en un material parecido al papel.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Esta es nuestra fiesta oficial de despedida —contestó Ellie—, junto con un presente que nos dan los residentes de la ciudad.

Una de las *octos* nuevas le preguntó a Ellie si todos los seres humanos se podrían reunir afuera, en la avenida, para la ceremonia de partida. Éstos tomaron sus pertenencias y salieron por el vestíbulo hacia las luces más brillantes. Nicole quedó sorprendida por lo que vio: exceptuando a las octoarañas que salieron del departamento en fila, detrás del grupo humano, la avenida estaba desierta. Hasta los colores de los jardines parecían estar más apagados, como si, de alguna manera, hubieran sido temporariamente avivados por toda la actividad circundante que tenía lugar dos días atrás, cuando llegaron Richard y ella.

—¿Dónde están todos? —le preguntó a Ellie.

—Todo está muy tranquilo a propósito —contestó la hija—, las *octos* no quisieron abrumarte otra vez.

Las cinco octoarañas se dispusieron en una fila en el medio de la avenida, con el edificio de forma piramidal directamente detrás de ellas. Las dos de la derecha sostuvieron el paquete hexagonal, que era más grande que ellas. Los cuatro seres humanos formaron una fila enfrentada a las octoarañas, justo delante de los portones de la ciudad. La octoaraña del centro, a la que Ellie finalmente presentó como "Principal Optimizadora" (después de varios intentos fallidos para encontrar una palabra exactamente correcta, en el lenguaje humano, que permitiera la descripción que Archie hizo de los deberes de la octoaraña líder), dio un paso al frente y empezó a hablar.

La Principal Optimizadora expresó su gratitud a Richard, Nicole, Ellie y Eponine, incluyendo una nota personal con cada "gracias", y dijo que tenía la esperanza de que esa breve interacción fuera la "primera de muchas" que condujeran a una mayor comprensión entre las dos especies. Después, la octoaraña indicó que Archie iba a partir con ellos, no sólo para que se pudiera continuar y ampliar la interacción sino, también, para demostrarles a los demás seres humanos que ahora existía una mutua confianza entre las dos especies.

Durante una breve pausa, Archie avanzó con torpeza en la zona que había entre las dos filas, y Ellie simbólicamente le dio la bienvenida a su grupo de viajeros. Entonces, las dos *octos* de la derecha descubrieron el obsequio, que era una pintura espléndida y detallada del panorama que Richard y Nicole contemplaron en el momento en que entraron en la Ciudad Esmeralda. La pintura era tan fiel, que Nicole quedó momentáneamente aturdida. Instantes después, todos los seres humanos se acercaron a la pintura para estudiar sus detalles: todos los fantasmagóricos seres figuraban allí, entre ellos los tres onduladores azules, cuyas dos antenas largas, enhiestas y llenas de bultitos, que emergían de una masa corporal apiñada, le recordaron a Nicole lo desorientada que se había sentido el día anterior.

Mientras examinaba la imagen y se preguntaba cómo se la había podido crear, Nicole rememoró el cuasidesmayo que había acompañado el momento en que vio la escena real:

"¿Entonces estaba teniendo una premonición de peligro?", reflexionó, "¿o era algo más?" Desvió la vista de la pintura y observó a las octoarañas que hablaban entre ellas:

"A lo mejor fue una epifanía", pensó, "una explosión instantánea de reconocimiento de algo que está mucho más allá de mi entendimiento. Alguna fuerza o poder nunca antes experimentado por ser humano alguno." Un escalofrío le recorrió la espalda cuando los portones de la Ciudad Esmeralda empezaron a abrirse.

Richard siempre estaba preocupado por dar nombre a las cosas: después de menos de un minuto de inspección de los seres sobre los que iban a —montar, los denominó "avestrusaurios".

—Eso no es muy imaginativo, querido —lo reprendió Nicole.

—Puede que no —contestó él—, pero es una descripción perfecta: son, precisamente, como un gigantesco avestruz con la cara y el cuello de uno de esos dinosaurios herbívoros.

Los seres tenían cuatro patas parecidas a las de los pájaros; un cuerpo suave y cubierto de plumas, con una concavidad excavada en la parte media, en la que se podían sentar con comodidad cuatro seres humanos, y un largo cuello capaz de extenderse tres metros en cualquier dirección. Dado que las patas tenían alrededor de dos metros de largo, el cuello podía llegar sin dificultades hasta el suelo circundante.

Los dos avestrusaurios eran sorprendentemente veloces. Archie, Ellie y Eponine viajaban en uno de esos seres, a cuyo flanco habían atado la gran pintura hexagonal con una especie de cordel. Nicole y Richard estaban solos en el otro avestrusaurio. No había riendas ni algún otro medio evidente para controlar esos animales; no obstante, antes que el grupo hubiese partido de la Ciudad Esmeralda, Archie pasó casi diez minutos "hablándoles".

—Les está explicando toda la ruta —tradujo Ellie en ese momento—, y también está esbozando lo que se debe hacer en caso de accidente.

—¿Qué clase de accidente? —gritó Richard, pero Ellie se limitó a encogerse de hombros como respuesta.

Al principio, tanto Richard, como Nicole se aferraban a las "plumas" que rodeaban la cavidad en la que estaban sentados pero, al cabo de unos minutos, se relajaron. La marcha era muy suave, con muy poco movimiento de subida y bajada.

—Ahora —dijo Richard, después que la Ciudad Esmeralda desapareció de la vista—, ¿supones que estos animales evolucionaron de esta manera por causas naturales, con esta concavidad casi perfecta en medio del lomo... o, de algún modo, los ingenieros octoarácnidos en genética los criaron para el transporte?

—En mi mente no existe la menor duda —contestó Nicole—. Estoy convencida de que la mayoría de los seres vivos con los que nos hemos topado, e incluyendo, por cierto, a esas cosas

enrolladas, oscuras, que se retuercen y que se arrastraron a través de mi piel, fueron diseñados por las octoarañas para cumplir una función específica. ¿De qué otro modo podría ser si no?

—Pero no creerás que a estos animales se los diseñó empezando desde la nada —alegó Richard—. Eso sugeriría una tecnología increíble, que está mucho más allá que cualquier cosa que podamos imaginar siquiera.

—No sé, querido. Quizá las octoarañas viajaron a muchos sistemas planetarios diferentes, y en cada lugar hallaron formas de vida a las que se podía alterar levemente para que encajaran en sus grandes planes simbióticos. Pero ni por un minuto puedo admitir la idea de que esta armoniosa biología apareció nada más que por evolución natural.

Los dos avestrusaurios y sus cinco jinetes fueron guiados por tres luciérnagas gigantes. Después de unas pocas horas, el grupo se aproximó a un ancho lago que se extendía hacia el sur y hacia el oeste. Los dos avestrusaurios se pusieron en cuclillas en el suelo, de modo que Archie y los cuatro seres humanos pudieran descender.

—Vamos a almorzar y a tomar un trago de agua aquí —comunicó Archie a los demás. Le alcanzó a Ellie un recipiente lleno con comida y, después, llevó a los dos avestrusaurios hacia el río. Nicole y Eponine se marcharon en dirección de unas plantas azules que crecían en la orilla del agua, dejando a Richard y Ellie a solas.

—Tu destreza con el idioma de las octoarañas es muy impresionante, por decir lo mínimo —observó Richard, entre bocado y bocado.

Ellie rió:

—Temo que no tan buena como crees. Adrede, las *octos* mantienen sus oraciones muy sencillas para mí, y hablan con lentitud, con bandas anchas... pero estoy mejorando... Seguramente te habrás dado cuenta de que no están utilizando su verdadero idioma cuando nos hablan: no es más que una forma derivada.

—¿Qué quieres decir?

—Se lo expliqué a mamá, allá en Ciudad Esmeralda. Imagino que ella no tuvo oportunidad de decírtelo. —Ellie tragó saliva antes de continuar. —Su *verdadero* idioma tiene sesenta y cuatro símbolos cromáticos, tal como dije, pero once de ellos no son accesibles para nosotros: ocho se encuentran en la parte infrarroja del espectro, y otros tres, en la ultravioleta, así que únicamente podemos distinguir con claridad cincuenta y tres de sus símbolos. Esto representó todo un problema al comienzo... Por fortuna, cinco de los once símbolos de afuera son aclaradores. De todos modos, en consideración a nosotros desarrollaron lo que equivale a un nuevo dialecto de su idioma, empleando nada más que las longitudes de onda cromáticas que podemos ver... Archie dice que este nuevo dialecto ya se enseña en algunas de sus clases avanzadas...

—Asombroso. ¿Quieres decir que han *amoldado* su idioma de modo tal que se acomode a nuestras limitaciones físicas?

—No exactamente, papá: siguen usando su verdadero idioma cuando hablan entre ellos. Ése es el porqué de que yo no siempre entienda lo que están diciendo... No obstante, este nuevo dialecto se desarrolló, y ahora se está ampliándolo, nada más que para hacer que las comunicaciones con nosotros sean lo más fáciles posible.

Richard terminó su almuerzo. Estaba a punto de hacerle a Ellie otra pregunta referente al idioma de las octoarañas, cuando oyó a Nicole lanzar un alarido.

—¡Richard —gritaba desde una distancia de cincuenta metros—, mira hacia allá, en el aire, en dirección al bosque!

Richard estiró el cuello y se hizo sombra a los ojos: en la distancia pudo ver dos pájaros que volaban hacia ellos. Por alguna causa, su reconocimiento se demoró hasta que oyó los familiares chillidos. Entonces, se paró de un salto y corrió en dirección de los avianos. Tammy y Timmy, ahora totalmente crecidos, se lanzaron en picada desde el cielo y aterrizaron al lado de él. Richard se sintió inundado de regocijo, mientras sus pupilos parloteaban incesantemente y apretaban su aterciopelado vientre contra él, para que les hiciera una caricia.

Se los veía perfectamente saludables. No había el menor vestigio de tristeza en sus enormes y expresivos ojos. Tanto Richard como los avianos disfrutaron de la reunión durante varios minutos, antes de que Timmy diera unos pasos hacia atrás, chillara algo en voz muy alta y alzara vuelo. A los pocos minutos regresó con un compañero aviano, una hembra con un plumaje de terciopelo anaranjado como Richard nunca antes había visto. Se sentía un poco confundido, pero se dio cuenta de que Timmy estaba tratando de presentarle a su pareja.

El resto de la reunión con los avianos duró nada más que diez o quince minutos. Archie insistió, después de que hubo explicado que el vasto sistema lacustre proveía casi la mitad del agua dulce de los dominios octoarácnidos, en que la comitiva necesitaba continuar su viaje. Richard y Nicole ya estaban en la concavidad del lomo de su avestrusaurio, cuando los tres avianos partieron. Tammy

revoloteó sobre ellos para darles un parloteo de despedida, evidentemente perturbando al ser sobre el que viajaban los seres humanos. Al fin, siguió a su hermano y la pareja en su vuelo hacia el bosque.

Richard estaba extrañamente callado, mientras sus cabalgaduras también se dirigían hacia el norte, en dirección al bosque.

—Realmente significan mucho para ti, ¿no? —dijo Nicole.

—Sin lugar a dudas. Yo estuve completamente solo, salvo por los pichones, durante un largo tiempo. Timmy y Tammy dependían de mí para su supervivencia... Comprometerme a rescatarlos probablemente fue el primer acto abnegado de toda mi vida; me expuso a nuevas dimensiones, tanto de angustia como de felicidad.

Nicole extendió el brazo y le tomó la mano.

—Tu vida emocional ha pasado una odisea propia, tan diversa en todo aspecto como el viaje físico que efectuaste. —Richard la besó:

—Todavía tengo algunos demonios que no se han exorcizado —admitió—. A lo mejor, con tu ayuda, dentro de otros diez años seré un decoroso ser humano.

—No reconoces tus propios méritos lo suficiente, querido.

—A mi *cerebro* le reconozco muchos méritos —dijo Richard con una sonrisa, cambiando el tono de la conversación—. ¿Y sabes en qué está pensando en este preciso instante? ¿De dónde vino ese aviano con la parte inferior anaranjada?

Nicole parecía perpleja.

—Del segundo hábitat —contestó—. Tú mismo nos dijiste que debía de existir una población de casi mil, antes que las tropas de Nakamura invadieran... Las octoarañas también deben de haber rescatado algunos,

—Pero viví ahí durante meses —se indignó Richard—, y jamás vi siquiera un aviano con la parte inferior anaranjada. Ni uno. Lo habría recordado.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Nada. Tu explicación es positivamente compatible con la navaja de Ockham, pero estoy empezando a preguntarme si, quizá, nuestras amiguitas octoarañas tienen algunos secretos que todavía no discutieron con nosotros.

Llegaron al cobertizo iglú grande, no lejos del Mar Cilíndrico, después de varias horas más. El diminuto iglú refulgente que estaba al lado del grande había desaparecido. Archie y los cuatro seres humanos desmontaron. La octoaraña y Richard desataron la pintura hexagonal y la guardaron apoyándola en el costado del iglú. Después, Archie llevó los avestrusaurios a un costado y les dio instrucciones para su viaje de regreso.

—¿No se pueden quedar un poco? —pidió Nicole—, los niños estarían completamente encantados con ellos.

—Desafortunadamente, no —contestó Archie—. Sólo tenemos unos pocos y están muy solicitados.

Aunque Eponine, Ellie, Richard y Nicole estaban cansados por el viaje, todavía se sentían extremadamente excitados por la reunión que estaba por producirse. Antes de salir del iglú, primero Eponine y después Ellie usaron el espejo y se refrescaron la cara.

—Por favor, a todos ustedes —dijo Eponine—, les pido un favor: no digan nada a nadie sobre mi curación hasta que yo haya tenido la oportunidad de decírselo a Max en privado. Quiero que sea mi sorpresa.

—Espero que Nikki todavía me reconozca —expresó Ellie con nerviosidad, mientras descendían por la primera escalera e ingresaban en el corredor que conducía al rellano. Todo el grupo sufrió un pánico momentáneo al temer que los demás pudieran estar durmiendo, hasta que Richard hizo un cálculo con su algoritmo maestro para horarios, y les aseguró a todos que, debajo de la cúpula arco iris, se estaba en medio de la mañana.

Los cinco salieron al rellano y contemplaron el piso circular debajo de ellos: los mellizos Kepler y Galileo estaban jugando a la mancha, la pequeña Nikki observándolos y riendo. Nai y Max descargaban alimentos de un subterráneo que, en apariencia, había llegado hacía poco. Eponine no pudo contenerse:

—¡Max! —gritó—. ¡Max!

Max reaccionó como si le hubieran acertado un disparó. Dejó caer la comida que estaba transportando y se volvió hacia el rellano. Vio a Eponine saludándolo con la mano y echó a correr como un pura sangre por la escalera cilíndrica. No tardó más de dos minutos en llegar al rellano y extender los brazos para rodear a Eponine.

—¡Oh, francesita —exclamó, levantándola medio metro del suelo y abrazándola con ferocidad—, cómo te extrañé!

8

Archie podía hacer toda clase de pruebas con las pelotas de colores: era capaz de atrapar dos pelotas al mismo tiempo y, después, arrojarlas en direcciones completamente diferentes. Hasta podía hacer malabares con las seis pelotas en forma simultánea, usando cuatro tentáculos, pues necesitaba nada más que los otros cuatro sobre el suelo para mantener el equilibrio. A los niños les encantaba cuando columpiaba a los tres al mismo tiempo. Archie nunca parecía cansarse de jugar con los seres humanos más pequeños.

Al principio, claro está, los niños se asustaron de su visitante alienígena. La pequeña Nikki, a pesar de las repetidas aseveraciones que hizo Ellie, en el sentido de que Archie era amigo, era particularmente cautelosa, debido al recuerdo del terror que le produjo el secuestro de su madre. Benjy fue el primero en aceptarlo como compañero de juegos. Los mellizos Watanabe no estaban lo suficientemente coordinados como para efectuar juegos complicados, así que Benjy estaba encantado de descubrir que Archie alegremente se le uniría en un activo juego de agarrar la pelota o en la versión de Benjy de esquivarla.

Tanto Max como Robert se sentían perturbados por la presencia de Archie: de hecho, alrededor de una hora después de la llegada de los cuatro seres humanos y la octoaraña, Max enfrentó a Richard y Nicole en el dormitorio de éstos.

—Eponine me cuenta —comenzó con ira— que la maldita octoaraña va a *vivir* aquí, con nosotros. ¿Todos ustedes se volvieron locos?

—Piensa en Archie como en un embajador, Max —le contestó Richard—. Las *octos* quieren establecer una comunicación regular con nosotros.

—Pero estas mismas octoarañas secuestraron a tu hija y mi novia, y las retuvieron contra su voluntad durante un mes... ¿Me van a decir que hemos de *pasar por alto* todos sus actos?

—Hubo razones atenuantes para los secuestros —intervino Nicole, intercambiando una breve mirada con Richard—, y a las mujeres se las trató muy bien... ¿Por qué no hablas con Eponine al respecto?

—Eponine no tiene más que elogios para las octoarañas. Es casi como si le hubieran lavado el cerebro... Creía que ustedes dos serían más razonables al respecto.

Aun después que Eponine le informó a Max que las octoarañas la habían curado del RV-41, él seguía siendo escéptico.

—Si eso es verdad —manifestó—, entonces ésa es la noticia más maravillosa que recibí desde que los robotitos aparecieron en la granja y confirmaron que Nicole había llegado sana y salva a Nueva York... pero me está resultando muy cuesta arriba ver a esos monstruos de ocho patas como nuestros benefactores: quiero que el *doc* Turner te examine con mucho cuidado. Si él me dice que estás curada, entonces lo creeré.

Robert Turner fue indisimuladamente hostil hacia Archie desde el principio. Nada de lo que Nicole o, inclusive, Ellie, le pudiera decir podía neutralizar el enojo que todavía sentía por el secuestro de Ellie. Su orgullo profesional también estaba gravemente lesionado por la aparente facilidad con que Eponine había sido supuestamente curada.

—Estás esperando demasiado, Ellie, como siempre —señaló la segunda noche que estuvieron juntos—. Entras aquí, llena de informes brillantes sobre estos alienígenas que te arrebataron de Nikki y de mí, y pretendes que los abracemos de inmediato. Eso no es justo. Necesito tiempo para entender y sintetizar todo lo que me estás diciendo... ¿No te das cuenta de que tanto Nikki como yo estamos traumatizados por tu secuestro? Tenemos profundas cicatrices emocionales, causadas por estos mismos seres a los que ahora quieres que consideremos amigos... No puedo cambiar mi opinión de la noche a la mañana.

A Robert también lo afligía la información que le dio Ellie respecto de las alteraciones genéticas introducidas en el esperma de Richard, aun cuando eso explicaba por qué el genoma de su esposa había desafiado la clasificación en las pruebas que el colega Ed Stafford había llevado a cabo allá, en Nuevo Edén.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila al descubrir que eres un híbrido? —inquirió— ¿No entiendes lo que eso significa?: cuando las octoarañas te modificaron el ADN para mejorar tu resolución visual y hacer que te fuera más fácil el aprendizaje de su idioma, estuvieron manoseando un robusto código genético que evolucionó de manera natural en el transcurso de millones de años. ¿Quién sabe qué susceptibilidades a enfermedades, achaques, o hasta cambios negativos en la fertilidad, pueden aparecer en ti o en generaciones siguientes? Inconscientemente, las *octos* pueden haber condenado a todos nuestros nietos.

Ellie no logró ablandar a su marido. Cuando Nicole empezó a trabajar con Robert para cerciorarse de si Eponine en verdad se había curado del RV-41, Ellie advirtió que Robert se erizaba cada vez que Nicole hacía una afirmación favorable sobre Archie o las octoarañas.

—A Robert le debemos dar más tiempo —aconsejó Nicole a su hija, una semana después del regreso de la Ciudad Esmeralda—. Todavía siente que las octoarañas lo profanaron, no sólo al secuestrarte a ti sino, también, al contaminar los genes de su hija.

—Mamá, hay otro problema también... Casi siento que Robert está *celoso* en cierta forma peculiar. Cree que paso demasiado tiempo con Archie... No parece admitir el hecho de que Archie no se puede comunicar con los demás a menos que yo esté para actuar como intérprete.

—Como ya dije, debemos ser pacientes. Con el tiempo, Robert aceptará la situación.

Pero, en privado, Nicole tenía sus dudas. Robert estaba decidido a encontrar algún resto del virus RV-41 en Eponine y, cuando prueba tras prueba hechas con su relativamente simple equipo no mostraban evidencia de que el patógeno estuviera en el sistema de la muchacha, él seguía solicitando procedimientos adicionales. En la opinión profesional de Nicole, nada se iba a ganar haciendo más pruebas. Aunque existía una probabilidad muy reducida de que el virus los hubiera eludido y estuviera alojado en alguna parte de Eponine, Nicole pensaba que era virtualmente seguro que se la había curado.

Los dos médicos chocaron el día después que Ellie le hubiera confiado a su madre que Robert estaba celoso de Archie. Cuando Nicole sugirió que acabaran las pruebas sobre Ellie y la declararan sana, quedó conmocionada al oír que su yerno proponía abrir la cavidad torácica de Eponine y extraer una muestra directa de los tejidos que rodeaban el corazón.

—Pero, Robert —objetó—, ¿alguna vez tuviste un caso en el que tantas pruebas más hubieran sido virus-negativas, pero el patógeno todavía estuviera localmente activo en la región cardíaca?

—Sólo cuando la muerte era inminente y el corazón ya se había deteriorado —admitió Robert—, pero eso no impide que la misma situación pueda ocurrir más temprano en el ciclo de la enfermedad.

Nicole estaba azorada. No discutió con Robert, pues pudo darse cuenta, por la rígida configuración de los músculos de su yerno, que él ya había decidido cuál seria su próximo curso de acción.

"Pero la cirugía a cielo abierto, de cualquier clase, es riesgosa, aun en las diestras manos de Robert", pensó. "En este ambiente, cualquier clase de accidente podría dar por resultado la muerte. Por favor, Robert, recupera tus cabales. Si no lo haces, me veré forzada a oponerme a ti, en nombre de Eponine."

Max pidió hablar con Nicole en privado, muy poco después de que Robert recomendara que se efectuara una cirugía de corazón.

—Eponine está asustada —le confió—, y yo también... Eponine volvió de la Ciudad Esmeralda más llena de vida que lo que jamás la vi. Al principio, Robert me dijo que las pruebas estarían terminadas en unos días... Se arrastraron durante casi dos semanas y ahora dice que quiere tomar una muestra tisular del corazón de Eponine...

—Lo sé —contestó Nicole con tono sombrío—. Anoche me dijo que iba a recomendar el procedimiento de cielo abierto.

—Ayúdame, por favor —dijo Max—. Quiero estar seguro de entender adecuadamente los hechos: tú y Robert le examinaron la sangre muchas veces, así como otros varios tejidos corporales que, a veces, muestran diminutas cantidades del virus, ¿y todas las muestras fueron inequívocamente negativas?

—Así es.

—¿No es cierto que todas las otras veces que a Eponine se la examinó, desde el momento mismo en que se la diagnosticó por primera vez como portadora positiva del RV-41, hace años ya, sus muestras de sangre indicaron la presencia del virus?

—Sí —contestó Nicole.

—Entonces, ¿por qué Robert quiere operar? ¿Es que, sencillamente, no quiere creer que está curada, o es que tan sólo es excesivamente cuidadoso?

—No me es posible responder por él —dijo Nicole. Miró de modo escrutador a su amigo y supo, de una sola vez, cuál sería la pregunta siguiente que él le haría y cómo ella iba a responderle.

"Hay decisiones difíciles que todos nosotros debemos tomar en la vida", pensaba. "Cuando yo era más joven, de modo consciente traté de evitar ponerme en una posición en la que me viera forzada a tomar tales decisiones. Ahora entiendo que, al evitarlas, permito que otros decidan por mí... y, a veces, se equivocan."

—¿Si tú fueses el médico de cabecera, Nicole —preguntó Max—, operarías a Eponine?

—No, no lo haría. Estoy convencida de que es casi seguro que Eponine está curada por las octoarañas y que el riesgo de la operación no puede justificarse.

Max sonrió y la besó en la frente.

—Gracias —dijo.

Robert se sentía ultrajado. Les recordó a todos que él había dedicado más de cuatro años de su vida a estudiar esa enfermedad en particular, así como a tratar de descubrir una curación y que, con toda certeza, él sabía más sobre el RV-41 que todos ellos juntos. ¿Cómo era posible que confiaran más en una curación alienígena que en su talento quirúrgico? ¿Cómo podía haberse atrevido su propia suegra, cuyo conocimiento del RV-41 se limitaba a lo que él mismo le había enseñado, a expresar una opinión diferente de la suya? No podía aplacarlo ningún miembro del grupo, ni siquiera Ellie, a la que, finalmente, desterró de su presencia, después de varios cambios desagradables de palabras.

Durante dos días, Robert rehusó salir de su habitación. Ni siquiera contestaba cuando su hija Nikki le deseaba "Felices sueños, papito", antes de irse a dormir la siesta o a la noche. Su familia y sus amigos estaban profundamente angustiados por su tormento, pero no se les ocurría cómo aliviar su dolor. La cuestión de la estabilidad mental de Robert surgió en varias conversaciones. Todos coincidían en que parecía estar "fuera de lugar" acá, desde el momento mismo de la fuga de Nuevo Edén, y que su conducta se había vuelto aún más errática e impredecible después del secuestro de Ellie.

Ésta le confió a su madre que Robert se mostraba "peculiar" con ella, desde su reciente reencuentro.

—No se acercó a mí, como mujer, ni siquiera una vez —confesó con tristeza—. Fue como si sintiera que yo estaba contaminada por mi experiencia... Sigue diciendo cosas extravagantes, como "Ellie, ¿*querías* que te secuestraran?".

—Siento pena por él —contestó Nicole—. Está soportando una carga emocional tan grande, que se remonta hasta la época de Texas. Todo esto simplemente fue demasiado. Deberíamos hacer...

—Pero, ¿qué podemos hacer por él ahora? —interrumpió Ellie.

—No lo sé, querida —confesó Nicole—. Sencillamente no lo sé.

Ellie trató de pasar el difícil momento ayudando a Benjy con sus lecciones de idioma octoarácnido. Su medio hermano estaba completamente fascinado por todo lo concerniente a los alienígenas, incluso la pintura hexagonal de las octoarañas, que habían traído de la Ciudad Esmeralda: varias veces por día se quedaba con la mirada fija en la pintura, y nunca perdía la oportunidad de hacer preguntas sobre los asombrosos seres representados en ella. A través de Ellie, Archie siempre respondía pacientemente todo lo que Benjy preguntaba.

Benjy había decidido, poco después de empezar a jugar de modo regular con Archie, que deseaba aprender a reconocer algunas frases, por lo menos, del vocabulario octoarácnido. Benjy sabía que Archie podía leer los labios, y quería mostrarle a la octoaraña que aun un "ser humano lerdo" podía, si se le enseñaba debidamente, adquirir una comprensión suficiente del lenguaje octoarácnido como para sostener una conversación sencilla.

Ellie y Archie iniciaron a Benjy en los conceptos fundamentales. Aprendió los colores de las octoarañas para decir "sí", "no", "por favor" y "gracias" sin dificultad. Los números fueron bastante fáciles de aprender también, porque tanto los numerales cardinales, como los ordinales, eran, esencialmente, secuencias combinatorias de dos colores básicos, rojo sangre y verde malaquita, que se usaban en forma de código binario y que, en el transcurso de la oración, se señalaban con un clarificador color salmón. Lo que a Benjy le presentó mayor problema fue comprender que los colores individuales, por sí mismos, carecían de significado: una banda color siena tostado, por ejemplo, representaba el verbo "entender" si venía seguido por un malva y, después, un clarificador; no obstante, si a la combinación siena tostado/malva la seguía un bermejo, el símbolo de tres bandas quería decir "planta que florece".

Ni los colores individuales eran miembros de un alfabeto, en sentido estricto: en ocasiones, el ancho de los colores, cuando se los comparaba con otros en la secuencia más larga que definía una

sola palabra, cambiaba el significado por completo. La combinación siena tostado/malva únicamente significaba "entender" si las dos bandas eran del mismo ancho aproximado. La palabra definida por un siena tostado estrecho, seguida por un malva con un ancho aproximadamente doble, era "capacidad".

Benjy luchaba con el idioma, haciendo todas las repeticiones que se le exigían, con un ahínco poco frecuente. Su pasión por aprender reconfortaba el corazón de Ellie, en un momento en el que ella se sentía profundamente afligida. No sabía cómo se iba a resolver la crisis con Robert.

En el comienzo del tercer día del autoimpuesto exilio de Robert en su habitación, el subterráneo arribó a su ranura, tal como se esperaba, con su provisión de mitad de semana de comida y agua... sólo que esta vez había dos nuevas octoarañas en el tren. Se apearon y mantuvieron una detallada conversación con Archie. La familia se reunió, esperando alguna noticia fuera de lo común:

—Hay tropas humanas otra vez en Nueva York —informó Archie—, y están en el proceso de romper el sello que impide el paso hacia nuestra madriguera. No es más que cuestión de tiempo el que descubran los túneles del subterráneo.

—Entonces, ¿qué debemos hacer ahora? —preguntó Nicole.

—Nos gustaría que vengan y vivan con nosotros en la Ciudad Esmeralda —contestó Archie—. Mis colegas previeron esta posibilidad y ya terminaron el diseño de una sección especial en la ciudad nada más que para ustedes. Podría estar lista en unos pocos días más.

—¿Y qué pasaría si no quisiéramos ir? —intervino Max.

Archie conferenció brevemente con las otras dos octoarañas:

—Entonces se pueden quedar aquí y esperar a las tropas —dijo—. Les brindaremos tanta comida como podamos, pero empezaremos a desmantelar el subterráneo no bien hayamos evacuado a todas nuestras compañeras del lado norte del Mar Cilíndrico.

Archie continuó hablando, pero Ellie dejó de traducir. Varias veces le pidió a la octoaraña que repitiera sus frases siguientes antes de darse vuelta, un poco pálida, hacia sus amigos y familia.

—Por desgracia —tradujo—, nosotras, las octoarañas, debemos preocuparnos por nuestro propio bienestar. Por consiguiente, cualquiera de ustedes que decida no venir padecerá el bloqueo de la memoria de corto plazo, y no podrá recordar en detalle suceso alguno de todas estas últimas semanas.

Max lanzó un silbido:

—Adiós a la amistad y la comunicación —comentó—. Cuando las papas queman, todas las especies usan la fuerza.

Se acercó a Eponine y le tomó la mano. Ella lo miró con curiosidad cuando la llevó hasta pararse frente a Nicole:

—¿Nos casarías, por favor? —pidió Max.

Nicole estaba turbada:

—¿Ahora mismo? —preguntó.

—Justo ahora, en este mismísimo instante. Amo a esta mujer que está a mi lado, y quiero pasar con ella una luna de miel orgiástica allá arriba, en ese iglú, antes que se arme el pandemónium.

—Pero no estoy calificada... —protestó Nicole.

—Eres lo mejor que hay a mano —la interrumpió Max—. Vamos, por lo menos haz una buena aproximación. —La estupefacta novia estaba radiante.

—¿Quieres tú, Max Puckett, tomar a esta mujer, Eponine, por esposa? —recitó Nicole, vacilante.

—*Sí quiero*, y debí haberlo hecho hace meses —contestó Max.

—¿Y quieres tú, Eponine, tomar a este hombre, Max Puckett, por esposo?

—¡Oh, sí, Nicole, con gusto!

Max atrajo a Eponine hacia él y la besó apasionadamente:

—Y ahora, *Ar-chi-bald* —dijo mientras él y Eponine enfilaban hacia la escalera, en el caso de que te lo estés preguntando, la francesita y yo pretendemos ir con ustedes a esa Ciudad Esmeralda de la que ella habla tanto, pero, durante las veinticuatro horas siguientes, y quizá durante más tiempo, si ella tiene suficiente energía, vamos a estar ausentes, y no queremos que se nos perturbe.

Max y Eponine caminaron rápidamente hacia la escalera cilíndrica y desaparecieron. Ellie casi había terminado de explicarle a Archie lo que ocurría, cuando los recién casados aparecieron en el rellano y saludaron agitando la mano. Todos rieron, cuando Max tironeó de Eponine para hacerla volver al corredor.

Bajo la tenue luz, Ellie se sentó sola contra la pared.

"Es ahora o nunca", pensó. "Debo intentarlo una vez más."

Recordó la escena de furia de varias horas atrás:

—¡Pero claro que deseas irte con tu amigo Archie, la octoaraña! —había dicho Robert con amargura—, y esperas llevar a Nikki contigo.

Todos los demás van a aceptar la invitación —fue la respuesta de Ellie, que ni siquiera intentaba ocultar las lágrimas—. Por favor, ven con nosotros, Robert. Son una especie muy dulce, con un elevado sentido de la moral.

—Les lavaron el cerebro a todos ustedes —replicó Robert—. De algún modo los sedujeron, para que crean que ellos son aun mejores que los de la propia especie de ustedes. —Después, la miró con repugnancia:

—Tu propia especie —repitió—. ¡Qué chiste! Pero vamos, si creo que eres tanto octoaraña como ser humano.

—Eso no es cierto, querido. Ya te dije varias veces que sólo se hicieron modificaciones muy pequeñas... Soy tan ser humano como tú...

—¿Por qué, por qué, *por qué*? —gritó Robert repentinamente—. ¿Por qué te permití que me convencieras de venir a Nueva York en primer lugar? Debí haberme quedado allá, donde estaba rodeado por cosas que entendía...

A pesar de las súplicas de Ellie, Robert se mantenía inflexible: no iba a ir a la Ciudad Esmeralda. Hasta parecía estar extrañamente complacido de que las octoarañas le bloquearan la memoria de corto plazo:

—Quizá —declaró, con una risa desagradable— no voy a tener recuerdo alguno de tu regreso. No recordaré que mi esposa y mi hija son híbridos, y que mis amigos íntimos no tienen respeto por mi capacidad profesional... Sí, podré olvidar la pesadilla de estas últimas semanas y recordar solamente que me fuiste arrebatada, como lo fue mi primera esposa, mientras todavía te amaba con desesperación.

Robert recorría la habitación soltando maldiciones. Ellie trató de apaciguarlo y confortarlo.

—No, *no* —gritaba él, echándose atrás como picado por una víbora para evitar el contacto con Ellie—. Es demasiado tarde. Hay demasiado dolor. No lo puedo soportar más.

En las primeras horas del atardecer, Ellie fue a pedir consejo a su madre, que no pudo brindarle alivio alguno. Sí coincidió con su hija en que Ellie no debía rendirse, pero también le advirtió que nada, en la conducta de Robert, sugería que él podría cambiar de parecer.

Por sugerencia de Nicole, Ellie se acercó a Archie, y solicitó un favor de la octoaraña: si Robert insistía en no ir con ellos, le imploró Ellie, ¿sería posible que Archie, o una de las otras octoarañas, llevara a Robert de vuelta a la madriguera, donde sería hallado con facilidad por los demás seres humanos? Con renuencia, Archie aceptó.

Te amo, Robert, se dijo Ellie, cuando finalmente se puso de pie. *Y Nikki te ama también. Queremos que vengas con nosotras, pues tú eres mi marido y su padre.* Hizo una profunda inspiración y entró en su dormitorio.

Hasta Richard tenía lágrimas en los ojos cuando un mascullante Robert Turner, después de intercambiar un fuerte abrazo final con su esposa y su hija, salió detrás de Archie caminando con vacilación, en dirección al subterráneo, que estaba a nada más que veinte metros de distancia. Nikki lloraba suavemente, pero no pudo haber tenido cabal comprensión de lo que estaba sucediendo: todavía era muy pequeña.

Robert se dio vuelta, saludó levemente con la mano y entró en el tren. Al cabo de pocos segundos, el vehículo aceleró y penetró en el túnel. Menos de un minuto después, el sombrío estado de ánimo general se vio quebrado por gritos de alegría que venían del rellano que estaba por encima del grupo:

—Muy bien, escuchen todos ahí abajo —aulló Max—; es mejor que se preparen para una gran fiesta.

Nicole alzó la vista hacia lo alto de la cúpula y, aun a esa distancia, en la tenue luz, pudo ver la sonrisa radiante de los recién casados. "Y así son las cosas", pensó, con el corazón todavía transido por la pérdida sufrida por su hija, "dolor y alegría. Alegría y dolor. Dondequiera que haya seres humanos. En la Tierra. En nuevos mundos más allá de las estrellas. Ahora y para siempre."

La Ciudad Esmeralda

1

El pequeño transporte sin conductor se detuvo en una plaza circular, desde la cual se extendían calles en cinco direcciones. Una mujer negra con cabello canoso, y su compañera octoaraña, descendieron del coche, dejándolo vacío. Cuando la octoaraña y la mujer caminaron alejándose lentamente de la plaza, el transporte partió con sus luces interiores ahora apagadas.

Una solitaria luciérnaga gigante precedía a Nicole y Doctor Azul, mientras ellos dos continuaban su conversación en la semioscuridad. Nicole tenía la precaución de exagerar cada palabra, de modo que su amigo alienígena no tuviera dificultades para leerle los labios. Doctor Azul contestaba con amplias bandas de colores, utilizando oraciones sencillas que sabía que Nicole entendía.

Cuando llegaron a la primera de cuatro moradas blanco crema de un solo piso, situadas al final del callejón, la octoaraña levantó del suelo uno de sus tentáculos y estrechó la mano de Nicole:

—Buenas noches —contestó Nicole con una débil sonrisa—. Fue un día ajetreado... Gracias por todo.

Después que Doctor Azul entró en su casa, Nicole fue hacia la fuente decorativa que formaba una isla en el centro de la calle y bebió de uno de los cuatro grifos que arrojaban un chorro continuo de agua a la altura de la cintura. Parte del agua que la tocó cayó de vuelta en la pila, produciendo una súbita actividad en el poco profundo estanque. Aun bajo la mortecina luz, Nicole podía ver los seres nadadores que se desplazaban velozmente de un lado a otro. "Los limpiadores están en todas partes", pensó, "especialmente cuando nosotros estamos cerca. El agua que tocó mi cara va a estar purificada en cuestión de segundos."

Se dio vuelta y se acercó a la más grande de las tres moradas que quedaban en el callejón. Cuando cruzó el umbral de su casa, la luciérnaga exterior voló con rapidez desde el otro extremo de la calle hasta la plaza. En el patio interior, Nicole tocó levemente la pared, una sola vez, y, al cabo de pocos segundos, delante de ella, en el vestíbulo, apareció una luciérnaga más pequeña, que apenas refulgía. Nicole se detuvo en uno de los dos baños de la familia y, después, se paró un instante en el vano de la puerta que daba a la habitación de Benjy: éste roncaba ruidosamente. Durante casi un minuto, Nicole observó cómo dormía su hijo y, después, continuó por el vestíbulo hasta la alcoba principal, que compartía con su marido.

Richard también estaba dormido. No respondió al suave saludo de Nicole, que se quitó las botas y salió de la habitación. Cuando llegó al estudio, dio dos suaves toques más a la pared, y la iluminación aumentó. El estudio estaba repleto con los componentes electrónicos de Richard, que él había hecho que las octoarañas le juntaran durante un período de varios meses. Nicole rió para sus adentros, mientras pisaba cuidadosamente por entre toda esa cantidad de cosas, para llegar a su propio escritorio. "Richard siempre tiene un proyecto", pensó. "Por lo menos, el traductor va a ser muy útil."

Se sentó en la silla junto al escritorio y abrió la gaveta del medio. Extrajo su computadora portátil, para la cual las octoarañas finalmente habían suministrado aceptables corriente nueva y subsistemas de almacenamiento. Después de traer del menú su diario personal, empezó a escribir en el teclado, echando intermitentes vistazos a la pequeña pantalla del monitor para leer lo que estaba redactando:

DíA 221

Volví a casa muy tarde y, tal como esperaba, todos están durmiendo. Tuve la tentación de sacarme la ropa y acurrucarme en la cama al lado de Richard, pero el día de hoy fue tan extraordinario, que me siento obligada a escribir mientras mis pensamientos y sensaciones todavía están frescos en mi mente.

Tomé el desayuno aquí, como siempre, con todo nuestro clan de seres humanos, alrededor de una hora después de rayar el alba. Nai hablaba sobre lo que los niños iban a hacer en la escuela antes de su larga siesta, Eponine informó que tanto la acidez estomacal como las nauseas de embarazo habían disminuido, y Richard se quejó de que los "magos biológicos" (nuestras anfitrionas

octoaraña, claro) eran mediocres ingenieros en electricidad. Traté de tomar parte en la conversación, pero mi creciente expectación y angustia por las reuniones de hoy a la mañana con los médicos octoaraña seguían ocupando mis pensamientos.

Mi vientre cosquilleaba cuando llegué a la sala de conferencias, en la pirámide, inmediatamente después del desayuno. Doctor Azul y sus colegas médicos estaban prontos, y las *octos* emprendieron de inmediato una prolongada discusión de lo que habían aprendido de las pruebas hechas a Benjy. La jerga médica ya es suficientemente difícil de entender en el propio idioma de una, por lo que, a veces, me era casi imposible seguir lo que estaban diciendo con sus colores. A menudo tenía que pedirles que repitieran.

No pasó mucho tiempo para que su respuesta se hiciera manifiesta: sí, las octoarañas pudieron ver, con toda precisión, en qué parte el genoma de Benjy difería del de todos los demás. Sí, coincidían en que la cadena específica de genes del cromosoma 14 era, casi con certeza, la fuente del síndrome de Whittingham. Pero no, y lo lamentaban mucho, no veían manera alguna —ni siquiera recurriendo a algo que interpreté como trasplante de genes en la que pudieran curar el problema de Benjy. Era demasiado complejo, dijeron, entrañaba demasiadas cadenas de aminoácidos, no tenían suficiente experiencia con seres humanos, había demasiadas probabilidades de que algo pudiera salir terriblemente mal...

Lloré cuando entendí lo que me estaban diciendo. ¿Es que esperaba que me dijeran lo contrario? ¿Creía que, de algún modo, las mismas aptitudes médicas milagrosas que habían liberado a Eponine de la maldición del virus RV-41 podrían tener éxito en la curación del defecto congénito de Benjy? Me di cuenta, en mi desesperación, de que, en verdad, había albergado la esperanza de que ocurriera un milagro, aun cuando mi cerebro reconocía con mucha claridad la diferencia importante que había entre una deficiencia congénita y un virus contraído. Doctor Azul hizo lo mejor que pudo para consolarme. Permití que mis lágrimas de madre brotaran allá, ante las octoarañas, pues sabía que iba a necesitar todas mis fuerzas cuando volviera a casa para contarles a los demás.

Tanto Nai como Eponine supieron el resultado no bien vieron mi rostro. Nai adora a Benjy y nunca deja de elogiar su decisión de aprender, a pesar de los obstáculos. Benjy es sorprendente. Pasa horas y horas en su habitación, trabajando arduamente en todas sus lecciones, luchando durante días para comprender un concepto sobre fracciones o decimales que un niño talentoso de nueve años podría aprender en media hora. Apenas la semana pasada, rebosaba de alegría al mostrarme que podía hallar el mínimo común denominador para sumar las fracciones 1/4, 1/5 y 1/6.

Nai había sido su maestra principal. Eponine, su compinche; Ep probablemente se sentía peor que nadie esta mañana: había estado segura de que, como las octoarañas la curaron con tanta rapidez, el problema de Benjy también sucumbiría a la magia médica de estos seres. No iba a ser así. Eponine sollozó con tanta intensidad y durante tanto tiempo esta mañana, que me preocupé por el bienestar de su bebé. Se palmeó suavemente el hinchado vientre y me dijo que no me preocupara; rió y acotó que su reacción probablemente se debía, sobre todo, a que las hormonas estaban hiperactivas.

Era evidente que los tres hombres estaban perturbados, pero no dejaban traslucir mucho sus emociones: Patrick salió de la habitación con rapidez, sin decir palabra; Max expresó su decepción con un conjunto desusadamente colorido de malas palabras; Richard se limitó a esbozar una mueca de disgusto y meneó la cabeza.

Todos estuvimos de acuerdo, antes que empezaran, en no decirle a Benjy cuál era el propósito verdadero de todos los exámenes que estaban llevando a cabo las octoarañas. ¿Pudo haberlo sabido? ¿Podría haber conjeturado lo que estaba pasando? Quizá. Pero hoy a la mañana, cuando le dije que las octoarañas habían llegado a la conclusión de que él era un joven sano, nada vi en sus ojos que insinuara, siquiera, que estaba al tanto de lo que había tenido lugar. Después que lo abracé muy fuertemente, luchando contra una nueva oleada de lágrimas que amenazaba destruir mi apariencia, volví a mi habitación y permití que la congoja por la deficiencia de mi hijo me agobiara una vez más.

Estoy segura de que Richard y Doctor Azul conspiraron juntos para mantener mi mente ocupada durante el resto del día: yo no había estado en mi habitación desde hacía más de veinte minutos, cuando se oyó un suave toque en la puerta. Richard explicó que Doctor Azul estaba en el patio interior y que otras dos octoarañas científicos estaban esperando por mí en la sala de conferencias: ¿me había olvidado de que para hoy se había programado una detallada presentación sobre el sistema digestivo octoarácnido?

La discusión con las octoarañas resultó ser tan fascinante que, en verdad, pude olvidarme por un rato de que la deficiencia de mi hijo estaba más allá de la magia de su medicina. Los colegas de Doctor Azul me mostraron complejos diagramas anatómicos de las entrañas octoarácnidas,

identificando todos los órganos principales de su secuencia digestiva. Los diagramas hechos en una especie de pergamino o cuero, estaban extendidos sobre una mesa grande.

Me explicaron, en su maravilloso idioma de colores, absolutamente todo lo que le ocurre al alimento dentro de su cuerpo.

El rasgo más inusitado del proceso digestivo de las octoarañas consiste en los dos grandes sacos, o amortiguadores, que hay en ambos extremos del sistema: todo lo que comen va directamente a un amortiguador de ingesta, donde puede reposar durante hasta treinta días. El cuerpo mismo de la octoaraña, en función del nivel de actividad del individuo, determina, en forma automática, la velocidad a la que se va a tener acceso a la comida que hay en el fondo del saco, se la va a descomponer por medios químicos y se la va a distribuir entre las células para suministrarles energía.

En el otro extremo hay un amortiguador de excreción, dentro del cual se descarga todo el material al que el cuerpo de la octoaraña no puede convertir en energía útil. Toda octoaraña saludable, según me enteré, tiene un animal llamado "descomponedor" (ésa es mi mejor traducción de los colores con los que se referían a unos seres diminutos, parecidos a ciempiés, y de los que uno de los médicos depositó dos en mis manos cuando me describían el ciclo de vida de estos seres), que habitan en el amortiguador de excreción. Este animalito nace de un huevo minúsculo que su predecesor depositó dentro de la octoaraña hospedante. El descomponedor es, esencialmente, omnívoro. Consume el noventa y nueve por ciento de los desechos depositados en el amortiguador, durante el mes —medido según la cronología humana— que tarda en llegar a la madurez. Cuando llega a la adultez, el descomponedor deposita dos huevos nuevos, sólo uno de los cuales germina y, después, sale para siempre de la octoaraña en la que estuvo viviendo.

El amortiguador de ingesta está situado justo por detrás y debajo de la boca. Las octoarañas comen muy raramente; sin embargo, lo hacen hasta hartarse cuando tienen comida preparada. Sostuvimos una larga discusión sobre sus hábitos alimentarios. Dos de los hechos que Doctor Azul me contó eran sorprendentes en extremo: primero, que el amortiguador de ingesta vacío lleva a la *octo* a una muerte *inmediata*, y en menos de un minuto; y segundo, que a una octoaraña bebé se le debe *enseñar* a vigilar el estado de su provisión de alimento. ¡Imagínense: no sabe instintivamente cuándo tiene hambre! Cuando Doctor Azul vio el asombro en mi cara, rió (una secuencia todo revuelta de breves estallidos de color) y, después, se apresuró a asegurarme de que la inanición inesperada no es una de las principales causas de muerte entre las octoarañas.

Después de mi siesta de tres horas (todavía no consigo mantenerme durante el largo día octoarácnido sin dormir un poco... de nuestro grupo, sólo Richard es capaz de abstenerse de la siesta en forma regular), Doctor Azul me informó que, debido a mi vivo interés por el proceso digestivo de sus congéneres, las octoarañas habían decidido mostrarme algunas otras características inusitadas de su biología.

Abordé un transporte con las tres *octos*, pasé por uno de los portones que salían de nuestra zona y cruzamos la Ciudad Esmeralda. Sospecho que esta salida también fue planeada para mitigar mi decepción por lo de Benjy. Doctor Azul me recordó, mientras viajábamos (me resultaba difícil prestar profunda atención a lo que me estaba diciendo: una vez que estuvimos fuera de nuestra zona hubo toda suerte de seres fascinantes al lado de nuestro vehículo y por la calle, entre ellos muchos de las mismas especies que vi brevemente durante mis primeros momentos en la Ciudad Esmeralda), que las octoarañas eran un género polimorfo y que había seis manifestaciones adultas separadas de la especie *octo* particular que había colonizado nuestra espacionave *Rama*.

—Recuerda —me dijo con colores— que una de las posibles variaciones de parámetro es el tamaño.

No era posible que yo pudiera haber estado preparada para lo que vi unos veinte minutos después. Descendimos del transporte afuera de un gran depósito. En cada extremo del edificio, desprovisto de ventanas, había dos octoarañas gigantescas, babeantes, con una cabeza de siete metros de diámetro por lo menos, cuerpo que parecía como un dirigible chiquito y tentáculos largos de color gris pizarra, en vez del negro y dorado usual. Doctor Azul me informó que este moro en particular tenía una, y sólo una, función: servir como depósito de alimento para la colonia.

—Cada "atiborrado" (mi traducción de los colores de Doctor Azul) puede almacenar una cantidad de alimento equivalente, en una octoaraña común y corriente, a varios centenares de amortiguadores llenos de comida —informó Doctor Azul—. Dado que nuestros amortiguadores individuales de ingesta retienen lo que corresponde a treinta días de sustento normal, cuarenta y cinco en el caso de una dieta de energía reducida, podrás ver qué vasto almacén representa una docena de estos atiborrados.

Mientras yo miraba, cinco octoarañas se acercaron a una de sus enormes hermanas y dijeron algo con colores. En cuestión de segundos, el ente se inclinó hacia adelante, dobló la cabeza hacia

abajo, casi hasta el suelo, y arrojó una espesa pasta líquida por la boca agrandada, que estaba justo debajo de su lechosa lente. Las cinco *octos* de tamaño normal se juntaron en torno del montículo de pasta y se alimentaron con los tentáculos.

—Practicamos esto varias veces por día, con cada atiborrado —dijo Doctor Azul—. Estos morfos deben tener práctica, pues no son muy inteligentes: puede ser que hayas notado que ninguno de ellos habló con colores. Carecen por completo de la facultad de trasmisión idiomática, y su movilidad es extremadamente limitada. A sus genomas se los diseñó de modo que puedan almacenar alimento en forma eficiente, conservarlo durante largos períodos y regurgitarlo por pedido para alimentar la colonia.

Todavía estaba pensando en los enormes atiborrados, cuando nuestro transporte llegó a lo que se me dijo que era una escuela para octoarañas. Comenté, mientras estábamos cruzando el terreno del edificio, que esa gran construcción parecía desierta. Una de las otras octoarañas médicos dijo algo respecto de que la colonia no había tenido un "reabastecimiento completo reciente", sí es que interpreté correctamente los colores, pero nunca recibí una clara explicación de exactamente qué era lo que se había querido decir con esa observación.

Por uno de los extremos de la instalación escolar entramos en un pequeño edificio sin mobiliario. En el interior había dos octoarañas adultas y alrededor de veinte crías, quizá de la mitad del tamaño de sus compañeras más grandes. Por la actividad era evidente que se estaba desarrollando una especie de ejercicio de repetición. No pude seguir, empero, la conversación entre las crías y sus maestros, tanto debido a que las octoarañas estaban utilizando todo su alfabeto, incluidos el ultravioleta y el infrarrojo, como a que el "habla" de las crías no fluía como las bandas nítidas y regulares que yo había aprendido a leer.

Doctor Azul explicó que estábamos asistiendo a parte de la "clase de medición", en la que a las crías se las educaba para efectuar evaluaciones de su propia salud, lo que comprendía la estimación de la magnitud de comida que contenían sus amortiguadores de ingesta. Después de que Doctor Azul me dijo que "medir" era parte integral del plan de aprendizaje para primeros estudios de las crías, averigüé sobre la irregularidad de los colores que exhibían las crías: Doctor Azul me informó que estas *octos* en particular eran muy jóvenes, que no habían llegado mucho más allá del "primer color", y que apenas si podían comunicar ideas con claridad.

Después que retornamos a la sala de conferencias, se me formuló una serie de preguntas sobre los sistemas digestivos humanos. Las preguntas eran extremadamente complejas (recorrimos, etapa por etapa, el ciclo de Krebs para el ácido cítrico, por ejemplo, y discurrimos sobre otros elementos de la bioquímica humana que apenas podía recordar), y nuevamente me impresionó cuánto más sabían las octoarañas sobre nosotros, que lo que nosotros sabíamos sobre ellas. Como siempre, nunca me fue necesario repetir una respuesta.

¡Qué día! Empezó con el dolor de descubrir que las octoarañas no iban a poder ayudar a Benjy. Más tarde se me hizo recordar cuán flexible es la psiquis humana, cuando realmente se me alzó de mi abatimiento mediante el estímulo de aprender más sobre las octoarañas. Quedé estupefacta por la gama de emociones que poseemos los seres humanos... y con cuánta rapidez podemos cambiar y adaptarnos,

Eponine y yo estábamos hablando anoche sobre nuestra vida aquí, en la Ciudad Esmeralda, y sobre cómo nuestras insólitas condiciones de vida afectarán las aptitudes del hijo que ella está llevando. En un momento dado, Ep meneó la cabeza y sonrió:

—¿Sabes qué es lo asombroso? —dijo—. Henos aquí, un contingente humano aislado, viviendo en dominios alienígenas en el interior de una gigantesca espacionave que se precipita hacia un destino desconocido... Y, sin embargo, nuestros días están llenos de risas, júbilo, tristeza y decepciones, exactamente igual que como serían si estuviéramos aún allá, en la Tierra.

—Esto puede parecer un panqueque —dijo Max—, y puede sentirse como un panqueque cuando se lo pone en la boca por primera vez, pero en realidad esta maldita cosa no tiene el *sabor* de un panqueque.

—Ponle más dulce —dijo Eponine riendo—, y pasa la bandeja para este lado.

Max le alcanzó los panqueques por encima de la mesa:

—Demonios, francesita —dijo—, estas últimas semanas estuviste comiendo todo lo que te caía bajo los ojos. Si no te conociera bien, pensaría que tú y ese niño nuestro por nacer tienen uno de esos "amortiguadores de ingesta" de los que nos hablaba Nicole.

—Sería útil sin embargo —terció Richard distraídamente—, se podría cargar comida y no tener que detener el trabajo tan sólo porque el estómago lo reclama.

—Este cereal es lo mejor hasta ahora —opinó el pequeño Kepler desde el otro extremo de la mesa—. Apuesto a que hasta a Hércules le gustaría...

—Y hablando de Hércules —interrumpió Max en voz más baja, echando furtivas miradas hacia un extremo y el otro de la mesa—, ¿cuál es el propósito de él, o de *eso*? Esa condenada octoaraña aparece todas las mañanas, dos horas después del alba, y se limita a quedarse por ahí. Si los niños están teniendo clase con Nai, él se sienta en el fondo del aula...

—Él juega con nosotros, tío Max —gritó Galileo—. En realidad, Hércules es muy divertido. Hace todo lo que le pedimos... Ayer me permitió usar la parte de atrás de su cabeza como bolsa para practicar box.

—Según Archie —terció Nicole, entre bocado y bocado—, Hércules es el observador oficial: las octoarañas tienen curiosidad por todo. Quieren saber todo sobre nosotros, aun los detalles más insignificantes.

—Eso es grandioso —contestó Max—, pero tenemos un leve problema: cuando tú, Ellie y Richard se van, ninguno de los que quedamos puede entender lo que nos dice. Oh, sí, claro, Nai conoce algunas frases simples, pero nada que sea complicado. Ayer, por ejemplo, mientras todos los demás estaban haciendo su larga siesta, ese maldito Hércules me siguió hasta el cagadero. Ahora bien: no sé cómo es para ustedes, pero a mí me resulta difícil hacer lo que tengo que hacer cuando alguien, incluso Eponine, me puede oír: con un alienígena que me está mirando fijo a unos metros de distancia, el esfínter se me paraliza por completo.

—¿Por qué no le dijiste que se fuera? —preguntó Patrick, riendo.

—Lo hice —contestó Max—, pero se limitó a quedarse mirándome fijo, con fluido dándole vueltas dentro de la lente, y siguió repitiendo el mismo patrón cromático que era totalmente ininteligible para mí.

—¿Puedes recordar ese patrón? —preguntó Ellie—. A lo mejor te puedo aclarar qué te estaba diciendo.

—Demonios, no, no puedo recordarlo. Además, ahora no tiene la menor importancia: no estoy sentado aquí tratando de cagar.

Los mellizos Watanabe prorrumpieron en aullidos de risa y Eponine miró con desaprobación a su marido. Benjy, que había dicho muy poco durante el desayuno, pidió permiso para retirarse.

—¿Estás bien, querido? —preguntó Nicole.

El niño—hombre asintió con una leve inclinación de cabeza y salió del comedor, yéndose hacia su dormitorio.

—¿Sabe algo? —preguntó Nai en tono quedo.

Nicole lo negó, con rápida sacudida de la cabeza, y se dio vuelta hacia su nieta:

—¿Terminaste tu desayuno, Nikki?

—Sí, Nonni —contesto a niñita. Ella también pidió permiso para retirarse e, instantes después, se le unieron Kepler y Galileo.

—Creo que Benjy sabe más de lo que cualquiera de nosotros está dispuesto a reconocerle —manifestó Max no bien los chicos se fueron.

—Puede que tengas razón —asintió Nicole en tono suave—. Pero ayer, cuando hablé con él, no vi señal de que... —Se detuvo en mitad de la frase y se volvió hacia Eponine:

—A propósito: ¿cómo te sientes *tú* esta mañana?

—Fantástico —contestó Eponine—. El bebé estuvo muy activo antes del alba. Pateó con fuerza durante casi una hora... Hasta pude observar sus pies moviéndose por mi panza. Traté de hacer que Max sintiera una de sus patadas, pero él fue demasiado tímido.

—¿Y ahora por qué hablas del bebé llamándolo "él", francesita, cuando sabes muy bien que quiero una niñita que se parezca exactamente a ti...?

—No te creo ni por un instante, Max Puckett —lo interrumpió Eponine— únicamente *dices* que quieres tener una niña, de modo de no decepcionarte. Nada te complacería más que un varón al que pudieras criar para que fuera tu compinche... Además, como ya sabes, es práctica frecuente hablar de *el* bebé, cuando el sexo no es conocido o no está especificado.

—Lo que me lleva a otra pregunta para nuestras *expertas* en octoarañas —dijo Max, después de tomar un sorbo de cuasi-café. Primero le lanzó una mirada a Ellie y, después, a Nicole. —¿Alguna de ustedes sabe de qué sexo, si es que lo tienen, podrían ser nuestras amigas octoarañas? —Rió. —Por cierto que en su cuerpo desnudo no he visto cosa alguna que me dé un indicio...

Ellie negó sacudiendo la cabeza:

—En realidad, no lo sé, Max. Archie me dijo que Jamie no es su hijo, y que tampoco lo es de Doctor Azul, no, por lo menos, en el sentido biológico más estricto.

—Así que Jamie debe de ser adoptado —dedujo Max—. Pero, ¿es Archie el hombre y Doctor Azul la mujer, o viceversa...? ¿O es que los vecinos de al lado son una pareja de homosexuales que está criando un hilo?

—Quizá las octoarañas no tengan lo que llamamos sexo —intervino Patrick.

—Entonces, ¿de dónde vienen las *nuevas* octoarañas? —preguntó Max—. Sin duda, no es que sencillamente se materializan de la nada.

—Las octoarañas son tan evolucionadas en el aspecto biológico —explicó Richard— que pueden tener un proceso de reproducción que a nosotros nos parezca mágico.

—Varias veces le pregunté a Doctor Azul respecto de su reproducción —intervino Nicole—. Dice que es un tema complicado, en especial desde el momento en que las octoarañas son polimorfas, y que me lo van a explicar después que yo entienda los demás aspectos de su biología.

—Ahora, si yo fuese una octoaraña —dijo Max con una amplia sonrisa—, querría ser uno de esos patanes gordos que Nicole vio ayer: ¿no sería grandioso que la única función que uno tuviera que desempeñar en la vida fuese la de comer y comer, almacenando comida para todos tus hermanos de congregación...? ¡Qué vida! Allá en Arkansas conocí al hijo de un criador de cerdos, que era como un a-ti-bo-rra-do, con la única diferencia de que conservaba toda la comida para sí; ni siquiera la compartía con los cerdos... Creo que pesaba casi trescientos kilos cuando murió, a la edad de treinta años.

Eponine terminó su panqueque:

—Los chistes sobre gordos en presencia de una mujer embarazada demuestran falta de sensibilidad —afirmó, fingiendo indignación.

—¡Oh, demonios, Ep! —se defendió Max—, tú sabes que nada de esa basura rige más. Aquí, en Ciudad Esmeralda, somos animales de zoológico y estamos obligados a vivir todos juntos: los seres humanos únicamente se preocupan por el aspecto que tienen si les preocupa que los comparen con alguien más.

Nai pidió permiso para levantarse de la mesa:

—Tengo que completar algunos preparativos más para las lecciones de hoy de los niños —se excusó—. Nikki va a comenzar con el sonido de las consonantes. Ya pasó con facilidad los ejercicios de repetición del alfabeto.

—De tal madre, tal hija —dijo Max. Después que Patrick salió del comedor, dejando nada más que a las dos parejas y a Ellie a la mesa, Max se inclinó hacia adelante, con una sonrisa maliciosa en el rostro:

—¿Mis ojos me están engañando o el joven Patrick está pasando mucho más tiempo con Nai que el que pasaba cuando recién llegamos?

—Estoy convencida de que tienes razón, Max —convino Ellie—. Observé lo mismo. Él me dijo que se siente útil ayudando a Nai con Benjy y los chicos. Después de todo, tú y Eponine están absorbidos el uno con el otro y con el hijo que está por venir, mi tiempo está completamente ocupado entre Nikki y las octoarañas, mamá y papá siempre están atareados...

—No entiendes lo que quiero decir, jovencita —aclaró Max—, me estoy preguntando si tenemos otra *pareja* formándose en nuestro seno.

—¿Patrick y Nai? —preguntó Richard, como si la idea se le acabara de ocurrir por primera vez.

—Sí, querido —asintió Nicole, y rió—. Richard pertenece a esa categoría de genios que poseen aptitudes de observación muy selectiva: ningún detalle de uno de sus proyectos, no importa cuán pequeño, se le escapa. No obstante, no alcanza a ver modificaciones evidentes en la conducta de la gente. Recuerdo una vez, en Nuevo Edén, cuando Katie empezó a usar vestidos muy escotados...

Nicole se detuvo: todavía le era difícil hablar de Katie sin ponerse emotiva.

—Tanto Kepler como Galileo se dieron cuenta de que Patrick anda rondando todo el día —atestiguó Eponine—. Nai dice que Galileo se puso sumamente celoso.

—¿Y qué hace Nai respecto de las atenciones de Patrick? —preguntó Nicole— ¿Está feliz con ellas?

—Ya conoces a Nai: siempre amable, siempre pensando en los demás. Creo que se preocupa por cómo cualquier posible relación entre Patrick y ella pueda afectar a los mellizos.

Todas las miradas se dirigieron hacia el visitante que apareció en el vano de la puerta:

—Bueno, bueno. Buenos días, Hércules —saludó Max, levantándose de su silla—. ¡Qué agradable sorpresa!... ¿Qué puedo hacer por ti esta mañana?

La octoaraña entró en el comedor, mientras los colores se deslizaban alrededor de su cabeza.

—Dice que vino para ayudar a Richard con su traductor automático —tradujo Ellie—... especialmente con las partes que están fuera del espectro que nos es visible.

2

Nicole estaba soñando. También estaba danzando alrededor de una fogata de campamento, en una arboleda de la Costa de Marfil, al compás de un ritmo africano. Omeh guiaba la danza; vestido con el manto verde que usaba cuando fue a visitar a Nicole a Roma, algunos días antes del lanzamiento de la *Newton*. Todos los amigos humanos de Nicole en la Ciudad Esmeralda, más sus cuatro octoarañas amigas más íntimas, también estaban bailando en el círculo de alrededor de la fogata. Kepler y Galileo peleaban. Ellie y Nikki estaban tomadas de la mano. Hércules, la octoaraña, estaba vestido con un traje típico africano en un púrpura subido. Eponine, con su embarazo muy adelantado, se movía con pesadez. Nicole oyó que la llamaban desde afuera del círculo. ¿Era Katie? El corazón le corrió alocadamente cuando se esforzó por reconocer la voz.

—Nicole —dijo Eponine, sentada al lado de su cama—, estoy teniendo contracciones.

Nicole se sentó y aventó de su cabeza lo que estaba soñando:

—¿Con qué frecuencia? —preguntó automáticamente.

—Son irregulares. Tengo algunas con una diferencia de cinco minutos y, después, nada durante media hora.

"Lo más probable es que sean Braxton-Hicks", pensó Nicole, "todavía le faltan cinco semanas para estar en término."

—Ven, tiéndete en el diván —indicó, poniéndose la bata—, y dime cuándo comienza la siguiente contracción.

Max estaba esperando en la sala de estar, después que Nicole hubo terminado de lavarse las manos:

—¿Está teniendo el bebé? —preguntó.

—Probablemente no —contestó Nicole. Empezó a aplicar una leve presión sobre la parte media de Eponine, tratando de localizar al bebé.

Mientras tanto, Max medía la habitación a zancadas irregulares:

—Sencillamente mataría por tener un cigarrillo en este preciso instante —mascullaba.

Cuando Eponine tuvo otra contracción, Nicole observó que había una ligera presión en el cuello uterino, aún no dilatado. Se sentía preocupada porque no estaba del todo segura de dónde estaba el bebé.

—Lo siento, Ep —declaró después de una segunda contracción, cinco minutos después—. Creo que éste es un falso trabajo de parto, una especie de ejercicio práctico que está sufriendo tu cuerpo, pero podría equivocarme... Nunca antes me las tuve que ver con un embarazo en esta etapa sin contar con alguna clase de equipo de seguimiento que me ayudara...

—Algunas mujeres sí tienen bebés tan pronto, ¿no? —preguntó Eponine.

—Sí, pero es raro. Sólo alrededor del uno por ciento de las madres primíparas da a luz más de cuatro semanas antes de la fecha, y eso se debe, casi siempre, a alguna clase de complicación. O herencia... Por casualidad, ¿sabes si tú o alguno de tus hermanos, de cualquier sexo, fue prematuro?

Eponine negó meneando la cabeza:

—Nunca supe cosa alguna de mi familia natural.

"¡Maldición!", pensó Nicole. "Estoy casi absolutamente segura de que éstas son contracciones Braxton-Hicks... Si tan sólo pudiera definirlo con certeza..."

Le indicó a Eponine que se vistiera y regresara a su casa.

—Lleva un registro de tus contracciones. Lo que tiene importancia especial es el intervalo entre el comienzo de dos contracciones sucesivas: si se empiezan a producir en forma regular, cada cuatro minutos, o algo así, sin intervalos de importancia, entonces ven a verme de vuelta.

—¿Podría haber un problema? —le susurró Max a Nicole, mientras Eponine se vestía.

—Poco probable, Max, pero siempre existe la posibilidad.

—¿Qué opinas respecto de solicitar a nuestros amigos, los magos de la biología, algo de ayuda? —preguntó Max—. Por favor, perdóname si te estoy ofendiendo, pero es sólo que...

—Me adelanté a ti, Max. Ya tomé la decisión de consultar con Doctor Azul en la mañana.

Max estaba nervioso desde mucho antes que Doctor Azul empezara a abrir lo que Max denominaba el "frasco de bichos".

—Un momento, Doc —dijo, poniendo la mano con suavidad sobre el tentáculo que sostenía el frasco— ¿Te importaría explicarme qué es lo que estás haciendo exactamente, antes de dejar que salgan esos entes?

Eponine estaba acostada en el sofá de la sala de estar de los Puckett. Estaba desnuda, pero cubierta por un par de sábanas octoarácnidas. Nicole le había estado teniendo la mano mientras las tres octoarañas instalaban el laboratorio portátil. Ahora Nicole se acercó a Max, de modo de poder traducirle lo que Doctor Azul estaba diciendo:

—Doctor Azul no es un experto en este campo —interpretó Nicole—. Dice que una de las otras dos octoarañas tendrá que explicar los detalles del proceso.

Después de una breve conversación entre las tres octoarañas, Doctor Azul se hizo a un lado y otro alienígena se paró directamente delante de Nicole y Max. Doctor Azul informó entonces a Nicole que esta *octo* en particular, a la que llamaba "ingeniero en imágenes", hacía muy poco que había empezado a aprender el dialecto octoarácnido más simple que se usaba para comunicarse con los seres humanos.

—El ingeniero podría ser un poco difícil de entender —manifestó.

—Los diminutos seres del frasco —dijo Nicole varios segundos después, cuando los colores empezaron a fluir alrededor de la cabeza del ingeniero— se denominan... cuadroides de imágenes, creo que sería una traducción satisfactoria... Sea como fuere, son cámaras vivas en miniatura, que van a arrastrarse por el interior de Eponine y tomar fotografías del bebé. Cada cuadroide tiene la capacidad de... varios millones de elementos de imagen fotográfica, los que se pueden asignar a tanto como quinientas doce imágenes por *nillet* octoarácnido. Pueden producir una imagen con movimiento, si así se desea.

Nicole vaciló y se dio vuelta hacia Max:

—Estoy simplificando todo esto, si te parece bien. Todo es sumamente técnico, y todo está en la matemática octal de ellos. El ingeniero estaba explicando ahí, al final, todas las diferentes formas en las que el operador puede especificar que quiere las imágenes... Richard habría estado completamente encantado.

—Hazme recordar qué largo tiene un nillet —pidió Max.

—Alrededor de veintiocho segundos. Ocho nillets hacen un *feng*, ocho fengs hacen un *woden*, hay ocho wodens en un *tert*, y ocho terts en un día octoarácnido. Richard calcula el día de ellos en treinta y dos horas, catorce minutos y poco más de seis segundos.

—Me alegro de que haya alguien que entienda todo esto —declaró Max en tono calmo.

Nicole volvió a mirar de frente al ingeniero en imágenes y la conversación continuó.

—Cada cuadroide de imágenes —tradujo lentamente— penetra en el blanco especificado de la zona, toma las fotografías y después regresa al procesador de imágenes, que es la caja gris que está allá, apoyada en la pared, en el que “vacía" sus imágenes, recibe su recompensa y regresa a la cola.

—¿Qué? —dijo Max—. ¿Qué clase de recompensa?

—Después, Max —señaló Nicole, que estaba luchando por entender una frase que ya le había pedido a la octoaraña que repitiera. Quedó en silencio durante unos segundos, antes de menear la cabeza y volverse hacia Doctor Azul:

—Lo siento —dijo—, pero sigo sin entender esa última frase.

Las dos octoarañas tuvieron un rápido intercambio de conceptos en su dialecto natural y, después, el ingeniero en imágenes volvió a mirar a Nicole de frente.

—Muy bien —dijo ésta al fin—, creo que ahora lo entiendo... Max, la caja gris es una especie de administrador programable de datos, que tanto almacena los datos en células vivas como prepara la transferencia de las imágenes traídas por los cuadroides para que se las proyecte en la pared o en cualquier parte en la que queramos ver la imagen, según el protocolo seleccionado...

—Tengo una idea —la interrumpió Max—. Todo esto va más allá de lo que puedo entender... Si estás segura de que todo este aparataje no va a dañar a Ep en forma alguna, ¿por qué no seguimos adelante con esto?

Doctor Azul había entendido lo dicho por Max. A una señal de Nicole, él y las demás octoarañas salieron del hogar de los Puckett y trajeron del transporte estacionado lo que parecía ser una caja cubierta.

—En este recipiente —le explicó Doctor Azul a Nicole—hay un grupo de veinte o treinta de los miembros más pequeños de nuestra especie, morfos cuya función primordial es la de comunicarse de manera directa con los cuadroides y los otros entes diminutos que hacen que este sistema funcione... Son los morfos quienes manejan el procedimiento en realidad.

—¡Quién lo diría! —exclamó Max, cuando se abrió la caja y las diminutas octoarañas, de nada más que unos centímetros de alto, corretearon en medio de la habitación—, ésas... —Max tartamudeaba por la excitación— son las que Eponine y yo vimos en el laberinto azul, en la madriguera que está del otro lado del Mar Cilíndrico.

—Los morfos enanos —explicó Doctor Azul— reciben nuestras instrucciones y después organizan todo el proceso. Son ellos los que realmente programan la caja gris... Ahora, todo lo que necesitamos para poder empezar es unas pocas especificaciones sobre la clase de imágenes que deseas y dónde quieres verlas.

La gran imagen en colores que apareció en la pared de la sala de estar de los Puckett mostraba un feto masculino precioso, perfectamente formado, que llenaba casi todo el útero de su madre. Max y Eponine celebraron durante una hora, desde el momento mismo en que pudieron distinguir que su hijo por nacer era, ciertamente, un varón. A medida que la tarde avanzaba, y Nicole había aprendido mejor cómo especificar lo que deseaba ver, la calidad de las imágenes mejoró de modo notable. Ahora, la imagen tamaño natural que aparecía en la pared era pasmosa por su claridad.

—¿Puedo verlo patear una vez más? —pidió Eponine.

El ingeniero en imágenes le dijo algo al morfo enano jefe y, en menos de un nillet, se produjo la repetición del momento en que el joven señor Puckett pateaba hacia arriba, contra la panza de la madre.

—¡Mira la fuerza de esas piernas! —exclamó Max. Estaba más calmado ahora. Después que se recuperó de la conmoción de las imágenes iniciales, su preocupación fue toda esa "parafernalia" que rodeaba a su hijo en el útero. Nicole calmó al padre primerizo señalándole el cordón umbilical y la placenta y asegurándole que todo estaba normal.

—¿Así que no voy a tener a mi hijo antes de tiempo? —preguntó Eponine, cuando terminó la repetición de la película.

—No —contestó Nicole—. Mi presunción es que te quedan cinco o seis semanas más. Con frecuencia, los bebés salen un poco tarde... Puede ser que todavía tengas algunas de esas contracciones intermitentes entre ahora y el nacimiento, pero no te preocupes por ellas.

Nicole le agradeció profusamente a Doctor Azul, al igual que Max y Eponine. Después, las octoarañas juntaron todos los componentes, tanto biológicos como abiológicos, de su laboratorio portátil. Una vez que las *octos* partieron, Nicole cruzó la habitación y tomó la mano de Eponine:

—*Es-tu heureuse*? —le preguntó a su amiga.

—*Absolument* —contestó Eponine—. Y aliviada también. Pensaba que algo había salido mal.

—No —la tranquilizó Nicole—. No fue más que una simple falsa alarma.

Max cruzó la habitación y estrechó a Eponine entre sus brazos. Estaba radiante. Nicole se retiró ligeramente y observó la tierna escena que tenía lugar entre sus amigos.

"No hay momento en el que los miembros de la pareja se amen tanto", pensó, "como inmediatamente antes del nacimiento de su primer hijo." Y empezó a salir de la casa.

—Espera un momento —le dijo Max—. ¿No quieres saber qué nombre le vamos a dar?

—Claro que sí.

—Marius Clyde Puckett —declaró él con orgullo.

—Marius —añadió Eponine—, porque ése era el amante soñado por la huérfana Eponine en *Los miserables*; durante mis largas y solitarias noches en el orfanato, anhelaba que me llegara un Marius, y Clyde por el hermano de Max, que está en Arkansas.

—Es un nombre excelente —dijo Nicole, sonriendo para sus adentros mientras se daba vuelta para irse—. Un nombre excelente —repitió.

Richard no podía contener su agitación cuando volvió a casa avanzada la tarde.

—Acabo de pasar dos horas absolutamente fascinantes con Archie y las demás octoarañas, en la sala de conferencias —le dijo a Nicole en su tono más alto—. Me mostraron todo el dispositivo que utilizaron contigo y Eponine hoy a la mañana. Asombroso. ¡Qué genialidad increíble...! No, hechicería es un término mejor; —lo dije desde el principio: las malditas octoarañas son hechiceras de la biología.

"Oye esto solamente: tienen seres vivos que son cámaras, otro conjunto de bichos microscópicos que leen las imágenes y almacenan cuidadosamente cada pixel individual, un alabeo genético especial de ellos mismos que controla el proceso, y una cantidad limitada de equipo electrónico, donde fuere necesario, para efectuar las simples tareas de la administración de datos... ¿Cuántos miles de años se precisaron para que ocurra todo esto? ¿Quién lo planeó en primer lugar? ¡Todo esto te retuerce los sesos!

Nicole le sonrió a su marido:

—¿Viste a Marius? ¿Qué pensaste...?

—Vi todas las imágenes de esta tarde —siguió gritando Richard—. ¿Sabes cómo los morfos enanos se comunican con los cuadroides de imágenes? Utilizan un intervalo especial de longitudes de onda en la parte ultravioleta más lejana del espectro. Así es. Archie me dijo que esos bichitos y las octoarañas enanas realmente tienen un idioma común. Y eso no es todo: algunos de los morfos saben tanto como ocho idiomas de diferentes microespecies. Hasta el mismo Archie puede comunicarse con otras cuarenta especies; con quince empleando sus colores octoarácnidos básicos y, con las demás, en una gama de idiomas que comprende signos, sustancias químicas y otras partes del espectro electromagnético.

Richard se quedó parado un instante en el medio de la habitación:

—Esto es increíble, Nicole, sencillamente increíble.

Estaba a punto de lanzarse con otro monólogo, cuando ella le preguntó cómo se comunicaban las *octos* normales y los morfos enanos:

—Hoy no vi patrones de color en la cabeza de los morfos —dijo Nicole.

—Toda su conversación es en el ultravioleta —contestó Richard y empezó a dar zancadas otra vez. De pronto se volvió y se señaló el centro de la frente. —Nicole, esa cosa como una lente que tienen en el medio de la ranura es un telescopio hecho y derecho, que tiene la capacidad de recibir información en cualquier longitud de onda, prácticamente... Es algo enloquecedor. De alguna manera han organizado todas estas formas de vida dentro de un gran sistema simbiótico, cuya complejidad trasciende, con mucho, cualquier cosa que pudiéramos concebir...

Se sentó en el diván, al lado de Nicole, y prosiguió:

—Mira —dijo, mostrándole los brazos—, *todavía* tengo piel de gallina... Estoy absolutamente admirado de estos seres... ¡Dios, qué bueno que no sean hostiles!

Con la frente surcada por una profunda arruga, Nicole miró a su marido:

—¿Por qué dices eso?

—Podrían dirigir un ejército de *miles de millones*, quizá hasta de *billones*. ¡Estoy seguro de que hasta hablan con sus *plantas*! Ya viste con cuánta rapidez se encargaron de aquella cosa del bosque... Imagina lo que pasaría si tu enemigo pudiera controlar todas las bacterias, hasta los *virus*, e hiciera que obedezcan sus órdenes... ¡Qué concepto aterrador!

Nicole rió:

—¿No crees que te estás dejando llevar? El hecho de que hayan modificado genéticamente un conjunto de cámaras vivas no entraña necesariamente que...

—Lo sé —interrumpió Richard, levantándose del diván de un salto—, pero no puedo dejar de pensar en la extensión lógica de lo que hemos visto hoy... Nicole, Archie admitió ante mí que el *único* objeto de los morfos enanos es el de poder habérselas con el mundo microscópico. Los enanos *pueden* ver cosas tan pequeñas como de un micrómetro de longitud, o sea, de un *milésimo* de milímetro... Ahora, ampliemos esa idea otros varios órdenes de magnitud. Imagina una especie cuyos morfos cubran cuatro o cinco relaciones similares a la que hay entre las *octos* normales y las enanas: la comunicación con las bacterias podría no ser imposible, después de todo.

—Richard —apuntó—, ¿es que no tienes nada para decir del hecho de que Max y Eponine van a tener un hijo...? ¿Y de que el bebé parece estar perfectamente sano?

Richard quedó en silencio durante unos segundos:

—Es maravilloso —concedió con un poco de timidez—. Creo que debo ir y felicitarlos.

—Probablemente puedas esperar hasta después de la cena —dijo Nicole, echándole una mirada a uno de los relojes especiales de pared hechos por Richard para ellos. El reloj seguía la hora humana, dentro de un marco de referencia octoarácnido.

—Patrick, Ellie, Nikki y Benjy han estado en lo de Max y Eponine durante la hora pasada —prosiguió Nicole—, desde el momento mismo en que Doctor Azul se detuvo en la casa con algunas fotografías en pergamino del pequeño Marius en el útero —sonrió—. Como dirías tú, deben de volver a casa dentro de un feng, más o menos.

3

Nicole terminó de cepillarse los dientes y contempló su reflejo en el espejo.

"Galileo tenía razón", pensó, "soy una vieja."

Empezó a frotarse la cara con los dedos, masajeándose metódicamente las arrugas, que parecían estar por todas partes. Oyó a Benjy y los mellizos jugando afuera y, después, tanto a Nai como a Patrick, que los llamaban para que fueran a la escuela.

"No siempre fui vieja", se dijo. "Hubo una época en la que yo también iba a la escuela."

Cerró los ojos, tratando de recordar qué aspecto tenía cuando jovencita: no logró evocar una imagen clara de sí misma como niña. Demasiadas imágenes de los años intermedios difuminaban y distorsionaban la imagen que tenía de sí misma como niña en edad escolar.

Al fin, volvió a abrir los ojos y se quedó con la mirada fija en el espejo. En su mente se borró todas las bolsas y arrugas del rostro; se cambió el color del cabello y de las cejas, pasándolo de gris a negro intenso. Por último, se las arregló para verse como hermosa mujer de veintiún años. Experimentó un breve pero intenso anhelo por aquellos días de su juventud. "Éramos jóvenes, y sabíamos que nunca moriríamos", recordó.

Richard asomó la cabeza desde la esquina, y dijo:

—Ellie y yo estaremos trabajando con Hércules en el estudio. ¿Por qué no te nos unes?

—Dentro de unos minutos —contestó. Mientras se retocaba el cabello, reflexionaba sobre las pautas cotidianas del clan humano en la Ciudad Esmeralda. Por lo común, todos se reunían en el comedor de los Wakefield para tomar el desayuno. La escuela terminaba antes del almuerzo. Después, todo el mundo, excepto Richard, dormía la siesta, que era la adaptación del grupo humano a un día ocho horas más largo. La mayor parte de las tardes, Nicole, Ellie y Richard estaban con las octoarañas, aprendiendo más sobre sus anfitrionas o compartiendo experiencias del planeta Tierra. Los otros cuatro adultos pasaban casi todo su tiempo con Benjy y los chicos en la sección para seres humanos, al final del callejón.

“¿Y adónde nos lleva todo esto?", se preguntó Nicole de repente, “porque, ¿cuántos años más seremos huéspedes de las octoarañas? ¿Y qué va a suceder si *Rama* llega a su destino, y cuándo ocurrirá eso?"

Todas esas eran preguntas para las que no tenía respuesta. Hasta Richard aparentemente había dejado de preocuparse por lo que estaba ocurriendo fuera de la Ciudad Esmeralda: estaba completamente absorbido por las octoarañas y el proyecto sobre el traductor. Ahora sólo le solicitaba a Archie datos sobre navegación celeste cada dos semanas, más o menos. Cada vez informaba a los demás, sin comentario editorial, que *Rama* todavía estaba enfilada en el curso general de la estrella Tau de la Ballena.

"Al igual que el pequeño Marius", pensaba Nicole, "nos contentamos con estar aquí, en nuestro útero. En tanto y en cuanto el mundo exterior no nos fuerce a ser conscientes de él, no formulamos las preguntas agobiantes."

Salió del baño y caminó por el recibidor hasta el estudio: Richard estaba sentado en el suelo, entre Hércules y Ellie:

—La parte sencilla es la de hacer el seguimiento del patrón de colores, y hacer que la secuencia se conserve en el procesador —estaba diciendo—. La parte más difícil de la traducción es la de transformar automáticamente ese patrón en una frase comprensible en inglés.

Richard miró de frente a Hércules y habló con mucha lentitud:

—Como el idioma de ustedes es tan matemático, y cada color tiene un intervalo aceptable en angstroms, definido a priori, todo lo que el sensor tiene que hacer es identificar el flujo de colores y el ancho de las bandas. Entonces se capta el contenido de toda la información. Como las reglas son tan precisas, ni siquiera resulta difícil cifrar un algoritmo simple para protección contra fallas, para usarlo con crías o con hablantes descuidados, en el caso de que cualquier color unitario yerre hacia la izquierda o hacia la derecha del espectro.

"Transformar a nuestro idioma lo que una octoaraña dijo es, empero, un proceso mucho más complicado: El diccionario para la traducción es bastante directo; cada palabra y los clarificadores

apropiados se pueden identificar con facilidad, pero es casi imposible dar el paso siguiente, la conversión a oraciones, sin algo de intervención humana.

—Eso se debe a que el idioma de las octoarañas es fundamentalmente distinto del nuestro —comentó Ellie—. Todo está especificado y cuantificado, para reducir al mínimo la posibilidad de mala comprensión. No hay sutilezas ni matices. Mira cómo usan los pronombres *nosotros, ellos y ustedes*: los pronombres siempre vienen señalados por clarificadores numéricos, entre los que figuran gamas cuando hay falta de certidumbre. Una octoaraña nunca dice "unos pocos wodens" o "varios nillets": siempre un número, o una gama numérica, se usa para especificar con precisión la extensión de tiempo.

—Desde nuestro punto de vista —dijo Hércules con colores—, existen dos aspectos del lenguaje humano que son difíciles en extremo: uno es la falta de especificación precisa, lo que lleva a un vocabulario enorme. El otro es el uso que hacen ustedes de la forma indirecta de comunicarse... Todavía tengo problemas para entender a Max porque, a menudo, lo que dice no es literalmente lo que quiere decir.

—No sé cómo hacer esto en tu computadora —le comentó Nicole a Richard—, pero, de algún modo, toda la información cuantitativa que contiene cada declaración octoarácnida debe ser reflejada por la traducción. Casi todo verbo o adjetivo que usan lleva conectado un clarificador numérico. ¿Cómo, por ejemplo, Ellie tradujo "extremadamente difícil" y "vocabulario enorme"? Lo que Hércules dijo, en octoarácnido, fue "difícil", empleando el número cinco para clarificarlo, y "vocabulario grande", con el número seis como clarificador de "grande". Todos los clarificadores comparativos se dirigen a la cuestión de la fuerza del adjetivo. Puesto que la base de su sistema numérico es octal, el intervalo para los comparativos está entre uno y siete. Si Hércules hubiera usado un siete para clarificar la palabra "difícil", Ellie habría traducido la frase como "imposiblemente difícil". Si hubiera usado un dos como clarificador en la misma frase, Ellie podría haber dicho "ligeramente difícil".

—Los errores en la intensidad de los adjetivos, si bien importantes

—dijo Richard, mientras jugueteaba distraídamente con un pequeño procesador—, casi nunca producen malentendidos. La no interpretación correcta de los *clarificadores* de los verbos, empero, ya es otra cuestión completamente distinta... como pude aprender recientemente de mis ensayos preliminares. Tomemos el simple verbo octoarácnido "ir", que significa, como ya saben, desplazarse sin ayuda, sin transporte: la banda rojo oscuro-púrpura-amarillo limón, cada color del mismo ancho, cubre una gran cantidad de palabras en inglés, que comprenden todo desde "caminar" hasta "pasear", "ambular", "correr", y hasta "correr a toda velocidad".

—Ese es el mismo punto sobre el que insistía yo —acotó Ellie—, no hay traducción sin una plena interpretación de los clarificadores... Para ese verbo en especial, cuando las *octos* deben referirse al punto de *"¿cuán rápido?"*, emplean un clarificador doble. En cierto sentido, hay sesenta y tres velocidades diferentes a las que las octoarañas "van"... Para complicar aún más las cosas, pueden utilizar un clarificador de ámbito también, con lo que la oración “vamos" se ve sujeta a muchas, muchas traducciones posibles.

Richard hizo una mueca y meneó la cabeza con desánimo.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó Ellie.

—Estoy decepcionado —respondió—. Había tenido la esperanza de contar, para estos momentos, con una versión completa del traductor, pero hice la suposición de que el meollo de lo que se estaba diciendo se podía determinar sin hacer el seguimiento de *todos* los clarificadores: incluir todas esas bandas cortas de colores va, al mismo tiempo, a incrementar las necesidades de espacio para almacenamiento y a retardar de modo importante la traducción. Hasta puedo llegar a tener problemas para diseñar un traductor que opere en tiempo real.

—¿Y qué hay con eso? —preguntó Hércules—. ¿Por qué estás tan preocupado por ese traductor? Ellie y Nicole ya entienden muy bien nuestro idioma.

—En realidad, no —intervino Nicole—. Ellie es la única de nosotros que tiene *verdadera* fluidez con los colores de ustedes. Yo todavía estoy aprendiendo día tras día.

—Aunque originariamente empecé este proyecto como si fuera un desafío, tanto como un medio para obligarme a adquirir familiaridad con el idioma de ustedes —le aclaró Richard a Hércules—, la semana pasada Nicole y yo estábamos hablando sobre lo importante que se volvió el traductor. Ella dice, y estoy de acuerdo, que aquí, en la Ciudad Esmeralda, nuestro clan de seres humanos se está dividiendo en dos grupos: Ellie, Nicole y yo hemos vuelto nuestra vida más interesante debido a la constante interacción con tu especie. El resto de los seres humanos, dentro del cual se cuentan los niños, se mantiene esencialmente aislado. Con el tiempo, si los componentes de ese resto no tienen alguna manera de comunicarse con ustedes, se sentirán insatisfechos o desdichados, o ambas cosas: un buen traductor automático es la clave que abrirá la vida de ellos en este sitio.

El planisferio estaba arrugado y desgarrado en algunas partes. Patrick ayudó a Nai a desenrollarlo lentamente y a clavarlo con tachuelas en la pared del comedor de ella, que también se usaba como aula para los chicos.

—Nikki, ¿recuerdas qué es esto? —preguntó Nai.

—Claro, señora Watanabe —contestó la niñita—. Es nuestro mapa de la Tierra.

—Benjy, ¿puedes mostrarnos dónde nacieron tus padres y tus abuelos?

—Otra vez no —comentó Galileo entre dientes, pero de modo audible, a Kepler—. Nunca lo va a hacer bien. Es demasiado estúpido.

—*¡Galileo Watanabe!* —llegó la rápida reacción—. ¡Ve a tu habitación y siéntate en la cama durante quince minutos!

—No importa, Nai —dijo Benjy, mientras iba hacia el mapa—. Ya estoy a-a-cos-costumbrado.

Galileo, de casi siete años según el cómputo humano, se detuvo en la puerta, para ver si la sentencia que se le había aplicado se suspendía.

—¿Qué estás esperando? —lo increpó su madre— ¡Te dije que te fueras a tu cuarto!

Benjy se paró delante del mapa, permaneciendo en silencio durante unos veinte segundos.

—Mi ma-dre —dijo por fin— nació aquí, en Fr-Francia. —Se alejó un poco del mapa y ubicó los Estados Unidos de Norteamérica, en el lado opuesto del Océano Atlántico.

—Mi pad-dre —continuó— nació aquí, en Bos-ton, en A-mé-ri-ca.

Y empezó a sentarse.

—¿Y qué nos dices de tus abuelos? —le dio pie Nai—. ¿Dónde nacieron?

—La mad-dre de mi mad-dre, mi abe... ab-bue-la nació en... África —se quedó mirando el mapa durante varios segundos——. pero no re... re-cu-er-do dónde está eso.

—Yo lo sé, señora Watanabe —dijo la pequeña Nikki de inmediato— ¿Puedo mostrarle a Benjy?

Benjy se dio vuelta y miró a la hermosa niña de cabello negro como ala de cuervo, y sonrió:

—¿Puedes decirm-me a mí, Nik-ki?

La niña se levantó de su asiento y cruzó la habitación. Puso el dedo en la sección occidental de África:

—La madre de Nonni nació aquí —dijo con orgullo—, en este país verde... Se llama Costa de Marfil.

—Eso está muy bien, Nikki —aprobó Nai.

—Lo I-la-ment-to, Nai —se disculpó entonces Benjy—. Est-tuve traba-jando tanto con fra... frac-fracciones que no tuve tem... tiem-po para ge-geo-graf-fía. —Su mirada siguió a su sobrina, de tres años, cuando ella volvía a su asiento. Cuando se dio vuelta para mirar a Nai otra vez, tenía las mejillas mojadas por las lágrimas. —Nai —dijo—, no tengo ganas de es-escu-e-la hoy... Creo que voy a mi pr-propia casa ah-ahora.

—Muy bien, Benjy —accedió Nai con suavidad. Benjy fue hacia la puerta y Patrick empezó a acercarse a su hermano, pero Nai le indicó con un movimiento de la mano que se quedara.

El aula estuvo incómodamente silenciosa durante casi un minuto.

—¿Es mi turno ahora? —preguntó Kepler finalmente.

Nai asintió inclinando levemente la cabeza, y el chico fue hacia el mapa.

—Mi madre nació acá, en Tailandia, en el pueblo de Lamfun. Ahí es donde también nació su padre. Mi abuela por parte de madre también nació en Tailandia, pero en otra ciudad, llamada Chiang Saen. Aquí está, al lado de la frontera con China.

Kepler dio un paso hacia el este y señaló el Japón.

—Mi padre, Kenji Watanabe, así como sus padres, nació en la ciudad japonesa de Kioto.

Luego retrocedió, alejándose del mapa. Parecía estar pugnando por decir algo.

—¿Qué pasa, Kepler? —preguntó Nai.

—Madre —inquirió el chico después de un silencio angustiante—, ¿papito era un mal hombre?

—¿Quéé́é?— exclamó Nai, completamente estupefacta. Se inclinó hasta ponerse a la altura de su hijo y lo miró directamente en los ojos:

—Tu padre era un ser humano maravilloso... Era inteligente, sensible, cariñoso, ocurrente, una persona verdaderamente principesca. Él...

Nai tuvo que detenerse: podía sentir sus propias emociones listas para aflorar. Se irguió, miró con fijeza el techo durante un instante, y recuperó la compostura.

—Kepler —dijo entonces—, ¿por qué haces una pregunta semejante? Adorabas a tu padre: ¿cómo es posible que hayas...?

—El tío Max nos dijo que el señor Nakamura vino de Japón. Sabemos que es un hombre malo. Galileo dice que, como papito vino del mismo lugar...

—*¡Galileo!* —tronó la voz de Nai, asustando a todos los niños. ¡Ven aquí de inmediato!

El niño entró corriendo en la habitación y miró con perplejidad a su madre.

—¿Qué le estuviste diciendo a tu hermano sobre tu padre?

—¿Qué quieres decir? —dijo Galileo, tratando de aparentar inocencia.

—Tú me dijiste que papito puede haber sido un hombre malo, ya que vino de Japón, como el señor Nakamura...

—Bueno, no recuerdo muy claramente a papá. Todo lo que dije es que, a lo mejor...

Nai necesitó de todo su autocontrol para no abofetearlo. Lo sujetó por los hombros y masculló:

—Jovenzuelo, si *alguna* vez te oigo decir de nuevo una sola palabra contra tu padre...

No pudo terminar la frase: no sabía con qué amenazar o, siquiera, qué decir después. De repente se sintió completamente abrumada por todo lo que había pasado en su vida.

—Siéntense, por favor —indicó al fin a sus mellizos—, y escuchen con mucha atención. —Hizo una profunda inspiración y continuó. —Este mapa que hay en la pared muestra todos los países del planeta Tierra. En cada nación hay toda clase de gente, alguna buena, alguna mala, la mayoría una compleja mezcla de buena y mala. Ningún país tiene solamente gente buena o gente mala. Su padre creció en Japón. Al igual que el señor Nakamura. Estoy de acuerdo con el tío Max en que el señor Nakamura es un hombre malvado, pero el hecho de que sea malo nada tiene que ver con que sea japonés. Su padre, el señor Kenji Watanabe, que también era japonés, era uno de los hombres más buenos que hayan existido. Lamento que no lo puedan recordar, y que nunca supieran cómo era realmente...

Nai se detuvo un instante. Después siguió:

—Yo nunca olvidaré a su padre —dijo en voz más suave, casi como para sí misma—. Todavía puedo verlo volviendo a nuestro hogar de Nuevo Edén, ya avanzada la tarde. Ustedes dos siempre gritaban juntos

"Hola, papito, hola papito", cuando él entraba en la casa. Me daba un beso, los levantaba a ustedes dos en los brazos, y se los llevaba al columpio montado en el patio de atrás. Siempre, no importaba cuán difícil hubiera sido su día, el padre de ustedes era paciente y solícito...

La voz se le fue apagando. Las lágrimas le anegaron los ojos y sintió que empezaba a temblar. Dio media vuelta y quedó mirando el mapa.

—La clase terminó por hoy —anunció.

Media hora después Patrick se paró al lado de Nai, mientras los dos observaban a los mellizos y Nikki jugar en el callejón con una gran pelota azul.

—Lo siento, Patrick —se disculpó Nai—. No esperaba volverme...

—Nada tienes que lamentar —contestó el joven.

—Sí, lo tengo. Hace años me prometí que nunca demostraría tales sentimientos ante Kepler y Galileo. No pueden entender.

—Ya lo olvidaron —señaló Patrick después de un breve silencio—. Míralos: están completamente absorbidos en su juego...

En ese momento los mellizos tenían una de sus típicas disputas.

Como siempre, Galileo estaba tratando de obtener una ventaja, en un juego que no tenía reglas rigurosas. Nikki, parada junto a ellos, seguía cada palabra de su reyerta.

—¡Chicos, chicos! —gritó Nai—. Basta ya... Si no pueden jugar sin discutir, entonces tendrán que venir adentro.

Segundos después, la pelota azul rebotaba por la calle hacia la plaza, y los tres niños corrían jubilosamente detrás de ella.

—¿Querrías algo para beber? —le preguntó Nai a Patrick.

—Sí, querría... ¿tienes más de ese jugo de melón verde claro que Hércules trajo la semana pasada? Era verdaderamente sabroso.

—Sí —contestó Nai, inclinándose hacia el pequeño armario en el que conservaban bebidas frías—. A propósito, ¿dónde está Hércules? No lo veo desde hace varios días.

Patrick rió:

—Tío Richard lo reclutó para que trabaje todo el tiempo en el traductor. Ellie y Archie están allá con ellos todas las tardes. —Le agradeció a Nai el vaso de jugo.

Nai tomó un sorbo de su propia bebida y regresó a la sala de estar

—Sé que hoy a la mañana quisiste reconfortar a Benjy —dijo—. Te detuve porque conozco tan bien a tu hermano... Es muy orgulloso. No quiere piedad de nadie.

—Entendí.

—Benjy se dio cuenta esta mañana, en algún nivel, de que hasta la pequeña Nikki, a la que todavía considera como un bebé, pronto lo va a sobrepasar en la escuela. El descubrimiento lo conmocionó y le hizo recordar sus limitaciones una vez más.

Nai estaba parada delante del planisferio de la Tierra, fijado en la pared.

—Nada de lo que aparece en este mapa significa algo importante para ti, ¿no? —preguntó.

—Realmente, no. He visto muchas fotografías y películas, claro, y, cuando tenía la edad aproximada de los mellizos, mi padre me habló sobre Boston, sobre el color de las hojas de los árboles de Nueva Inglaterra durante el otoño y sobre el viaje que hizo a Irlanda con su padre... pero mis recuerdos son de otros sitios: el de la madriguera de Nueva York es muy intenso, así como el del asombroso año que pasamos en El Nodo. —Permaneció en silencio un instante. —¡Y El Águila! ¡Qué ente! Lo recuerdo con más claridad aún que a mi padre.

—Entonces, ¿te consideras un habitante de la Tierra?

—Esa es una pregunta interesante. Sabes, verdaderamente nunca pensé en eso... Por cierto que me considero un ser humano, pero, ¿un habitante de la Tierra...? Creo que no.

Nai extendió el brazo y tocó el mapa.

—Mi ciudad natal de Lamfun, si fuera más grande, aparecería acá, justo al sur de Chiang Mai. A veces no me parece posible que realmente haya vivido ahí durante mi niñez.

Los dedos de la muchacha recorrían el contorno de Tailandia, mientras ella permanecía en silencio al lado de Patrick.

—La otra noche —continuó por fin—, Galileo me tiró un vaso de agua en la cabeza, mientras los bañaba a él y al hermano y, de repente, experimenté un recuerdo increíblemente intenso de los tres días que pasé en Chiang Mai con mis primos, cuando tenía catorce años... Era la época de la festividad del Songkran, en abril, y toda la gente de la ciudad estaba celebrando el Año Nuevo tailandés. Había desfiles y discursos, las cosas de siempre sobre cómo todos los reyes chakri, desde el primer *Rama*, habían preparado al pueblo tai para el importante papel que iba a desempeñar en el mundo, pero lo que recuerdo con más claridad es que yo estaba viajando de noche por la ciudad, en la parte de atrás de una camioneta eléctrica, junto con mi prima Oni y sus amigas.

Por dondequiera que íbamos le arrojábamos un baldazo de agua a alguien... y los demás nos lo arrojaban a nosotras. Reíamos todo el tiempo.

—¿Por qué todos se tiraban agua? —preguntó Patrick.

—Lo olvidé ahora —admitió Nai, encogiéndose de hombros—. Tenía algo que ver con la ceremonia... Pero la experiencia en sí, las carcajadas compartidas, y hasta cómo me sentía al tener la ropa absolutamente empapada y, de pronto, recibir otro baldazo de agua... todo eso puedo rememorarlo en detalle.

Otra vez quedaron en silencio, mientras Nai alzaba los brazos para sacar el planisferio de la pared.

—Así que supongo que Kepler y Galileo tampoco se van a considerar habitantes de la Tierra —reflexionó. Enrolló el planisferio con mucho cuidado. —Quizás hasta estudiar la geografía y la historia de la Tierra sea una pérdida de tiempo.

—No opino así —replicó Patrick— ¿Qué otra cosa van a estudiar los chicos? Y, además, todos nosotros precisamos entender de dónde vinimos.

Desde el patio interior, tres rostros jóvenes escudriñaron el interior de la sala de estar.

—¿Ya es la hora de almorzar? —preguntó Galileo.

—Casi —contestó Nai—. Primero vayan y lávense... de a uno por vez —recalcó, mientras los jóvenes pies se iban atronando por el vestíbulo.

Nai se dio vuelta bruscamente y se encontró con Patrick, que la contemplaba de una manera no frecuente en él. Ella sonrió.

—He disfrutado mucho tu compañía esta mañana —declaró—. Hiciste que me resultara más fácil lidiar con todo. —Extendió ambos brazos y tomó las manos de Patrick en las de ella. —Has sido una gran ayuda para mí, para atender a Benjy y a los niños estos dos meses pasados, y sería una necedad de mi parte no reconocer que no me sentí tan sola desde que empezaste a pasar tus días con nosotros.

Patrick dio un desmañado paso hacia Nai, pero ella le retuvo las manos con firmeza donde estaban.

—Aún no —dijo con suavidad—. Todavía es demasiado pronto.

4

Menos de un minuto después que los grandiosos enjambres de luciérnagas de la cúpula de la Ciudad Esmeralda anunciaran que otro día había comenzado, la pequeña Nikki estuvo en la habitación de sus abuelos.

—Hay luz, Nonni —anunció—. Van a venir a buscarnos pronto.

Nicole dio media vuelta y abrazó fuertemente a su nieta.

—Todavía nos quedan un par de horas, Nikki —le dijo a la agitada niña—. Boobah duerme todavía. ¿Por qué no vuelves a tu habitación y juegas con tus chiches mientras nos damos una ducha?

Cuando la decepcionada niña finalmente se fue, Richard se sentó en la cama, frotándose los ojos.

—Durante toda la semana pasada Nikki no habló de otra cosa que no fuera este día —comentó Nicole—. Siempre está en la habitación de Benjy, mirando la pintura. Ella y los mellizos hasta les pusieron nombres a todos esos extraños animales.

Nicole extendió la mano en un gesto inconsciente, buscando el cepillo para cabello que estaba al lado de la cama.

—¿Por qué será que los niños pequeños tienen tanta dificultad para entender el concepto de tiempo? Aun cuando Ellie le hizo un almanaque, y estuvo contando los días al revés uno por uno, Nikki me preguntó cada mañana si "hoy es el día"

—Simplemente está excitada. Todos lo están —opinó Richard, levantándose—. Sólo espero que no quedemos decepcionados.

—¿Cómo podría ser eso? —contestó Nicole— Doctor Azul dice que veremos un espectáculo aún más asombroso que los que tú y yo vimos cuando entramos en la ciudad por primera vez.

—Supongo que van a sacar a relucir toda la colección de animales —dijo Richard—. A propósito, ¿entiendes qué están celebrando las octoarañas?

—Más o menos... Creo que la festividad que conozco, y que se acerca más a ésta, sería el Día de Acción de Gracias de los norteamericanos. Las *octos* llaman a este día el "Día de la Munificencia": reservan un día para celebrar su calidad de vida... por lo menos, eso es lo que Doctor Azul me explicó.

Richard empezó a ir a la ducha, pero volvió a meter la cabeza en la habitación:

—¿Crees que la invitación que nos hicieron para que participemos hoy está relacionada, de algún modo, con que les hayas hablado sobre la discusión que hace dos semanas tuvimos en la familia durante el desayuno?

—¿Te refieres a cuando Patrick y Max señalaron que les gustaría regresar a Nuevo Edén?

Richard asintió con la cabeza.

—Sí, lo creo —contestó Nicole—. Creo que las octoarañas pensaban que todos nosotros estábamos completamente contentos aquí. Hacernos asistir a esta celebración es parte del intento por integrarnos más a su sociedad.

—Ojalá yo tuviera terminados todos los condenados traductores —se quejó Richard—. Tal como está todo, sólo tengo dos... y no están revisados por completo. ¿Le debo dar el segundo a Max?

—Esa sería una buena idea —dijo Nicole, comprimiendo a su marido en el vano de la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él.

—Me estoy uniendo a ti en la ducha —respondió Nicole con una carcajada—... a menos, claro está, que seas demasiado viejo como para tener compañía.

Jamie llegó desde la casa de al lado para decirles que el transporte estaba pronto. Era el más joven de los tres vecinos octoaraña (Hércules vivía solo, precisamente del otro lado de la plaza), y los seres humanos habían tenido un contacto mínimo con él. Los “tutores" de Jamie, Archie y Doctor Azul, explicaron que estaba sumamente concentrado en los estudios y estaba aproximándose a un hito importante de su vida. Aunque, a primera vista, Jamie parecía ser casi exactamente igual a las

tres octoarañas adultas que el clan veía con regularidad, era un poco más pequeño que las *octos* de más edad, y las bandas doradas de sus tentáculos eran levemente más brillantes.

Los seres humanos se habían encontrado en un breve dilema respecto de qué usar para la celebración octoarácnida, pero pronto se dieron cuenta de que la ropa que llevaran carecía por completo de importancia: ninguna de las especies alienígenas de la Ciudad Esmeralda usaba vestimenta alguna, hecho sobre el cual las octoarañas habían comentado a menudo. Cuando Richard sugirió una vez, parte en broma, que quizá también los seres humanos debían prescindir de la ropa mientras estuvieran en la Ciudad Esmeralda, "donde fueres..." había dicho, el grupo rápidamente comprendió lo fundamental que era la ropa para la comodidad psicológica humana. “No podría estar desnuda, ni siquiera entre ustedes, mis amigos más íntimos, sin sentirme cohibida en extremo", manifestó Eponine en esa ocasión, resumiendo los sentimientos de todos.

El heterogéneo contingente de once seres humanos y sus cuatro colegas octoarácnidos anduvo por la calle en dirección a la plaza. La muy embarazada Eponine iba a la retaguardia del grupo, caminando con lentitud y manteniendo una mano sobre el vientre. Todas las mujeres habían optado por vestirse un poco; Nai, incluso, llevaba su colorido vestido tai de seda, con las flores azules y verdes, pero los hombres y los niños, con excepción de Max (que tenía puesta la atroz camisa hawaiana que guardaba para las ocasiones especiales), llevaban las camisetas y los pantalones de denim que habían constituido su atuendo regular desde el día que llegaron a la Ciudad Esmeralda.

Por lo menos, toda la ropa que llevaban estaba limpia. Al principio, hallar un modo de lavar y planchar había sido un problema grave para los humanos. No obstante, una vez que le explicaron esa dificultad a Archie, pasaron nada más que unos días antes que la octoaraña les presentara los dromos, seres del tamaño de insectos que, en forma automática, les limpiaban la ropa.

El grupo subió al transporte en la plaza. Justo delante del portón que señalaba el fin de la zona en la que vivían los humanos, el transporte se detuvo y dos octoarañas, a las que nunca habían visto antes, treparon al vehículo. Richard practicó el uso de su traductor durante la conversación que siguió después entre Doctor Azul y los recién llegados. Por sobre el hombro de Richard, Ellie leía el monitor de su padre y comentaba sobre la exactitud de la traducción. En general, la fidelidad de la traducción era bastante buena, pero la velocidad, por lo menos en el ritmo normal de conversación octoarácnida, era demasiado lenta: se traducía una oración mientras se "decían" tres, lo que obligaba a Richard a reajustar el sistema con regularidad. Naturalmente, no podía captar mucho de una conversación en la que perdía dos de cada tres frases.

Una vez que estuvieron del otro lado del portón, la vista desde el transporte se volvió fascinante. Los ojos de Nikki estaban enormemente abiertos mientras ella, Benjy y los mellizos, todos con mucha gritería, identificaban la mayoría de los animales a partir de la pintura octoarácnida. Las anchas calles estaban llenas de tráfico; no sólo había muchos transportes que se desplazaban en ambas direcciones sobre rieles, como un tranvía, sino también peatones de todas especies y dimensiones, seres que iban sobre vehículos con ruedas parecidos a monociclos y bicicletas, y un ocasional grupo con una mezcla de seres a bordo de un avestrusaurio.

Max, que desde su llegada nunca había estado afuera de la zona para seres humanos, subrayaba sus observaciones con "mierdas", "maldiciones" y algunas de las otras palabras que Eponine le había pedido que eliminara de su vocabulario antes del nacimiento de su hijo. Max se puso muy inquieto por el bienestar de Eponine cuando, en la primera parada del transporte después del portón, un pequeño conjunto de seres nuevos se apiñó en el vehículo. Cuatro de los recién llegados enfilaron rectamente hacia Eponine para examinar el “asiento" especial que las octoarañas habían instalado en el transporte debido a su avanzado estado de gravidez. Max se paró al lado de ella para protegerla, tomándose de uno de los rieles verticales diseminados por toda la longitud del vehículo, que tenía diez metros.

Dos de los nuevos pasajeros eran lo que los niños llamaban "cangrejos rayados", seres de color rojo y amarillo, de ocho patas y tamaño aproximado al de Nikki, cuyos cuerpos redondos estaban cubiertos con un caparazón duro y lucían tenazas de aspecto intimidatorio. De inmediato, los dos empezaron a frotar las antenas contra una de las piernas desnudas de Eponine, por debajo de su vestido. Sólo estaban actuando con curiosidad, pero la combinación de la peculiar sensación y del aspecto insólito de los alienígenas hizo que Eponine se echara atrás, espantada. Archie, que estaba parado del otro lado de ella, extendió prontamente un tentáculo y empujó con suavidad a los alienígenas, para separarlos. Entonces, uno de los cangrejos rayados se irguió sobre sus cuatro patas traseras, haciendo castañetear las tenazas en el aire, frente a la cara de Eponine y, en apariencia, dijo algo amenazador con sus antenas, que vibraban con rapidez. Un instante después, la octoaraña Archie extendió dos tentáculos, levantó del piso del transporte al hostil cangrejo rayado y lo depositó afuera, en la calle.

La escena alteró sobremanera el talante de todos los seres humanos: mientras Archie explicaba lo ocurrido a Max y Eponine y Ellie traducía (Max estaba demasiado agitado como para intentar hacer uso del traductor), los mellizos Watanabe se acurrucaban fuertemente contra Nai, y Nikki extendía los brazos para que su abuelo la alzara.

—Esa especie no es muy inteligente —dijo Archie a sus amigos humanos—, y hemos tenido dificultades para erradicarle las tendencias agresivas. El ser en particular que eché del transporte ha dado problemas con anterioridad. La optimizadora responsable de esa especie ya lo marcó, puede ser que lo hayan notado, con los dos pequeños puntos verdes en la parte posterior del caparazón... Esta última transgresión indudablemente va a dar por resultado su exterminación.

Cuando Ellie terminó la traducción, los seres humanos inspeccionaron metódicamente a los demás alienígenas que iban en el transporte, buscando la existencia de más puntos verdes. Aliviados al ver que todos los demás pasajeros eran seguros, los adultos se aflojaron un poco.

—¿Qué dijo esa “cosa? —le preguntó Richard a Archie cuando el transporte se acercaba a otra parada.

—Era una reacción normal de amenaza —contestó Archie—, típica de animales con reducida capacidad de inteligencia... Sus pautas antenales trasmitieron un mensaje tosco, con muy poco de verdadera información real.”

El transporte continuó por la avenida durante ocho o diez nillets más, deteniéndose dos veces para recibir más pasajeros, entre ellos media docena de octoarañas y alrededor de otros veinte seres que representaban cinco especies diferentes. Cuatro de los animales color azur, que en sus hemisferios superiores tenían el material ondulante parecido a un cerebro, se agazaparon justo delante de Richard, que todavía sostenía a Nikki. Su colectiva variedad de ocho antenas con nudosidades se extendió hacia arriba, en dirección de los pies de Nikki, y se entrelazó, como si se estuvieran comunicando. Cuando la niña humana movió levemente los pies, las antenas se retrajeron con rapidez dentro de la extraña masa que formaba la parte principal del cuerpo de esos alienígenas.

El transporte ya estaba atestado. Un animal al que los humanos nunca habían visto antes, y al que Max más tarde describió con precisión como una salchicha polaca con nariz larga y seis patas cortas, se izó por una de las barras verticales, y con las zarpas anteriores aferró el pequeño bolso de mano de Nai, Jamie medió antes que se produjera algún daño al bolso o a Nai, pero unos segundos después Galileo pateó con fuerza a la salchicha, haciendo que se soltara de la barra. El chico explicó que había creído que la salchicha se estaba preparando para aferrar otra vez el bolso. El ser retrocedió y fue a otra sección del transporte, mirando fija y cautelosamente con su único ojo a Galileo.

—Será mejor que tengas cuidado —previno Max sonriendo, mientras despeinaba el cabello del chico—, o las *octos* te van a poner dos puntos verdes en el trasero.

La avenida estaba bordeada por edificios de uno y dos pisos, casi todos pintados con diseños geométricos en vivos colores. Guirnaldas y coronas de flores y hojas de tonos brillantes festoneaban las arcadas y las terrazas. En una pared larga, de la que Hércules le dijo a Nai que era la parte de atrás del hospital principal, un enorme mural rectangular, de cuatro metros de altura y veinte de largo, representaba los médicos octoaraña auxiliando a sus propios enfermos, así como ayudando a muchos de los demás seres que habitaban la Ciudad Esmeralda.

El transporte disminuyó levemente su velocidad y empezó a subir por una rampa. Cruzó un puente de varios centenares de metros de largo, que pasaba por encima de un río o canal ancho en el que se veían barcos, muchas octoarañas que jugueteaban y varios seres marinos desconocidos. Archie explicó que estaban ingresando en el corazón de la Ciudad Esmeralda, donde tenían lugar todas las ceremonias principales y donde vivían y trabajaban los optimizadores "más importantes".

—Por allá —dijo, señalando un edificio octogonal de unos treinta metros de altura— está nuestra biblioteca y centro de información.

En respuesta a la pregunta de Richard, Archie dijo que el canal, o foso, rodeaba por completo el "centro administrativo".

—Salvo por las ocasiones especiales, como la de hoy, o por algún propósito oficial aprobado por los optimizadores —dijo Archie—, sólo a las octoarañas se les permite el acceso a esta zona.

El transporte se estacionó en una planicie grande y desnuda, al lado de una estructura oval que parecía un estadio o, quizás, un salón de actos al aire libre. Nai le dijo a Patrick, después que descendieron, que había sentido más claustrofobia durante la última parte del trayecto que nunca antes, desde que estuvo en el subterráneo de Kioto a la hora de salida de los trabajos, durante el viaje que hizo para conocer a la familia de Kenji.

—Por lo menos, en Japón —dijo Patrick con leve encogimiento de hombros— estabas rodeada por otros seres humanos... Aquí fue tan espeluznante... Me sentí como si hubiera estado sometido al escrutinio de todos ellos. Tuve que cerrar los ojos para conservar la cordura.

Cuando se apearon y empezaron a desplazarse hacia el estadio, los seres humanos caminaban formando un grupo, rodeado por sus cuatro octoarañas amigas y las otras dos *octos* que habían ascendido al vehículo antes que saliera de la zona humana. Estas seis octoarañas protegían a Nicole y los demás de las apiñadas hordas de seres que hormigueaban en todas direcciones. Eponine empezó a sentirse desfallecer, tanto por la combinación de olores e imágenes, como por la caminata, así que Archie detenía la procesión cada cincuenta metros, más o menos. Finalmente, ingresaron por uno de los portones y las octoarañas condujeron a los seres humanos a la sección que les estaba asignada.

Sólo había un asiento en la sección que se había reservado para humanos. De hecho, podía ser que Eponine tuviera el único asiento de todo el estadio: al recorrer la tribuna superior del estadio con los binóculos de Richard, Max y Patrick vieron muchos seres que se inclinaban apoyándose o asiéndose de los fuertes postes verticales diseminados por las terrazas, pero en ninguna otra parte pudieron ver asientos.

Benjy estaba fascinado por los bolsos de tela que Archie y algunas de las otras octoarañas portaban. Los bolsos, todos idénticos, tenían el tamaño aproximado de un bolso de mano de mujer y eran blancuzcos. Colgaban en lo que se podría llamar el nivel de la cadera de las octoarañas, atados a la cabeza por una simple tira. Nunca antes los seres humanos habían visto a las *octos* con un accesorio. Benjy los advirtió de inmediato y le preguntó a Archie acerca de ellos mientras el grupo estaba parado en la plaza. En aquel momento, Benjy supuso que Archie no había comprendido la pregunta y él mismo la olvidó, hasta que llegaron al estadio y vio los otros bolsos similares.

Archie se mostraba inusitadamente vago en su explicación sobre el objeto del bolso. Nicole tuvo que pedirle que repitiera los colores antes de traducirle a Benjy lo que aquél decía.

—Archie dice que es equipo que podría necesitar para protegemos en una emergencia.

—¿Qué clase de e-equi...po? —preguntó Benjy, pero Archie ya se había alejado varios metros y estaba hablando con una octoaraña de una sección adyacente.

Los seres humanos estaban separados de las demás especies, tanto por dos bandas de tensa cuerda metálica sujetas alrededor de las partes superior e inferior de los postes del exterior de su enclave, como por sus protectores octoaraña (o guardias, como los llamaba Max), que se apostaron en la zona vacía que había entre las diferentes especies. Además de los humanos, a la derecha había un grupo de varios centenares de los alienígenas de miembros flexibles, los mismos seres que habían construido la escalera debajo de la cúpula arco iris. A la izquierda y por debajo del clan humano, del otro lado de una gran zona vacía, había alrededor de mil animales marrones, rechonchos, parecidos a iguanas, con largas colas ahusadas y dientes sobresalientes. Las iguanas tenían el tamaño de gatos domésticos.

Lo que resultaba inmediatamente obvio era que todo el estadio estaba rígidamente segregado: cada especie estaba ubicada con los de su propia clase. Más aún: salvo por los "guardias", no había octoarañas en la tribuna superior. Las quince mil *octos* (estimación de Richard) que asistían como espectadoras se ubicaban en la tribuna inferior.

—Hay varias razones para la segregación —explicó Archie mientras Ellie traducía para todos los demás—. Primera, que lo que diga la Optimizadora Principal va a ser trasmitido en treinta o cuarenta idiomas simultáneamente. Si ustedes miran con cuidado, verán que cada sección especial tiene un aparato, aquí está el de ustedes, por ejemplo, lo que Richard llama altoparlante, que expone lo que se está diciendo, en el idioma de esa especie. Todas las *octos*, incluidos los diversos morfos, pueden entender nuestro lenguaje normal de colores. Ese es el motivo de que todos estemos en la tribuna inferior, en la que no hay equipo especial de traducción...

"Permítanme mostrarles de qué estoy hablando. Miren hacia allá (Archie extendió un tentáculo): ¿ven ese grupo de cangrejos rayados? ¿Ven los dos grandes alambres verticales que hay en esa mesa, en el frente de esa sección? Cuando Optimizadora Principal empiece a hablar, esos alambres van a ponerse en marcha y a exponer, en el idioma antenal de los cangrejos, lo que se está diciendo.

Mucho más abajo de ellos, sobre la parte de arriba de lo que, en un estadio de la Tierra, habría sido un campo de juegos hundido, había una amplia cubierta con listas de colores, suspendida de puntales unidos a las secciones inferiores de la tribuna inferior.

—¿Puedes leer lo que dice? —le preguntó Ellie a su padre.

—¿Qué? —dijo Richard, todavía pasmado por la magnitud del espectáculo.

—Hay un mensaje en la cubierta —le hizo notar Ellie, señalando hacia abajo—. Lee los colores.

—Bien. —Richard leyó muy lentamente. —Munificencia significa alimentos, agua, energía, información, equilibrio y... ¿cuál es la última palabra?

—Yo la traduciría como "diversidad" —dijo Ellie.
—¿Qué quiere decir el mensaje? —preguntó Eponine.
—Barrunto que lo vamos a descubrir.

Minutos más tarde, después que Archie les dijera a los humanos que otro motivo para la segregación de las especies era confirmar las estadísticas censales de las octoarañas, dos parejas de gigantescos animales negros enrollaron la cubierta del campo en dos postes largos y gruesos. Las parejas empezaron en lados opuestos de la parte media del ruedo y, después, se desplazaron hacia sendos extremos del estadio, envolviendo la cubierta alrededor de los postes, para dejar al descubierto todo el campo.

Simultáneamente, un enjambre más de luciérnagas descendió desde muy por encima del estadio, de modo que todos los espectadores pudiesen ver con claridad, no sólo la abundancia de frutos, hortalizas y granos, reunidos en centenares de pilas en ambos extremos del campo, sino también los dos conjuntos de seres diversos que había en regiones separadas del piso del ruedo, de cada lado de la parte media. El primer grupo de alienígenas caminaba describiendo un gran círculo, sobre una superficie de tierra normal. Estaban unidos entre sí mediante una especie de cuerda. Al lado de ellos había una gran piscina con agua, en la que otras treinta o cuarenta especies, también conectadas entre sí, nadaban en un segundo círculo grande.

En el centro absoluto del campo se había erigido una plataforma, vacía salvo por algunas cajas negras desparramadas, y con rampas que descendían hacia las dos regiones adyacentes. Mientras todo el mundo observaba, cuatro octoarañas se separaron del círculo de la piscina y treparon por la rampa hacia la plataforma. Otras cuatro dejaron el grupo que caminaba sobre la superficie de tierra y se unieron a sus colegas. Entonces, una de estas ocho se paró sobre una caja que estaba en el medio de la plataforma y empezó a hablar en colores:

—Nos hemos reunido aquí hoy —la voz que salía del altavoz sobresaltó a los humanos. La pequeña Nikki empezó a llorar. Al principio les resultó extremadamente difícil entender lo que estaban oyendo, pues cada sílaba estaba acentuada igual y, si bien se los pronunciaba con cuidado, los sonidos no salían del todo bien, como si los emitiera alguien que nunca antes hubiera oído hablar a un ser humano. Richard estaba aturullado. De inmediato abandonó su intento por usar el traductor y se inclinó para estudiar el dispositivo desde el cual salían los sonidos.

Ellie tomó los binóculos de Richard, de modo de poder seguir los colores con más rapidez. Aun cuando tuvo que suponer algunas de las palabras, porque los trozos de banda estaban fuera de su alcance visual, le resultaba más fácil mirar que concentrarse por completo en lo que estaba saliendo del equipo de sonido octoarácnido.

Con el tiempo, los adultos sintonizaron los oídos, en cierto modo, con la cadencia y pronunciación de la voz alienígena, y entendieron la mayor parte de lo que se estaba diciendo: la octoaraña Optimizadora Principal indicaba que todo estaba bien en esos dominios de la abundancia, y que el éxito sostenido de la compleja y diversa sociedad en la que vivían se reflejaba en la variedad de alimentos que se hallaba en los campos.

—Nada de esta copiosidad —dijo la oradora— se pudo haber producido sin una fuerte cooperación entre especies.

Después, en su breve mensaje, la Optimizadora Principal pronunció elogios para los que tuvieron desempeños excepcionales. Se hizo hincapié en varias especies en particular: por ejemplo, la producción de la sustancia parecida a la miel aparentemente había sido sobresaliente, pues, durante unos instantes, una docena de luciérnagas que revoloteaban concentró su luz sobre la sección de los gorgojos. Al cabo de unos tres fengs de discurso, los humanos se cansaron del esfuerzo de escuchar la extraña voz y ya no le prestaron más atención. En consecuencia, el grupo quedó sorprendido cuando las luciérnagas aparecieron sobre su cabeza y se los presentó a las muchedumbres alienígenas. Miles de extraños ojos apuntaron en su dirección durante medio nillet.

—¿Qué dijo sobre nosotros? —le preguntó Max a Ellie, que había seguido traduciendo los colores mientras él conversaba con Eponine durante la mayor parte del discurso de la Optimizadora Principal.

—Sólo que éramos nuevos en estos dominios y que todavía estaban aprendiendo cuáles eran nuestras aptitudes... Entonces hubo algunos números que deben de haber sido alguna forma de describirnos. No entendí esa parte.

Después que otras dos especies fueron presentadas brevemente, la Optimizadora Principal empezó a resumir los puntos principales de su discurso.

—¡Mami, mami! —el chillido de terror predominó súbitamente sobre la voz alienígena: de algún modo, mientras los humanos adultos estaban absorbidos por el discurso y el espectáculo que los

rodeaba, Nikki había trepado por encima de la barrera más baja que delimitaba su sección e ingresado en el espacio abierto que los separaba de los seres iguana. La octoaraña Hércules, que patrullaba la zona, aparentemente tampoco advirtió lo que hacía la niña, pues no se dio cuenta de que una de las iguanas había metido la cabeza en el hueco que quedaba entre las dos cuerdas de metal que rodeaban su sección, y agarrado el vestido de Nikki con sus afilados dientes.

El terror que había en la voz de la niña paralizó momentáneamente a todos menos a Benjy, que actuó en forma instantánea en ayuda de Nikki: saltó sobre la barrera y asestó un golpe, con todas sus fuerzas, en la cabeza de la iguana. El sorprendido alienígena soltó el vestido de Nikki. Se desató el pandemonio. Nikki corrió de vuelta hacia los brazos de su madre pero, antes de que Hércules y Archie pudieran alcanzar a Benjy, el enfurecido alienígena se deslizó a través del hueco y saltó sobre la espalda de Benjy, que lanzó un alarido por el intenso dolor que le producían los dientes de la iguana en el hombro, y empezó a sacudirse, tratando de desembarazarse de su atacante. Segundos después, la iguana cayó al suelo, completamente inconsciente: dos puntos verdes se veían con claridad allí donde su cola se unía al resto del cuerpo.

Todo el incidente había ocurrido en menos de un minuto. El discurso no se interrumpió. Con excepción de las secciones adyacentes, nadie advirtió el suceso. Pero Nikki estaba irremediablemente asustada, Benjy gravemente herido y Eponine empezaba a tener una contracción.

Debajo de ellos, las enojadas iguanas trataban de forzar las cuerdas de metal, haciendo caso omiso de las amenazas de las diez octoarañas que se apresuraron a ubicarse en el ámbito entre las dos especies.

Archie le dijo al grupo de humanos que era hora de que se fueran. No hubo discusiones. Archie los escoltó de prisa hacia afuera del estadio, con Ellie llevando a su sollozante hija y Nicole frotando con desesperación en la herida de Benjy un antiséptico que había sacado de su maletín médico.

Richard se alzó sobre los codos, cuando Nicole entró en el dormitorio:

—¿Está bien Benjy? —preguntó.

—Así lo creo —dijo Nicole, lanzando un intenso suspiro—. Todavía me preocupa que en la saliva de ese ser pueda haber sustancias químicas peligrosas... Doctor Azul fue de mucha utilidad: me explicó que las iguanas no tienen ponzoña, pero coincide en que debemos estar alertas ante alguna forma de reacción alérgica en Benjy... Dentro de un día o dos, se sabrá si tenemos un problema o no.

—Y el dolor, ¿ya pasó?

—Benjy se niega a quejarse... Creo que, en realidad, está sumamente orgulloso de sí mismo, y motivos no le faltan para estarlo, y no quiere decir nada que pueda arruinarle su momento como héroe de la familia.

—¿Y Eponine todavía tiene contracciones?

—No, temporalmente se detuvieron, pero, si da a luz dentro del próximo día, más o menos, Marius no habrá sido el primer bebé cuyo nacimiento fue inducido por la adrenalina.

Nicole empezó a desvestirse.

—Ellie es la que lo está tomando peor... dice que es una madre terrible y que nunca se va a perdonar por no haber vigilado más de cerca a Nikki. Hace unos minutos hasta hablaba como Max y Patrick: se preguntaba en voz alta si, a lo mejor, no deberíamos regresar a Nuevo Edén y correr el riesgo con Nakamura, "por el bien de los chicos".

Nicole terminó de desvestirse y subió a la cama. Le dio un beso suave a Richard y se puso las manos detrás de la cabeza.

—Richard —manifestó—, nos enfrentamos con un asunto muy grave: ¿crees que las octoarañas nos *permitirán* regresar siquiera a Nuevo Edén?

—No —contestó él, después de un breve silencio—... No a todos nosotros, al menos.

—Temo que coincido contigo. Pero no se lo quiero decir a los demás... Quizá deba tratar otra vez la cuestión con Archie.

—Tratará de evadirla, como lo hizo la primera vez.

Se acostaron juntos, tomándose de las manos durante varios minutos.

—¿En qué piensas, amor? —preguntó Nicole, cuando advirtió que los ojos de Richard todavía estaban abiertos.

—En hoy —contestó él—. En todo lo que pasó hoy. Voy a repasar en mi mente cada increíble escena. Ahora que soy viejo y mi memoria no es tan buena como antes, intentaré emplear técnicas para refrescarla...

Nicole rió:

—Eres imposible —dijo—. Pero te amo de todos modos.

5

Max estaba agitado:

—Yo, en lo personal, no quiero permanecer en este sitio ni un minuto más de lo necesario. Ya no confío en ellos... Mira, Richard, sabes perfectamente que tengo razón. ¿Viste con qué rapidez Archie sacó de su bolso esa cosa como un tubo, cuando la iguana alienígena saltó sobre la espalda de Benjy? Y no dudó ni un segundo en usarlo. *Pffft* fue todo lo que oí, y *presto*, esa lagartija quedó, o bien muerta o bien paralizada. Le habría hecho lo mismo a uno de nosotros, si nos hubiéramos portado mal.

—Max, creo que tu reacción es excesiva —dijo Richard.

—¿De veras? ¿Y es otra reacción excesiva el que todo lo ocurrido ayer reforzara en mi mente la noción de lo indefensos que estamos...?

—Max —interrumpió Nicole—, ¿no crees que ésta es una discusión que deberíamos tener en otro momento, cuando no estemos tan emotivos?

—No —replicó Max con énfasis—. No lo creo... Quiero tenerla *ahora*, en la mañana de hoy. Por eso es que le pedí a Nai que les sirva el desayuno a los chicos en su casa.

—Pero seguramente no estarás sugiriendo que partamos ahora mismo, cuando Eponine está por dar a luz de un momento a otro —Objetó Nicole.

—Claro que no —replicó Max—, pero creo que debemos levantar el culo y largarnos no bien ella pueda viajar... Por Dios, Nicole, ¿qué clase de vida podemos llevar aquí, de todos modos? Nikki y los mellizos ahora están cagados de miedo. Apuesto a que no van a estar dispuestos a salir otra vez de nuestra zona durante semanas, quizá nunca más... Y eso ni siquiera toma en cuenta la pregunta más importante: ¿por qué las octoarañas nos trajeron acá en primer lugar? ¿Viste ayer a todos esos seres en el estadio? ¿No tuviste la impresión de que *todos* trabajan para las octoarañas, en una forma o en otra? ¿No es factible que, pronto, nosotros también estemos ocupando algún nicho en su ecosistema?

Ellie habló por primera vez desde que se inició la conversación:

—Siempre confié en las octoarañas —declaró—. Todavía lo hago.

No creo que tengan alguna especie de confabulación diabólica para integramos en su esquema general de una manera que sea inaceptable para nosotros... pero sí aprendí algo ayer o, mejor dicho, *volví* a aprender algo: como madre, es mi responsabilidad brindarle a mi hija un ambiente en el que ella pueda florecer y tener la oportunidad de ser feliz... y ya no creo que eso sea posible aquí, en la Ciudad Esmeralda.

Nicole la miró con sorpresa:

—¿Así que tú también te querrías ir? —preguntó.

—Sí, madre.

Nicole recorrió con la vista el rostro de los presentes: por la expresión de Eponine y Patrick se pudo dar cuenta de que estaban de acuerdo con Max y Ellie.

—¿Sabe alguien qué opina Nai sobre este asunto? —preguntó.

Patrick se sonrojó levemente cuando Max y Eponine lo miraron, como si esperasen que él diera una respuesta:

—Hablamos al respecto anoche —dijo al fin—. Nai ha estado convencida, desde hace algún tiempo, de que los niños llevan una vida muy restringida aislados aquí, en nuestra propia zona. Pero también está preocupada, en especial después de lo que pasó ayer, por que puedan existir peligros de importancia para los chicos si tratamos de vivir libremente en la sociedad de las octoarañas.

—Supongo que eso resuelve la cuestión —aceptó Nicole, encogiéndose de hombros—. En la primera oportunidad que se me presente, hablaré con Archie respecto de irnos de acá.

Nai era una buena narradora de cuentos. Los niños adoraban los días de clase en los que ella dejaba de lado las actividades planeadas y simplemente les relataba historias. De hecho, les había estado narrando mitos, tanto griegos como chinos, el primer día que Hércules apareció para

observarlos. Los chicos le dieron ese nombre a la octoaraña después que ayudó a Nai a mover los muebles en el aula para lograr una disposición diferente.

La mayoría de las historias que Nai contaba tenían un héroe. Dado que hasta Nikki todavía conservaba algún recuerdo de los biots humanos de Nuevo Edén, los niños estaban más interesados en relatos sobre Albert Einstein, Abraham Lincoln y Benita García que en los personajes históricos o míticos con los que no habían tenido relación personal.

En la mañana posterior al Día de la Munificencia, Nai explicó cómo, durante las últimas etapas del Gran Caos, Benita García utilizó su considerable fama para ayudar a los millones de gente pobre de México. Nikki, que había heredado la compasión de su madre y su abuela, se sintió conmovida por el relato de su valeroso desafío a la oligarquía mejicana y a las grandes compañías multinacionales norteamericanas.

La niñita proclamaba que Benita García era su *héroe*.

—Heroína —corregía el siempre preciso Kepler—. ¿Y qué hay respecto de ti, madre? —preguntó unos segundos después—, ¿tenías un héroe, o una heroína, cuando eras una niña pequeña?

A pesar del hecho de que estaba en una ciudad alienígena a bordo de una espacionave extraterrestre, a una distancia increíble de su ciudad natal de Lamfun, en Tailandia, durante unos extraordinarios quince o veinte segundos la memoria de Nai la transportó de regreso a su niñez, y se vio con claridad con un sencillo vestido de algodón, entrando descalza en el templo budista, para rendir homenaje a la reina Chamatevi. También pudo ver a los monjes con sus vestiduras color azafrán y, por un instante, hasta le pareció oler el incienso del pebetero en el oratorio ubicado frente al Buda principal del templo.

—Sí —dijo, sumamente conmovida por la fuerza de la imagen retrospectiva—. Sí, tuve una heroína... la reina Chamatevi, de los jaripunchai.

—¿Quién era, señora Watanabe? —preguntó Nikki—. ¿Era como Benita García?

—No exactamente —empezó Nai— Chamatevi era una hermosa joven que vivió en el reino de los mons, en el sur de Indochina, hace más de mil años. Su familia era rica y estaba íntimamente conectada con el Rey de los mons. Pero Chamatevi, que tenía una educación extraordinariamente buena para una mujer de su época, anhelaba hacer algo diferente y fuera de lo común. Una vez, cuando Chamatevi tenía diecinueve o veinte años, un augur visitó...

—¿Qué es un augur, mamá? —preguntó Kepler.

Nai sonrió:

—Alguien que predice lo futuro o que, por lo menos, intenta hacerlo —respondió.

—El hecho es que este augur le informó al Rey que una antigua leyenda decía que una bella joven de los mons, de noble cuna, iría hacia el norte a través de todas las selvas, hasta el valle de los jaripunchai, y uniría a todas las tribus de la región que estaban en guerra. Esa joven, prosiguió el augur, crearía, un reino cuyo esplendor igualaría al de los mons, y se la conocería en muchas tierras por su descollante capacidad de mando. El augur narró esa historia durante un banquete que se hacía en la corte, y Chamatevi lo escuchó con atención. Cuando el relato terminó, la joven se presentó ante el Rey de los mons y le dijo que *ella* debía de ser la mujer de la leyenda.

A pesar de la oposición de su padre, Chamatevi aceptó la oferta del Rey, de dinero, provisiones y elefantes, aun cuando sólo había la cantidad de alimentos suficiente como para durar los cinco meses de travesía por la jungla hasta la tierra de los jaripunchai. Si la leyenda no fuera cierta, y las muchas tribus del valle no aceptaran a Chamatevi como su reina, entonces ella no podría regresar a los mons y se vería forzada a venderse como esclava. Pero ni por un instante tuvo miedo.

"Por supuesto, la leyenda se cumplió, las tribus del valle aceptaron a Chamatevi como reina y ella gobernó durante muchos años, en lo que se conoce, en la historia tailandesa, como la Edad de Oro de los Jaripunchai... Cuando Chamatevi ya era muy anciana, dividió cuidadosamente el reino en dos partes iguales, que entregó a sus dos mellizos. Después se retiró a un monasterio budista para agradecer a Dios por Su amor y protección. Chamatevi se mantuvo alerta y sana hasta su muerte, ocurrida a la edad de noventa años.

Por motivos que no entendía del todo, Nai sentía que se emocionaba mucho mientras narraba la historia. Cuando terminó todavía podía ver, con los ojos de la mente, las pinturas murales del templo de Lamfun que ilustraban la historia de Chamatevi. Nai estaba tan absorbida por el relato, que ni siquiera se dio cuenta de que Patrick, Nicole y Archie habían entrado en el aula y estaban sentados en el piso, detrás de los niños.

—Tenemos muchos relatos similares —informó Archie unos minutos después, y Nicole tradujo— que también les contamos a nuestras crías. La mayoría son muy, muy antiguos. ¿Son ciertos? Realmente eso no le importa a una octoaraña: los relatos entretienen, instruyen e inspiran.

—Estoy segura de que a los chicos les encantaría oír uno de tus relatos —le dijo Nai—. A decir verdad, a todos nos encantaría.

Archie no dijo nada durante casi un nillet. El fluido de su lente estaba muy activo, desplazándose de un lado para otro, como si estuviera estudiando con cuidado a los seres humanos que lo contemplaban. Al fin, las bandas de color empezaron a emanar de su ranura y a circunnavegarle la cabeza.

—Hace mucho, pero mucho tiempo —empezó—, en un mundo muy distante bendecido con abundancia de recursos y belleza que trascendía cualquier descripción, todas las octoarañas moraban en un vasto océano. En la tierra había muchos seres, uno de los cuales, el...

—Lo siento —interrumpió Nicole—, no sé cómo traducir el patrón cromático siguiente.

Archie usó varias oraciones nuevas para intentar decir lo que quería con otros términos:

—Aquellos que se fueron antes... —dijo Nicole para sí—. Oh, bien, probablemente no sea esencial para el relato que cada palabra sea la que corresponde con exactitud... Simplemente los voy a llamar Precursores.

—En las partes emergidas de ese hermoso planeta —continuó traduciendo— había muchos seres, de los cuales los más inteligentes eran los Precursores: fabricaban vehículos que podían volar por los aires, exploraban todos los planetas y estrellas próximos, hasta sabían cómo crear vida a partir de compuestos químicos sencillos, donde nunca antes la había habido. Pero alteraron la naturaleza de la tierra y de los océanos con sus increíbles conocimientos.

"Y ocurrió que los Precursores decidieron que la especie de las octoarañas tenía un inmenso potencial virgen, facultades que nunca se habían expresado durante sus muchos, muchos años de existencia, y empezaron a mostrarles a las octoarañas cómo desarrollar y utilizar su capacidad latente. A medida que transcurrieron los años, la especie de las octoarañas, gracias a los Precursores, se convirtió en la segunda especie más inteligente del planeta y desarrolló una relación muy complicada e íntima con los Precursores.

"Durante esos tiempos, los Precursores ayudaron a las octoarañas a aprender a vivir fuera del agua, tomando oxígeno directamente del aire del hermoso planeta. Colonias enteras de *octos* empezaron a pasar toda su vida en tierra. Un día, después de una reunión cumbre entre los principales optimizadores de los Precursores y las octoarañas, se anunció que *todas* las octoarañas se transformarían en seres terrestres y abandonarían sus colonias en los océanos.

"Muy abajo, en las grandes profundidades del mar, había una sola colonia pequeña de octoarañas, no más de mil en total, que estaba regida por un optimizador local que no creía que los principales optimizadores de las dos especies hubieran tomado una decisión correcta. Este optimizador local resistió el anuncio y, aunque él y su colonia estaban excluidos por las demás y no compartían la munificencia ofrecida por los Precursores, él y muchas generaciones que le siguieron continuaron llevando su vida aislada y sin complicaciones en el fondo del océano.

"Aconteció que una gran calamidad azotó el planeta y se volvió imposible sobrevivir en tierra. Muchos millones de seres murieron, y únicamente aquellas octoarañas que podían vivir cómodamente en el agua sobrevivieron durante los miles de años en los que el planeta estuvo devastado.

"Cuando, finalmente, éste se recuperó y unas pocas de las octoarañas oceánicas se aventuraron a emerger, no encontraron a ninguna de sus congéneres... ni a ninguno de los Precursores. El optimizador local que había vivido miles de años antes fue un visionario: sin su actitud, todas y cada una de las octoarañas pudieron haber fenecido... Y ésa es la razón de que, aun hoy en día, las octoarañas inteligentes retengan la capacidad de vivir en tierra o en el agua.

Nicole reconoció, ya en los comienzos del relato, que Archie estaba compartiendo con ellos algo por completo diferente de todo lo que les hubiera dicho hasta ahora. ¿Se debía eso a la conversación sostenida esa mañana, cuando ella le comunicó que el grupo humano quería volver a Nuevo Edén no bien hubiera nacido el hijo de los Puckett? No estaba segura, pero sí sabía que la leyenda que Archie acababa de contarles dijo cosas sobre las octoarañas que los humanos nunca podrían haber supuesto de alguna otra manera.

—Eso fue verdaderamente maravilloso —declaró Nicole, tocando levemente a Archie—. No sé si los niños lo disfrutaron...

—Creo que fue bonito —aprobó Kepler—. No sabía que ustedes podían respirar agua.

—Exactamente igual que un bebé nonato —estaba diciendo Nai, cuando un excitado Max Puckett entró corriendo por la puerta:

—¡Ven pronto, Nicole! —exclamó—. ¡Las contracciones se producen cada cuatro minutos nada más!

Nicole se paró y se volvió hacia Archie:

—Por favor, dile a Doctor Azul que traiga al ingeniero en imágenes y al sistema de cuadroides... ¡y que se apresure!

Resultaba asombroso observar un nacimiento desde afuera y desde adentro en forma simultánea. A través de Doctor Azul, Nicole le daba instrucciones a Eponine, así como al ingeniero octoaraña en imágenes:

—¡*Respira*, debes respirar durante tus contracciones! —le gritaba a Eponine—. Desplázalos más cerca, más bajo en el canal de parto, con un poco más de luz —le decía a Doctor Azul.

Richard estaba completamente fascinado. Se había corrido hacia uno de los costados del dormitorio, con los ojos yendo como un relámpago de un lado para otro, desde las imágenes que se proyectaban sobre la pared hacia las dos octoarañas y su equipo. Lo que se mostraba en las imágenes estaba demorado toda una contracción respecto de lo que estaba ocurriendo en la cama. Al final de cada contracción, Doctor Azul le alcanzaba a Nicole un pequeño apósito redondo, que Nicole adhería en la cara interna del muslo de Eponine, en la zona más cercana a la ingle. En cuestión de segundos, los diminutos cuadroides que habían estado dentro de Eponine durante la última contracción iban a la carrera hasta el apósito y, entonces, los nuevos ascendían presurosos por el canal de parto. Después de veinte o treinta segundos de demora para el procesamiento de los datos, otro juego de imágenes aparecía sobre la pared.

Max los estaba volviendo locos a todos: cuando oía a Eponine gritar o gemir, como lo hacía en ocasiones cerca del pico de cada contracción, se acercaba velozmente a su lado y le aferraba la mano:

—Tiene dolores terribles —le decía a Nicole—. Debes hacer algo para ayudarla.

Entre contracciones, cuando, por sugerencia de Nicole, Eponine se ponía de pie al lado de la cama para permitir que la gravedad artificial la ayudara en el proceso de parto, Max se ponía aun peor. La imagen de su hijo por nacer atascado en el canal de parto, luchando contra la incomodidad proveniente de la presión de la contracción anterior, lo hacía lanzarse en una perorata:

—,Oh, mi Dios, mira, mira! —decía, después de una contracción particularmente intensa—. Tiene la cabeza *machacada.* ¡Oh, mierda! No hay suficiente lugar. No lo va a lograr.

Nicole tomó dos decisiones importantes pocos minutos antes de que Marius Clyde Puckett hiciera su ingreso en el universo: primero, llegó a la conclusión de que el bebé no iba a nacer sin algo de ayuda; iba a ser necesario, decidió, que ella practicara una episiotomía para mitigar los dolores y el desgarramiento del parto en sí. También llegó a la conclusión de que se debía sacar a Max del dormitorio antes que se volviera histérico o hiciera algo que interfiriera con el proceso de parto o ambas cosas.

Ellie esterilizó el escalpelo, a pedido de Nicole. Max lo miró con ojos desorbitados:

—¿Qué vas a hacer con *eso*? —preguntó.

—Max —manifestó Nicole con tono calmo, mientras Eponine sentía la llegada de otra contracción—, te quiero profundamente, pero deseo que salgas de la habitación. Por favor. Lo que estoy a punto de hacer facilitará el nacimiento de Marius, pero no va a ser agradable de mirar...

Max no se movió. Patrick, que estaba parado en el vano de la puerta, pasó una mano por sobre el hombro de su amigo, mientras Eponine empezaba a gemir otra vez: la cabeza del bebé estaba haciendo presión, con toda claridad, contra la abertura vaginal. Nicole empezó a cortar. Eponine lanzó un alarido de dolor.

—¡No! —aulló un desesperado Max ante la primera sangre que apareció—. ¡*No*...! Oh, mierda... Oh, mierda.

—¡Ahora... sal ahora! —gritó Nicole con tono imperioso, mientras concluía la episiotomía. Ellie estaba restañando la sangre tan rápido como podía. Patrick hizo dar vuelta a Max, lo abrazó con fuerza y lo condujo hacia la sala de estar.

No bien la tuvo disponible, Nicole revisó la imagen que apareció en la pared: el pequeño Marius estaba en posición perfecta.

"Qué tecnología fantástica ", pensó fugazmente Nicole. "Cambiaría por completo el trabajo de parto."

No tuvo más tiempo para reflexionar: otra contracción estaba comenzando. Extendió la mano y tomó la de Eponine:

—Esta podría ser la definitiva —le advirtió—. Quiero que pujes con alma y vida... y que no dejes de hacerlo durante toda la contracción. —Después le informó a Doctor Azul que no iba a necesitar más imágenes.

¡Puja! —gritaron juntas Nicole y Ellie.

Empezó a asomar la cabeza del bebé. Nicole y su hija pudieron advertir que tenía cabello castaño claro.

—Una vez más —insistió Nicole—. Puja otra vez.

—No puedo —sollozó Eponine.

—Sí puedes... *puja*.

Eponine arqueó la espalda, tomó una profunda bocanada de aire e, instantes después, el bebé Marius salió disparado hacia las manos de Nicole. Ellie estaba lista con la tijera para cortar el cordón umbilical. El niño lloró en forma natural, sin necesidad de que se lo estimulara. Max entró corriendo en la habitación.

—Tu hijo acaba de llegar —anunció Nicole. Terminó de limpiar el exceso de fluido, ató el cordón umbilical y le alcanzó el bebé al orgulloso padre.

—Válgame... válgame... ¿Qué hago ahora? —dijo el aturdido pero radiante Max, que sostenía al bebé como si fuese tan frágil como el vidrio y tan precioso como los diamantes.

—Podrías besarlo —sugirió Nicole con una sonrisa—. Ese sería un buen comienzo.

Max bajó la cabeza y besó a Marius con mucha delicadeza.

—Y podrías traerlo para que conozca a su madre —añadió Eponine.

Lágrimas de gozo corrían por las mejillas de la nueva madre cuando miró al hijo de cerca, por primera vez. Nicole ayudó a Max a tender al niño sobre el pecho de Eponine:

—Oh, francesita —dijo entonces él, estrujando la mano de Eponine—, ¡cómo te amo... cómo te amo con todo mi corazón!

Marius, que había estado llorando sin parar desde instantes después de nacer, se calmó en su nueva posición sobre el pecho de la madre. Eponine bajó la mano que Max no le tenía tomada y, con ternura, acarició a su hijo. De pronto, los ojos de Max se llenaron de lágrimas.

—Gracias, querida —le dijo a Eponine—. Gracias, Nicole. Gracias, Ellie.

Les agradeció muchas veces a todos los que estaban en la habitación, incluidas las dos octoarañas. Durante los cinco minutos siguientes, también fue una verdadera máquina de apretujar con los brazos. Ni siquiera las octoarañas escaparon a sus abrazos de agradecimiento.

6

Nicole golpeó con suavidad en la puerta y, después, metió la cabeza en la habitación:

—Discúlpenme —dijo—, ¿hay alguien despierto?

Tanto Eponine como Max se agitaron, pero ningún ojo se abrió para saludarla. El pequeño Marius estaba acurrucado entre sus padres, durmiendo con satisfacción. Al fin, Max murmuró:

—¿Qué hora es?

——Quince minutos *después* de la hora fijada para nuestro examen de Marius —informó Nicole—. Doctor Azul volverá dentro de un ratito.

Max gruñó y le dio suaves golpecitos a Eponine.

—Entra —le dijo a Nicole. Max presentaba un aspecto terrible: tenía los ojos enrojecidos e hinchados y ojeras dobles.

—¿Por qué los bebés no duermen más de dos horas por vez? —preguntó, lanzando un bostezo.

Nicole se paró en el vano de la puerta:

—Algunos lo hacen, Max... pero cada bebé es diferente. Inmediatamente después de nacer, siguen, por lo común, la misma rutina con la que se sentían cómodos en el útero.

—¿De qué te quejas, de todos modos? —le reprochó Eponine, luchando para incorporarse—. Todo lo que tienes que hacer es escuchar algunos llantos, cambiar un pañal de vez en cuando y volver a dormir... Yo tengo que permanecer despierta mientras él se alimenta... ¿Alguna vez hiciste el intento de quedarte dormido mientras un pequeño comilón te está succionando los pezones?

—¿Qué es esto? —terció Nicole, riendo—. ¿Acaso los nuevos padres perdieron su aura de neófitos en sólo cuatro días?

—Realmente no —dijo Eponine, forzando una sonrisa mientras se ponía la ropa—... pero, ¡oh, Dios, estoy tan cansada!

—Es normal —explicó Nicole—. Tu cuerpo experimentó un trauma. Necesitas descansar... Como les dije a ti y a Max el día que nació Marius, cuando insistieron en que hiciéramos una fiesta, la única manera en la que pueden dormir lo suficiente durante las dos primeras semanas es si adaptan el horario de *ustedes* de modo que concuerde con el de él.

—Te creo —declaró Max. Salió por la puerta a los tropezones, llevando la ropa, y enfiló hacia el baño.

Eponine lanzó una mirada hacia la almohadilla azul claro que Nicole acababa de extraer de su maletín:

—¿Ese es uno de los nuevos pañales? —preguntó.

—Sí. Los ingenieros octoarañas le introdujeron algunas mejoras más... A propósito: su oferta relativa al recolector especial de desechos sigue en pie. Todavía no tienen algo para la orina de Marcus, pero calculan que, con el recolector, Marius sólo haría caca...

—Max se opone por completo a la idea —interrumpió Eponine—. Dice que su hijito no va a ser un experimento para las octoarañas.

—Yo no lo llamaría *experimento*, precisamente —aclaró Nicole—. La especie particular que diseñaron para la recolección de desechos es nada más que una leve modificación de la que estuvo limpiando nuestros inodoros desde hace seis meses. Y piensa en todos los problemas que evitarías...

—No —dijo Eponine con firmeza—... pero agradéceles a las octoarañas de todos modos.

Cuando Max volvió, estaba vestido para la ocasión, aunque seguía sin haberse afeitado.

—Quería decirte, Max —dijo Nicole—, antes de que regrese Doctor Azul, que finalmente mantuve una prolongada conversación con Archie respecto de nuestra partida de Nuevo Edén... Cuando te expliqué a Archie que *todos* queríamos irnos, y traté de darle algunas razones del porqué, me dijo que no dependía de él la aprobación de nuestra partida.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Max.

—Dijo que era un asunto para la Optimizadora Principal.

—¡Ajá! Así que debo de haber tenido razón todo el tiempo —señaló Max—. Realmente *somos* prisioneros y no invitados.

—No, no si entendí correctamente lo que dijo Archie: me dijo que “se puede arreglar, de ser necesario", pero únicamente la Optimizadora Principal entiende suficientemente bien "todos los factores" como para tomar una decisión sensata.

—Más de ese maldito galimatías de las octoarañas —rezongó Max.

—No lo creo —contestó Nicole—. En realidad, se me alentó... pero Archie dijo que no podremos organizar un encuentro con la Optimizadora Principal hasta que la Matriculación haya terminado. Ese es el proceso que estuvo ocupando todo el tiempo de Jamie. Aparentemente, eso sólo ocurre cada dos años, o algo así, e interviene toda la colonia.

—¿Cuánto dura este asunto de la Matriculación? —preguntó Max.

—Tan sólo otra semana más. A Richard, Ellie y yo se nos invitó a participar esta noche en alguna faceta del proceso... Suena fascinante.

—De todos modos, Marius y yo no podremos partir sino hasta dentro de varias semanas —dijo Eponine—, así que aguardar una semana ciertamente no es problema.

En ese momento, Doctor Azul llamó a la puerta. La octoaraña ingresó en el dormitorio con el equipo especializado que iba a emplear en el examen de Marius. Max miró con desconfianza un par de bolsas de plástico que contenían seres que se retorcían y parecían fideos negros.

—¿Qué son esas malditas cosas? —preguntó con el ceño fruncido.

Nicole terminó de disponer sus propios instrumentos sobre la mesa, al lado de la cama:

—Max —dijo con una sonrisa—, ¿por qué no te vas a la casa de al lado durante los siguientes quince minutos, o algo así?

El entrecejo de Max formó una profunda V:

—¿Qué le van a hacer a mi niñito? ¿Hervirlo en aceite?

—No —rió Nicole—, pero de vez en cuando podrá parecer que eso es lo que le estamos haciendo.

Ellie alzó a Nikki y le dio un fuerte abrazo. La niñita dejó de llorar momentáneamente.

—Mami se va con Nonni, Boobah, Archie y Doctor Azul —dijo Ellie—. Volveremos después de la hora en que te vas a dormir... Vas a estar bien aquí, con la señora Watanabe y Kepler...

—No *quiero* quedarme aquí —protestó Nikki con su tono más desagradable—. Quiero ir con mami. —Besó a Ellie en la mejilla. Su rostro mostraba expectación.

Segundos después, cuando Ellie volvió a ponerla en el suelo, el bello rostro de Nikki se contrajo y la niña empezó a sollozar.

—¡No *quiero*...! —gritó, mientras su madre trasponía la puerta.

Ellie meneaba la cabeza mientras los cinco caminaban hacia la plaza:

_¡Ojalá supiera qué hacer por ella...! —se lamentó—. Desde que se produjo ese incidente en el estadio, se ha aferrado a mí...

—Podría ser nada más que una etapa normal —opinó Nicole—. Los niños cambian muy rápido a la edad de ella... Y Nikki ya no es el centro de la atención, ahora que Marius está aquí.

—Creo que el problema es más profundo que eso —dijo Ellie varios segundos después. Se volvió hacia Nicole. —Lo siento, madre, pero estoy convencida de que la inseguridad de Nikki tiene más que ver con Robert que con Marius.

—Pero hace más de un año que Robert se fue —terció Richard.

—No creo que eso importe —contestó Ellie—. En algún nivel, Nikki todavía debe de recordar cómo era tener a sus dos padres... Para ella probablemente parece como que primero la abandoné yo; después, Robert. No es de extrañar que se sienta insegura.

Nicole tocó a su hija con suavidad.

—Pero, Ellie, si estás en lo cierto, ¿por qué es sólo *ahora* que reacciona con tanta intensidad?

—No puedo decir con certeza —admitió Ellie—. Quizás el encuentro con el ser iguana le recordó lo vulnerable que era... y cuánto extraña la protección de su padre...

Oyeron el fuerte gemido de Nikki detrás de ellos.

—Sea lo que fuere que la está molestando —suspiró Ellie—, espero que se le pase y supere pronto: cuando llora así siento como si un cuchillo caliente me estuviera perforando el estómago.

No había transporte hacia la plaza. Archie y Doctor Azul seguían caminando, dirigiéndose hacia la pirámide en la que las octoarañas y los seres humanos normalmente mantenían sus reuniones.

—Esta es una noche muy especial —explicó Doctor Azul—, y hay muchas cosas que les debemos decir antes de que salgamos de la zona de ustedes.

—¿Dónde está Jamie? —preguntó Nicole mientras entraban en el edificio—. Creí, en principio, que iba a ir con nosotros... y ya que estoy en eso, ¿qué ocurrió con Hércules?: no lo hemos visto desde el Día de la Munificencia.

Mientras ascendían juntos la rampa hacia el segundo piso de la pirámide, Doctor Azul les informó que esa noche Jamie estaba con sus compañeras octoaraña de matriculación, y que a Hércules se lo había "reasignado".

—Santo Dios —dijo Richard en broma—, Hércules ni siquiera nos dijo adiós.

Las octoarañas, que todavía no habían aprendido muy bien a reconocer el sentido del humor de los seres humanos, se disculparon por los malos modales de Hércules. Después mencionaron que entre los seres humanos ya no habría una octoaraña en calidad de observador.

—¿A Hércules se lo despidió por alguna razón? —preguntó Richard, todavía en tono jocundo. Las dos octoarañas no prestaron la menor atención a la pregunta.

Ingresaron en la misma sala de conferencias en la que Nicole aprendió cómo era el proceso digestivo de las octoarañas. Varias láminas grandes del pergamino o cuero en el que las *octos* hacían sus dibujos y diagramas estaban en el rincón, mirando hacia la pared. Doctor Azul les pidió a Richard, Nicole y Ellie que se sienten.

—Lo que han de ver más tarde, hoy a la noche —dijo entonces Archie—, nunca antes fue visto por alguien que no fuera octoaraña, desde que se formó nuestra colonia aquí, en *Rama*: los trajimos con nosotros en un intento por mejorar la calidad de la comunicación entre nuestras dos especies. Es imperioso que entiendan, antes de que salgamos de esta sala y nos dirijamos hacia el Dominio Alternativo, no sólo lo que van a ver sino, también, cómo se espera que se comporten.

—Por ninguna circunstancia —añadió Doctor Azul— deberán perturbar las prácticas ni tratar de influir en alguien o algo que encuentren por el camino, ya sea yendo o viniendo. Ustedes habrán de seguir nuestras instrucciones en todo momento. Si no pueden, o si no quieren aceptar estas condiciones, entonces deben decírnoslo ahora y no los llevaremos con nosotros.

Los tres humanos se miraron unos a otros, alarmados:

—Ustedes nos conocen bien —dijo Nicole al fin—. Confío en que no van a solicitarnos que hagamos algo que no vaya de acuerdo con nuestros valores y principios. No podríamos...

—Eso no es asunto nuestro —interrumpió Archie—. Simplemente les estamos pidiendo que sean observadores pasivos, no importa lo que vean o experimenten. Si se sienten confundidos o asustados y, por alguna razón, no pueden localizar a uno de nosotros, siéntense, donde sea que estuvieran, con las manos a los costados, y esperen a que vengamos.

Hubo un breve silencio.

—No puedo hacer suficiente hincapié —continuó Archie— en lo importante que es el comportamiento de ustedes esta noche. La mayoría de los demás optimizadores objetó cuando solicité que se les permitiera asistir. Doctor Azul y yo hemos avalado personalmente su capacidad para no hacer algo que fuera inconveniente.

—¿Están nuestras *vidas* en peligro? —preguntó Richard.

—Probablemente no —contestó Archie—, pero *podrían* estarlo... Y si esta noche se fuera a convertir en una especie de fracaso, como consecuencia de algo que uno de ustedes hiciera, no estoy seguro... —En actitud muy desusada para una octoaraña, Archie no terminó la oración.

—¿Nos estás diciendo —dijo ahora Nicole— que nuestra solicitud para regresar a Nuevo Edén está condicionada, de algún modo, a todo esto?

—Nuestra relación —aclaró Archie— alcanzó una cima: al compartir una parte crítica de nuestro proceso de Matriculación con ustedes estamos intentando alcanzar un nuevo nivel de comprensión. En ese sentido, la respuesta a tu pregunta es "Sí".

Pasaron casi medio tert, dos horas de la cronología humana. Archie empezó explicando qué era la Matriculación: Jamie y sus compañeros habían terminado su adolescencia y estaban a punto de hacer la transición a la adultez. Mientras fueron crías, su vida estuvo mayormente controlada y no se les había permitido tomar decisión alguna de gran importancia. Al final de la Matriculación, Jamie y las demás jóvenes *octos* tomarían una sola decisión monumental, una que alteraría de modo fundamental el resto de su vida. Era el propósito de la Matriculación, y hasta de mucho del año final previo a la transición, brindar a las octoarañas adolescentes información que las ayudara a tomar esa importante decisión.

—Esta noche —dijo Archie—, a todos los jóvenes se los va a llevar, como grupo, al Dominio Alternativo, para ver...

Ni Ellie ni Nicole pudieron resolver, al principio, cómo traducir al inglés lo que las jóvenes octoarañas iban a ver. Finalmente, después de discurrir un poco entre ellas, y de varias oraciones de

aclaración por parte de Doctor Azul y de Archie, las mujeres decidieron que la mejor interpretación de lo que Archie había dicho en colores era "una representación teatral de moralidad".

Durante los siguientes minutos, la conversación sufrió una digresión, cuando Doctor Azul y Archie, en respuesta a preguntas de los humanos, explicaron que el Dominio Alternativo era una sección específica del territorio octoarácnido, que no se hallaba debajo de la cúpula:

—Al sur de la Ciudad Esmeralda —dijo Archie— hay otro asentamiento con un estilo de vida decididamente diferente del nuestro. Alrededor de dos mil octoarañas viven hoy en el Dominio Alternativo, junto con otros tres o cuatro mil seres más que representan una docena de especies diferentes. La vida que llevan es caótica y carente de estructura. Las octoarañas alternativas no tienen una cúpula sobre la cabeza para protegerlas, ni tareas asignadas, ni entretenimiento planeado, ni acceso a la información de la biblioteca, ni caminos ni hogares, salvo los que se construyen para sí mismas en forma colectiva, y una expectativa de vida que es de alrededor de un décimo de la que tiene la octoaraña promedio de Ciudad Esmeralda.

Ellie pensó en cómo la zona de Avalon había sido creada por Nakamura para lidiar con los problemas que los colonos de Nuevo Edén querían olvidar. Pensó en que, quizás, el Dominio Alternativo era un asentamiento similar.

—¿Por qué a tantos de sus congéneres, más del diez por ciento, si mi aritmética es correcta, se los forzó a vivir afuera de la cúpula? —inquirió.

—A ninguna octoaraña se la forzó a vivir en el Dominio Alternativo —dijo Doctor Azul—, todas están allá como resultado de una opción crítica.

Doctor Azul fue hacia el rincón y trajo algunas de las representaciones gráficas. Las dos octoarañas usaron ampliamente los diagramas durante la larga discusión que vino después. Primero explicaron que, centenares de generaciones atrás, sus biólogos habían identificado correctamente la conexión entre sexualidad en su especie y muchas otras características de comportamiento, entre ellas la ambición personal, la agresividad, el comportamiento territorial y el envejecimiento, por nombrar los más importantes. Este descubrimiento se hizo durante un período de la historia octoarácnida en el que se producía, por primera vez, la transición hacia la Optimización, pero, a pesar de la aceptación supuestamente universal de lo que, en teoría, era una base superior para la estructura de la sociedad de las octoarañas, la transición se vio seriamente obstaculizada por estallidos regulares de guerras, disensión tribal y otros hechos de mutilación social. Las octoarañas biólogo de la época especularon que sólo una sociedad asexuada, o una en la que sólo una pequeña fracción de la población tuviera sexo, podría someterse a los principios de la Optimización, en la que los deseos del individuo se subordinaban al bienestar de la colonia como un todo.

Una sucesión aparentemente interminable de conflictos convenció a todas las octoarañas precursoras de ese período, de que la Optimización no era más que un sueño tonto, a menos que se pudiera hallar algún método, o alguna técnica, para combatir el individualismo que inevitablemente trababa la aceptación del nuevo orden. Pero, ¿qué se podía hacer? Transcurrieron varias generaciones más antes de que se hiciera el brillante descubrimiento de que existían sustancias químicas especiales en un producto parecido a la caña de azúcar, llamado barrican, que realmente frenaba el desarrollo sexual en las octoarañas. Al cabo de varios centenares de años, los ingenieros genetistas *octo* lograron diseñar y producir una variación de este barrican que, si se ingería en forma regular, detenía por completo la llegada de la madurez sexual.

Casos y colonias testigo tuvieron un suceso que excedió en mucho los sueños más alocados, tanto de los biólogos como de los científicos políticos progresistas: las octoarañas sexualmente inmaduras respondían más a los conceptos grupales de la Optimización. Y no sólo no se producía madurez sexual en aquellas octoarañas que comían barrican en forma regular, sino que en ellas se producía un retraso en el envejecimiento también. El envejecimiento, los científicos octoaraña aprendieron entonces muy pronto, estaba conectado con el mismo mecanismo de reloj interno que la pubertad y, de hecho, las enzimas que hacían que las células no se reabastecieran adecuadamente en las octoarañas más viejas, ni siquiera se ponían en acción sino hasta un período específico *posterior* a la madurez sexual.

La sociedad octoarácnida experimentó rápidos cambios, aseveraron Doctor Azul y Archie, después de estos colosales descubrimientos. La Optimización se estableció con firmeza por doquier. Los científicos sociales octoaraña empezaron a prever una sociedad en la que las *octos* serían casi inmortales, muriendo únicamente como consecuencia de accidentes o por la súbita falla de un órgano principal y crítico. Octoarañas sin sexo poblaron todas las colonias y, tal como predijeron los biólogos, la ambición y agresividad personales casi dejaron de existir.

—Toda esta historia tuvo lugar hace muchas generaciones —dijo Archie—, y es, primordialmente, información de base para ayudarlos a ustedes a entender de qué se trata la

Matriculación. Sin entrar en la compleja historia transcurrida, Doctor Azul va a resumir dónde estamos hoy, en nuestra colonia en particular.

—Cada octoaraña con la que se encontraron hasta ahora —empezó éste—, con excepción de los morfos enanos y los atiborrados, que son permanentemente asexuados, es un ser cuya madurez sexual fue retrasada por el barrican. Hace muchos años, antes de que un biólogo bribón mostrara cómo en nuestra especie se podía inducir, en forma genética, una clase diferente de sexualidad, sólo una octoaraña reina podía dar descendencia...

"Entre la población octoaraña adulta normal había dos sexos, pero la única diferenciación importante entre ellos era que uno de los dos tenía la facultad, si estaba maduro, de fertilizar una reina. Los adultos con sexo copulaban por placer, pero como no había prole por este contacto, las distinciones entre sexos era borrosa. De hecho, los vínculos de largo plazo en la colonia eran más frecuentes entre miembros del mismo sexo, por tener sentimientos similares y puntos de vista en común...

"Ahora la situación es muchísimo más complicada. En nuestra especie octoarácnida, gracias a la genialidad en ingeniería genética de nuestros predecesores, una hembra adulta es capaz de producir, como resultado de la unión sexual con una octoaraña macho adulta, una sola cría estéril de limitada expectación de vida y facultades algo reducidas. Ustedes aún no vieron uno de estos morfos, porque todos ellos viven en el Dominio Alternativo.

Doctor Azul hizo una pausa y continuó Archie:

—Cada ciudadano, o ciudadana, menor de edad de nuestra colonia decide si desea volverse sexualmente maduro en el período inmediato posmatriculación. Si la respuesta es no, entonces la *octo* pone su sexualidad en fideicomiso con los Optimizadores y la colonia como un todo. Eso es lo que Doctora Azul, que es una hembra, y yo hicimos hace mucho tiempo. Según la ley octoarácnida, es sólo inmediatamente después de la Matriculación que un individuo puede hacer su propia elección de sexo sin consecuencias. Los Optimizadores no son clementes con aquellos que deciden sufrir una metamorfosis sexual, sin permiso explícito de la colonia, después de que se les estructuró y planeó cuidadosamente la carrera.

Otra vez habló Doctora Azul:

—Tal como lo expusimos esta noche, podría parecer improbable que una octoaraña joven tome alguna vez la decisión de adquirir madurez sexual temprana. Sin embargo, en bien de la equidad, debemos señalar que existen razones de peso, por lo menos en la mente de *algunas* octoarañas jóvenes, para optar por convertirse en alternativos: primera y principal, una *octo* hembra sabe que sus posibilidades de llegar a tener progenie están significativamente reducidas si opta por permanecer sin sexo después de la Matriculación. Nuestra historia sugiere que sólo en una emergencia se habrá de llamar a gran cantidad de estas hembras para producir crías de octoaraña. En general, la reducida capacidad e infertilidad de esta clase de descendencia las hace menos aceptables, desde el punto de vista de la colonia como un todo, a menos, claro está, que se necesiten más octoarañas para sostener la infraestructura de la sociedad.

"Algunas de las octoarañas jóvenes también encuentran inadmisible la regimentación y lo predecible de nuestra vida en la Ciudad Esmeralda, y anhelan una existencia en la que puedan tomar todas sus propias decisiones. Otros temen que los Optimizadores los coloquen en la carrera inadecuada. Todos los que eligen la sexualidad temprana ven el Dominio Alternativo como un sitio libre y animado, lleno de embeleso y aventura. No toman en cuenta lo que están abandonando y, en su momentánea exuberancia, la calidad de su vida es más importante que su duración probable...

En el transcurso de la prolongada conversación, Richard, Nicole y Ellie interrumpían ocasionalmente, pidiendo la aclaración de los puntos más importantes. Pudieron confirmar, cada vez, que en verdad habían hecho la traducción adecuada de lo que las octoarañas les estaban explicando. A medida que avanzaba el anochecer, los tres seres humanos empezaron a sentirse abrumados: es que había demasiada información para digerir en una sola conversación.

—Un momento, aguarden un momento —intervino abruptamente Richard, cuando Archie señaló que era hora de que partieran—, lo siento... pero hay algo fundamental en todo esto que todavía no comprendo: ¿por qué se permite, en primer lugar, que exista esta opción? ¿Por qué los Optimizadores simplemente no decretan que todas las octoarañas siempre comerán el barrican y permanecerán asexuadas hasta que la colonia tenga necesidad de reproducirse?

—Esa es una muy buena pregunta —contestó Archie—, con una compleja respuesta. Permítanme simplificar en demasía, en nombre de la falta de tiempo, diciéndoles que nuestra especie es partidaria de permitir algo de libre elección. Asimismo, tal como verán esta noche, hay algunas funciones para las que los alternativos están singularmente preparados, y de las que toda la colonia obtiene beneficios.

7

Después de salir de la zona, el transporte siguió una ruta diferente de la que habían seguido los humanos hacia el estadio el Día de la Munificencia. Esta vez se mantuvo en calles poco iluminadas, en la periferia de la ciudad. El grupo no halló nada de las escenas coloridas, de actividad, que había visto en su excursión anterior. Después de varios fengs, el transporte se aproximó a un portón grande, cerrado, muy parecido a aquel que cruzaron cuando entraron por primera vez en la Ciudad Esmeralda.

Vinieron dos octoarañas y se asomaron al interior del coche. Archie les dijo algo en colores, y una de las octoarañas regresó a lo que debe de haber sido su equivalente de una garita. En la distancia, Richard pudo ver colores que destellaban en un muro plano:

—Está verificando con las autoridades —les dijo Doctora Azul a los humanos—. Estamos fuera del lapso en que se esperaba nuestra llegada, así que nuestro código de salida ya no es válido.

Durante una espera de varios nillets más, la otra octoaraña entró en el transporte y lo inspeccionó a fondo. Ninguno de los humanos había experimentado jamás precauciones de seguridad tan estrictas en la Ciudad Esmeralda, ni siquiera en el estadio. La incomodidad de Ellie se vio aumentada cuando el funcionario octoaraña de seguridad, sin decirle una palabra, le abrió la cartera para ver el contenido. Finalmente le devolvió la cartera y se apeó. El portón se abrió de par en par, el transporte salió de debajo de la cúpula verde y menos de un minuto después estacionó en la oscuridad.

En la playa de estacionamiento, el transporte fue rodeado por otros treinta o cuarenta vehículos.

—Esta zona —explicó Doctora Azul mientras bajaban del coche y se les unían dos luciérnagas— se llama Barrio de las Artes. Eso y el jardín zoológico, que no está demasiado lejos de aquí, son las dos únicas secciones del Dominio Alternativo que las octoarañas que viven en la Ciudad Esmeralda visitan con cierta regularidad. Los Optimizadores no aprueban muchas solicitudes de visita a las zonas habitacionales alternativas que hay más al sur. De hecho, para la mayoría de las octoarañas, el único panorama amplio que alguna vez llegan a tener del Dominio Alternativo es la excursión que se hace durante la última semana de Matriculación.

El aire estaba mucho más frío que en la Ciudad Esmeralda. Tanto Archie como Doctora Azul empezaron a caminar más rápido de lo que los humanos jamás vieron caminar una octoaraña:

—Debemos apuramos —urgió Archie— o llegaremos tarde. —El terceto de seres humanos trató de mantener el ritmo de marcha.

Cuando se acercaron a una zona iluminada, a unos trescientos metros del transporte, Archie y Doctora Azul se colocaron en cada extremo de la línea de humanos, formando una de cinco individuos de frente.

—Estamos entrando en la Plaza de los Artesanos —informó Doctora Azul—, que es el lugar en el que los alternativos ofrecen sus trabajos artísticos para transferencia.

—¿Qué quieres decir con "transferencia"? —preguntó Nicole.

—Los artistas necesitan créditos para obtener alimentos y otras cosas esenciales. Ofrecen sus obras de arte a un residente de Ciudad Esmeralda que tenga créditos de los que pueda prescindir —contestó Doctora Azul.

Aunque Nicole pudiera haber querido proseguir la conversación, inmediatamente se sintió atraída por la deslumbrante colección de objetos inusitados, puestos de venta improvisados, octoarañas y otros animales que captó su mirada en la Plaza de los Artesanos. La plaza, un gran espacio cuadrado de setenta u ochenta metros de lado, estaba directamente enfrente de una ancha avenida que salía del teatro, que era el destino del grupo. Archie y Doctora Azul, en los extremos de la línea de marcha, extendieron sendos tentáculos por encima de la espalda de todos los humanos, de modo que los cinco avanzaban como uno solo por la bulliciosa plaza.

El grupo fue enfrentado por varias octoarañas que alzaban objetos para transferir. Richard, Nicole y Ellie confirmaron entonces lo que Archie les había dicho durante la prolongada reunión: a saber, que los alternativos no se ajustaban a la especificación oficial del idioma seguida por las octoarañas de la Ciudad Esmeralda. No había bandas netas de colores que recorrieran sus cabezas

sino sólo secuencias descuidadas de manchones cromáticos de alturas sumamente variables. Uno de los mercachifles que los abordaron era pequeño, evidentemente una octoaraña muy joven, y él, o ella, después de haber sido apartado por un gesto de Archie, le dio un repentino susto a Ellie al envolverle uno de los brazos, durante fracciones de segundo, con un tentáculo. Archie agarro al transgresor con tres de sus propios tentáculos y, con brusquedad, lo lanzó hacia un costado, en dirección de una de las octoarañas que portaba un bolso de tela sobre el hombro: Doctora Azul explicó que el bolso identificaba a la *octo* como policía.

Nicole caminaba tan rápido, y había tanto para ver, que se encontró conteniendo la respiración. Aunque no tenía la menor idea de para qué eran muchos de los objetos que se ofrecían para transferencia en la plaza, pudo reconocer, y apreciar, la pintura o la escultura ocasional, o esas diminutas representaciones, en madera u otro medio similar, de los diferentes animales que vivían en la Ciudad Esmeralda. En una de las secciones de la plaza había despliegues de patrones de color impresos sobre el material parecido a pergamino. Doctora Azul explicó después, cuando estuvieron en el interior del teatro, que esa particular forma de arte representada por los patrones de color era una combinación, tal como él entendía los vocablos humanos, de poesía y de caligrafía.

Justo antes de cruzar la calle, Nicole alcanzó a ver, en una pared a veinte metros a su izquierda, un gran mural pasmosamente bello. Los colores eran vigorosos y cautivaban la mirada; la composición, la obra de un artista que entendía tanto la estructura como el atractivo visual. La habilidad técnica también era impresionante en extremo, pero fueron las emociones representadas en los cuerpos y rostros de las octoarañas y otros seres que aparecían en el mural lo que la fascinó.

—El Triunfo de la Optimización —murmuró Nicole para sí misma, mientras estiraba el cuello para leer el título en colores, que aparecía en la parte superior del mural. La pintura mostraba una espacionave contra un fondo de estrellas, en una de las secciones; un océano que hervía con seres vivos, en otra, y tanto una selva como un desierto, en ángulos opuestos. La imagen central, empero, era una gigantesca octoaraña que llevaba un bastón de mando y se alzaba sobre una pila de treinta o cuarenta animales desiguales que se retorcían en el polvo, debajo de los tentáculos de la octoaraña. El corazón de Nicole casi le saltó del cuerpo cuando vio que uno de los seres pisoteados era una joven humana, de tez morena, con penetrantes ojos azules y cabello corto enrulado.

—¡Miren —gritó de repente hacia el resto del grupo—, allí, en ese mural!

En ese instante, alguna especie de animal pequeño se puso fastidioso alrededor de los pies de Nicole. Eso tuvo el efecto de distraer la atención de todos. Las dos octoarañas se encargaron del animal y volvieron a formar la línea hacia el teatro. Mientras avanzaba hacia la calle, Nicole lanzó un vistazo por sobre el hombro al mural, para asegurarse de que no había imaginado la presencia de una mujer joven en el cuadro. Desde esa mayor distancia, el rostro de la mujer y sus facciones eran vagos, pero, de todos modos, quedó convencida de que indudablemente había visto un ser humano en esa obra artística.

“¿Pero cómo es posible?", se preguntaba mientras entraban en el teatro.

Preocupada por su descubrimiento, sólo escuchaba a medias la conversación entre Richard y Archie respecto de cómo el primero pensaba usar su traductor durante la obra. Nicole ni siquiera miró cuando, después de que ocuparon sus lugares de pie en la quinta fila, por encima de un teatro completamente lleno, Doctora Azul señaló con uno de sus tentáculos el sector que tenían a la izquierda, en el que estaban Jamie y las demás octoarañas matriculantes.

"Debo de haberme equivocado", pensó. Estaba dominada por el poderoso impulso de correr de vuelta a la plaza y comprobar lo que había visto. Entonces recordó lo que Archie les había dicho sobre la importancia de seguir escrupulosamente las instrucciones, esa noche en particular. "Sé que vi una mujer en esa pintura", se dijo cuando tres grandes luciérnagas revolotearon sobre el escenario que había en el centro del teatro. "Pero si la vi, ¿qué quiere decir eso?"

No hubo intervalos en la obra, que duró poco más de dos wodens. La acción fue continua, con uno de los actores octoaraña, o más de uno, ocupando el iluminado escenario todo el tiempo. No se usaban decorados ni vestuario. Al comenzar la obra, los siete "personajes" principales se adelantaron y se presentaron brevemente: dos *octos* matriculantes, una de cada sexo, un par de padres adoptivos para cada una de las octoarañas, y un macho alternativo cuyos colores brillantes y hermosos se extendían, cuando hablaba, hasta el extremo libre de los tentáculos.

Mucho de los primeros minutos de la obra en sí establecieron que los dos jóvenes matriculantes habían sido el mejor amigo uno del otro durante años y que, a pesar de los buenos y sensatos consejos de los padres que tenían asignados, habían optado por tener juntos una temprana madurez sexual.

—Mi deseo —dijo la joven hembra octoaraña en su primer monólogo— es producir un bebé de la unión con mi apreciado compañero. —O, por lo menos, así tradujo Richard lo que ella dijo. Richard estaba jubiloso por el desempeño de su muy mejorado traductor y, después de recordar que las octoarañas eran sordas, habló en forma intermitente durante toda la representación.

Los cuatro padres *octo* se reunieron en el centro del escenario y expresaron angustia por lo que habría de ocurrir cuando sus hijos adoptados se toparan con las "poderosas emociones nuevas" que acompañaban la transformación sexual. Trataron, empero, de ser justos, y los cuatro adultos admitieron que su propia elección de no alcanzar la madurez sexual después de la Matriculación significaba que no podían dar consejos basados sobre una experiencia real.

En mitad de la obra, las dos octoarañas jóvenes fueron aisladas en ángulos opuestos del escenario y el público llegó a la conclusión, por la pirotecnia de las luciérnagas, amén de por unas breves declaraciones de los actores octoaraña, que cada uno de ellos había dejado de comer el barrican y estaba solo en alguna especie de Dominio Alternativo.

Cuando, más tarde, las dos octoarañas transformadas caminaron por el escenario y se encontraron en el centro, los patrones cromáticos de su conversación ya se habían alterado. Era un efecto poderoso, como quiera que lo hubieran logrado los actores, porque no sólo los colores individuales eran más brillantes que antes de la transición, sino que, también, las listas rígidas, casi perfectas, que habían caracterizado las conversaciones anteriores entre los dos jóvenes ya estaban señaladas por algunos diseños individuales diferentes e interesantes. En ese momento, en el escenario, alrededor de los dos actores había media docena más de octoarañas, todas alternativas a juzgar por su lenguaje, y dos de los animales como salchicha polaca, que perseguían cualquier cosa que pudieran encontrar. Resultaba claro que, ahora, la pareja estaba en el Dominio Alternativo.

Desde la oscuridad que rodeaba el escenario hizo su entrada el macho alternativo presentado en el comienzo de la obra. Con un refulgente despliegue, en el que el actor octoaraña con sus colores primero describió patrones horizontales y verticales que se desplazaban en ambas direcciones y, después, creó una desarrollada acción ondulatoria, estructuras geométricas y hasta explosiones de color, parecidas a fuegos artificiales, que se iniciaban en sitios al azar alrededor de la cabeza, el recién llegado cautivó a la joven hembra *octo* y la alejó del mejor amigo de la niñez. No muchos nillets después, el alternativo mayor de los colores asombrosos, que evidentemente había engendrado la *octo* bebé llevada en la bolsa frontal de la hembra, la dejó "llorando" (traducción que hizo Richard de la actitud de sentarse en el ángulo del escenario y emitir una pulsación desestructurada tras otra de colores mezclados) y sola.

En ese momento de la obra, la octoaraña macho matriculada en las escenas anteriores salió violentamente a la luz, vio a su verdadero amor presa de la desesperación con su bebé, y saltó hacia la oscuridad que rodeaba el escenario. Instantes después regresó con el alternativo que había corrompido a su novia, y los dos machos se trabaron en una pelea horrible, pero fascinante, en mitad del escenario. Las cabezas convertidas en un aluvión de colores indicadores de imprecación, se golpearon, retorcieron, estrangularon y batallaron durante todo un feng. La *octo* macho más joven finalmente venció en la pelea, pues el alternativo permaneció inmóvil en el escenario cuando la acción hubo terminado. La tristeza que se expresó en las observaciones finales del héroe y de la heroína aseguró que la moraleja de la obra estuviese muy clara. Cuando la representación terminó, Richard lanzó una mirada a Nicole y Ellie, y comentó, con sonrisa irreverente:

—Esta es una de esas obras deprimentes, como *Otelo*, en las que todos mueren al final.

Bajo la supervisión de los acomodadores octoaraña, todos ellos con bolsos, los jóvenes matriculantes fueron los primeros en salir del teatro, seguidos después por Archie, Doctora Azul y sus compañeros humanos. Pocos minutos después, la ordenada procesión se detuvo justo al salir, y formó un apiñado corro en torno de otras tres octoarañas que estaban en medio de la avenida. Richard, Nicole y Ellie sintieron la presencia de los poderosos tentáculos de sus amigos cruzándoles la espalda, mientras avanzaban hasta ponerse en posición para ver qué estaba pasando: dos de las octoarañas que estaban en el centro de la calle blandían bastones y llevaban bolsos, mientras la tercera, que estaba agachada entre ellas, transmitía el mensaje cromático, en bandas anchas y carentes de estructura, "Por favor, ayúdenme".

—Esta octoaraña —dijo uno de los policías, con franjas tajantes, medidas— reiteradamente fracasó en la obtención de sus créditos desde que llegó al Dominio Alternativo después de su Matriculación, ocurrida hace cuatro ciclos. En el último ciclo se le advirtió que se había convertido en una sangría inadmisible de nuestros recursos en común y hace poco, dos días antes del Día de la Munificencia, se le dijo que se presentara para su exterminación: desde ese entonces se ha estado escondiendo entre amigos del Dominio Alternativo...

La octoaraña que estaba agazapada súbitamente saltó hacia el público, cerca de donde los humanos estaban parados. El gentío se combó hacia atrás por el impacto y Ellie, que era la que

estaba más próxima al punto en que se produjo el intento de fuga, fue derribada durante la reyerta que vino a continuación. En menos de un nillet, la Policía, con la ayuda de Archie y de varios de los jóvenes matriculantes, otra vez tuvo a la fugitiva bajo control.

—El no presentarse para cumplir con una exterminación sancionada es uno de los peores delitos que una octoaraña pueda cometer —explicó después el policía—. Es punible con la exterminación inmediata en el momento de aprehensión.

De su bolso de hombro, uno de los policías extrajo unos seres que se retorcían, parecidos a lombrices. La *octo* fugitiva luchó violentamente la primera vez que los dos policías intentaron meterle en la boca, por la fuerza, los seres similares a lombrices. No obstante, después que cada uno de los policías golpeó a la proscripta dos veces con el bastón, la octoaraña condenada se desplomó entre sus captores. Ellie, que para estos momentos había logrado ponerse otra vez de pie, fue incapaz de suprimir un chillido de terror, cuando los seres penetraron en la boca de la octoaraña y ésta empezó a regurgitar. La muerte sobrevino con rapidez.

Ninguno de los seres humanos articuló palabra mientras caminaban por la plaza, tomados del brazo con Archie y Doctora Azul, y entraban en la playa de estacionamiento donde los aguardaba su transporte. Nicole estaba tan pasmada por lo que había presenciado que ni siquiera recordó buscar la pintura que, según pensaba, incluía un rostro humano.

En mitad de la noche, Nicole, que no había podido dormir, oyó un ruido en la sala de estar. Se levantó de la cama en silencio y se echó encima una bata. Ellie estaba sentada en el sofá, en la oscuridad. Nicole se sentó al lado de su hija y le tomó la mano.

—No podía dormir, mamá —explicó Ellie—. Estuve repasando todo mentalmente y no tiene lógica... Siento como si me hubieran traicionado.

—Lo sé, Ellie —declaró Nicole—. Yo me siento igual.

—Creí que *conocía* a las octoarañas —dijo Ellie—. Confiaba en ellas... En muchos aspectos, creí que eran superiores a *nosotros*, pero después de lo que vi esta noche...

—Ninguno de nosotros se siente cómodo al ver matar —declaró Nicole—. Hasta Richard se sintió horrorizado al principio... pero, después que estuvimos acostados, me dijo que estaba seguro de que la escena de la calle se había montado cuidadosamente en pro de los matriculadores... También dijo que debíamos tener cuidado y no adelantarnos a sacar demasiadas conclusiones o de permitirnos reaccionar con emotividad ante un solo incidente aislado...

—Nunca antes vi asesinar un ser inteligente ante mis propios ojos... ¿Y cuál había sido su delito? ¿El no presentarse para su exterminación?

—No los podemos juzgar con el mismo rasero que aplicamos con los seres humanos. Las octoarañas son una especie por completo diferente, con una organización social completamente aparte, que hasta puede ser más compleja que la nuestra. Recién estamos empezando a entenderlos... ¿Ya olvidaste que la curaron a Eponine del RV-41? ¿Y que nos permitieron usar su tecnología cuando estábamos preocupados por el nacimiento de Marius?

—No, no lo olvidé —contestó Ellie. Quedó en silencio durante varios segundos. —Sabes, mamá, me siento tan frustrada ahora como me sentía a menudo en Nuevo Edén, cuando me seguía preguntando cómo a los seres humanos, que tienen la capacidad de hacer tantas cosas buenas, les era posible tolerar a un tirano como Nakamura... Ahora parece que, en su propio estilo, las octoarañas también pueden ser así de malas... Hay tanta incoherencia en todas partes...

Nicole consoló a su hija con un fuerte abrazo. "No hay respuestas fáciles, mi querida Ellie", pensó. Con la mirada de la mente vio, otra vez, un montaje de los aspectos destacados de las increíbles actividades de esa noche, incluida la fugaz vislumbre en la que creía haber visto una mujer humana desconocida en un mural octoarácnido.

"¿Y de qué se trataba todo eso, vieja?", se preguntó. "¿Realmente estaba allí ese rostro, o es que tu cerebro cansado e imaginativo lo creó para confundirte?"

8

Max terminó de afeitarse y quitarse de la cara el resto de la aproximación a crema de afeitar. Instantes más tarde, sacó el tapón y el agua desapareció del lavabo de piedra. Después de secarse la cara concienzudamente con una pequeña toalla, se volvió hacia Eponine, que estaba sentada en la cama detrás de él, amamantando a Marius.

—Bueno, francesita —declaró con una carcajada—, debo admitir que estoy malditamente nervioso: nunca antes conocí a una Optimizadora Principal. —Se acercó a su esposa. —Una vez, cuando estaba en Little Rock en un congreso de granjeros, me senté al lado del gobernador de Arkansas durante un banquete... También entonces estaba un poquito nervioso.

Eponine sonrió:

—Me resulta difícil imaginar que tú te pongas nervioso —dijo.

Max quedó en silencio durante varios segundos, observando a su esposa y su bebé. Éste hacía suaves sonidos de arrullo mientras comía. —En verdad disfrutas de este asunto del amamantamiento, ¿no?

Eponine asintió con la cabeza.

—Es un placer distinto de cualquier cosa que yo haya experimentado. La sensación de... No sé la palabra exacta; quizá "comunión" se acerque... es indescriptible.

Max meneó la cabeza:

—La nuestra es una existencia sorprendente, ¿no? Anoche, cuando estaba cambiando a Marius, pensé en lo similares que probablemente éramos a millones de parejas humanas más, cayéndosenos la baba por nuestro primer hijo... y, sin embargo, tan sólo con salir por esa puerta hay una ciudad alienígena dirigida por una especie... —No completó el pensamiento.

—Ellie ha estado diferente desde la semana pasada —dijo Eponine—. Perdió la chispa y habla más sobre Robert...

—Quedó horrorizada por la ejecución —comentó Max—. Me pregunto si las mujeres son, por naturaleza, más sensibles a la violencia. Recuerdo lo que pasó después que Clyde y Winona se casaron, cuando él la trajo a la granja: la primera vez que ella lo vio sacrificar un par de chanchos se le puso muy blanca la cara... No dijo palabra, pero nunca más volvió a mirar.

—Ellie no habla mucho sobre esa noche —añadió Eponine, cambiando a Marius al otro pecho—, y ésa no es su manera de ser, en absoluto.

—Ayer, Richard le preguntó a Archie sobre el incidente, cuando solicitó los componentes para construir traductores para el resto de nosotros... Según Richard, la maldita *octo* fue muy astuta y no le dio muchas respuestas directas. Archie ni siquiera confirmó lo que Doctora Azul le dijo a Nicole respecto de la norma básica de exterminación que tienen las octoarañas.

—Es bastante pavoroso, ¿no? —comentó Eponine, e hizo una mueca antes de proseguir—. Nicole insistió en que hizo que Doctora Azul repitiera la norma varias veces, y que ella hasta intentó dar varias versiones en inglés, en presencia de Doctora Azul, para tener la seguridad de que la había comprendido en forma correcta.

—Es sumamente sencillo —opinó Max, con una sonrisa forzada—… aun para un granjero: a cualquier octoaraña adulta cuya contribución total a la colonia en un período determinado no sea, por lo menos, igual a los recursos necesarios para mantenerla, se la anota en la lista de exterminación. Si el saldo negativo no se corrige dentro de un período prescripto, entonces se la extermina.

—Según Doctora Azul —explicó Eponine después de un breve silencio—, son los Optimizadores los que interpretan las normas. Ellos son quienes deciden cuánto vale todo...

—Lo sé —dijo Max, extendiendo los brazos y acariciando la espalda de su hijo—, y creo que ésa es una de las razones por las que Nicole y Richard están tan angustiados hoy: nadie ha dicho algo explícito, pero hemos estado utilizando un montón de recursos durante mucho tiempo.... y resulta malditamente difícil ver en qué estuvimos contribuyendo...

—¿Estás listo, Max? —Nicole asomó la cabeza en la puerta. —Todos los demás están aquí afuera, al lado de la fuente.

Max se inclinó para besar a Eponine.

—¿Podrán tú y Patrick hacerse cargo de Benjy y los niños? —preguntó.

—Claro que sí —contestó Eponine—. Benjy no significa esfuerzo alguno, y Patrick estuvo dedicando tanto tiempo a los chicos que se convirtió en un especialista en cuidarlos.

—Te amo, francesita —dijo Max, despidiéndose con la mano en alto.

Fuera de la zona operativa de la Optimizadora Principal había cinco sillas para los seres humanos. Aun cuando Nicole les explicó por segunda vez la palabra "despacho" a Archie y Doctora Azul, las dos colegas octoarañas siguieron insistiendo en que "zona operativa" era una mejor traducción al inglés del lugar en el que trabajaba la Optimizadora Principal.

—La Optimizadora Principal a veces viene un poco tarde —expresó Archie a modo de disculpa—. Sucesos inesperados que se produzcan en la colonia pueden forzarla a desviarse del cronograma planeado.

—Debe de estar ocurriendo algo realmente insólito —le comentó Richard a Max—. La puntualidad es uno de los sellos distintivos de la especie octoarácnida.

Los cinco seres humanos aguardaron en silencio que tuviera lugar la reunión, cada uno enfrascado en sus propios pensamientos. El corazón de Nai martillaba con rapidez. Se sentía recelosa y excitada al mismo tiempo. Recordaba haber tenido una sensación similar cuando era alumna primaria, en ocasión de aguardar la audiencia con la hija del Rey de Tailandia, la princesa Suri, después de haber ganado el premio máximo en una competencia académica de alcance nacional.

Pocos minutos después, una octoaraña les hizo un ademán, invitándolos a entrar en la sala de al lado, donde se les informó que, dentro de unos momentos, se unirían con ellos la Optimizadora Principal y algunos de sus asesores. La nueva sala tenía ventanas transparentes: pudieron ver actividad todo en derredor. El sitio en el que estaban sentados le recordó a Richard la sala de control de una planta nuclear electrogeneradora o, quizá, de un vuelo espacial tripulado. Había computadoras y monitores visuales octoarácnidos por doquier, así como técnicos octoaraña. Richard hizo una pregunta sobre algo que sucedía en un sector lejano pero, antes que Archie pudiera responder, tres octoarañas entraron en la sala.

Por acto reflejo, los cinco seres humanos se pusieron de pie como un solo hombre. Archie presentó a la Optimizadora Principal, al Suboptimizador Principal para la Ciudad Esmeralda y al Optimizador Jefe de Seguridad. Las tres *octos* extendieron sendos tentáculos hacia los seres humanos y hubo mutuos apretones de mano. Con un gesto, Archie les indicó a los humanos que se sentaran, y la Optimizadora Principal empezó a hablar de inmediato.

—Tenemos conocimiento —dijo— de que ustedes solicitaron, por medio de nuestro representante, que se les permita retornar a Nuevo Edén para reunirse con los demás miembros de su especie que están en *Rama*. No nos sorprendió del todo esta solicitud, pues nuestros datos históricos indican que la mayor parte de las especies inteligentes con emociones intensas, después de un tiempo de vivir en una comunidad alienígena, desarrollan una sensación de desconexión y anhelan regresar a un mundo con el que están más familiarizados... Lo que querríamos hacer la mañana de hoy es brindarles algo de información adicional, que podría influir sobre su solicitud de que les permitamos regresar a Nuevo Edén.

Archie les pidió a todos los seres humanos que siguieran a la Optimizadora Principal. El grupo pasó por una sala similar a las dos en las que habían estado sentados y, después, ingresaron en una zona rectangular que tenía una docena de pantallas murales diseminadas por los costados, en el nivel de los ojos de las octoarañas.

—Hemos estado vigilando de cerca los acontecimientos que se producían en su hábitat —dijo la Optimizadora Principal cuando estuvieron todos juntos—, aun desde mucho antes de su fuga. Esta mañana quiero compartir con ustedes algunos de los sucesos que hemos observado recientemente.

Un instante después, todas las pantallas murales se encendieron: cada una contenía un segmento de película sobre la vida cotidiana entre los seres humanos que permanecían en Nuevo Edén. La calidad de las videocintas no era perfecta, y ningún segmento era continuo durante más que unos pocos nillets, pero no había la menor posibilidad de error respecto de lo que se estaba presentando en las pantallas.

Durante varios segundos, todos los seres humanos quedaron sin palabras. Permanecieron inmóviles, pegados a las imágenes que aparecían en la pared: en una de las pantallas, Nakamura, vestido como un shogun japonés, estaba pronunciando un discurso ante una gran multitud, en la plaza de Ciudad Central. Sostenía en alto una ilustración grande, dibujada a mano, de una octoaraña. Aunque las cintas no tenían sonido, por los gestos de Nakamura y por las imágenes de la multitud,

resultaba evidente que Nakamura estaba exhortando a todos para tomar acción contra las octoarañas.

—Bueno, bueno, quién lo diría... —apuntó Max, llevando los ojos de una pantalla a otra.

—Miren por aquí —intervino Nicole—, es El Mercado, en San Miguel.

En la más pobre de las cuatro aldeas de Nuevo Edén, una docena de matones blancos y amarillos, con vinchas de karate alrededor de la cabeza, estaban golpeando a cuatro jóvenes negros y morenos a la vista de una pareja de policías de Nuevo Edén y de un acongojado grupo de unos veinte pobladores de la aldea. Biots Tiasso y Lincoln recogieron los cuerpos quebrados y ensangrentados después de los golpes y los pusieron en un gran transporte de tres ruedas.

En otra pantalla, un segmento mostraba una multitud bien vestida, de blancos y orientales principalmente, que llegaba para una fiesta o un festival en Las Vegas de Nakamura. Luces brillantes los atraían hacia el casino, sobre el cual un enorme letrero proclamaba "Día de Valoración del Ciudadano" y anunciaba que cada asistente a la fiesta iba a recibir una docena de billetes gratuitos de lotería para celebrar la ocasión. Dos grandes carteles de Nakamura, fotos tomadas a la altura del busto que lo mostraban sonriendo y usando camisa blanca y corbata, flanqueaban el letrero.

Un monitor colocado en la pared ubicada detrás de la Optimizadora Principal mostraba el interior de la cárcel de la Ciudad Central: a una nueva delincuente, una mujer con peinado multicolor, se la estaba metiendo en una celda que ya contenía otros dos convictos. Parecía como si la recién llegada se hubiera estado quejando por las condiciones de apiñamiento, pero el policía se limitó a empujarla adentro de la celda y rió. Cuando el policía volvió a su escritorio, la videocinta reveló dos fotografías pegadas en la pared que estaba detrás de él, una de Richard y la otra de Nicole, debajo de las cuales la palabra RECOMPENSA estaba escrita con grandes caracteres destacados de imprenta.

Las octoarañas esperaron pacientemente a que la mirada de los humanos se desplazara de pantalla en pantalla.

—¿*Cómo* demonios...? —preguntaba Richard, meneando la cabeza. Después, las pantallas se apagaron súbitamente.

—Hemos juntado un total de cuarenta y ocho segmentos para mostrarles hoy —dijo la Optimizadora Principal—, todos tomados de observaciones hechas en Nuevo Edén durante los últimos ocho días. El optimizador al que ustedes llaman Archie va a tener un catálogo de los segmentos, a los que se clasificó según ubicación geográfica, hora y descripción del suceso. Pueden pasar aquí tanto tiempo como deseen, mirando los segmentos, conversando entre ustedes y haciéndoles preguntas a las dos octoarañas que los acompañaron hasta aquí. Yo, desafortunadamente, tengo otras tareas para hacer... Si, al final de su observación, desean comunicarse conmigo otra vez, estaré a disposición de ustedes.

La Optimizadora Principal partió, seguida por sus dos asistentes.

Nicole se sentó en una de las sillas. Se la veía pálida y débil. Ellie se acercó:

—¿Estás bien, mamá?

—Creo que sí —contestó Nicole—. Inmediatamente después que empezaron a pasar las videocintas, sentí un agudo dolor en el pecho, probablemente debido a la sorpresa y la agitación, pero ahora se calmó.

—¿Deseas ir a casa y descansar? —preguntó Richard.

—¿Estás bromeando? —dijo Nicole con su característica sonrisa—. No me perdería este espectáculo aun cuando existiera la posibilidad de que me muriera en la mitad.

Miraron las películas mudas durante casi tres horas. Por las videocintas resultaba claro que ya no existía libertad individual alguna en Nuevo Edén y que la mayoría de los colonos luchaba denodadamente para llevar una magra existencia, aunque más no fuera. Nakamura había consolidado su dominio sobre la colonia y aplastado toda la oposición... pero la colonia que gobernaba estaba poblada, fundamentalmente, por ciudadanos abatidos y desdichados.

Al principio, todos los seres humanos miraban juntos el mismo segmento, pero, después que se hubieron pasado tres o cuatro, Richard sugirió que les resultaba tremendamente ineficaz observar los segmentos a razón de uno por vez:

—Ha hablado como un verdadero optimizador —dijo Max que, de todos modos, estuvo de acuerdo con Richard.

Había un segmento en el que aparecía brevemente Katie: era una escena en Vegas, muy avanzada la noche. Las trotacalles estaban haciendo diligentemente su trabajo afuera de uno de los clubes. Katie se acercó a una de las mujeres, tuvo una breve conversación sobre algún asunto desconocido y, después, desapareció de la vista. Richard y Nicole comentaron entre sí que parecía

estar muy delgada, hasta podría decirse que demacrada. Le pidieron a Archie que volviera a pasar el segmento varias veces.

Otra secuencia estaba íntegramente dedicada al hospital de Ciudad Central. No se necesitaron palabras para que los espectadores entendieran que había escasez de medicamentos críticos, faltaba personal y había problemas con equipos que se estaban deteriorando. Una escena particularmente conmovedora mostraba a una joven de origen mediterráneo, posiblemente griega, que moría después de un doloroso parto con desgarramiento. Su sala de partos estaba iluminada con velas, en tanto que el aparato de inspección que pudo haber identificado las dificultades que padecía la mujer, y salvado su vida, se hallaba inexplicablemente apagado al lado de la cama.

Robert Turner aparecía todo el tiempo en el segmento sobre el hospital. La primera vez que Ellie lo vio caminando por las salas, prorrumpió en llanto. Sollozó durante todo el segmento y, después, solicitó de inmediato que se lo volviera a pasar. Fue sólo cuando lo miraba por tercera vez que hizo un comentario:

—Se lo ve consumido —señaló— y agotado por el exceso de trabajo. Nunca aprendió a cuidarse.

Cuando todos estuvieron emocionalmente exhaustos y nadie pidió la repetición de otro segmento, Archie preguntó a los humanos si deseaban hablar otra vez con la Optimizadora Principal.

—Ahora no —contestó Nicole, reflejando la opinión de todos.

No hemos tenido tiempo de digerir lo que acabamos de ver.

Nai preguntó si, quizá, podrían llevarse algunos de los segmentos de vuelta a sus hogares en la Ciudad Esmeralda:

—Me gustaría verlos de nuevo —declaró—, a un ritmo más pausado. Y sería grandioso si se los pudiéramos mostrar a Patrick y Eponine.

Archie contestó que lo lamentaba, pero que los segmentos sólo se podían mirar en uno de los centros de comunicación octoarácnidos.

En el viaje de vuelta a su zona, Richard estuvo conversando con Archie y mostrándole a la octoaraña lo bien que funcionaba el traductor. Richard había terminado sus ensayos finales precisamente el día anterior a la reunión con la Optimizadora Principal. El aparato tanto Podía traducir el dialecto natural de las octoarañas como el lenguaje específicamente adaptado a la parte del espectro que podían ver los seres humanos. Archie reconoció que estaba impresionado.

—A propósito —añadió Richard, hablando en voz más alta, de modo que todos sus compatriotas pudieran oírlo—, supongo que no hay muchas posibilidades de que nos digas *cómo* se las arreglaron ustedes para obtener todos esos segmentos de videocinta de Nuevo Edén, ¿no?

Archie no vaciló para responder:

—Cuadroides voladores para imágenes —dijo—. Un género más avanzado. Mucho más pequeños.

Nicole tradujo para Max y Nai.

—Me cagaron —refunfuñó Max por lo bajo. Se paró y fue hasta el otro extremo del transporte, meneando la cabeza vigorosamente.

—Nunca vi a Max tan solemne ni tan tenso —le confió Richard a Nicole.

—Ni yo —respondió ella. Estaban dando un paseo para hacer ejercicio, una hora después de haber terminado de cenar, junto con su familia y amigos. Una solitaria luciérnaga seguía el ritmo de marcha por encima de Richard y Nicole, mientras ellos repetían muchas veces la caminata desde el fondo de su callejón hasta la plaza situada en la otra punta de la calle.

—¿Crees que Max va a cambiar de opinión respecto de irse? —preguntó Richard mientras daban otra vuelta a la fuente.

—No sé —contestó Nicole—. Creo que todavía está conmocionado, en cierto sentido... Detesta el hecho de que las octoarañas puedan observar todo lo que hacemos. Ese es el motivo de que insista en que él y su familia van a regresar a Nuevo Edén, aun si todos los demás nos quedamos aquí.

—¿Tuviste oportunidad de hablar con Eponine a solas?

—Anteayer trajo a Marius inmediatamente después de la hora de la siesta. Mientras yo ponía un medicamento por la escaldadura de los pañales, Eponine me preguntó si yo le había mencionado a Archie que ellos se querían ir... Parecía asustada.

Entraron en la plaza a paso vivo. Sin detenerse, Richard extrajo un trozo pequeño de tela y se enjugó la traspiración de la frente.

—Todo cambió —dijo, tanto para sí como para Nicole.

—Estoy segura de que todo es parte del plan de las octoarañas —contestó ella—. No nos mostraron esas videocintas nada más que para demostrar que todo no anda bien en Nuevo Edén. *Sabían* cómo íbamos a reaccionar después que hubiéramos tenido tiempo para evaluar el significado *real* de lo que habíamos visto.

La pareja hizo en silencio el camino de vuelta a su hogar temporario. Al dar la siguiente vuelta en tomo de la fuente, Richard dijo:

—¿Así que observan todo lo que hacemos, esta conversación inclusive?

—Por supuesto —contestó Nicole—. Ese fue el mensaje primordial que las octoarañas nos trasmitieron al permitimos ver las videocintas: no podemos tener secretos. La fuga es algo impensable. Estamos por completo en su poder... Puede que yo sea la única, pero sigo sin creer que intenten hacemos daño... Y hasta podrían permitirnos regresar a Nuevo Edén... con el tiempo.

—Eso nunca pasará, pues entonces habrían desperdiciado muchos recursos sin que haya una retribución mensurable, lo que, indudablemente, es una situación no óptima... No, estoy seguro de que las octoarañas todavía están tratando de decidir nuestra ubicación adecuada en su sistema total.

Richard y Nicole caminaron a máxima velocidad en el tramo final. Terminaron en la fuente y ambos bebieron agua.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Richard.

—Muy bien: no hay dolores ni me quedo sin aliento. Cuando Doctora Azul me examinó ayer no descubrió patología nueva alguna. Sencillamente, mi corazón es viejo y débil... Es lógico esperar que yo tenga problemas intermitentes.

—Me pregunto qué nicho ocuparemos en el mundo octoarácnido —continuó Richard instantes después, cuando se estaban lavando la cara.

Nicole echó un vistazo a su marido.

—¿No eras tú —dijo— el que se reía de mí hace algunos meses, por hacer inferencias respecto de los motivos de las octoarañas...? ¿Cómo puedes estar tan seguro ahora de que entiendes lo que están tratando de conseguir?

—No lo estoy —dijo Richard. Sonrió de oreja a oreja. —Pero es natural suponer que una especie superior sea lógica, por lo menos.

Richard despertó a Nicole en mitad de la noche.

—Lamento molestarte, querida, pero tengo un problema.

—¿De qué se trata? —preguntó Nicole, sentándose en la cama.

—Es embarazoso. Por eso no te lo mencioné antes... Empezó justamente después del Día de la Munificencia... Creí que se iría, pero la semana pasada el dolor se volvió insoportable...

—Vamos, Richard —dijo Nicole, un tanto irritada porque se le hubiera interrumpido el sueño—, ve al grano... ¿De qué dolor estás hablando?

—Cada vez que orino, tengo esta sensación de ardor...

Nicole trató de ahogar un bostezo mientras pensaba.

—¿Y estuviste orinando con mayor frecuencia? —preguntó.

—Sí... ¿Cómo lo supiste?

—Cuando se lo sumergió en la laguna Estigia, a Aquiles lo debieron de haber sostenido por la próstata; no hay duda de que es la parte más débil de la anatomía masculina... Ponte boca abajo y déjame examinarte.

—¿Ahora?

—Si puedes despertarme de un sueño profundo por tus dolores —rió Nicole—, entonces lo menos que puedes hacer es apretar los dientes mientras trato de comprobar mi diagnóstico instantáneo.

Doctora Azul y Nicole estaban sentadas juntas en la casa de la octoaraña. En una de las paredes se proyectaban cuatro fotogramas cuadroides:

—La imagen del extremo izquierdo —dijo Doctora Azul—muestra el crecimiento, tal como se lo veía esa primera mañana hace diez días, cuando me pediste que confirmara tu diagnóstico. El segundo fotograma es una imagen muy aumentada de un par de células extraídas del tumor. Las anomalías celulares, lo que ustedes llaman cáncer, están señaladas con azul.

Nicole sonrió débilmente.

—Tengo un poco de dificultad para reorientar mis pensamientos —dijo—. Nunca usas los colores para el término "enfermedad", cuando describes el problema de Richard, nada más que la palabra que en tu idioma yo defino como "anomalía".

—Para nosotros —respondió Doctora Azul—, una enfermedad es un funcionamiento defectuoso ocasionado por un agente externo, tal como una bacteria o un virus hostil. Una irregularidad de la química celular, que lleve a la generación de células inadecuadas, es una clase completamente diferente de problema. En nuestra medicina, los regímenes de tratamiento son por completo diferentes para los dos casos. Este cáncer de tu marido está más íntimamente relacionado con el envejecimiento, desde el punto de vista genérico, que con una enfermedad como la neumonía o la gastroenteritis de ustedes.

Doctora Azul extendió un tentáculo hacia la tercera imagen.

—Esta imagen muestra el tumor hace tres días, después que las sustancias químicas especiales transportadas por nuestros agentes microbiológicos se hubieran dispersado cuidadosamente en el sitio de la anomalía: el crecimiento ya se empezó a contraer porque la generación de células malignas cesó. En la imagen final, tomada esta mañana, la próstata de Richard otra vez tiene aspecto normal. Para estos momentos, todas las células cancerosas originales murieron, y no se produjeron otras nuevas.

—¿Así que ahora va a estar bien? —preguntó Nicole.

—Probablemente. No podemos estar absolutamente seguros porque todavía no tenemos tantos datos como querríamos sobre el ciclo de vida de las células de ustedes. Existen algunas características singulares en cuanto a sus células, como las hay siempre en una especie que haya sufrido una evolución distinta de la de cualquiera de los seres que examinamos anteriormente, que podrían permitir una recidiva de la anomalía. Sin embargo, sobre la base de nuestra experiencia con muchos otros seres, yo tendría que decir que la formación de otro tumor prostático es improbable.

Nicole le agradeció a su colega octoaraña:

—Esto fue increíble —expresó— ¡Qué maravilloso sería que, de algún modo, los conocimientos médicos de ustedes se pudieran llevar de regreso a la Tierra!

Las imágenes desaparecieron de la pared.

—Se crearían muchos problemas sociales también —señaló Doctora Azul—, suponiendo que yo haya entendido correctamente nuestras conversaciones sobre tu planeta natal. Si los miembros de tu especie no murieran por enfermedades o por anomalías celulares, la expectativa de vida aumentaría notablemente... Nuestra especie atravesó un cataclismo parecido después de nuestra Edad de Oro de la Biología, cuando la duración de la vida de las octoarañas se prolongó en nada más que unas pocas generaciones... No fue sino hasta el momento en que la Optimización se arraigó con firmeza como estructura de gobierno, que se alcanzó una especie de equilibrio en la sociedad. Tenemos abundantes pruebas de que sin políticas sensatas de exterminación y reabastecimiento, una colonia de seres casi inmortales padece el caos en un lapso relativamente corto.

El interés de Nicole aumentó.

—Puedo valorar lo que me estás diciendo, en el plano intelectual por lo menos. Si todo el mundo vive eternamente, o casi eternamente, y los recursos son limitados, la población pronto va a superar el alimento y el espacio vital disponibles. Pero tengo que admitir, especialmente en mi carácter de persona anciana, que incluso la idea de una —política de exterminación— me asusta.

—En los comienzos de nuestra historia —explicó Doctora Azul—, nuestra sociedad tenía una estructura muy parecida a la de ustedes, con casi todo el poder de decisión depositado en los miembros de más edad de la especie. En consecuencia, resultó más fácil restringir el reabastecimiento después que las expectativas de vida aumentaron en forma espectacular, de lo que fue habérselas con la difícil cuestión de las exterminaciones planeadas. Después de un tiempo relativamente corto, empero, la sociedad que envejecía empezó a estancarse. Tal como Archie, o cualquier buen optimizador, explicaría, el coeficiente de "osificación" de nuestras colonias se volvió tan grande que, con el tiempo, *todas* las ideas nuevas se rechazaban. Esas colonias geriátricas se desplomaron porque, básicamente, no pudieron enfrentarse con las cambiantes condiciones del universo que las rodeaba.

—¿Así que ahí es cuando hace su entrada la Optimización?

—Sí —dijo Doctora Azul—. Si cada individuo adopta el precepto de que al bienestar de toda la colonia se le debe conceder el peso mayor en la función objetiva maestra, entonces pronto resulta claro que las terminaciones planeadas son un elemento crítico de la solución óptima. Archie podría demostrarte, en forma cuantitativa, lo desastroso que es, desde el punto de vista de la colonia en su totalidad, gastar ingentes cantidades de los recursos colectivos en aquellos ciudadanos cuya contribución integrada remanente es comparativamente baja. La colonia se beneficia más invirtiendo en aquellos miembros que todavía disponen de un lapso de vida larga y saludable y que, por consiguiente, cuentan con mayor probabilidad de reintegrar la inversión.

Nicole le repitió a Doctora Azul algunas de las oraciones clave dichas por ella, nada más que para asegurarse de que las había entendido correctamente. Después quedó en silencio durante dos o tres nillets.

—Supongo —aventuró por fin— que aun cuando retarden su envejecimiento, tanto con el aplazamiento de la madurez sexual como con su asombrosa capacidad médica, en algún momento la conservación de la vida de una octoaraña anciana se vuelve prohibitivamente costosa, de acuerdo con alguna unidad de medida.

—Exactamente. Podemos extender la vida de un individuo casi para siempre. Sin embargo, existen tres factores principales que hacen que la extensión adicional de la vida decididamente no sea óptima para la colonia: primero, tal como dijiste, el costo del esfuerzo por prolongar la vida aumenta de modo impresionante cuando cada subsistema biológico, u órgano, empieza a operar con una eficacia inferior a la máxima. Segundo, como el tiempo de una octoaraña individual se consume cada vez más con el proceso de tan sólo permanecer viva, la cantidad de energía con que ella podría contribuir al bienestar de la colonia disminuye en forma considerable. Tercero, los optimizadores sociológicos demostraron este controvertido punto hace mucho tiempo, si bien durante unos cuantos años posteriores al comienzo de la declinación de la rapidez mental y capacidad de aprendizaje, la sabiduría acumulada compensa en exceso, en cuanto al valor para la colonia, la disminución de potencia cerebral, en la vida de cada octoaraña llega un momento en que el peso mismo de su experiencia vuelve extremadamente difícil cualquier aprendizaje adicional. Aun en una octoaraña saludable, esta fase de la vida, denominada, por nuestros Optimizadores, Comienzo de la Flexibilidad Limitada, señala la reducción de la capacidad para contribuir en la colonia.

—¿Así que los Optimizadores determinan cuándo es el momento de la exterminación?

—Sí, pero no sé exactamente cómo lo hacen. Primero hay un período de prueba, plazo durante el cual a la octoaraña individual se la incluye en la lista de exterminación y se le da tiempo para que mejore su balance neto. Ese balance, si entendí la explicación de Archie, se calcula para cada octoaraña, comparando las contribuciones que hizo con los recursos necesarios para mantener a ese individuo en particular. Si el balance no mejora, entonces se fija la fecha de exterminación.

—¿Y cómo reaccionan los que son seleccionados para la exterminación? —preguntó Nicole, estremeciéndose involuntariamente cuando recordó haber enfrentado su propia ejecución.

—De diferentes maneras. Algunos, en especial aquellos que no han estado saludables, aceptan que no van a poder compensar el balance inadecuado, y hacen planes para su muerte en forma organizada. Otros te solicitan al optimizador asesoramiento, y piden nuevas asignaciones que les brinden mayor probabilidad de permitirles satisfacer sus cupos de contribución... Eso fue lo que hizo Hércules justo antes de la llegada de ustedes.

Nicole se quedó momentáneamente sin palabras. Un escalofrío le recorrió la espalda:

—¿Me vas a decir qué le pasó a Hércules? —preguntó, finalmente haciendo de tripas corazón.

—Se lo reprendió severamente por no haber brindado la protección adecuada para Nikki el Día de la Munificencia. Después, el Optimizador de Exterminación reasignó a Hércules y le informó que, para todos los fines prácticos, no había modo alguno en el que se pudiera recuperar de la alta evaluación negativa de su trabajo reciente... Hércules solicitó una exterminación pronta e inmediata.

Nicole dio un respingo. Con los ojos de la mente vio a la amigable octoaraña parada en el callejón, haciendo malabares con muchas bolas para deleite de los niños. "Y ahora Hércules está muerto", pensó, "porque no hizo su trabajo. Eso es cruel e impío."

Se puso de pie y volvió a agradecerle a Doctora Azul. Trató de decirse que debería regocijarse porque el cáncer de próstata de Richard estaba curado, y que no debía preocuparse por la muerte de una octoaraña relativamente insignificante... pero la imagen de Hércules seguía atormentándola.

"Son una especie totalmente diferente", se dijo. "No se los debe juzgar según las pautas de los seres humanos."

Cuando estaba a punto de irse de la casa de Doctora Azul, súbitamente sintió el deseo avasallador de saber más sobre Katie. Recordaba que una noche cercana, después de una ensoñación especialmente intensa relativa a ésta, había despertado preguntándose si, a lo mejor, los registros de las octoarañas podrían permitirle ver más de su vida en Nuevo Edén.

—Doctora Azul —dijo, mientras estaba parada en el vano de la puerta—, querría pedirte un favor. No sé si pedírtelo a ti o a Archie... ni siquiera sé si lo que estoy pidiendo es posible.

La octoaraña le preguntó cuál era el favor.

—Como sabes, tengo otra hija que todavía vive en Nuevo Edén. La vi brevemente en una de las videocintas que la Optimizadora Principal nos mostró el mes pasado... Me gustaría mucho saber qué está pasando en la vida de esa hija mía.

9

Durante una conversación que mantuvieron al día siguiente, Archie le dijo a Nicole que su pedido para ver las videocintas de Katie no se podía conceder. De todos modos, Nicole insistió, aprovechando cada oportunidad en la que estuviera a solas con Archie o Doctora Azul, para reiterar su solicitud. Como ninguna de las octoarañas jamás indicó que en los archivos no existieran imágenes de la vida de Katie en Nuevo Edén, Nicole estaba segura de que se disponía de esos datos en cinta. Verlos se convirtió en una obsesión para ella.

—Doctora Azul y yo hablamos hoy sobre Jamie —dijo Nicole una noche, tarde, después que ella y Richard se acostaron—, estaba decidido a ingresar en la preparación de optimizadores.

—Eso es bueno —comentó Richard, soñoliento.

—Le dije a Doctora Azul que, en su calidad de tutora, tenía la suerte de tomar parte en los acontecimientos de la vida de su hijo... Entonces volví a expresar nuestra preocupación por saber tan poco sobre lo que le pasó a Katie... Richard —dijo Nicole en voz levemente más alta—, Doctora Azul *no* dijo hoy que no se me iba a permitir ver las videocintas de Katie. ¿Crees que eso indique un cambio en la actitud de las octoarañas? ¿Les estoy desgastando la resistencia?

Richard no respondió al principio. Después de darse algo de impulso, se sentó en la cama.

—¿No podemos irnos a dormir, aunque más no sea esta noche, sin tener otra charla sobre Katie y las remalditas videocintas de las octoarañas? Por Dios, Nicole, no has hablado sobre otra cosa desde hace más de dos semanas. Estás perdiendo tu equilibrio...

—*No* lo estoy perdiendo —lo interrumpió Nicole a la defensiva. Sencillamente estoy preocupada por lo que le haya ocurrido a nuestra hija. Estoy segura de que las octoarañas tienen muchos, muchos segmentos que podrían reunir para mostrárnoslos. ¿*Tú* no tienes interés en saber...?

—Claro que sí —dijo Richard, lanzando un pesado suspiro—, pero ya tuvimos esta conversación varias veces. ¿Qué se gana teniéndola otra vez a esta hora?

—Te lo *dije*: hoy sentí un posible cambio en la actitud de ellos. Doctora Azul no...

—Te oí —la interrumpió Richard, malhumorado—, y no creo que eso signifique cosa alguna. Es probable que Doctora Azul esté tan cansada de discutir este asunto como yo. —Sacudió la cabeza. —Mira, Nicole, nuestro grupito se está deshaciendo por las costuras... Necesitamos con desesperación un poco de sabiduría y equilibrio mental de ti. Max farfulla todos los días sobre la invasión que las octoarañas hacen en su vida privada; Ellie directamente está melancólica, salvo durante los raros momentos en que Nikki hace que sonría y ahora, en medio de todo, Patrick anunció que él y Nai quieren casarse... Pero tú estás tan obsesa con Katie y las videocintas que ni siquiera estás en condiciones de brindarle consejo a alguno de los demás.

Nicole le lanzó a Richard una dura mirada y se volvió a acostar boca arriba. No contestó a ese último comentario de su marido.

—Por favor, no te enojes, Nicole —dijo él alrededor de un minuto después—. Sólo te estoy pidiendo que seas objetiva respecto de tu propia conducta, como lo eres, en general, con las actitudes de los demás.

—No me enojo, y no estoy dejando de lado a todos los demás. De todos modos, ¿por qué siempre debo ser yo la que sea responsable por la felicidad de nuestra pequeña familia? ¿Por qué, de vez en cuando, algún otro no puede desempeñar el papel de madre del grupo?

—Porque nadie más es como tú. Siempre fuiste la mejor amiga de todos.

—Bueno, pues ahora estoy cansada, y tengo un problema propio, una "obsesión", según tú... A propósito, Richard, me siento decepcionada por tu aparente falta de interés. Siempre creí que Katie era tu favorita...

—Eso es injusto, Nicole —replicó Richard con rapidez—. Nada me agradaría más que saber que Katie está bien... pero tengo otras cosas en la mente...

Ninguno de ellos pronunció palabra durante cerca de un minuto.

—Dime, querida —pidió Richard después, en tono más suave—, ¿por qué Katie se volvió tan importante de repente? ¿Qué cambió? No recuerdo que antes hubieras estado tan increíblemente preocupada por ella.

—Me he hecho la misma pregunta —confesó Nicole—, y no tengo una respuesta directa. Sí sé que Katie últimamente apareció mucho en mis sueños, aun desde antes que la viéramos en la videocinta, y que estuve experimentando un intenso deseo de hablar con ella... Asimismo, mi primer pensamiento, después de que Doctora Azul me contó lo de la muerte de Hércules, fue que yo tenía que ver a Katie otra vez antes de morirme. .. Realmente no sé por qué, y tampoco sé de qué quiero hablar con ella, pero la relación todavía me parece terriblemente incompleta...

Otra vez hubo prolongado silencio en la habitación.

—Lamento haber sido un poco insensible justo ahora —se disculpó Richard.

"Está bien, Richard", pensó Nicole, "no fue la primera vez... ni será la última. Hasta los mejores matrimonios tienen cortocircuitos en la comunicación."

Estiró el brazo y acarició a su marido.

—Acepto tus disculpas —declaró, y lo besó en la mejilla.

Nicole se sorprendió al ver a Archie tan temprano por la mañana. Patrick, Nai, Benjy y los chicos acababan de salir para ir a la casa de al lado, al aula. El resto de los adultos todavía no había terminado el desayuno, cuando la octoaraña apareció en el comedor de los Wakefield.

Max fue descortés.

—Lo siento, Archie —manifestó—, pero no permitimos visitantes; no, por lo menos, aquellos que podemos ver, antes del café de la mañana, o lo que fuere que sea esa mierda que bebemos todos los días con el desayuno.

Nicole se levantó de la mesa cuando la octoaraña se daba vuelta para irse.

—No le prestes la menor atención a Max —terció—, está de permanente mal humor.

Entonces Max se levantó de su silla de un salto, sosteniendo una de las bolsas casi vacías en la que quedaba poco cereal: con la bolsa barrió el aire, primero en una dirección, después en la otra, antes de cerrarla bien apretada y entregarla a Archie.

—Sírvete algunos *cuadroides* —dijo en voz alta—, ¿o se desplazaron demasiado rápidamente para mí?

Archie no contestó. El resto de los humanos se sentía incómodo y avergonzado. Max volvió a su sitio a la mesa, al lado de Eponine y Marius.

—¡Maldita sea, Archie! —dijo, enfrentando a la octoaraña—, creo que muy pronto me vas a estar marcando con un par de esos puntos verdes... ¿o es que, en vez de eso, me vas a exterminar?

—¡Max! —gritó Richard—. Estás pasándote de la raya... Por lo menos, piensa en tu esposa y tu hijo.

—Eso es en todo lo que estuve pensando, amigo, desde hace ya un mes. ¿Y sabes una cosa, Richard? A este muchacho granjero de Arkansas no se le ocurre cosa alguna que pueda hacer para cambiar... —Su voz le fue extinguiendo. De repente, descargó el puño sobre una de las sillas. *—¡Maldita sea!* —aulló—. Me siento tan inútil...

Marius empezó a llorar. Eponine huyó de la mesa con el bebé y Ellie fue a ayudarla. Nicole se llevó a Archie al patio interior, dejando a Richard y Max a solas. Richard se inclinó sobre la mesa.

—Creo que sé cómo te estás sintiendo, Max —dijo con suavidad—, y simpatizo contigo... pero no mejoramos nuestra situación insultando a las octoarañas.

—¿Y qué importa eso? —Max alzó la cabeza, mirando a Richard con ojos llenos de hosquedad. —Somos prisioneros acá, eso es evidente. He permitido que mi hijo nazca en un mundo en el que siempre será prisionero. ¿En qué clase de padre me convierte eso?

Mientras Richard trataba de apaciguar a Max, Nicole recibía de Archie el mensaje que había estado esperando durante semanas:

—Obtuvimos permiso —anunció la octoaraña— para que uses la biblioteca de datos hoy. De nuestros archivos históricos hemos recopilado videocintas que muestran a tu hija Katie.

Nicole le hizo repetir sus colores para asegurarse de que no le había entendido mal.

Archie y Nicole no conversaron mientras el transporte los trasladaba, sin detenerse, al otro lado de la Ciudad Esmeralda, hasta el enhiesto edificio que alojaba la biblioteca de las octoarañas. Y Nicole tampoco prestaba mucha atención a las escenas que se veían en las calles, afuera del transporte: estaba completamente inmersa en sus propias emociones y en sus pensamientos sobre Katie. Con la mirada de la mente rememoró, uno después de otro, segmentos clave de su vida cuando Katie era una niña; en el más largo de ellos, Nicole volvió a vivir el terror, así como el regocijo, del descenso que hizo a la madriguera de las octoarañas, años atrás, para encontrar a su hija, de cuatro años, que se había perdido.

"Siempre estuviste perdida, Katie", pensó, "en una forma o en otra. Nunca pude mantenerte a salvo."

Nicole podía sentir su corazón martillándole con furia, cuando Archie finalmente la condujo al interior de una sala vacía, con excepción de una silla, una mesa grande y una pantalla mural, y le indicó que debía sentarse en la silla.

—Antes que te muestre cómo usar el equipo —dijo la octoaraña— hay dos cosas que quiero decirte: primero, quiero responder en forma oficial, en mi calidad de optimizador para tu grupo, a la solicitud que algunos de ustedes hicieron de reunirse con los demás de su especie que están en Nuevo Edén.

Archie hizo silencio brevemente. Nicole se recompuso. Le resultaba difícil sacar temporariamente a Katie de sus pensamientos, pero sabía que tenía que concentrarse por completo en lo que Archie iba a decirle. Los demás miembros del grupo iban a esperar un informe al pie de la letra.

—Temo —continuó Archie, instantes después— que a ninguno de ustedes le es posible irse en lo futuro próximo. No estoy en libertad de decirte más, salvo que al asunto lo tomó en consideración la propia Optimizadora Principal, en una reunión con la más alta jerarquía, y que la solicitud de ustedes se rechazó por razones de seguridad.

Nicole estaba aturdida. No esperaba esa noticia, por cierto que no en esos momentos. Ella había dicho a todos que creía que se les permitiría...

—Así que Max tiene razón —manifestó, pugnando por contener las lágrimas que amenazaban aflorar—, somos prisioneros de ustedes.

—Tienes que interpretar la decisión por ti misma —replicó Archie—, pero te diré que, según entiendo tu idioma, creo que el vocablo "prisionero", que Max ha utilizado con frecuencia últimamente, no es correcto.

—Pues entonces dame una palabra *mejor*, y alguna explicación más —rebatió Nicole con ira, levantándose de la silla—. Sabes lo que los demás van a decir...

—No me es posible —contestó Archie—. He trasmitido nuestro mensaje completo.

Nicole midió la sala a zancadas, sus emociones oscilaban enloquecidas entre la furia y la depresión. Sabía cómo iba a reaccionar Max. Todos iban a estar enojados. Hasta Richard y Patrick le iban a recordar que se había equivocado. "Pero, ¿*por qué* no dan explicaciones?", pensaba. "No es propio de ellas." Sintió un leve dolor en el corazón y se desplomó en la silla.

—¿Y cuál es la segunda cosa que me quieres decir? —preguntó por fin.

—Trabajé personalmente con los ingenieros en datos —dijo Archie— para preparar los archivos en videocinta a los que estás a punto de tener acceso... Por lo que sé sobre los seres humanos, y sobre ti en particular, creo que si ves este material eso te va a producir una extrema aflicción... Me gustaría pedirte que consideres la posibilidad de, lisa y llanamente, no mirar esas videocintas.

Archie había escogido cuidadosamente sus palabras, sin duda porque entendía cuán importantes eran las videocintas para Nicole. El mensaje que le daba era claro. "¿Qué estoy a punto de ver que me va a causar aflicción?" pensó ella. —Pero, ¿qué alternativa tengo? Entre nada y la congoja", recordó, "optaré por la congoja."

Después que Nicole le hubo agradecido por su preocupación e informado que quería ver las cintas de todos modos, Archie empujó la silla en la que estaba sentada para acercarla a la mesa. Ahí le mostró cómo controlar el acceso de datos. El código de tiempos había sido traducido por las octoarañas a números del sistema humano, en función de días antes del presente, y había cuatro velocidades en las que se podía mostrar las imágenes, que cubrían cuatro órdenes octales de magnitud que iban desde un octavo del tiempo real hasta una velocidad sesenta y cuatro veces superior a la normal.

—Los datos sobre Katie están casi completos —informó Archie— durante alrededor de los seis últimos meses del tiempo de ustedes. Es nuestro procedimiento normal, para la administración de datos, filtrar y comprimir los datos más antiguos sobre la base de su importancia. Los archivos ampliados sobre Katie muestran la mayoría de los acontecimientos clave de los dos años pasados, pero son bastante escasos antes de eso.

Nicole extendió los brazos hacia los controles. Cuando sintonizó la entrada de datos más reciente y vio aparecer la cara de Katie en la pantalla, sintió a Archie tocarle suavemente el hombro.

—Puedes usar esta instalación el resto del día —le dijo la octoaraña mientras se volvía hacia la puerta—, pero eso es todo... Ya que la cantidad de datos asequibles es inmensa, sugiero que utilices las velocidades altas para localizar los sucesos de interés.

Nicole tomó una profunda bocanada de aire y se volvió hacía la pantalla.

Sentía como si ya no pudiera llorar más. Tenía los ojos tan hinchados por el flujo constante de lágrimas, que se hallaban casi cerrados. Por lo menos doce veces, había mirado a Katie cuando se inyectaba la droga kokomo, pero cuando veía a su hija atarse el cordón de goma alrededor del brazo y hundirse la aguja otra vez en una vena que sobresalía, una nueva oleada de quemantes lágrimas se abría camino hacia sus ojos.

Lo que había visto en casi diez horas superaba con tanto lo peor que pudiera haber imaginado, que estaba completamente destruida. A pesar de que no había sonido con las imágenes, le resultó fácil entender en qué consistía la vida de Katie: primero, su hija era una drogadicta sin esperanza. Cuatro veces al día por lo menos, y más si las cosas no le iban bien, Katie se refugiaba en su lujoso departamento, sola o con amigos, y usaba los elegantes implementos personales para drogarse que guardaba en una caja grande y cerrada con llave que tenía en su cuarto de vestir.

Katie estaba encantadora inmediatamente después de la dosis de droga: era amistosa, divertida y llena de energía, así como de una aparente confianza en sí misma. Pero si pasaba el efecto de las drogas mientras todavía estaba en medio de una fiesta, prontamente se transformaba en una puta gritona y hostil, que culminaba muchas veladas sola con su aguja en el departamento.

El trabajo oficial de Katie era la administración de las prostitutas de Vegas. En ese puesto, también era responsable por el reclutamiento de nuevos talentos. Al principio, el destrozado corazón de Nicole no estaba dispuesto a admitir lo que los ojos le decían, pero una larga y sórdida secuencia, que empezó con Katie brindándole su amistad a una adolescente hispánica encantadora, pero pobre, en San Miguel, y terminó con la muchacha, ahora magníficamente vestida y enjoyada convirtiéndose en concubina temporaria de uno de los jefes del *zaibatsu*[1] de Nakamura, pocos días después, la obligó a admitir, ante sí misma, que su hija carecía en absoluto de moral y de escrúpulos.

Después que Nicole estuvo mirando las videocintas durante muchas horas, Archie entró en la sala y le ofreció algo para comer. Ella rehusó: sabía que en su estado de agitación no había manera de que pudiera retener alimento alguno en el estómago.

¿Por qué siguió mirando tanto tiempo? ¿Por qué simplemente no apagó los controles y salió de la sala? Más adelante se haría esas preguntas. Llegó a la conclusión, a posteriori, de que después de las primeras horas empezó, inconscientemente por lo menos, a buscar alguna señal de esperanza en la vida de Katie. No estaba en su naturaleza aceptar sin discusión que su hija era fundamentalmente corrupta; anhelaba con desesperación ver en las videocintas algo que le sugiriera que el futuro de Katie podría ser diferente.

Finalmente, en la desdichada vida de Katie descubrió dos elementos por los que, de algún modo, se convenció de que su hija podría escapar algún día de su conducta autodestructiva: durante las terribles horas de depresión —que se producían más frecuentemente cuando la provisión de drogas era escasa—, Katie a menudo se volvía frenética, destrozando todo lo que podía encontrar en el departamento... con excepción de las fotografías enmarcadas de Richard y Patrick. Hacia el final de esos accesos de frenesí, cuando la energía se le había agotado, siempre tomaba de la cómoda con espejo esas dos fotografías y las colocaba con delicadeza en la cama. Después, se acostaba al lado de ellas y sollozaba durante veinte o treinta minutos. Para Nicole, ese comportamiento reiterativo señalaba que Katie todavía conservaba algo de amor por su familia.

El otro elemento que le daba esperanzas era Franz Bauer, el capitán de policía, consorte regular de Katie. Nicole no pretendía entender su rarísima relación —una noche la pareja sostenía una pelea terrible, obscena, y, la siguiente, Franz le leía a Katie los poemas de Rainer María Rilke como preludio a varias horas de contacto sexual interminable, vigoroso—, pero creía que podía darse cuenta, por las videocintas, que Franz amaba a Katie, en su propia manera extraña, y que no estaba de acuerdo con su adicción; durante una de las peleas, de hecho, Franz levantó la provisión de estupefacientes de Katie y amenazó con hacerla desaparecer por el inodoro. Katie fue presa de un estado de furia homicida, y lo atacó salvajemente con un cepillo para el pelo.

Hora tras hora, Nicole prosiguió observando, en un intento por comprender la trágica vida de su hija. A medida que transcurría el día y recorría las videocintas anteriores, algunas de época tan temprana como los primeros días de la adicción de Katie a los estupefacientes, descubría que ésta hasta había tenido un indecoroso enredo sexual con Nakamura mismo y que el tirano de Nuevo Edén le suministraba regularmente narcóticos durante el lapso en el que fueron compañeros de lecho.

Para esos momentos, Nicole estaba entumecida. También estaba tan agotada en lo emocional, que no tenía fuerzas para moverse. Cuando finalmente apagó los controles, apoyó la cabeza sobre la consola, lloró durante unos minutos más y, después, se quedó dormida. Archie la despertó cuatro horas más tarde y le dijo que era tiempo de regresar a casa.

[1] Conglomerado empresario. En japonés en el original. (N. del T.)

Estaba oscuro. El transporte estaba estacionado en la plaza desde hacía diez minutos, pero Nicole seguía sin apearse. Archie estaba parado al lado de ella.

—No hay manera en que yo le pueda hablar a Richard sobre lo que acabo de ver hoy —dijo, alzando la vista hacia la octoaraña—. Va a quedar absolutamente destruido.

—Entiendo —manifestó Archie con compasión—. Ya ves por qué sugerí que no miraras las videocintas.

—Tenías razón —admitió Nicole, aflojando con lentitud su mano de la barra vertical y extendiendo con resignación una de las piernas fuera del coche—, pero es demasiado tarde ahora. No puedo borrar las horribles imágenes que hay en mi mente.

—Me dijiste con anterioridad —dijo Archie no bien estuvieron afuera del transporte— que de las videocintas se desprendía de modo evidente que, antes de su fuga, Patrick sabía algo sobre la vida que llevaba Katie. Optó por no decirles a ti y Richard los detalles peores. ¿Es una violación de tus principios personales hacer algo similar?

—Gracias, Archie —dijo Nicole, palmeando a la octoaraña en el hombro y casi sonriendo—, por leer mi mente... Estás empezando a conocemos demasiado bien.

—En nuestra sociedad también nos la vemos cuesta arriba para expresar la verdad —comentó Archie—. Una de las pautas fundamentales para los nuevos optimizadores es la de decir la verdad en todo momento. Es admisible retener información, dice la norma, pero no trasmitir mentiras. Los optimizadores más jóvenes son muy celosos en eso de decir la verdad, sin importarles las consecuencias... En ocasiones, la verdad y la compasión no son compatibles.

—Coincido contigo, mi sabio amigo alienígena —asintió Nicole, lanzando un intenso suspiro—. Y ahora, después de lo que, sin duda alguna, puedo decir que fue uno de los peores días de mi vida, me enfrento no con una tarea difícil, sino con dos: tengo que decirle a Max que no va a poder irse de la Ciudad Esmeralda, y tengo que informar a mi marido, Richard, que su hija favorita es una adicta a los estupefacientes y que está a cargo del control de prostitutas. Espero que en alguna parte de este viejo y exhausto ser humano se encuentren las fuerzas necesarias como para habérselas adecuadamente con estas dos obligaciones.

10

Richard estaba durmiendo cuando Nicole llegó a casa. Agradeció para sus adentros que todavía no fuera necesario dar explicaciones. Se puso el camisón y subió con suavidad a la cama, pero no pudo dormirse: su mente seguía saltando hacia adelante y hacia atrás, entre las horribles imágenes que había visto durante el día y los pensamientos respecto de lo que les iba a decir a Richard y los demás.

En su estado de sueño crepuscular, Nicole súbitamente se vio sentada en los jardines centrales de Ruán al lado de su padre, en la plaza en la que se había quemado viva a Juana de Arco ochocientos años antes. Nicole volvió a ser una adolescente, como cuando su padre realmente la llevó a Ruán para ver la conclusión de la representación teatral al aire libre sobre Juana de Arco. La carreta tirada por bueyes que transportaba a Juana estaba haciendo su entrada en la plaza, y la gente estaba gritando.

—Papi —dijo la adolescente Nicole, gritando a voz en cuello para que se la oyera por encima del clamoreo—, ¿qué puedo hacer para ayudar a Katie?

Su padre no había oído la pregunta: su atención estaba completamente concentrada en la Doncella de Orleans o, mejor dicho, en la muchacha que hacía el papel de Juana. Nicole miraba cómo a esa muchacha, que tenía los mismos ojos claros y penetrantes que se le atribuían a Juana, se la ataba al poste de la hoguera. La joven empezó a orar en voz baja, mientras uno de los obispos le leía la sentencia de muerte.

—¿Qué hay respecto de Katie? —volvió a decir Nicole. No hubo respuesta. El público que la rodeaba en los jardines públicos quedó sin aliento cuando se prendió fuego a los montones de madera que rodeaban a Juana. Nicole se puso de pie junto con el gentío, cuando las llamas se difundieron con rapidez por alrededor de la base del enorme poste de madera, y pudo oír con claridad las oraciones de Santa Juana, invocando la bendición de Jesús.

Las llamas se acercaron más a la muchacha. Nicole miró el rostro de la adolescente que había cambiado la historia, y un escalofrío le recorrió la espalda:

*—¡Katie! —*gritó*—. ¡No! ¡No!*

Trató con desesperación de encontrar alguna manera de salir de las graderías, pero estaba trabada por todos lados. No había manera de que pudiera salvar a su hija que se estaba quemando.

—¡Katie! ¡Katie! —volvió a gritar, agitando salvajemente brazos y piernas hacia la gente que la rodeaba.

Sintió brazos alrededor del pecho. Demoró unos segundos en darse cuenta de que había estado soñando. Richard la contemplaba alarmado. Antes de que ella pudiera hablar, Ellie entró en el dormitorio, en bata.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó—. Estaba mirando a Nikki y te oí gritar el nombre de Katie...

Nicole echó una rápida mirada, primero a Richard y después a Ellie. Cerró los ojos. Todavía podía ver el rostro atormentado de Katie, contraído por el dolor, al que ya alcanzaban las llamas. Volvió a abrir los ojos y miró a su esposo e hija:

—Katie es muy desdichada —dijo, y prorrumpió en llanto.

No se podía consolarla. Cada vez que empezaba a contarles los detalles de lo que había visto, empezaba a llorar de nuevo.

—Me siento tan frustrada, tan impotente —dijo, cuando finalmente se pudo controlar—. Katie está en una situación horrenda, y no hay nada en absoluto que cualquiera de nosotros pueda hacer para ayudarla.

Al resumir la vida de Katie sin omitir el menor detalle, salvo algunas de las más retorcidas aventuras sexuales, Nicole abandonó su plan tentativo de suavizar el informe. Tanto Richard como Ellie quedaron pasmados y entristecidos por la noticia.

—No sé cómo te las arreglaste para sentarte ahí y mirar durante todas esas horas —dijo Richard en un momento dado—. Yo habría salido de ahí a los pocos minutos.

—Katie está tan perdida, tan irremisiblemente perdida —se lamentó Ellie, meneando la cabeza en gesto de desolación. Pocos minutos más tarde, la pequeña Nikki, caminando sin rumbo fijo, entró

en la habitación en busca de su madre. Ellie abrazó a Nicole y llevó a Nikki de vuelta al cuarto de ambas.

—Lamento haber estado tan perturbada, Richard —se disculpó Nicole pocos minutos después, justo antes que se fueran a dormir.

—Es comprensible —la tranquilizó Richard—. El día debe de haber sido absolutamente horrible.

Nicole se enjugó los ojos por enésima vez:

—Sólo puedo recordar una única vez más de mi vida en la que lloré así —dijo, logrando esbozar una sonrisa—. Se remonta a cuando tenía quince años. Un día, mi padre me dijo que estaba pensando en proponerle matrimonio a esa inglesa con la que estaba saliendo. A mí no me gustaba; era una mujer fría y distante, pero no consideré que fuera apropiado que yo le dijera algo negativo a mi padre... Sea como fuere, me sentía devastada. Tomé el pato silvestre que tenía como mascota, Dunois, y salí corriendo hacia nuestra laguna en Beauvois. Remé hasta el medio de ella, metí los remos dentro del bote y lloré durante varias horas.

Estuvieron acostados en silencio durante unos minutos. Después, Nicole se inclinó para besar a Richard.

—Gracias por escucharme —dijo—. Necesitaba el apoyo.

—No es fácil para mí tampoco —dijo Richard—, pero, por lo menos, no la vi realmente a Katie, por lo que, de alguna manera, parece...

—¡Oh, Dios! —interrumpió Nicole—, casi lo olvido... Archie también me dijo hoy que a ninguno de nosotros se le permitiría volver a Nuevo Edén. Dijo que era por razones de seguridad... Max se va a, poner furioso.

—No te preocupes por eso ahora. Trata de dormir un poco. Hablaremos de eso por la mañana.

Nicole se acurrucó en los brazos de Richard y se quedó dormida.

—Por razones de *se-gu-ri-dad* —aulló Max—; ahora bien, ¿eso qué mierda quiere decir?

Patrick y Nai se levantaron de la mesa del desayuno.

—Dejen la comida —indicó Nai, haciendo un ademán a los niños para que la siguieran—. Podemos comer frutas y cereales en el aula.

Tanto Kepler como Galileo eran renuentes a salir: sentían que algo importante se iba a discutir. Sólo cuando Patrick dio vuelta alrededor de la mesa en dirección de ellos echaron sus sillas hacia atrás y se levantaron.

A Benjy se le permitió quedarse después que le prometió a Nicole que no les repetiría lo conversado a los chicos. Eponine dejó la mesa para amamantar a Marius, que se estaba despertando, en uno de los rincones de la habitación.

—No sé qué quiere decir —le dijo Nicole a Max, una vez que los chicos se fueron—. Archie no se explicó en detalle.

—Bueno, esto sí que es *remalditamente* maravilloso —masculló Max—. No podemos irnos, pero esos viscosos amigos tuyos no nos dicen el porqué... ¿Por qué no le exigiste ver a la Optimizadora Principal de inmediato, ahí donde estaban? ¿No crees que nos *deben* alguna clase de explicación?

—Sí, lo creo —contestó Nicole—, y quizá todos debamos solicitar otra audiencia con la Optimizadora Principal... Lo siento, Max, pero no manejé la situación muy bien... Fui preparada para mirar las videocintas de Katie y, con toda franqueza, el anuncio de Archie me tomó por sorpresa...

—Diablos, Nicole —aclaró Max—, no te culpo a ti personalmente... De todos modos, ya que Ep, Marius y yo somos los únicos que todavía quieren regresar a Nuevo Edén, es trabajo nuestro apelar esta decisión... Dudo de que la Optimizadora Principal haya visto alguna vez un bebé humano de dos meses de carne y hueso.

El resto de la conversación durante el desayuno versó, principalmente, sobre Katie y lo que Nicole había visto el día anterior en las videocintas. La familia explicó el meollo de la infeliz vida de Katie sin ahondar demasiado en detalles.

Cuando volvió Patrick, informó que los chicos ya estaban ocupados con sus lecciones.

—Nai y yo estuvimos hablando sobre muchas cosas —declaró, dirigiéndose a todos los presentes—. Primero, Max, nos gustaría pedirte que fueras un poco más cuidadoso, delante de los chicos, con tus comentarios negativos sobre las octoarañas: ahora ellos sienten mucho miedo cuando Archie o Doctora Azul andan cerca, y esa reacción de los chicos se debe de basar sobre lo que alcanzaron a oír en nuestras charlas.

Max se molestó y empezó a contestar.

—Por favor, Max —agregó Patrick rápidamente—, sabes que soy tu amigo... No discutamos por esto. Tan sólo piensa en lo que te acabo de decir y recuerda que puede ser que todos nosotros permanezcamos aquí con las octoarañas durante mucho tiempo...

"En segundo lugar —continuó—, Nai y yo opinamos, ambos, que, en vista de lo que supimos esta mañana, los niños deben aprender el idioma octoarácnido. Deseamos que empiecen lo más pronto posible... Creemos que necesitamos a Ellie o a mamá, amén de una octoaraña, o de dos... no únicamente para enseñar sino, también, para volver a familiarizar a los niños con sus anfitriones alienígenas... Hace ya unos meses que Hércules se fue... Mamá, ¿hablarías con Archie respecto de esto, por favor?

Nicole asintió con la cabeza y Patrick pidió permiso para retirarse, diciendo que necesitaba volver al aula.

—Pa-Patrick se v-volvió un ben-buen mas-maes-tro —manifestó Benjy por propia iniciativa— Es mu-y pa-cien-te co-conmi-go y los chi-cos.

Nicole sonrió para sus adentros y miró a su hija, que estaba del otro lado de la mesa.

"Habida cuenta de todo", pensó, "nuestros hijos resultaron buenos. Debo dar las gracias por Patrick, Ellie y Benjy... y no enfermarme de preocupación por Katie."

En uno de los rincones de su dormitorio, Nai Watanabe terminó su meditación y dijo las oraciones matutinas budistas que habían sido parte de su rutina diaria desde que era niña en Tailandia. Cruzó por la sala de estar, dirigiéndose hacia el otro dormitorio para despertar a los mellizos y descubrió, para gran sorpresa suya, que Patrick estaba dormido en el sofá; todavía estaba vestido y sobre el vientre tenía apoyada la lectora electrónica de Nai.

Lo despertó con delicadeza:

—Despierta, Patrick —dijo—. Es de mañana... Dormiste aquí toda la noche.

Patrick despertó con prontitud y se disculpó ante Nai. Mientras se iba, le dijo que tenía varios asuntos para discutir con ella, sobre budismo por supuesto, pero suponía que podían esperar hasta un momento más conveniente. Nai sonrió y lo besó levemente en la mejilla, antes de decirle que ella y los niños estarían prontos para el desayuno dentro de media hora.

"Es tan joven y serio", se dijo mientras lo miraba alejarse, "y disfruto con su compañía... ¿pero podrá alguien, alguna vez, reemplazar como marido a Kenji?"

Nai recordó la noche anterior: después que los mellizos se durmieron, Patrick y ella tuvieron una charla larga y sincera. Patrick había insistido en que se casaran pronto. Ella le contestó que no quería que se la apurara, que estaría de acuerdo en una fecha específica nada más que cuando se sintiera completamente cómoda con la idea. Patrick indagó entonces, con cierto embarazo, sobre la posibilidad de lo que él denominaba una "mayor interacción sexual", mientras aguardaban. Nai le recordó que le había dicho, desde el principio, que no habría otra cosa más que besos hasta el momento en que se casaran. Para tranquilizarlo, le dio seguridades de que lo encontraba físicamente muy atractivo y de que aguardaba con todo gusto, no cabía duda alguna al respecto, el momento de que hicieran el amor después de estar casados pero, por todos los motivos que habían discutido muchas veces, ella insistía en que su "interacción sexual" siguiera siendo restringida por el momento.

La mayor parte del resto de la velada, la pareja habló sobre los mellizos o sobre el budismo. Nai expresó su preocupación por que su matrimonio pudiera tener un mal efecto sobre Galileo, en especial porque el chico a menudo se representaba en el papel de protector de su madre. Patrick opinó que no creía que sus frecuentes choques con Galileo tuvieran algo que ver con los celos:

—El chico sencillamente toma a mal toda forma de autoridad —manifestó— y resiste la disciplina... Kepler, en cambio...

"¿Cuántas veces, en los últimos seis años", pensó Nai, "alguien empezó un comentario con la frase 'Kepler, en cambio...'?" Recordó cuando Kenji todavía vivía y los niños apenas empezaban a caminar: Galileo estaba cayéndose y tropezando con las cosas constantemente.

Kepler, *en cambio*, era cuidadoso y preciso en sus pasos; casi nunca se caía.

Las gigantescas luciérnagas todavía no habían traído el alba a la Ciudad Esmeralda. Nai siguió permitiendo que su mente divagara con libertad, como hacía a menudo después de una serena meditación. Observó, para sus adentros, que en estos últimos tiempos había estado haciendo muchas comparaciones entre Kenji y Patrick:

"Eso es injusto de mi parte", se dijo. "No me puedo casar con Patrick hasta que ese proceso haya cesado por completo."

Una vez más pensó en la noche pasada. Sonrió cuando rememoró la ardorosa discusión que tuvieron sobre la vida de Buda.

"Patrick todavía tiene la ingenuidad de un niño, un idealismo puro", se dijo. "Es una de las cosas que más me encantan de él.

—Admiro la filosofía básica de Buda, así como su enfoque —había dicho Patrick—. En verdad que sí... pero se me plantean algunos problemas: ¿cómo puedes adorar a un hombre, por ejemplo, que deja a sus esposa e hijo y se va para ser mendigo...? ¿Qué hay sobre su responsabilidad para con su familia?

—Estás tomando la actitud de Buda fuera del contexto histórico —contestó Nai—. Primero, hace dos mil setecientos años, en el norte de la India, ser mendigo errabundo constituía una forma aceptable de vida. Había algunos en cada aldea; muchos, en las ciudades. Cuando un hombre emprendía la búsqueda de “la verdad", el primer paso que normalmente daba era el de repudiar todas las comodidades materiales...

Hablaron durante dos horas, o algo así, y después se besaron un rato, antes de que Nai se hubiera ido sola a su dormitorio. Patrick ya había vuelto a su lectura sobre budismo, para el momento en que ella le susurró "buenas noches” desde el vano de la puerta.

"Qué difícil es”, reflexionaba Nai, mientras el alba de las luciérnagas estallaba sobre la ciudad de las octoarañas, "explicar la pertinencia del budismo a alguien que nunca vio la Tierra... y, sin embargo, aun aquí, en este extraño mundo extraterrestre que está entre las estrellas, los deseos siguen ocasionando sufrimiento y los seres humanos siguen en la búsqueda de la paz espiritual. Ese es el motivo”, continuó Nai con su pensamiento, “por el que algunos elementos del budismo, del cristianismo, y de las otras grandes religiones de la Tierra, perdurarán mientras sigan existiendo seres humanos en cualquier parte."

11

Richard saltó afuera de la cama con entusiasmo mayor que el acostumbrado, y empezó a conversarle a Nicole:

—Deséame suerte —pidió mientras se vestía— Archie dijo que saldremos todo el día.

Nicole, que siempre despertaba con mucha lentitud y que sentía intensa aversión por cualquier clase de actividad frenética en horas tempranas de la mañana, se volvió y trató de disfrutar los últimos instantes de descanso. Abrió levemente un ojo, vio que todavía estaba oscuro, y volvió a cerrarlo.

—No estuve tan agitado desde que logré esas dos innovaciones últimas en el traductor —declaró Richard—. Sé que las octoarañas piensan seriamente en ponerme a trabajar... Simplemente están tratando de encontrar la tarea adecuada para mí.

Richard salió del dormitorio durante varios minutos. Por los ruidos que llegaban de la cocina, Nicole pudo darse cuenta de que se estaba preparando el desayuno. Regresó comiendo uno de los grandes frutos rosados que se habían convertido en sus favoritos. Se paró al lado de la cama, masticando con ruido.

Nicole abrió los ojos lentamente y miró a su marido.

—Doy por sentado —dijo con un suspiro— que estás esperando que te diga algo.

—Sí —contestó Richard—. Sería bueno que pudiéramos decirnos algunas cosas lindas antes de que me vaya. Después de todo, éste podría ser el día más importante para mí desde que llegamos a la Ciudad Esmeralda.

—¿Estás seguro de que Archie tiene el propósito de hallar un trabajo para ti?

—Absolutamente. Ese es todo el propósito de hoy: va a mostrarme algunos de sus sistemas más complejos de ingeniería y va a tratar de determinar dónde se puede emplear mejor mi talento... Por lo menos, eso es lo que me dijo ayer a la tarde.

—Pero, ¿por qué sales tan temprano? —preguntó Nicole.

—Porque hay tanto para ver, creo... Sea como fuere, dame un beso. Archie va a estar aquí dentro de unos minutos.

Nicole besó obedientemente a Richard y volvió a cerrar los ojos.

El Banco de Embriones era un edificio grande y rectangular situado hacia el sur de la Ciudad Esmeralda, muy cerca de donde terminaba la Llanura Central. A menos de un kilómetro de donde se había construido el Banco, un conjunto de tres escalinatas, cada una con decenas de miles de escalones individuales, ascendía por el anfiteatro del polo sur. Por encima del Banco de Embriones, en la semioscuridad de *Rama*, se erguían las imponentes estructuras, sostenidas con puntales, del Gran Cuerno y de sus seis aguzados acompañantes, cada uno de ellos más grande que cualquier construcción de ingeniería que pudiera haber en el planeta Tierra.

Richard y Archie habían montado en un avestrusario, en las afueras de la Ciudad Esmeralda. Junto con una escolta y un grupo de tres luciérnagas, pasaron por el Dominio Alternativo en cuestión de minutos nada más. Afuera, en las estribaciones australes de la comarca de las octoarañas, había muy pocos edificios. A pesar de los ocasionales campos de cereales, la mayor parte del territorio por el que viajaban en su trayecto hacia el sur hizo que Richard recordara, aun bajo esa luz mortecina, el hemicilindro norte de *Rama II*, antes de que se hubieran construido los dos hábitats.

Richard y su amigo octoaraña entraron en el Banco de Embriones a través de puertas extragruesas, que los llevaron directamente a una gran sala de conferencias. Allí le presentaron a Richard a varias octoarañas más que, eso era evidente, aguardaban su visita. Richard usó su traductor y las octoarañas le leyeron los labios, si bien tuvo que hablar lentamente y con movimiento claro de la boca, porque éstas no estaban tan avezadas en el lenguaje humano como Archie.

Después de unas breves formalidades, una de las octoarañas condujo a los recién llegados a una serie de paneles de control, que alojaban el equivalente de teclados de computadora hechos con bandas cromáticas octoarácnidas.

—Tenemos almacenados aquí casi diez millones de embriones informó la octoaraña guía en su introducción—, que representan más de cien mil especies distintas, y hay el triple de híbridos. La duración de su vida natural oscila entre la mitad de un tert hasta varios millones de días, o sea, alrededor de diez mil de los años de la cronología humana. El tamaño de los adultos va desde una fracción de nanómetro hasta ejemplares colosales casi tan grandes como este edificio. A cada embrión se lo guarda en lo que se cree que son condiciones casi óptimas para su conservación. En los hechos, empero, se precisa nada más que unos mil distintos ambientes y combinaciones de temperatura, presión y sustancias químicas propias de esos ambientes, para abarcar toda la gama de condiciones necesarias.

"Este edificio también alberga un sistema inmenso de administración de datos y de seguimiento: este sistema vigila, en forma automática, las condiciones imperantes en cada uno de los ambientes distintos, y hace el seguimiento de las etapas tempranas del desarrollo de los varios miles de embriones que siempre están en germinación activa. El sistema tiene algo de percepción de fallas, y de corrección, automáticas; una estructura de advertencia sobre la base de parámetros dobles, y también rige las unidades de representación visual, que pueden exhibir información sobre estado, o de catálogo, o de ambas clases, tanto en las paredes de aquí como en cualquiera de las zonas de investigación de los pisos superiores.

El cerebro de Richard se puso en marcha forzada cuando empezó a entender con más claridad el objeto del Banco de Embriones:

"¡Qué fantástica concepción", pensó, "las octoarañas conservan aquí todas las semillas de otras especies vegetales y animales a las que alguna vez se podría necesitar para cualquier propósito!"

—... La realización de ensayos es continua —estaba diciendo la octoaraña guía—, tanto para asegurar la integridad de los sistemas de almacenamiento y conservación, como para suministrar especímenes para las actividades de ingeniería genética. En cualquier momento, aproximadamente doscientos biólogos octoaraña están aquí activamente dedicados a la realización de experimentos genéticos. El objetivo de estos muchos experimentos es el de producir formas alteradas de vida que mejoren la eficacia de nuestra sociedad...

—¿Me pueden mostrar un ejemplo —interrumpió Richard— de un experimento genético de esa índole?

—Claro que sí —contestó la octoaraña. Alargó los tentáculos hasta la consola de control y usó tres de ellos para apretar una secuencia de botones de color. —Tengo la creencia de que usted está familiarizado con uno de nuestros métodos primarios para la generación de energía —prosiguió, cuando apareció una videoimagen en la pared—. El principio básico es bastante simple, como ya sabe usted: los seres marinos circulares generan, y acumulan, carga eléctrica en su cuerpo. Nos apoderamos de esa carga a lo largo de una malla de alambre, contra la que los animales deben apretarse para alcanzar su fuente de alimentación. Aunque este sistema es bastante satisfactorio, nuestros ingenieros señalaron que se podría mejorarlo sustancialmente si el comportamiento de ese ser se pudiera modificar de alguna manera.

"Mire esta toma de aproximación, hecha en movimiento acelerado, de media docena de los seres marinos que generan electricidad: observe que, durante esta breve película, cada uno de los animales pasa por tres o cuatro ciclos de carga-descarga. ¿Qué aspecto de estos ciclos tendría interés primordial para un ingeniero en sistemas?

Richard observó el vídeo con todo cuidado. —Los erizos aplanados quedan con brillo mortecino después que descargan", pensó, "pero recuperan todo su fulgor en un lapso relativamente corto."

—Si suponemos que el fulgor es la medida de la carga acumulada —dijo Richard, preguntándose, de pronto, si no estaba siendo sometido a una especie de examen—, se podría volver más eficaz el sistema incrementando la frecuencia de alimentación.

—Exactamente —respondió la octoaraña guía. Archie destelló un rápido mensaje a la *octo* guía, que se completó antes de que Richard tuviese siquiera la posibilidad de apuntar el telescopio en su traductor. Mientras tanto, en la pared apareció una imagen diferente.

—Aquí están las tres variantes genéticas del ser marino circular que actualmente se están sometiendo a pruebas y evaluaciones. El candidato principal para el reemplazo es el que está a la izquierda: este prototipo come casi con el doble de frecuencia que el componente que se emplea en la actualidad. Sin embargo, el prototipo tiene un desequilibro metabólico que aumenta de manera importante su susceptibilidad a las enfermedades comunicables. Todos los factores se sopesan en la evaluación actual...

Llevaron a Richard de una demostración a otra. Archie lo acompañaba en todo momento, pero, en cada sector, un conjunto diferente de especialistas octoaraña se les unía para la minidisertación

preparada y la discusión grupal que siempre la sucedía. Una de las presentaciones se concentró en las relaciones que había entre el Banco de Embriones, el gran zoológico que ocupaba un territorio considerable en el Dominio Alternativo, y el bosque barrera que formaba un anillo completo alrededor de *Rama*, a algo menos de un kilómetro al norte de la Ciudad Esmeralda.

—Todas las especies vivientes que hay en nuestros territorios —explicó el presentador— se encuentran, o bien en simbiosis activa, o bien en observación temporaria en un dominio aislado, en el zoológico, el bosque o, en el caso específico de ustedes, en la Ciudad Esmeralda en sí, o bien sometidos a experimentación aquí en el Banco de Embriones.

Después de una larga marcha por muchos corredores, Richard y Archie asistieron a la reunión de media docena de octoarañas que evaluaban la recomendación de reemplazar toda una cadena simbiótica de cuatro especies diferentes. La cadena era responsable de la producción de una sustancia gelatinosa que mitigaba en forma importante una enfermedad común de la lente de las octoarañas. Richard escuchaba, con fascinación, cómo los parámetros de ensayo de la nueva simbiosis que se proponía: recursos consumidos, tasas de reproducción, interacciones requeridas con las octoarañas, coeficientes de defectos y predecibilidad del comportamiento, se comparaban con el sistema existente. El resultado de la reunión fue que en una de las tres "zonas" de elaboración, la nueva simbiosis se iba a instalar durante varios centenares de días de operación, tiempo después del cual otra vez se volvería a examinar la decisión.

Se había organizado que, en mitad del día de trabajo, se dejara a solas a Archie y Richard durante medio tert. A pedido de Richard, cargaron su almuerzo y bebida, volvieron a montar en el ostrisaurio, requisaron un par de luciérnagas y salieron sin rumbo fijo al frío y la oscuridad de la Llanura Central. Cuando finalmente desmontó, Richard caminó en forma de círculo con los brazos extendidos, y contempló la vastedad de *Rama*.

—¿Quién de entre ustedes —le preguntó a Archie— se preocupa, o trata de descubrir siquiera, el significado de todo esto? —Con los brazos trazó un círculo en el aire.

La octoaraña repuso que no entendía la pregunta.

—Sí que la entendiste, pedazo de taimado —dijo Richard sonriendo—, salvo que este lapso evidentemente fue dejado en blanco por tus Optimizadores, con el propósito de que hubiera una clase diferente de conversación entre nosotros... Lo que quiero discutir, Archie, es no en qué departamento específico de ingeniería de tu Banco de Embriones me gustaría trabajar, de modo de poder hacer mi "contribución" que justifique los "recursos" necesarios para mantenerme... de lo que quiero hablar contigo es de qué pasa aquí *realmente*: ¿por qué estamos nosotros, seres humanos, sésiles, avianos, y ustedes con toda esa variedad de animales que tienen, en esta enorme y misteriosa espacionave que va en dirección de la estrella que los seres humanos llamamos Tau de la Ballena?

Archie no respondió durante casi treinta segundos.

—A los miembros de nuestro género se les dijo, mientras estaban en El Nodo, tal como estuvieron ustedes, que alguna inteligencia superior está catalogando las formas de vida que hay en la galaxia, pero haciendo especial hincapié en las que pueden viajar por el espacio. Armamos una colonia típica, tal como se nos solicitó, y la establecimos en el interior de este vehículo *Rama*, de modo que pudieran tener lugar las observaciones detalladas de nuestra especie que se nos pidieron.

—¿Así que ustedes, las octoarañas, no saben más que nosotros, los seres humanos, respecto de *quién* o de *qué* está detrás de este grandioso plan?

—No —contestó Archie—. De hecho, es probable que sepamos menos: ninguna de las octoarañas que pasó tiempo en El Nodo sigue siendo parte de nuestra colonia. Como ya dije, el contingente de octoarañas que estuvo en *Rama II* era una especie diferente, inferior. La única información de primera mano que hay a bordo de esta espacionave, respecto de El Nodo, proviene de ti, tu familia y cualesquiera datos comprimidos que puedan residir dentro de ese pequeño volumen de material de sésil que seguimos conservando en nuestro zoológico.

—¿Y eso es todo? —preguntó Richard— ¿Ninguno de ustedes hace más preguntas?

—Desde el estadio juvenil se nos prepara —contestó Archie— para no desperdiciar tiempo en cuestiones para las que no podemos obtener dato alguno de importancia.

Richard quedó momentáneamente en silencio.

—¿Cómo saben tanto sobre los avianos y los sésiles? —preguntó entonces con brusquedad.

—Lo siento, Richard —dijo Archie, después de una breve pausa—, pero ahora no puedo hablar contigo sobre ese tema... Mi misión para este período de almuerzo es, como bien supusiste, la de averiguar si te agradaría, o no, aceptar un trabajo de ingeniería en el Banco de Embriones y, de agradarte, cuál de los muchos sectores que viste hoy te parece más interesante.

—¡Casi nada de cambio de tema! —comentó Richard, riendo—. Sí, Archie —agregó entonces—, todo es fascinante, especialmente lo que yo llamo el departamento de Enciclopedia: creo que me gustaría trabajar ahí, de ese modo podría ampliar mis escasos conocimientos de biología... Pero, ¿por qué me estás haciendo esta pregunta ahora? ¿No vamos a tener más "demostraciones" después del almuerzo?

—Sí, pero el programa de la tarde de hoy se incluyó, primordialmente, para que tengas una visión completa. Casi la mitad del Banco de Embriones está dedicada a la microbiología. El manejo de esa actividad es más complejo, y entraña la comunicación con los morfos enanos: nos resulta difícil imaginar que trabajes en alguno de esos departamentos.

Por debajo del laboratorio microbiológico primario había una sala subterránea, en la que sólo se podía ingresar con credenciales especiales. Cuando Archie mencionó que en esa sala subterránea del Banco de Embriones se producían grandes cantidades de cuadroides voladores de imágenes, Richard prácticamente suplicó que se lo dejara observar el proceso. Se hizo detener la "gira" oficial y Richard se quedó por ahí, ocioso, durante varios fengs, mientras Archie obtenía el permiso para que visitaran la "guardería" de los cuadroides.

Otras dos octoarañas los guiaron hacia la zona subterránea por una serie de largas rampas.

—La guardería fue construida a propósito muy por debajo del nivel del suelo —le informó Archie a Richard—, para brindarle mayor aislamiento y protección. Tenemos otras tres instalaciones similares diseminadas por nuestros dominios.

La gran puta, dijo Richard para sus adentros, cuando él y sus tres compañeros octoaraña salieron a una plataforma que daba sobre un gran piso rectangular, pues había reconocido el sitio en seguida: varios metros abajo de ellos, cerca de cien morfos enanos estaban esparcidos por la instalación, efectuando funciones desconocidas. Pendientes del techo había ocho enrejados rectangulares, cada uno de unos cinco metros de largo y dos de ancho, simétricamente colocados alrededor de la sala. Directamente por debajo de cada uno de los enrejados había un gran objeto oval que tenía la parte exterior endurecida. Esos ocho objetos se asemejaban a enormes nueces, y estaban rodeados por un grueso ramaje o entretejido parecido al de una enredadera.

—Vi una disposición similar con anterioridad, hace muchos años —dijo Richard con agitación—, debajo de Nueva York. Fue justo antes de mi primer encuentro personal con uno de tus primos. Tanto Nicole como yo estábamos asustados a más no poder.

—Creo que leí algo sobre ese incidente —contestó Archie—. Antes de traer a Ellie y Eponine a la Ciudad Esmeralda, estudié todos los antiguos archivos sobre tu especie. Algunos de los datos estaban comprimidos, así que no había muchos detalles...

—Recuerdo ese incidente como si hubiera pasado ayer —interrumpió Richard—; yo había puesto dos robots en miniatura en un pequeño subterráneo, y desaparecieron dentro de un túnel. Llegaron a un sector como éste y, después de trepar a través de algo de ese entretejido, fueron perseguidos y capturados por uno de tus primos...

—Indudablemente, los robots se toparon con una guardería de cuadroides. Aquellas *octos* actuaron para protegerla. En realidad es muy sencillo... —Archie le hizo una señal al ingeniero que actuaba como guía, indicándole que ya era el momento de dar su explicación.

—Las reinas cuadroides pasan su período de gestación en compartimientos especiales que precisamente arrancan del piso principal —comenzó el ingeniero octoaraña—. Cada reina pone miles de huevos. Cuando se pusieron varios millones de huevos, se los recoge en conjunto y se los ubica en uno de esos recipientes ovales. Sé mantiene el interior de los recipientes en una temperatura muy elevada, lo que reduce notablemente el tiempo de desarrollo de los cuadroides. El espeso entretejido que hay alrededor de los recipientes absorbe el exceso de calor, de modo que las condiciones operativas sean admisibles para los morfos enanos que supervisan la guardería...

Richard estaba escuchando a medias, pero el verdadero centro de su atención estaba muchos años antes:

"Ahora está todo claro", se dijo. "Y ese diminuto subterráneo era para los morfos enanos."

—… sondas de vigilancia en el interior de los recipientes identifican con exactitud cuándo los cuadroides están listos para salir en masa, formando un enjambre. Unos pocos fengs antes de la apertura automática de los óvalos, se embeben los enrejados con los agentes químicos adecuados. Las nuevas reinas vuelan primero, atraídas por los elementos del enrejado. Las hordas enloquecidas de machos vienen después, formando nubes negras visibles a pesar del tamaño minúsculo de esos seres. A los cuadroides se los cosecha del enrejado y de inmediato pasan al adiestramiento en masa...

—Muy elegante —dijo Richard—, pero tengo una sencilla pregunta: ¿*por qué* los cuadroides captan todas esas imágenes para ustedes?

—La respuesta breve es que se los diseñó durante miles de años, mediante ingeniería genética, para que sean receptivos a nuestras órdenes. Nosotros o, mejor dicho, nuestros especialistas en morfos enanos, hablan el idioma químico que los cuadroides usan para intercomunicarse. Si hacen lo que se les pide, a los cuadroides se les da comida. Si se desempeñan en forma satisfactoria durante un largo período, se les permite gozar de los placeres del sexo.

—De una camada, o enjambre, ¿qué porcentaje de cuadroides sigue las órdenes que se les dan?

—La tasa de falla para la primera imagen es de cerca del diez por ciento —contestó el ingeniero octoaraña—. Una vez que se estableció la pauta de comportamiento y se reforzó el ciclo de recompensas, la tasa de fallas baja en forma espectacular.

—Tremendamente impresionante —comentó Richard, con tono apreciativo—. A lo mejor, todo este asunto de la biología contiene más cosas de lo que nunca se me ocurrió pensar.

En el viaje de regreso a la Ciudad Esmeralda, Richard y Archie discurrieron sobre los aspectos comparativamente fuertes y débiles de los sistemas de ingeniería biológicos y no biológicos. Fue, mayormente, una conversación esotérica, filosófica, con pocas conclusiones definitivas. Sí coincidieron, no obstante, en que a la función enciclopedia, que era, primordialmente, el almacenamiento, la manipulación y la presentación de vastas cantidades de información, la manejaban, de modo mejor, los sistemas no biológicos.

Cuando se acercaban a la ciudad rematada por la cúpula, el fulgor verde se extinguió de repente: la noche había llegado otra vez al centro de los dominios octoarácnidos. Muy poco después, aparecieron dos luciérnagas más, para brindarle al avestrusaurio de Richard y Archie luz adicional.

Había sido un largo día y Richard estaba muy cansado. Cuando entraron en las afueras del Dominio Alternativo, creyó haber visto algo volando en la oscuridad que tenía hacia la derecha.

—¿Qué pasó con Tammy y Timmy? —preguntó.

—Formaron casal —contestó Archie— y tienen varias crías... A sus jóvenes pichones se los cuida en el jardín zoológico.

—¿Podría verlos? —pidió Richard—. Una vez me dijiste, hace algunos meses, que algún día podría ser posible...

—Supongo que sí —repuso Archie después de un breve silencio—. Aun cuando el zoológico es una zona restringida, el complejo de los avianos está muy cerca de la entrada.

Cuando llegaron a la primera estructura grande del Dominio Alternativo, Archie desmontó e ingresó en el edificio. Cuando volvió, le dijo algo al avestrusaurio.

—Sólo se nos autoriza para que hagamos una visita breve —informó, mientras la cabalgadura salía del sendero principal y empezaba a caminar trabajosamente por las callejuelas, más estrechas, de la comunidad.

Presentaron a Richard al cuidador del lugar, que los llevó en un carro hasta un complejo situado a nada más que cien metros adentro de la entrada del zoológico. Tanto Tammy como Timmy estaban presentes: reconocieron a Richard de inmediato, y sus parloteos y chillidos de placer llenaron los oscurecidos cielos. Le presentaron a Richard los pichones que había en el grupo; los pequeños estaban extremadamente apocados en presencia del primer ser humano que veían. Richard sintió poderosas emociones al acariciar el vientre aterciopelado de sus amigos alienígenas, y rememoró los días en los que era el único protector de esos seres, en la madriguera por debajo de Nueva York.

Dijo adiós a sus pupilos y abordó el carro con Archie y el cuidador del zoológico. A mitad de camino hacia la entrada oyó un sonido que lo obligó a ponerse alerta con un sobresalto, y que hizo que la piel se le pusiera de gallina. Se sentó perfectamente quieto y concentrado. El sonido se repitió justo antes que el silencioso carro se detuviera ante la entrada.

—No existe posibilidad alguna de que me haya equivocado —insistía más tarde ante Nicole—. Lo oí dos veces: no existe otro sonido como el llanto de un niño humano.

—No es que dude de ti, Richard —dijo Nicole—. Es, tan sólo, que estoy tratando de excluir todas las demás fuentes que pudieran producir el sonido que oíste. Los avianos jóvenes sí tienen un chillido particular que podría causar un sonido como el de un bebé llorando... y, después de todo, estuviste en un jardín zoológico: pudo haber sido otro animal.

—No —insistió Richard—. Sé lo que oí. He vivido con suficientes niños y oído suficientes llantos en mi vida.

Nicole sonrió:

—Ahora estás en la otra acera, ¿no, querido? ¿Recuerdas tu reacción cuando te dije que había visto la cara de una mujer en ese mural, la noche que fuimos a ver la representación teatral de las octoarañas? Te burlaste de mí y me dijiste que yo era "absurda", si recuerdo bien.

—Entonces, ¿cuál es la explicación? ¿Las octoarañas de algún modo secuestraron algunos otros seres humanos de Avalon? ¿Y el hecho nunca se informó? Pero, ¿cómo pudieron tener...?

—¿Le dijiste algo a Archie? —preguntó Nicole.

—No, estaba demasiado pasmado. Al principio me sorprendí de que ni él ni el cuidador hicieran comentario alguno, y fue entonces cuando recordé que las octoarañas son sordas.

Los dos quedaron en silencio durante varios segundos.

—No se esperaba que oyeras ese llanto, Richard —dedujo Nicole después—, nuestros casi perfectos anfitriones han dado un no óptimo paso en falso.

Richard rió.

—Por supuesto, están grabando esta conversación. Para mañana *sabrán* que *sabemos*...

—Todavía no les digamos nada a los demás —propuso Nicole—. Quizá las *octos* decidan compartir su secreto con nosotros... A propósito, ¿cuándo empiezas a trabajar?

—Cuando yo quiera. Le dije a Archie que aún me quedaban algunos trabajos propios que debía terminar primero.

—Parece que tuviste un día fascinante —comentó Nicole—. Todo estuvo mayormente tranquilo por acá... con una excepción: Patrick y Nai fijaron fecha para el casamiento... dentro de tres semanas.

—¿Qué? —exclamó Richard—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Nicole rió:

—No tuve oportunidad... Entraste hablando sin parar sobre llantos en el zoológico, avianos, cuadroides y el Banco de Embriones... Yo sabía, por experiencia, que mi noticia tendría que esperar hasta que se te acabara la cuerda.

—Bueno, madre del novio —dijo Richard segundos más tarde—, ¿cómo te sientes?

—Si se toma todo en cuenta, estoy muy complacida... Ya sabes lo que siento por Nai... Es, simplemente, que se me ocurre que el momento y el sitio son un poco raros para empezar un matrimonio.

12

Estaban sentados en la sala de estar de los Wakefield, esperando la aparición de la novia. Patrick se retorcía nerviosamente las manos.

—Sé paciente, joven —lo tranquilizó Max, cruzando la habitación y pasando el brazo por sobre los hombros de Patrick. Ya vendrá... La mujer quiere tener su mejor aspecto el día de su casamiento.

—Yo no —terció Eponine—. A decir verdad, ni siquiera recuerdo qué usaba el día de mi casamiento.

—Lo recuerdo bien, francesita —contestó Max, con amplia sonrisa—, en especial allá arriba, en el iglú: tal como recuerdo, la mayor parte del tiempo estuviste usando tu traje de nacimiento.

Todos rieron. Nicole entró en la habitación.

—Va a estar aquí dentro de unos minutos. Ellie la está ayudando con el arreglo final del vestido. —Recorrió a los presentes con la mirada.

—¿.Dónde están Archie y Doctora Azul? —preguntó.

—Fueron a su casa un minuto —informó Ellie— tienen un obsequio especial para la novia.

—No me gusta tener esas octoarañas dando vueltas por acá —se quejó Galileo con tono desagradable—. Me dan escalofríos.

—A partir de la próxima semana, Galileo —dijo Ellie con suavidad—, casi todo el tiempo en la escuela habrá con ustedes una octoaraña... Los ayudará a aprender el idioma de ellas...

—No quiero aprender su idioma —se opuso el chico, desafiante.

Max se acercó a Richard.

—¿Y cómo anda el trabajo, amigo? No se te vio mucho el pelo en estas dos últimas semanas.

—Es absolutamente fascinante, Max —dijo Richard con entusiasmo—. Estoy trabajando en un proyecto para la enciclopedia, ayudándolos a diseñar un nuevo conjunto de soportes de lógica para exhibir toda la información crítica sobre los centenares de miles de especies que se hallan en el Banco de Embriones... Las octoarañas acumulan una cantidad tan enorme de datos durante sus pruebas y, sin embargo, están sorprendentemente limitadas en los conocimientos sobre cómo administrarlos con eficacia. Justamente ayer empecé a trabajar con algunos datos provenientes de pruebas recientes sobre un conjunto de agentes microbiológicos que, en la taxonomía octoarácnida, se clasifican en función de la gama de plantas y animales para la que son letales...

Richard se interrumpió. Archie y Doctora Azul entraron juntos llevando una caja de alrededor de un metro de altura, envuelta con ese pergamino de las octoarañas. Los recién llegados bajaron su regalo en el rincón y se quedaron en el costado de la habitación. Ellie llegó un instante después, tarareando la *Marcha nupcial* de Mendelssohn. Nai la seguía.

La novia de Patrick llevaba su vestido tailandés de seda. Estaba adornado con las flores amarillo brillante y negro que las octoarañas le habían dado a Ellie, que las prendió en el vestido, en posiciones estratégicas. Patrick se puso de pie, para colocarse al lado de Nai y frente a su madre. La pareja se tomó de las manos.

A Nicole se le había pedido que oficiara la ceremonia y que la hiciera lo más sencilla posible. Mientras se preparaba para comenzar su breve declaración, su mente se vio súbitamente inundada con recuerdos de otros días de casamiento en su vida: vio a Max y Eponine, a Michael O'Toole y su hija Simone, Robert y Ellie... Se estremeció involuntariamente cuando el recuerdo del sonido de disparos ingresó violentamente en su memoria. "Una vez más", pensó, forzándose a regresar a lo presente, "nos hemos reunido aquí."

Apenas si podía hablar. Estaba abrumada por sus sentimientos.

"Esta es mi última boda", comprendió, casi pensando en voz alta. "No habrá otra."

Una lágrima corrió por su mejilla izquierda.

—¿,Estás bien, Nicole? —preguntó en tono quedo la siempre sensible novia. Nicole asintió con la cabeza y sonrió:

—Amigos —dijo—, nos hemos reunido hoy para ser testigos y celebrar la boda de Patrick Ryan O'Toole y Nai Buatong Watanabe. Formemos un círculo en torno de ellos, enlazando los brazos para demostrar nuestro amor y apoyo para su matrimonio.

Hizo un ademán a las dos octoarañas mientras se estaba formando el círculo, y también ellas pasaron sus tentáculos alrededor de los seres humanos que tenían al lado.

—¿Quieres tú, Patrick —continuó, quebrándosele la voz—, tomar a esta mujer, Nai, para amarla y protegerla en calidad de esposa y compañera para toda la vida?

—Sí, quiero —dijo Patrick.

—¿Y quieres tú, Nai, tomar a este hombre, Patrick, para amarlo y cuidarlo en calidad de esposo y compañero para toda la vida?

—Sí, quiero —dijo Nai.

—Entonces, los declaro marido y mujer. —Patrick y Nai se abrazaron y todos gritaron. Los recién casados compartieron su primer abrazo como cónyuges, con Nicole.

—¿Alguna vez hablaste con Patrick sobre sexo? —le preguntó Nicole a Richard después que la fiesta hubo terminado y la gente se dispersó.

—No. Max se ofreció de buen grado... pero no ha de ser necesario: después de todo, Nai ya estuvo casada... ¡Por Dios, qué emotiva estuviste hoy! ¿A qué se debió todo eso?

Nicole sonrió.

—Estaba pensando en otras bodas, Richard: la de Simone y Michael, la de Ellie y Robert...

—Esa es una boda que me gustaría olvidar —declaró Richard—. Por muchos motivos.

—Creí, durante la ceremonia, que estaba llorando porque, probablemente, ésta iba a ser la última boda a la que habría de asistir. Pero después, durante la fiesta, pensé en algo más: ¿nunca te molestó, Richard, que jamás hayamos tenido una ceremonia oficial?

—No —dijo Richard, negando con la cabeza—. Tuve una ceremonia con Sarah, y ya fue suficiente...

—Pero *tú* tuviste una boda, Richard. Yo nunca la tuve: parí hijos de tres padres diferentes, pero ni siquiera una vez fui novia ante un altar.

Richard permaneció en silencio durante varios segundos.

—¿Y crees que ésa fue la razón por la que estabas llorando?

—Puede ser. No lo sé con certeza.

Nicole caminó por la habitación mientras Richard quedaba sumido en sus pensamientos.

—¿No fue una magnífica estatua de Buda la que las octoarañas le trajeron a Nai? —dijo Nicole—. El trabajo artístico fue soberbio... Realmente creí que tanto Archie como Doctora Azul se divirtieron. Me pregunto por qué Jamie vino a buscarlos tan temprano...

—¿Te gustaría tener una ceremonia de casamiento? —preguntó Richard de repente.

—¿A nuestra edad? —rió Nicole—, ya somos abuelos.

—Así y todo, si eso te hiciera feliz...

—¿Me estás proponiendo matrimonio, Richard Wakefield?

—Creo que sí. No querría que fueras desdichada porque nunca fuiste novia ante un altar.

Nicole cruzó la habitación y besó a su marido.

—Podría ser divertido —dijo—. Pero no planeemos cosa alguna hasta que Patrick y Nai se hayan establecido. No querría robarles su momento al sol.

Los dos fueron abrazados hacia el dormitorio. Se sobresaltaron al descubrir el camino interceptado por Archie y Doctora Azul.

—Deben venir con nosotros de inmediato —anunció Archie—. Esta es una emergencia.

—*¿Ahora?* —repuso Nicole—. ¿A esta hora?

—Sí —dijo Doctora Azul—. Nada más que ustedes dos. La Optimizadora Principal aguarda... Ella les va a explicar todo.

Nicole sintió que su ritmo cardíaco se aceleraba bruscamente, mientras la adrenalina se vertía a mares en su sistema circulatorio.

—¿Necesito un abrigo? —preguntó—. ¿Saldremos de la ciudad?

Por algún motivo, el primer pensamiento de Nicole había sido el de que la convocación se relacionaba con el llanto de bebé que Richard oyó después de su primera visita al Banco de Embriones. ¿Estaría enfermo el niño? ¿Quizá muriendo? Entonces, ¿por qué no estaban yendo directamente hacia el jardín zoológico, que quedaba fuera de la cúpula, en el Dominio Alternativo?

La Optimizadora Principal y su gabinete los esperaban en verdad. Dos sillas había en la sala. No bien Richard y Nicole se sentaron, la octoaraña jefe empezó a hablar con colores:

—Está cobrando forma una grave crisis —informó—, crisis que, por desgracia, podría llevar a una guerra entre nuestras dos especies. —Hizo oscilar un tentáculo, y videoimágenes empezaron a aparecer en la pared.

—A hora temprana de hoy, dos helicópteros empezaron a trasladar tropas humanas desde la isla de Nueva York hasta la sección que está más al norte de nuestro territorio, justo al lado del Mar Cilíndrico. Los datos de nuestros cuadroides no sólo indican que la especie de ustedes se está preparando para lanzar un ataque contra nosotros, sino, también, que su caudillo Nakamura convenció a la población humana de que somos enemigos de ustedes. Consiguió el apoyo del Senado para el esfuerzo de guerra y, en un lapso relativamente breve, creó un arsenal que le podría causar considerables daños a nuestra colonia.

La Optimizadora Principal calló mientras Richard y Nicole miraban instantáneas de televisión que mostraban bombas, bazucas y ametralladoras que se estaban fabricando en Nuevo Edén.

—Durante los cuatro días pasados, pequeños grupos de seres humanos efectuaron incursiones de investigación por tierra, y el par de helicópteros por aire. Estas misiones de reconocimiento penetraron tan al sur como hasta el bosque barrera y cubrieron todo el ámbito cilíndrico de nuestro territorio. Casi el treinta por ciento de nuestros alimentos, energía y provisión de agua se encuentra en la región que los seres humanos sometieron a reconocimiento.

"No ha habido combates, pues no hemos ofrecido resistencia a las actividades de exploración. Hemos colocado, empero, carteles en sitios clave, utilizando lo que sabemos del idioma de ustedes, informándoles a las tropas humanas que todo el hemicilindro austral es dominio de otra especie evolucionada, pero pacífica, y solicitándoles que regresen a su propia región... Nuestros carteles fueron pasados por alto.

"Hace dos días se produjo un incidente penoso: mientras estábamos cosechando cereales en uno de nuestros campos grandes, ocurrió el sobrevuelo de un helicóptero. El vehículo descendió en las cercanías y envió a cuatro soldados. Sin que hubiera provocación alguna, esos seres humanos ejecutaron a los tres animales que estaban realizando la cosecha, los mismos seres de seis brazos que ustedes dos vieron en su gira inicial por nuestra comarca, y prendieron fuego al campo de cereales. Desde ese incidente, el contenido de nuestros carteles cambió, y hemos puesto bien en claro que cualquier otra conducta similar se tomará como acto de guerra.

"De todos modos, por las actitudes de esta mañana temprano resulta evidente que no se prestó atención a nuestras advertencias y que la especie de ustedes planea iniciar un conflicto en el que no tiene la menor posibilidad de vencer. Hoy estuve considerando la posibilidad de anunciar una declaración de guerra, suceso en extremo grave en una colonia octoarácnida, con ramificaciones en todos los niveles de nuestra sociedad. Antes de tomar esa actitud irreversible, empero, consulté con aquellos otros optimizadores cuya opinión considero respetable.

"La mayoría de mi gabinete era partidaria de la declaración de guerra, al no ver modo alguno de convencer a los congéneres de ustedes de que un conflicto con nosotros significaría un desastre para ellos. La octoaraña a la que ustedes llaman Archie, no obstante, le hizo una propuesta a mi gabinete que, creemos, tiene una pequeña probabilidad de funcionar. Aun cuando nuestros analistas estadígrafos dicen que la guerra es el resultado más factible, nuestros principios exigen que hagamos todo lo posible para evitarla... Puesto que la proposición de Archie exige la intervención y la cooperación de ustedes, los hemos llamado aquí esta noche.

La Optimizadora Principal dejó de hablar con colores y se arrastró hacia el costado de la sala. Richard y Nicole intercambiaron una rápida mirada:

—¿Tu traductor siguió el hilo de todo eso? —preguntó Nicole.

—La mayor parte. Por cierto que entiendo el meollo de la situación... ¿Tienes *tú* alguna pregunta, o debo sugerir que sigan adelante con la propuesta de Archie?

Nicole inclinó levemente la cabeza en dirección de Archie y su amigo octoaraña se desplazó hacia el centro de la sala.

—Me ofrecí como voluntario —dijo la octoaraña— para negociar personalmente con los dirigentes humanos, en un intento por detener este conflicto antes de que llegue hasta el nivel de una guerra en gran escala. Para lograr esto, empero, resulta obvio que necesito ayuda: si apareciera de repente en el campamento de los soldados humanos, me matarían. Aun si no lo hacen, no van a tener manera de entender lo que les estoy diciendo. Así que algún ser humano que entienda nuestro idioma tiene que acompañarme para traducir mis colores o, si no, no hay manera de que se pueda entablar un diálogo con sentido...

Después que Richard y Nicole le dijeron a la Optimizadora Principal que no estaban en desacuerdo con el concepto básico propuesto por Archie, a los dos seres humanos y su colega

octoaraña se los dejó a solas para que discurrieran sobre los detalles. La idea de Archie era directa: Nicole y él iban a aproximarse juntos al campamento militar que estaba cerca del Mar Cilíndrico y solicitarían una reunión con Nakamura y los demás dirigentes humanos. En esa reunión, Archie y Nicole explicarían que las octoarañas eran una especie amante de la paz que no tenía aspiraciones de dominio territorial en el lado norte del Mar Cilíndrico. Archie iba a pedir que los seres humanos se retiraran del sitio ocupado y cesaran sus sobrevuelos. De ser necesario, y como ofrenda de buena voluntad de las octoarañas, Archie brindaría gran cantidad de alimentos y agua para ayudar a los humanos a paliar sus dificultades actuales. Se habría de establecer una relación permanente entre las dos especies y se redactaría el borrador de un tratado para codificar el acuerdo.

—¡Por Dios! —exclamó Richard, después que terminó de traducir los comentarios de Archie—. ¡Y yo que creía que la idealista era Nicole!

Archie no entendió la observación de Richard. Pacientemente, Nicole le explicó a la octoaraña que era probable que los dirigentes de Nuevo Edén no fueran tan razonables como Archie suponía.

—Es por completo posible —advirtió, para subrayar el peligro de lo que Archie estaba proponiendo— que nos maten a *ambos*, antes que se nos permita decir algo siquiera.

Archie seguía insistiendo en que era inevitable que lo que proponía fuese aceptado, en última instancia, porque resultaba claro que respondía a lo que era más conveniente para los seres humanos que vivían en Nuevo Edén.

Mira, Archie —respondió Richard, frustrado—, lo que dijiste sencillamente no es acertado. Hay muchos seres humanos, Nakamura entre ellos, a los que les importa una mierda lo que sea bueno para la colonia. De hecho, el bienestar común ni siquiera constituye un factor en la función objetiva inconsciente, para utilizar tus palabras, que rige el comportamiento de esos seres humanos. Todo lo que les preocupa es ellos mismos. Cada decisión se sopesa en función de si ella va a incrementar el poder o la influencia personales, o si no lo va a hacer. En nuestra historia, los dirigentes a menudo destruyeron sus propios países, o colonias, en el intento por retener el poder.

La octoaraña era obstinada.

—Lo que estás describiendo sencillamente no puede ser cierto en una especie evolucionada —insistía—. Las leves fundamentales de la evolución indican a las claras que aquellas especies cuyo valor primordial es el bienestar del grupo van a sobrevivir a aquellas en las que lo supremo es el individuo... ¿Estás sugiriendo que los seres humanos son una especie de aberración, un engendro de la naturaleza que viola un fundamental...?

Nicole interrumpió.

—Oigan, ustedes dos, todo esto es muy interesante, pero tenemos algunos asuntos más urgentes: debemos diseñar un plan de acción que carezca de escollos ocultos... Richard, si no te gusta el plan de Archie, ¿qué sugieres?

Richard reflexionó varios segundos antes de hablar:

—Estoy convencido de que Nakamura comprometió a Nuevo Edén en esta operación contra las octoarañas por muchas razones, una de las cuales es impedir la crítica a los fracasos internos de su gobierno. No creo que se lo disuada del curso de acción que tomó, a menos que los ciudadanos estén en contra de la guerra por mayoría abrumadora y, lamento decirlo, no creo que eso ocurra, salvo que los colonos se convenzan de que la guerra va a ser un desastre.

—¿Así que crees que van a ser necesarias amenazas? —preguntó Nicole.

—Como mínimo. Lo que sería perfecto sería una demostración de poderío militar por parte de las octoarañas —sugirió Richard.

—Temo que eso es imposible —objetó Archie—, dadas las actuales circunstancias, por lo menos.

—¿Por qué? —preguntó Richard—. La Optimizadora Principal habló con confianza respecto de ganar cualquier guerra que se pudiera producir. Si ustedes atacaran y destruyeran por completo ese campamento...

—Ahora eres *tú* quien no *nos* entiende —dijo Archie—; como la guerra, o cualquier conflicto que pueda redundar en muertes deliberadas, es una manera para nada óptima para resolver disputas, nuestra colonia tiene reglamentos muy estrictos que rigen las acciones hostiles concertadas. En nuestra sociedad se han incorporado controles que, de manera absoluta, convierten la guerra en la ultimísima solución que se pueda aplicar... No tenemos ejército en pie ni acopio de armamentos, por ejemplo... y hay otras restricciones también: todos los optimizadores que tomen parte en la decisión de declarar una guerra, así como todas las octoarañas que intervengan en un conflicto armado, son exterminados de inmediato después de la guerra.

—¿Quéee? —exclamó Richard, sin poder creer a su traductor—. Eso no es posible.

—Sí lo es —replicó Archie—. Como podrán imaginar, estos factores disuaden en forma importante nuestra participación en hostilidades que no sean de índole defensiva. La Optimizadora

Principal sabe que firmó su propia sentencia de muerte hace dos semanas, cuando autorizó el comienzo de los preparativos para la guerra. Las ochenta octoarañas que en estos momentos viven y trabajan en el Dominio de Guerra van a ser exterminadas cuando se concluya esta guerra o haya pasado, por declaración oficial, la amenaza de la guerra... Yo mismo, ya que fui parte de las discusiones que se celebraron hoy, seré colocado en las listas de exterminación, si se declara la guerra.

Richard y Nicole se habían quedado sin palabras.

—Para una octoaraña, la única justificación posible de una guerra —prosiguió Archie— es una amenaza inconfundible a la supervivencia misma de la colonia. Una vez que la amenaza se identifica y admite como tal, nuestra especie experimenta una metamorfosis y lleva adelante la guerra, sin misericordia, hasta que, o bien se aniquila la amenaza, o bien nuestra colonia es destruida... Hace generaciones, algunos optimizadores muy sabios se dieron cuenta de que aquellos individuos de la especie que se dedicaban a matar, y a planear cómo matar, quedaban tan alterados en su faz psicológica que se convertían en un serio perjuicio para el funcionamiento de una colonia pacífica. Ese fue el motivo por que se promulgaron los codicilos de exterminación.

Richard y Nicole permanecieron en silencio, aun después que Archie hubiera terminado de hablar. Por fin, Richard le pidió que saliera de la sala, de modo de poder conversar en privado con su esposa, pero prontamente recordó los ubicuos cuadroides:

—Nicole, querida —dijo finalmente—, no creo que el plan de Archie sea del todo correcto, y por varios motivos: en principio, soy yo el que debe ir con él, en vez de ti...

Cuando Nicole empezaba a interrumpirlo, Richard hizo un ademán con las manos para que permaneciera en silencio.

—Ahora, óyeme bien —dijo—, en todo el transcurso de nuestro matrimonio, en especial desde que salimos de El Nodo, siempre fuiste la que estuvo en la vanguardia, brindando tu tiempo y tu energía en pro de la familia, o de la colonia... Ahora es mi turno... En esta circunstancia en particular estoy convencido de que soy también yo el más apto para la tarea propuesta: me va a resultar más fácil asustar a nuestros congéneres inventando imágenes de apocalípticos ataques infligidos por las octoarañas...

—Pero tú no hablas bien su idioma —protestó Nicole—. Sin tu traductor...

—Ya pensé en eso, y creo que Ellie y Nikki deben venir con Archie y conmigo. Primero, con una niña entre nosotros, la probabilidad de que nos mate la fuerza de avanzada se reduce en magnitud significativa. Segundo, Ellie habla con total fluidez el idioma octoarácnido y me puede respaldar si mi traductor no es asequible o resulta inadecuado. Tercero, y ésta puede ser la razón más importante, el único delito que a Nakamura y sus esbirros les es posible atribuir a las octoarañas es el secuestro de Ellie: si ella aparece, sana y salva y elogiando al enemigo alienígena, entonces el esfuerzo de guerra se verá socavado.

Nicole frunció el entrecejo:

—No me gusta la idea de que Nikki vaya con ustedes... Es demasiado peligrosa. Nunca me perdonaría si algo le sucediera a esa niña...

—Y yo tampoco me lo perdonaría —dijo Richard—, pero no creo que Ellie vaya sin ella... Nicole, no hay planes *buenos*... Nos vemos forzados a elegir la opción menos desagradable.

Durante un breve intervalo en la conversación, Archie habló con colores:

—Todos los razonamientos de Richard son excelentes —le dijo a Nicole—, y existe un motivo más por el que podría ser mejor que permanezcas aquí, en la Ciudad Esmeralda: el resto de los seres humanos que se quedan va a necesitar de tu capacidad de liderazgo durante los difíciles días que se avecinan.

La mente de Nicole corría como una flecha. No se sentía preparada para que Richard se ofreciera como voluntario.

—¿Me estás diciendo, Archie —inquirió—, que *respaldas* las sugerencias de Richard, incluyendo el llevar con ustedes a Ellie y Nikki?

—Sí —contestó la octoaraña.

—Pero, Richard —arguyó entonces Nicole, volviéndose hacia su marido—, sabemos cuánto odias lo que llamas "politiquería inmunda". ¿Estás seguro de que meditaste esto bien?

Richard asintió con una leve inclinación de cabeza. Nicole se encogió de hombros.

—Muy bien, entonces. Hablaremos con Ellie. Si ella está de acuerdo, contamos con un plan.

La Optimizadora Principal opinó que la propuesta corregida tenía alguna posibilidad de éxito, pero se sintió obligada a recordarles a todos que, sobre la base del análisis octoarácnido, todavía seguía existiendo una elevada probabilidad de que mataran tanto a Richard como a Archie. El

corazón de Nicole dio un vuelco cuando tradujo el recordatorio de la dirigente de las octoarañas. La Optimizadora Principal no le estaba diciendo nada que ella ya no supiera, sin embargo, su concentración en el planeamiento y las discusiones era tal, que todavía no se había enfrentado con alguno de los posibles resultados de las decisiones que estaban tomando.

Nicole dijo muy poco mientras todos los principales intervinientes coincidían en un horario base. Cuando oyó a Richard decir que Archie y él, con Ellie y Nikki o sin ellas, iban a partir de la Ciudad Esmeralda un tert después del amanecer del día siguiente, se estremeció.

"Mañana", pasó como un relámpago por su mente, "mañana nuestra vida volverá a cambiar."

En el transporte se mantuvo en silencio durante el viaje de regreso a su zona. Mientras Richard y Archie conversaban sobre muchos temas diferentes, Nicole trataba de combatir el miedo que crecía dentro de ella. Una voz interior, voz a la que no oía desde hacía años, le estaba diciendo que, después de mañana, no volvería a ver a Richard.

"¿Es ésta, quizás, alguna reacción peculiar de mi parte?", se preguntó con tono crítico. "¿Me está resultando difícil permitir que Richard sea el héroe?"

La intensidad de la premonición aumentó, a pesar de sus intentos por combatirla. Recordaba una noche terrible, muchos, muchos años atrás, cuando se encontraba en su dormitorio de la casita de Chilly-Mazarin. Se había despertado, gritando, de una violenta y muy gráfica pesadilla.

"Mamita está muerta", gritó entonces la niña de diez años.

Su padre trataba de consolarla explicándole que su madre simplemente había salido de viaje, para visitar a su familia en la Costa de Marfil. El telegrama que anunciaba su muerte llegó a la casa siete horas después.

—Si no tienen armas acumuladas ni soldados adiestrados —estaba diciendo Richard—, ¿cómo diablos se pueden preparar para la guerra con la rapidez suficiente como para defenderse?

—No puedo decirte eso —contestó Archie—, pero créeme: se con seguridad que un conflicto en estos momentos, entre nuestras dos especies, podría redundar en la aniquilación de la civilización humana en *Rama*.

Nicole no podía aquietar su alma atormentada. No importaba cuántas veces se dijera a sí misma que su reacción era exagerada, el miedo premonitorio no desaparecía. Extendió el brazo y tomó la mano de Richard: él entrelazó sus dedos con los de ella y continuó su conversación con Archie.

Nicole lo contempló resueltamente

"Estoy orgullosa de ti. Richard", pensó, "pero también estoy asustada..." Sintió las lágrimas que empezaban a asomarle en los ojos "... y todavía no estoy preparada para decir adiós."

Era muy tarde cuando Nicole fue a acostarse. Había despertado a Ellie con suavidad, sin perturbar a Nikki y los mellizos Watanabe, que estaban durmiendo en la casa de los Wakefield para que Patrick y Nai pudieran tener su noche de bodas a solas. Ellie, claro está, hizo muchas preguntas. Richard y Nicole le explicaron el plan, incluyendo todo lo de importancia que esa misma noche, más temprano, supieron por Archie y la Optimizadora Principal. Ellie expresó su temor, pero finalmente estuvo de acuerdo en que ella y Nikki acompañaran a Richard y Archie al día siguiente.

Nicole no pudo caer en un sueño profundo. Después de revolverse y cambiar de posición durante una hora, empezó una secuencia de ensueños breves, caóticos. En el último, otra vez tenía siete años y estaba de vuelta en la Costa de Marfil, en mitad de la ceremonia poro. Estaba semidesnuda, en el agua, con la hembra de león rondando por el perímetro del estanque. La pequeña Nicole tomó una profunda bocanada de aire y se sumergió en el agua. Cuando salió a la superficie, Richard estaba parado en la orilla, allí donde había estado la hembra. Al principio fue un Richard joven que le sonreía, pero, mientras Nicole lo miraba, envejeció con rapidez y se transformó en el mismo Richard que en ese momento estaba al lado de ella en la cama. Nicole oyó en su oído la voz de Omeh: "Mira cuidadosamente, Ronata", dijo la voz, "y recuerda..."

Nicole despertó. Richard estaba durmiendo apaciblemente. Ella se sentó en la cama y dio un solo golpecito en la pared. Una solitaria luciérnaga apareció en el vano de la puerta, arrojando algo de luz en el dormitorio. Nicole contempló con fijeza a su marido: miró su cabello y barba, grises por la edad, y los recordó cuando eran negros. Rememoró con ternura el ardor y el humor de Richard durante el galanteo en Nueva York. La cara se le torció en una mueca, hizo una profunda inspiración y se besó el índice. Después lo apoyó sobre los labios de Richard. Él no se agitó. Permaneció sentada en silencio durante varios minutos más, estudiando cada rasgo del rostro de su marido. Suaves lágrimas le fluyeron por las mejillas y cayeron desde su mentón sobre las sábanas.

—Te amo, Richard —dijo.

Guerra en *Rama*

1

INFORME Número 319

Hora de Trasmisión:	156 307 872 574.2009
Hora desde Alerta en Primera Fase:	111.9766
Referencias: Nodo	23-419
Espacionave	947
Viajeros espaciales 47 249 (A&B)	32806
	2666

Durante el último intervalo, la estructura y el orden de las comunidades de viajeros espaciales en el interior de la espacionave continuaron desintegrándose. A pesar de las advertencias de las octoarañas (viajero espacial N° 2 666) y de sus loables intentos por evitar un vasto conflicto con los seres humanos (N° 32 806), ahora es todavía más probable que nunca que una desastrosa guerra entre las dos especies, que sólo dejaría unos pocos sobrevivientes, pueda tener lugar en el curso de los siguientes intervalos. Por consiguiente, la situación reúne todas las condiciones previas esenciales para que se lleve a cabo una intercesión de fase dos.

A la actividad intercesionaria previa se la declaró fracasada, debido, de manera primordial, a que la más agresiva de las dos especies, la de los seres humanos, es fundamentalmente insensible a toda la gama de técnicas intercesionarias sutiles. Sólo unos pocos seres humanos respondieron a los muchos intentos por alterarles el comportamiento hostil, y ésos no pudieron detener el genocidio de los avianos y los sésiles (N° 47 249 - A&B), perpetrado por sus dirigentes.

Los seres humanos están organizados según la manera rígida y jerárquica que se observa con frecuencia en las especies que están en la etapa evolutiva anterior a la del viaje por el espacio: siguen siendo dominados por una dirigencia cuya atención se concentra en la retención del poder para sí. El bienestar de la comunidad humana, y hasta su misma supervivencia, se subordinan, en la función objetiva implícita de los dirigentes humanos actuales, a la continuación de un sistema político que concede a esos dirigentes una autoridad absoluta. En consecuencia, existe una probabilidad sumamente reducida de que la amenaza de la extensión del conflicto entre los seres humanos y las octoarañas se pueda evitar mediante apelaciones a la lógica.

Un pequeño conjunto de seres humanos, que comprende casi toda la familia que habitó en El Nodo durante más de un año, sigue residiendo en la principal ciudad octoarácnida. La interacción de esos humanos con sus anfitriones demostró que a las dos especies les es posible vivir juntas en armonía. Hace poco, una delegación combinada de esos humanos y una octoaraña decidió emprender un esfuerzo concertado, para evitar una guerra interespecies en gran escala, consistente en establecer contacto directo con los dirigentes de la colonia humana. Sin embargo, la probabilidad de que esta delegación tenga éxito es muy baja.

Hasta ahora, las octoarañas no efectuaron actividad alguna que fuera patentemente hostil. De todos modos, empezaron el proceso de aprontarse para una guerra contra los seres humanos. Aunque sólo van a luchar si deciden que la supervivencia de su comunidad está en peligro, las avanzadas aptitudes biológicas de las octoarañas determinan una inevitable conclusión para el resultado de una guerra semejante.

Lo que no es seguro es cómo van a reaccionar los seres humanos una vez que el conflicto aumente de magnitud y experimenten un fuerte índice de bajas. Es posible que la guerra pueda terminar pronto y que, con el tiempo, las dos comunidades sobrevivientes otra vez puedan alcanzar un estado de cuasi equilibrio. Sobre la base de los datos disponibles que provienen de la observación de los seres humanos, empero, existe una probabilidad, que no es trivial, de que esta especie prosiga la batalla hasta que la mayor parte de los individuos, o todos ellos, perezca. Un resultado de esa índole destruiría todos los vestigios de una, por lo menos, de las dos especies viajeras por el espacio que quedan en la espacionave. Para evitar un resultado tan desfavorable para el proyecto, se recomienda tomar en cuenta la realización de una intercesión de fase dos.

2

Los ruidos de tres niños que jugaban en la sala de estar despertaron a Nicole. Mientras se estaba poniendo el salto de cama, Ellie fue hasta la puerta del dormitorio y le preguntó si había visto la muñeca favorita de Nikki.

—Creo que está debajo de la cama —respondió Nicole.

Ellie regresó a su actividad de empacar cosas y Nicole pudo oír a Richard en el baño.

"No falta mucho ahora", pensaba, cuando su nieta apareció de repente en el vano de la puerta:

—Mami y yo nos vamos, Nonni —dijo la niñita con una sonrisa—. Vamos a ver a papito.

Nicole abrió los brazos y la pequeña corrió hacia ellos para recibir un fuerte abrazo.

—Lo sé, mi querida —contestó Nicole. Mantuvo a la niña muy apretada entre los brazos y, después, le empezó a acariciar el cabello. —Te voy a extrañar, Nikki.

Pocos segundos después, se dejaron oír los dos mellizos Watanabe en la habitación.

—Tengo hambre, señora Wakefield —dijo Galileo.

—Yo también —añadió Kepler.

Con renuencia, Nicole soltó a su nieta y empezó a caminar hacia el otro lado del dormitorio.

—Muy bien, chicos —dijo—. Tendré su desayuno listo dentro de unos minutos.

Cuando los tres niños casi habían terminado de comer, Max, Eponine y Marius llegaron a la puerta.

—¿A que no sabes una cosa, tío Max? —dijo Nikki, antes de que Nicole hubiera tenido la oportunidad, siquiera, de saludar a los Puckett—, voy a ver a mi papito.

Las cuatro horas transcurrieron con rapidez. Richard y Nicole explicaron todo dos veces, primero a Max y Eponine y, después, a los recién casados, que todavía estaban radiantes por los placeres de su noche de bodas. A medida que se acercaba la hora para la partida de Richard, Ellie y Nikki, la agitación y la energía que habían caracterizado la conversación matinal empezó a amenguar. Nicole comenzó a sentir cosquilleos en el vientre. "Relájate y sonríe", se dijo. "No vas a facilitar las cosas si te pones triste."

Max fue el primero en decir adiós.

—Ven aquí, princesa —le dijo a Nikki—, y dale un beso a tu tío Max. —La niña obedientemente siguió las instrucciones. Max, entonces, se puso de pie y cruzó la habitación hacia donde Ellie estaba hablando con su madre.

—Cuida a esa niñita, Ellie —dijo, abrazándola—, y no permitas que esos bastardos te quiten algo. —Max estrechó la mano de Richard y, después, llamó a los mellizos Watanabe para que se le unieran afuera.

La disposición de ánimo que había en la habitación cambió rápidamente. A pesar de la promesa que se había hecho de permanecer calmada, Nicole sintió una oleada de pánico cuando, de pronto, se dio cuenta de que sólo tenía unos minutos para completar las despedidas. Patrick, Nai, Benjy y Eponine habían seguido la indicación de Max y estaban dando fuertes abrazos al trío que estaba por partir.

Nicole trató de abrazar a Nikki otra vez, pero la niñita se escabulló velozmente, yendo afuera a la carrera para jugar con los mellizos. Ellie terminó de decirle adiós a Eponine y se volvió hacia Nicole.

—Te voy a extrañar, mamá —manifestó con vivacidad—. Te quiero mucho.

Nicole luchó por conservar el equilibrio emocional.

—No pude haber pedido una hija mejor —declaró. Mientras las dos se estrechaban en un abrazo, Nicole le habló en voz baja al oído de Ellie: —Ten cuidado. Hay mucho en juego...

Ellie se separó, miró a su madre en los ojos y tomó una bocanada profunda de aire.

—Lo sé, mamá —dijo con tono sombrío—, y eso me asusta. Espero no decepcion...

—No lo harás —replicó Nicole como a la ligera—. Tan sólo recuerda lo que dijo el grillo de Pinocho.

Ellie sonrió:

—"Y deja siempre que tu conciencia sea tu guía."

—¡Llegó Archie! —Nicole oyó gritar a Nikki. Buscó con la mirada a su marido.

“¿Dónde está Richard?", pensó, asustada. "No le dije adiós..."

Ellie era una imagen borrosa mientras se dirigía hacia la puerta llevando dos mochilas.

Nicole apenas podía respirar. Oyó a Patrick decir "¿Dónde está tío Richard?", y una voz contestar desde el estudio, "Estoy aquí atrás".

Nicole corrió por la sala de estar hacia el estudio:

Richard estaba sentado en el piso, en medio de componentes electrónicos y de su propia mochila abierta. Nicole se paró en el vano de la puerta durante un segundo, recuperando el aliento.

Richard la oyó detrás de él y se volvió:

—Ah, hola, amor —dijo con tono indiferente—. Todavía estoy tratando de decidir cuántos componentes auxiliares debo llevar para mis traductores.

—Archie ya está aquí —anunció Nicole en voz baja.

Richard echó un vistazo al reloj de pulsera.

—Creo que es hora de irnos —dijo. Levantó un puñado de piezas para equipo electrónico y las embutió en la mochila. Después se puso de pie y fue hacia Nicole.

—¡Tío Richard! —aulló Patrick.

—Ya voy —gritó Richard—. Un minuto, nada más.

Nicole empezó a temblar en el instante mismo que Richard pasó los brazos alrededor de ella.

—Eh —señaló él—, todo está bien... Ya estuvimos separados antes.

El miedo de Nicole se había vuelto tan poderoso que no le permitía hablar. Trató con desesperación de ser valiente, pero le fue imposible. Sabía que ésa sería la última vez que volvería a tocar a su marido.

Puso una mano detrás de la cabeza de Richard y se apartó levemente, de modo de poder besarlo. Ahora corrían lágrimas por las mejillas de Nicole: quería detener el tiempo, hacer que ese instante durara una eternidad. Sus ojos tomaron una fotografía de la cara de Richard, y lo besó suavemente en los labios.

—Te amo, Nicole —dijo él.

Durante un instante, Nicole creyó que no podría contestar.

—Yo también te amo —logró decir finalmente.

Richard alzó la mochila e hizo un breve ademán de saludo. Nicole se quedó parada en el vano de la puerta y lo miró caminar hacia la salida.

“Recuerda", oyó la voz de Omeh dentro de la cabeza.

Nikki casi no podía creer en su buena suerte: ahí, delante de ella, apenas afuera de los portones de la Ciudad Esmeralda, un avestrusaurio los estaba esperando, tal como Archie había dicho. La niña se movía de acá para allá con impaciencia, mientras su madre le cerraba el abrigo.

—¿Puedo darle de comer, mamá? —preguntó— .¿Puedo? ¿Puedo?

Aun con el avestrusaurio sentado en el suelo, Richard tuvo que ayudar a Nikki a montar sobre el animal.

—Gracias, Boobah —dijo la niña, cuando estuvo cómodamente acurrucada en la concavidad.

—La sincronización se calculó con sumo cuidado— les dijo Archie a Richard y Ellie, mientras se desplazaban por el sendero que cruzaba el bosque—. Llegaremos al campamento cuando todas las tropas estén iniciando el desayuno: de ese modo, todos nos verán.

—¿Cómo sabremos en qué momento preciso debemos aparecer? —preguntó Richard.

—Algunos de los cuadroides son dirigidos desde los campos que están más al norte. Poco después de que despierten los primeros soldados y estén saliendo de sus carpas, tu amigo aviano, Timmy, llevando el anuncio escrito de nuestra inminente llegada, va a volar sobre sus cabezas en la oscuridad. Nuestro mensaje va a indicar que seremos precedidos por las luciérnagas y que vamos a estar agitando una bandera blanca, como sugeriste tú.

Nikki advirtió unos ojos extraños que los miraban desde la oscuridad del bosque.

—¿No es divertido? —le dijo a su madre. Ellie no respondió.

Archie detuvo el avestrusaurio cerca de un kilómetro al sur del campamento de los humanos. Los faroles, y otras luces que había afuera de las lejanas carpas que el grupo tenía delante de sí, parecían estrellas que titilaban en la oscuridad.

—Timmy debe de estar dejando caer nuestro mensaje más o menos en este preciso momento —dijo.

Se habían estado desplazando cautelosamente en la oscuridad durante casi un tert, no queriendo usar las luciérnagas debido a la leve posibilidad de que se los pudiese advertir demasiado

temprano. Nikki dormía serenamente, la cabeza apoyada en el regazo de su madre. Tanto Richard como Ellie estaban tensos:

—¿Qué vamos a hacer —preguntó Richard antes que se detuvieran— si las tropas nos disparan antes que podamos decir algo?

—Damos la vuelta y nos retiramos tan rápido como podamos contestó Archie.

—¿Y qué pasa si nos persiguen con los helicópteros y los reflectores? —terció Ellie.

—En máxima velocidad, al avestrusaurio le toma casi cuatro wodens llegar hasta el bosque —respondió Archie.

Timmy regresó al grupo e informó, en una breve conversación de parloteos y colores con Archie, que había cumplido su misión. Richard y Timmy, entonces, se despidieron el uno del otro; los grandes ojos del aviano expresaban una emoción que Richard no había visto antes, cuando le frotó el vientre al alienígena. Pocos instantes después, mientras Timmy volaba en dirección de la Ciudad Esmeralda, dos luciérnagas se encendieron al lado del sendero y, después, enfilaron hacia el campamento de los seres humanos. Richard abría la procesión, aferrando la bandera blanca en la mano derecha. Lo seguía el avestrusaurio, a unos cincuenta metros por detrás, llevando a Ellie, Archie y la niña dormida.

Richard pudo ver los soldados con sus binóculos, cuando el grupo estaba a unos cuatrocientos metros: las tropas estaban paradas en los alrededores, mirando en la dirección general del grupo. Richard contó veintiséis soldados en total, comprendidos tres con los rifles levantados y otros dos explorando la oscuridad con binóculos.

Tal como se planeó, Ellie, Nikki y Archie desmontaron cuando estaban a unos doscientos metros del campamento. Al avestrusaurio se lo envió de regreso a la Ciudad Esmeralda, antes que sus cuatro jinetes fueran caminando hacia los soldados humanos. Nikki, que no había estado lista para despertar, se quejó al principio, pero se calló cuando percibió la importancia del pedido de su madre para que permaneciera en silencio.

Archie caminaba entre los dos seres humanos adultos. Nikki, aferrada a la mano de su madre, y corría para mantener el paso.

—¡Hola, allá! —gritó Richard cuando creyó estar a distancia de ser oído—. Soy Richard Wakefield. Venimos en paz. —Agitó vigorosamente la bandera blanca. —Estoy con mi hija Ellie, mi nieta Nikki y un representante de las octoarañas.

Debió de haber sido un cuadro asombroso para los soldados, ninguno de los cuales había visto una octoaraña antes. Con las luciérnagas revoloteando sobre la cabeza de las tropas, Richard y su grupo surgieron de la oscuridad ramana.

Uno de los soldados se adelantó:

—Soy el capitán Enrico Pioggi —dijo—, el comandante en jefe de este campamento... Acepto su rendición en nombre de las fuerzas armadas de Nuevo Edén.

Como el anuncio de la inminente llegada del grupo se le había informado al campamento menos de media hora antes, la cadena de mando de Nuevo Edén no había tenido tiempo de formular un plan sobre qué hacer con los prisioneros. No bien se hubo confirmado que una partida formada por un hombre, una mujer, una niña y una octoaraña alienígena en verdad se estaba acercando a su campamento, el capitán Pioggi nuevamente se puso en contacto radial con el cuartel general de línea, en Nuevo Edén, y solicitado instrucciones respecto de cómo proceder. El coronel a cargo de la campaña le dijo que "pusiera los prisioneros a buen recaudo" y que "esperara órdenes ulteriores".

Richard había previsto que ninguno de los oficiales iba a estar dispuesto a tomar actitud definitiva alguna, hasta que se le hubiera consultado a Nakamura mismo. Le señaló a Archie, durante la larga marcha en avestrusaurio, que iba a ser importante emplear el tiempo que fuere que pudieran tener con los soldados del campamento, para empezar a refutar la propaganda que estaba difundiendo el gobierno de Nuevo Edén.

—Este ser —dijo Richard en voz alta, después que se hubo registrado a los prisioneros, y cuando las tropas, presa de la curiosidad, se arremolinaron en tomo de ellos— es lo que llamamos octoaraña. Todas las octoarañas son muy inteligentes, en algunos aspectos, más inteligentes que nosotros, y alrededor de quince mil de ellas viven en el hemicilindro austral, que se extiende desde aquí hasta la base de la cuenca polar sur. Mi familia y yo hemos estado viviendo en su comarca durante más de un año, por nuestra propia elección podría agregar, y hemos descubierto que las octoarañas tienen ética y aman la paz. Mi hija Ellie y yo nos hemos adelantado con este representante de las octoarañas, al que llamamos Archie, para tratar de encontrar alguna manera de detener una confrontación militar entre nuestras dos especies.

—¿No es usted la esposa del doctor Robert Turner? —intervino uno de los soldados—. ¿La que fue secuestrada por las octoarañas?

—Sí, lo soy —dijo Ellie con voz clara—, excepto que no fui secuestrada en el verdadero sentido de la palabra: las octoarañas quisieron establecer la comunicación con nosotros, y no habían podido hacerlo. Se me llevó porque estaban convencidos de que yo tenía la capacidad de aprender su idioma.

—¿Esa cosa *habla*? —preguntó otro soldado, con incredulidad.

Hasta ese momento, Archie, tal como se había planeado, se mantuvo en silencio. Toda la tropa se quedó mirando, atónita, cómo los colores se empezaban a verter del costado derecho de la ranura de Archie y le circunnavegaban la cabeza.

—Archie dice que los saluda —tradujo Ellie—. Le pide a cada uno de ustedes que entienda que ni él ni miembro alguno de su especie desea hacerles el menor daño. Archie también quiere que les informe que puede leer los labios, y que va a sentirse feliz de responder cualquier pregunta que ustedes pudieran tener...

—¿Eso es verdad? —preguntó un soldado.

Mientras tanto, un frustrado capitán Pioggi se mantenía apartado, suministrando por radio a su coronel, que estaba en Nueva York, un informe presencial.

—Sí, señor —estaba diciendo—, colores en su cabeza... todos colores diferentes, señor, rojo, azul, amarillo... como rectángulos, rectángulos móviles, van alrededor de su cabeza, y después los siguen más... ¿Cómo, señor...? La mujer, la esposa del médico, señor... ella, aparentemente, sabe qué significan los colores... No, señor, no hay letras de colores, nada más que las bandas de colores...

"En este preciso momento, señor, el alienígena está hablando con los soldados... No, señor, ellos no usan colores... Según la mujer, señor, la octoaraña puede leer los labios... como una persona con incapacidad de audición, señor... la misma técnica, supongo... de todos modos, después contesta con colores y la esposa del médico traduce...

"No hay armas de alguna clase, señor... abundancia de juguetes, ropa, objetos de aspecto extraño de los que el prisionero Wakefield dice que son componentes electrónicos... Juguetes, señor, dije juguetes... la niñita tenía muchos juguetes en su mochila... No, no tenemos un dispositivo analizador aquí... Correcto, señor... ¿tiene usted alguna idea de cuánto tiempo podríamos tener que esperar, señor?

Cuando el capitán Pioggi finalmente recibió órdenes de enviar a los prisioneros a Nueva York en uno de los helicópteros, Archie había impresionado por completo a todos los soldados del campamento: la octoaraña había comenzado la demostración de sus prodigiosas facultades mentales, multiplicando en la cabeza números de cinco y seis, cifras.

—Ahora bien, ¿cómo sabemos que esta cosa, la octoaraña, está dando realmente la respuesta correcta? —había preguntado uno de los soldados más jóvenes—. Todo lo que hace es mostrar un rosario de colores.

—Señor mío —le contestó Richard, lanzando una carcajada—, ¿no acaban de comprobar, en la calculadora del teniente, que el número que mi hija dio era correcto? ¿Cree usted que *ella* calculó el producto en *su* cabeza?

—Ah, sí —dijo el joven—. Ya entiendo lo que me quiere decir.

Lo que en verdad dejó boquiabiertos a los soldados fue la memoria fenomenal de Archie: a instancias de Richard, en una hoja de papel uno de los hombres hizo una lista con una secuencia de varios centenares de números y, después, le leyó la secuencia a Archie, a razón de un solo número por vez: la octoaraña los repitió de nuevo a través de Ellie, y sin error alguno. Algunos de los soldados creían que se había tratado de una artimaña, que, quizá, Richard le estaba haciendo a Archie señales luminosas en código. No obstante, cuando Archie duplicó su hazaña en condiciones cuidadosamente controladas, todos los incrédulos quedaron convencidos.

La atmósfera imperante en el campamento era distendida y amable, para el momento en que se recibieron las órdenes de transportar a los prisioneros a Nueva York. La primera parte del plan había tenido un éxito que superaba las más extravagantes fantasías del grupo. No obstante, Richard no se sentía demasiado confiado cuando subieron a bordo del helicóptero para cruzar una parte del Mar Cilíndrico.

Sólo permanecieron en Nueva York durante cerca de una hora. Guardias armados se encontraron con los prisioneros en la plataforma para helicópteros, ubicada en la plaza occidental; les confiscaron las mochilas, desoyendo las fuertes protestas de Richard y Nikki, y los hicieron marchar

hacia El Puerto. Richard llevaba a Nikki en brazos. Apenas si tuvo tiempo de admirar sus rascacielos favoritos que se erguían en la oscuridad.

El yate que los trasladó a través de la mitad norte del Mar Cilíndrico era similar a los barcos de placer que Nakamura y sus compinches usaban en el lago Shakespeare. En ningún momento, durante la travesía, les habló alguno de los guardias.

—Boobah —le susurró Nikki a Richard, después que varias de sus preguntas pasaron sin ser atendidas—, ¿estos hombres no saben hablar? —. Y lanzó una risita.

Un vehículo todocamino los estaba esperando en un muelle construido hacía poco para dar apoyo a las nuevas actividades en Nueva York y en el hemicilindro austral. Con considerable esfuerzo y gastos, los seres humanos habían practicado una abertura a través del muro barrera sur, en una zona adyacente al hábitat avianolsésil, y construyeron una gran instalación portuaria.

Al principio, Richard se preguntó por qué a él y sus compañeros no se los había transportado directamente a Nueva York* en el helicóptero. Después de unos pocos cálculos mentales rápidos, empero, llegó a la correcta conclusión de que, debido a la enorme altura del muro barrera, que se extendía hasta penetrar bien dentro de la región en que la gravedad artificial producida por la rotante espacionave *Rama* empezaba a decaer de manera considerable, así como por la probable carencia de pilotos avezados, había un límite superior impuesto a la altitud hasta la cual se permitía volar a los helicópteros apresuradamente fabricados.

"Eso significa", deducía Richard mientras subía al todoterreno, que los humanos tienen que desplazar todo su equipo y personal, o bien a través de este muelle, o bien por medio del foso y túnel que hay por debajo del segundo hábitat."

Un biot García conducía su todocamino. Adelante y detrás de ellos había otros dos todocamino, ambos con seres humanos armados. Avanzaban velozmente a través de la oscuridad de la Llanura Central. Richard iba sentado en el asiento delantero, al lado del conductor; Archie, Ellie y Nikki en la parte de atrás. Richard se había dado vuelta en su asiento y le estaba recordando a Archie las cinco clases de biots de Nuevo Edén, cuando el García lo interrumpió:

—El prisionero Wakefield debe mirar hacia adelante y permanecer en silencio —dijo el biot.

—¿No es eso un tanto ridículo? —preguntó Richard con jovialidad.

El García separó del volante el brazo derecho y con el dorso de la mano le pegó con fuerza en la cara.

—Mirar hacia adelante y permanecer en silencio —repitió mientras Richard reculaba por la fuerza de la bofetada.

Nikki empezó a llorar después de la súbita exhibición de violencia. Ellie trató tanto de hacer que callara como de confortarla.

—No me gusta el conductor, mami —declaró la niñita—. Realmente, no.

Era de noche dentro de Nuevo Edén, después que se los hizo pasar por el punto de control, en el acceso al hábitat. A Archie y los tres humanos se los colocó en un coche eléctrico abierto, conducido por otro biot García. De inmediato, Richard advirtió que hacía casi tanto frío en Nuevo Edén como lo había hecho en *Rama*. El coche andaba a los saltos por el camino, que estaba en un extremo mal estado de mantenimiento, y dobló hacia el norte en lo que otrora había sido la estación de tren hacia el pueblo de Positano. Quince o veinte personas estaban acurrucadas las unas contra las otras alrededor de fogatas, encendidas sobre las zonas de hormigón armado que rodeaban la antigua estación, y otras tres o cuatro, echadas, dormían debajo de cajas de cartón y ropa vieja.

—¿Qué está haciendo esa gente, mami? —preguntó Nikki. Ellie no respondió, porque el García se dio vuelta con rapidez mostrando una mirada hostil.

Las luces de neón de Vegas ya se podían ver delante de ellos, cuando el coche tomó una cerrada curva hacia la izquierda, en un camino residencial de una sección arbolada de lo que una vez había sido el bosque de Sherwood. El vehículo se detuvo con brusquedad delante de una casa grande, de construcción irregular, con aspecto de casco de estancia. Dos hombres orientales, armados con pistolas, así como dagas, se acercaron al coche. Les hicieron gestos a los pasajeros para que salieran del coche y, después, despidieron al biot.

—Vengan con nosotros —indicó uno de los hombres.

Archie y sus compañeros humanos entraron en la casa, y se los llevó, por un largo tramo de escalones, hasta un sótano sin ventanas.

—Hay agua y comida en la mesa —dijo el segundo hombre. Se giró y empezó a subir la escalera.

—Un minuto, por favor —dijo Richard—. Nuestras mochilas... necesitamos tener nuestras mochilas.

* ¿Nuevo Edén?

—Serán devueltas —dijo el hombre con impaciencia— no bien se haya revisado cuidadosamente todo lo que contienen.

—¿Y cuándo vemos a Nakamura? —inquirió Richard.

El hombre se encogió de hombros. Su cara era inexpresiva. Subió la escalera con rapidez.

3

Los días pasaban con mucha lentitud. Richard, Ellie y Nikki estuvieron sin una referencia de tiempo al principio, pero pronto se enteraron de que las octoarañas tienen un reloj interno maravillosamente preciso, que se calibra y mejora durante su educación cuando son individuos jóvenes. Después de que convirtieron a Archie al uso de mediciones del tiempo según las unidades humanas (Richard recurrió a su manida cita "Donde estuvieres...", para convencerlo de que abandonara, temporariamente al menos, sus terts, wodens, fengs y nillets), descubrieron, mediante rápidas miradas subrepticias al reloj digital del guardia, cuando éste les traía comida o agua, que la precisión de la sincronización interna de Archie era superior a diez segundos cada veinticuatro horas.

Nikki se divertía preguntándole constantemente la hora a Archie. Como resultado, después de repetidas observaciones, Richard, y hasta Nikki, aprendieron cómo leer los colores de Archie para expresar referencias de tiempo y números pequeños. De hecho, a medida que pasaban los días, la conversación regular en el sótano mejoraba notablemente la comprensión general que Richard tenía del idioma de las octoarañas. Aunque su capacidad para entender las bandas de colores todavía no era tan desarrollada como la de Ellie, después de una semana pudo conversar cómodamente con Archie sin necesitarla como intérprete.

Los seres humanos dormían en *futon*[1] tendidos en el suelo. Archie se acurrucaba detrás de ellos durante las pocas horas que dormía cada noche. Uno de los dos hombres orientales, o los dos, les reabastecían los víveres una vez por día. Richard nunca dejaba de recordarles a los guardias que todavía estaban esperando las mochilas y la audiencia con Nakamura.

Al cabo de ocho días, los baños diarios con esponja, en la palangana que estaba contigua al inodoro del sótano, ya no fueron satisfactorios: Richard preguntó si podrían tener acceso a una ducha y un poco de jabón. Varias horas después, por la escalera se transportó una tina grande de lavandería. Cada uno de los seres humanos se bañó, aunque Nikki, al principio, estuvo sorpresivamente renuente a mostrarse desnuda delante de Archie. Después de bañarse, Richard y Ellie se sintieron lo suficientemente bien como para arreglárselas para compartir algo de optimismo.

—No hay manera en que pueda mantener nuestra existencia en secreto para siempre —dijo Richard—. Demasiados soldados nos vieron... y les sería imposible no decir algo, no importa lo que Nakamura ordenase.

—Estoy segura de que van a venir a buscarnos pronto —añadió Ellie con vivacidad.

Hacia el final de su segunda semana de encierro, empero, su temporario optimismo se había desvanecido. Richard y Ellie estaban empezando a perder la esperanza. No ayudaba que Nikki se hubiera convertido en una completa malcriada, que proclamaba con regularidad que estaba aburrida y se quejaba por no tener qué hacer. Archie empezó a narrarle cuentos para mantenerla ocupada; sus "leyendas" (había tenido una larga discusión con Ellie sobre el exacto significado de la palabra, antes de que finalmente aceptara el vocablo) octoarácnidas deleitaban a la niñita.

Ayudaba que las traducciones de Ellie retumbaran con las frases resonantes que la niña ya relacionaba con sus cuentos de hadas a la hora de acostarse. "Érase una vez, allá en los días de los Precursores...", empezaba Archie un relato, y Nikki lanzaba chillidos de expectación.

—¿Qué aspecto tenían los Precursores, Archie? —preguntó la pequeña después de uno de esos relatos.

—Las leyendas nunca lo dicen —repuso Archie—, así que supongo que en tu imaginación puedes crear cualquier imagen de ellos que te plazca.

—¿Ese cuento es verdad? —le preguntó en otra ocasión—. ¿Las octoarañas realmente no habrían dejado jamás su propio planeta, si primero los Precursores no las hubieran llevado al espacio?

—Así lo indican las leyendas —contestó Archie—. Dicen que casi todo lo que supimos hasta hace unos cincuenta mil años nos fue enseñado, originalmente, por los Precursores.

---

[1] Cobertor acolchado que se tiende en el suelo, o sobre un bastidor, y se usa como cama en Japón. Como en japonés no existe el plural, *futon* indica el singular y el plural. (N. del T.)

Una noche, después que Nikki se durmió, Richard y Ellie le preguntaron a Archie sobre el origen de las leyendas.

—Se han estado contando durante decenas de miles de nuestros años —dijo la octoaraña—. Los primeros registros documentados de nuestro género contienen muchos de los relatos que compartí con ustedes en estos últimos días... Existen varias opiniones diferentes sobre cuánto de realidad tienen las leyendas... Doctora Azul cree que, en lo básico, son exactas y que son, probablemente, obra de algún maestro de la narración, un alternativo, claro está, cuyo genio no fue reconocido en su propia época.

—Si hemos de hacer caso a las leyendas —explicó, en respuesta a otra de las preguntas de Richard—, hace muchos, muchos años, nosotras, las octoarañas, éramos seres sencillos, que nos desplazábamos por los mares y cuya evolución natural únicamente había producido inteligencia y conciencia mínimas. Fueron los Precursores los que descubrieron nuestro potencial, al hacer la identificación de nuestra estructura genética, y fueron ellos los que nos alteraron en el curso de muchas generaciones hasta transformarnos en lo que nos habíamos convertido cuando sucedió la Gran Calamidad.

—¿Exactamente qué les pasó a los Precursores? —preguntó Ellie.

—Hay muchos relatos, algunos de ellos contradictorios. La mayoría, o la totalidad, de los Precursores que vivían en el planeta primigenio que compartíamos con ellos, probablemente fue muerta en la Gran Calamidad. Algunas de las leyendas sugieren que sus remotos puestos colonizadores de avanzada alrededor de las estrellas próximas sobrevivieron durante varios centenares de años, pero, al final, también sucumbieron. Una de las leyendas dice que los Precursores siguieron prosperando en otros sistemas estelares, más favorables, y se convirtieron en la forma dominante de inteligencia en la galaxia. No lo sabemos. Todo lo que se conoce con seguridad es que la parte de tierra emergida de nuestro planeta primigenio quedó inhabitable durante muchos, muchos años, y que, cuando la civilización octoarácnida se aventuró a salir otra vez fuera del agua, ninguno de los Precursores estaba vivo.

El grupo de cuatro desarrolló en el sótano su propio ritmo diurno, a medida que los días se estiraban hasta convertirse en semanas: todas las mañanas, antes que Nikki y Ellie despertaran, Archie y Richard hablaban sobre una amplia gama de temas de interés mutuo. Para esos momentos, la lectura de labios que hacía Archie era casi impecable, y la comprensión que Richard tenía de los colores octoarácnidos era tan buena que sólo en raras ocasiones se le pedía a la octoaraña que repitiera lo que había dicho.

Muchas de las conversaciones versaban sobre ciencia. Archie estaba particularmente fascinado por la historia de la ciencia en la especie humana. Quería saber qué descubrimientos se hicieron y cuándo, qué impulsó las investigaciones o experimentos clave, y a qué modelos inexactos o antagónicos que explicaban los fenómenos se descartó como consecuencia de cada nueva adquisición de conocimientos.

—Así que, en tu especie, realmente fue la guerra lo que aceleró el desarrollo de la aeronáutica y la física nuclear —comentó Archie una mañana—. ¡Qué concepto asombroso...! No te imaginas —añadió unos segundos después— cómo me sacude experimentar, aun en forma indirecta, el proceso progresivo de aprendizaje de la naturaleza que siguieron ustedes... Nuestra historia es del todo diferente: en el comienzo, nuestra especie era completamente ignorante. Poco tiempo después, se creó una nueva clase de octoaraña, una clase que no sólo podía pensar sino también observar el mundo y entender lo que estaba viendo. Nuestros mentores y creadores, los Precursores, ya tenían explicaciones para todo. Nuestra tarea, como especie, era bastante simple: aprendimos lo que pudimos de nuestros maestros. Naturalmente, no teníamos el menor concepto del principio de ensayo y error sobre el que se basa la ciencia. Tampoco teníamos la más mínima idea de cómo evoluciona cualquier componente de una cultura. La brillante manipulación genética de los Precursores nos permitió saltar centenares de millones de años de evolución.

"De más está decir que estábamos lamentablemente faltos de preparación para hacemos cargo de nosotros mismos después que ocurrió la Gran Calamidad. Según las más históricas de nuestras leyendas, nuestra actividad intelectual primordial, durante los varios centenares de años posteriores, consistió en acumular y entender tanto de la información de los Precursores como nos fue dable hallar o recordar, o ambas cosas. Mientras tanto, sin nuestros benefactores cerca para que brindaran pautas éticas, nuestro progreso sociológico fue negativo. Entramos en un período largo, muy largo, en el que estaba en cuestión si las nuevas e inteligentes octoarañas creadas por los Precursores en verdad sobrevivirían...

Richard estaba abrumado por la noción de lo que él denominaba especie tecnológica derivada".

—Nunca imaginé —le dijo una mañana a Archie, con la excitación usual en él cuando hacía un descubrimiento— que podría existir una especie que viajara por el espacio y que *nunca* hubiera resuelto, por sí misma, las leyes de la gravitación, y que *nunca* hubiera inferido, en una larga secuencia de experimentos, los aspectos esenciales de la física, tales como las características del espectro electromagnético. Es un pensamiento que aturde... Pero ahora que entiendo lo que me estás diciendo, parece bastante natural: si la especie A, constituida por seres evolucionados que viajan por el espacio, se encuentra con la especie B, inteligente pero situada más abajo en la escala evolutiva, resulta perfectamente lógico suponer que, después del contacto, la especie B iba a pasar de largo los peldaños que estaban entre...

—Nuestro caso, claro está —explicó Archie esa misma mañana—, fue aún más insólito. El paradigma que estás describiendo es bastante natural en verdad, y ocurrió, tanto según nuestra historia como según las leyendas, harto frecuentemente. La mayoría de las especies que hacen viajes por el espacio es resultado de las interferencias, para usar tu vocablo, antes que de la evolución natural. Tomemos los avianos y los sésiles, por ejemplo: su simbiosis, que se desarrolló sin interferencias externas, ya había existido durante miles de años en un sistema estelar no muy distante de nuestro planeta natal, cuando fueron visitados, por primera vez, por una misión exploratoria de los Precursores. Casi con seguridad, los avianos y los sésiles nunca habrían desarrollado por sí mismos la capacidad de desplazarse por el espacio. Sin embargo, después de encontrarse con los Precursores y de ver una espacionave por primera vez, pidieron, y recibieron, la tecnología necesaria para alcanzar el vuelo espacial...

"Nuestra situación es genéricamente diferente, y definitivamente mucho más inferencial. Si nuestras leyendas son ciertas, los Precursores ya viajaban por el espacio cuando nosotras, las octoarañas, todavía éramos por completo carentes de comprensión; en esa época ni siquiera teníamos la capacidad de concebir la idea de un planeta, y mucho menos la del espacio que lo rodeaba. Nuestro destino fue decidido por los evolucionados seres con los que compartíamos nuestro mundo. Los Precursores reconocieron el potencial que había en nuestra estructura genética: usando sus facultades para la ingeniería biológica nos mejoraron, nos dieron una mente, compartieron su información con nosotros, y crearon una cultura avanzada allí donde probablemente no habría existido ninguna...

Un vínculo profundo se formó entre Richard y Archie como resultado de sus conversaciones regulares durante la mañana temprano. Sin ser molestados por distracción alguna, los dos pudieron compartir su amor fundamental por el conocimiento. Cada uno amplió la comprensión del otro enriqueciendo su mutuo aprecio por las maravillas del universo.

Nikki casi siempre despertaba antes que Ellie. Poco después que la niña hubiera terminado su desayuno, el grupo ingresaba en el segundo segmento de su programa diario de actividades. Aunque Nikki ocasionalmente jugaba a algo con Archie, pasaba la mayor parte de lo que se podría llamar su "mañana" tomando clases informales: tenía tres maestros. Leía un poco, hacía sumas y restas elementales, hablaba con su abuelo sobre ciencia y la naturaleza, y tomaba lecciones con Archie sobre moral y ética. También aprendió el alfabeto octoarácnido y unas pocas frases simples; era muy rápida con el idioma de colores, hecho que los demás atribuían, tanto a sus genes alterados como a su inteligencia natural.

—Nuestros jóvenes pasan una importante cantidad de su tiempo de educación discutiendo e interpretando estudios de miembros individuales, o de grupos, que plantean problemas morales —les informó Archie a Richard y Ellie una mañana, durante una discusión sobre educación. Como ejemplos se eligen situaciones de la vida diaria, si bien los hechos reales se pueden alterar levemente para agudizar las cuestiones, y a las jóvenes octoarañas se les pide que evalúen cómo son de aceptables las diversas reacciones posibles. Los educandos hacen esto en discusión abierta.

—¿Esto es para exponer a los jóvenes, a edad temprana, al concepto de Optimización? —preguntó Richard.

—En realidad, no. Lo que tratamos de hacer es prepararlos para la verdadera tarea de vivir, que entraña la interacción regular con los demás, con muchas opciones de comportamiento. A cada joven se lo alienta con entusiasmo para que utilice esos ejemplos sociales en el desarrollo de su propio sistema de valores. Nuestra especie cree que el conocimiento no existe en el vacío: sólo cuando el conocimiento es parte integrante de una manera de vivir adquiere verdadera importancia...

Los ejemplos sociales de estudio que Archie le planteaba a Nikki eran problemas sencillos, pero elegantes, sobre ética. Los temas básicos de la mentira, la equidad, el prejuicio y el egoísmo se cubrieron en las ocho primeras lecciones. Las reacciones de la niña ante las situaciones a menudo recurrían a ejemplos de su propia vida.

—Galileo siempre dice o hace lo que él crea que le va a permitir salirse con la suya —comentó Nikki en el transcurso de una de las lecciones; con lo que demostró que había entendido el principio

fundamental que planteaba el ejemplo en cuestión—. Para él, lo que él quiere es más importante que cualquier otra cosa... Kepler es diferente. Nunca me hace llorar...

Nikki hacía la siesta a la tarde. Mientras ella dormía, Richard, Ellie y Archie frecuentemente intercambiaban comentarios y percepciones que destacaban las similitudes y diferencias entre las dos especies.

—Si entendí correctamente —dijo Ellie un día, después de una vivificante conversación sobre cómo los seres inteligentes y sensibles debían tratar a los miembros de su comunidad que exhibieran un comportamiento antisocial—, la sociedad de ustedes es mucho menos tolerante que la nuestra... Resulta claro que existe una "forma preferida de vida" que fomentan las comunidades. Aquellas octoarañas que no adoptan ese modelo preferido no sólo son sometidas a un ostracismo temprano sino que, también, se les niega la participación en muchas de las actividades más gratificantes de la vida, y se las "extermina" después de un período de vida más breve que el normal...

—En nuestra sociedad —explicó Archie— lo que es aceptable siempre es claro, no hay confusiones como en la sociedad de ustedes. De esa manera, *nuestros* miembros toman sus decisiones con cabal conocimiento de las consecuencias... A propósito, el Dominio Alternativo *no* es como una de las prisiones de ustedes: es un lugar en el que las Octoarañas, y otras especies también, pueden vivir sin la regimentación y optimización necesarias para el desarrollo y la supervivencia continuos de la colonia. Algunos de los alternativos viven hasta llegar a ser muy viejos, y son bastante felices...

"La sociedad de ustedes, por lo menos por lo que observé de ella, no parece entender la inconsecuencia fundamental que existe entre libertad individual y bienestar común. Ambos deben equilibrarse cuidadosamente. Ningún grupo puede sobrevivir, y menos aún prosperar, a menos que lo que sea bueno para la comunidad como un todo sea más importante que la libertad individual... Tomemos, por ejemplo, la asignación de recursos: ¿cómo le es posible a alguien que tenga algo de inteligencia justificar, en función de la comunidad entera, la acumulación y el acaparamiento de ingentes cantidades de posesiones materiales por parte de unos pocos miembros, cuando otros ni siquiera tienen comida, ropa y otros elementos esenciales...?

En el sótano, Archie no era la octoaraña reservada o evasiva, o ambas cosas, que a veces había sido en la Ciudad Esmeralda. Hablaba abiertamente sobre todos los aspectos de su civilización, como si la misión en común que estaba efectuando con sus colegas humanos lo hubiera liberado, de alguna manera, de todas sus represiones. ¿Conscientemente Archie estaba enviando un mensaje a los demás seres humanos que, casi con toda seguridad, estaban vigilando la conversación? Quizá. Pero, ¿cuánto de la conversación podían haber entendido los hombres de Nakamura, ya que nada sabían del idioma de colores? No, era más probable que Archie, mejor que cualquiera de los seres humanos, se diera cuenta de que su muerte era inminente y quisiera que sus últimos días fueran tan significativos y estimulantes como le fuese posible.

Una noche, antes de que Richard y Ellie se fueran a dormir, Archie dijo que tenía que comunicarles algo "personal".

—No quiero alarmarlos —comenzó—, pero he consumido casi toda la reserva de barrican que hay en mi amortiguador de ingesta: si permanecemos aquí mucho más tiempo y se agota mi barrican, yo, como ustedes ya saben, voy a empezar a experimentar la madurez sexual. Según nuestros archivos, en ese momento me voy a volver más agresivo y posesivo. Espero no hacer...

—No te preocupes por eso —dijo Richard, lanzando una carcajada—. Ya tuve que vérmelas con adolescentes antes. Seguramente podré manejar una octoaraña que ya no tiene un temperamento perfecto.

Una mañana, el guardia que les traía la comida y el agua le dijo a Ellie que ella y la niña se prepararen para irse.

—¿Cuándo? —preguntó Ellie.

—Diez minutos —contestó el guardia.

—¿Adónde vamos? —averiguó Ellie.

El guardia no dijo más y desapareció en lo alto de la escalera.

Mientras Ellie hacía lo mejor que podía para refrescarse a sí misma y a Nikki (sólo habían traído consigo tres mudas de ropa y habían tenido dificultades para lavarlas), repasó con Richard y Archie lo que habría de decir si tuviera que encontrarse con Nakamura o con cualquiera de los demás dirigentes de la colonia.

—No te olvides —hizo hincapié su padre, en un rápido susurro en uno de los rincones de la habitación— de que aunque esté muy bien decir que las octoarañas son una especie amante de la paz, no podremos detener una guerra a menos de que convenzamos a Nakamura de que no le es

posible vencer en un conflicto armado. Hay que dejar bien en claro que la tecnología de las octoarañas progresó mucho más allá que la nuestra.

—Pero, ¿qué pasa si piden detalles específicos?

—No cabría esperar que conozcas detalles. Diles que yo puedo suministrárselos.

Ellie y Nikki fueron llevadas en coche eléctrico hasta el hospital de la colonia, en Ciudad Central. Se las hizo pasar velozmente, a través de la entrada de emergencia, a una oficina pequeña y estéril en la que había dos sillas, una litera o camilla que se usaba para exámenes, y una especie de complejo equipo electrónico. Ellie y Nikki se sentaron a solas durante diez minutos, antes que el doctor Robert Turner ingresara en la habitación.

Estaba muy envejecido.

—Hola, Nikki —la saludó, sonriendo y agachándose con los brazos extendidos—. Ven y dale un fuerte abrazo a papito.

La niña vaciló un instante y, después, cruzó corriendo la habitación hacia su padre. Robert la alzó y la hamacó en sus brazos. —¡Es tan bueno volver a verte, Nikki! —dijo.

Ellie se puso de pie y esperó. Al cabo de varios segundos, Robert volvió a poner a su hija en el suelo y miró a su esposa:

—¿Cómo estás, Ellie? —preguntó.

—Bien —contestó Ellie, sintiéndose súbitamente en una situación embarazosa—. ¿Cómo estás *tú*, Robert?

—Casi igual que antes.

Se encontraron en medio de la habitación y se abrazaron. Ellie trató de besarlo con ternura, pero sus labios apenas llegaron a rozarse antes que Robert se diera vuelta. Ellie pudo sentir la tensión en el cuerpo de él.

—¿Qué pasa, Robert? —preguntó suavemente—. ¿Qué tienes?

—Simplemente que estuve trabajando demasiado, como siempre —contestó él, y fue hasta el costado de la camilla de exámenes—. ¿Te sacarías la ropa y te tenderías aquí, Ellie, por favor? Quiero asegurarme de que estés completamente bien.

—¿Ahora, en este preciso momento? —preguntó Ellie sin dar crédito a sus oídos—. ¿Antes que hayamos hablado siquiera sobre lo que nos pasó durante los meses en que estuvimos separados?

—Lo siento, Ellie —contestó Robert, con vestigios de una sonrisa—. Estoy muy ocupado esta noche. El hospital está terriblemente necesitado de personal. Los convencí de que te soltaran prometiéndoles...

Ellie había rodeado la camilla y estaba parada muy cerca de su marido. Extendió la mano y tocó la de él.

—Robert —dijo con suavidad—, yo soy tu esposa. Te amo. No nos hemos visto durante más de un año. Estoy segura de que podrás robar un minuto...

Se habían formado lágrimas en los ojos de Robert.

—¿De qué se trata, Robert? Dime —Ellie experimentó un miedo súbito: "se casó con otra mujer", pensó, presa del pánico.

—¿Qué te pasó a *ti*, Ellie? —dijo de pronto él, alzando la voz—. ¿Cómo es posible que les hayas dicho a esos soldados que no fuiste secuestrada y que las octoarañas no eran hostiles...? Me convertiste en el hazmerreír de todos. Todos y cada uno de los ciudadanos de Nuevo Edén me oyó, en televisión, describiendo ese terrible momento en que fuiste secuestrada... Mis recuerdos son tan horriblemente claros...

Ellie había retrocedido al principio, cuando Robert empezó su arranque de cólera. Mientras estaba parada allí escuchando, sosteniéndole aún la mano, la angustia de él resultaba evidente.

—Hice esos comentarios, Robert, porque estaba, y estoy, tratando de hacer todo lo que pueda para detener un conflicto entre las octoarañas y nosotros... Lamento que mis observaciones te hayan infligido dolor.

—Las octoarañas te lavaron el cerebro, Ellie —continuó Robert con amargura—. Lo supe no bien los hombres de Nakamura me mostraron los informes. De algún modo te manipularon la mente, y ya no estás en contacto con la realidad.

Nikki había empezado a lloriquear cuando Robert levantó la voz por primera vez. No entendía a qué se debía el desacuerdo entre sus padres, pero se daba cuenta de que no todo andaba bien. Empezó a llorar y se aferró a la pierna de la madre.

—Todo está bien, Nikki —la tranquilizó Ellie—. Tu padre y yo sólo estamos hablando.

Cuando Ellie alzó la vista de nuevo, Robert había tomado de una gaveta un casquete transparente y lo sostenía en la mano.

—¿Así que me vas a hacer un electroencefalograma —dijo Ellie con nerviosidad—, para asegurarte de que no me convertí en una de ellas?

—Eso no tiene gracia, Ellie —contestó Robert—. Todos mis EEG han sido extrañísimos desde que regresé a Nuevo Edén. No puedo explicarlo ni puede hacerlo el neurólogo de mi equipo: dice que nunca vio cambios tan radicales en la actividad cerebral de una persona, salvo en el caso de lesiones graves.

—Robert —adujo Ellie, volviendo a tomarle la mano—, cuando te fuiste, las octoarañas implantaron un bloqueo microbiológico en tu memoria. Para protegernos... Eso podría ser parte de la explicación de tus peculiares ondas cerebrales.

Robert la miró largo rato sin hablar,

—Te secuestraron —dijo por fin—. Manipularon mi cerebro... Quién sabe qué pueden haberle hecho a nuestra hija... ¿Cómo es posible que las defiendas?

Ellie se sometió al EEG y los resultados no mostraron irregularidad alguna ni diferencias de importancia con las pruebas cerebrales de rutina que se le habían hecho durante los primeros tiempos de la colonia. Robert parecía estar legítimamente aliviado. Entonces le dijo que Nakamura y el gobierno estaban dispuestos a perdonar todas las acusaciones contra ella y le permitirían volver a su casa con Nikki, bajo arresto domiciliario temporario, claro está, si les suministraba información sobre las octoarañas. Ellie pensó durante unos minutos y después accedió.

Robert sonrió y le dio un fuerte abrazo.

—Bien —dijo—. Empezarás mañana... Se lo diré de inmediato.

Durante el viaje a lomo de avestrusaurio, Richard le había advertido a Ellie que Nakamura podría intentar usarla de alguna manera, muy probablemente para justificar la continua prosecución de la guerra por parte de él. Ellie sabía que al acceder de modo ostensible a ayudar al gobierno de Nuevo Edén, se estaba comprometiendo en un curso de acción muy peligroso.

"Debo tener cuidado", se dijo, mientras se sumergía en una bañera de agua caliente, "de no decir algo que pueda lesionar a Richard o Archie, ya que eso concedería a las tropas de Nakamura una injusta ventaja en una posible guerra."

Al principio, Nikki no se mostró familiarizada con su antiguo dormitorio, pero, al cabo de una hora, o algo así, de jugar con algunos de sus juguetes, pareció estar bastante complacida. Entró en el baño y se paró al lado de la bañera:

—¿Cuándo va a volver papito a casa? —preguntó.

—Va a venir tarde, corazón —contestó Ellie—, después que te hayas ido a dormir.

—Me gusta mi cuarto, mami. Es mucho mejor que ese viejo sótano.

—Me alegro —repuso Ellie. La niñita sonrió y salió del baño. Ellie hizo una profunda inspiración. "No habría tenido el menor sentido", analizó racionalmente, "que me hubiera rehusado y que se nos hubiera devuelto al confinamiento."

4

Katie no había terminado de aplicarse sus cosméticos, cuando oyó el sonido del timbre eléctrico. Le dio una chupada al cigarrillo que ardía en el cenicero al lado de ella y apretó el botón "Hablar".

—¿Quién es? —dijo.

—Soy yo —fue la respuesta.

—¿Qué estás haciendo aquí en mitad del día?

—Tengo noticias importantes —contestó el capitán Franz Bauer—. Aprieta el botón para que pueda subir.

Katie inhaló profundamente del cigarrillo y lo aplastó contra el cenicero. Se paró y miró en el espejo de cuerpo entero. Se acomodó levemente el cabello, justo antes que se oyera golpear en la puerta.

—Mejor que esto sea importante, Franz —manifestó, dejándolo entrar en la habitación—, o te hago mierda. Ya sabes que dentro de unos minutos tengo una reunión disciplinaria con dos de las chicas y odio llegar tarde.

Franz sonrió de oreja a oreja.

—¿Otra vez las pescaste quedándose con un vuelto...? ¡Por Dios, Katie, odiaría que fueras mi patrón!

Ella lo miró con impaciencia:

—¿Y bien? —dijo—. ¿Qué es lo que era demasiado importante para decir por teléfono?

Franz había empezado a caminar por la sala de estar. La habitación, decorada con buen gusto, tenía un sofá en blanco y negro y un confidente, dos sillas haciendo juego y varios *objets d'art* tanto en las mesitas auxiliares como en la de café.

—No hay posibilidad alguna de que tu departamento esté intervenido con micrófonos, ¿no?

—Dímelo tú, señor capitán de policía —contestó Katie—. De veras, Franz —añadió, mirando su reloj de pulsera—, no tengo...

—Hay un informe confiable —la interrumpió Franz— de que tu padre está en Nuevo Edén en este preciso instante.

—¡Quée! ¿Cómo es posible? —Estaba atónita. Se sentó en el canapé y extendió la mano para tomar otro cigarrillo de la mesita de café.

—Uno de mis tenientes es amigo íntimo de uno de los guardias de tu padre. Le dijo que a Richard y uno de esos seres octoaraña se los retiene en el sótano de una residencia privada que no está muy lejos de aquí.

Katie cruzó la habitación y levantó el microteléfono:

—Darla —ordenó—, notifica a Lauren y Atsuko que se suspende la reunión de hoy... Surgió algo... Reorganízala para las dos de la tarde de mañana... Oh, tienes razón, lo olvidé... Maldición... Muy bien, haz que sea para las once de la mañana... No, once y *media*: no quiero levantarme ni un momento antes de lo necesario.

Regresó al canapé y levantó el cigarrillo. Le dio una enorme chupada y exhaló anillos de humo hacia el aire, sobre su cabeza.

—Quiero saber todo lo que hayas oído sobre mi padre.

Franz le informó que, según sus fuentes, hacía unos dos meses su padre, su hermana Ellie, su sobrina y una octoaraña habían aparecido de repente, llevando una bandera blanca, en el vivac instalado en la margen austral del Mar Cilíndrico. Parecían sumamente tranquilos y hasta bromearon con los soldados, dijo Franz. El padre y la hermana de Katie dijeron a las tropas que se habían adelantado, con un representante de las octoarañas, para ver si, mediante negociaciones, se podía evitar un conflicto armado entre las dos especies. Nakamura había ordenado que todo el asunto se mantuviera en secreto, y los había llevado...

Katie estaba midiendo la habitación a zancadas.

—Mi padre no sólo está vivo —dijo con excitación—, también está *aquí*, en Nuevo Edén... ¿Alguna vez te dije, Franz, que mi padre es, sin el menor asomo de duda, el ser humano más inteligente que haya vivido jamás?

—Lo dijiste cerca de una docena de veces —asintió Franz. Rió. —No puedo imaginar que exista alguien más inteligente que tú.

Katie agitó la mano.

—Me hace parecer como una idiota sin remedio... Siempre fue tan adorable... Yo podía hacer *cualquier* cosa, y siempre salía impune. Dejó de caminar de un lado para otro e inhaló de su cigarrillo. Los ojos le centelleaban cuando exhaló el humo.

—Franz —continuó—, *tengo* que verlo... Me es absolutamente imperioso verlo.

—Eso es imposible, Katie. Se supone que nadie sabe que está aquí. Podrían despedirme, o algo peor, si alguien se enterara de que te lo dije. ..

—Te lo estoy suplicando, Franz —insistió Katie, cruzando la habitación y sujetándolo por los hombros—. Sabes cómo odio pedir favores... pero esto es muy importante para mí.

Franz estaba encantado de que, por una vez, Katie estuviera pidiéndole algo a *él*. No obstante, le dijo la verdad.

—Katie, sigues sin entender: a toda hora hay una guardia armada en tomo de la casa. Todo el sótano está intervenido con monitores de sonido e imagen. Sencillamente no hay manera.

—*Siempre* hay una manera —enfatizó Katie—, si algo tiene la suficiente importancia. —Se metió la mano dentro de la camisa y empezó a retorcerse suavemente el pezón derecho.

"Tú sí me amas, ¿no, Franz? —Lo besó, un beso con la boca completamente abierta y la lengua entrando y saliendo velozmente, atormentando la de él. Katie se separó un poco, sin dejar de jugar con el pezón.

—Claro que te amo, Katie —dijo él, muy excitado ya, ... pero no estoy loco.

Katie fue rápidamente hacia su dormitorio y volvió menos de un minuto después, con dos fajos de billetes.

—Voy a ver a mi padre, Franz —afirmó, tirando el dinero sobre la mesita de café—, y tú vas a ayudarme... Puedes sobornar a quien quieras con este dinero.

Franz estaba impresionado: la cantidad de dinero era más que suficiente.

—¿Y tú qué vas a hacer por mí? —preguntó él, casi en broma.

—¿Qué voy a hacer por *ti*? —repitió Katie—. ¿Qué voy a hacer por ti? —Lo tomó de la mano y lo condujo hacia el dormitorio. —Ahora, capitán Bauer —dijo, acentuando las palabras—, quítese toda la ropa y tiéndase aquí, boca arriba. Verá lo que voy a hacer por usted.

El departamento tenía una sala de estar/de vestir adyacente al dormitorio. Katie entró en la habitación más pequeña y cerró la puerta. Con una llave abrió una caja grande y ornamentada que había sobre el bar y sacó una de las jeringas llenas que había preparado más temprano. Se levantó el vestido y, con un pedazo de tubo negro flexible, se hizo un apretado torniquete alrededor de la parte superior del muslo. Esperó unos momentos, hasta que pudo identificar con claridad un vaso sanguíneo en la cantidad de contusiones que tenía en el muslo y, entonces, se inyectó la jeringa con destreza. Después de expulsar todo el fluido hacia su torrente sanguíneo, esperó unos segundos para que llegara el fantástico aluvión, y después se quitó el torniquete.

—¿Qué hago mientras espero?

—Rilke está en mi lectora electrónica, querido, tanto en alemán como en inglés. Sólo tardaré unos minutos más.

Katie estaba volando. Empezó a tararear la tonada de un tema para bailar, mientras arrojaba la jeringa a un lado y devolvía el torniquete a la caja. Se quitó toda la ropa, deteniéndose dos veces para admirar su cuerpo en el espejo, y la apiló sobre la banqueta del tocador. Después abrió una gaveta grande de ese mueble y sacó una venda para los ojos.

Entró en el dormitorio como si marchara en un desfile militar. Los ojos de Franz se regodearon admirando el elástico cuerpo.

—Mira con suma atención —advirtió Katie—, porque esto es todo lo que vas a ver la tarde de hoy.

Como por casualidad, dejó caer su cuerpo desnudo sobre el de Franz, y besó al hombre en forma intermitente, mientras le ponía la venda. Se aseguró de que estuviera ceñida y, después, bajó de la cama dando un salto.

—¿Qué viene ahora? —preguntó Franz.

—Simplemente tendrás que esperar y ver —le contestó con tono provocativo, mientras revolvía en una gran gaveta que había en la parte inferior de la cómoda: la gaveta contenía una variedad de dispositivos para juegos sexuales, entre los que figuraban complementos electrónicos de toda clase, lociones, sogas y otros equipos para jugar a la esclavitud, máscaras y diversos modelos de genitales. Katie eligió una botellita de loción, una ampolla de polvo blanco y unas bolillas ensartadas en una cuerda delgada.

Sin dejar de tararear y de reírse para sí, se reunió con Franz en la cama y empezó a recorrerle el pecho con los dedos. Lo besó provocativamente, con su cuerpo apretado contra el de él, y acto seguido se sentó. Después de verterse la loción en las manos, y de frotarlas con vigor entre sí, abrió mucho las piernas, se arrastró sobre el vientre de Franz, dándole la espalda a la cara de él, y empezó a aplicarle la loción en las partes más sensibles.

—Ummm —murmuró Franz, cuando la tibia loción empezó a ejercer efecto—. Eso es maravilloso.

Katie le espolvoreó los genitales con el polvo blanco y, después, lo montó muy lentamente. Franz estaba en estado de éxtasis. Durante unos minutos, Katie se meció hacia atrás y hacia adelante con fácil ritmo. Cuando pudo percibir que Franz se estaba aproximando al clímax, cesó su movimiento en forma temporaria y metió las manos por debajo de él para introducirle las bolillas. Se meció dos o tres veces más, y después volvió a detenerse.

—¡No te detengas ahora! —gritó Max.

—Repite después de mí —dijo Katie con una risita infantil, moviéndose lentamente hacia atrás y hacia adelante una vez más—: Prometo...

—Cualquier cosa —aulló Franz—, pero no te detengas ahora, por piedad.

—Prometo —continuó Katie— que Katie Wakefield verá a su padre en algún momento de los próximos días.

Franz repitió la promesa y Katie lo recompensó. Cuando extrajo la cuerda, inmediatamente después que él alcanzara el clímax, Franz chilló a voz en cuello, como un animal en el bosque.

A Ellie no le gustaban sus dos interrogadores: ambos eran personas secas, carentes de humor, que la trataban con absoluto desdén.

—Esto no va a funcionar, señores —dijo con tono de exasperación en un momento dado, durante el primer día de indagación—, si insisten en hacer las mismas preguntas una y otra vez... Entendí que se me pedía que suministrara información sobre las octoarañas... Hasta el momento, todas las preguntas, que ustedes ahora están repitiendo, fueron sobre mi madre y mi padre.

—Señora Turner —dijo el primer hombre—, el gobierno está tratando de reunir toda la información posible sobre este caso: tanto su madre como su padre han sido fugitivos durante mucho...

—Mire —lo interrumpió Ellie—, ya les dije que nada sé, en absoluto, sobre cómo, cuándo o, siquiera, por qué cualquiera de mis padres dejó Nuevo Edén. Y tampoco tengo conocimiento de si recibieron ayuda para escapar, del modo que fuere, de las octoarañas... Ahora, a menos que estén dispuestos a modificar el curso de la averiguación...

—No es usted, señora —dijo el segundo hombre, los ojos centelleantes—, quien decide cuáles son las preguntas adecuadas en este interrogatorio. Quizá no comprenda la gravedad de su situación: se la va a eximir del enjuiciamiento, por una acusación muy seria podría yo agregar, *únicamente* si coopera por completo con nosotros.

—¿Y exactamente cuál es la acusación que se me hace? —preguntó Ellie—. Tengo curiosidad: nunca antes fui una delincuente.

—Se la puede acusar de traición calificada —señaló el primer hombre—, ayudar y encubrir deliberadamente al enemigo en el transcurso de un período de hostilidades explícitas.

—¡Eso es absurdo! —replicó Ellie, asustada de todos modos—. No tengo la menor idea de qué está hablando usted.

—¿Niega que, durante el lapso que permaneció con los alienígenas, libremente les brindó información sobre Nuevo Edén, información que podría ser útil en un caso de guerra?

—Claro que lo hice —dijo Ellie, riendo con nerviosidad—. Les dije tanto como pude sobre nuestra colonia. Y ellos hicieron lo propio respecto de la suya. Las octoarañas compartían con nosotros toda la misma información.

Los dos hombres garrapatearon furiosamente en sus libretas. "¿Cómo se convirtieron en esto?", se preguntó Ellie. "¿Cómo puede un niño curioso, que se ríe, transformarse en un adulto tan repulsivo y hostil? ¿Es el ambiente, o es la herencia?"

—Vean, señores —dijo cuando se formuló la siguiente pregunta—, esto no está yendo bien para mí. Me gustaría que se declarase un receso y organizar mis pensamientos. A lo mejor hasta pueda escribir algunas notas antes de que se reanude la sesión... Había previsto un proceso del todo diferente, algo mucho más distendido...

Los dos hombres estuvieron de acuerdo en hacer una interrupción. Ellie fue por el pasillo hasta donde una niñera del gobierno permanecía con Nikki.

—Se puede ir ahora, señora Adams —dijo Ellie—. Nos tomamos un rato para almorzar.

Nikki pudo leer el gesto de preocupación en el rostro de Ellie.

—¿Esos hombres son malos contigo, mami? —preguntó.

Por fin, Ellie sonrió:

—Se podría decir que sí, Nikki —dijo—, ya lo creo que se podría decir que sí.

Richard completó el último de sus tramos de caminata alrededor del sótano y se dirigió hacia la palangana que estaba en la esquina de la habitación. Primero se detuvo junto a la mesa para tomar un rápido sorbo de agua. Archie permanecía inmóvil en el piso, detrás del colchón de Richard.

—Buen día —dijo éste, mientras se enjugaba el sudor con un pedazo de tela—. ¿Estás listo para desayunar algo?

—No tengo hambre —contestó en colores la octoaraña.

—*Tienes* que comer algo —aconsejó Richard con tono jovial—. Estoy de acuerdo contigo en que la comida es terrible, pero no puedes sobrevivir con nada más que agua.

Archie ni se movió ni dijo cosa alguna. Durante los últimos días, desde el momento mismo en que se le agotó la provisión de barrican que tenía en reserva, la octoaraña no era muy buena compañía. Richard no lograba entablar las estimulantes conversaciones que sostenían siempre, y estaba preocupado por la salud de la octoaraña. Puso cereales en un bol, los roció con agua y los llevó hasta donde estaba su amigo.

—Aquí tienes —dijo con suavidad—. Trata de comer un poco.

Archie levantó dos tentáculos y tomó el bol. Cuando empezó a comer, de su hendedura salió un estallido de color anaranjado brillante que descendió hasta la mitad de uno de los otros tentáculos, antes de desvanecerse.

—¿Qué fue eso? —preguntó Richard.

—Una expresión de emotividad —respondió Archie, acompañando su respuesta por estallidos más irregulares de color.

Richard sonrió:

—Perfecto —dijo—, pero, ¿qué clase de emoción?

Después de una prolongada pausa, las bandas cromáticas se volvieron más uniformes:

—Supongo que ustedes la llamarían "depresión" —aclaró Archie.

—¿Eso es lo que ocurre cuando desaparece el barrican? —preguntó Richard.

Archie no contestó. Finalmente, Richard regresó a la mesa y se sirvió un gran bol de cereales. Después volvió y se sentó al lado de su amigo, en el suelo.

—Podrías muy bien hablar de ello —propuso con suavidad—. No tenemos otra cosa para hacer.

Por el movimiento en la lente de la octoaraña, Richard pudo darse cuenta de que su amigo lo estaba estudiando cuidadosamente. Richard tomó varias cucharadas de cereal, antes que Archie decidiera hablar.

—En nuestra sociedad —comenzó—, a los machos y hembras jóvenes que están experimentando la maduración sexual se los aleja de su vida cotidiana y se los pone en un ambiente sumamente adecuado, con miembros de la especie que ya pasaron por ese proceso. Se los alienta para que describan lo que estén sintiendo, y se los tranquiliza en cuanto a que las emociones nuevas y complejas que están experimentando son completamente normales. Ahora entiendo por qué es necesario un programa así de atención intensiva.

Archie hizo una pausa momentánea y Richard sonrió con compasión.

—Estos últimos días —continuó la octoaraña—, por primera vez desde que era una cría muy joven, mis emociones no aceptaron la dominación de mi mente. Durante la preparación como optimizadores aprendimos qué importante era, toda vez que se iba a tomar una decisión, hacer una selección cuidadosa entre todos los elementos de juicio asequibles y eliminar todos los prejuicios que pudiera haber como consecuencia de reacciones emocionales personales. Con la intensidad de las sensaciones que estoy teniendo en la actualidad, me sería por completo imposible relegar esas reacciones a un bajo nivel de prioridad.

Richard rió:

—Por favor, no me vayas a interpretar mal, Archie; no me estoy riendo *de* ti, pero acabas de describir, mediante una frase octoarácnida típica, lo que la mayoría de los seres humanos siente *todo* el tiempo. Muy pocos de nosotros *alguna* vez alcanzamos el control que querríamos de nuestras "reacciones emocionales personales"... Esta puede ser la primera vez en la que hayas podido entendernos verdaderamente, si captas lo que quiero decir.

—Es terrible —confesó Archie—. Estoy sintiendo, al mismo tiempo, una sensación de pérdida, extraño a Doctora Azul y a Jamie, y una poderosa ira contra Nakamura, por retenernos prisioneros... Temo que mi cólera me haga asumir alguna actitud que sea no óptima.

—Pero las emociones que estás describiendo normalmente no se relacionan, no en los humanos, al menos, con la sexualidad —dijo Richard—. ¿Acaso el barrican también actúa como una suerte de tranquilizante, reprimiendo todas las sensaciones?

Archie terminó su desayuno antes de contestar.

—Tú y yo somos seres muy diferentes y, tal como mencioné con anterioridad, resulta peligroso hacer la proyección de una especie en otra... Recuerdo nuestras discusiones iniciales sobre los seres humanos en la reunión de Optimizadores, inmediatamente después que ustedes vulneraron la integridad de su hábitat: en mitad de la reunión, la Optimizadora Principal hizo hincapié en que no debíamos mirar a la especie de ustedes en función de *nosotros*. Debemos observar cuidadosamente, dijo, obtener datos y correlacionarlos en forma coherente, sin teñirlos con nuestra propia experiencia...

"Supongo que todo esto representa la negación, en cierto sentido, de lo que estoy por decirte. Sea como fuere, es mi opinión personal, basada sobre mis observaciones de los seres humanos, que el deseo sexual es la fuerza impulsora que está detrás de *todas* las emociones fuertes de tu especie... Nosotras, las octoarañas, sufrimos una discontinuidad de etapas en el momento de la maduración sexual: pasamos de ser completamente asexuadas a sexuadas en un lapso muy breve. En los seres humanos, el proceso es mucho más lento, y más sutil. Las hormonas sexuales están presentes, en cantidades variables, desde época temprana de su desarrollo fetal. Sostengo, y le he dicho esto a la Optimizadora Principal, que es posible que *todas* las emociones incontrolables de ustedes puedan deberse a estas hormonas sexuales. Un ser humano *sin* sexualidad alguna podría ser capaz de tener la misma forma optimizada de pensamiento que una octoaraña.

—¡Qué idea interesante! —exclamó Richard con excitación, parándose y empezando a dar zancadas por la habitación—. ¿Así que estás sugiriendo que aun cosas tales como la renuencia del

niño a compartir un juguete, por ejemplo, de alguna manera se podría enlazar con nuestra sexualidad...?

—Quizá —contestó Archie—. A lo mejor, Galileo está practicando la posesividad de su sexualidad de adulto, cuando se rehúsa a compartir uno de sus juguetes con Kepler... En verdad, la devoción que el hijo humano siente por el padre del sexo opuesto es precursora de actitudes de los adultos...

Archie dejó de hablar, pues Richard le había dado la espalda y había aumentado el ritmo de sus pasos.

—Lo siento —dijo éste, regresando pocos instantes después y sentándose otra vez en el suelo, al lado de la octoaraña—. Acaba de ocurrírseme algo en este preciso momento, algo en lo que había pensado brevemente hoy por la mañana, más temprano, cuando estábamos hablando respecto de controlar nuestras emociones... ¿Recuerdas una conversación anterior, en la que descartaste el concepto de un Dios personal, considerándolo una "aberración evolutiva", necesaria para todas las especies en desarrollo como puente temporario durante la transición desde la primera fase de conciencia hasta la Era de la Información...? ¿Los cambios recientes que se produjeron en ti alteraron, en alguna forma, tu actitud respecto de Dios?

Una amplia ráfaga de bandas multicolores, que Richard reconoció como carcajadas, se derramó sobre la mayor parte de la sección superior del cuerpo de la octoaraña.

—Ustedes, los seres humanos —dijo Archie—, están completamente preocupados por esta noción de Dios. Aun aquellos que, como tú, Richard, afirman no ser creyentes, siguen invirtiendo una excesiva cantidad de tiempo pensando o discurriendo sobre ese asunto... Como ya te expliqué hace meses, nosotras, las octoarañas, valoramos la información por encima de todo, tal como nos fue enseñado por los Precursores... No se dispone de información verificable relativa a dios alguno, y en especial no la hay sobre un dios que intervenga de alguna forma en los asuntos cotidianos del universo...

—No entendiste mi pregunta con exactitud —interrumpió Richard—, o, quizá, no la formulé con suficiente precisión. Lo que deseo saber es si en tu nuevo estado, más emocional, puedes entender por qué otros seres inteligentes podrían querer crear un Dios personal, a modo de concepto que los conforte y que también les explique todo aquello que no pueden entender.

Archie volvió a reír con explosiones cromáticas.

—Eres muy astuto, Richard —puntualizó la octoaraña—. Quieres que confirme lo que *tú* piensas, o sea, que Dios también es un concepto emocional, nacido de un anhelo que no difiere mucho del deseo sexual: en consecuencia, también Dios proviene de las hormonas sexuales... No puedo ir tan lejos. No tengo suficiente información. Pero sí puedo decirte, basándome sobre el torbellino que hay dentro de *mí* en estos últimos días, que ahora comprendo esta palabra, "anhelo", que antes carecía de significado para mí...

Richard sonrió. Estaba complacido: sus intercambios de ideas habían sido así cotidianamente, antes que la provisión de barrican de Archie se hubiera agotado.

—Sería grandioso, ¿no? —dijo Richard de pronto—, si todavía pudiéramos hablar con todos nuestros amigos, allá en la Ciudad Esmeralda.

Archie sabía lo que Richard estaba sugiriendo: los dos habían tenido cuidado de no mencionar jamás los cuadroides o, siquiera, de suministrar algún indicio de que las octoarañas tenían un sistema para la obtención de informaciones. No querían alertar a Nakamura y sus guardias. Ahora, mientras Richard observaba en silencio, bandas de color se desplazaban en tomo de la cabeza de Archie. Aunque la octoaraña ya no estaba usando el lenguaje derivado desarrollado para la comunicación con los seres humanos, Richard pudo entender el meollo de la transmisión:

Después de saludar formalmente a la Optimizadora Principal y de pedir disculpas por la falta de éxito de su misión, Archie envió dos mensajes personales, uno breve para Jamie y uno más largo para Doctora Azul. Durante la trasmisión para su compañera de toda la vida, Doctora Azul, abigarradas explosiones de color descompusieron el patrón mesurado del mensaje de Archie. Richard, que en los dos meses juntos había llegado a conocer muy bien a su compañero de sótano, se sentía, al mismo tiempo, fascinado y conmovido por ese hermoso despliegue de emoción sin inhibiciones.

Cuando Archie hubo terminado, Richard se acercó y puso una mano sobre el lomo de la octoaraña.

—¿Te sientes mejor ahora? —preguntó.

—En algunos aspectos —contestó Archie—, pero, al mismo tiempo, también me siento peor: estoy más consciente ahora, que lo que lo estuve antes, de que puede ser que nunca vuelva a ver a Jamie y a Doctora Azul...

—A veces imagino lo que le diría a Nicole —interrumpió Richard—, si pudiera hablarle por teléfono. —Moduló las palabras muy correctamente, exagerando los movimientos de la boca: —Te extraño mucho, Nicole, y te amo con todo mi corazón.

Richard casi nunca soñaba. En consecuencia, no era factible que los sonidos externos se incorporaran a un ensueño que se estuviera desarrollando en ese momento. Cuando oyó lo que creía que eran pies que se arrastraban por arriba de él en mitad de la noche, despertó con rapidez.

Archie dormía. Richard miró en derredor, y advirtió que la luz de noche que había en el sector del inodoro estaba apagada. Alarmado, despertó a su compañero octoaraña.

—¿Qué pasa? —preguntó Archie con colores.

—Oí algo anormal en el piso de arriba —musitó Richard.

Le llegó el sonido de la puerta que daba a la escalera del sótano, que se abría lentamente. Richard oyó una pisada suave; después otra, en la parte superior de la escalera. Forzó los ojos, pero nada pudo ver en la semioscuridad.

—Son una mujer y un policía —dijo Archie, percibiendo con su lente la radiación infrarroja de los intrusos—. Por el momento se detuvieron en el tercer escalón.

"Van a matamos", pensó Richard. Un tremendo miedo lo invadió, y se acercó más a Archie. Oyó cómo se cerraba lentamente la puerta del sótano y, después, las pisadas que bajaban por la escalera.

—¿Dónde están ahora? —susurró.

—Al pie de la escalera —informó Archie—. Ya vienen... Creo que la mujer es...

—Papá. —Richard oyó una voz proveniente de su pasado. —¿Dónde estás, papá?

—¡Por mil demonios! ¡Es Katie! Por aquí, Katie —contestó Richard, en voz demasiado alta—. Por aquí —repitió, tratando de contener su agitación.

Un haz de linterna muy pequeño vagó por la pared que estaba detrás del colchón de Richard y, finalmente, se posó sobre su rostro barbado. Segundos después, Katie tropezaba con Archie y literalmente caía en los brazos de su padre.

Lo besó y lo abrazó con fuerza, con las lágrimas corriéndole por las mejillas. Richard estaba tan sobresaltado por todo el suceso que, al principio, no pudo responder a pregunta alguna de las que le hizo Katie.

—Sí... sí, estoy bien —dijo por fin—. No puedo creer que seas tú... Katie, oh, Katie... Oh, sí, esa masa gris que hay ahí, la que acabas de patear hace un instante, es mi amigo y compañero de prisión, Archie, la octoaraña...

Varios segundos después, Richard intercambió en la oscuridad un firme apretón de manos con un hombre, al que Katie presentó nada más que como "mi amigo".

—No tenemos mucho tiempo —expresó Katie, presurosa, después de varios minutos de conversación sobre la familia—. Pusimos en cortocircuito los sistemas eléctricos de toda esta zona residencial y se deberá repararlos antes que pase mucho tiempo más.

—¿Vamos a escapar, entonces? —preguntó Richard.

—No. Seguramente los capturarían y matarían... Tan sólo quise verte... Cuando oí el rumor de que se te retenía en alguna parte de Nuevo Edén... ¡Oh, papito, cómo te extrañé! Te quiero tanto, pero tanto...

Richard pasó los brazos por sobre los hombros de su hija y la abrazó mientras ella lloraba.

"Está tan delgada", pensó, "virtualmente es un fantasma."

—Yo también te quiero, Katie —declaró—. Aquí —dijo, separándose un poco de su hija—, dirige la luz hacia tu rostro... déjame ver esos bellos ojos.

—No, papito —se negó Katie, hundiéndose otra vez en el abrazo de Richard—. Estoy vieja y gastada... Quiero que me recuerdes como era. He llevado una dura...

—Es improbable que los mantengan aquí mucho tiempo más, señor Wakefield —interrumpió la voz masculina en la oscuridad—. Casi toda la gente de la colonia oyó el relato de la aparición de ustedes en el campamento de las tropas.

—¿Estás bien, papito? —preguntó Katie, después de un breve silencio—. ¿Te dan bien de comer?

—Estoy bien, Katie... pero no hemos hablado nada de ti. ¿Qué has estado haciendo? ¿Eres feliz?

—Tuve otro ascenso —replicó con rapidez—, y mi nuevo departamento es hermoso... deberías verlo... y tengo un amigo que me cuida...

—¡Estoy tan contento! —dijo Richard, mientras Franz le recordaba a Katie que debían irse—. Siempre fuiste la más inteligente de nuestros hijos... mereces algo de felicidad.

Katie súbitamente empezó a sollozar y hundió el rostro en el pecho de su padre.

—Papito, oh, papito —dijo entre lágrimas—, por favor, abrázame.

Richard pasó los brazos alrededor de su hija.

—¿Qué pasa, Katie? —murmuró.

—No quiero mentirte —confesó Katie—. Trabajo para Nakamura, manejando prostitutas. Y también soy adicta a los estupefacientes... una completa y total adicta a los estupefacientes.

Katie lloró largo rato. Richard la estrechaba contra sí y la palmeaba en la espalda.

—Pero te *quiero*, papito —dijo cuando finalmente levantó la cabeza—. Siempre te quise, y siempre te querré... Lamento terriblemente haberte decepcionado.

—Katie, tenemos que irnos ahora —intervino Franz con firmeza—. Si se restaura la corriente mientras nos encontramos todavía en la casa, estaremos hundidos en mierda hasta el cuello.

Katie besó apresuradamente a su padre en los labios, y una última vez, con afectuosidad, le acarició la barba con los dedos.

—Cuídate, papito —recomendó—... y no abandones la esperanza.

El haz de la linterna era un delgado dedo de luz que precedía a la pareja visitante, que cruzaba con rapidez la habitación hasta llegar al pie de la escalera.

—Adiós, papito —dijo Katie.

—Yo también te amo, Katie —dijo Richard, cuando oyó el sonido de los pies de su hija subiendo los escalones a la carrera.

5

La octoaraña que yacía en la mesa de operaciones estaba inconsciente. Nicole le alcanzó a Doctora Azul el pequeño recipiente plástico que la médica alienígena había pedido, y miró cómo se volcaban los diminutos seres en el fluido verdoso-negro que cubría la herida abierta: en menos de un minuto, el fluido desapareció y la colega octoaraña de Nicole suturó diestramente la incisión, empleando los cinco centímetros anteriores de tres de sus tentáculos.

—Este es el último por hoy —dijo Doctora Azul con colores—. Como siempre, Nicole, te agradecemos por tu ayuda.

Las dos salieron juntas del quirófano, para entrar en una sala adyacente. Nicole todavía no se había acostumbrado al proceso de limpieza. Hizo una profunda inhalación antes de quitarse la bata protectora y poner los brazos en un gran bol lleno con docenas de animales parecidos a lepismas. Luchó contra su aversión personal cuando los viscosos entes se le encaramaron por todas partes de brazos y manos.

—Sé que esta parte no es agradable para ti —señaló Doctora Azul—, pero verdaderamente no tenemos alternativa, ahora que la reserva de agua que está en la vanguardia fue contaminada por el bombardeo... Y no podemos correr el riesgo de que algo que haya ahí pueda ser tóxico para ti.

—¿Todo lo que está al norte del bosque fue destruido? —preguntó Nicole, mientras Doctora Azul terminaba de limpiarse.

—Casi todo —contestó la octoaraña—. Y parece que ahora los ingenieros humanos casi terminaron la modificación de los helicópteros. La Optimizadora Principal teme que puedan efectuar sus primeros vuelos sobre el bosque dentro de una semana, o de dos.

—¿Y no hubo respuesta para los mensajes que enviaron ustedes?

—Ninguna en absoluto... Sabemos que Nakamura los leyó... pero cerca de la planta abastecedora de energía capturaron y mataron al último mensajero... a pesar de que nuestra octoaraña llevaba una bandera blanca.

Nicole suspiró. Recordaba algo que Max había dicho la noche anterior, cuando ella expresó su perplejidad ante el hecho de que Nakamura estuviera desoyendo todos los mensajes:

—Y es natural que lo haga —gritó Max con enojo—. Ese hombre no entiende otra cosa más que la fuerza... Todo lo que esos estúpidos mensajes dicen es que las *octos* quieren la paz, y que se van a ver forzadas a defenderse si los seres humanos no desisten... Las amenazas que siguen después carecen de sentido. ¿Qué va a pensar Nakamura, cuando sus tropas y helicópteros se mueven por todas partes sin obstáculo, destruyendo todo lo que ven...? ¿La Optimizadora Principal no aprendió nada sobre los seres humanos? Las octoarañas tienen que trabarse en alguna especie de combate con el ejército de Nakamura...

—No es así como actúan —le contestó Nicole en esa oportunidad—. No se enzarzan en escaramuzas ni en guerras limitadas. Únicamente pelean cuando se ve amenazada su supervivencia... Los mensajes explicaron todo esto con mucho cuidado, y repetidamente instaron a Nakamura a hablar con Richard y Archie...

En el hospital, Doctora Azul estaba haciendo destellar colores para Nicole, que sacudió la cabeza y regresó al presente.

—¿Hoy vas a esperar a Benjy —preguntó la octoaraña—, o irás directamente al centro administrativo?

Nicole miró la hora en su reloj.

—Creo que iré ahora. Por lo normal, me toma unas horas digerir todos los datos suministrados por los cuadroides el día anterior... Están ocurriendo tantas cosas... Por favor, avísale a Benjy que les diga a los demás que voy a estar en casa para cenar.

Salió del hospital unos minutos después y se dirigió hacia el centro administrativo. Aun cuando era de día, las calles de la Ciudad Esmeralda estaban casi desiertas. Nicole se cruzó con tres octoarañas, todas las cuales avanzaban presurosas del otro lado de la calle, y un par de biots cangrejo, que parecían estar extrañamente fuera de lugar. Doctora Azul le había dicho que los biots

cangrejo estaban reclutados para encargarse de la recolección de los desperdicios de Ciudad Esmeralda.

"La ciudad cambió tanto desde el decreto", pensó Nicole. "La mayor parte de las *octos* de más edad ahora están en el Dominio de Guerra. Y nosotros nunca vimos un solo biot aquí hasta hace un mes, después de que a la mayoría de los seres de apoyo presuntamente se los mudó a otro sitio. Max cree que a muchos de ellos se los pudo haber exterminado debido a las escaseces. Max siempre piensa lo peor de las octoarañas."

A menudo, después del trabajo, Nicole acompañaba a Benjy hasta la parada del transporte. Su hijo también estaba ayudando al escaso personal del hospital. Como Benjy se había vuelto más consciente de lo que estaba ocurriendo en la Ciudad Esmeralda, a Nicole se le hacía cada vez más difícil ocultar la gravedad de la situación.

—¿Por qué ne-nues-tra gente pela-lea con las oc-to-a-ra-ñas? —preguntó Benjy la semana anterior—. Las *octos* no quieren ha-cer mal...

—Los colonos de Nuevo Edén no entienden a las octoarañas —fue la respuesta de Nicole—, y no permiten que Archie y tío Richard les den alguna explicación.

—En-tonces son más es-s-tú-pidos que yo —comentó Benjy con aspereza.

Doctora Azul, y todos los demás miembros del personal del hospital octoarácnido no reasignados por la guerra, se sentían muy impresionados con Benjy. Al principio, cuando se ofreció como voluntario para ayudar, las octoarañas tenían reservas sobre lo que podía hacer con su limitada capacidad. Una vez que se le explicaba una tarea sencilla, empero, Benjy jamás cometía un error. Con su cuerpo fuerte y juvenil era especialmente útil para el desempeño de trabajos pesados, un atributo valioso, ahora que tantos de los seres de mayor tamaño no estaban disponibles.

Mientras Nicole caminaba hacia el centro administrativo, con la cabeza llena de agradables pensamientos sobre Benjy, una imagen de Katie apareció bruscamente en su mente y se le yuxtapuso al lado del retrato sonriente de su hijo retardado. Con los ojos del pensamiento, Nicole miró rápidamente a una y a otra de las imágenes.

"Como padres", suspiró, "pasamos demasiado tiempo concentrándonos en el potencial del intelecto, y no lo suficiente en otras cualidades más positivas. Lo que importa más no es cuánto intelecto tiene un hijo sino, en cambio, qué decide hacer con él... Benjy se superó más allá de nuestras ilusiones más alocadas debido, primordialmente, a quién es en su interior... En cuanto a Katie, nunca, en mis peores pesadillas...

Interrumpió el hilo de sus pensamientos cuando ingresó en el edificio. Un guardia octoaraña la saludó levantando un tentáculo, y Nicole sonrió. Cuando llegó a su sala de observación de siempre, se sorprendió al encontrar a la Optimizadora Principal esperándola.

—Quise aprovechar esta oportunidad —dijo la octoaraña gobernante— para agradecerle la contribución que usted está brindando en este período difícil, así como asegurarle que todos, su familia y amigos aquí, en Ciudad Esmeralda, van a ser cuidados como si fueran miembros de nuestra especie, no importa lo que pase en las próximas semanas.

La Optimizadora Principal empezó a salir de la habitación.

—¿La situación se está deteriorando, entonces? —preguntó Nicole.

—Sí —contestó la octoaraña—. No bien los humanos empiecen a volar sobre el bosque, nos veremos forzados a tomar represalias.

Cuando la Optimizadora Principal se fue, Nicole se sentó ante su consola para revisar todos los datos provistos por los cuadroides el día anterior. No se le permitía el acceso a toda la información que llegaba desde Nuevo Edén, pero sí se le permitía llamar las imágenes de las actividades cotidianas de todos los miembros de su familia. Todos los días podía ver qué pasaba en el sótano con Richard y Archie, cómo Ellie y Nikki se adaptaban a estar en Nuevo Edén y qué estaba ocurriendo en el mundo de Katie.

A medida que pasaba el tiempo, Nicole miraba cada vez menos a Katie: simplemente le era muy doloroso. Observar a su nieta Nikki, en cambio, era puro deleite; en particular, disfrutaba mirándola en esas tardes en las que la niñita iba al parque de juegos de Beauvois a retozar con los demás chicos del pueblo. Aunque las imágenes eran mudas, Nicole casi podía oír los chillidos de gozo, cuando Nikki y los demás se caían unos sobre otros al perseguir una esquiva pelota de fútbol.

Nicole se preocupaba mucho por Ellie. A pesar de sus heroicos esfuerzos, ésta no tenía la menor fortuna en la recomposición de su matrimonio. Robert se mantenía retraído, según su estilo de excesiva dedicación al trabajo, utilizando las exigencias del hospital para evitarse enfrentar toda emoción, incluso las propias. Era un padre cumplidor, pero reprimido, con Nikki, sólo raramente demostraba sentir algo de verdadero deleite. No hacía el amor con Ellie y no habló de ello, salvo para decir que "no estaba listo", cuando ella, con lágrimas, trajo el tema a colación tres semanas después de que se hubieron reencontrado.

Durante las largas y solitarias sesiones de observación, Nicole se preguntaba a menudo si, como progenitor, era posible observar a un hijo en dificultades y no preguntar qué podría haber hecho ese progenitor que le hubiera facilitado la vida a ese hijo. "La paternidad es una aventura sin resultados garantizados", pensó con dolor mientras ojeaba con rapidez las imágenes de Ellie llorando silenciosamente en la noche. "Lo único que se sabe con certeza es que uno nunca se convencerá de que hizo lo suficiente."

Siempre reservaba a Richard para el final. Aunque nunca desestimó realmente la premonición de que no volvería a tocar a su amado esposo, no permitía que esa sensación la apartara del gozo diario que experimentaba compartiendo la vida de él en el sótano de Nuevo Edén. Disfrutaba, en especial, sus charlas con Archie, aun cuando a ella frecuentemente le resultaba difícil leerle los labios. Esas conversaciones le recordaban los primeros días, después que ella escapó de la prisión y de Nuevo Edén, cuando Richard y ella hablaban largo y tendido sobre todo, tema. Mirar a Richard siempre la dejaba sintiéndose con la moral alta, y mucho más capaz de lidiar con su propia soledad.

El encuentro entre Richard y Katie la tomó por sorpresa. No había estado siguiendo la vida de Katie con la suficiente atención como para saber que su hija y Franz habían diseñado, con éxito, un plan para garantizar una corta visita a Richard. Como las imágenes cuadroides cubrían la porción infrarrojo del espectro, así como la visible, Nicole en verdad tenía una visión mejor de la reunión que los participantes. Quedó profundamente conmovida por la actitud de Katie, y aún más por su súbita admisión (que miró una vez y otra, en cámara superlenta, para asegurarse de que le estaba leyendo los labios en forma adecuada) de que era adicta a las drogas.

"El primer paso para superar un problema", recordó haber leído en alguna parte, "es admitir, ante alguien que se ama, que el problema existe."

Había lágrimas en los ojos de Nicole cuando viajaba, a bordo del casi vacío transporte, de vuelta al enclave humano en Ciudad Esmeralda. Pero eran lágrimas de felicidad. A pesar de que el extraño mundo que la rodeaba se estaba deteriorando hasta caer en el caos, por una vez, al menos, se sintió optimista acerca de Katie.

Cuando Nicole se apeó del transporte al final de la calle, Patrick y los mellizos estaban afuera. Al acercarse, pudo advertir que Patrick estaba tratando de dictaminar en una de las innumerables disputas de los chicos.

—Siempre *hace trampa* —estaba diciendo Kepler—. Le dije que no iba a jugar más con él, y me pegó.

—Es mentira —replicó Galileo—, le pegué porque me hizo una mueca... Kepler es mal perdedor. Si no puede ganar, piensa que está bien renunciar al juego.

Patrick separó a los dos chicos y, como castigo, los mandó a sentarse mirando rincones opuestos de la casa. Después saludó a su madre con un beso y un abrazo.

—Tengo una gran noticia —dijo Nicole, sonriéndole—. ¡Hoy, Richard tuvo un visitante inesperado... Katie!

Naturalmente, Patrick quiso conocer todos los detalles de la visita entre su hermana y Richard. Nicole resumió con rapidez lo que había visto, y admitió que se sentía alentada por la confesión de Katie de su hábito por los estupefacientes.

—No des demasiada importancia a su actitud —advirtió Patrick—, la Katie que conocí preferiría morir antes que estar sin su precioso kokomo.

Patrick se había dado vuelta y estaba por decirles a los mellizos que podían reanudar el juego, cuando dos cohetes treparon hacia el cielo, estallando en brillantes bolas rojas de luz justo por debajo de la cúpula. Instantes después, la ciudad quedó sumida en la oscuridad.

—Vamos, muchachos —dijo en cambio—. Tenemos que entrar.

—Es la tercera vez en el día —le comentó a Nicole, mientras seguían a Kepler y Galileo al interior de la casa.

—Doctora Azul dijo que apagan las luces de la ciudad en el preciso momento en que un helicóptero cualquiera asciende hasta veinte metros, más o menos, de la parte superior de la bóveda vegetal: bajo ninguna circunstancia las octoarañas quieren correr el riesgo de exponer la ubicación de la Ciudad Esmeralda.

—¿Crees que Archie y tío Richard alguna vez llegarán a tener la oportunidad de encontrarse con Nakamura? —preguntó Patrick.

—Lo dudo —contestó Nicole—, si él quisiera verlos, eso debería haber ocurrido antes de ahora.

Eponine y Nai saludaron a Nicole y la abrazaron. Las tres hablaron brevemente sobre el apagón. Eponine sostenía sobre la cadera al pequeño Marius, convertido en un bebé gordo y feliz que tenía el marcado hábito de babearse. Le enjugó la cara con una tela, para que Nicole pudiera besarlo.

—Ajá —oyó a Max decir detrás de ella—, la Reina del Ceño Fruncido está besando ahora al Príncipe de los Babeos.

Nicole se dio vuelta y le dio un fuerte abrazo.

—¿Qué es este asunto de Reina del Ceño Fruncido? —preguntó con tono jovial.

Max le alcanzó un vaso que contenía un líquido transparente.

—Toma, Nicole, quiero que bebas esto. No es tequila, pero es el mejor sustituto que las octoarañas pudieron elaborar a partir de mi descripción... Todos albergamos la esperanza de que quizás encuentres tu sentido del humor antes de terminar la bebida.

—Vamos, Max —dijo Eponine—, no hagas que Nicole piense que todos estamos implicados de alguna manera... Esta fue tu idea, después de todo. Lo único que Patrick, Nai y yo hicimos fue estar de acuerdo contigo en que Nicole estaba muy seria últimamente.

—Ahora, mi señora —Max le dijo a Nicole, levantando su vaso y haciéndolo tintinear contra el de ella—, quiero proponer un brindis... por todos nosotros, que carecemos por completo de control sobre nuestro futuro. Por que nos amemos y compartamos las carcajadas hasta el final, dondequiera y como fuera que pueda sobrevenir.

Nicole no había visto a Max ebrio desde antes que a ella la pusieran en prisión. Ante su insistencia, tomó un pequeño sorbo. Su garganta y esófago ardieron y los ojos se le llenaron de lágrimas: la bebida contenía mucho alcohol.

—Esta noche, antes de la cena —propuso Max, abriendo los brazos con espectacular gesto ceremonioso—, vamos a contar chistes de granja… Eso nos va a proporcionar un muy necesario alivio cómico para la tensión. Tú, Nicole des Jardins Wakefield, en tu calidad de guía nuestra en virtud del ejemplo, si no de la elección, serás la primera que hará uso del escenario.

Nicole logró esbozar una sonrisa:

—Pero no conozco chistes de granja —protestó.

Eponine se sintió aliviada al ver que Nicole no estaba ofendida por la conducta de Max.

—No importa, Nicole —intervino—, ninguno de nosotros los sabe... Max conoce suficientes chistes de granja por todos.

—Había una vez —empezó Max instantes después— un granjero de Oklahoma que tenía una esposa gorda llamada Chifla. Se la llamaba así porque, en el clímax del acto amoroso, cerraba los ojos, abocinaba la boca y emitía un largo chiflido.

Max eructó. Los mellizos lanzaron una risita entrecortada. A Nicole la preocupaba que quizá no fuera adecuado para los chicos oír el cuento de Max, pero Nai estaba sentada detrás de sus hijos, riendo con ellos. "Relájate", se dijo Nicole, "verdaderamente te convertiste en la Reina del Ceño Fruncido."

—Ahora bien, una noche —prosiguió Max—, este granjero y Chifla tuvieron un tremendo toletole. Para ustedes, chicos, eso quiere decir “riña", y ella se fue a la cama temprano y colérica. El granjero se sentó solo a la mesa, bebiendo tequila. A medida que avanzaba la noche, lamentaba haber sido un tan testarudo hijo de puta y empezó a disculparse en voz alta,

"Mientras tanto, la buena de Chifla, que estaba otra vez tremendamente enojada porque su marido la había despertado, sabía que, cuando él terminara de beber, iba a entrar en el dormitorio y tratar de sellar su disculpa haciéndole el amor en forma desenfrenada. Mientras el granjero vaciaba la botella de tequila, Chifla se escabulló fuera de la casa, fue hasta el chiquero y trajo al dormitorio a la más joven y pequeña de las lechoncitas.

"Más tarde esa misma noche, cuando el borracho granjero entró tambaleándose en el dormitorio a oscuras, y cantando uno de sus himnos religiosos favoritos, Chifla observaba desde el rincón y la lechona estaba dentro de la cama. El granjero se quitó toda la ropa y saltó debajo de la sábana. Agarró a la lechona por las orejas y la besó en los labios. La lechona chilló y el granjero se echó hacia atrás.

"—Chifla, mi amor —dijo—, ¿te olvidaste de cepillarte los dientes hoy?

"Su esposa salió como un rayo del rincón y empezó a golpearlo en la cabeza con una escoba...

Todo el mundo reía. Max estaba tan divertido por su propio chiste que no se podía sentar erguido. Nicole echó un vistazo en derredor.

"Max tiene razón", pensó, "necesitamos esto. Todos hemos estado muy preocupados."

—... Mi hermano Clyde —seguía Max— sabía más chistes de granja que cualquier otra persona que yo haya conocido. Cortejó a Winona contándoselos o, por lo menos, eso es lo que él aseguraba. Clyde solía decirme que una "mujer que se ríe ya tiene una mano en la bombacha" .. . Cuando salíamos a cazar patos con los muchachos, nunca llegábamos a dispararle a un solo maldito pato. Clyde empezaba a contar cuentos, y nosotros reíamos y bebíamos... Después de un rato, olvidábamos por qué nos habíamos levantado a las cinco de la mañana para ir y sentarnos en el frío...

Max dejó de hablar, y se produjo un silencio momentáneo en la habitación.

—Maldición —dijo, después de un momento—. Por un rato imaginé que estaba de vuelta en Arkansas. —Se puso de pie. —Ni siquiera sé ahora para qué lado está Arkansas desde aquí, o a cuántos miles de millones de kilómetros se encuentra... —Meneó la cabeza. —A veces, cuando estoy soñando y lo que se me aparece es verdaderamente real, creo que el sueño es la realidad. Me convenzo de que estoy de vuelta en Arkansas. Entonces, cuando despierto, me siento perdido y, durante unos segundos, creo que lo que es un sueño es esta vida que estamos llevando acá, en la Ciudad Esmeralda.

—Lo mismo me ocurre a mí —intervino Nai—. Hace dos noches soñé que estaba haciendo mi meditación matinal en el *jong* pra[1] de mi hogar natal, en Lamfun. Cuando estaba recitando mi mantra, Patrick me despertó. Dijo que estaba hablando en sueños. Durante unos segundos, sin embargo, no supe quién era él... fue aterrador.

—Muy bien —dijo Max después de un prolongado silencio. Se volvió hacia Nicole. —Supongo que estamos listos para oír las noticias del día. ¿Qué tienes para decimos?

—Los vídeos cuadroides de hoy fueron muy peculiares —contestó una sonriente Nicole—. Durante los primeros minutos estuve segura de haber hecho ingresar la base de datos equivocada... Una imagen tras otra mostraban un cerdo, o una gallina, o un muchacho granjero de Oklahoma borracho que trataba de cortejar a una deliciosa jovencita... En la última serie de imágenes, ese granjero estaba tratando de beber tequila, comer pollo frito y hacer el amor con su novia, todo al mismo tiempo... lo que me hace recordar: ese pollo ciertamente tenía buen aspecto... ¿Hay alguien más que tenga hambre?

[1] Meditatorio, especie de capilla privada. (N. del T.)

6

—Creo que quedaron algo tranquilizados por lo que me dijo la Optimizadora Principal —le contó Nicole a Doctora Azul—. Max, claro está, tenía sus dudas... No cree que cuidar de nosotros haya de ser una prioridad muy grande, si la situación verdaderamente se vuelve desesperada.

—Es sumamente improbable —contestó la octoaraña—; cualquier incremento ulterior en el nivel de las hostilidades se va a contestar con una represalia en gran escala... Muchas octoarañas estuvieron trabajando en nuestros planes de guerra durante casi dos meses.

—¿Entendí correctamente, entonces —preguntó Nicole—, que cada miembro individual de tu especie que haya intervenido en el diseño y la prosecución de esta guerra será exterminado cuando todo termine?

—Sí —contestó Doctora Azul—, aunque no todos van a morir de inmediato: se les va a notificar que se los puso en la lista de exterminación... La nueva Optimizadora Principal define la fecha exacta para las exterminaciones en función de las necesidades de. la colonia y del ritmo de reabastecimiento.

Nicole y su colega octoaraña estaban compartiendo el almuerzo en el hospital. Habían pasado la mañana tratando, infructuosamente, de salvar la vida de dos de los seis seres utilitarios de seis brazos, heridos por las tropas humanas mientras trabajaban en uno de los pocos campos de cereales que quedaban en el lado norte del bosque.

Durante el almuerzo, un biot ciempiés entró caminando pesadamente en el vestíbulo contiguo. Doctora Azul advirtió el gesto de perplejidad que se dibujaba en el rostro de Nicole.

—Cuando llegamos por primera vez al interior de *Rama*, antes que hubiéramos desarrollado todos nuestros cuadros de animales de apoyo, empleamos los biots disponibles para tareas de rutina, en calidad de animales de mantenimiento... Ahora volvemos a necesitar su ayuda.

—Pero, ¿cómo les dan instrucciones? Nosotros nunca pudimos lograr la menor comunicación con ellos.

—Su programación se hace en la memoria imborrable, en el momento en que se los fabrica... Lo que hicimos en los primeros tiempos, utilizando una especie de teclado análogo al que ustedes tenían en su madriguera, era solicitarles a los ramanos que alteraran la programación para nuestras necesidades específicas... Esa es la única razón de la presencia de los biots: para que los pasajeros a bordo de *Rama* los conviertan en servidores útiles.

"Bueno, Richard", pensó Nicole, "ése es, al menos, un concepto en el que erramos por completo. En verdad, no creo que la idea se nos haya ocurrido siquiera..."

—... Queríamos que nuestro asentamiento aquí, en *Rama*, no se pudiera distinguir de una cualquiera de nuestras colonias —estaba diciendo Doctora Azul—, así que no bien dejamos de necesitar los biots, solicitamos que se los sacara de nuestros dominios en *Rama*.

—¿Y desde entonces no han tenido contacto directo alguno con los ramanos?

—No mucho, pero mantuvimos la facultad de comunicamos con las fábricas de alta tecnología que hay debajo de la superficie... con el objetivo primordial de poder solicitar la elaboración de algunas materias primas que no tenemos en nuestros depósitos...

Se abrió una puerta desde el corredor y entró una octoaraña. Habló rápidamente con Doctora Azul en el idioma de ellos, empleando bandas cromáticas muy estrechas. Nicole reconoció las palabras "permiso" y ”esta tarde", pero muy poco más.

Después que se fue, Doctora Azul le dijo a Nicole que tenía una sorpresa para ella.

—Hoy, una de nuestras reinas va a tener el lanzamiento de los huevos. Sus asistentes estiman que tendrá lugar en poco menos de un tert. La Optimizadora Principal aprobó mi solicitud de que tú puedas observarlo... Por lo que sé, eres la única alienígena, con la salvedad de los Precursores, claro está, que alguna vez haya tenido el privilegio de presenciar un lanzamiento de los huevos... Creo que lo vas a encontrar interesante.

Durante el viaje en transporte hasta el Dominio de la Reina, situado en una parte de la Ciudad Esmeralda que Nicole nunca había visitado antes, Doctora Azul le recordó algunos de los aspectos más insólitos de la reproducción de las octoarañas:

—En épocas normales, a cada una de las tres reinas de nuestra colonia se la fertiliza una vez cada tres a cinco años, y nada más que a una Pequeña fracción de los huevos fertilizados se le permite desarrollarse hasta alcanzar la madurez. Debido a los preparativos para la guerra, empero, hace poco la Optimizadora Principal declaró una Contingencia de Reabastecimiento. Ahora, las tres reinas nuestras están produciendo un conjunto completo de huevos. Las fertilizaron los nuevos machos guerreros, aquellas octoarañas seleccionadas para el esfuerzo bélico que hace poco pasaron por la transición sexual. Esta actividad es muy importante, pues asegura, simbólicamente al menos, que cada una de estas octoarañas mantendrá una intervención genética continua en la colonia... Recuerda: ellas saben que, no bien se las designa como guerreros, su momento de exterminación no está muy distante.

"Cada vez que creo que tenemos mucho en común con las octoarañas", pensaba Nicole, "veo algo tan extravagante que me veo obligada a recordar qué diferentes somos. Pero, como diría Richard, ¿cómo podría ser de otra manera? Son producto de un proceso que nos es totalmente ajeno."

—... No te alarmes por el tamaño de la Reina... y, por favor, por ninguna circunstancia debes expresar algo que no sea deleite por lo que ves. Cuando sugerí por primera vez que asistieras al lanzamiento de los huevos, uno de los miembros del gabinete de la Optimizadora Principal objetó, diciendo que no había modo de que tú pudieras apreciar plenamente lo que estuvieras viendo. Algunos de los demás miembros tenían la preocupación de que pudieras demostrar incomodidad, o hasta repugnancia y, en consecuencia, desmerecieras la experiencia para las demás octoarañas que la estaban presenciando...

Nicole le aseguró a Doctora Azul que no haría algo desagradable durante la ceremonia. En verdad, estaba halagada por haber sido incluida en la actividad, y sentía considerable excitación cuando el transporte las depositó afuera de los gruesos muros del Dominio de la Reina.

El edificio en el que ingresó con Doctora Azul era abovedado y estaba hecho con bloques de roca blanca. Tenía cerca de diez metros de altura en su parte interna y ocupaba una superficie de tres mil quinientos metros cuadrados, aproximadamente. Había un gran mapa inmediatamente adentro de la puerta, en el sector del atrio, y un mensaje escrito en colores, que identificaba dónde tendría lugar el lanzamiento de los huevos. Nicole ascendió, siguiendo a Doctora Azul y varias octoarañas más, por dos rampas y, después, por un largo corredor. Al final del pasillo doblaron hacia la derecha y entraron en un sector de galería que daba hacia un piso rectangular de quince metros de largo y cinco o seis metros de ancho.

Doctora Azul la llevó hasta la primera fila, donde una barandilla de un metro de altura evitaba que los asistentes cayeran al piso que estaba cuatro metros más abajo. Detrás de ellas, las cinco filas elevadas se llenaron con rapidez. Del lado de enfrente había otro sector similar de observación, que admitiría unas sesenta octoarañas.

Al mirar hacia abajo, Nicole pudo ver una piscina, parecida a un canal, que abarcaba toda la longitud del piso, para después desaparecer debajo de una arcada a la derecha. De cada lado de la piscina había estrechas pasarelas. En el lado opuesto, sin embargo, la pasarela se abría en una plataforma amplia de unos tres metros, antes de juntarse con la pared de roca que formaba todo el lado izquierdo de la gran sala. Este muro, pintado con muchos colores y diseños diferentes, contenía cerca de un centenar de varillas sobresalientes, o púas, plateadas, cada una de las cuales se alzaba un metro del sitio de empotramiento en el muro. Nicole advirtió de inmediato la similitud entre el muro y el corredor vertical, conformado como un barril, por el que ella y sus amigos habían descendido dentro de la madriguera de las octoarañas, debajo de Nueva York.

Menos de diez minutos después de que los dos sectores de galería se llenaran, la Optimizadora Principal se arrastró a través de un portal que había en el nivel inferior, se paró en la pasarela que estaba al lado de la piscina y pronunció un breve discurso. Doctora Azul aclaró las partes que Nicole no fue capaz de interpretar: la Optimizadora Principal recordó a los espectadores que la sincronización exacta de un lanzamiento de los huevos nunca se conocía, pero que era probable que la Reina estuviera lista para ingresar en la sala dentro de varios fengs más. Después de hacer unos comentarios sobre la importancia crítica del abastecimiento para la continuidad de la colonia, la Optimizadora Principal hizo mutis.

La espera comenzó. Nicole pasó el tiempo observando las octoarañas de la galería que tenía enfrente y tratando de captar disimuladamente lo que conversaban. Pudo entender un poco de lo que se decía, pero no todo. Comentó, para sus adentros, que todavía le faltaba mucho antes de alcanzar fluidez en el idioma natural de las octoarañas.

Por fin, las grandes puertas que había en el extremo izquierdo de la pasarela más alejada se abrieron y la inmensa Reina hizo su ingreso, avanzando pesadamente: era enorme, de por lo menos seis metros de altura, con un cuerpo hinchado, gigantesco, por encima de sus ocho largos tentáculos.

Se detuvo en la plataforma y dijo algo a los espectadores: colores intensos salpicaron con profusión todo su cuerpo, creando un brillante espectáculo. Nicole no pudo entender lo que estaba diciendo porque no pudo seguir la secuencia exacta de los colores que se vertían desde la hendedura.

La Reina se volvió con lentitud hacia el muro, extendió los tentáculos e inició el laborioso proceso de izarse tomándose de las púas. Durante todo el ascenso, desordenados estallidos de color le adornaban el cuerpo: Nicole supuso que eran expresiones emocionales de alguna índole, quizá de dolor y fatiga. Cuando volvió a mirar hacia la otra galería, advirtió que no había conversación alguna entre los espectadores.

Una vez que se hubo colocado en el centro del muro, la reina enrolló los ocho tentáculos en torno de las púas y expuso su parte ventral, de color crema. Cuando trabajaba en el hospital, Nicole se había familiarizado totalmente con la anatomía de las octoarañas, pero nunca imaginó que el suave tejido que tenían por debajo del vientre se pudiera distender hasta tal grado. Mientras Nicole observaba, la Reina empezó a mecerse levemente, desplazándose hacia atrás y hacia adelante, con cada movimiento rebotaba con suavidad en la pared de roca. El despliegue cromático emocional continuaba; los colores alcanzaron su máximo de intensidad cuando un géiser de fluido verdoso-negro salió expelido de la parte inferior de la Reina, a lo que siguió de inmediato un inmenso vertimiento de objetos blancos de diferente tamaño, envueltos en un fluido viscoso y espeso.

Nicole estaba estupefacta. Debajo de ella, de cada lado de la piscina, alrededor de una docena de octoarañas barría presurosamente hacia el agua algunos huevos y parte del fluido que habían caído en las pasarelas. Otras ocho *octos* estaban vaciando en el agua el desconocido contenido de unos recipientes enormes. El agua rebosaba con sangre de octoaraña, huevos y el fluido de alta viscosidad que se expelía junto con los huevos. En menos de un minuto, toda esa pasta densa y pegajosa se desplazó por debajo de la arcada, hacia la derecha.

La Reina todavía no había cambiado de posición. Una vez que la piscina que tenían abajo volvió a contener agua limpia fluyente, todas las lentes se volvieron para mirar a la Reina. Nicole estaba asombrada por lo mucho que ya se había reducido el tamaño de la octoaraña: estimó que en la fracción de segundo que le tomó a la masa de huevos y fluido acompañante verterse de su cuerpo, la Reina debía de haber perdido la mitad de su peso. Todavía sangraba, y dos octoarañas de tamaño normal habían trepado por el muro para atenderla. En ese momento, Doctora Azul tocó suavemente el hombro de Nicole, indicando que ya era hora de irse.

Sentada sola en una de las habitaciones pequeñas del hospital de las octoarañas, Nicole volvió a repetir en su mente, una y otra vez, la escena del lanzamiento de los huevos. No había esperado que el suceso la afectara tanto en lo emocional. Sólo había observado a medias, mientras Doctora Azul le explicaba, después que regresaron al hospital, que los recipientes que se vaciaron en la pasta espesa de huevos, sangre y fluido estaban llenos con diminutos animales que iban a buscar y matar embriones específicos. De ese modo, dijo Doctora Azul, las octoarañas controlaban la composición exacta de la generación siguiente, incluyendo la cantidad de reinas, de atiborrados, de morfos enanos y de todas las demás variaciones.

La madre que había en Nicole pugnaba por entender qué se sentiría siendo una reina octoaraña durante un lanzamiento de los huevos. En cierto sentido indefinible, se sentía profundamente conectada con el inmenso ser que había ascendido tan laboriosamente hasta las púas. En el instante mismo de la acometida, las ijadas de Nicole se contrajeron y le volvieron a la memoria el dolor, así como el alborozo, de sus propios seis partos.

"¿Qué es lo que hay en el proceso de parición", se preguntó, "que crea una comunión entre todos los seres que alguna vez lo experimentaron?"

Recordó una conversación, sostenida hacía ya mucho tiempo en *Rama II*, después que nacieron Simone y Katie, cuando trató de explicarle a Michael O'Toole qué se sentía al dar a luz un niño. Después de horas de hablar, Nicole había llegado, con renuencia, a la conclusión de que era una experiencia que nunca se podría trasmitir en forma adecuada de una persona a otra. "El mundo se divide en dos grupos", se había dicho en esa oportunidad, "los que experimentaron el parto y los que no lo hicieron." Ahora, decenas de años y miles de millones de kilómetros después, quiso añadir un corolario a su observación anterior:

"Aquellas que son madres tienen más en común, fundamentalmente, con las madres de otras especies, que con los seres humanos que nunca dieron a luz."

Mientras proseguía reflexionando sobre la escena que había presenciado, se sintió abrumada por el deseo de comunicarse con la octoaraña reina, para saber lo que otra madre inteligente había estado pensando y sintiendo inmediatamente antes y durante el lanzamiento de los huevos. ¿Había sentido la Reina, en medio del dolor y de lo maravilloso del momento, una serenidad epifánica?

¿Había tenido una visión de su propia descendencia y de la descendencia que continuaría a ésta, en el futuro imprevisible, en el milagroso ciclo de la vida? ¿Había existido una paz profunda e inefable en los segundos que vinieron a continuación del lanzamiento, una paz como la que ningún otro ser haya experimentado jamás en algún otro momento, que no fuese aquel inmediatamente posterior al parto?

Nicole sabía que la imaginaria conversación que estaba manteniendo con la Reina nunca tendría lugar. Volvió a cerrar los ojos, intentando reconstruir con exactitud los estallidos de color que había visto en el cuerpo de ésta justo antes y después del acontecimiento. ¿Esas irrupciones de color les dijeron a las demás octoarañas lo que estaba sintiendo la Reina? ¿De algún modo esos seres eran capaces, mediante su rico idioma de colores, de comunicar sensaciones complejas, como el éxtasis, mejor que lo que podían hacerlo los seres humanos con su limitado idioma de palabras?

No había respuestas para las preguntas que se hacía Nicole, y se dio cuenta de que había tareas que la aguardaban fuera de la habitación, en el hospital de las octoarañas, pero no estaba lista para que culminara su aislamiento. No quería que las exigencias de la vida cotidiana degradaran las intensas emociones que estaba experimentando.

A medida que transcurría el tiempo, también empezaba a sentir una Profunda soledad. Estaba plenamente consciente de que experimentaba un intenso deseo por hablar con un amigo íntimo, preferiblemente con Richard. En su aislamiento recordó, de repente, unos versos pertenecientes a un poema de Benita García. Abrió la computadora portátil y, después de una breve búsqueda, encontró todo el poema:

En momentos de profunda duda o intenso dolor,
Cuando por la vida me siento abrumada,
Siempre que puedo busco en derredor
Almas gemelas que sepan aquello de lo que sé nada,
Aquellas que tengan la fuerza de mitigar
Lo que me hace temblar, llorar y a menudo cavilar.
Me dicen que vivir a mi modo me está vedado,
Cuando todas mis sensaciones rigen mi mente consciente.
Debo controlarme antes de actuar,
O bien aceptar lo que desde hace mucho he tolerado:
Los brutales días de sentirme sola y no vidente.

Tiempos ha habido, no muchos sino esparcidos,
Cuando alguien poseyó el bálsamo aliviador,
Que brindaba paz a mi angustia o dolor.
Pero de la edad una simple regla ahora adquirí:
Dentro de mí debo contener los alaridos
Cualesquiera demonios se deba combatir allí,
Las lecciones aprendidas no se perderán.
Caminamos solos en nuestro viaje final.
No hay mano que ayudarnos pueda en ese día postrero.
Es mejor que aprendamos, en tanto el tiempo aún sea nuestro compañero,
A confiar en nosotros mismos, y a ahorrar nuestro hálito vital

.

Nicole leyó las palabras varias veces. Después apoyó la cabeza sobre el escritorio y se quedó dormida.

Con uno de sus tentáculos, Doctora Azul tocó con suavidad el hombro de Nicole. Ésta se agitó y abrió los ojos.

—Estuviste durmiendo durante casi dos horas —dijo la octoaraña—. Te estuvieron aguardando en el centro administrativo.

—¿Qué pasa? —preguntó Nicole, frotándose los ojos.

—Nakamura pronunció un discurso de importancia en Nuevo Edén. La Optimizadora Principal quiere discutirlo contigo.

De un salto, Nicole se puso rápidamente de pie.

—Otra vez, gracias, Doctora Azul. Iré en seguida.

7

—Verdaderamente no creo que a Nikki se le deba permitir mirar el discurso —manifestó Robert—. No hay duda de que la va a asustar.

—Lo que diga Nakamura afectará su vida tanto como la nuestra —contestó Ellie—. Si ella quiere mirar, creo que debemos permitirle que lo haga... Después de todo, Robert, Nikki *vivió* con las octoarañas...

—Pero no le será posible entender el significado real de algo de esto —argumentó Robert—. Ni siquiera tiene cuatro años.

El tema quedó sin resolverse hasta unos minutos antes de la hora para la que estaba programado que apareciera en televisión el dictador de Nuevo Edén. En ese momento, Nikki se acercó a su madre en la sala de estar.

—No voy a mirar —le anunció la niñita con asombrosa perspicacia—, porque no quiero que tú y papito peleen.

Una de las salas del palacio de Nakamura estaba convertida en estudio de televisión. Era desde ese estudio de donde el tirano normalmente se dirigía a los ciudadanos de Nuevo Edén. Su último discurso había tenido lugar tres meses atrás, cuando anunció que iba a desplegar las tropas en el hemicilindro austral para enfrentar una "amenaza alienígena". Aunque en forma regular los periódicos y televisión controlados por el gobierno habían incluido noticias provenientes del frente, muchas de las cuales inventaban mentiras sobre la "intensa resistencia" que oponían las octoarañas, ése iba a ser su primer comentario público sobre el progreso y la dirección de la guerra en el sur.

Para la alocución, Nakamura había encargado a sus sastres que le hicieran una nueva vestimenta completa de shogun,[1] incluidos sable y daga ornamentados. Iba a aparecer con indumentaria marcial japonesa, dijo a sus asistentes, para hacer hincapié en su papel de "principal guerrero y protector" de los colonos. El día de la trasmisión, los asistentes lo ayudaron a ponerse dos corsés tremendamente apretados, de modo que Nakamura proyectara la apariencia "poderosa y amenazadora" del guerrero.

El señor Nakamura habló de pie, mirando con fijeza hacia la cámara. Su gesto ceñudo no varió durante todo el discurso.

—Todos nos hemos sacrificado en estos últimos meses —empezó—, para brindar apoyo a nuestros valerosos soldados, que están dando batalla, al sur del Mar Cilíndrico, contra un enemigo alienígena infame y despiadado. Nuestros servicios de inteligencia nos informan ahora que estas octoarañas, que a ustedes les fueron descriptas en detalle por el doctor Robert Turner después de su denodada fuga, están planeando un ataque de gran envergadura contra Nuevo Edén en un futuro muy próximo. En este momento crítico de nuestra historia tenemos que redoblar nuestra firmeza y permanecer unidos contra el agresor alienígena.

"Los generales que tenemos en el frente recomendaron que penetremos más allá del bosque barrera que protege la mayor parte de los dominios alienígenas, e interceptemos el paso de sus abastecimientos y material de guerra antes que puedan lanzar su ataque. Nuestros ingenieros, que están trabajando día y noche en pro de la supervivencia de la colonia, introdujeron modificaciones en nuestra flota de helicópteros, lo que permitirá que esta intercepción tenga lugar. Atacaremos pronto. Convenceremos a los alienígenas de que no nos pueden atacar con impunidad.

"Mientras tanto, nuestros guerreros terminaron de afianzar toda la zona de *Rama* comprendida entre el Mar Cilíndrico y el bosque barrera. Durante las furiosas batallas destruimos muchos centenares de enemigos, así como instalaciones para suministro de agua y electricidad. Nuestras bajas fueron modestas, debido, primordialmente, a nuestros excelentes planes de batalla y al heroísmo de nuestras tropas. Pero no debemos tener exceso de confianza. Por el contrario, tenemos todos los motivos para estar convencidos de que todavía no nos hemos trabado en combate con la división de elite Regimiento de la Muerte, de la que el doctor Turner oyó hablar mientras estuvo

[1] Uno de los gobernadores militares. con carácter hereditario, del Japón, que le arrebataron el poder al Emperador hasta 1868, cuando éste logró retomarlo. (N. del T.)

prisionero. Es este Regimiento de la Muerte, estamos seguros, el que habrá de estar en la vanguardia alienígena si no nos movemos con rapidez para evitar un ataque contra Nuevo Edén. Recuerden: el tiempo es nuestro enemigo. Debemos golpear ahora y demolerles la capacidad bélica.

"Hay otro breve asunto que querría informar esta noche: hace poco, el traidor Richard Wakefield y un compañero octoaraña se rindieron a nuestras tropas en el sur. Dicen que representan al comando militar alienígena y que se adelantaron para hablar de paz. Sospecho que aquí hay una estratagema, una especie de caballo de Troya, pero es mi deber, en mi condición de adalid de ustedes, llevar a cabo una audiencia en el curso de los días venideros. Estén seguros de que no voy a sacrificar nuestra seguridad. Informaré sobre el resultado de esta audiencia muy poco después de que se la haya cumplido.

—Pero, Robert —dijo Ellie—, tú sabes que mucho de lo que está diciendo *es mentira*... No existe un Regimiento de la Muerte y las octoarañas no opusieron resistencia alguna. ¿Cómo puedes estar sin decir algo? ¿Cómo puedes permitirle que te atribuya afirmaciones que nunca hiciste?

—Todo es política, Ellie —contestó Robert—. Todos saben eso. Nadie cree realmente que…

—Pero eso es aun peor. ¿No ves lo que está ocurriendo?

Robert empezó a salir de la casa.

—¿A dónde vas ahora? —preguntó Ellie.

—De vuelta al hospital. Tengo recorridos para hacer.

Ellie no podía dar crédito a sus oídos. Se quedó inmóvil unos segundos, mirando con fijeza a su marido. Entonces, estalló:

—¡*Esa* es tu reacción! —gritó—. Negocios, como siempre. Un demente anuncia un plan que, con toda probabilidad, va a redundar en la muerte de todos nosotros, y para ti no es más que *negocios, como siempre...* Robert, ¿quién eres tú? ¿No hay algo que te importe?

Robert avanzó hacia ella, iracundo.

—¡No empieces de vuelta con esa actitud de "yo soy más santa que tú". No siempre tienes la razón, Ellie, y no sabes con certeza que nos vayan a matar a todos. A lo mejor, el plan de Nakamura funciona...

—Sabes que te quieres engañar, Robert. Miras para otro lado y te dices que, mientras tu mundito no resulte afectado, a lo mejor todo está bien... Estás equivocado, Robert. Equivocado a muerte. Y si no haces algo al respecto, yo lo haré.

—¿Y qué vas a hacer? —replicó Robert, alzando el tono—. ¿Decirle al mundo que tu marido es un *mentiroso*? ¿Tratar de convencerlos a todos de que esas viscosas octoarañas son pacíficas? Nadie te va a creer, Ellie... Y te diré algo más: en el preciso instante en que abras la boca, te arrestarán y juzgarán por traición. Te matarán, Ellie, tal como lo van a hacer con tu padre... ¿Es eso lo que deseas? ¿No volver a ver jamás a tu hija?

Ellie reconoció la mezcla de dolor e ira en la mirada de Robert. "No lo conozco", fue el pensamiento que centelleó en su mente, seguido por "¿Cómo puede ser éste el mismo hombre que pasa miles de horas sin retribución alguna, cuidando de pacientes con enfermedades terminales? No existe la menor lógica."

Ellie optó por no decir nada más.

—Me voy ahora —dijo Robert por fin—. Volveré cerca de medianoche.

Ellie fue hacia la parte de atrás de la casa y abrió la puerta de Nikki. Por suerte, la niña había estado durmiendo durante toda la reyerta. Ellie se sentía profundamente impresionada cuando volvió a la sala de estar. Deseaba, más que nunca, haber permanecido en la Ciudad Esmeralda, pero no lo había hecho, así que, ¿qué iba a hacer ahora?

"Sería tan sencillo si no tuviera que pensar en Nikki", se dijo. Meneó la cabeza con lentitud, hacia atrás y hacia adelante, y, por último, se permitió verter las lágrimas que había estado conteniendo.

—Así que, ¿cómo estoy? —preguntó Katie, haciendo una pirueta delante de Franz.

—Hermosa, cautivadora —contestó él—. Mejor de lo que nunca te vi.

Katie llevaba un sencillo vestido negro ajustado sobre su delgada silueta. Una banda blanca corría a ambos costados. Un escote profundo realzaba el collar de diamantes y oro, pero no era tan profundo como para resultar inadecuado.

Katie le echó un vistazo a su reloj:

—Bien —dijo—. Por una vez estoy lista temprano. —Cruzó la habitación hasta la mesa, y encendió un cigarrillo.

El uniforme de Franz estaba recién planchado y sus zapatos, perfectamente lustrados.

—Entonces, creo que tenemos tiempo —dijo éste, siguiéndola hasta el canapé—, para mi sorpresa. —Le entregó una cajita de terciopelo.

—¿Qué es esto? —preguntó Katie.

—Ábrelo,

En el interior había un anillo con un diamante, un solitario.

—Katie —dijo Franz desmañadamente—, ¿quieres casarte conmigo?

Katie le lanzó una rápida mirada, y después desvió la vista hacia otro lado. Inhaló con lentitud de su cigarrillo y lanzó el humo hacia arriba.

—Me siento halagada, Franz —contestó, parándose y besándolo en la mejilla—. De veras que lo estoy... pero no marcharía. —Cerró el estuche y le devolvió el anillo.

—¿Por qué no? ¿No me amas?

—Sí te amo... creo... si es que soy capaz de sentir una emoción así... Pero, Franz, ya pasamos por esto antes. Sencillamente no soy la clase de mujer con la que debas casarte.

—¿Por qué no dejas que yo decida eso, Katie? ¿Cómo sabes qué “clase de mujer" necesito?

—Mira, Franz —dijo Katie, algo agitada—, mejor no hablemos de eso ahora... Como dije, me siento muy halagada... pero estoy nerviosa por este proceso contra mi padre, y ya sabes que no atino a manejar bien mucha mierda al mismo tiempo...

—Siempre tienes algún motivo para no querer hablar de eso —protestó Franz, con enojo—. Si me amas, creo que merezco más explicaciones. Y ahora...

Los ojos de Katie centellearon.

—¡Usted quiere una explicación *ahora*, capitán Bauer...! Muy bien, le voy a dar una... Sígame, por favor... —Katie lo condujo a su cuarto de vestir. —Ahora quédate ahí, Franz, y mira con mucha atención.

Katie buscó en la cómoda: sacó una jeringa y un trozo de tubo plástico negro, Apoyó la pierna derecha sobre la banqueta del tocador y se alzó el borde inferior del vestido, exponiendo las laceraciones que tenía en el muslo. Instintivamente, Franz giró la cara hacia un costado.

—No —dijo Katie, tomándole la cara con la mano libre y volviéndosela para que la mirase—. No puedes mirar para otro lado, Franz... Tienes que verme tal como soy.

Se bajó la media y colocó el tubo, atándoselo. Katie alzó la vista, para asegurarse de que Franz todavía estaba mirando. En los ojos de ella se leía el dolor:

—¿No te das cuenta, Franz? No puedo casarme contigo porque ya estoy casada... con esta medicina mágica que nunca me decepciona... ¿No lo entiendes...? No existe manera de que puedas competir alguna vez con el kokomo.

Katie se hundió la aguja en una vena y esperó varios segundos hasta que llegara la acometida de la droga.

—Podrías estar bien durante unas semanas, meses inclusive —continuó, hablando con más rapidez—, pero más tarde o más temprano me resultarías insuficiente... y otra vez te cambiaría, en mi corazón, por mi viejo y confiable amigo.

Se enjugó las dos gotas de sangre con un pañuelo de papel y puso la jeringa en la pileta. Franz estaba perturbado.

—¡Arriba ese ánimo! —lo consoló Katie, palmeándolo levemente en la mejilla—. No perdiste tu compañerita de cama... Voy a seguir estando aquí para hacer cualquier cosa retorcida que se nos pueda ocurrir...

Franz dio media vuelta y volvió a ponerse la cajita de terciopelo en uno de los bolsillos del uniforme. Katie fue hacia la mesa y dio una Profunda pitada final al cigarrillo que se consumía en el cenicero.

—Y ahora, capitán Bauer —dijo—, tenemos una audiencia a la que asistir.

La audiencia se efectuó en el salón de baile del piso principal del palacio de Nakamura. Alrededor de sesenta asientos en cuatro hileras estaban dispuestos a lo largo de las paredes, para los "invitados especiales". Nakamura llevaba la misma indumentaria japonesa con la que había aparecido en televisión dos días atrás y se sentó en un gran sillón recamado sobre un estrado, en uno de los extremos del salón. Dos guardaespaldas, también vestidos con ropa de samurai, estaban a su lado. El salón de baile estaba decorado por completo según el estilo japonés del siglo XVI, lo que aumentaba la imagen que Nakamura trataba de crearse: la del todopoderoso *shogun* de Nuevo Edén.

Richard y Archie, a quienes sólo cuatro horas antes de que se fueran del sótano se les dijo que iba a tener lugar la audiencia, fueron conducidos por tres policías y se les dieron instrucciones de

sentarse en pequeños cojines que había en el piso, a veinte metros de Nakamura. Katie, que observó que su padre parecía estar muy cansado y muy viejo, resistió el impulso de ir corriendo y hablarle.

Un funcionario anunció que la audiencia comenzaba y recordó a todos los espectadores que no podrían hablar en absoluto ni interferir en modo alguno con los procedimientos. No bien se hubo completado el anuncio, Nakamura se puso de pie y, contoneándose con jactancia, descendió los dos anchos escalones que conectaban su sillón con el estrado.

—El gobierno de Nuevo Edén convocó esta audiencia —manifestó con aspereza, caminando de un lado al otro— para establecer si el representante del enemigo alienígena está preparado para, en nombre de su especie, aceptar la rendición incondicional que exigimos como requisito previo necesario para cesar las hostilidades entre nosotros. Si el ex ciudadano Wakefield, que tiene la capacidad de comunicarse con el alienígena, logró convencer a éste sobre la cordura de aceptar nuestras demandas, incluyendo entre ellas que abandonen todas sus armas de guerra y se preparen para nuestra ocupación y administración de todas las tierras alienígenas, entonces estamos dispuestos a ser misericordiosos. Como recompensa por sus servicios para poner fin a este terrible conflicto, aceptaríamos de buen grado conmutar la sentencia de muerte del señor Wakefield por la de reclusión por tiempo indeterminado.

"Si, no obstante —ahora Nakamura alzó la voz—, este traidor convicto y su cómplice alienígena se rindieron a nuestras victoriosas tropas como parte de algún pérfido complot para socavar nuestra voluntad colectiva de castigar a los alienígenas por sus agresivos ataques contra nosotros, entonces usaremos a estos dos como ejemplos, para enviar un mensaje completamente claro a nuestro enemigo. Queremos que los líderes alienígenas sepan que la ciudadanía de Nuevo Edén está absolutamente resuelta a oponerse a sus designios expansionistas.

Hasta ese momento, Nakamura había estado perorando para todos los asistentes. Ahora se volvió para mirar directamente a los dos prisioneros, aislados en medio del piso del salón de baile:

—Señor Wakefield —dijo—, ¿el alienígena que está al lado de usted tiene autoridad para hablar en nombre de su especie?

Richard se puso de pie.

—Por lo que yo sé, sí —respondió,

—¿Y está el alienígena dispuesto a ratificar el documento de rendición incondicional que se les exhibió?

—Sólo recibimos el documento hace unas horas, y todavía no tuvimos tiempo de hablar sobre su contenido. Le expliqué los puntos más importantes a Archie, pero todavía no sé...

—¡Le están dando largas al asunto! —tronó Nakamura, dirigiéndose al público presente y blandiendo un papel—. Esta sola hoja contiene todos los términos de la rendición. —Se volvió otra vez para mirar a Richard y Archie. —La pregunta reclama nada más que una sencilla respuesta. ¿Es "sí" o "no"?

Bandas de color se desplazaron alrededor de la cabeza de Archie y hubo un murmullo entre el público. Richard miró a Archie, le susurró una pregunta y, después, interpretó la respuesta. Luego miró a Nakamura:

—La octoaraña quiere saber con exactitud —dijo— qué ocurre si se ratifica el documento. Cuáles serán los acontecimientos que tendrán lugar después, y en qué orden. Nada de esto se explica con claridad en el documento.

Nakamura hizo un breve silencio.

—Primero, todos los soldados alienígenas tienen que adelantarse con sus armas, y rendirse a nuestras tropas que están ahora en el sur. Segundo, el gobierno alienígena, o cualquiera que fuere su equivalente, tiene que suministramos el inventario completo de todo lo que exista en sus dominios. Tercero, tienen que anunciar a todos los miembros de su especie que vamos a ocupar su colonia y que todos los alienígenas van a cooperar en todo aspecto con nuestros soldados y ciudadanos.

Richard y Archie sostuvieron otra breve conversación.

—¿Qué les va a pasar a las octoarañas y a los demás animales que mantienen la sociedad octoarácnida? —preguntó Richard.

—Se les permitirá que reanuden su vida normal, con algunas restricciones, claro está. Nuestras leyes y nuestros ciudadanos constituirán el gobierno en ejercicio de las tierras ocupadas.

—¿Y entonces usted —preguntó Richard— introducirá una reforma, o un apéndice, en este documento de rendición, garantizando la vida y la seguridad de las octoarañas, así como de los demás animales, siempre y cuando no violen ley alguna de las que se promulguen para el territorio ocupado?

Los ojos de Nakamura se convirtieron en dos ranuras:

—Menos para aquellos alienígenas individuales a los que se halle responsables de la guerra de agresión que se lanzó contra nosotros, yo, personalmente, garantizo la seguridad de las octoarañas

que obedezcan las leyes de ocupación... Pero éstos son detalles. No es preciso que se los redacte en el documento de rendición.

Esta vez, Richard y Archie se trabaron en una larga discusión. Desde el costado del salón, Katie miraba con atención el rostro de su padre: al principio creyó que estaba en desacuerdo con la octoaraña, pero, ya más avanzada la conversación, Richard pareció deprimido, casi resignado. Daba la impresión de que estaba grabando algo en la memoria...

El largo intervalo en el procedimiento estaba irritando a Nakamura. Los invitados especiales estaban empezando a murmurar entre ellos. Finalmente, Nakamura volvió a hablar:

—Muy bien —señaló—. Ya tuvieron suficiente tiempo. ¿Cuál es su respuesta?

Alrededor de la cabeza de Archie seguían formándose bandas cromáticas. Al fin, los diseños cesaron y Richard dio un paso al frente en dirección de Nakamura. Vaciló un instante antes de hablar.

—Las octoarañas quieren paz —declaró con lentitud—, y les gustaría encontrar la manera de poner fin a este conflicto. Si no fueran una especie con sentido de la ética podrían acceder a ratificar este documento de rendición, tan sólo para ganar tiempo... pero las octoarañas no son así. Mi amigo alienígena, cuyo nombre es Archie, no celebraría un acuerdo para su especie a menos que estuviera seguro de que tanto el tratado es adecuado para su colonia, como de que sus congéneres iban a respetarlo.

Richard hizo una pausa.

—No necesitamos un discurso —dijo Nakamura con impaciencia—; limítese a responder la pregunta.

—Las octoarañas —continuó Richard en voz más baja— nos enviaron a Archie y a mí para gestionar una paz honorable, no para rendirnos incondicionalmente. Si Nuevo Edén no está dispuesto a negociar y a celebrar un acuerdo que respete la integridad del dominio octoarácnido, entonces ellas no tendrán otro remedio... *¡Por favor!* —gritó Richard ahora, mirando hacia atrás y hacia adelante a los invitados que estaban en ambos lados del salón—, entiendan que no pueden vencer si las octoarañas *verdaderamente* pelean. Hasta ahora no opusieron la menor resistencia. Ustedes deben convencer a sus gobernantes para que inicien discusiones *equilibradas*...

—¡Sujeten a los prisioneros! —ordenó Nakamura.

—… o todos ustedes perecerán. Las octoarañas están mucho más evolucionadas que nosotros. Créanme, lo sé: estuve viviendo con ellas durante más de...

Uno de los policías golpeó a Richard en la parte de atrás de la cabeza, y éste cayó al suelo, sangrando. Katie se levantó de un salto, pero Franz la retuvo con ambos brazos. Richard se tomaba el costado de la cabeza, mientras Archie y él eran conducidos fuera del salón.

Los dos amigos estaban en un pequeño calabozo de la comisaría de Hakone, no lejos del palacio de Nakamura.

—¿Está bien tu cabeza? —preguntó Archie con colores.

—Creo que sí, aunque todavía se está hinchando.

—Nos van a matar, ¿no? —dijo Archie después de un breve silencio.

—Probablemente —contestó Richard, con tono sombrío.

—Gracias por intentar —dijo Archie después de un breve silencio.

Richard se encogió de hombros.

—No sirvió de mucho... De todos modos, es a ti a quien se debe agradecer: si no te hubieses ofrecido como voluntario, todavía estarías sano y salvo en la Ciudad Esmeralda.

Richard fue hacia el lavabo que había en el rincón de la celda, para limpiar la tela que apretaba contra la herida de su cabeza.

—¿No me dijiste que la mayoría de los seres humanos cree en la vida después de la muerte? —le preguntó Archie, después que Richard volvió junto a él.

—Sí. Alguna gente cree que estamos reencarnados y que volvemos para vivir otra vez, ya sea como otro ser humano o, inclusive, como algún otro animal. Mucha otra cree que si se llevó una vida de bondad, hay una recompensa, una vida eterna en un sitio hermoso, desprovisto de tensiones, llamado Paraíso...

—Y tú, Richard —lo interrumpieron los colores de Archie—, personalmente, ¿en qué crees?

Richard sonrió y pensó durante varios segundos antes de responder.

—Siempre he creído que lo que sea que haya en nosotros que es único y define nuestra personalidad especial, individual, desaparece en el momento de la muerte. Oh, sí, claro, nuestros componentes químicos Pueden reciclarse y producir otros seres vivos, pero no hay verdadera continuidad, no en el sentido que algunos seres humanos llaman "alma"…

Rió.

—En este preciso momento, sin embargo, cuando mi mente lógica dice que no es posible que me quede mucho más tiempo de vida, una voz dentro de mí me suplica que adopte uno de esos cuentos de hadas Sobre la vida después de la muerte... Sería fácil, lo admito... Pero una conversión de último minuto de tal naturaleza no sería coherente con el modo en que viví todos estos años...

Richard caminó despacio hasta la parte delantera de la celda. Puso las manos sobre los barrotes y durante varios segundos se quedó con la mirada perdida en el corredor, sin decir palabra.

—¿Y qué piensan las octoarañas de lo que ocurre después de la muerte? —preguntó en voz baja, dándose vuelta para mirar de frente a su compañero de celda.

—Los Precursores nos enseñaron que cada vida es un intervalo finito, con un principio y un final. Cualquier ser individual, aun cuando es un milagro, no es tan importante en la arquitectura general de las cosas, Lo que importa, decían los Precursores, es la continuidad y la renovación. Desde el punto de vista de ellos, cada uno de nosotros es inmortal, no porque algo relacionado con un individuo específico viva para siempre, sino porque cada vida se convierte en un eslabón crítico, ya sea cultural o genéticamente, o ambas cosas, en la interminable cadena de la vida. Cuando los Precursores nos modificaron para que saliéramos de la ignorancia, nos enseñaron a no temer la muerte, sino a ir de buen grado a brindar apoyo para la renovación que habría de sobrevenir.

—¿Así que no experimentan ni pena ni miedo cuando se les acerca la muerte?

—Desde un punto de vista ideal, no —contestó Archie—. Esta es la manera aceptada en nuestra sociedad para enfrentar la muerte... Es mucho más fácil, empero, si, en el momento de la exterminación, un individuo está rodeado por amigos y por otros que representen la renovación que su muerte va a permitir.

Richard se acercó y pasó el brazo en tomo de Archie.

—Tú y yo sólo nos tenemos el uno al otro, amigo mío —dijo—, amén del conocimiento de que hemos tratado, juntos, de detener una guerra que probablemente terminará matando a miles de seres. No pueden existir muchas causas...

Se detuvo cuando oyó abrirse la puerta del bloque de celdas. El capitán de la policía local, junto con uno de sus hombres, se paró al costado, mientras cuatro biots, dos García y dos Lincoln, todos usando guantes, avanzaban por el pasillo hacia la celda de Richard y Archie. Ninguno de los biots habló. Uno de los García abrió la puerta y los cuatro se agolparon en la celda. Instantes después, las luces se apagaron, se oyó el sonido de un forcejeo durante varios segundos, Richard lanzó un alarido, y un cuerpo cayó contra los barrotes de la celda. Después, todo quedó en silencio.

—Ahora, Franz —dijo Katie, mientras abrían la puerta de la comisaría—, no tengas miedo de aplicar el rango: no es más que un capitán local. No te va a decir que no puedes ver a los prisioneros.

Entraron pocos segundos después que los dos funcionarios locales cerraran, detrás de los biots, la puerta que daba al bloque de celdas.

—Capitán Miyazawa —dijo Franz en su tono más oficial—, soy el capitán Franz Bauer, del cuartel central... He venido para visitar a los prisioneros.

—Tengo órdenes estrictas de la máxima autoridad, capitán Bauer —contestó el policía—, de no permitirle a *persona alguna* el acceso a ese bloque de celdas.

La sala quedó repentinamente sumida en la oscuridad.

—¿Qué pasa? —dijo Franz.

—Debe de habérsenos quemado un fusible —repuso el capitán Miyazawa—. Westermark, salga y revise los interruptores de circuito.

Franz y Katie oyeron un alarido. Después de lo que pareció una eternidad, oyeron abrirse la puerta del bloque de celdas y el sonido de pisadas. Tres biots salieron por la puerta de entrada de la comisaría, y las luces volvieron a encenderse con un parpadeo.

Katie corrió hacia la puerta.

—¡Mira, Franz! —aulló—. ¡Sangre, tienen sangre en la ropa! Giró sobre sus talones, frenética. —¡Tenernos que ver a mi padre!

Y pasó corriendo y dejando atrás a los tres policías en el corredor.

—¡Oh, Dios! —gritó, cuando se acercó a la celda y vio a su padre yaciendo en el piso, contra los barrotes. Había sangre por todas partes. —¡Está muerto, Franz! —gimió—. ¡Papito está muerto!

8

Nicole ya había mirado la videocinta dos veces. A pesar de sus ojos hinchados y de un absoluto agotamiento emocional, preguntó si podía verla una vez más. Junto a ella, Doctora Azul le alcanzó un vaso con agua.

—¿Estás segura de querer verla? —le preguntó.

Nicole asintió con la cabeza. "Una vez más", pensó, "no es mucho. Quiero que cada fotograma, no importa lo horrible que sea, se conserve para siempre en mi mente."

—Por favor, empieza desde la audiencia —pidió—. Velocidad normal hasta que los biots entran en el bloque de celdas. En ese momento redúcela hasta un octavo.

"Richard nunca quiso ser héroe", pensaba, mientras la videocinta repetía la escena de la audiencia. "Ese no era su estilo: únicamente fue con Archie para que no fuera preciso que yo lo hiciera." Dio un respingo cuando el guardia golpeó a Richard y éste se desplomó. "El plan estaba destinado al fracaso desde el comienzo", se dijo, mientras los policías de Nuevo Edén sacaban a Richard y Archie del palacio de Nakamura. "Todas las octoarañas lo sabían. Yo lo sabía. ¿Por qué no hablé después de mi premonición?"

Nicole le pidió a Doctora Azul que hiciera avanzar los fotogramas hasta llegar a los minutos finales. "Por lo menos, se tuvieron el uno al otro en el final", pensó mientras Richard y Archie mantenían su última conversación. "Y Archie trató de protegerlo..." Los cuatro biots aparecieron en pantalla y la película disminuyó su velocidad. Nicole vio en los ojos de Richard cómo la sorpresa se trocaba en miedo, cuando los biots entraron en la celda.

En el momento en que las luces se apagaron, la calidad de la película cambió: las imágenes infrarrojas tomadas por los cuadroides eran más parecidas a negativos fotográficos, donde se destacaban los niveles térmicos en cada fotograma. Los biots tenían aspecto fantasmagórico: en las imágenes infrarrojas, los ojos aparecían saltones.

En el momento en que la celda quedó a oscuras, uno de los García aferró a Richard por el cuello. Los otros tres se quitaron los guantes, dejando al descubierto dedos perforantes y aguzados, y manos afiladas como cuchillos. Cuatro de los poderosos tentáculos de Archie envolvieron al García que trataba de estrangular a Richard. Cuando el armazón del García se desintegró, y el biot se desplomó como un montón informe en el piso de la celda, los otros tres biots atacaron a Archie con furia. Richard trató de ayudarlo. Un Lincoln alcanzó el cuello de Archie con un salvaje golpe de la mano, y casi decapitó a la octoaraña. Richard lanzó un alarido cuando se sintió empapado por el fluido corporal interno de su amigo. Con Archie fuera de combate, los biots restantes atacaron a Richard, perforándole el cuerpo una vez y otra con estocadas de sus dedos. Cayó contra la parte delantera de la celda y se deslizó hacia el suelo. Su sangre y la de Archie, que tenían color diferente en la imagen infrarroja, corrían juntas y formaron un charco en el piso de la celda.

La película continuó, pero Nicole ya no miraba más. Ahora, por primera vez, entendió que su marido, Richard, el único amigo en verdad íntimo que tuvo jamás en su vida de adulta, realmente estaba muerto. En la pantalla, Franz guiaba a la sollozante Katie por el corredor y, después, el monitor quedó en blanco. Nicole no se movió. Estaba sentada absolutamente inmóvil, la mirada fija en el sitio donde las imágenes aparecían segundos atrás. No había lágrimas en sus ojos, su cuerpo no temblaba, parecía tener absoluto control de sí misma... y, sin embargo, no podía moverse.

Un nivel bajo de luz apareció en la sala de observación. Doctora Azul todavía estaba sentada al lado de Nicole.

—No creo —manifestó ésta con lentitud, sorprendida de que su voz tuviera un sonido tan lejano— que me haya dado cuenta las dos primeras veces... Quiero decir, debo de haber estado bajo conmoción... quizá todavía lo estoy... —No pudo continuar. Tenía problemas para respirar.

—Necesitas un sorbo de agua y un poco de descanso —dijo Doctora Azul.

"A Richard lo asesinaron. Richard está muerto."

—Sí, por favor —dijo con voz débil.

"Nunca más volveré a verlo. Nunca más volveré a hablarle."

—Agua fría, si tienes.

"Lo vi morir. Una vez. Dos veces. Tres veces. Richard está muerto."

Había otra octoaraña en la sala de observación. Estaban hablando, Pero Nicole no les pudo seguir los colores. "Richard se fue para siempre. Estoy sola." Doctora Azul sostenía el agua junto a los labios de Nicole, pero ésta no podía beber. "A Richard lo asesinaron." No hubo nada más, salvo la negrura.

Alguien le sostenía la mano. Era una mano cálida, agradable, que acariciaba la de ella con delicadeza. Abrió los ojos.

—Hola, mamá —dijo Patrick en voz baja—. ¿Te sientes un poco mejor?

Nicole volvió a cerrar los ojos. "¿Dónde estoy?", pensó. Entonces recordó: "Richard está muerto. Debo de haberme desmayado."

—Hummm —dijo.

—¿Quieres agua? —preguntó Patrick.

—Sí, por favor —susurró. Su voz sonaba rara. Trató de sentarse y beber el agua. No pudo hacerlo.

—Tómalo con calma —dijo Patrick—. No hay prisa.

La mente de Nicole empezó a funcionar:

"Debo decirles", pensó, "Richard y Archie están muertos. Vienen los helicópteros. Debemos tener cuidado y proteger a los niños."

—Richard —logró decir.

—Lo sabemos, mamá —contestó Patrick.

"¿Cómo lo supieron?", pensó. "Soy la única que queda que puede leer colores..."

—Las octoarañas se esforzaron mucho por escribir todo. No era un inglés perfecto, pero entendimos lo que nos estaban diciendo. .. Nos contaron también lo de la guerra...

"Bien", pensó Nicole. "Ya saben. Puedo dormir." Desde algún rincón de su cabeza todavía llegó un eco:

"Richard está muerto."

—De vez en cuando puedo oír las bombas, pero, por lo que sé, ninguna de ellas cayó sobre la cúpula aún. —Era la voz de Max. —Quizá no hayan descubierto dónde está la ciudad.

—Debe de estar completamente a oscuras desde afuera —aventuró Patrick—. Engrosaron el dosel vegetal y no hay luces en las calles.

—Las bombas deben de estar alcanzando el Dominio Alternativo. No habría manera de que las *octos* pudieran ocultar su existencia conjeturó Max.

—¿Qué están haciendo las octoarañas? —preguntó Patrick—. ¿Sabemos, siquiera, si están contraatacando?

—No con certeza —repuso Max—, pero no puedo creer que todavía se lo pasen sentadas, sin hacer nada.

Nicole oyó pisadas suaves en el pasillo.

—Los chicos realmente están mostrando síntomas serios de enclaustramiento —dijo Nai— ¿Crees conveniente que los deje jugar afuera...? Las bengalas indicadoras de que pasó el peligro se dispararon hace media hora.

—No veo por qué no —convino Patrick—, pero diles que entren si ven una bengala u oyen bombas.

—Estaré ahí afuera con ellos —lo tranquilizó Nai.

—¿Qué hace mi esposa? —preguntó Max.

—Lee con Benjy —contestó Nai—. Marius está durmiendo.

Nicole se volvió hacia el otro lado. Pensó en intentar sentarse, pero se sentía tan cansada... Empezó a soñar despierta, recordando su niñez:

"¿Qué se necesita para ser princesa?", le preguntó a su padre la pequeña Nicole.

"O bien un rey como padre, o bien un príncipe como marido", le contestó él. Sonrió y la besó.

"Pues entonces, ya soy princesa", le dijo la pequeña Nicole, "porque tú eres un rey para mí..."

—¿Cómo está Nicole? —preguntó Eponine.

—Volvió a agitarse esta mañana —repuso Patrick—. La nota de Doctora Azul decía que puede ser que mamá se siente hoy a la noche o mañana. También decía que comprobaron que el ataque no fue grave, que el corazón no quedó dañado en forma permanente, y que ella está respondiendo bien al tratamiento.

—¿La pu-puedo ver a-hora? —preguntó Benjy.

—No, Benjy, todavía no —dijo la voz de Eponine—; todavía está descansando.

—Las octoarañas realmente han sido grandiosas, ¿no? —comentó Patrick—. Aun en medio de esta guerra, se hicieron tiempo para escribirnos esos mensajes tan completos...

—Hasta hicieron de mí un creyente —admitió Max—… y jamás pensé que eso fuera posible.

"Así que tuve un ataque cardíaco", pensó Nicole. "No me desmayé solamente porque Richard...", al principio no pudo completar la oración, "... porque él se fue."

Estaba a la deriva en la zona crepuscular entre la vigilia y el sueño, hasta que oyó una voz familiar que pronunciaba su nombre:

“¿Eres tú, Richard?", preguntó emocionada.

"Sí, Nicole", respondió él.

“¿Dónde estás? Quiero verte", pidió ella, y, en medio de la pantalla en la que se proyectaba su sueño, apareció el rostro de él. "Estás maravilloso", dijo, "¿te sientes bien?"

"Sí", respondió Richard, "pero debo hablar contigo."

“¿De qué se trata, querido?"

“Debes seguir adelante sin mí", dijo él, "debes dar el ejemplo a los demás." El rostro de Richard empezó a cambiar del modo en que lo hacen las nubes.

" Por supuesto", asintió Nicole, "pero, ¿adónde vas?" No pudo verlo más

"Adiós", dijo la voz de Richard.

"Adiós, Richard", contestó Nicole.

Cuando despertó la siguiente vez, había claridad en su mente. Se sentó en la cama y miró en derredor. Estaba oscuro, pero pudo darse cuenta de que estaba en su propia habitación, en la casa de la Ciudad Esmeralda.

No podía oír sonido alguno. Supuso que era de noche. Hizo a un lado los cobertores y pasó las piernas por sobre el borde de la cama. "Hasta ahora, todo va bien", pensó. Bajó de la cama muy despacio y se puso de pie de a poco: sentía las piernas vacilantes.

Había un vaso con jugo en la mesa auxiliar que estaba al lado de la cama. Dio dos pasos con cautela, tomándose de la cama con la mano derecha, y levantó el vaso: el jugo estaba delicioso. Satisfecha consigo misma, empezó a caminar hacia el placard para buscar ropa. Pero se sintió aturdida después de dar algunos pasos, y se dirigió de vuelta a la cama.

—¿Mamá? —oyó decir a Patrick—, ¿eres tú? —Pudo ver la silueta de él recortada en el vano de la puerta.

—Sí, Patrick.

—Bueno —dijo él—, ¿por qué no tenemos luz? —Golpeó en la pared y una luciérnaga voló hacia el medio de la habitación. —¡Dios Santo! —exclamó—, ¿qué estás haciendo levantada?

—No puedo permanecer en la cama para siempre —respondió Nicole.

—Pero no te deberías agitar al principio —arguyó Patrick, acercándosele y ayudándola el resto del trayecto de vuelta a la cama.

Nicole le aferró el brazo.

—Escúchame, hijo: no tengo intención de ser una inválida ni quiero que se me trate como si lo fuese —manifestó—. Espero volver a ser como era dentro de unos días, de una semana a lo sumo.

—Sí, mamá —dijo Patrick, con una sonrisa de preocupación.

Doctora Azul estaba encantada con la recuperación de Nicole. Cuatro días después caminó, si bien con lentitud, y, con un poco de ayuda de Benjy, pudo hacer todo el trayecto de ida desde la casa hasta la parada del transporte, ida y vuelta.

—No te exijas demasiado —le recomendó Doctora Azul durante un examen vespertino—. Lo estás haciendo excelentemente, pero me preocupo. ..

Cuando la octoaraña hubo terminado y se preparaba para salir de la habitación, Max entró y anunció que dos octoarañas más esperaban en la puerta de calle. Doctora Azul se apresuró a salir, volviendo minutos más tarde con la Optimizadora Principal y uno de los miembros de su gabinete.

La Optimizadora Principal primero pidió disculpas, tanto por haber venido en forma inesperada como por no haber esperado a que Nicole se hubiera recuperado por completo.

—Pero —añadió—, nos encontramos en una situación de emergencia, y sentimos que necesitábamos comunicarnos con usted de inmediato.

Nicole sintió que se le aceleraba el pulso y trató de calmarse.

—¿Qué ocurrió?

—Es probable que haya advertido que no hubo bombardeos durante estos últimos días. Los seres humanos suspendieron temporariamente los ataques con helicóptero, mientras evaluaban nuestro ultimátum... Hace cinco días mandamos el mismo mensaje escrito a cada uno de los tres vivacs. El mensaje decía que ya no podíamos tolerar los bombardeos y que íbamos a utilizar nuestra tecnología superior para lanzar un ataque decisivo, si las hostilidades no cesaban de inmediato... Como ilustración de nuestra capacidad tecnológica, en el mensaje incluimos un registro cronológico, nillet por nillet, de todo lo que Nakamura, así, como Macmillan, habían hecho durante dos días normales de la semana pasada.

"Los dirigentes humanos estaban frenéticos: sospechaban que, de algún modo, habíamos sobornado a algún alto funcionario del gobierno, y que ahora también sabíamos todos sus planes de guerra. Macmillan recomendó aceptar nuestra tregua y retirarse de nuestro territorio. Nakamura estaba furioso: le prohibió a Macmillan estar en su presencia y reorganizó su estructura de comando. En privado, admitió ante su jefe de seguridad que una retirada en cualquier terreno arruinaría su posición en la colonia.

"Anteayer, alguien le sugirió a Nakamura que, quizá, su hija, Ellie, podría saber algo respecto de cómo habíamos obtenido nuestra información: la llevaron a palacio y la interrogó Nakamura en persona. Al principio levemente cooperante, Ellie reconoció que, en algunos campos, estábamos más evolucionados que los seres humanos. También expresó su convicción de que estaba enteramente dentro de nuestras posibilidades la obtención de informaciones sobre los sucesos que tenían lugar en Nuevo Edén, sin tener que utilizar espías u otros medios convencionales para recoger datos de inteligencia.

"Como fue tan directa, Nakamura quedó convencido de que Ellie sabía más que lo que estaba diciendo. Le hizo preguntas durante horas sobre muchos temas, entre ellos nuestra capacidad militar potencial y la geografía de nuestros dominios. Con astucia, Ellie evitó revelar cualquier tipo de información crítica, nunca mencionó la Ciudad Esmeralda, por ejemplo, y repetidamente respondió que nunca había visto arma alguna y, ni siquiera, soldados. Nakamura no le creyó. Al fin, hizo que la pusieran en prisión y le pegaran. Desde entonces, Ellie se mantuvo desafiantemente silenciosa, a pesar del violento tratamiento adicional.

La Optimizadora Principal hizo una pausa: Nicole había empalidecido en forma notable durante la descripción de los malos tratos infligidos a Ellie. La octoaraña gobernante se volvió hacia Doctora Azul.

—¿Debo continuar? —preguntó.

Max y Patrick estaban parados en el vano de la puerta. No podían, claro está, entender lo que estaba diciendo la Optimizadora Principal, pero pudieron ver la palidez de Nicole. Patrick entró en la habitación.

—Mi madre ha estado muy enferma... —intervino.

—No hay problema —replicó Nicole, alejándolo con un movimiento de la mano. Hizo una inhalación profunda. —Por favor, prosiga —le dijo a la Optimizadora Principal.

—Nakamura —continuó la Optimizadora Principal— se convenció a sí mismo y a sus principales lugartenientes de que nuestra amenaza es pura bravata. Cree que aun cuando nuestra tecnología esté muy evolucionada en algunos sectores, no poseemos capacidad militar... En su última reunión con el estado mayor, hace sólo unos ters, estuvo de acuerdo con un plan para bombardearnos hasta hacer que nos sometamos, utilizando todo el poder de fuego de que disponen. La primera de las incursiones en gran escala empezará por la mañana.

"Por consiguiente, y con renuencia, hemos llegado a la conclusión de que ahora debemos pelear: el no hacerlo podría poner en peligro la supervivencia de nuestra colonia. Antes de venir hasta usted, autoricé la instrumentación del Plan de Guerra número cuarenta y uno, una de nuestras reacciones de intensidad intermedia. Este plan no implica la aniquilación de los colonos de Nuevo Edén, sino que debe ser lo suficientemente devastador como para hacer que la guerra llegue a un rápido final. Nuestros analistas estiman que morirán entre veinte y treinta por ciento de los seres humanos...

La Optimizadora Principal se detuvo cuando vio la expresión de dolor en el rostro de Nicole, que pidió algo para beber.

—¿Se nos permite conocer más detalles sobre el ataque de ustedes? —preguntó Nicole lentamente, después que terminó de beber el vaso de agua.

—Hemos elegido un agente microbiológico, desde el punto de vista químico muy parecido a una enzima, que interfiere con la reproducción celular en la especie de ustedes. Los seres humanos jóvenes y sanos, de menos de cuarenta años más o menos, tienen defensas naturales suficientemente fuertes como para poder soportar la embestida del agente. Los de más edad o los que no están sanos sucumbirán con rapidez: sus células no podrán reproducirse en forma adecuada

y su cuerpo sencillamente dejará de funcionar... Hemos empleado sangre, piel y otras células tomadas de todos ustedes aquí, en la Ciudad Esmeralda, para verificar nuestras predicciones teóricas. Estamos completamente seguros de que los jóvenes saldrán indemnes.

—Nuestra especie considera inmoral la guerra biológica —dijo Nicole, después de un breve intervalo.

—Somos conscientes —le aseguró la Optimizadora Principal— de que, dentro de la escala de valores de ustedes, algunos tipos de actividad bélica son más admisibles que otros. Para nosotros, todo tipo de guerra es inadmisible. Sólo luchamos si nos es absolutamente necesario. No podemos imaginar que haya alguna diferencia para los seres muertos, si lo fueron por un arma portátil, una bomba, un dispositivo termonuclear o un agente biológico... Además, debemos devolver el ataque con cualesquiera armas que poseamos...

Se produjo un prolongado silencio. Nicole suspiró y meneó la cabeza:

—Supongo —dijo por fin— que debo estar agradecida por que nos haya dicho qué está sucediendo en esta estúpida guerra, aun cuando el espectro de tantas muertes es muy aterrador. Ojalá pudiera haber existido algún otro resultado...

Las tres octoarañas se dispusieron a salir de la habitación. Max y Patrick empezaron a hacerle preguntas a Nicole antes siquiera de que las visitantes se hubieran ido de la casa.

—Basta —pidió ella, fatigada—. Primero hagan venir a los demás. Quiero explicar una sola vez lo que las octoarañas me dijeron.

Nicole no podía dormir. No importaba cuán intensamente lo intentara, no podía dejar de pensar en la gente que iba a morir en Nuevo Edén. Caras, caras de gente mayor principalmente, caras de gente a la que conocía y con la que había trabajado durante sus activos días en la colonia, aparecían y desaparecían en su mente.

"¿Y qué pasará con Katie y Ellie?", pensaba. "¿Qué pasará si las octoarañas cometieron un error?" Se representó a Ellie tal como la había visto la última vez: en su casa con su marido y su hija, Nicole rememoró las discusiones que había presenciado entre Ellie y Robert. El semblante cansado, desgastado, de Robert permaneció fijo en su imagen mental. "Y Robert, ¡oh, mi Dios! Es mayor y no se cuida en absoluto."

Se retorcía en la cama, frustrada por su incapacidad para hacer algo. Por fin, decidió sentarse en la oscuridad. "Me pregunto si es demasiado tarde", se preguntó. Volvió a pensar en Robert. "No estoy de acuerdo con él. Ni siquiera estoy segura de que sea un buen marido para Ellie... pero sigue siendo el padre de Nikki."

Un plan había empezado a cobrar forma en su mente. Con suma cautela se deslizó fuera de la cama y cruzó la habitación hasta el placard. Se puso alguna ropa. "Tal vez no sea capaz de ayudar", pensaba, “pero, por lo menos, sabré que lo intenté."

Estuvo especialmente silenciosa en la sala de estar. No quería despertar a Patrick o Nai, que dormían en el cuarto de Ellie desde que ella tuvo el ataque cardíaco. "Simplemente me harían regresar a la cama."

Afuera, en la Ciudad Esmeralda, estaba casi tan oscuro como el interior de la casa. Nicole se paró en el portal de acceso, esperando a que sus ojos se acomodaran lo suficiente como para permitirle encontrar la casa de al lado. Al cabo de un rato pudo discernir algunas sombras. Bajó el porche y dobló hacia la derecha.

Su avance era lento: daba media docena de pasos y, después, se detenía para mirar en derredor. Le tomó varios minutos llegar al patio interior de la casa de Doctora Azul.

"Ahora, con un poco de suerte", pensó Nicole, recordando, "ella debería estar durmiendo en la segunda habitación de la izquierda." Cuando entró en la habitación para dormir de la octoaraña, dio un leve golpe sobre la pared: una luciérnaga iluminó, con luz mortecina, a dos octoarañas que yacían formando un solo montón. Doctora Azul y Jamie dormían con los cuerpos apretados entre sí y los tentáculos enredados de modo confuso. Nicole se acercó y tocó a Doctora Azul en la parte superior de la cabeza. No hubo reacción. La palmeó un poco más fuertemente la segunda vez, y el material que formaba la lente de Doctora Azul empezó a moverse en forma circular.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó segundos después Doctora Azul, con colores.

—Necesito tu ayuda. Es importante.

La octoaraña se movió con mucha lentitud, tratando de desenmarañar sus tentáculos sin molestar a Jamie. No logró su propósito: la octoaraña más joven despertó de todos modos. Doctora Azul le dijo que volviera a dormir y arrastró los tentáculos, yendo hacia el patio interior al lado de Nicole.

—Deberías estar en la cama —la reconvino.

—Lo sé —repuso Nicole—, pero ésta es una emergencia. Necesito hablar con la Optimizadora Principal, y me gustaría que fueses conmigo.

—¿A esta hora de la noche?

—No sé cuánto tiempo tenemos. Tengo que ver a la Optimizadora Principal antes que esos agentes biológicos empiecen a matar gente en Nuevo Edén... Estoy preocupada por Katie, y por toda la familia de Ellie también...

—Nikki y Ellie no resultarán lesionadas. Katie debe de ser suficientemente joven también, si entendí...

—Pero los sistemas de Katie están arruinados por todos los estupefacientes —la interrumpió Nicole—. Su cuerpo probablemente se comporte como si fuese viejo... y Robert está completamente desgastado como consecuencia de trabajar todo el tiempo...

—No estoy segura de entender lo que me estás diciendo —dijo Doctora Azul—. ¿Por qué quieres ver a la Optimizadora Principal?

—Para suplicarle que dé un tratamiento especial a Katie y Robert, suponiendo, claro está, que Ellie y Nikki estén perfectamente bien... Debe de existir alguna manera, con la magia de ustedes para la biología, de que se los excluya y se los pase por alto... por eso es que quiero que vengas conmigo... Para respaldar mi alegato.

La octoaraña no dijo nada durante varios segundos.

—Muy bien, Nicole —accedió por fin—, iré contigo. Aun cuando creo que deberías estar descansando en la cama... Y dudo de que haya algo que se pueda hacer.

—Muchas gracias —dijo Nicole, olvidándose de sí misma durante un instante y estrechando a Doctora Azul en un fuerte abrazo alrededor del cuello.

—Tienes que prometerme una cosa —señaló Doctora Azul mientras salían juntas por la puerta de calle—. No debes someterte a un excesivo esfuerzo esta noche... Dime si te sientes débil.

—Hasta me apoyaré en ti mientras caminamos —convino Nicole con una sonrisa.

La poco común pareja salió lentamente a la calle. Dos de los tentáculos de Doctora Azul sostenían a Nicole en todo momento. De todos modos, las actividades y emociones del día se habían cobrado su tributo de la escasa reserva de energías de Nicole: se sintió fatigada antes de que llegaran a la parada del transporte.

Nicole se detuvo para descansar. Los distantes sonidos que había estado oyendo sin darse cuenta se volvieron más notables.

—Bombas —dijo—, muchas.

—Se nos advirtió que debíamos esperar incursiones de helicópteros —confirmó la octoaraña—, pero me pregunto por qué no hubo bengalas. ..

De repente, parte del dosel en forma de cúpula que estaba sobre ellas estalló como una gigantesca bola de fuego. Instantes después, se oyó un sonido ensordecedor. Se tomó con fuerza de Doctora Azul y miró con fijeza el infierno que se había desencadenado por encima de ellas: entre las llamas creyó ver lo que quedaba de un helicóptero. Pedazos ardientes de la cúpula estaban cayendo desde el cielo, algunos estrellándose a no más de un kilómetro.

Nicole no podía recuperar el aliento. Doctora Azul pudo ver el esfuerzo en su rostro.

—Nunca voy a lograrlo —se quejó Nicole. Se aferró de la octoaraña con todas las fuerzas que le quedaban. —Debes ir y ver a la Optimizadora Principal sin mí —dijo—. Como amiga mía. Pídele, no, *ruégale*, que haga algo por Katie y Robert... Dile que es un favor personal... para mí...

—Haré lo que pueda —contestó Doctora Azul—, pero, primero, debemos llevarte de vuelta...

—¡Mamá! —Oyó Nicole a Patrick gritar detrás de ella. Venía corriendo por la calle hacia ellas. Cuando las alcanzó, Doctora Azul subió al transporte. Nicole alzó la vista hacia la cúpula, en el preciso instante en que la hélice del helicóptero, envuelta en follaje ardiente, caía desde lo alto y se estrellaba a lo lejos.

9

Katie dejó caer la jeringa en la pileta y se miró en el espejo.

—Eso es —dijo en voz alta—, así es mucho mejor... Ya no estoy temblando. —Llevaba el mismo vestido que usaba durante la audiencia de su padre. También había tomado esa decisión la semana pasada, cuando le contó a Franz lo que estaba planeando hacer.

Dio una vuelta, observando su reflejo con mirada crítica. "¿Qué es esa hinchazón en el antebrazo?", se preguntó; no la había visto antes: en el brazo derecho, a mitad de camino entre el codo y la muñeca, había una protuberancia del tamaño de una pelota de golf. La frotó. La hinchazón era blanda cuando se la apretaba, pero ni dolía ni producía comezón, a menos que se la tocara directamente.

Se encogió de hombros y entró en la sala de estar. Los papeles que tenía preparados estaban tirados sobre la mesita de café. Fumó un cigarrillo mientras organizaba el documento. Después colocó los papeles en un sobre grande.

La llamada telefónica proveniente de la oficina de Nakamura había llegado esa mañana. La dulce voz femenina le informó que Nakamura podría verla a las cinco en punto de la tarde. Cuando volvió a poner el microteléfono sobre la horquilla, apenas podía contenerse: casi no tenía esperanzas de poder verlo siquiera. Tres días atrás, cuando lo llamó para fijar una cita en la que "iban a hablar sobre sus negocios en común, la recepcionista de Nakamura le manifestó que su jefe estaba ocupado en extremo con el esfuerzo de la guerra y no concedía citas que no estuviesen relacionadas con ese esfuerzo.

Katie volvió a mirar el reloj de pulsera: faltaban quince minutos para las cinco. Caminar desde su departamento hasta el palacio llevaría diez minutos. Tomó el sobre y abrió la puerta del departamento.

La espera estaba destruyendo su confianza en sí misma. Ya eran las seis de la tarde y todavía ni se la había admitido en el sanctasantórum interior, la sección japonesa del palacio en la que Nakamura trabajaba y vivía. Dos veces, Katie había ido al baño de mujeres, y ambas veces averiguó, mientras regresaba a su asiento, si la espera se iba a prolongar mucho más: la muchacha que estaba en el escritorio junto a la puerta respondió, las dos veces, con un gesto vago de desconocimiento.

Katie estaba luchando consigo misma: el kokomo comenzaba a perder efecto y la estaban invadiendo las dudas. Mientras fumaba en el baño, trató de olvidar su ansiedad pensando en Franz: recordaba la última vez que hicieron el amor. Cuando ya se iba, su mirada indicó que estaba apesadumbrado. "Sí, me ama", pensó, "a su manera..."

La muchacha japonesa estaba de pie junto a la puerta:

—Puede entrar ahora —dijo. Katie volvió a cruzar la sala de espera y entró en la sección principal del palacio. Se sacó los zapatos, los puso en un anaquel y caminó por el *tatami*[2] nada más que con las medias puestas. Una escolta, una policía llamada Marge, la saludó y le indicó que la siguiera. Al tiempo que aferraba el sobre con papeles en una mano, Katie caminó detrás de la mujer policía durante diez o quince metros, hasta que se abrió una mampara a su derecha:

—Por favor, entre —dijo Marge.

Otra policía, oriental pero no japonesa, estaba aguardando en la habitación. Portaba un arma de puño en una pistolera sobre la cadera.

—La seguridad en torno de Nakamura-san[3] es especialmente rígida en este preciso momento —explicó Marge—. Tenga a bien quitarse todas sus ropas y joyas.

—¿Todas mis ropas? —preguntó Katie—. ¿Incluso la bombacha?

—Todo —dijo la otra mujer.

---

[2] Piso de estera que recubre el de la habitación japonesa, generalmente de madera. (N. del T.)

[3] *San* es un sufijo —equivalente, según el caso, a “señor”, “señora” o “señorita”— que forma parte del trato cortés normal en japonés. (N. del T.)

Toda la ropa de Katie se dobló con sumo cuidado y colocó en una canasta que se marcó con su nombre. Las joyas fueron a una caja especial. Mientras Katie permanecía desnuda, Marge la revisó por todas partes, incluidas las zonas íntimas. Hasta le inspeccionó el interior de la boca, manteniéndole la lengua bajada durante casi treinta segundos. Después, le entregó un *yukata*[4] azul y blanco y un par de sandalias japonesas.

—Ahora puede ir con Bangorn a la última sala de espera —señaló Marge.

Katie recogió su sobre y empezó a andar. La policía oriental la detuvo:

—*Todo* se queda acá —dijo.

—¡Pero ésta es una reunión de negocios! —protestó Katie—. ¡Lo que quiero discutir con el señor Nakamura está en este sobre!

Las dos mujeres abrieron el sobre y sacaron los papeles. Miraron de contraluz cada papel por separado y, después, lo hicieron pasar por una especie de máquina clasificadora. Finalmente volvieron a poner los papeles en el sobre, y la mujer llamada Bangorn le hizo un ademán para que la siguiera.

La sala final de espera estaba a otros quince metros más adelante, yendo por el vestíbulo. Una vez más, Katie tuvo que sentarse y esperar. Podía sentir que empezaba a temblar. "¿Cómo pudo habérseme ocurrido que esto podría resultar?", se dijo. "¡Qué tonta soy!"

Mientras estaba sentada, empezó a anhelar el kokomo con desesperación. No podía recordar alguna vez en que hubiera deseado algo tan intensamente. Con el temor de ponerse a llorar, le preguntó a Bangorn si podía ir otra vez al baño. La policía la acompañó. Por lo menos, pudo lavarse la cara.

Cuando regresaron las dos, Nakamura en persona estaba parado en la sala de espera. Katie creía que el corazón se le iba a escapar del pecho. "Esto es el fin", le dijo su voz interior. Nakamura llevaba un quimono amarillo y negro cubierto con flores brillantes.

—Hola, Katie —saludó con sonrisa lasciva—. No te he visto desde hace mucho.

—Hola, Toshio-san —contestó ella, con voz quebrada.

Lo siguió al interior de la oficina y se sentó, con las piernas cruzadas, ante una mesa baja. Nakamura estaba enfrente. Bangorn permaneció en la habitación, parada, sin llamar la atención en un rincón.

" ¡Oh, no!", se dijo Katie cuando la policía no se fue, "¿qué hago ahora?"

—Pensé —dijo un instante después— que te debía desde hace mucho un informe sobre la marcha de nuestros negocios. —Sacó el documento del sobre. —A pesar de la mala situación económica, hemos logrado incrementar nuestras ganancias en un diez por ciento. En esta hoja con el resumen —dijo, alcanzándosela— puedes ver que, aunque disminuyeron los ingresos de Vegas, la participación local, donde los precios son menores, ascendió de manera importante. Incluso en San Miguel...

Nakamura echó una rápida mirada al papel y, después, lo dejó sobre la mesa:

—No necesitas mostrarme dato alguno —manifestó—. Todos saben qué maravillosa mujer de negocios eres. —Extendió el brazo hacia su izquierda y trajo una caja grande de laca negra. —Tu desempeño ha sido descollante —dijo—. Si los tiempos no fueran tan difíciles, no te quepa la menor duda de que merecerías un aumento de cuantía... Tal como están las cosas, querría ofrecerte este obsequio, como muestra de mi aprecio.

Nakamura empujó la caja sobre la mesa, hacia ella.

—Gracias —dijo Katie, admirando las montañas y la nieve taraceadas en la tapa. En verdad, era hermosa.

—Ábrela —dijo, extendiendo la mano para tomar uno de los caramelos envueltos que había en un bol, sobre la mesa.

Katie abrió la caja: estaba llena de kokomo. Una legítima sonrisa de deleite le cruzó por el rostro.

—Gracias, Toshio-san. Eres sumamente generoso.

—Puedes probarlo —dijo él ahora, con amplia sonrisa—. No me ofenderás.

Katie se puso una pequeña cantidad del polvo en la lengua: era de máxima calidad. Sin vacilar, con el pulgar y el índice tomó de la caja una porción grande y, con el meñique, la aplicó contra la ventana izquierda de la nariz. Al tiempo que se tapaba la derecha, inhalaba profundamente. Hizo inspiraciones lentas y profundas, mientras la embestida del estupefaciente hacía su efecto. Después rió:

—¡Huyyy! —comentó sin la menor inhibición—. ¡Esta es *merca* de la buena!

—Pensé que te gustaría —dijo Nakamura. Con aire indolente, arrojó la envoltura del caramelo en el pequeño cesto para papeles que había al lado de la mesa.

[4] 3 Bata sin botones que se puede cerrar con un *obi*, un cinturón ancho. (N. del T.)

"Estará ahí, en alguna parte", Katie oyó la voz de Franz dentro de su cabeza. "En algún sitio que pase inadvertido. Mira en los cestos para papeles. Mira detrás de las cortinas."

El dictador de Nuevo Edén le estaba sonriendo desde el otro lado de la mesa.

—¿Había algo más que quisieras decirme? —preguntó.

Katie tomó una profunda bocanada de aire mientras sonreía:

—Nada más que esto —dijo, y se estiró hacia adelante, apoyó los codos sobre la mesa y lo besó en los labios. Instantes después, sintió las rudas manos de la policía en los hombros... —Esta es una pequeña muestra de mi agradecimiento por el kokomo.

Katie no se había equivocado al juzgarlo: la lujuria que se leía en los ojos de Nakamura era inconfundible. Con un rápido ademán, el tirano ordenó a Bangorn que se fuera:

—Puedes dejarnos ahora —le dijo, mientras se levantaba de su asiento—. Ven acá, Katie. Dame un beso de verdad.

Katie revisó el pequeño cesto para papeles, mientras bailaba en torno de la mesa: no había más que envolturas de caramelos. "Pero claro", pensó, “eso sería demasiado obvio... Ahora debo hacer las cosas bien”. Incitó a Nakamura, primero con un solo beso y, después, con otro. Su lengua hizo cosquillas en los labios y la lengua del hombre. Después se apartó de él con rapidez. sin dejar de reír. Nakamura empezó a seguirla.

—No —dijo Katie, retrocediendo de espaldas hacia la puerta—, aún no... apenas estamos empezando.

Nakamura se quedó quieto y sonrió:

—Había olvidado lo talentosa que eres —declaró—. Esas chicas son afortunadas al tenerte como tutora.

—Se necesita un hombre excepcional para hacer que aflore lo mejor que hay en mí —dijo Katie, cerrando la puerta con cerrojo. Su mirada recorrió velozmente la oficina y se posó en otro pequeño cesto para papeles, que estaba más alejado, en el rincón opuesto.

"Ese sería el sitio perfecto", se dijo, agitada.

—¿Vas a quedarte parado ahí, Toshio? —lo desafió entonces—. ¿O vas a conseguirme un trago?

—Claro que sí —asintió Nakamura, yendo hacia el armario de licores, tallado a mano, situado debajo de la única ventana—. Whisky solo, ¿no era así?

—Tu memoria es fenomenal —aprobó Katie.

—Te recuerdo muy bien —declaró Nakamura, mientras preparaba dos tragos— ¿Cómo podría olvidar todos esos juegos, especialmente la princesa y el esclavo, que era mi favorito? Nos divertimos tanto con eso durante un tiempo...

"Hasta que insististe en traer otras mujeres. Y regadas de orina... y cosas aún más repugnantes”, pensó Katie. “Dejaste bien en claro que yo sola no era suficiente."

—Muchacho —ladró de repente, con tono imperativo—, estoy sedienta... ¿Dónde está mi trago?

Un rápido gesto de desagrado cruzó el rostro de Nakamura, antes de que se iluminara con una amplia sonrisa:

—Sí, Su Alteza —dijo llevándole una bebida, con la cabeza muy inclinada hacia abajo. Hizo una reverencia. —¿Hay algo más, Su Alteza? —preguntó con tono servil.

—Sí —respondió Katie, tomando la bebida con la mano izquierda y hurgando agresivamente con la derecha por debajo del quimono de Nakamura. Lo miró cerrar los ojos. Al tiempo que seguía excitándolo, lo besó con intensidad.

Se alejó de repente. Mientras él la contemplaba, Katie se quitaba lentamente su y*ukata*. Nakamura avanzó. Katie lanzó los brazos hacia adelante:

—Ahora, muchacho —ordenó—, apaga esas luces y tiéndete en la estera, de espaldas, al lado de la mesa.

Nakamura cumplió obedientemente. Katie fue hacia donde él estaba acostado.

—Ahora —dijo Katie, con tono más delicado—, recuerdas lo que tu Princesa necesita, ¿no? Lentamente, muy lentamente, sin la menor Prisa. —Katie bajó las manos y lo acarició.—Pues sí creo que Musashi está casi a punto...

Besó a Nakamura, acariciándole la cara y el cuello con los dedos.

Ahora, cierra los ojos —le susurró al oído— y cuenta hasta diez, con mucha lentitud.

—*Ichi, ni, san* —dijo él, jadeante.

Con asombrosa celeridad, Katie se lanzó al otro lado de la habitación, en pos del otro cesto. Hizo a un lado algunos papeles y encontró la pistola.

—… *shi, go, rioku*...

Con el corazón martillándole furiosamente, Katie levantó el arma, se volvió y se dirigió de vuelta junto a Nakamura.

——… *shichi, jachi, kiu*...

—Esto es por lo que le hiciste a mi padre —dijo Katie, encajándole el cañón del arma en la frente. Apretó el gatillo en el preciso instante en que el atónito Nakamura abría los ojos.

—Y esto es por lo que me hiciste a mí —continuó, disparándole tres balas contra los genitales en rápida sucesión.

Los guardias derribaron la puerta en cuestión de segundos, pero Katie fue demasiado rápida:

—Y esto, Katie Wakefield —terminó en voz alta, metiéndose el arma en la boca—, es por lo que te hiciste a ti misma.

Ellie despertó cuando oyó las llaves raspando la cerradura de su celda. Se frotó los ojos.

—¿Eres tú, Robert? —preguntó.

—Sí, Ellie —respondió él, entrando en la celda al mismo tiempo que ella se incorporaba. La rodeó con los brazos y la apretó con apasionamiento.

—¡Estoy tan contento de verte! —declaró—, Vine no bien Hans me contó que los guardias habían abandonado la comisaría.

Besó a su perpleja esposa.

—Lo lamento terriblemente, Ellie —confesó—. Yo estaba muy, muy equivocado.

A Ellie le demoró unos segundos ubicarse.

—¿Que *abandonaron* la comisaría? —repitió— ¿Por qué, Robert? ¿Qué pasa?

—Un completo y total caos —informó, deprimido. Se lo veía irremediablemente derrotado.

—¿Qué quieres decir, Robert? —preguntó Ellie, súbitamente asustada— Nikki está bien, ¿no?

—Está muy bien, Ellie... Pero la gente está muriendo a carradas... y no sabemos por qué... Ed Stafford se desplomó hace una hora y murió antes que yo pudiera examinarlo siquiera... Es una especie de monstruosa peste.

“Las octoarañas", pensó Ellie de inmediato, "finalmente devolvieron el golpe." Sostuvo a su marido contra su pecho, mientras él sollozaba. Después de varios segundos, Robert se apartó.

—Lo siento, Ellie... Hubo tanta baraúnda... ¿Tú estás bien?

—Estoy muy bien, Robert... Nadie me interrogó ni torturó desde hace varios días... pero, ¿dónde está Nikki?

—Está con Brian Walsh en nuestra casa. ¿Recuerdas a Brian, el amigo con el que Richard mantenía contacto a través de la computadora? Estuvo ayudándome a cuidar de Nikki desde que te fuiste... Pobre tipo, encontró a los padres muertos anteayer, cuando despertó.

Ellie salió de la comisaría con Robert, que hablaba sin parar divagando de un tema a otro; pero de su cháchara casi incoherente, Ellie consiguió comprender algunas cosas: según él, en Nuevo Edén se habían producido más de trescientas muertes inexplicables tan sólo en los dos días pasados. Y no se vislumbraba la terminación de todo eso.

—Es extraño —murmuró él—, murió nada más que un niño... La mayor parte de las víctimas era gente mayor.

Frente a la comisaría de Beauvois, una mujer desesperada, de algo más de treinta años, reconoció a Robert y lo asió con fuerza:

—¡Debe venir conmigo, doctor, en seguida! —aulló, con voz chillona—. Mi marido está inconsciente... Estaba sentado ahí conmigo, almorzando, y empezó a quejarse de una jaqueca. Cuando volví de la cocina, estaba tendido en el piso... Temo que esté muerto.

—Ya ves... —murmuró Robert, volviéndose hacia su esposa.

—Ve con ella —dijo Ellie—, y después al hospital, si tienes que hacerlo... Yo iré a casa y cuidaré de Nikki. Te estaré esperando. —Se inclinó y lo besó; empezó a decirle algo sobre las octoarañas, pero decidió no hacerlo.

—¡Mami, mami! —gritó Nikki. Corrió por el vestíbulo y saltó hacia los brazos de su madre. —¡Te extrañé, mamita!

—Y yo a ti, ángel mío. ¿Qué has estado haciendo?

—Estuve jugando con Brian. Es un hombre muy bueno: lee para mí y me enseña todo sobre los números.

Brian Walsh, que tenía poco más de veinte años, apareció con un libro de cuentos infantiles.

—Hola, señora Turner —saludó—. No sé si me recuerda...

—Claro que sí, Brian. Y puedes llamarme Ellie, a secas... Verdaderamente quiero agradecerte por ayudar con Nikki...

—Me complace hacerlo, Ellie. Es una gran niña... Mantuvo mi mente alejada de muchos pensamientos dolorosos...

—Robert me contó lo de tus padres —interrumpió Ellie—. Lo lamento profundamente.

Brian meneó la cabeza:

—Fue tan extraño... ambos estaban perfectamente bien la noche anterior, cuando se fueron a dormir. —Los ojos se le llenaron de lágrimas. —Parecían tan serenos...

Giró la cara y sacó un pañuelo para secarse los ojos.

—Varios de mis amigos dicen que esta peste, o lo que sea, fue ocasionada por las octoarañas. ¿Crees que podría ser que...?

—Posiblemente —convino Ellie—. Puede ser que las hayamos empujado más allá de su límite de tolerancia.

—¿Y ahora vamos a morir *todos*? —preguntó Brian.

—No lo sé. Verdaderamente, no lo sé.

Permanecieron en incómodo silencio durante varios segundos.

—Bueno, por lo menos tu hermana se deshizo de Nakamura —dijo Brian de repente.

Ellie estaba segura de no haber oído bien.

—¿De qué estás hablando, Brian?

—¿No te enteraste...? Hace cuatro días, Katie asesinó a Nakamura, y después se suicidó.

Ellie quedó pasmada. Permaneció mirando a Brian con fijeza, sin poder dar crédito a sus oídos.

—Ayer, papito me habló sobre la tía Katie —intervino Nikki—. Dijo que él quería ser quien me lo contara.

Ellie no podía articular palabra. La cabeza le daba vueltas. Logró despedirse de Brian y agradecerle otra vez. Después, se sentó en la otomana. Nikki se trepó hasta quedar junto a su madre y le puso la cabeza sobre el regazo. Estuvieron sentadas juntas en silencio, durante largo rato.

—¿Y cómo ha estado tu padre mientras estuve afuera? —preguntó Ellie al fin.

—En general, bien —contestó la niñita— salvo por la hinchazón.

—¿Qué hinchazón'?

—En el hombro. Grande como mi puño. La vi cuando él se estaba afeitando, hace tres días. Papi dijo que debía de ser la picadura de una araña, o algo así.

10

—Benjy y yo nos vamos al hospital —anunció Nicole.

Los demás todavía estaban terminando el desayuno.

—Siéntate, Nicole, por favor —dijo Eponine—. Por lo menos, termina tu café.

—Gracias de todos modos —contestó Nicole—, pero le prometí a Doctora Azul que hoy iríamos temprano: hubo muchas bajas en la incursión de ayer.

—Pero estuviste trabajando con mucha intensidad, mamá —objetó Patrick—, y sin dormir, ni por asomo, lo suficiente.

—Permanecer ocupada ayuda —contestó Nicole—. De ese modo no tengo tiempo para pensar...

—Vamos, ma-má —dijo Benjy, entrando en la habitación y alcanzándole el abrigo. Mientras estaba parado al lado de su madre, Benjy sonrió y saludó con la mano en alto a los mellizos que, a diferencia de lo normal en ellos, estaban en silencio. Galileo hizo una extraña mueca, y tanto Benjy como Kepler rieron.

—Todavía no se permitió llorar la muerte de Katie —comentó Nai en voz baja un minuto después, no bien Nicole hubo partido—. Eso me preocupa: más tarde o más temprano...

—Tiene miedo, Nai —opinó Eponine—. Quizá de otro ataque cardíaco. Quizás hasta de su cordura... Nicole todavía está en la etapa de negación.

—Otra vez tú, francesita, con esa maldita psicología —terció Max—. No se preocupen por Nicole... Es más fuerte que cualquiera de nosotros. Llorará por Katie cuando esté lista.

—Mamá todavía no fue a la sala de proyección desde que tuvo el ataque cardíaco. Cuando Doctora Azul le contó sobre el asesinato y el posterior suicidio de Katie, di por descontado que mamá querría proyectar algunas de las videopelículas... para ver a Katie por última vez... o, por lo menos, para ver cómo le iban las cosas a Ellie...

—Lo mejor que tu hermana hizo jamás, Patrick —comentó Max—, fue matar a ese bastardo. No importa lo que cualquiera pueda decir de tu hermana, hay que reconocerle que tuvo coraje.

—Katie tenía muchas cualidades sobresalientes —sostuvo Patrick con tristeza—. Era brillante, podía ser encantadora... Ocurrió, simplemente, que también tenía ese otro lado.

Se produjo un breve silencio en torno de la mesa del desayuno. Eponine estaba a punto de decir algo, cuando hubo un destello de luz en la puerta de calle.

—Oh, oh —dijo, al tiempo que se incorporaba—. Voy a mudar a Marius a la casa de al lado: las incursiones están comenzando otra vez.

Nai se volvió hacia Galileo y Kepler:

—Terminen rápido, chicos... regresamos a esa casa especial que el tío Max hizo para nosotros.

Galileo volvió a torcer el gesto.

—Otra vez, no —se quejó.

Nicole y Benjy apenas habían llegado al hospital, cuando las primeras bombas empezaron a caer a través de la deshilachada cúpula. Las intensas incursiones se producían diariamente. Más de la mitad del techo de la Ciudad Esmeralda había desaparecido. Prácticamente en todas las secciones de la ciudad habían caído bombas.

Doctora Azul los saludó y, de inmediato, envió a Benjy al sector de admisión de pacientes.

—Es terrible —informó a Nicole—. Más de doscientos muertos, y eso nada más que ayer.

—¿Qué está ocurriendo en Nuevo Edén? —preguntó Nicole—. Yo habría supuesto que, para estos momentos…

—Los microagentes están actuando con algo más de lentitud que la prevista —contestó Doctora Azul—, pero, finalmente, están ejerciendo su impacto. La Optimizadora Principal dice que las incursiones deberán de cesar dentro de un día o dos como máximo. Ella y su estado mayor están trazando planes para la fase siguiente...

—Seguramente los colonos no van a proseguir la guerra —dijo Nicole, forzándose a no pensar demasiado en lo que estaba ocurriendo en Nuevo Edén—, máxime estando Nakamura muerto.

—Opinamos que tenemos que estar preparados para cualquier contingencia —declaró Doctora Azul—, pero espero que tengas razón.

Mientras avanzaban juntas por el corredor, se les acercó otra octoaraña médica, la que Benjy había bautizado Monedita debido a la marca redonda, que se parecía a una moneda de Nuevo Edén, situada justo a la derecha de su hendedura. Monedita le describió a Doctora Azul las terribles escenas que había presenciado, esa mañana temprano, en el Dominio Alternativo. Nicole pudo entender la mayor parte de lo que Monedita decía, no sólo porque la octoaraña repitió varias veces lo que decía, sino porque en el idioma de color en el que conversaban, Monedita usaba oraciones muy sencillas.

Monedita le informó a Doctora Azul que se necesitaban con desesperación personal médico y abastecimientos en forma inmediata, para ayudar a los heridos del Dominio Alternativo. Doctora Azul trató de explicarle a Monedita que ni siquiera había disponibles suficientes miembros del personal como para atender a todos los pacientes internados.

—Esta mañana yo podría ir con Monedita durante algunas horas —sugirió Nicole—, si eso puede ser de alguna ayuda. —Doctora Azul contempló a su amiga humana.

—¿Estás segura de que puedes hacerlo, Nicole? —se interesó—. Tengo entendido que ahí afuera las cosas están bastante horrorosas.

—Estuve volviéndome más fuerte cada día —contestó Nicole—, y quiero estar allí donde se me necesite más.

Doctora Azul le dijo a Monedita que Nicole podría ayudarla en el Dominio Alternativo durante un máximo de un tert, siempre y cuando Monedita misma aceptara la responsabilidad de escoltar a Nicole de regreso al hospital. Monedita estuvo de acuerdo y le agradeció a Nicole que se hubiera ofrecido como voluntaria para ayudar.

Poco después de abordar el transporte, Monedita le explicó a Nicole lo que estaba sucediendo en el Dominio Alternativo.

—A los heridos se los lleva a cualquier edificio que todavía esté intacto, donde se los examina, se los atiende con medicamentos de emergencia si es necesario, y se organiza su traslado al hospital... La situación estuvo empeorando día tras día. Muchos de los alternativos ya abandonaron toda esperanza.

El resto del trayecto en el transporte fue igualmente desalentador: bajo la luz de las pocas luciérnagas dispersas, Nicole pudo ver destrucción por todas partes. Para abrir el portón del sur, los guardias tuvieron que empujar a un lado a cerca de treinta alternativos, algunos de ellos heridos, que clamaban por entrar en la ciudad. Después que el transporte traspuso el portón, la devastación que los rodeaba aumentó: el teatro en el que Nicole y sus amigos habían asistido a la representación de moralidad, estaba reducido a escombros; de más de la mitad de las estructuras cercanas al Barrio de las Artes no quedaba piedra sobre piedra. Nicole empezó a sentirse mal. "No tenía idea de que la situación fuera tan terrible", pensaba. De pronto, una bomba estalló en la parte superior del transporte.

Nicole fue arrojada del coche hacia la calle. Aturdida, se esforzó Por Ponerse otra vez de pie. El transporte estaba dividido en dos partes retorcidas; Monedita y la otra octoaraña médica estaban sepultadas en los escombros. Durante varios minutos, Nicole trató de llegar hasta Monedita pero, al cabo de un rato, se dio cuenta de que todo era inútil, Otra bomba estalló en las proximidades. Nicole aferró su pequeño maletín médico, arrojado a la calle junto a ella, y, con paso vacilante, avanzó por una callejuela lateral en busca de un refugio.

Una solitaria octoaraña yacía inmóvil en medio de la callejuela. Nicole se inclinó y del maletín extrajo la linterna: no se notaba actividad en la lente de la octoaraña. La volvió de costado, e inmediatamente vio la herida en la parte de atrás de la cabeza. Gran cantidad de una materia blanca, ondulada, había manado de la herida y formaba una mancha en la calle. Nicole se estremeció y casi tuvo una arcada. Echó un rápido vistazo en derredor, en busca de algo para tapar la octoaraña muerta. Una bomba le acertó a un edificio que estaba a no más de doscientos metros. Entonces se puso de pie y siguió caminando.

Encontró un pequeño tinglado en el lado derecho de la callejuela, pero ya estaba ocupado por cinco o seis de los animalitos parecidos a salchichas polacas. La ahuyentaron, uno de ellos la persiguió, tratando de morderle los talones, durante veinte o veinticinco metros. Al fin, desistió y Nicole se detuvo para recuperar el aliento. Pasó algunos minutos autoexaminándose y, para gran asombro suyo, descubrió que no tenía lesiones de importancia, sino sólo algunas magulladuras aisladas.

Hubo una interrupción en el bombardeo. El Dominio Alternativo estaba espectralmente silencioso. Adelante de Nicole, a unos doscientos metros a lo largo de la calle, una luciérnaga

revoloteaba sobre un edificio que parecía no haber sido dañado. Nicole vio dos octoarañas, una de las cuales estaba evidentemente herida, ingresar en el edificio.

"Ese debe de ser uno de los hospitales temporarios", se dijo, y empezó a caminar en esa dirección.

Segundos después percibió un sonido peculiar, apenas audible. Al principio, el sonido no produjo impresión alguna en su mente, pero la segunda vez que oyó el llanto se detuvo abruptamente en la calle. Un escalofrío le recorrió la espalda.

"Ese fue el llanto de un bebé", pensó, aún completamente inmóvil. Nada oyó durante varios segundos. "¿Pude haberlo imaginado?", se preguntó.

Forzó la vista y miró hacia la semioscuridad que tenía a su derecha, en lo que imaginaba que había sido la dirección de donde venía el llanto: pudo discernir una valla de alambre, caída en la mayor parte de su longitud, que se extendía unos cuarenta metros por una callejuela transversal. Volvió a echar un vistazo al edificio próximo.

"Seguramente las octoarañas me necesitan ahí dentro", pensó.

“¿Pero cómo puedo no...?" El llanto resonó en la noche, con más claridad esta vez, subiendo y bajando como el típico gemido de un bebé humano desesperado.

Caminó con premura hacia la valla derribada: en el suelo, delante de la verja, había un cartel roto escrito en idioma cromático. Nicole se agachó y levantó el trozo de cartel. Cuando reconoció los colores octoarácnidos que indicaban "zoológico", se le aceleró el corazón. "Richard oyó el llanto cuando estaba en el zoológico", recordó.

Hubo una explosión a cerca de un kilómetro, hacia la izquierda, y después, otra, mucho más cercana: los helicópteros habían regresado para hacer otra pasada. El gemido del bebé se hizo continuo. Nicole trató de seguir caminando en la dirección del llanto, pero su avance era lento: resultaba difícil aislar el gemido por entre el ruido de las explosiones.

Una bomba estalló delante de ella, a menos de cien metros. En el silencio posterior, no oyó nada. "¡Oh, no!", gritó su corazón, "No ahora, no cuando estoy tan cerca." Hubo otra explosión en la distancia, a la que siguió otro período de silencio. "Pudo haber sido alguna otra clase de animal", recordó haberle dicho a Richard. "En alguna parte del universo podría existir un ser que emita sonidos como los de un bebé humano."

Todo lo que podía oír era el sonido de su propia respiración. "¿Qué debo hacer ahora", se preguntó, "suspender la búsqueda y conservar la esperanza de que, de alguna manera... o dar la vuelta y regresar...?"

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la reanudación del penetrante gemido. Nicole caminó lo más rápido que pudo. "No", se decía, con su corazón de madre desgarrado por el desesperado llanto, "es inconfundible. No puede haber otro sonido como ese." Una verja derribada se extendía a lo largo de la acera derecha de la estrecha callejuela. Nicole cruzó la verja. En las sombras que tenía delante distinguió cierto movimiento.

El bebé que lloraba estaba sentado en el suelo, al lado de la forma inerte de un ser humano adulto, su madre presuntamente. La mujer yacía boca abajo en el polvo. Tenía la mitad inferior de su cuerpo cubierta de sangre. Después de comprobar con rapidez que estaba muerta, Nicole extendió los brazos con sumo cuidado y levantó el bebé de cabello negro. Asombrado, el bebé luchó contra Nicole y quebró la noche con un poderoso berrido. Ella se puso al niño contra el hombro y lo palmeó suavemente en la espalda.

—Ya está, ya está —dijo, mientras el bebé seguía dando alaridos—, todo va a estar bien.

En la escasa iluminación, Nicole pudo ver que la extraña ropa del bebé, que era una niña, que se componía de dos capas de pesados costales en las que se habían practicado agujeros en los sitios adecuados, estaba manchada con sangre. A pesar de sus protestas y sacudidas de brazos y piernas, Nicole la sometió a un examen rápido: con la salvedad de una herida superficial en la pierna, y de la suciedad que le cubría todo el cuerpo, la niñita aparentaba estar muy bien. Nicole estimó que tendría alrededor de un año.

Siempre con la misma delicadeza, la tendió sobre una pequeña tela limpia que sacó del maletín. Mientras la limpiaba, la sentía estremecerse y retroceder cada vez que una bomba estallaba en las proximidades. Trató de calmarla cantándole la *Canción de cuna* de Brahms. En una ocasión, mientras le vendaba la herida de la pierna, la niña temporariamente dejó de llorar y contempló a Nicole con sus ojos enormes y sorprendentemente azules. No protestó ni siquiera cuando Nicole tomó un apósito de limpieza empapado y le empezó a quitar la suciedad de la piel. Poco después, empero, cuando Nicole estaba limpiando debajo de las batitas hechas con trapo de costal y descubrió, para su asombro, un collarcito de cuerda apoyado contra el diminuto pecho de la beba, ésta empezó a aullar de nuevo.

Nicole acurrucó a la sollozante beba en sus brazos y se puso de pie. "Indudablemente tiene hambre", pensó, buscando en derredor alguna clase de choza o refugio. "Debe de haber comida por aquí cerca." Debajo de una roca profunda y sobresaliente, que evidentemente había sido un sector cerrado antes de que empezaran las incursiones, encontró una cacerola grande con agua, algunos objetos pequeños de propósito desconocido, una almohadilla para dormir y varios costales más de la clase con la que se había hecho la ropa, tanto de la mujer como de la beba. Pero no había comida. Trató infructuosamente de hacer que la niña bebiera de la cacerola. Entonces, se le ocurrió otra idea.

Volvió hasta el cuerpo de la madre y comprobó que en sus pechos todavía quedaba buena leche. Era evidente que la mujer había muerto hacía poco. Le levantó el torso y, agachándose en el suelo, se colocó detrás de ella, apoyando el cuerpo de la madre contra el suyo, sostuvo a la beba contra los pechos de la madre y la miró alimentarse.

La niña mamó con hambre. En medio de la succión, el estallido de una bomba iluminó las facciones de la muerta: era la misma cara que Nicole había visto en la pintura de la Plaza de los Artistas. "Así que no lo imaginé", pensó.

La beba se durmió cuando terminó de mamar. Nicole la envolvió en uno de los otros costales y la posó suavemente sobre el suelo. Acto seguido, examinó concienzudamente a la muerta por primera vez: por la magnitud de las heridas desgarrantes que tenía en el hipogastrio y el muslo derechos, Nicole dedujo que dos esquirlas grandes de una sola bomba habían alcanzado a la mujer que, como consecuencia, se desangró hasta morir. Mientras inspeccionaba la herida del muslo, Nicole palpó una extraña protuberancia en la nalga derecha. Llevada por la curiosidad, separó levemente del suelo el cuerpo de la mujer y pasó los dedos por encima y alrededor del bulto: al tacto parecía como si debajo de la piel se hubiera implantado un objeto duro.

Tomó el maletín y después, con la tijera de punta fina, hizo una incisión exactamente en uno de los costados del bulto: sacó un objeto que, bajo la luz mortecina, parecía ser de plata. Tenía el tamaño y la forma de un cigarrillo chico, de entre doce y quince centímetros de largo y unos dos de diámetro. Perpleja, hizo girar el objeto entre los dedos de la mano derecha, y trató de imaginar qué podría ser; era increíblemente suave, sin discontinuidades. "Probablemente es una especie de identificador para el zoológico", estaba pensando, cuando una bomba estalló en las cercanías, despertando a la niña que dormía.

En dirección a la Ciudad Esmeralda, las bombas caían con intensidad cada vez mayor. Mientras Nicole reconfortaba a la beba, pensaba en qué haría después. Una gran bola de fuego trepó velozmente por el cielo, cuando una de las bombas que cayeron produjo una explosión aún más grande en el suelo. Bajo la luz temporaria, pudo ver que ella y la niña estaban en la cima de una pequeña colina, muy cerca de las afueras de la parte desarrollada del Dominio Alternativo. La Llanura Central empezaba a no más de cien metros hacia el oeste.

Nicole se irguió, con la niña cargada sobre el hombro. Estaba cerca del agotamiento.

—Iremos allá afuera, lejos de las bombas —le dijo en voz alta a la beba, haciendo un ademán hacia la Llanura Central. Arrojó el objeto cilíndrico en el maletín y tomó un par de los costales limpios.

—Pueden ser útiles cuando haga frío —murmuró echándoselos al hombro.

Le tomó una hora, caminando dificultosamente con la beba y los costales, para llegar hasta un sitio de la Llanura Central que consideró suficientemente alejado de las bombas. Se tendió de espaldas, la niña protegida en su pecho, y envolvió a las dos con los costales. Se durmió en cuestión de segundos.

La despertó el movimiento de la niña. En sus sueños había estado manteniendo una conversación con Katie, pero no podía recordar qué se habían dicho. Se sentó y cambió a la niña, usando una toalla limpia de su maletín. La beba la contempló, curiosa, con sus grandes ojos celestes.

—Buenos días, niñita, quienquiera que seas —dijo alegremente. La niña sonrió por primera vez.

Ya no estaba completamente oscuro: en la lejanía, enjambres de luciérnagas iluminaban la Ciudad Esmeralda, y los vastos agujeros que había en la cúpula permitían que la luz refulgiera en la zona circundante de *Rama*.

"La guerra debe de haber terminado", pensó Nicole. "O, cuando menos, las incursiones. De lo contrario, no habría tanta luz en la ciudad."

—Bueno, mi más reciente amiga —dijo, parándose y desperezándose, después de colocar cuidadosamente a la niña en uno de los costales limpios—, veamos qué aventuras nos depara el día de hoy.

La niña gateó rápidamente fuera del costal y se metió en el polvo de la Llanura Central. Nicole la levantó y volvió a ponerla en medio del costal. Una vez más, la niña se arrastró hacia el polvo.

—Bueno, niñita —rió Nicole levantándola por segunda vez.

Le resultaba difícil juntar las pertenencias de ambas mientras sostenía a la niña en los brazos. Por fin lo logró y empezó a caminar lentamente hacia la civilización. Estaban a unos trescientos

metros de los edificios más cercanos del Dominio Alternativo. Durante la caminata decidió que primero iría al hospital, para buscar a Doctora Azul. Suponiendo que era correcta su conclusión de que la guerra había terminado o, por lo menos, de que se la había detenido temporariamente, planeaba pasar la mañana averiguando todo lo que pudiera sobre la niña. "¿Quiénes eran los padres", formaba las preguntas en su mente, "y hacía cuánto se los había secuestrado de Nuevo Edén?" Estaba enojada con las octoarañas. "¿Por qué no me dijeron que había otros seres humanos en la Ciudad Esmeralda?" pensaba preguntarle a la Optimizadora Principal. "¿Y cómo pueden justificar el modo en que trataron a esta niña y a su madre?"

La beba, que estaba completamente despierta, no se le mantenía quieta en los brazos. Nicole se sentía incómoda, decidió detenerse para descansar. Mientras la niña jugaba en el polvo, ella contemplaba la destrucción que tenía delante, tanto en el Dominio Alternativo como, a lo lejos, en la parte de la Ciudad Esmeralda que podía ver. Súbitamente se sintió muy triste. "¿Para qué es todo esto?", se preguntó. Una imagen de Katie se coló en su mente, pero la expulsó, prefiriendo, en cambio, sentarse en el polvo y entretener a la niña. Cinco minutos después oyeron el silbido.

El sonido provenía del cielo, de *Rama* misma. Nicole se paró de un salto, el pulso se le aceleró locamente de inmediato. Sintió un leve dolor en el pecho, pero nada podía disminuir su excitación.

—¡Mira! —le gritó a la beba—, ¡mira hacia allí, en el sur!

En la lejana cuenca austral, rayos de luz de colores jugueteaban alrededor de la punta del Gran Cuerno, la inmensa aguja que se lanzaba hacia arriba siguiendo el eje de rotación de la espacionave cilíndrica. Los rayos se reunieron y formaron un anillo rojo cerca de la punta de la aguja. Instantes después, ese enorme anillo rojo flotó lentamente a lo largo del eje de *Rama*. Alrededor del Gran Cuerno, más colores danzaron, hasta que formaron un segundo anillo, anaranjado, que, finalmente, siguió al rojo, también hacia el norte, en el cielo de *Rama*.

El silbido continuó. No era áspero ni penetrante. Para Nicole, era casi musical.

—¡Algo va a pasar —le dijo, exultante, a la niña—, algo bueno!

La niñita no tenía la menor idea de lo que estaba ocurriendo, pero rió con entusiasmo cuando la mujer la levantó y la alzó hacia el cielo. Y, para ella, los anillos eran atrayentes sin lugar a dudas. Ahora, uno amarillo y otro verde estaban atravesando el negro cielo de *Rama*, y el rojo que iba al frente de la procesión acababa de llegar al Mar Cilíndrico.

Una vez más, Nicole lanzó a la niña a cerca de medio metro de altura. En esta ocasión, el collar escapó de debajo de la ropita y casi se le sale volando por la cabeza. Nicole recibió a la beba y le dio un fuerte abrazo.

—Casi había olvidado lo de tu collar —dijo—. Ahora que tenemos adecuada iluminación, ¿puedo echarle un vistazo?

La nena soltó una risita cuando Nicole le sacó el collar de cuerda pasándoselo por encima de la cabeza. En la parte de abajo del collar, tallado sobre un trozo redondo de madera de unos cuatro centímetros de diámetro, estaba el contorno de un hombre con los brazos en alto y rodeado por todos lados por lo que parecía ser llamas. Muchos años atrás, Nicole había visto una talla similar en madera, en el escritorio que Michael O'Toole tenía en su camarote dentro de la *Newton*.

—San Miguel de Siena —dijo para sí, haciendo girar la talla entre los dedos.

En el reverso, la palabra “María" estaba cuidadosamente impresa en minúscula.

—Ese debe de ser tu nombre —le dijo a la nena—. María... María. —No hubo señal alguna de reconocimiento. La beba empezó a fruncir el ceño, justo antes de que Nicole riera y la lanzara al aire una vez más.

Pocos minutos después, Nicole volvió a dejar a la inquieta niñita en el suelo. De inmediato, María se arrastró hacia el polvo. Nicole mantenía un ojo sobre la niña y otro sobre los anillos de colores que aparecían en el cielo. Ahora se podían ver los ocho anillos, azul, marrón, rosado y púrpura sobre el hemicilindro austral, y los primeros cuatro en la línea que aparecía en el cielo por encima del norte. Cuando el anillo rojo se desvaneció en la cuenca boreal, otro anillo rojo se formó en la punta del Gran Cuerno.

"Exactamente igual que lo que pasó todos estos años”, pensó Nicole. Pero, en realidad, su mente todavía no estaba concentrada en los anillos: estaba escarbando en la memoria, tratando de recordar cada informe sobre personas desaparecidas que se hubiera registrado en Nuevo Edén. Había ocurrido un puñado de accidentes de navegación en el lago Shakespeare, recordó, y, de vez en cuando, desaparecía uno de los pacientes del hospital psiquiátrico de Avalon... "Pero, ¿cómo podía desvanecerse así como así una pareja? ¿Y quién era el padre de María?" Había muchas preguntas que Nicole quería hacer a las octoarañas.

Los deslumbrantes anillos siguieron flotando sobre su cabeza. Nicole recordó ese especial día, hacía mucho ya, cuando Katie, entonces de diez u once años, se sintió tan emocionada que gritó de alegría. "Siempre fue la más desinhibida de mis hijos", pensó, incapaz de contenerse. "Su risa era tan completa, tan auténtica... Katie albergaba tanto potencial."

Las lágrimas le llenaron los ojos. Las enjugó y, con gran esfuerzo, se obligó a concentrarse en María. La niña estaba sentada, comiendo alegremente el polvo de la Llanura Central.

—No, María —le dijo, tocándole las manos con suavidad—. Eso está sucio.

La niñita contrajo su bella carita y empezó a llorar. "Como Katie", pensó Nicole en seguida, "no podía soportar que le dijera "No"". Los recuerdos de Katie empezaron ahora a inundar su mente. Vio a su hija, primero como beba, después como niña precoz entraba en la adolescencia, en El Nodo; finalmente, como joven mujer en Nuevo Edén. La profunda congoja que acompañaba las imágenes de su hija perdida asoló por completo a Nicole. Las lágrimas rodaron por sus mejillas y el cuerpo se le empezó a sacudir con los sollozos.

—¡Oh, Katie! —gritó—*, ¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?*

Hundió la cara en las manos. María había dejado de llorar y la miraba con extrañeza.

—Está bien, Nicole —dijo una voz detrás de ella—. Todo va a terminar pronto.

Nicole creyó que la mente le estaba jugando una mala pasada. Se dio vuelta con lentitud: El Águila se estaba acercando, con los brazos extendidos.

El tercer anillo rojo había llegado a la cuenca boreal y no había más luces de colores en tomo del Gran Cuerno.

—¿Así que todas las luces se van a encender cuando hayan terminado los anillos? —preguntó Nicole a El Águila.

—¡Qué buena memoria! —elogió él—. Podrías tener razón.

Otra vez Nicole sostenía a María en los brazos. La besó suavemente en la mejilla y María sonrió.

—Gracias por la niña —dijo Nicole—. Es maravillosa... y entiendo lo que me estás diciendo.

El Águila miró a Nicole de frente.

—¿De qué estás hablando? —preguntó—. Nosotros nada tenemos que ver con la niña.

Nicole escudriñó los místicos ojos verdeazulados del alienígena. Nunca había visto un par de ojos que tuviera una gama tan amplia de expresiones, pero no había tenido práctica reciente en la lectura de lo que El Águila estaba diciendo con sus ojos. ¿Estaba bromeando respecto de María? ¿O hablaba en serio? Con seguridad que no había sido por azar, únicamente, que hubiera descubierto a la niña tan poco tiempo después de que se matara Katie...

"Estás siendo demasiado rígida en tu modo de pensar", recordó que Richard le había dicho en El Nodo. "Que El Águila no sea biológico como tú y yo, no significa que no esté vivo. Es un robot, de acuerdo, pero es mucho más inteligente que nosotros... y mucho más sutil..."

—¿Así que estuviste oculto en *Rama* todo este tiempo? —preguntó varios segundos después.

—No —contestó El Águila y no se explayó.

Nicole sonrió.

—Ya me dijiste que no hemos llegado a El Nodo ni a un lugar equivalente, y estoy segura de que no apareciste por aquí para hacer una visita social... ¿Me vas a decir por qué *estás* aquí?

—Esta es una intercesión de nivel dos —dijo El Águila—. Hemos decidido interrumpir el proceso de observación.

—Muy bien —aceptó Nicole, volviendo a poner a María en el suelo—, entiendo el concepto... pero, ¿qué es, con exactitud, lo que va a ocurrir ahora?

—Todos van a quedar dormidos —informó El Águila.

—¿Y cuando despierten?...

—Todo lo que puedo decirte es que todos van a quedar dormidos.

Nicole dio unos pasos en dirección de la Ciudad Esmeralda y alzó los brazos hacia el cielo. Sólo tres anillos de colores quedaban ahora, y estaban muy lejos, bien por encima del hemicilindro boreal.

—Tan sólo por curiosidad, no me estoy quejando, como comprenderás... —dijo Nicole con un dejo de sarcasmo. Dejó de hablar y se volvió para mirar de frente a El Águila. —¿Por qué no intercedieron hace mucho tiempo? ¿*Antes* de que todo esto —con el brazo hizo un ademán en dirección de la Ciudad Esmeralda— ocurriera? ¿*Antes* de que hubiera tantas muertes...?

El Águila no contestó de inmediato.

—No se puede estar a la vez en la procesión y tocando las campanas —declaró por fin—. No puedes tener, al mismo tiempo, libre albedrío por un lado y un poder superior benévolo que te proteja de ti misma, por el otro.

—Discúlpame —dijo Nicole, con expresión de perplejidad en el rostro—, ¿es que equivocadamente hice una pregunta de índole religiosa?

—En realidad, no —contestó El Águila—. Lo que tienes que entender es que nuestro objetivo es elaborar un catálogo completo de todos los viajeros espaciales de esta región de la galaxia. No juzgamos su comportamiento. Somos científicos. No nos importa si la predilección natural de ustedes es la de destruirse a sí mismos. Sí nos importa, empero, que el probable rédito futuro de nuestro proyecto ya no justifique los importantes recursos que le hemos asignado.

—¿Uh? —observó Nicole—. ¿Me estás diciendo que no estás intercediendo para detener el derramamiento de sangre sino por algún otro motivo?

—Sí —asintió El Águila—. No obstante, voy a cambiar de tema porque nuestro tiempo es limitado en extremo. Las luces se van a encender dentro de dos minutos. Ustedes estarán dormidos un minuto después de eso... Si tienes algo que desees comunicarle a la niña humana...

—¿Vamos a *morir*? —preguntó Nicole, súbitamente asustada.

—No de inmediato, pero no puedo garantizar que todos vayan a permanecer vivos durante el período de sueño.

Nicole se dejó caer al suelo junto a la niña. María tenía otro terrón de tierra en la boca y un reborde de polvo mojado alrededor de los labios. Nicole le limpió la cara con mucha delicadeza y le ofreció un sorbo de agua de una taza. Para su sorpresa, María bebió el agua, dejándola chorrear por el mentón.

Nicole sonrió y María lanzó una risita. Nicole le puso un dedo debajo del mentón y le hizo cosquillas. La risita de María estalló en risa franca, la risa pura, mágica, sin inhibiciones, del niño pequeño. El sonido era tan bello y conmovió a Nicole tan profundamente, que los ojos se le llenaron de lágrimas: "Si éste es el último sonido que tengo oportunidad de oír", pensó, "también está bien..."

De repente, toda *Rama* se inundó de luz. Era un espectáculo que inspiraba temor reverencial. El Gran Cuerno y sus seis acólitos, unidos a él por inmensos contrafuertes, dominaban el cielo que tenían por encima.

—¿Cuarenta y cinco segundos? —Nicole le preguntó a El Águila.

El hombre pájaro alienígena asintió con leve inclinación de cabeza. Nicole extendió los brazos y levantó a la niña:

—Sé que nada de lo que te ha sucedido recientemente tiene lógica alguna, María —dijo, sosteniéndola en el regazo—, pero quiero que sepas que ya has tenido tremenda importancia en mi vida y que te quiero mucho.

Hubo una mirada de asombrada sabiduría en los ojos de la niñita. Se inclinó hacia adelante y puso la cabeza sobre el hombro de Nicole. Durante unos segundos, ésta no supo qué hacer. Después, empezó a palmear suavemente a María en la espalda, y a cantar en voz baja:

—Arrorró, mi niña... arrorró, mi sol... duérmete, pedazo de mi corazón...

Regreso a El Nodo

1

Los sueños llegaron antes que la luz. Eran sueños desconectados, imágenes al azar que, en ocasiones, se expandían, produciendo conjuntos cortos y unificados sin propósito o dirección aparentes. Colores y patrones geométricos fueron los primeros que recordó. Nicole no podía hacer memoria de cuándo habían comenzado. En un momento dado pensó, por primera vez, "Soy Nicole. Todavía debo de estar viva", pero eso había sido hacía mucho tiempo. Desde ese entonces vio, con los ojos de la mente, escenas completas, comprendidos los rostros de otra gente. Reconoció algunos: "Ése es Omeh", se dijo. "Ése es mi padre." Sentía tristeza a medida que despertaba. Richard aparecía en sus últimos sueños. Y Katie. "Ambos están muertos", recordó. "Murieron antes que me fuera a dormir."

Cuando abrió los ojos, aún no podía ver nada. La oscuridad era completa. Lentamente adquirió más conciencia de lo que la rodeaba: dejó caer las manos a los lados, y con los dedos sintió la suave textura de la espuma. Se puso de costado con muy poco esfuerzo. "Debo de carecer de peso", pensó, mientras su mente empezaba a funcionar después de años de haber estado aletargada. "Pero, ¿dónde estoy?", se preguntó, antes de volver a quedarse dormida.

La siguiente vez que despertó, pudo ver una solitaria fuente de luz en el otro extremo del receptáculo cerrado en que se hallaba acostada. Sacudió los pies para liberarlos de la espuma blanca y los mantuvo en alto, delante de la luz: estaban cubiertos con chinelas de color claro. Extendió las piernas para ver si podía tocar la fuente de luz con los dedos, pero la tenía demasiado lejos.

Se puso las manos delante de los ojos. La luz era tan tenue que no podía ver detalle alguno, sólo un contorno oscuro que le recorría el borde de todos los dedos. En el receptáculo no había suficiente espacio como para que se sentara, pero se pudo arreglar para llegar hasta la tapa con una mano, si se sostenía alzada con la otra. Apretó los dedos contra la suave espuma: detrás de ésta había una superficie dura, madera o, posiblemente, hasta metal.

La leve actividad la cansó. Respiraba con rapidez y el ritmo cardíaco se le había acelerado. La mente se le puso más alerta; recordó con claridad los últimos instantes, antes de ponerse a dormir en *Rama*. "Vino El Águila", pensó, "justo después que yo encontrara esa beba en el Dominio Alternativo... Entonces, ¿dónde estoy ahora? ¿Y cuánto tiempo he dormido?"

Oyó unos golpes suaves en el receptáculo y se volvió a tender de espaldas en la espuma. "Alguien vino. Mis preguntas tendrán respuesta pronto." La tapa del receptáculo era levantada despacio. Se protegió los ojos de la luz. Vio la cara de El Águila y oyó su voz.

Los dos estaban sentados en una gran sala. Todo era blanco: las paredes, el techo, la pequeña mesa redonda que tenían delante, hasta los asientos, la taza, el bol y la cuchara eran blancos. Nicole tomó otro sorbo de la sopa caliente: tenía gusto a caldo de pollo. A su izquierda, el receptáculo blanco en el que había permanecido estaba apoyado contra la pared. No había más objetos en la sala.

—... Alrededor de dieciséis años en total, tiempo de viajero, naturalmente —estaba diciendo El Águila. "Tiempo de viajero", pensó Nicole. "Ese es el mismo término que usó Richard." —… no retrasamos tu envejecimiento tan eficazmente como antes: nuestros preparativos fueron un tanto apresurados.

A pesar de la falta de peso, a Nicole le parecía que cada acción física era un esfuerzo monumental. Sus músculos habían permanecido inactivos durante mucho tiempo. El Águila la ayudó a recorrer, con lentitud y arrastrando los pies, los pocos pasos que separaban el receptáculo y la mesa. Las manos le temblaron un poco mientras bebía el agua y tomaba la sopa.

—¿Así que ahora tengo cerca de ochenta años? —preguntó con voz vacilante, voz a la que apenas si pudo reconocer.

—Más o menos —contestó el alienígena—. Sería imposible darte una edad que tuviera sentido.

Desde el otro lado de la mesa, Nicole miró con fijeza a su compañero: El Águila tenía el mismo aspecto de siempre. Los ojos verdeazulados, a cada lado del sobresaliente pico gris, no habían perdido en absoluto su intensidad mística. Las plumas de la parte de arriba de la cabeza seguían siendo de un blanco puro, contrastando netamente con las gris oscuro de rostro, cuello y espalda. Los cuatro dedos de cada mano, color blanco crema y desprovistos de plumas, eran tan suaves como los de un niño.

Nicole estudió sus propias manos por primera vez: estaban agostadas y descoloridas por las manchas de la edad. Las volvió y en alguna parte de la memoria oyó una carcajada:

"Consunción", decía Richard. "¿No es una gran palabra? Significa que está más agostado que 'agostado'... Me pregunto si alguna vez tendré la oportunidad de usarla..." El recuerdo se desvaneció. "Mis manos padecen consunción", pensó Nicole.

—¿Nunca envejeces? —le preguntó a El Águila.

—No —contestó él—, no, al menos, en el sentido en que ustedes emplean la palabra... Se me mantiene en forma regular y a los subsistemas que exhiben una degradación del rendimiento se los cambia.

—¿Entonces nunca morirás?

Vaciló un instante:

—Eso no es completamente exacto. Al igual que a todos los miembros de mi grupo, se me creó con un propósito específico. Si ya no hubiera necesidad de que existiera, y no se me pudiera programar con prontitud para cumplir alguna función nueva y necesaria, entonces se me *desenergizaría*.

Nicole empezó a reír, pero se contuvo.

—Discúlpame —dijo—, sé que no es divertido... pero tu elección de las palabras me resultó muy peculiar... "Desenergizado" es una...

—También es la palabra correcta —afirmó El Águila—. Dentro de mí hay varias fuentes diminutas de energía, así como complejos sistemas para distribuirla. Todos los elementos energéticos son, esencialmente, modulares y, en consecuencia, transferibles de uno de nosotros a otro. Si ya no se me necesitara, se podría sacar los elementos y emplear en otro ser.

—Como un trasplante de órganos —comentó Nicole, terminando su agua.

—En cierto sentido. Y eso me lleva a otro asunto... Durante tu prolongado sueño, tu corazón dejó de latir dos veces, la segunda inmediatamente después que llegamos aquí, en el sistema Tau de la Ballena... Hemos conseguido mantenerte viva con medicamentos y estimulación mecánica, pero ahora tu corazón está extremadamente débil... Si deseas llevar una vida activa durante un lapso adicional apreciable, necesitarás considerar la posibilidad de cambiar tu corazón.

—¿Es por eso que me dejaste ahí dentro (Nicole señaló el receptáculo) durante tanto tiempo? —preguntó.

—En parte, sí —dijo El Águila. Ya le había explicado que la mayoría de los demás viajeros de *Rama* estaba despierta desde mucho antes; algunos, hacía como un año, y estaban viviendo en condiciones de apiñamiento en otra jurisdicción no muy lejana. —Pero también nos preocupaba lo cómoda que pudieras estar en la estrella de mar transformada... Renovamos esa espacionave aprisa, por lo que no hay muchas comodidades... También estábamos preocupados porque tú eres, de lejos, nuestro sobreviviente humano más anciano...

"Así es", se dijo Nicole. “El ataque de las octoarañas barrió a todos los que tenían más de cuarenta años, más o menos... Soy la única persona vieja que queda...”

El Águila dejó de hablar durante un instante. Cuando Nicole volvió a mirar al alienígena, los ojos hipnotizantes de él parecían estar expresando una emoción.

—Además, eres especial para nosotros... desempeñaste un papel clave en este esfuerzo...

"¿Es posible", pensó Nicole de repente, contemplando aún los fascinantes ojos de El Águila, "que este ser electrónico realmente tenga sentimientos? ¿Pudo Richard haber tenido razón cuando insistió en que no existen aspectos de nuestra humanidad a los que, con el tiempo, no se pueda duplicar por ingeniería?"

—... Esperamos lo más que pudimos para despertarte —estaba diciendo El Águila—, para reducir al mínimo el lapso que tendrías que transcurrir en condiciones menos que ideales... Ahora, empero, nos estamos preparando para ingresar en otra fase de nuestras operaciones... Como podrás ver, a esta sala se la vació, exceptuándote a ti, hace mucho tiempo. Dentro de ocho o diez días empezaremos a desmantelar las paredes: para ese entonces tendrás que haberte recuperado lo suficiente...

Nicole volvió a preguntar respecto de su familia y amigos.

—Como te dije antes —respondió El Águila—, todos sobrevivieron al largo sueño. Sin embargo, la adaptación a lo que tu amigo Max denomina Grand Hotel no fue fácil para ellos. Todos los que

estuvieron contigo en la Ciudad Esmeralda, además de la niña María y del esposo de Ellie, Robert, al principio fueron asignados a dos salas grandes, una al lado de la otra, en una de las secciones de la estrella de mar. A todos se les dijo que las medidas tomadas para vivienda sólo eran temporarias y que, con el tiempo, se los transferiría a alojamientos mejores. De todos modos, Robert y Galileo no pudieron adaptarse con éxito a las condiciones fuera de lo común del Grand Hotel.

—¿Qué les ocurrió? —preguntó Nicole, alarmada.

—A los dos se los transfirió, por motivos sociológicos, a otro sector de la espacionave con mucho mayor reglamentación. A Robert se lo mudó primero; cayó en una grave depresión poco después que despertó del sueño prolongado y nunca pudo recuperarse de ella. Por desgracia, murió hace unos cuatro meses... Galileo está bien, desde el punto de vista físico, aunque su conducta antisocial ha continuado...

Nicole sintió profunda pena al oír la noticia de la muerte de Robert.

"Pobre Nikki", pensó en seguida, "nunca tuvo oportunidad de conocer a su padre... y Ellie, tu matrimonio no resultó como esperabas..."

Se sentó en silencio, con la mente vagando a través del conjunto de sus recuerdos de Robert Turner. "Fuiste un hombre complicado", pensó, "talentoso y dedicado a tu trabajo. Y, sin embargo, en el aspecto personal, te revelaste sorprendentemente disfuncional. Quizás una parte crítica de ti murió hace mucho... en ese tribunal de Texas, en un planeta llamado Tierra.

Meneó la cabeza, abatida:

—Supongo —comentó— que la energía que invertí en salvar a Katie y Robert de los agentes octoarácnidos fue un esfuerzo desperdiciado.

—Realmente no —contestó sencillamente El Águila—. En ese momento fue importante para ti.

Nicole sonrió y miró a su colega alienígena. "Bueno, mi omnisciente amigo", pensó, sofocando un bostezo, “debo admitir que estoy contenta de volver a estar en tu compañía... Puede que no seas un ser vivo, pero con toda seguridad que eres sabio entre los que sí lo son."

—Permíteme ayudarte a volver a la cama —dijo El Águila—, ya estuviste de pie suficiente tiempo para ser la primera vez.

Nicole estaba muy satisfecha consigo misma: finalmente había logrado recorrer completamente el perímetro de la habitación sin tener que detenerse.

—¡Bravo! —la animó El Águila, acercándosele—. Estás haciendo progresos fabulosos. Nunca creímos que caminaras tan bien en un lapso tan breve.

—Sin lugar a dudas, ahora necesito un poco de agua —dijo Nicole, sonriendo—. Este viejo cuerpo está traspirando furiosamente.

El Águila le alcanzó un vaso con agua. Cuando Nicole terminó de beber, se volvió hacia su amigo alienígena:

—¿Ahora vas a mantener tu parte del trato? ¿Tienes un espejo y una muda de ropa en esa valija que hay ahí?

—Sí, los tengo, y hasta traje los cosméticos que solicitaste... Pero primero quiero examinarte, para ver cómo reaccionó tu corazón ante el ejercicio. —Sostuvo un pequeño dispositivo negro delante de Nicole y miró cómo aparecían en la diminuta pantalla algunos trazos. —Eso es bueno —declaró—. No, es excelente... No hay la menor irregularidad. Nada más que una indicación de que tu corazón está trabajando con mucha intensidad, lo que cabría esperarse en un ser humano de tu edad.

—¿Puedo ver eso? —pidió Nicole, señalando el dispositivo de examen. El Águila se lo entregó.

—Supongo —continuó ella— que esta cosa recibe señales provenientes del interior de mi cuerpo... pero, ¿qué son, con exactitud, todos esos garabatos y símbolos extraños que se ven en la pantalla?

—Dentro de tu cuerpo tienes más de mil sondas diminutas, y más de la mitad se encuentra en la región cardíaca. No sólo miden el rendimiento crítico de tu corazón y de otros órganos, sino que, también, regulan parámetros tan importantes como la corriente sanguínea y la asignación de oxígeno. Algunas de las sondas hasta complementan las funciones biológicas normales... Lo que estás viendo en esta pantalla son datos sumarios provenientes del intervalo en el que estuviste practicando ejercicio. El procesador que hay dentro de ti los comprimió y los envió por telemetría.

Nicole frunció el ceño.

—Quizá no debí haber preguntado; de algún modo, la idea de toda esa basura electrónica dentro de mí no es muy reconfortante.

—Las sondas no son electrónicas en realidad —aclaró El Águila—. No, al menos, en el sentido en que ustedes, los seres humanos, emplean el término. Y son por completo necesarias en este momento de tu vida: si no estuvieran ahí, no sobrevivirías ni siquiera un día...

Nicole contempló a El Águila:

—¿Por qué no me dejaron morir, simplemente? —preguntó—. ¿Todavía tienen algún propósito para mí que justifique todo este esfuerzo? ¿Alguna función que todavía deba realizar?

—Quizá. Pero creímos que quizá te podría gustar ver a tu familia y amigos una vez más.

—Me resulta difícil creer —señaló Nicole— que mis deseos representen un papel de importancia en la jerarquía de valores de ustedes.

El Águila no respondió. Fue hacia la valija, que estaba apoyada en el suelo, al lado de la mesa, y regresó con un espejo, un paño embebido en agua, un sencillo vestido azul y un bolso con cosméticos. Nicole se sacó el camisón blanco que había estado usando, se limpió por todas partes con el paño y se puso el vestido. Hizo una profunda inhalación cuando El Águila le alcanzó el espejo.

—No estoy segura de estar lista para esto —manifestó, con sonrisa triste.

De no haberse aprontado primero, no habría reconocido su cara en el espejo: le pareció una manta hecha con retazos de bolsas debajo de los ojos y arrugas; todo el cabello, comprendidas cejas y pestañas, ahora estaba blanco o bien gris. Su primer impulso fue el de llorar, pero valerosamente repelió las lágrimas. "Mi Dios", pensó, "estoy tan vieja... ¿ésta puedo ser realmente yo?"

Escudriñó las facciones en el espejo, guiada por la memoria, en busca de vestigios de la encantadora joven que había sido. Aquí y allá podía ver los restos de lo que una vez era considerado un rostro hermoso, pero los ojos tenían que saber dónde mirar. Sintió una punzada en el corazón, cuando recordó, de repente, un simple hecho ocurrido años atrás, cuando era una adolescente que iba por un camino rural con su padre, cerca de su casa en Beauvois: una anciana que usaba bastón iba hacia ellos, y Nicole le preguntó a su padre si podían cruzar al otro lado del camino para evitarla.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Porque no quiero verla de cerca. Es vieja y fea... Me produce un estremecimiento.

—Tú también serás vieja algún día —contestó su padre, rehusándose a cruzar el camino.

—"*Soy* vieja y fea", pensó Nicole. "Hasta me produzco un estremecimiento a mí misma." Devolvió el espejo a El Águila. —Me lo advertiste —admitió con nostalgia—. Quizá debí haberte escuchado.

—Claro que estás conmocionada —la tranquilizó El Águila—. No te viste durante dieciséis años. La mayor parte de los seres humanos lo pasa mal con el proceso de envejecimiento, aun si lo observan día tras día. —Le tendió el bolso de cosméticos.

—No, gracias —dijo Nicole, desalentada, rechazando el bolso—. Es una situación sin remedio. Ni siquiera Miguel Ángel podría hacer algo con esta cara.

—Como quieras, pero pensé que podrías querer usar los cosméticos antes que llegue la visita.

—¡Una visita! —exclamó Nicole, con alarma y agitación—. Voy a tener una visita... ¿Quién es? —Extendió el brazo para tomar el espejo y los cosméticos.

—Creo que dejaré que sea una sorpresa. Estará aquí dentro de unos minutos.

Nicole se aplicó lápiz labial y polvo facial, se cepilló el cabello y se arregló y depiló las cejas. Cuando terminó, lanzó una mirada de desaprobación al espejo.

—Eso es prácticamente todo lo que puedo hacer —dijo, tanto para sí como para El Águila.

Pocos minutos después, éste abrió la puerta que había en el otro lado de la sala y salió. Cuando regresó, había una octoaraña con él.

Desde el extremo opuesto de la habitación, Nicole vio el color azul cobalto salpicar fuera de sus límites.

—Hola, Nicole. ¿Cómo te sientes? —saludó la octoaraña.

—*¡Doctora Azul!* —gritó Nicole, presa de la excitación. Doctora Azul sostuvo el dispositivo de examen delante de Nicole.

—Me quedaré aquí, contigo, hasta que estés lista para que se te transfiera —informó—. El Águila tiene otras obligaciones en el momento presente.

Bandas de colores pasaron velozmente a través de la diminuta pantalla.

—No entiendo —dijo Nicole, mirando el dispositivo desde arriba—. Cuando El Águila usó ese aparato, toda la lectura estaba dada en garabatos y otros símbolos raros.

—Ese es el idioma tecnológico de ellos para fines especiales —explicó Doctora Azul—. Es increíblemente eficaz, mucho mejor que nuestros colores... Pero, claro está, no puedo leerlo en absoluto... Este dispositivo es, en realidad, polilingüe. Hasta existe una modalidad para inglés.

—Entonces, ¿en qué hablas cuando te comunicas con El Águila y yo no ando cerca? —preguntó Nicole.

—Los dos utilizamos colores. Le corren por la frente, de izquierda a derecha.

—Estás bromeando —dijo Nicole, tratando de representarse El Águila con colores en la frente.

—En absoluto. El Águila es asombroso: parlotea y chilla con los avianos, maúlla y silba con los mirmigatos...

Nicole nunca había visto la palabra "mirmigato" en el idioma cromático. Cuando preguntó respecto de la palabra, Doctora Azul explicó que seis de los extraños seres ahora estaban viviendo en el Grand Hotel, y que otros cuatro estaban a punto de eclosionar de melones maná en germinación.

—Aunque todas las octoarañas y todos los humanos durmieron durante el largo viaje —añadió—, a los melones maná se les permitió evolucionar hasta convertirse en mirmigatos y, después, material sésil. Ya se encuentran en su siguiente generación.

Doctora Azul volvió a poner el dispositivo en la mesa.

—Entonces, ¿cuál es el veredicto para hoy, doctora? —preguntó Nicole.

—Estás recuperando las fuerzas, pero estás viva únicamente gracias a todas las sondas complementarias que se te insertaron. En algún momento deberías considerar la posibilidad de...

—... reemplazar el corazón... lo sé. Podrá parecer peculiar, pero la idea no me atrae demasiado... No sé exactamente por qué me opongo... Quizá todavía no he visto qué más falta vivir... Sé que si Richard estuviera vivo aún...

Dejó de hablar. Durante un instante imaginó que estaba de vuelta en la sala de observación, mirando las imágenes en cámara lenta de los últimos segundos de la vida de Richard. No había pensado en ese momento desde que despertó.

—¿Te importa si te pregunto algo muy personal? —le dijo a Doctora Azul.

—En absoluto —repuso la octoaraña.

—Observamos juntas la muerte de Richard y Archie, y yo estaba tan afligida que no podía funcionar... Archie fue asesinado al mismo tiempo, y él fue tu compañero de toda la vida. Así y todo, permaneciste sentada junto a mí y me brindaste consuelo... ¿No tuviste alguna sensación de pérdida o tristeza ante la muerte de Archie?

Doctora Azul no respondió de inmediato.

—Nosotras, las octoarañas, somos educadas desde el nacimiento para controlar lo que ustedes, los seres humanos, llaman “emociones”. Los alternativos, claro está, son muy susceptibles a los sentimientos, pero aquellos de nosotros que...

—Con todo respeto —la interrumpió Nicole con suavidad, tocando a su colega octoaraña—, no te estaba formulando una pregunta clínica de una médica a otra. Era una pregunta de una amiga a otra.

Un breve estallido de carmesí, después otro de azul, sin relación el uno con el otro, fluyeron lentamente alrededor de la cabeza de Doctora Azul.

—Sí, experimenté una sensación de pérdida —dijo—, pero sabía que iba a ocurrir. Ya hubiera sido entonces o más tarde, cuando Archie se unió al esfuerzo de la guerra, su exterminación fue algo seguro... y, además, en ese momento mi deber era ayudarte.

La puerta que daba a la sala se abrió y entró El Águila. El alienígena llevaba una caja grande llena de comida, ropa y equipo heterogéneo. Le informó a Nicole que le había traído el traje espacial y que, en un futuro muy próximo, ella se iba a aventurar fuera del ambiente controlado en el que estaba.

—Doctora Azul dice que puedes hablar en color —bromeó Nicole—. Quiero que me lo demuestres.

—¿Qué quieres que diga? —contestó El Águila, con ordenadas bandas cromáticas estrechas que empezaron en el lado izquierdo de la frente y se desarrollaron hacia la derecha.

—Es suficiente —dijo Nicole, lanzando una carcajada—. Eres verdaderamente asombroso.

Nicole se paró en el piso de la gigantesca fábrica y contempló la pirámide que se erguía delante de ella. Hacia su derecha, a menos de un kilómetro de distancia, un grupo de biots para fines especiales, entre los que había dos topadoras inmensas, estaba construyendo una alta montaña.

—¿Por qué están haciendo eso? —preguntó Nicole a través del diminuto micrófono que había dentro del casco.

—Es parte del ciclo siguiente —contestó El Águila—. Hemos establecido que estas construcciones en especial incrementan la probabilidad de obtener del experimento lo que queremos.

—¿Así que ya saben algo sobre los nuevos viajeros espaciales?

—No conozco la respuesta a eso —dijo El Águila—. No tengo mandato relacionado con el futuro de *Rama*.

Pero antes dijiste —insistió Nicole, no satisfecha— que no se introducían cambios a menos que fueran necesarios...

—No puedo ayudarte. Ven, entra en el todocamino: Doctora Azul quiere ver de cerca la montaña.

La octoaraña parecía rara en su traje espacial. De hecho, Nicole había lanzado una carcajada cuando la vio por primera vez con la tela blanca muy ceñida que le cubría el cuerpo negro como el carbón y los ocho tentáculos. También llevaba un casco transparente en la cabeza, a través del cual resultaba fácil leer los colores.

—Quedé atónita —le dijo Nicole a Doctora Azul, que estaba sentada a su lado, mientras el todoterreno abierto se desplazaba por el suelo llano hacia la montaña— la primera vez que salimos... No, ésa no es una palabra suficientemente fuerte... Tanto tú como El Águila me habían dicho que estábamos en la fábrica, y que a *Rama* se la estaba preparando para otro viaje, pero nunca esperé todo esto.

—La pirámide fue construida alrededor de ti —interpuso El Águila, desde el asiento del conductor que estaba delante de ellas—, mientras dormías. Sin perturbar tu ambiente. Si no hubiéramos podido hacer eso, habría sido necesario despertarte mucho antes.

—¿Todo este asunto no te deja simplemente asombrada? —Nicole seguía mirando de frente a Doctora Azul. —¿No te preguntas qué clase de seres concibió este grandioso proyecto en primer lugar? ¿Y también creó inteligencia artificial como El Águila? Es casi imposible imaginar...

—No es tan difícil para nosotros —declaró la octoaraña—. Recuerda que hemos sabido sobre seres superiores desde el principio. Sólo existimos como forma de vida inteligente gracias a que los Precursores alteraron nuestros genes. En nuestra historia nunca tuvimos un período en el que creyéramos que estábamos en la cumbre de la evolución.

—Y nosotros, nunca más —aseguró Nicole en tono meditativo—. La historia humana, en lo que sea que vaya a resultar, ahora fue profunda e irrevocablemente alterada.

—Quizá no —terció El Águila desde el asiento de adelante—. Nuestra base de datos señala que algunas especies no resultan suficientemente impresionadas por el contacto con nosotros. Nuestros experimentos se diseñan para dar lugar a esa posibilidad. Nuestro contacto tiene lugar durante un intervalo finito, y con sólo un porcentaje pequeño de la población; no hay interacción continua, a menos que la especie que se está estudiando adopte una actitud que manifiestamente produzca esa interacción... Dudo de que la vida en la Tierra, en este preciso momento, sea muy diferente de lo que habría sido si ninguna espacionave *Rama* hubiera visitado jamás el Sistema Solar.

Nicole se inclinó hacia adelante en su asiento:

—¿Lo sabes con absoluta certeza —preguntó—, o sólo estás conjeturando?

La respuesta de El Águila fue vaga:

—Es indudable que la historia de ustedes cambió por la aparición de *Rama*. Muchos acontecimientos de importancia no habrían tenido lugar de no haber existido un contacto. Pero dentro de cien años más o, a lo mejor, quinientos... qué diferente será entonces la Tierra, con respecto a lo que habría sido...

—Pero el punto de vista de los seres humanos *tiene* que haber cambiado —arguyó Nicole—. Seguramente el saber que en el universo existe, o, por lo menos, existió en alguna época anterior, una inteligencia lo suficientemente avanzada como para fabricar una espacionave robótica interestelar del tamaño de una ciudad muy grande, no se puede desdeñar como mera información carente de importancia... Produce una perspectiva diferente para todas las experiencias humanas. La religión, la filosofía, hasta los fundamentos de la biología, deben reverse ante la presencia...

—Me agrada ver —interrumpió El Águila— que, al menos, una pequeña parte de tu optimismo e idealismo sobrevivió todos estos años... Recuerda, sin embargo, que, en Nuevo Edén, los seres humanos *sabían* que estaban viviendo en el interior de un dominio especialmente construido para ellos por extraterrestres. Y tanto tú como otros les dijeron que se los estaba observando continuamente. Aun así, cuando se les hizo patente que los alienígenas, quienesquiera que fuesen, no tenían intención de interferir en las actividades cotidianas de los seres humanos, la existencia de esos seres evolucionados perdió su importancia.

El todocamino llegó a la base de la montaña.

—Quise venir hasta acá —declaró Doctora Azul— por pura curiosidad... Como ya sabes, no teníamos montañas en nuestro dominio de

Rama, y no hay muchas en la región de mi planeta natal en la que vivía yo cuando era joven... pensé que sería lindo pararse en la cima...

—He requisado una de las topadoras grandes —anunció El Águila—. Nuestro viaje hasta la cumbre sólo tardará diez minutos... En algunos sitios puede ser que se asusten por lo empinado del ascenso, pero es completamente seguro, siempre y cuando no se quiten los cinturones de seguridad.

Nicole no era tan vieja como para no disfrutar del espectacular ascenso. La topadora, grande como un edificio de oficinas, no contaba con asientos cómodos para pasajeros, y algunos de los barquinazos eran bastante violentos, pero los panoramas que se abrían ante ellos a medida que ascendían valían las molestias, sin lugar a dudas.

La montaña tenía más de un kilómetro de altura, y cerca de diez alrededor de su aproximadamente redondo perímetro. Nicole pudo ver claramente la pirámide en la que había estado cuando la topadora estaba a nada más que un cuarto de su trayecto hacia arriba de la montaña. Más allá, y en todas direcciones, el horizonte aparecía salpicado por proyectos aislados de construcciones de propósito desconocido.

"Así que ahora todo comienza de nuevo", pensó Nicole. "Esta *Rama* reconstruida pronto habrá de ingresar en otro conjunto de sistemas estelares. ¿Y qué va a encontrar? ¿Quiénes son los viajeros del espacio que caminarán después por este suelo? ¿O que treparán esta montaña?" La topadora se detuvo en una meseta plana, muy cerca de la cumbre, y sus tres pasajeros desembarcaron. El panorama dejaba sin aliento. Mientras recorría el paisaje con la vista, Nicole rememoró lo maravillada que se sintió en aquel primer viaje hacia el interior de *Rama*, cuando descendió en telesilla y el vasto mundo alienígena se extendía delante de ella. "Gracias", pensó, dirigiéndose mentalmente a El Águila, "por mantenerme viva. Tenías razón. Esta sola experiencia, y los recuerdos que aviva, son razón más que suficiente para continuar."

Se dio vuelta para mirar de frente el resto de la montaña. Vio algo pequeño que volaba entrando y saliendo de unas formaciones que tenían el aspecto de arbustos, de color rojo, que estaban a no más de veinte metros. Fue hacia allá y capturó con la mano uno de los objetos voladores: tenía el tamaño y la forma de una mariposa; las alas estaban ornamentadas con un motivo jaspeado sin simetría ni algún otro principio de diseño que pudiera discernir. Dejó ir una y atrapó otra: el motivo, en la segunda mariposa ramana, era por completo diferente, pero seguía siendo rico, tanto en color como en ornamentación.

El Águila y Doctora Azul se le acercaron. Les mostró lo que sostenía en la mano.

—Biots voladores —dijo El Águila, sin hacer más comentarios.

Nicole se maravilló otra vez ante el diminuto ser.

"Algo asombroso ocurre todos los días", recordó que decía Richard, "y entonces eso siempre nos hace recordar qué alegría es estar vivo."

2

Nicole apenas había terminado de bañarse, cuando los dos biots entraron en la habitación: uno era un cangrejo y el otro se parecía a un gigantesco camioncito de juguete; el cangrejo empleaba una combinación de sus poderosas pinzas y formidable panoplia de artilugios auxiliares, para cortar el receptáculo de dormir de Nicole y reducirlo a trozos más manejables. Los trozos se apilaban después en la plataforma del camión. En su trayecto de salida de la sala, menos de un minuto después, el cangrejo levantó la bañera y todos los asientos que quedaban y los amontonó encima de lo que ya había en la plataforma del camión. Acto seguido, puso la mesa sobre su propio lomo y desapareció de la sala vacía, siguiendo al biot camión.

Nicole se alisó el vestido.

—Nunca olvidaré la primera vez que vi un biot cangrejo —comentó a sus dos compañeros—. Fue en la enorme pantalla del centro de control de la *Newton*, hace muchísimos años. Todos estábamos aterrorizados.

—Así que hoy es el día —dijo Doctora Azul en colores, varios segundos después— ¿Estás lista para registrarte en el Grand Hotel?

—Probablemente, no —sonrió Nicole—. Por lo que tú y El Águila dijeron, barrunto que disfruté de mi último instante de aislamiento.

—Tu familia y amigos están muy excitados ante la idea de verte —señaló El Águila—. Los visité ayer y les dije que irías... Estarás con Max, Eponine, Ellie, Marius y Nikki. Patrick, Nai, Benjy, Kepler y María viven al lado... Tal como te expliqué la semana pasada, Patrick y Nai trataron a María como si fuera su propia hija, desde poco después que todos despertaron... Conocen todo el relato de cómo la rescataste durante el bombardeo...

—No sé si "rescatar" es exactamente el término —consideró Nicole, recordando con claridad las últimas horas que transcurrió en la antigua espacionave *Rama*—. La recogí porque no había alguien que cuidara de ella. Cualquiera habría hecho lo mismo.

—Le salvaste la vida —replicó El Águila—. No más de una hora después que saliste del zoológico con ella, tres bombas grandes devastaron el complejo en el que se hallaba María, así como las dos secciones adyacentes. Con toda seguridad, habría muerto si no la hubieras encontrado.

—Ahora es una joven hermosa e inteligente —dijo Doctora Azul—. Me encontré con ella brevemente hace varias semanas. Ellie dice que tiene una tremenda energía: según comenta, la muchacha es la primera en despertar por la mañana, y la última que se va a dormir por la noche.

“Igual que Katie", no pudo dejar de pensar Nicole. "¿Quién eres, María", se preguntó, "y por qué se te envió a mi vida en ese preciso momento?"

... Ellie también me comentó que María y Nikki son inseparables —estaba diciendo Doctora Azul—. Estudian juntas, comen juntas y hablan sin cesar sobre todo... Nikki le contó a María sobre ti.

—¿Cómo es posible? Nikki todavía no tenía cuatro años la última vez que la vi. Los niños humanos no retienen recuerdos de edad tan temprana...

—Pues indudablemente los retienen, si duermen durante los quince años siguientes —apuntó El Águila—. Kepler y Galileo también conservaban reminiscencias muy claras de sus primeros días... Pero podemos hablar mientras viajamos. Ya es hora de que partamos.

El Águila ayudó a Nicole y Doctora Azul a ponerse los trajes espaciales. Después recogió la valija con las pertenencias de Nicole:

—Puse tu maletín médico aquí dentro, junto con tu ropa y los cosméticos que estuviste utilizando estos últimos días —dijo el alienígena.

—¿Mi maletín médico? —repitió Nicole. Rió. —¡Por Dios, casi lo había olvidado!... Lo tenía conmigo, ¿no?, cuando encontré a María... Gracias.

El grupo salió de la sala, que estaba en la planta baja de la gran pirámide. Minutos después pasaron, a través de la grandiosa entrada en arco, hacia el edificio. Afuera, bajo la brillante luz de la fábrica, el todoterreno los aguardaba,

—Nos tomará alrededor de media hora llegar a los ascensores de alta velocidad —anunció El Águila—. Nuestro transbordador está estacionado en El Muelle, en el nivel más elevado.

Mientras se alejaban en el todoterreno, Nicole volvió la cabeza y miró hacia atrás: más allá de la pirámide estaba la empinada montaña por la que habían ascendido tres días atrás.

—¿Así que realmente no tenías idea de por qué están ahí las mariposas biot? —preguntó por el micrófono de su casco espacial.

—No —contestó El Águila—. Mi mandato cubre nada más que el ciclo de ustedes.

Nicole siguió contemplando lo que dejaba atrás: el todoterreno pasó un conjunto de altos postes, diez o doce en total, conectados por alambres que corrían por las partes superior, inedia e inferior.

"Todo esto va a ser parte de la nueva *Rama*'", pensó. De pronto, se dio cuenta de que estaba a punto de salir del mundo de *Rama* por ultimísima vez: la invadió una poderosa sensación de tristeza. "Este fue mi hogar", se dijo, "y me estoy yendo para siempre."

—¿Me sería posible —le preguntó a El Águila, sin darse vuelta ver cualquiera de las demás partes de *Rama*, antes que nos vayamos para siempre?

—¿Para qué? —preguntó El Águila.

—No lo sé con certeza... A lo mejor, nada más que para poder demorarme una hora más en mis remembranzas.

—Las dos cuencas y el hemicilindro austral ya fueron remodelados por completo. No los reconocerías. Al Mar Cilíndrico se lo vació y eliminó. Incluso Nueva York está en el proceso de desmantelamiento...

—Pero no está destruida por completo .no es así?

—No, aún no.

—Entonces, ¿podemos ir ahí, por favor, nada más que por un ratito?

"Por favor, complace a una vieja", pensó Nicole. "Aun cuando ella misma no entienda el porqué."

—Muy bien —accedió El Águila—, pero vamos a demorarnos. Nueva York está en otra parte de la fábrica.

Estaban parados en un parapeto situado cerca de la azotea de uno de los rascacielos. La mayor parte de Nueva York había desaparecido, los edificios estaban arrasados y convertidos en montículos de escombros por la apabullante potencia de los grandes biots. Quedaban veinte o treinta edificios alrededor de una de las plazas.

—Había tres madrigueras debajo de la ciudad —le explicaba Nicole a Doctora Azul—. Una para nosotros, una para los avianos y una tercera ocupada por tus primos... Yo estaba abajo, dentro de la de los avianos, cuando Richard vino a rescatarme... —Dejó de hablar: se dio cuenta de que ya se lo había contado y de que las octoarañas jamás olvidaban cosa alguna. —¿Te molesta? —preguntó.

—Por favor, prosigue —dijo la octoaraña.

—Durante todo el tiempo que permanecimos aquí, ninguno de los que estábamos en esta isla sabíamos que había accesos a algunos de estos edificios. ¿No es asombroso? ¡Oh, cómo me habría gustado que Richard estuviera vivo aún, y poder haberle visto la cara cuando El Águila abrió la puerta que daba al octaedro...! Habría quedado tan pasmado...

"Sea como fuere, Richard volvió a meterse en el interior de *Rama* para buscarme... Y entonces nos enamoramos y resolvimos escapar de la isla utilizando a los avianos... Fue una época tan gloriosa, hace ya tantos años...

Nicole dio un paso hacia adelante, se aferró de la baranda con ambas manos y miró con intensidad en derredor. Con los ojos de la mente podía ver Nueva York tal como había sido.

"Por allí estaban los terraplenes. Más allá estaba el Mar Cilíndrico... y en alguna parte, en medio de esos feos montones de metal, el cobertizo y la fosa en la que casi morí."

Las lágrimas aparecieron de repente, sorprendiéndola. Se vertieron abundantemente de los ojos y se derramaron por las mejillas. No dio vuelta la cabeza. "Cinco de mis seis hijos nacieron por allá, debajo de ese suelo. Justo afuera de nuestra madriguera encontramos a Richard, después que desapareció durante dos años. Estaba en coma."

Las remembranzas se le aparecían a los tropezones en la mente, una detrás de otra, y cada una produciendo un dolor difuso en el corazón y un nuevo aflujo de lágrimas. No las podía contener. En un momento dado volvió a estar descendiendo hacia la madriguera de las octoarañas, para salvar a su hija Katie; en otro, sentía la excitación y el alborozo de remontarse por sobre el Mar Cilíndrico, unida por un arnés a tres avianos. "Finalmente debemos morir", pensó, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano, "porque en nuestro cerebro no queda lugar para más recuerdos."

Mientras Nicole fijaba la mirada más allá del destruido paisaje de Nueva York, transformándolo, con la mirada de la mente, en lo que había sido años atrás, experimentó una muy definida reminiscencia de una época aun anterior de su vida: recordó un frío atardecer en Beauvois, a fines del otoño, durante sus últimos días en la Tierra, inmediatamente antes de que Geneviève y ella

fueran a esquiar a Davos. Nicole estaba sentada con su padre y su hija ante el hogar de su casa de campo. Pierre se mostraba muy pensativo ese atardecer; había compartido con Nicole y Geneviève muchos momentos especiales de su cortejo a la madre de Nicole.

Más tarde, a la hora de acostarse, Geneviève le preguntó a su madre:

—¿Por qué el abuelo habla tanto sobre lo que ocurrió hace mucho?

—Porque eso es lo importante para él.

"Perdónenme", pensó Nicole, con la mirada fija aún en los rascacielos que se alzaban frente a ella. "Perdónenme todos ustedes, gente mayor cuyos relatos pasé por alto. No tuve intención de ser grosera ni condescendiente. Fue, tan sólo, que no entendía qué quería decir ser viejo.

Suspiró, hizo una profunda inspiración y se dio vuelta.

—¿Estás bien? —preguntó Doctora Azul.

Nicole asintió con la cabeza:

—Gracias por esto —le dijo a El Águila, con voz quebrada. Ahora estoy lista para irme.

Vio las luces no bien su pequeño trasbordador salió del hangar. Aun cuando todavía se encontraban a más de cien kilómetros de distancia, ya constituían una magnífica vista contra el fondo de negrura y de estrellas distantes.

—Este nodo tiene un vértice más —Informó El Águila—, con lo que forma un tetraedro perfecto. El que visitaste cerca de Sirio no tenía un módulo de conocimientos.

Nicole miró con atención por la ventanilla del trasbordador, conteniendo el aliento: parecía irreal, como si esa construcción iluminada que rotaba lentamente a lo lejos fuera una alucinación de su mente. En los vértices había cuatro grandes esferas, interconectadas mediante seis corredores lineales para transporte. Cada una de las esferas tenía exactamente el mismo tamaño. Cada una de las seis largas líneas delgadas que las conectaban tenía exactamente la misma longitud. A esta distancia, las luces individuales que se divisaban en el interior del nodo transparente se combinaban formando un continuo, de modo que toda la instalación parecía ser una grandiosa antorcha tetraédrica en la oscuridad del espacio.

—Es hermoso —dijo Nicole, incapaz de encontrar otras palabras que expresaran la emoción reverencial que sentía.

—Deberías verlo desde la cubierta de observación de nuestros aposentos —apuntó Doctora Azul—. Es deslumbrante. Estamos lo suficientemente cerca como para poder ver las diferentes luces interiores de las esferas, y hasta seguir los vehículos que van como relámpagos de un extremo a otro de los corredores para transporte... Muchos de los residentes del Grand Hotel permanecen en la cubierta durante horas, entreteniéndose en hacer suposiciones sobre las actividades que el desplazamiento de esas luces representa.

Nicole sintió que se le erizaba la piel de los brazos mientras contemplaba en silencio a El Nodo. Oyó una voz lejana, la voz de Francesca Sabatini, y un poema que Nicole había aprendido de memoria cuando estaba en la escuela:

¡Tigre! ¡Tigre!, tu brillo fulgura,
En la nocturnal espesura,
¿Qué mano o mirada que eterna perdura
Podría tu temible simetría circunscribir?

"¿Acaso quien creó el Cordero te creó a ti?", pensaba Nicole, mientras el tetraedro de luz seguía rotando. Recordó una conversación con Michael O'Toole, sostenida muy avanzada la noche, mientras se encontraban en El Nodo, cerca de Sirio:

—Tenernos que redimir a Dios después de esta experiencia —había dicho él—, y eliminar de Él nuestras homocéntricas limitaciones... El Dios que creó a los arquitectos de El Nodo debe de divertirse, sin duda, con nuestros patéticos intentos por definirlo en términos que los seres humanos puedan entender con facilidad.

Nicole estaba fascinada por El Nodo. Aun desde esa distancia, mientras rotaba lentamente, los diferentes aspectos que presentaba el tetraedro eran hipnotizantes. Mientras Nicole miraba, la instalación se desplazó hasta tomar una posición en la que uno de los cuatro triángulos equiláteros que formaban sus caras vacías quedaba en un plano perpendicular a la trayectoria de vuelo del trasbordador. El Nodo parecía por completo diferente, como si no tuviera profundidad. El cuarto vértice que, en realidad, estaba a unos treinta kilómetros más allá del plano, del otro lado de Nicole, aparentaba ser un nexo de luz en el centro del triángulo que miraba hacia el trasbordador.

Cuando el vehículo alteró bruscamente su dirección, El Nodo ya no fue visible. En cambio, allá en la distancia, Nicole pudo ver una solitaria estrella que emitía luz amarilla.

—Ésa es Tau de la Ballena —le informó El Águila—, una estrella muy parecida a tu Sol.

—¿Y por qué, si se me permite preguntar —se interesó Nicole—, es que El Nodo está aquí, en la vecindad de Tau de la Ballena?

—Es un emplazamiento temporario óptimo para servir de apoyo a nuestras actividades de adquisición de datos en esta parte de la galaxia.

Nicole le dio un suave empujoncito a Doctora Azul:

—¿Los ingenieros de ustedes a veces hablan en color diciendo galimatías sin sentido? —inquirió con una sonrisa—. Nuestro anfitrión, aquí presente, acaba de darnos una no-respuesta.

—Nosotros somos más humildes que ustedes, como especie, —contestó la octoaraña—. Una vez más, probablemente se deba a nuestra relación con los Precursores. No pretendemos tener la capacidad de entender todo.

—Hemos hablado muy poco sobre tu especie durante el tiempo transcurrido desde que desperté —le dijo Nicole a Doctora Azul, sintiéndose repentinamente egocéntrica y llena de disculpas—, aunque recuerdo que me dijiste que tu ex Optimizadora Principal, su gabinete y todos aquellos que habían llevado adelante la guerra fueron exterminados en forma ordenada. ¿La nueva dirigencia está trabajando a plena satisfacción?

—Más o menos —respondió Doctora Azul—, teniendo en cuenta las dificultades que presentan las condiciones en las que estarnos viviendo. Jamie trabaja en los niveles inferiores del nuevo gabinete, y está ocupado prácticamente todo el tiempo desde que se despierta. En realidad, no hemos podido alcanzar algo que se parezca a un equilibrio en nuestra colonia, debido a que hay una constante fricción con el exterior.

—La mayor parte de la cual es ocasionada por los seres humanos que hay a bordo —añadió El Águila—. No hemos discutido este asunto antes, Nicole —prosiguió—, pero ahora probablemente es un buen momento... Nos sorprendió la incapacidad de tus congéneres para adaptarse a la coexistencia interespecífica. Sólo unos pocos se sienten cómodos con la idea de que otra especie pueda ser tan importante y capaz como ellos.

—Te dije eso poco después que nos conociéramos, hace años —puntualizó Nicole—. Te señalé que, por diversos motivos históricos y sociológicos, hay una vasta gama de formas en las que los seres humanos reaccionan ante ideas y conceptos nuevos.

—Sé que lo hiciste —contestó El Águila—, pero nuestra experiencia contigo y con tu familia nos confundió. Hasta el momento en que despertamos a todos los sobrevivientes, habíamos llegado a la conclusión provisoria de que lo que sucedió en Nuevo Edén, donde los seres humanos agresivos y territoriales se apoderaban del mando, era una anomalía, que se explicaba teniendo en cuenta la extracción particular de los colonos. Ahora, después de observar un año de interacciones en el Grand Hotel, extrajimos la conclusión de que, en verdad, dentro de *Rama* teníamos un conjunto típico de seres humanos.

—Da la impresión de que podríamos estar entrando en una situación desagradable —aventuró Nicole—. ¿Hay otras cosas que necesito saber antes que lleguemos?

—En realidad, no. Ahora tenemos todo bajo control. Estoy seguro de que tus colegas compartirán contigo los detalles más importantes de sus experiencias... Además, la situación actual es sólo temporaria, y esta fase está casi terminada.

—Al principio —terció Doctora Azul—, a todos los sobrevivientes de *Rama* se los distribuyó por toda la estrella de mar. En cada rayo había algunos seres humanos, algunas octoarañas y unos cuantos de nuestros animales de apoyo a los que se permitió sobrevivir debido al papel crítico que desempeñaban en nuestra estructura social. Todo eso cambió pocos meses más tarde, debido, primordialmente, a la continua hostilidad agresiva de los seres humanos... Ahora, los sectores de habitación de cada especie están concentrados en una sola región...

—Segregación —admitió Nicole con pesadumbre— es uno de los caracteres que definen a mi especie.

—La interacción interespecies ahora sólo tiene lugar en el refectorio y en otras salas de uso en común del centro de la estrella de mar —agregó El Águila—. Más de la mitad de los seres humanos, sin embargo, nunca sale de su rayo más que para comer, y evitan cuidadosamente la interacción aun entonces... Desde nuestro punto de vista, los seres humanos son asombrosamente xenófobos. En nuestra base de datos no hay muchos ejemplos de viajeros espaciales que estén tan atrasados desde el punto de vista sociológico, como la especie de ustedes.

El trasbordador giró en una nueva dirección y, una vez más, el espléndido tetraedro volvió a llenar el campo visual. Estaban mucho más cerca ahora. Había resolución de muchas fuentes individuales de luz, tanto en el interior de las esferas como en las largas y esbeltas líneas para

transporte que las conectaban. Nicole contempló la belleza que tenía ante sí y lanzó un profundo suspiro: la conversación con Doctora Azul y El Águila la había deprimido. "Quizá Richard tenía razón", dijo para sus adentros, "quizás a la humanidad no se la puede cambiar, a menos que se le borren por completo los recuerdos y podamos empezar de nuevo, en un ambiente fresco, con un sistema operativo perfeccionado."

Cuando el trasbordador se acercó a la estrella de mar, Nicole tenía el estómago revuelto. Se dijo que no se debía preocupar por tonterías pero, de todos modos, se sentía incómoda con su apariencia. Se miraba en el espejo mientras se retocaba el maquillaje. No podía atenuar su angustia. "Estoy vieja", pensó. "Los chicos me van a encontrar fea."

La estrella de mar no era, ni con mucho, tan grande como lo había sido *Rama*: a Nicole le resultó fácil entender por qué estaba tan atestado el interior. El Águila le había explicado que la intercesión fue un plan de contingencia y que, como resultado, *Rama* había llegado a El Nodo varios años antes que lo originalmente organizado. A esa estrella de mar en especial, una espacionave anticuada a la que, de algún modo, se salvó del proceso de reciclado, se la había remodelado para convertirla en un hotel temporario, que alojara a los ocupantes de *Rama* hasta que se los pudiera mudar a alguna otra parte.

—Hemos dado órdenes estrictas —dijo El Águila— de que tu ingreso sea lo más suave posible: no queremos que tu organismo se vea más exigido que lo estrictamente necesario. Bloque Grande y su ejército despejaron los vestíbulos y los sectores de uso común que van desde la estación del trasbordador hasta tu habitación.

—¿Así que no vas a ir conmigo? —le preguntó Nicole.

—No: tengo trabajo para hacer en El Nodo.

—Te acompañaré por la cubierta de observación, hasta llegar al acceso al rayo de los seres humanos —intervino Doctora Azul—. Desde ese momento estarás librada a ti misma. Por suerte, tus aposentos no están lejos de la entrada al rayo.

El Águila permaneció en el trasbordador mientras Nicole y Doctora Azul desembarcaban. El hombre pájaro alienígena las despidió con la mano en alto, mientras entraban en la esclusa de aire. Cuando, minutos después, pasaron a una gran cámara para vestirse que había en el otro lado de la esclusa, las recibió un robot conocido como Cubo Grande.

—Bienvenida, Nicole des Jardins Wakefield —saludó el gigantesco robot—. Nos alegra que haya arribado finalmente... Por favor, póngase su traje espacial, que está en el banco ubicado a su derecha.

Cubo Grande, que medía poco menos de tres metros de altura, casi dos de ancho y estaba construido con bloques rectangulares parecidos a aquellos con los que jugaban los niños humanos, tenía el aspecto exacto del robot que supervisaba las pruebas de ingeniería por las que Nicole y su familia habían pasado en El Nodo situado cerca de Sirio, muchos años atrás, antes de su regreso al sistema solar. El robot revoloteaba sobre Nicole y la octoaraña.

—Aunque estoy seguro —expresó Cubo Grande con su mecánica voz— de que usted no va a ocasionar problemas, quiero recordarle que todas las órdenes dadas por mí o por uno de los robots similares y de menor tamaño habrán de ser obedecidas sin demora. Es nuestro propósito mantener el orden en esta espacionave... Y ahora, síganme, por favor.

Cubo Grande se dio vuelta, rotando sobre las articulaciones de su parte media, y se desplazó hacia adelante sobre su único pie cilíndrico.

—A esta sala grande se la llama cubierta de observación —informó—. En condiciones normales es la más popular de nuestras salas de uso en común: esta noche la hemos vaciado temporariamente para facilitarle a usted el acceso a sus aposentos.

Doctora Azul y Nicole se detuvieron un minuto delante del enorme ventanal que daba hacia El Nodo. La vista era ciertamente espectacular, pero Nicole no podía concentrar su atención en la belleza y el orden de la majestuosa arquitectura extraterrestre: estaba ansiosa por ver a su familia y amigos.

Cubo Grande permaneció en la cubierta de observación, mientras Nicole y su compañera octoaraña recorrían el amplio corredor que rodeaba la espacionave. Doctora Azul le explicó a Nicole cómo localizar e identificar los sitios en los que se detenían los pequeños trenes. También le informó que los seres humanos estaban en el tercer rayo, yendo en cualquiera de las dos direcciones posibles desde la estación del trasbordador, mientras que las octoarañas estaban en los dos rayos a los que se llegaba desplazándose en sentido horario desde aquella estación.

—Los rayos cuarto y quinto —añadió Doctora Azul— están diseñados de manera diferente. Todos los demás seres viven ahí, así como aquellos humanos y octoarañas que fueron puestos a buen recaudo.

—¿Entonces Galileo está en una especie de prisión? —preguntó Nicole.

—No exactamente. Ocurre simplemente que en esa parte de la estrella de mar hay muchos más de los robots más chicos.

Descendieron juntas del tren, después de recorrer hasta casi la mitad el contorno de la estrella de mar. Cuando llegaron al acceso al rayo de los seres humanos, Doctora Azul mantuvo el dispositivo de examen frente a Nicole y leyó en la pantalla los colores de salida. Sobre la base de los datos iniciales que vio, empleó las cilias que tenía debajo de uno de los tentáculos para solicitar más información.

—¿Algo anda mal? —preguntó Nicole.

—Tu corazón sufrió algunas palpitaciones durante la hora pasada. Sólo quise conocer la amplitud y la frecuencia de las irregularidades.

—Estoy muy excitada —confesó Nicole—. Para los seres humanos es normal que la excitación produzca...

—Lo sé, pero El Águila me dio instrucciones en el sentido de que sea muy cuidadosa. —En la cabeza de la octoaraña no hubo colores durante varios segundos, mientras estudiaba los datos que aparecían en la pantalla. —Supongo que todo está bien —dijo por fin—, pero si experimentas el más mínimo dolor en el pecho o una falta de aire repentina, no vaciles en apretar el botón de emergencia que hay en tu habitación.

Nicole le dio un fuerte abrazo, diciéndole:

—Muchas gracias. Has sido maravillosa.

—Fue un placer. Espero que todo salga bien... Tu habitación es la cuarenta y uno, yendo por ese corredor; más o menos la vigésima puerta de la izquierda. El tren se detiene cada cinco habitaciones.

Nicole hizo una profunda inspiración y dio media vuelta. El tren más pequeño la aguardaba. Caminó trabajosamente hacia él, arrastrando los pies por el piso, y lo abordó después de despedirse de Doctora Azul saludándola con la mano en alto. Un minuto o dos más tarde estaba parada delante de una puerta común y corriente que tenía pintado el número cuarenta y uno.

Golpeó con suavidad. La puerta se abrió de inmediato y cinco rostros sonrientes la saludaron.

—¡Bienvenida al Grand Hotel! —dijo Max, con una sonrisa de oreja a oreja y los brazos muy abiertos— ¡Ven y dale un apretón a un muchacho granjero de Arkansas!

Al entrar en la habitación sintió una mano sobre la suya:

—Hola, mamá —dijo Ellie. Nicole se volvió y miró a su hija menor: el cabello de las sienes se le estaba poniendo gris, pero los ojos seguían siendo tan claros y chispeantes como siempre.

—Hola, Ellie —contestó, prorrumpiendo en lágrimas. No iban a ser las últimas que habría de verter durante las varias horas que duró el reencuentro.

3

Se hallaban en una habitación cuadrada, de siete metros de lado aproximadamente. A lo largo de la pared del fondo había un baño aislado del resto del cuarto y provisto de pileta, ducha e inodoro. Al lado del baño, un armario grande contenía toda la ropa y pertenencias de los humanos. Cuando llegaba la hora de dormir, las esteras para acostarse, que se enrollaban todos los días, se sacaban del armario y se extendían sobre el piso.

La primera noche, Nicole durmió entre Ellie y Nikki, mientras Max, Eponine y Marius ocupaban el otro lado de la habitación, al lado de la mesa y de seis sillas que eran los únicos muebles que había en su sector para dormir. Nicole estaba tan exhausta que se durmió de inmediato, aun antes que se hubieran apagado las luces y todos los demás terminaran los preparativos para ir a acostarse. Después de dormir sin soñar durante casi cinco horas, despertó de pronto, momentáneamente confundida respecto de en qué lugar se encontraba.

Mientras yacía en la oscuridad y el silencio, pensó en los sucesos de la noche anterior. Durante la reunión había estado tan abrumada por las emociones, que realmente no tuvo tiempo para clasificar sus reacciones ante lo que veía y oía. Inmediatamente después de su ingreso en la habitación, Nikki fue a la de al lado para traer a los demás. Durante las dos horas siguientes hubo once personas en la atestada habitación: tres o cuatro de ellas, como mínimo, hablando todo el tiempo. Durante esas dos horas, Nicole mantuvo breves conversaciones con cada una por separado, pero le había sido imposible discutir tema alguno en profundidad.

Los cuatro jóvenes, Kepler, Marius, Nikki y María, se mostraron apocados. María, cuyos sorprendentes ojos azules contrastaban netamente con la piel cobriza y la cabellera negra, le agradeció debidamente a Nicole que la hubiese rescatado. También reconoció, con toda cortesía, que no tenía recuerdo alguno del tiempo transcurrido antes de quedar dormida. Nikki había estado nerviosa e insegura en el breve *téte-á-téte*[1] con su abuela. Nicole creyó haber percibido alegro de miedo en sus ojos; sin embargo, Ellie le dijo después que lo que había visto probablemente era respeto reverencial, ya que tanto se le había contado sobre su abuela, que Nikki sentía que estaba hablando con una leyenda.

Los dos hombres jóvenes eran corteses, pero no afables. Una vez, en el transcurso de la velada, sorprendió a Kepler contemplándola con gran intensidad desde el otro lado de la habitación. Se recordó que ella era el primer ser humano verdaderamente anciano que los muchachos hubieran visto jamás.

"Los varones jóvenes en particular", pensó, "tienen dificultades con las mujeres viejas y con consunción: les destrozan las fantasías respecto del sexo opuesto."

Benjy le había dado la bienvenida con un abrazo carente de inhibiciones. La levantó del suelo con sus fuertes brazos y gritó de alegría:

—¡Ma-má! ¡Ma-má! —decía, describiendo círculos por la habitación con la cabeza de Nicole por encima de la de él. Benjy parecía estar bastante bien. Nicole se había sobresaltado al descubrir que el perfil del cuero cabelludo de su hijo había retrocedido y que ahora tenía, decididamente, toda la apariencia de un tío. Más tarde se dijo que el aspecto de Benjy no debería sorprenderla tanto, puesto que ya andaba por los cuarenta años.

El saludo que recibió de Patrick y Ellie había sido muy cálido. Ellie parecía cansada, pero dijo que eso se debía a que había tenido un día agotador; le explicó que había asumido la responsabilidad de estimular la actividad social interespecies en el Grand Hotel.

—Es lo menos que puedo hacer —señaló—, ya que hablo el idioma de las octoarañas... Tengo la esperanza de que me des una mano no bien hayas recuperado las fuerzas.

Patrick había hablado con Nicole en voz baja, refiriéndose a su preocupación por Nai:

—Esta situación con Galileo la está haciendo pedazos, mamá. Está furiosa porque los "cabezas de cubo", como los llamamos, sacaron a Galileo de las zonas normales de habitación, sin dar muchas explicaciones ni hacer algo que pudiéramos denominar "juicio legal". También está enojada porque no se le permite pasar con él más que dos horas diarias... Estoy seguro de que te va a pedir que la ayudes.

Nai estaba cambiada: la chispa y la suavidad habían desaparecido de su mirada, y tuvo una actitud negativa que no era característica en ella, ya desde los primeros comentarios:

—Aquí estamos viviendo en la peor clase de Estado policial, Nicole. Mucho peor que bajo Nakamura. Después que te acomodes, tendré muchas cosas para decirte.

Tanto Max Puckett como su adorable esposa, Eponine, habían envejecido, como todos los demás, pero resultaba evidente que el amor que se profesaban, y que le profesaban a su hijo Marius, los mantenía unidos. Eponine se había encogido de hombros cuando Nicole le preguntó si las condiciones de apiñamiento en las que vivían le molestaban:

—A decir verdad, no —fue su respuesta—. Recuerda que, cuando niña, viví en un orfanato de Limoges... Además, ya encuentro suficiente deleite en estar viva y en tenerlos a Max y Marius. Durante años nunca creí que llegaría a vivir lo suficiente como para que algún cabello se me pusiera blanco.

En cuanto a Max, conservaba su temperamento terco e indomable. Su cabello estaba mayormente canoso, y su andar había perdido algo de elasticidad pero, por su mirada, Nicole pudo darse cuenta de que disfrutaba de su vida.

—Está ese tipo al que veo con regularidad en el salón para fumar —le había dicho durante la velada—, y que es gran admirador tuyo... Por alguna razón se salvó de la peste, aunque su esposa no lo logró... Lo importante —en ese momento Max había sonreído— es que se me ocurrió hacerles

[1] Conversación confidencial. En francés en el original. (N. del T.)

gancho a ustedes dos, no bien tuvieras algo de tiempo libre... Es algo más joven que tú, pero dudo de que eso constituya un problema...

Nicole le preguntó acerca de los problemas existentes entre los seres humanos y las octoarañas.

—Ya sabes —le contestó Max— que la guerra puede haber tenido lugar hace quince o dieciséis años, pero ninguno de los humanos tiene recuerdos que influyan para aliviarles el odio: todos perdieron a alguien, un amigo o un pariente o un vecino, en esa horrible peste. Y no pueden olvidar con facilidad que fueron las octoarañas quienes la ocasionaron.

—Como reacción ante la agresión de los ejércitos humanos —rebatió Nicole.

—Pero la mayoría de los humanos no lo ve de ese modo. Quizá creen la propaganda de Nakamura y no la historia "oficial" de la guerra, que les fue contada por tu amigo El Águila no bien se nos mudó aquí... La verdad es que la mayoría de los seres humanos odia y teme a las octoarañas. Nada más que el veinte por ciento de la gente hizo algún intento por alternar socialmente, a pesar de los denodados esfuerzos de Ellie, o por aprender algo sobre las *octos*. La mayor parte de los humanos permanece en nuestro rayo... Por desgracia, las habitaciones atestadas no ayudan a aliviar el problema.

Nicole se dio vuelta hacia un costado. Su hija Ellie dormía con la cara vuelta hacia ella. Sus ojos se movían rápidamente debajo de los párpados: "Está soñando", pensó Nicole. "Espero que no con Robert..." Volvió a pensar en la reunión con la familia y los amigos.

"Conjeturo que El Águila sabía lo que estaba haciendo al mantenerme con vida. Aun si no tiene algo específico para que yo haga... Mientras yo no me convierta en una inválida o en una carga, puedo ser de utilidad aquí."

—Esta será nuestra primera experiencia de envergadura en el Grand Hotel —le aseguró Max a Nicole—. Cada vez que voy al refectorio durante las horas de atención al público, me viene a la memoria el Día de la Munificencia en la Ciudad Esmeralda... Esos horripilantes seres que vinieron junto con las octoarañas pueden ser fascinantes, pero me siento malditamente más cómodo cuando no andan cerca.

—¿No podemos esperar hasta que sea nuestro período, papi? —pidió Marius—. Las iguanas asustan a Nikki. Se quedan mirándonos como papando moscas, con esos ojos amarillos, y hacen ruidos como cloqueos tan repulsivos mientras comen...

—Hijo —señaló Max—, tú y Nikki pueden aguardar con los demás hasta el momento en que nos toque nuestro período segregado de almuerzo, si así lo prefieren. Nicole quiere comer con *todos* los residentes. Es una cuestión de principios para ella... Tu madre y yo vamos a acompañarla para asegurarnos de que aprenda las costumbres en el refectorio.

—No te preocupes por mí —dijo Nicole—. Estoy segura de que Ellie o Patrick...

—Tonterías —la interrumpió Max—. Eponine y yo estaremos encantados de acompañarte... Además, Patrick fue con Nai a ver a Galileo, Ellie se encuentra en la sala de esparcimiento, y Benjy está leyendo con Kepler y María.

—Aprecio tu comprensión, Max —dijo Nicole—. Me es importante pronunciar la clase adecuada de relación, especialmente al principio. .. El Águila y Doctora Azul no me dieron muchos detalles del problema...

—No necesitas dar explicaciones —contestó Max—. De hecho, anoche, después que te dormiste, le dijo a la francesita que estaba seguro de que querrías alternar. —Rió. —No lo olvides: te conocemos muy bien.

Cuando Eponine se les unió, salieron al vestíbulo. En su mayor parte estaba vacío. Pocas personas entraban en el corredor que tenían a la izquierda, lejos del centro de la estrella de mar, y un hombre y una mujer permanecían juntos, parados en la entrada al rayo.

El trío aguardó dos o tres minutos a que llegara el tren. Cuando se estaban acercando a la parada final, Max se inclinó hacia Nicole.

—Esas dos personas que están paradas en la entrada del rayo —señaló— no están matando el tiempo simplemente: ambos son importantes activistas en el Consejo... Son muy testarudos en sus opiniones, y muy insistentes.

Nicole tomó el brazo que Max le ofreció cuando se apearon.

—¿Qué quieren? —susurró, mientras la pareja empezaba a caminar hacia ellos.

—No lo sé —masculló Max con rapidez—, pero vamos a enterarnos muy pronto.

—Buen día, Max... Hola, Eponine —saludó el hombre. Era corpulento y andaría alrededor de los cuarenta años. Miró a Nicole y la cara se le iluminó con una amplia sonrisa de político. —Usted debe de ser Nicole Wakefield —dijo, tendiendo la mano para estrechar la de Nicole— ...Todos hemos oído hablar mucho de usted... Bienvenida... Bienvenida... Soy Stephen Kowalski.

—Y yo soy Renée du Pont —dijo la mujer, adelantándose y también tendiéndole la mano.

Después de intercambiar algunas cortesías, el señor Kowalski le preguntó a Max qué estaban haciendo.

—Estamos llevando a la señora Wakefield a almorzar —contestó Max simplemente.

—Todavía es la hora en común —dijo el hombre, mostrando otra amplia sonrisa. Comprobó con su reloj. —¿Por qué no aguardan cuarenta y cinco minutos más, y Renée y yo nos uniremos a ustedes...? Estamos en el Consejo, saben, y nos gustaría mucho conversar con la señora Wakefield sobre nuestras actividades... Indudablemente, el Consejo querrá oír de usted en un futuro muy próximo.

—Gracias por la oferta, Stephen —contestó Max—, pero todos tenemos hambre. Queremos comer ahora.

El entrecejo del señor Kowalski formó una profunda V.

—Yo no lo haría si fuera usted, Max —advirtió—. En estos momentos hay mucha tensión... Después de ese incidente de ayer en la piscina, el Consejo votó, por unanimidad, boicotear todas las actividades colectivas de los dos días siguientes Emily estaba especialmente irritada por el hecho de que Cubo Grande hubiera puesto a Garland en libertad condicional y no hubiera tomado medida disciplinaria alguna contra la octoaraña transgresora... Esta es la cuarta vez consecutiva que los "cabezas de cubo" dictaminan contra nosotros.

—Vamos, Stephen —rebatió Max—. Oí el relato anoche, durante la cena: Garland todavía estaba en la piscina quince minutos después que hubiera expirado nuestro horario especial... Él agarró a la octoaraña primero.

—Fue una provocación deliberada —intervino Renée du Pont—. En la piscina sólo había tres octoarañas... No había motivos para que una de ellas estuviera en el carril en el que Garland estaba nadando largos.

—Además —dijo Stephen—, tal como discutimos anoche en el Consejo, los detalles de este incidente en particular no son de importancia primordial para nosotros: es esencial que tanto a los “cabezas de cubo" como a las octoarañas les mandemos un mensaje para que sepan que estamos unidos como especie... El Consejo se va a reunir otra vez esta noche, en sesión especial, para elaborar una lista de agravios...

Max se estaba enojando:

—Le agradezco que nos mantenga informados, Stephen— dijo bruscamente—, y ahora, si se hacen a un lado, nos gustaría ir a almorzar.

—Están cometiendo un error —insistió el señor Kowalski—. Van a ser los únicos seres humanos en el refectorio... Naturalmente, vamos a informar sobre esta conversación en la reunión de esta noche del Consejo.

—Háganlo —contestó Max.

Él, Eponine y Nicole salieron hacia el corredor principal, que formaba un anillo en tomo del núcleo central de la estrella de mar.

—¿Qué es el Consejo? —preguntó Nicole.

—Un grupo, autonombrado, me permito añadir, que pretende representar a todos los seres humanos —contestó Max—. Al principio no eran más que una molestia pero, en estos últimos meses, realmente empezaron a contar con algo de poder... Hasta reclutaron a la pobre Nai en sus filas, al ofrecerse a ayudarla para resolver el problema de Galileo.

El tren grande se detuvo a unos veinte metros hacia la derecha de ellos, y bajó un par de iguanas. Dos de los robots de cubos, que habían estado parados discretamente en el costado, salieron al corredor, interponiéndose entre los seres humanos y los extraños animales de dientes temibles. Cuando las iguanas pasaron alrededor de ellos, de regreso a lo largo de la pared, Nicole recordó el ataque a Nikki durante la ceremonia del Día de la Munificencia.

—¿Por qué están aquí? —le preguntó a Max—. Yo habría creído que eran demasiado destructoras...

—Tanto Cubo Grande como El Águila les explicaron a grupos completos de humanos, en dos ocasiones distintas, que las iguanas son esenciales para la producción de la planta de barrican, sin la cual la sociedad *octo* quedaría patas para arriba... No pude entender todos los detalles de la explicación biológica, pero sí recuerdo que los huevos frescos de iguana eran un eslabón vital en el proceso... El Águila insistió repetidamente en que aquí, en el Grand Hotel, únicamente se conservaba la cantidad mínima necesaria de iguanas.

El grupo de humanos estaba cerca de la entrada del refectorio.

—¿Las iguanas ocasionaron muchos problemas? —preguntó Nicole.

—Verdaderamente, no. Pueden ser peligrosas, eso lo sabes, pero si se elimina toda la hojarasca que armó el Consejo, se llega a la conclusión de que hubo nada más que unos pocos casos en los

que lanzaron un ataque sin provocación.. . La mayor parte de los altercados fueron iniciados por los seres humanos... Nuestro niño Galileo mató dos de ellas una noche, en el refectorio, durante una de sus violentas explosiones de cólera.

Max advirtió la intensa reacción de Nicole ante ese último comentario:

—No quiero contar chismes de barrio —aclaró, meneando la cabeza—, pero este asunto de Galileo verdaderamente desgarró nuestra pequeña familia... Le prometí a Eponine que primero te dejaría hablar sobre eso con Nai.

Los robots de cubos más pequeños estaban fabricados según el mismo diseño general que Cubo Grande. Una docena de ellos servía comida en el refectorio, y otros seis u ocho permanecían parados alrededor de la zona en la que se comía. Cuando Nicole y sus amigos entraron, cuatrocientas o quinientas octoarañas, entre ellas dos gigantescos atiborrados y aproximadamente ochenta morfos enanos que comían en el piso, en uno de los rincones, estaban en el refectorio. Muchas de ellas se dieron vuelta para mirar, cuando Max, Eponine y Nicole pasaron del otro lado de la línea. Una docena de iguanas, sentadas no muy lejos de la línea de servicio, dejó de comer y los observó con cautela.

Nicole estaba sorprendida por la gran variedad de cosas que había para comer. Optó por pescado y papas, así como por las frutas, y la miel con sabor a naranja para el pan.

—¿De dónde proviene toda esta comida fresca? —le preguntó a Max, mientras se sentaban a una larga mesa vacía.

Max señaló hacia arriba.

—Hay un segundo nivel en esta estrella de mar. Toda la comida para los viajeros se produce ahí arriba... Comemos muy bien, aunque el Consejo se haya quejado por la falta de carne.

Nicole tomó un par de bocados.

—Creo que debo decirte —advirtió Max en voz baja, inclinándose por sobre la mesa— que dos octoarañas enfilan hacia ti.

Nicole se dio vuelta: dos octoarañas estaban aproximándose. Con el rabillo del ojo también vio a Cubo Grande, que se apresuraba para llegar a la mesa de los seres humanos.

—Hola, Nicole —saludó en colores la primera octoaraña—. Fui uno de los asistentes de Doctora Azul en el hospital de Ciudad Esmeralda... Quise darte la bienvenida y agradecerte otra vez por habernos ayudado...

Nicole buscó en vano una marca distintiva en la octoaraña:

—Lo siento —dijo en tono amigable—. No puedo ubicarte con exactitud...

—Me llamabas Lechecita —dijo la octoaraña— porque, en aquel momento, me estaba recuperando de una operación de la lente y tenía un exceso de fluido blanco...

—Ah, sí —sonrió Nicole—. Te recuerdo ahora, Lechecita... Un día, durante el almuerzo, ¿no sostuvimos una larga discusión sobre la vejez? Por lo que puedo recordar, te resultaba difícil creer que nosotros, los seres humanos, permanecíamos vivos, fuésemos útiles o no lo fuésemos, hasta que moríamos por causas naturales.

—Así es —contestó Lechecita—. Bueno, no quiero perturbar tu cena, pero mi amigo tenía muchos deseos de conocerte.

—Y de agradecerte también —añadió su compañero— por haber sido tan imparcial respecto de todo... Doctora Azul dice que has sido un ejemplo para todos nosotros...

Otras octoarañas empezaron a levantarse de donde estaban sentadas en el refectorio y a ponerse en fila detrás de las otras dos congéneres. Los colores de "gracias" eran visibles en la mayoría de las cabezas. Nicole estaba profundamente conmovida. Por sugerencia de Max, se puso de pie y habló a la fila de octoarañas:

—Gracias a todos por su cálida bienvenida. La aprecio sinceramente... Espero tener la oportunidad de hablar con cada una de ustedes mientras vivamos aquí juntos.

Sus ojos miraron hacia la derecha de la fila de *octos* y vio a su hija Ellie con Nikki.

—Vine lo más pronto que pude —dijo Ellie, acercándose y besando a su madre en la mejilla—. Debía haberlo sabido... —agregó con una leve sonrisa. Le dio un fuerte abrazo. —Te adoro, mamá —declaró—, y no sabes lo mucho que te extrañé,

—Le expliqué al Consejo que acababas de llegar y que no entendías por completo la importancia del boicot —dijo Nai—. Creo que quedaron satisfechos.

Nai abrió la puerta y Nicole la siguió hasta el sector de lavandería. Sobre la base de las lavadoras y secadoras que habían visto en Nuevo Edén, los alienígenas que equiparon con premura

el Grand Hotel construyeron la lavandería automática no muy lejos del refectorio. En la gran sala había dos mujeres más. Adrede, Nai eligió usar las máquinas que estaban en el lado opuesto, de modo de poder mantener una conversación privada con Nicole.

—Te pedí que vinieras conmigo hoy —dijo, mientras empezaba a clasificar la ropa— porque deseaba hablar contigo respecto de Galileo... —Hizo una pausa, luchando consigo misma. —Discúlpame, Nicole: mis sentimientos en este asunto son tan intensos... No estoy segura...

—Está bien, Nai —la tranquilizó Nicole suavemente—. Entiendo... Recuerda que yo también soy madre.

—Estoy desesperada, Nicole —prosiguió Nai—. Necesito tu ayuda... Nada de lo que me haya ocurrido en la vida, ni siquiera el asesinato de Kenji, me afectó como esta situación... Me consume la angustia por mi hijo... Ni siquiera la meditación me brinda paz.

Mientras hablaba, Nai dividió la ropa en tres montones. Los puso en tres máquinas lavadoras y volvió al lado de Nicole.

—Mira —dijo—. Soy la primera en admitir que la conducta de Galileo no fue perfecta... Después del largo sueño, cuando nos mudaron acá, fue muy lento para relacionarse con los demás... No participaba en las clases que Patrick, Ellie, Eponine y yo habíamos organizado para los chicos y, cuando venía, no hacía los deberes... Galileo era hosco, terco y desagradable con todos menos con María.

"Nunca me hablaba sobre lo que sentía... Lo único que parecía disfrutar era ir a la sala de esparcimiento para practicar ejercicios de desarrollo muscular... A propósito, se encuentra muy orgulloso de su fuerza física.

Nai dejó de hablar un momento.

—Galileo no es *mala* persona, Nicole —afirmó, como disculpándose—. Sólo está confuso... Se durmió como niño de seis años y despertó con veintiuno, con el cuerpo y los deseos de un varón joven...

Se detuvo. En los ojos le habían aparecido lágrimas.

—¿Cómo se podía *esperar* que supiera cómo actuar...? —continuó con dificultad. Nicole extendió los brazos hacia ella, pero Nai no aceptó la oferta. —He tratado de ayudarlo, pero no pude —continuó Nai. No sé *qué* hacer... Y temo que ahora sea demasiado tarde.

Nicole recordó sus propias noches de insomnio en Nuevo Edén, cuando lloraba a menudo, frustrada, por Katie.

—Entiendo, Nai —dijo en voz baja—. Créeme que te entiendo.

—Una vez, nada más que una vez —dijo Nai después de una pausa——, llegué a tener un atisbo de lo que hay debajo de ese frío aspecto exterior que Galileo exhibe con tanto orgullo... Fue en medio de la noche posterior al asunto con María, cuando volvió de su sesión con Cubo Grande. Estábamos juntos en el corredor, nada más que nosotros dos, y él estaba gimiendo y golpeando la pared... "¡No iba a lastimarla, mamá; tienes que creerme!", gritaba, "¡Amo a María... Es que no pude contenerme!"

—¿Qué pasó con Galileo y María? —preguntó Nicole cuando Nai volvió a detenerse unos segundos—. No estoy al tanto.

¡Oh! —exclamó Nai, sorprendida—, estaba segura de que alguien ya te lo habría contado. —Vaciló unos instantes. —En aquel momento, Max dijo que Galileo había tratado de violar a María y que lo habría conseguido, de no haber vuelto Benjy a la sala y arrancado a Galileo de encima de la muchacha... Después, Max admitió ante mí que pudo haberse excedido al emplear la palabra "violación", pero que, sin lugar a dudas, Galileo "se había pasado de la raya".. .

"Mi hijo me dijo que María lo había incitado, al principio por lo menos, y que cayeron al suelo mientras se besaban... Ella todavía estaba participando con todo entusiasmo, según Galileo, hasta que él empezó a bajarle la bombacha... Ahí fue cuando empezó la lucha...

Nai trató de calmarse.

—El resto de la historia, no importa quién la relate, no es muy agradable: Galileo admite que golpeó a María, y varias veces, después que ella empezó a gritar, y que la retuvo en el suelo y siguió bajándole la bombacha... Él había cerrado la puerta con llave. Benjy la derribó con el hombro y se tiró sobre Galileo con todas sus fuerzas... Debido al ruido y a los daños a la propiedad, Cubo Grande acudió, así como muchos mirones...

Había más lágrimas en los ojos de Nai.

—Debe de haber sido horrible —comentó Nicole.

—Esa noche, mi vida se hizo trizas —dijo Nai—. Todos censuraron a Galileo. Cuando Cubo Grande lo puso en libertad bajo palabra y lo devolvió a la unidad que ocupaba la familia, Max, Patrick, y hasta Kepler, su propio hermano, opinaban que el castigo era demasiado leve. Y si alguna vez insinué que quizá, nada más que quizá, la bella y querida María *pudo* haber sido parcialmente

responsable por lo que ocurrió, todos me decían que yo "carecía de imparcialidad" y que estaba "ciega a los hechos"...

"María desempeñó su papel a la perfección —continuó Nai, con indisimulada aspereza en la voz—. Más tarde admitió que voluntariamente había besado a Galileo, ya antes se habían besado dos veces, dijo, pero insistió en que empezó a decir "no" *antes* de que él la hiciera caer al suelo. María lloró durante una hora inmediatamente después del incidente. Apenas si podía hablar. Todos los hombres trataron de reconfortarla, incluso Patrick. Todos estaban convencidos, aun antes de que ella dijera algo siquiera, de que no tenía culpa alguna.

Sonaron campanillas suaves, indicando que el lavado se había completado. Nai se levantó lentamente, fue hasta las máquinas y puso la ropa en dos secadoras.

—Todos estuvimos de acuerdo en que María debía mudarse a la habitación de al lado, con Max, Eponine y Ellie —continuó—. Creí que el tiempo sanaría las heridas. Me equivoqué: todos, excepto yo, excluyeron a Galileo de la familia. Kepler ni siquiera le hablaba. Patrick era cortés, pero distante... Galileo se refugió aún más en su coraza, dejó de asistir del todo a las clases y pasaba la mayor parte de sus horas de vigilia solo, en el salón de pesas.

"Hace unos cinco meses me acerqué a María y le supliqué que ayudara a Galileo... Fue humillante, Nicole: ahí estaba yo, una mujer adulta, rogándole a una adolescente que le hiciera un favor... Primero le había preguntado a Patrick, a Eponine y, después, a Ellie, si hablarían con María por mí. Únicamente Ellie hizo un esfuerzo por interceder, y me informó, después de su intento, que la apelación tendría que venir directamente de mí.

"María finalmente aceptó hablar con Galileo, pero únicamente después de forzarme a escuchar una perorata sobre cómo ella todavía se sentía “violada" por el ataque de Galileo. También estipuló que la reunión debía ser precedida por una disculpa sincera y por escrito de Galileo, así como que yo en persona asistiera a la conversación, con el objeto de evitar cualquier situación desagradable.

Nai meneó la cabeza.

—Y ahora te pregunto, Nicole: ¿cómo es *posible*, por Dios, que una chica de dieciséis años, que ha estado despierta durante nada más que dos en toda su vida, se haya vuelto tan perversa? Alguien, y mi conjetura es que fueron Max y Eponine, estuvo asesorándola acerca de cómo comportarse. María *quería* humillarme y hacer que Galileo sufriera lo más posible... y por cierto que lo consiguió.

—Sé que parece improbable —Nicole habló por primera vez en vanos minutos—, pero conocí gente con increíbles dones naturales, que saben, de manera intuitiva y a edad muy temprana, cómo habérselas con cualquier posible situación. María puede ser una de ellas.

Nai pasó por alto el comentario.

—El encuentro resultó muy bien. Galileo cooperó y María aceptó la disculpa que él le escribió. Durante las siguientes semanas, ella parecía desvivirse para incorporarlo a lo que fuera que los jóvenes estuvieran haciendo... pero él seguía siendo un extraño en ese grupo, un intruso. Yo me daba cuenta... y sospecho que él también.

"Entonces, un día, en el refectorio, mientras los cinco estaban sentados juntos, el resto de nosotros había comido temprano y ya regresado a nuestras habitaciones, un par de iguanas se sentó al otro extremo de la mesa. Según Kepler, las iguanas eran deliberadamente repulsivas: hundían la cabeza en sus platos, absorbiendo con ruido esos gusanos serpenteantes que a ellas les encantan y, después, miraron con fijeza a las muchachas, en especial a María, con esos ojuelos amarillos y saltones. Nikki hizo un comentario respecto de que ya no tenía más hambre, y María estuvo de acuerdo con ella.

"En ese momento, Galileo se levantó de su asiento, dio unos pasos hacia las iguanas y dijo "¡Soo, fuera!", o algo por el estilo. Una de las iguanas saltó hacia él. Galileo aferró a la primera iguana por el cuello y la sacudió con ferocidad: el ser murió con el cuello roto. La segunda también atacó, apresando el antebrazo de Galileo con sus poderosos dientes. Antes que los cabezas de cubo llegaran para poner fin a la gresca, Galileo la había golpeado contra la mesa, hasta matarla.

Nai parecía estar sorprendentemente calmada cuando terminó el relato.

—Se llevaron a Galileo. Tres horas después, Cubo Grande vino a nuestras habitaciones y nos informó que quedaría permanentemente detenido en otra parte de la espacionave. Cuando pregunté por qué, el supercabeza de cubo me contestó lo mismo que me dijo cada vez que le hice la pregunta desde ese entonces: “Hemos decidido que la conducta de su hijo no es aceptable".

Otra secuencia de campanilleos cortos anunció que el ciclo de secado estaba completo. Nicole ayudó a Nai a plegar la ropa sobre la mesa larga.

—Se me permite verlo nada más que dos horas por día —continuó Nai—. Aunque Galileo es demasiado orgulloso como para quejarse, puedo darme cuenta de que está sufriendo... El Consejo incluyó a Galileo en la lista como a uno de los cinco seres humanos a los que se mantiene "retenidos"

sin adecuada justificación, pero no sé si los cabezas de cubo prestan oídos en serio a las quejas de esos humanos.

Nai dejó de plegar ropa y puso la mano sobre el antebrazo de Nicole:

—Esa es la razón de que te esté pidiendo ayuda —dijo—. En la jerarquía alienígena, El Águila está en una posición aún más elevada que la de Cubo Grande. Es evidente que El Águila presta cuidadosa atención a lo que tú dices... ¿Podrías, te lo suplico, hablar con él sobre Galileo?

—Es lo correcto —le dijo Nicole a Ellie, sacando sus pertenencias del armario—, debí haber estado en la otra habitación desde el principio.

—Hablamos sobre eso antes que llegaras —contestó Ellie—, pero tanto Nai como María dijeron que no había inconveniente en que la chica se mudara a la habitación de al lado, de modo que tú pudieras estar aquí con Nikki y conmigo.

—De todos modos... —insistió Nicole. Puso su ropa sobre la mesa y miró a su hija. —Sabes, Ellie, estuve aquí desde hace nada más que unos días, pero me llama terriblemente la atención lo absorbidos que todos están en las trivialidades cotidianas de la vida... y no me estoy refiriendo sólo a Nai y sus preocupaciones: la gente con la que conversé en el refectorio, o en las otras salas de uso en común, pasa un sorprendentemente escaso porcentaje de su tiempo discurriendo sobre lo que *realmente* pasa aquí. Nada más que dos personas me hicieron preguntas sobre El Águila. Y allá arriba, anoche, en la cubierta de observación, mientras una docena de nosotros contemplaba ese asombroso tetraedro, nadie quiso conversar sobre *quién* pudo haberlo construido y con qué propósito.

Ellie rió.

—Todos los demás han estado aquí desde hace un año ya, mamá: hicieron todas esas preguntas hace mucho, y durante muchas semanas, pero no recibieron respuestas satisfactorias. Está en la naturaleza humana que, cuando no podemos responder a una pregunta infinita, la descartemos hasta obtener nueva información.

Levantó todas las cosas de su madre.

—Ahora bien, les dijimos a todos que te dejen a solas y hoy te permitan hacer una siesta. Nadie deberá entrar en la habitación durante las dos horas siguientes. *Por favor*, mamá, utiliza esta oportunidad para descansar... Cuando Doctora Azul se fue anoche, me dijo que tu corazón estaba mostrando señales de fatiga a pesar de todas las sondas complementarias.

—El señor Kowalski indudablemente no se sentía feliz por tener una octoaraña en nuestro rayo —comentó Nicole.

—Se lo expliqué. Lo mismo hizo Cubo Grande. No te preocupes por eso.

—Gracias, Ellie —dijo Nicole, y besó a su hija en la mejilla.

4

—¿Estás lista, mamá? —preguntó Ellie mientras entraba.

—Así lo creo —respondió Nicole—, aunque no hay duda de que me siento ridícula. Excepto la partida de ayer contigo, Max y Eponine, no he jugado al bridge desde hace años.

Ellie sonrió.

—No importa cómo juegues, mamá. Hablamos sobre eso anoche.

Max y Eponine estaban aguardando en el vestíbulo, junto a la parada del tren.

—Hoy va a ser muy interesante —dijo Max, después de saludarla a Nicole—. Me pregunto cuántos más van a aparecer.

La noche anterior, el Consejo había votado a favor de extender otra vez el boicot durante tres días más. Aunque Cubo Grande había respondido a la lista de agravios, y hasta persuadido a las octoarañas, que superaban a los humanos en número, a razón de ocho a uno, de que concedieran más tiempo, en los sectores de uso común, para uso exclusivo de los humanos, el Consejo consideraba que muchas de las respuestas todavía no eran adecuadas.

Durante la reunión del Consejo también tuvo lugar un debate respecto de cómo aplicar el boicot: algunos de los participantes más vocingleros habían querido imponer castigos para quienes desoyeran la resolución sobre el boicot. La reunión terminó con el acuerdo de que funcionarios del Consejo "exigirían activamente", a aquellos seres humanos que siguieran haciendo caso omiso a sus recomendaciones, que evitaran las interacciones con todas las demás especies,

El tren del primer corredor estaba casi vacío, Una media docena de octoarañas estaba en el primer coche y tres o cuatro más, así como dos iguanas, estaban sentadas en el segundo. Nicole y sus amigos eran los únicos seres humanos a bordo.

—Tres semanas atrás, antes de que empezara este último ciclo de tensiones —dijo Ellie—, teníamos veintitrés mesas para nuestro certamen semanal de bridge. Creí que estábamos progresando un poco: estábamos teniendo un promedio de cinco o seis nuevos seres humanos inscriptos cada semana.

—¿Cómo demonios, Ellie —preguntó Nicole, cuando el tren se detuvo y otro par de octoarañas subió al coche—, se te pudo ocurrir la idea de estos certámenes de bridge? La primera vez que me hablaste sobre jugar a las barajas con las octoarañas, pensé que habías perdido la chaveta.

Ellie rió:

—Al principio, poco después de que todos nos establecimos aquí, supe que alentar la interacción demandaría alguna especie de actividad organizada. De buenas a primeras, la gente no iba a caminar hacia una octoaraña y entablar una conversación, ni siquiera con un cabeza de cubo o conmigo oficiando de intérprete... Los juegos parecían ser una manera muy buena para estimular la relación... Eso funcionó durante poco tiempo, pero pronto resultó evidente que no existía juego de mesa alguno en el que el ser humano más diestro pudiera equipararse a cualquiera de las octoarañas. Aun concediendo algunas ventajas...

—A fines del primer mes —terció Max— jugué ajedrez con tu amiguita, Doctora Azul... Me dio una ventaja de una torre y dos peones para empezar el juego y, aun así, me pasó el rastrillo... Fue muy desmoralizador...

—El golpe de gracia lo asestó nuestro primer certamen de Scrabble[1] —prosiguió Ellie— todos los premios fueron para las octoarañas, ¡aun cuando todas las palabras que se utilizaron estaban en inglés! Ahí fue cuando me di cuenta de que tenía que proponer un juego en el que humanos y octoarañas no jugaran unos *contra* otros…

"El bridge resultó ser perfecto: cada pareja está compuesta por un ser humano y una octoaraña. No es necesario que los compañeros hablen entre sí. Preparé barajas con representación convencional en ambos idiomas, y aun el ser humano más obtuso puede aprender, en una sola sesión, los números octoaraña desde el uno hasta el siete y los símbolos que usan para los cuatro palos... Funcionó fabulosamente bien.

[1] Juego de salón, en el que se deben formar palabras. con letras sueltas, sobre un tablero. (N. del T.)

Nicole meneó la cabeza:

—Sigo pensando en que estás loca —dijo con una sonrisa—... aunque también debo reconocer un toque de brillantez.

En la hora para la que estaba programado el comienzo del certamen de bridge, en la sala de naipes del complejo de esparcimiento sólo había catorce personas más. Ellie se adaptó bien, decidiendo que hubiera dos juegos separados, uno para las “parejas mixtas", como las llamaba, y otro certamen exclusivo para las octoarañas.

Doctora Azul era la compañera de Nicole. Estuvieron de acuerdo en un enfoque de remate principal con cinco cartas, una de seis cifrada por Ellie, y se sentaron a una mesa cercana a la puerta. Como los asientos para las octoarañas eran más altos que los que usaban los seres humanos, Nicole y su compañera estaban sentadas mirándose ojo con ojo o, para decirlo con más propiedad, ojo con lente.

Nicole nunca había sido una jugadora excepcional de bridge. Lo aprendió a jugar mientras era estudiante en la universidad de Tours, cuando su padre, preocupado al ver que su hija no tenía suficientes amigos, la alentó a intervenir en actividades extracurriculares. También había jugado un poco de bridge en Nuevo Edén, donde el juego se convirtió en moda social durante el primer año posterior al asentamiento. Sin embargo, a pesar de cierta aptitud natural para el juego, Nicole siempre consideró que el bridge consumía demasiado tiempo y que había muchas otras cosas, más importantes, para hacer.

Desde el principio resultó evidente para Nicole que Doctora Azul, así como las demás octoarañas que fueron a la mesa con sus compañeros humanos para jugar en el certamen duplicado, eran soberbias jugadoras de cartas. En la segunda mano, Doctora Azul jugó un contrato "tres sin triunfo" que fue extremadamente difícil, empleando *finesses*[2] y un aprieto terminal como si fuera un profesional humano del bridge.

—Bien hecho —elogió Nicole a su compañera octoaraña, después que Doctora Azul hizo el contrato más una sobrebaza.

—Es muy sencillo, una vez que se sabe dónde están todas las cartas —respondió Doctora Azul en colores.

Resultaba fascinante mirar a las octoarañas operar la mecánica del juego: con las dos últimas articulaciones de un solitario tentáculo, ayudadas por las cilias, claro está, extraían las cartas de los "muertos" viajeros y, después, delante de la lente, se ponían la mano que habían recibido, sosteniéndola con tres tentáculos, uno en cada lado y un tercero en el medio. Para poner una carta en la mesa, la octoaraña empleaba el tentáculo que estuviese más cercano a la carta en cuestión, equilibrándola entre las cilias durante el descenso.

Entre mano y mano, Nicole y Doctora Azul se dedicaban a mantener su usual conversación vivificante. Doctora Azul le acababa de decir que la nueva Optimizadora Principal se encontraba perpleja por la última actitud asumida por el Consejo, cuando la puerta que daba al salón de juego de naipes abrió y en él entraron tres seres humanos, seguidos por Cubo Grande y uno de los cabezas de cubo más pequeños.

La mujer que llevaba la voz cantante, a la que Nicole reconoció como Emily Bronson, la presidenta del Consejo, recorrió la sala con la mirada y, después, se dirigió hacia la mesa de Nicole. Se acababa de declarar una jugada, y a Ellie y Doctora Azul se les habían unido la octoaraña Lechecita y su compañera, una mujer madura de apariencia agradable llamada Margaret.

—Pero cómo, Margaret Young, estoy asombrada de verte aquí —dijo Emily Bronson—. No debes de haber *oído* que anoche el Consejo extendió el período de boicot.

Los dos hombres que habían entrado en la sala junto con Ms[3] Bronson, uno de los cuales era Garland, el del incidente en la piscina, la siguieron hasta la mesa de Nicole. Los tres se cernían sobre Margaret.

—Emily... lo siento —contestó Margaret, con la mirada fija en el suelo—. Pero ya sabes cómo adoro el bridge...

—Es mucho más que juegos de lo que aquí se trata —señaló Emily Bronson.

Ellie se había levantado de una mesa próxima y ya llamaba la atención de Cubo Grande para que detuviera la perturbación, pero Emily Bronson fue demasiado rápida:

---

[2] Jugada consistente en tirar la carta alta, esperando que una inferior tome la baza, porque la única alta opuesta está en la mano de un oponente que ya jugó. El término se aplica siempre en francés. (N. del T.)

[3] "Ms": forma de tratamiento para mujeres que, a diferencia de los tradicionales *Miss*, señorita, y *Mrs*, señora, no revela el estado civil. Es equivalente al tratamiento masculino *Mr*, que tampoco revela estado civil. No tiene traducción. (N. del T.)

—Todos ustedes —dijo en voz alta— están demostrando su deslealtad al estar aquí. Si se van ahora, el Consejo no los juzgará mal... Si se quedan, empero, después de haber sido advertidos...

Ahora Cubo Grande intervino y le informó que ella y sus amigos estaban perturbando el juego. Cuando el trío dio media vuelta para retirarse, más de la mitad de los seres humanos se levantó de sus sillas para seguirlo.

—Esto es ridículo —declaró una voz con asombrosa claridad y potencia. Nicole estaba parada en su sitio, apoyándose sobre la mesa con una mano.

—Vuelvan a sentarse —prosiguió con el mismo tono—. No permitan que los intimide una incitadora a la violencia y a los prejuicios.

Todos los jugadores de bridge retornaron a sus asientos.

—¡Cállese, vieja! —exclamó Emily Bronson, iracunda, desde el otro lado de la sala—. Esto no es nada que le incumba. —Cubo Grande los escoltó a ella y sus compañeros hasta el otro lado de la puerta.

—¿Usted no tiene la menor idea, no, señora Wakefield, sobre qué es cualquiera de estos objetos'?

—Sé tanto como tú, María —contestó Nicole—. Probablemente son elementos que, de algún modo, tuvieron un significado especial para tu madre. En su momento pensé que el cilindro plateado implantado debajo de la piel de tu madre era una especie de identificador del zoológico, pero puesto que ninguno de los miembros del personal de mantenimiento del zoológico sobrevivió al bombardeo, y quedan muy pocos archivos, es improbable que alguna vez podamos comprobar mi hipótesis.

—¿Qué es una "hipótesis"? —preguntó la muchacha.

—Es una suposición, o explicación de lo ocurrido, de carácter provisorio, cuando realmente no hay suficientes pruebas para llegar a alguna respuesta definida —explicó Nicole—. A propósito, debo decir que tu inglés es realmente admirable.

—Gracias, señora Wakefield.

Estaban sentadas juntas en el salón público, justo afuera de la cubierta de observación. Ambas bebían jugo de fruta. Aunque Nicole estaba en el Grand Hotel desde hacía ya una semana, era la primera vez que tenía un momento a solas con la muchacha que había encontrado entre las ruinas del zoológico, dieciséis años atrás.

—¿Mi madre era verdaderamente hermosa? —preguntó María.

—Era muy llamativa, eso lo recuerdo, aunque no pude verla muy bien con la escasa luz. Parecía tener tu mismo color de tez, quizás un poco más claro, y era de complexión mediana. Yo habría juzgado que tenía treinta y cinco años o, quizás, algo menos.

—¿Y no había señales de mi padre? —preguntó María.

—Ninguna que yo viese —dijo Nicole—, pero claro, dadas las circunstancias, no hice una búsqueda muy a fondo... Es posible que él pueda haber estado vagando por alguna otra parte del Dominio Alternativo, en busca de ayuda. La cerca que rodeaba tu recinto había sido derribada durante el bombardeo. Me preocupó, cuando desperté a la mañana siguiente, que tu padre hubiera podido estar buscándote, pero más tarde me convencí, a juzgar por lo que había visto en tu refugio, de que tú y tu madre vivían solas.

—¿Así que su hipótesis es que mi padre ya murió? —preguntó María, con timidez.

—Muy bien —contestó Nicole—. No, no necesariamente... Yo no sería tan específica... Es, simplemente, que no daba la impresión de que alguien más hubiera vivido en el recinto de ustedes desde hacía algún tiempo.

María tomó un sorbo de su jugo y se produjo un momentáneo silencio en la mesa.

—Usted me dijo la otra noche, señora Wakefield —prosiguió—, cuando estábamos hablando con Max y Eponine, que daba por sentado que mucho antes que eso las octoarañas habían secuestrado a mi madre o, quizá, a ella y mi padre, de un sitio llamado Avalon... No entendí por completo lo que usted estaba diciendo...

Nicole le sonrió:

—Agradezco tu cortesía, María —dijo—, pero eres parte de la familia... puedes llamarme Nicole. —Su mente se retrotrajo a Nuevo Edén—, parecía haber sido hacía tanto tiempo, y, entonces, se dio cuenta de que la joven estaba esperando una respuesta para su comentario.

—Avalon era un asentamiento afuera de Nuevo Edén —explicó—, en la oscuridad y el frío de la Llanura Central. Lo creó el gobierno de la colonia para poner en cuarentena a aquella gente que tenía el letal virus llamado RV-41. Después que se construyó Avalon, el dictador de Nuevo Edén, un hombre llamado Nakamura, convenció al Senado de que Avalon también era el lugar perfecto para otros seres humanos "anormales", entre los que figuraban aquellos que protestaban contra el gobierno, los que padecían enfermedades mentales o eran retardados...

—No da la impresión de que hubiera sido un lugar muy agradable —comentó María.

"Benjy estuvo ahí durante más de un año", pensaba Nicole. "Nunca habla sobre eso." Empezó a sentirse culpable por no haber pasado suficiente tiempo a solas con Benjy desde que él despertó. "Pero no se quejó ni siquiera una vez."

Una vez más, tuvo que forzarse a prestar atención a su conversación con María. "Nosotros, los viejos, tenemos pensamientos que divagan", se dijo, "porque tantas cosas que vemos y oímos nos traen recuerdos."

—Ya hice algunas averiguaciones —dijo—. Por desgracia, todo el personal perteneciente a la administración pública de Avalon murió en la guerra... Le he descripto tu madre a alguna gente que pasó considerable tiempo en Avalon, pero nadie la recuerda.

—¿Crees que era una paciente por problemas mentales? —preguntó María.

—Es posible —repuso Nicole—. Puede que nunca lo sepamos con certeza... Tu collar, a propósito, es nuestro mejor indicio sobre la identidad de tu madre: está claro que era devota de la orden de la Iglesia Católica instituida por San Miguel de Siena... Hay algunos otros devotos de esa orden a bordo, dice Ellie... Pienso hablar con ellos cuando tenga tiempo...

Dejó de hablar y miró hacia la cubierta de observación, en la que se había producido una conmoción. Algunos seres humanos y un gran grupo de octoarañas estaban señalando por la ventana y gesticulando alocadamente. Una pareja humana fue a la carrera hacia el corredor Principal, presuntamente para traer de vuelta a otra gente y observar lo que fuere que estaban viendo.

Nicole y María dejaron su mesa, subieron la escalera hasta la cubierta y miraron por el ventanal: a la distancia, más allá del tetraedro de luces, una espacionave inmensa y plana en la parte superior, que se asemejaba a un portaaviones, se estaba acercando a El Nodo. Nicole y María observaron durante varios minutos sin hablar, mientras la nueva espacionave se hacía cada vez más grande e imponente.

¿Qué es? —preguntó María.

—No tengo la menor idea —respondió Nicole.

La cubierta de observación se llenó con rapidez. Las puertas se abrían constantemente, a medida que más humanos, octoarañas, iguanas, y hasta un par de avianos, entraban en la sala. La multitud empezó a apretarse contra Nicole y María.

El vehículo de parte superior plana era extremadamente largo, aún más largo que los corredores para transporte que conectaban las esferas de El Nodo. Varias docenas de grandes "burbujas" transparentes estaban diseminadas por su superficie. *El Portaaviones* se detuvo cerca de uno de los vértices esféricos de El Nodo y extendió un largo tubo transparente, que encajó perfectamente en un costado de la esfera.

La cubierta era un torbellino. Toda clase de seres estaba empujando, apretujándose para acercarse más al ventanal. En condiciones de falta de gravedad, dos iguanas saltaron hacia arriba, contra el ventanal, y prontamente se les unieron diez o veinte seres humanos. Nicole empezó a sentir claustrofobia y trató de hacerse a un costado. No había lugar para pasar por entre la muchedumbre. La empujaron en todas direcciones. Perdió contacto con María. Una fuerte oleada la atrapó desde el costado y la hizo estrellarse contra la pared. Con el impacto, sintió un dolor agudo en la cadera izquierda. En la confusión que se produjo a continuación pudo haber sido pisoteada y lesionada aún más, de no haber sido porque Cubo Grande y los cabezas de cubo arrearon la multitud y restauraron el orden.

Nicole estaba muy conmocionada cuando Cubo Grande la alcanzó. El dolor de la cadera era insoportable. No podía caminar.

—Esto sólo forma parte del hecho de ser anciana —señaló El Águila—. Debes tener más cuidado. —Él y Nicole conversaban solos en el departamento de ella. Los demás estaban tomando el desayuno.

—No me gusta ser frágil —declaró Nicole—, ni me gusta no hacer cosas por tener miedo de lesionarme.

—Tu cadera va a sanar —la tranquilizó El Águila—, pero tomará un tiempo. Eres afortunada de que sólo esté muy magullada y no rota: a tu edad, una cadera rota puede convertir a un ser humano en inválido permanente.

—Gracias por tus palabras de aliento —dijo Nicole, y tomó un sorbo de su café. Estaba acostada en la estera, con la cabeza levemente elevada mediante varias almohadas. —Pero ya hablarnos suficiente sobre mí... Pasemos a cosas más importantes: ¿de qué se trata esa espacionave plana?

—Los demás seres humanos ya empezaron a llamarla *El Portaaviones* —dijo El Águila—. Ese es un nombre muy adecuado.

Se produjo un breve silencio.

—¡Vamos, vamos! —se impacientó Nicole—, no te hagas el difícil conmigo: estoy tendida aquí, dopada y todavía con dolores... No debería ser necesario arrancarte la información con sacacorchos.

—Esta fase de la operación pronto habrá terminado —declaró el alienígena—. A algunos de ustedes se los transferirá a *El Portaaviones* y el resto se mudará a El Nodo.

—¿Y qué pasa después? ¿Y cómo se decide quién va adónde?

—Todavía no puedo decirte eso —contestó El Águila—, pero te adelanto que tú irás a El Nodo... aunque si le cuentas a alguien más lo que acabo de compartir contigo, después no podré darte más información adelantada... Queremos que la transición sea ordenada...

—Tú siempre quieres que las cosas sean ordenadas... ¡Auch! —exclamó Nicole cuando cambió levemente de posición—, y debo decir que no me brindaste información de mucha importancia.

—Sabes más que cualquiera de los otros.

—Gran cosa —comentó Nicole de mal humor, tomando otro sorbo de café—. A propósito, ¿no tienes aquí, en El Nodo, algún médico estrafalario que pueda blandir una varita mágica sobre esta magulladura y la haga desaparecer?

—No, pero podemos darte una nueva cadera, si lo prefieres. O seudocadera, como supongo que la denominarías.

Nicole sacudió la cabeza, molesta. Dio un respingo cuando tocó la estera con la cadera al poner la taza de café en el suelo. —Ser viejo es una mierda —afirmó.

—Lo lamento —dijo El Águila. Empezó a irse. —Pasaré a verte no bien pueda...

—Antes que te vayas —interrumpió Nicole—, tengo otro asunto para tratar: Nai deseaba que yo te pidiera que intercedas por Galileo... Ella querría que se lo devuelva al seno de la familia.

—Eso no tiene la menor importancia ahora —dijo El Águila mientras se iba—. Todos ustedes estarán fuera de aquí dentro de cuatro o cinco días... Adiós, Nicole. No trates de caminar: usa la silla de ruedas que te traje. Tu cadera no va a sanar a menos que le saques tu peso de encima.

5

Era temprano por la mañana, antes que la mayor parte de los seres humanos hubiera despertado. Nicole había estado afuera, en el largo vestíbulo, durante media hora, experimentando con los controles que estaban sobre el brazo de la silla de ruedas. La sorprendió el que la silla se pudiera desplazar tan veloz como silenciosamente. Mientras corría pasando frente a las salas de deliberación ubicadas a mitad de camino del corredor de un kilómetro de largo, se preguntaba qué clase de tecnología avanzada contenía la caja metálica sellada que había debajo del asiento. "A Richard le habría encantado esta silla", pensaba. "Probablemente habría tratado de desarmarla."

Pasó junto a algunos seres humanos que estaban en el vestíbulo, la mayoría de los cuales andaba arrastrando los pies, en el intento de hacer una caminata como ejercicio matutino. Nicole rió para sus adentros cuando dos de los que caminaban pesadamente se corrieron con rapidez para darle paso. "Debo de tener un aspecto muy extraño", pensó, "una vieja de cabello gris yendo por el corredor en silla de ruedas, como una exhalación."

Dio vuelta la esquina inmediatamente después de ponerse al lado del tren pequeño, que transportaba un puñado de pasajeros hacia las zonas de uso en común para tomar un desayuno temprano. Siguió apretando el botón de aceleración de la silla hasta que fue más rápido que el tren. La gente que iba a bordo la contempló con asombro mientras los dejaba atrás. Nicole los saludó agitando la mano y sonrió. Instantes después, sin embargo, cuando una puerta que estaba a cien metros adelante de ella se abrió de repente y dos mujeres salieron al corredor, Nicole se dio cuenta de que no era conveniente que manejara tan rápido. Redujo la velocidad, todavía riéndose para sí con risita cascada, por la emoción que la velocidad le había producido.

Mientras manejaba cerca de su propio departamento, vio a El Águila parado al final del rayo, en el punto en que éste se fusionaba con el anillo que circundaba la estrella de mar. Condujo la silla hasta ponerse junto al alienígena.

—Parece que te estás divirtiendo —comentó éste.

—Así es —asintió Nicole, lanzando una carcajada—. Esta silla es un juguete fantástico. Casi me hizo olvidar el dolor de la cadera.

—¿Dormiste bien anoche?

—Mucho mejor, gracias. Tal como tú y yo conversamos, dormí de costado, con la cadera lesionada arriba. A propósito, lo que fuera que me diste anoche realmente redujo la molestia.

El Águila hizo un ademán en dirección a un salón situado del otro lado del anillo.

—Vamos para allá, por favor —dijo el alienígena—. Me gustaría hablarte en privado.

Nicole condujo la silla a través del anillo principal, hasta que llegó a la rampa que llevaba al salón. El Águila, que caminaba detrás de ella, le hizo un gesto para que continuara. Una docena de octoarañas estaba sentada alrededor de la habitación. El Águila y Nicole eligieron un lugar ubicado hacia la derecha, donde podían estar a solas.

—*El Portaaviones* ya casi terminó su tarea en El Nodo —informó El Águila—. Dentro de doce horas, contadas desde ahora, hará una breve escala cerca de este vehículo para recoger algunos pasajeros más... Después del almuerzo anunciaré quiénes se van a mudar a *El Portaaviones.*

Se volvió y miró directamente a Nicole con sus ojos azul intenso:

—Algunos de los seres humanos no van a encontrar mi anuncio de su agrado... Después que se tomó la decisión de dividir a tu especie en dos grupos separados, de inmediato me resultó patente que sería imposible conseguir una división que no produjera la infelicidad de alguna gente... Querría algo de ayuda tuya para lograr que este proceso sea lo más fluido posible.

Nicole estudió el notable rostro y los ojos de su acompañante alienígena. Creyó recordar haber visto, una sola vez antes, una mirada similar de El Águila: "Allá en El Nodo", rememoró, "cuando se me pidió que hiciera la videograbación."

—¿Qué es lo que deseas que haga? —preguntó.

—Hemos decidido permitir un cierto grado de flexibilidad en este proceso. Aunque todas las personas que figuran en la lista de transferencia deben aceptar su asignación, permitiremos que algunos de aquellos que estén destinados a El Nodo soliciten que se reconsidere su designación.

Puesto que no habrá interacciones entre los dos vehículos, en el Caso de intensos vínculos emocionales, por ejemplo, no querríamos forzar...

—¿Me estás diciendo —lo interrumpió Nicole— que esta escisión puede dividir familias en forma permanente?

—Sí, puede. En unos pocos casos, a un marido o una esposa se los destinó a *El Portaaviones*, mientras que el cónyuge está en la lista para El Nodo. De manera análoga, hay algunos casos en los que padres e hijos serán separados...

—¡Por Dios! —exclamó Nicole— ¿¡Cómo demonios puedes tú, o cualquiera, decidir separar, de manera arbitraria, a un marido y una esposa que eligieron vivir juntos, y pretender que estén felices...!? Vas a tener suerte si no se produce una sublevación generalizada después que hagas el anuncio.

El Águila vaciló algunos segundos.

—No hubo arbitrariedad en absoluto en nuestro proceso —dijo por fin—. Desde hace meses estuvimos estudiando cuidadosamente voluminosos datos sobre cada uno de los seres que actualmente habita la estrella de mar. Los archivos abarcan información completa de todos los años en *Rama* también... Aquellos a los que se destinó a *El Portaaviones* no satisfacen, por una razón o por otra, los criterios que consideramos necesarios para transferirlos a El Nodo.

—¿Y cuáles son, con exactitud, esos criterios? —preguntó Nicole con rapidez.

—Todo lo que te puedo decir ahora es que El Nodo contendrá un ambiente de habitación interespecies... Aquellos miembros de una especie que tienen capacidad limitada de adaptación fueron destinados a *El Portaaviones* —contestó El Águila.

—Eso me suena —dijo Nicole después de algunos segundos— como si, por algún motivo, a un subconjunto de los seres humanos del Grand Hotel se lo hubiera rechazado y no encontrado "aceptable"...

—Si es que comprendo tu elección de vocablos —interrumpió ahora El Águila—, estás dando a entender que esta escisión divide los dos grupos sobre la base de los méritos. Ese no es exactamente el caso. Es nuestra creencia que la mayor parte de los que se encuentran en cada uno de los grupos estará, a la larga, más feliz en el ambiente al que se lo asignó.

—¿Aun sin sus cónyuges e hijos? —puntualizó Nicole. Frunció el ceño. —A veces me pregunto si verdaderamente observaste lo que impele a la especie humana. Los "vínculos emocionales", para usar tus palabras, son, por lo común, el componente esencial de la felicidad de cualquier ser humano...

—Sabemos eso —dijo El Águila—. Hicimos una revisión especial de todos y cada uno de los casos en los que se desharía una familia por la escisión y, como resultado, hicimos algunos ajustes. En nuestra opinión, las restantes divisiones de familias, que no son tan numerosas como esta discusión podría sugerir, están, todas, apoyadas por los datos provenientes de la observación.

Nicole miró con fijeza a El Águila y sacudió la cabeza vigorosamente:

_¿Por qué esta escisión nunca se mencionó antes...? Ni siquiera una vez, en todas las conversaciones sobre la inminente transferencia, llegaste a sugerir siquiera que se nos iba a dividir en dos grupos...

—No nos habíamos decidido hasta hace bastante poco. Recuerda que nuestra intercesión en los asuntos de *Rama* nos llevó a poner nuestra matriz de planeamiento en un régimen de contingencia... Una vez que estuvo claro que alguna clase de escisión sería necesaria, no quisimos perturbar el statu quo...

—Mentira —dijo Nicole de pronto—. No creo eso ni por un momento: tú *sabías* desde hacía mucho lo que iban a hacer... Simplemente no quisiste escuchar objeción alguna...

Mediante los controles que había en el brazo de la silla, giró y quedó dándole la espalda a su interlocutor alienígena.

—No —dijo con firmeza—, no voy a ser tu cómplice en este asunto... y me enoja que hayas comprometido mi integridad al no decirme la verdad antes de ahora...

Apretó el botón de aceleración y empezó a rodar hacia el corredor principal.

—¿No hay algo que pueda hacer para que cambies de opinión? preguntó El Águila, siguiéndola.

Nicole se detuvo.

—Sólo puedo imaginar un modo en el que yo te ayudaría: ¿por qué no explicas las diferencias entre los dos ambientes de habitación y permites que cada miembro de cada especie decida por sí mismo?

—Temo que no puedo hacer eso —manifestó El Águila.

—Pues entonces, no me incluyas —dijo Nicole, volviendo a poner en marcha la silla de ruedas.

Nicole estaba de pésimo humor cuando llegó a la puerta de su departamento. Se inclinó hacia adelante e ingresó la combinación en el panel de la puerta.

—Patrick y mamá te están buscando —dijo Kepler unos segundos después—. Se preocuparon cuando no te encontraron en el vestíbulo.

Nicole pasó ante el joven y entró en la habitación. Benjy salió del baño sólo con una toalla envuelta alrededor del cuerpo:

—Hola, ma-má —dijo con amplia sonrisa. Advirtió su gesto de disgusto y se apuró a acercarse a ella. —¿Qué pasa? —preguntó—. ¿No te ha-habrás las-ti-mado o-tra vez?

—No, Benjy —dijo Nicole—. Estoy bien. Simplemente tuve una conversación perturbadora con El Águila.

—¿So-bre qué? —preguntó Benjy, tomándole la mano.

—Te lo diré más tarde... después que te seques y te vistas.

Benjy sonrió y besó a su madre en la frente, antes de volver al baño. La sensación de vacío en el estómago que Nicole experimentaba durante su conversación con El Águila, volvió en ese momento: "¡No Benjy; seguramente El Águila no estaba tratando de decirme que nos íbamos a separar de Benjy!". Recordó el comentario de El Águila respecto de las "facultades limitadas" y empezó a sentir pánico. "¡No ahora! Por favor, no ahora. ¡No después de todo este tiempo!"

Nicole pensó en un momento especial que tuvo lugar años atrás, cuando la familia estuvo en El Nodo por primera vez: ella estaba sola en su dormitorio. Benjy entró, vacilante, para averiguar si era bienvenido para unirse a la familia en el viaje de regreso al sistema solar. Se había sentido inmensamente aliviado al descubrir que no se lo iba a separar de su madre. "Ya sufrió suficiente", se dijo Nicole, recordando que a Benjy se lo había destinado a Avalon mientras ella estaba presa en Nuevo Edén. "El Águila debe de saber eso, si es que verdaderamente estudió todos los datos."

A pesar de sus intentos conscientes por mantener la calma, no podía reprimir la combinación de miedo y frustración que estaba surgiendo en su interior. "Habría preferido morir durante mi sueño", pensó con amargura, temiendo lo peor. "No puedo decirle adiós a Benjy ahora. Eso destrozaría su corazón... y el mío también."

Una lágrima solitaria se le escapó del ojo izquierdo y rodó por la mejilla.

—¿Está usted bien, señora Wakefield? —preguntó un preocupado Kepler.

—Sí, gracias, Kepler —contestó Nicole, enjugándose la cara con el dorso de la mano. Sonrió. —Los viejos somos muy emotivos. No hay de qué preocuparse.

Hubo un suave llamado en la puerta. Kepler fue a responderlo. Patrick y Nai entraron en la habitación, seguidos por El Águila:

—Encontramos a este amigo tuyo en el vestíbulo, mamá —dijo Patrick, dándole un beso—. Nos dijo que ustedes dos habían estado deliberando... Nai y yo estábamos preocupados...

El Águila avanzó hasta pararse al lado de Nicole.

—Había otro asunto que también deseaba conversar contigo —anunció—. ¿Te sería posible encontrarte conmigo afuera, durante otro par de minutos?

—Supongo que no tengo alternativa —accedió Nicole—, pero no voy a cambiar de opinión...

Un tren lleno pasó junto a El Águila y Nicole en el preciso momento en que salían del departamento.

—¿De qué se trata? —preguntó ella con impaciencia.

—Quería informarte que todas las diferentes manifestaciones de la especie sésil, así como los avianos que quedan, estarán en el grupo que se transferirá a *El Portaaviones* esta noche. Si todavía te quedan deseos, como me indicaste una vez durante una conversación, poco después de que despertaste aquí, de interactuar con los sésiles y de experimentar lo que Richard describió como...

—Dime algo primero —lo interrumpió Nicole, aferrándole el antebrazo con fuerza sorprendente—. ¿Van a separamos a Benjy y a mí con esa escisión que vas a anunciar esta tarde?

El Águila vaciló durante varios segundos.

—No, a ustedes no —dijo por fin—, pero no debo darte detalles...

Nicole lanzó un suspiro de alivio.

—Gracias —dijo simplemente, logrando hacer una sonrisa.

Hubo un silencio prolongado.

—Los sésiles —volvió a empezar El Águila— no volverán a ser asequibles para ti después...

—Sí, sí —dijo Nicole—. Es una gran idea. Muchas gracias. Me gustaría presentarle mis respetos a un sésil... Después del desayuno, claro...

Los robots de cubo más pequeños eran mucho más evidentes en el rayo que alojaba a los avianos y los sésiles. El rayo estaba dividido en varias regiones separadas, mediante paredes que iban desde el piso hasta el techo. Los cabeza de cubo vigilaban las entradas y salidas de estas regiones, y también estaban apostados en cada una de las paradas de los trenes.

Los avianos y sésiles vivían en la parte posterior del rayo, en el último de los complejos separados. Cuando llegaron El Águila y Nicole, tanto un cabeza de cubo como un aviano estaban haciendo guardia en la entrada. El Águila parloteó y chilló en respuesta a una serie de preguntas del aviano. Después que ingresaron en el complejo, un mirmigato se les acercó. Empezó a comunicarse con El Águila en emisiones breves y entrecortadas de sonido de alta frecuencia originado en el pequeño orificio circular que tenía debajo de los ovalados ojos marrón oscuro de mirada tierna. Nicole se maravilló de la fidelidad que tenía la sibilante respuesta de El Águila. También observó, fascinada, cómo el segundo par de ojos del mirmigato, unido a pedúnculos que se elevaban de diez a doce centímetros por encima de la cabeza, seguía girando y explorando los alrededores. Cuando El Águila terminó la conversación con el mirmigato, el ser de seis extremidades, parecido a una gigantesca hormiga cuando se quedaba quieto, corrió por el vestíbulo con la velocidad y la gracia de un gato.

—Saben quién eres —dijo El Águila—. Les encanta que hayas venido a visitarlos.

Nicole miró fijo a su acompañante.

—¿*Cómo* me conocen? Sólo en ocasiones vi a algunos de ellos en los sectores para uso común, y nunca interactué realmente...

—Tu marido es un dios para esta especie... Ninguno de ellos estaría aquí si no hubiera sido por él. Te conocen por las imágenes que había en el interior de la memoria de Richard...

¿Cómo es posible? Richard murió hace dieciséis años...

—Pero el registro de su permanencia con ellos está cuidadosamente conservado en su memoria. Todo mirmigato emerge de su melón maná con importantes conocimientos sobre los componentes clave de su propia cultura e historia... El proceso embrionario que tiene lugar en el interior del melón no sólo brinda nutrición física para el ser que está creciendo y desarrollándose sino que, también, trasmite información crítica directamente al cerebro o su equivalente, de todos modos, del mirmigato cría.

—¿Me estás diciendo que estos seres empiezan su educación antes de *nacer*? ¿Y de que dentro de esos melones maná que yo solía comer hay guardados conocimientos que, de alguna manera, se implantan en la mente de los mirmigatos nonatos?

—Exactamente. No veo por qué tendrías que estar tan asombrada: desde el punto de vista físico, estos seres no llegan, ni por asomo, a tener la complejidad de tu especie. El proceso de desarrollo embrionario de un ser humano es vastamente más sutil y complicado que el de ellos. Los recién nacidos de ustedes llegan al mundo con una pasmosa panoplia de atributos y facultades físicas. Pero los infantes humanos siguen dependiendo de otros miembros de la especie, tanto para su supervivencia como para su educación. Los mirmigatos nacen más "inteligentes" y, en consecuencia, más independientes, pero cuentan con mucho menos potencial para el pleno desarrollo intelectual.

Ambos oyeron un sonido penetrante que provenía de un mirmigato que estaba en el corredor, a unos cincuenta metros.

—Nos está llamando —dijo El Águila.

Nicole hizo avanzar lentamente su silla de ruedas y la puso en una velocidad que fuese de acuerdo con la de marcha de El Águila.

—Richard nunca me dijo que estos seres conservan la información de una generación a la siguiente.

—No lo sabía —dijo El Águila—. Pero dedujo su ciclo metamórfico y que los mirmigatos trasmitían información a la red o telaraña neural o como quiera que se deba denominar la manifestación final... Pero ni siquiera sospechó que los elementos más importantes de esa información colectiva también estaban almacenados en los melones maná, y que se trasmitían a la siguiente generación... Huelga decir que es un mecanismo muy fuerte de supervivencia.

Nicole estaba fascinada por lo que El Águila le estaba diciendo. "Imaginemos", pensaba, "si, de algún modo, los niños humanos pudieran nacer sabiendo ya lo esencial de nuestra cultura e historia. Supongamos que algo como la placenta contuviera, en forma comprimida, suficiente información... Suena imposible, pero no puede serlo: si una sola forma de vida, por lo menos, puede hacerlo, entonces, con el paso del tiempo..."

—¿Cuántos datos se trasmiten desde los melones maná a los recién nacidos de la especie? —preguntó mientras se acercaban al mirmigato que les hacía señas para que se aproximaran.

—Alrededor de un milésimo del uno por ciento de la información existente en un espécimen completamente maduro, como aquel en el que Richard residió. La función primordial de la manifestación final de la especie es la de manipular, procesar y comprimir los datos y obtener un paquete para su inclusión en los melones maná... Exactamente cómo funciona este proceso de administración de datos es algo que hemos estado estudiando...

"A propósito, la red neural con la que te vas a encontrar en los próximos minutos fue, al comienzo, nada más que una pequeña hilacha de material, que contenía datos críticos comprimidos mediante lo que debe de ser un brillante algoritmo... Hemos estimado que en ese pequeño cilindro que Richard transportó a Nueva York hace años había un contenido de información equivalente a la capacidad de memoria de cien cerebros de adultos humanos.

—Asombroso —comentó Nicole, meneando la cabeza.

—Y eso es sólo el principio —siguió El Águila—: cada uno de los cuatro melones maná que transportó Richard tenía su propio juego de datos comprimidos, con leves diferencias, podría yo agregar. Todos germinaron dando mirmigatos en el zoológico de las octoarañas. La red neural ahora contiene todas esas experiencias también... Espero que estés lista para vivir toda una aventura.

Nicole detuvo la silla.

—¿Por qué no me dijiste todo esto antes? Pude haber pasado más tiempo...

—Lo dudo —interrumpió El Águila—. Tu primera prioridad era restablecer las conexiones con tu propia especie... No creo que hubieras estado lista para esto antes de ahora.

—Me estuviste manipulando al controlar lo que yo veía y experimentaba —dijo Nicole sin resentimiento.

—Puede ser —respondió El Águila.

Se sentía sorprendentemente temerosa cuando finalmente se encontró de cerca con la red neural. Entró con El Águila en una sala no muy diferente del departamento que ella compartía en el rayo reservado para los seres humanos. Un par de mirmigatos estaba detrás de ellos, contra la pared. La red o telaraña sésil ocupaba alrededor del quince por ciento de la parte posterior de la habitación, en el rincón derecho. Había un hueco en el centro del denso y suave material blanco, hueco que era apenas saliente para permitir el ingreso de Nicole y su silla de ruedas. Nicole Obedeció la solicitud de El Águila, de que se recogiera las mangas de la camisa y se levantara el vestido hasta por encima de las rodillas.

—Supongo —aventuró entonces con cierto azoramiento— que la red espera que yo conduzca hasta ese espacio, y que va a envolver sus filamentos alrededor de mi cuerpo.

—Sí —contestó El Águila—, y uno de los mirmigatos le indicó que te libere no bien lo pidas... Me quedaré aquí todo el tiempo, si es que eso te brinda algún alivio.

—Richard —dijo Nicole, demorando su ingreso— me dijo que se tardaba mucho tiempo antes que se estableciera una verdadera comunicación...

—Eso no será problema ahora, por cierto. Parte de la información que se conserva en los datos originales eran datos relativos a métodos que se podrían utilizar para comunicarse con los seres humanos en forma eficaz.

—Muy bien, entonces —decidió Nicole, pasándose la mano nerviosamente por el cabello—, allá voy. Deséame suerte.

Condujo la silla hacia el hueco que había en la algodonosa red y apagó el motor. En menos de un minuto, el ser la había rodeado, y ella ni siquiera pudo ver el contorno de El Águila en el otro lado de la habitación. Trató de tranquilizarse: "Esto no me va a doler", se dijo, mientras sentía centenares, primero, y después miles, de diminutos filamentos que se le adherían a brazos, piernas, cuello y cabeza. Tal como esperaba, la densidad de filamentos era mayor alrededor de la cabeza. Recordó la descripción que hizo Richard: "Los filamentos individuales eran increíblemente delgados, pero debían de tener partes muy agudas por debajo. Ni siquiera me di cuenta de que estaban metidos muy adentro de las capas externas de mi piel, hasta que traté de arrancarme uno".

Nicole contempló una masa particular de filamentos, a cerca de un metro de su cara. Mientras ese ganglio se desplazaba lentamente hacia ella, los demás elementos de la delicada malla cambiaban de posición. Un escalofrío le bajó por la espalda. Su mente aceptó, finalmente, que la red que la rodeaba era un ser vivo. No fue sino instantes después que comenzaron las imágenes.

Se dio cuenta de inmediato de que el sésil estaba leyendo de su memoria. Imágenes de épocas anteriores de su vida relampaguearon en su mente a fantástica velocidad; ninguna de ellas se demoró lo suficiente como para provocar una emoción siquiera. No había orden en las imágenes: a una remembranza de la niñez, del bosque que estaba detrás del hogar en el suburbio parisiense de Chilly-Mazarin, la siguió una imagen de María riendo de buena gana por uno de los cuentos de Max.

"Esta es la etapa de transferencia de datos", pensó recordando el análisis hecho por Richard del tiempo que pasó en el interior de la red neural. "El ser está copiando mi memoria en la suya. A muy alta velocidad." Se preguntó brevemente qué demonios haría el sésil con todas las imágenes que le estaba tomando de la memoria. Entonces, en forma súbita, con los ojos de la mente vio, con toda claridad, a Richard mismo en una habitación grande que tenía un mural vasto e incompleto en las

paredes. La imagen se convirtió en toda una película que tenía lugar en la habitación. La nitidez de los fotogramas individuales era sobrecogedora; Nicole sentía como si hubiera estado mirando un televisor cromático situado en alguna parte del interior de su cerebro. Hasta podía ver los detalles del mural. Mientras observaba, un mirmigato atrajo la atención de Richard hacia partes específicas de las pinturas que había en las paredes. Alrededor de la sala, una docena más de mirmigatos trazaba bocetos o pintaba las secciones no terminadas del mural.

El trabajo artístico era espléndido. Todo eso había sido creado para brindarle a Richard información sobre lo que él podía hacer para ayudar a que la especie alienígena sobreviviera. Parte del mural era un manual de la biología de la especie, que explicaba, mediante ilustraciones, las tres manifestaciones que adoptaban (melón maná, mirmigato, y sésil o red neural) y las relaciones existentes entre ellas. Las imágenes que veía Nicole eran tan nítidas que sentía que se la había transportado a la sala en la que había estado Richard. En consecuencia, se sobresaltó cuando la película interna que estaba mirando repentinamente sufrió una discontinuidad por salto temporal, y presentó la imagen del último adiós entre Richard y su guía mirmigato.

Ambos estaban en un túnel, en el fondo del cilindro marrón. La película se demoró cariñosamente en cada detalle de esa despedida final: el barbado Richard parecía estar incómodo llevando, en la mochila que tenía a la espalda, los cuatro pesados melones maná, dos coriáceos huevos de aviano y el cilindro de material sésil. Pero hasta Nicole, al ver la decisión que se leía en sus ojos cuando partió del hábitat mirmigato condenado a la destrucción, pudo entender por qué él era todo un héroe para esa especie: "Arriesgó la vida", se recordó, "para salvarlos de la extinción."

Más imágenes vinieron en aluvión a su mente, imágenes del zoológico de las octoarañas, que registraban sucesos posteriores a la germinación de los melones maná transportados por Richard a Nueva York. A pesar de la claridad que tenían, Nicole no siguió esas imágenes con mucha atención: todavía estaba pensando en Richard. "Desde que desperté no me permití extrañar tu compañía", se dijo, "porque creía que un comportamiento semejante demostraba debilidad. Ahora, al ver tu rostro otra vez con tanta claridad, y al recordar lo mucho que compartimos, me doy cuenta de cuán ridículo es forzarme a mí misma a no pensar en ti. Si sobrevivimos a aquellos que hemos amado, ¿por qué no puede ser una perfectamente admisible fuente de placer volver a vivir los aspectos sobresalientes de ese amor?"

La fugaz imagen de tres seres humanos, un hombre, una mujer y un diminuto bebé pasó con celeridad por la mente de Nicole, atrayendo su atención. "¡Aguarda", casi gritó en voz alta, "retrocede! ¡Había algo que yo deseaba ver!" La red neural no leyó su mensaje; continuó con la secuencia de imágenes. Nicole suspendió sus pensamientos sobre Richard y se concentró resueltamente en las que aparecían en el televisor que tenía dentro del cerebro.

Menos de un minuto después volvió a ver al trío, pasando con el cuidador del zoológico octoarácnido delante del frente del sector que alojaba a los mirmigatos. María estaba en los brazos de su madre. Su padre, un hombre moreno y buen mozo con sienes canosas, arrastraba una de las piernas, como sí estuviera rota. "Nunca antes vi a ese hombre", pensó Nicole. "Lo habría recordado."

No hubo más imágenes de María ni de sus padres. El flujo que corría por la mente de Nicole mostró la transferencia de los mirmigatos a otra jurisdicción, lejos del zoológico y de la Ciudad Esmeralda, algún tiempo antes que comenzara el bombardeo. Nicole suponía que la última secuencia que se le estaba mostrando había tenido lugar durante la hora en que todos los seres humanos y octoarañas de *Rama* dormían. "No mucho tiempo después de eso", pensó, "si entiendo su ciclo vital correctamente, los cuatro mirmigatos provenientes de los melones de Richard se convirtieron en material de red... con todos estos recuerdos intactos."

Las imágenes ahora eran por completo diferentes: estaba viendo algunas escenas que, según creía, pertenecían al planeta natal de los sésiles. Recordó que Richard le había descrito esas imágenes durante el tiempo que estuvieron juntos, después que ella escapara de Nuevo Edén.

Al entrar en la red, Nicole había colocado a propósito la mano derecha al lado del panel de control de su silla de ruedas. Cuando apretó el botón de encendido y, después, el de marcha atrás, el leve movimiento de la silla se registró de inmediato en el sésil: las imágenes se detuvieron al punto y, acto seguido, los filamentos se retrajeron.

6

Al día siguiente, una hora antes del comienzo del período de almuerzo, parte de una de las paredes de cada departamento de la estrella de mar se transformó en una gran pantalla de televisión. A los residentes se les informó, entonces, que se iba a producir un anuncio importante dentro de treinta minutos.

—Esta es nada más que la tercera vez —le informó Max a Nicole mientras aguardaban— que tuvimos alguna clase de trasmisión general: la primera se produjo inmediatamente después que llegamos acá, y la segunda fue cuando se decidió segregar nuestros sectores de habitación.

—¿Qué va a ocurrir ahora? —preguntó Marius.

—Sospecho que vamos a enteramos de los detalles de nuestra mudanza —respondió Max—... por lo menos, ése es el rumor principal.

A la hora fijada, el rostro de El Águila apareció en el monitor.

—El año pasado, cuando a todos ustedes se los puso a dormir y se los mudó de *Rama* —comenzó, dando el mismo mensaje simultáneamente en bandas cromáticas que se desplazaban por su frente—, les dijimos que este vehículo no iba a ser su hogar permanente. Ahora estamos listos para transferirlos a otras ubicaciones, donde sus condiciones de vida van a ser señaladamente mejores.

Hizo una pausa segundos antes de proseguir:

—No se los va a transferir a todos al mismo lugar: alrededor de un tercio de los residentes actuales de la estrella de mar se mudará a *El Portaaviones*, esa espacionave enorme y plana que se apostó cerca de El Nodo durante la mayor parte de la semana pasada. En las próximas horas, *El Portaaviones* terminará su misión en El Nodo y se desplazará en esta dirección. Aquellos de ustedes a los que se haya transferido a *El Portaaviones* lo harán después de la cena de esta noche.

"Al resto de ustedes se lo mudará a El Nodo dentro de tres o cuatro días. Nadie va a quedar aquí, en la estrella de mar... Una vez más, me gustaría subrayar que las comodidades de ambos sitios serán excelentes y muy superiores a las de este vehículo.

El Águila se detuvo durante quince segundos, como si estuviera dando tiempo a su público para que reaccionara ante lo que ya había dicho.

Cuando esta reunión haya terminado —prosiguió entonces—, cada una de las pantallas de televisión de los departamentos va a reproducir, en forma repetida, la lista de todos los seres que hay a bordo, ordenados por número de departamento, y exhibirá los asignaciones de transferencia. La lectura de las pantallas es muy sencilla: si el nombre o el código de identificación de ustedes, o ambas cosas, aparece en el monitor con letras negras sobre fondo blanco, eso significa que se los transfiere a *El Portaaviones*. Si su nombre está escrito en letras blancas sobre fondo negro, permanecerán aquí durante los próximos días y, finalmente, se los mudará a El Nodo.

"Para su información, en *El Portaaviones* cada especie tendrá su propio sector habitacional totalmente aislado. No habrá relación interespecies salvo, naturalmente, en los casos en los que se necesiten relaciones simbióticas. Por contraste...

—Eso tendría que satisfacer a los dirigentes del Consejo —comentó rápidamente Max—. Durante meses han estado agitando para conseguir la completa separación...

—La situación habitacional en El Nodo entraña la comunicación y actividad regulares interespecies... Hemos intentado, al asignar miembros individuales de las especies a los dos sitios, de poner a cada uno de ustedes en el ambiente más apto para su personalidad. Nuestras selecciones se efectuaron cuidadosamente, sobre la base de las observaciones que hicimos tanto aquí, en la estrella de mar, como durante los años en *Rama*...

"Es importante que todos ustedes se den cuenta de que no habrá interacción entre los dos grupos después que tengan lugar las transferencias. Permítanme expresarlo de otra manera, para tener la seguridad de que no haya errores de interpretación: aquellos que se muden a *El Portaaviones nunca* más volverán a ver a alguno de los residentes que se vaya a transferir a El Nodo.

"Si se los destinó a *El Portaaviones* —continuó El Águila— deben empezar a empacar de inmediato, y deben estar completamente listos para mudarse antes de venir a cenar. Si se hallan entre los que se designó para mudarse a El Nodo, y no creen que su asignación haya sido la apropiada, pueden solicitar que se la reconsidere. Esta noche, después que todos los residentes actualmente asignados a *El Portaaviones* hayan completado su transferencia, me reuniré en el refectorio con aquellos que creen que desean cambiar El Nodo por *El Portaaviones*...

"Si algunos de ustedes tiene preguntas, durante la próxima hora estaré en el escritorio grande que hay en el salón público de estar...

—¿Qué te dijo El Águila? —le preguntó Max a Nicole.

—Lo mismo que a las otras veinte personas que estaban en el salón y que estaban haciendo la misma pregunta: no hay cambio posible para aquellos a los que se asignó a *El Portaaviones*... Sólo se hará la reconsideración de aquellos que estén designados para la transferencia a El Nodo.

—¿Fue entonces cuando Nai... eh... se derrumbó? —preguntó Eponine.

—Sí —contestó Nicole—. Hasta ese momento había mantenido la compostura bastante bien. Cuando vino a nuestro departamento, después que las listas se mostraron por primera vez, creí que estaba notablemente calma... Evidentemente, al principio debió de haberse autoconvencido de que la designación de Galileo era una especie de error administrativo.

—Puedo entender cómo debe de sentirse —declaró Eponine—. Admito que el corazón se me paró unos instantes, hasta que vi que todo el resto de nosotros estaba junto en la lista de transferencia a El Nodo.

—Apuesto a que Nai no es la única que está perturbada por los destinos —señaló Max. Se paró y empezó a caminar por la habitación. —Esto verdaderamente es un lío —continuó, meneando la cabeza—. ¿Qué, por Dios, habríamos hecho *nosotros* si a Marius se lo hubiera designado para *El Portaaviones*?

—Es fácil —contestó Eponine con rapidez—, tanto tú como yo habríamos presentado la solicitud para ir con nuestro hijo.

—Sip —asintió Max, después de una pausa momentánea—. Sospecho que tienes razón.

—Eso es lo que Patrick y Nai ahora están discutiendo al lado —informó Nicole—. Pidieron a los jóvenes que los dejaran, de modo de poder hablar en privado.

—¿Crees que Nai puede enfrentar toda esta tensión adicional, tan pronto después de... del incidente? —preguntó Eponine.

—En verdad, no tiene alternativa —afirmó Max—. Sólo dispone de un par de horas más para tomar una decisión.

—Me pareció que ella estaba mucho mejor hace veinte minutos —dijo Nicole—. Es indudable que el sedante leve hizo efecto... Tanto Patrick como Kepler la están tratando con mucha delicadeza... Creo que con su estallido temperamental, Nai se asustó principalmente a sí misma más que a todos los demás.

—¿Verdaderamente atacó a El Águila? —preguntó Eponine.

—No... Uno de los cabezas de cubo la contuvo de inmediato cuando se puso a chillar, pero estaba fuera de control... pudo haber hecho cualquier cosa.

—Demonios —dijo Max—, si, cuando estábamos viviendo en la Ciudad Esmeralda, se me hubiese dicho que Nai tenía siquiera la capacidad de actuar con violencia, yo habría contestado...

—A nadie más que a alguien que tuvo hijos —dijo Nicole, interrumpiéndolo— le es posible entender los poderosos sentimientos que una madre tiene en aquello que atañe a su descendencia: Nai ha estado frustrada durante meses... No puedo perdonar su actitud, pero indudablemente entiendo...

Nicole dejó de hablar: el golpe en la puerta se repitió. Patrick ingresó en la habitación unos segundos después. Su rostro denotaba a las claras su angustia.

—Mamá —anunció—, necesito hablar contigo.

—Eponine y yo podemos salir al vestíbulo —dijo Max—. Si eso pudiera ayudar...

—Gracias, Max... Sí, lo agradecería —aceptó Patrick con dificultad. Nicole nunca lo había visto tan perturbado.

—No sé qué hacer —dijo, no bien estuvo a solas con ella—. Todo está ocurriendo con tanta rapidez... No creo que Nai se esté comportando en forma racional, pero yo no parezco poder... —Su voz se fue extinguiendo. —Mamá, quiere que *todos* nosotros solicitemos la reconsideración. Todos. Tú, yo, Kepler, María, Max... Todos nosotros... Dice que, de otro modo, Galileo se va a sentir abandonado.

Nicole miró a su hijo: estaba próximo a las lágrimas. "No ha vivido lo suficiente como para habérselas con una crisis como esta", pensó de pronto. "Sólo estuvo despierto poco más de diez años."

—¿Qué está haciendo ella ahora? —preguntó suavemente.

—Está meditando. Dijo que eso calmaría y sanaría su espíritu... y le daría fuerzas...

—¿Y quiere que tú convenzas al resto de nosotros?

—Sí, eso creo... Pero, mamá, Nai ni siquiera tomó en cuenta que alguien pudiera no estar de acuerdo con lo que ella propone. Está convencida de que lo que debemos hacer está absolutamente claro.

El dolor de Patrick era obvio. Nicole deseó poder extender la mano, tocarlo y hacer que su agonía desapareciera.

—¿Qué crees tú que debamos hacer? —preguntó, después de un silencio.

—No lo sé —contestó Patrick. Empezó a medir la habitación a zancadas. —Como todos los demás, no bien se exhibió la lista advertí que a todos los miembros activos del Consejo se los transfería a *El Portaaviones*, así como a la mayoría de los seres humanos echados de los sectores normales de vivienda. La gente que queremos y respetamos, así como casi todas las octoarañas, van a El Nodo... Pero compadezco a Nai: no puede soportar la idea de que a Galileo se lo aísle, se lo segregue para siempre del único sistema de apoyo que ha conocido...

"¿Qué habrías hecho tú", le preguntó a Nicole una voz dentro de la cabeza, "si fueras Nai? ¿No sentiste pánico, hoy, más temprano, cuando tuviste miedo de que se te pudiera separar de Benjy?"

—¿... Hablarás con ella, mamá —estaba suplicando Patrick—, no bien termine de meditar? Te va a escuchar. Nai siempre dijo lo mucho que te respeta por tu sabiduría.

—¿Y hay algo en especial que deseas que le diga? —preguntó Nicole.

—Dile... —pidió Patrick, retorciéndose las manos— dile que no le corresponde a ella decidir lo que sería mejor para todos los miembros de nuestro grupo. Que ella debería concentrarse en sus propias decisiones.

—Ese es un buen consejo —aprobó Nicole. Miró con fijeza a Patrick. —Dime, hijo —dijo, varios segundos después—, ¿decidiste qué vas a hacer si Nai pide cambio para *El Portaaviones* y ninguno del resto de nosotros lo hace?

—Sí, lo decidí, mamá —respondió Patrick con tono sosegado—. Iré con Nai y Galileo.

Nicole estacionó la silla de ruedas en un rincón, delante del ventanal de observación. Estaba sola, tal como había solicitado. La tarde había estado tan cargada de emociones que se sentía agotada por completo. Al principio pensó que su reunión con Nai resultaba bastante bien: Nai escuchó con toda atención sus consejos, sin hacer muchos comentarios. Por eso, Nicole quedó completamente atónita cuando, una hora más tarde, Nai, ardiendo de ira, los enfrentó a ella, así como a Max, Eponine y Ellie.

—Patrick me dice que *ninguno* de ustedes va a venir con nosotros —comenzó—. Ahora veo qué recompensa merecí por mi firme devoción de todos estos años... Arrastré a mis mellizos lejos de su propio hogar, nada más que por lealtad a ustedes, mis amigos... Los privé a Galileo, y Kepler de conocer jamás una niñez normal debido a mi respeto y mi admiración por ti, Nicole, mi modelo de vida... Y ahora, cuando les pido que por una sola vez me hagan un favor...

—Estás siendo injusta, Nai —interrumpió Ellie suavemente—. Todos te queremos y estamos profundamente perturbados por toda esta cuestión... Iríamos contigo y Galileo si creyéramos...

—¡Ellie, Ellie! —exclamó Nai, cayendo de rodillas ante su amiga y prorrumpiendo en llanto—. ¿Olvidaste todas las horas que pasé con Benjy en Avalon...? Sí, admito que lo hice por propia voluntad, ¿pero habría dado tanto de mí misma a Benjy si él no hubiera sido tu hermano y tú no hubieras sido mi mejor amiga...? Te *quiero mucho*, Ellie... Necesito tu apoyo... Por favor, por favor, ven con nosotros. Tú y Nikki, por lo menos...

Ellie también lloró. Antes que la confrontación hubiera terminado, no quedó un solo ojo seco en toda la habitación. Al final, Nai se disculpó profusamente con todos.

Nicole hizo una profunda inspiración y contempló el panorama desde el ventanal. Sabía que necesitaba una tregua después de todo ese torbellino emocional. Dos veces durante la tarde sintió punzadas de dolor en el pecho. "Ni siquiera todas esas sondas mágicas", pensó, "me pueden proteger si no me cuido."

El enorme *Portaaviones* estaba apostado a sólo varios centenares de metros. Era una imponente creación de ingeniería, mucho más grande, inclusive, que lo que había parecido cuando estuvo cerca de El Nodo. La espacionave estaba colocada de costado, de modo que desde el ventanal únicamente se podía ver una parte: la sección de arriba de *El Portaaviones* era un largo plano horizontal,

interrumpido nada más que por pequeños y diseminados complejos de equipos y por las cúpulas transparentes, o burbujas, como se las había llamado en principio, situadas según un orden a todo lo largo y lo ancho del plano. Algunas de las cúpulas eran bastante grandes. Una, directamente enfrente del ventanal, se elevaba más de doscientos metros por encima del plano horizontal. Otras cúpulas eran muy pequeñas. Partes de once de las burbujas transparentes se podían ver desde el ventanal de observación. Durante el acercamiento de *El Portaaviones* esa tarde más temprano, cuando se pudo ver toda la espacionave, se había contado un total de setenta y ocho cúpulas.

La parte inferior de *El Portaaviones* tenía una superficie externa de color gris metálico. Se extendía por debajo del plano durante cerca de un kilómetro, con una suave pendiente en los flancos y una carena redondeada. Desde cierta distancia, la parte inferior parecía insignificante, en comparación con la vasta y plana superficie que tenía, cuando menos, cuarenta kilómetros de largo y quince de ancho. Sin embargo, bien de cerca se veía con claridad que esa opaca estructura contenía un enorme volumen.

Mientras Nicole observaba fascinada, una pequeña depresión en el costado del gris exterior, justo por debajo de la superficie, se expandió y aumentó de tamaño hasta convertirse en un tubo redondo que se desplazaba hacia afuera de *El Portaaviones*. El tubo se acercó a la estrella de mar y después, al cabo de unas correcciones micrométricas menores, se fijó en la esclusa principal de aire.

Nicole sonrió para sus adentros. "Nada más que otro día increíble de mi sorprendente existencia." Cambió de posición en la silla y sintió una leve incomodidad en la cadera. "Ojalá hubiera algo que yo pudiera hacer por Nai", se dijo, "pero hacer que todos se sacrifiquen por Galileo no es la solución correcta."

Sintió que la tocaban en el brazo y se volvió hacia el costado: era Doctora Azul.

—¿Cómo te sientes? —preguntó en colores la octoaraña.

—Mejor ahora, pero pasé algunos momentos malos hoy, a la tarde temprano.

Doctora Azul exploró a Nicole con el dispositivo de examen.

—Hubo por lo menos dos irregularidades importantes —le informó Nicole—. A ambas las recuerdo con toda claridad.

La octoaraña estudió los colores que destellaban en el pequeño monitor.

—¿Por qué no me llamaste? —preguntó.

—Pensé hacerlo, pero estaban pasando tantas cosas... Y supuse que estarías ocupada con los tuyos...

Doctora Azul le entregó una pequeña ampolla que contenía un líquido azul claro.

—Bebe esto —indicó—. Durante las próximas doce horas limitará tus reacciones cardíacas ante tensiones emocionales.

—¿Y seguiremos estando juntas, tú y yo —preguntó Nicole—, después que parta *El Portaaviones*...? No estudié con mucho cuidado tu parte de la lista.

—Sí —contestó Doctora Azul—. Al ochenta y cinco por ciento de nuestra especie se lo transfiere a El Nodo. Más de la mitad de las octoarañas que se muda a *El Portaaviones* son alternativas.

—Así que, amiga mía —dijo Nicole, después de beber el líquido—, ¿qué sacas en limpio de todo este asunto de la transferencia?

—Lo único que se nos ocurre —reflexionó Doctora Azul— es que todo este experimento llegó a un importante punto de bifurcación, y que a los dos grupos se los va a hacer intervenir en actividades absolutamente diferentes.

Nicole rió.

—Eso no es muy específico —opinó.

—No, no lo es —admitió la octoaraña.

Había ochenta y dos seres humanos y nueve octoarañas presentes en el refectorio cuando El Águila convocó la reunión para las reconsideraciones, cinco minutos después de que el último residente de la estrella de mar originariamente destinado para ser transferido a *El Portaaviones* hubiera partido por la esclusa de aire. Únicamente a aquellos que habían solicitado de manera oficial la reconsideración se les permitió asistir a la reunión. Muchos otros miembros de todas las especies todavía se demoraban en la cubierta de observación y en los sectores de uso en común, hablando sobre el desfile de partida o esperando para enterarse del resultado de la reunión con El Águila, o ambas cosas.

Nicole estaba nuevamente en su puesto en el ventanal de observación. Sentada en la silla de ruedas, contemplaba *El Portaaviones* y reflexionaba sobre las escenas que había presenciado durante

la hora anterior: la mayoría de los seres humanos que partían estaba de ánimo festivo, a las claras encantados de no tener que vivir más entre alienígenas. Se produjeron algunas despedidas tristes en la puerta que daba a la esclusa de aire, pero, en realidad, fueron sorprendentemente escasas.

A Galileo se le permitió pasar diez minutos con su familia y amigos en el sector de uso común. Patrick y Nai le habían asegurado al joven, que demostraba muy pocas emociones de cualquier clase, que ellos y su hermano Kepler, que todavía estaba empacando, se iban a unir con él en *El Portaaviones* antes que terminara la velada.

Galileo fue uno de los últimos seres humanos que abandonaban la estrella de mar. Lo siguió el pequeño contingente de avianos y mirmigatos. El material de la red neural y los melones maná restantes fueron empacados en grandes embalajes reforzados y los transportaba un contingente de robots de cubo. "Probablemente nunca volveré a ver a alguno de la especie de ustedes", pensaba Nicole cuando el aviano que cerraba la marcha se dio vuelta y lanzó un chillido de despedida a los circunstantes.

—Cada uno de ustedes —El Águila empezó la reunión en el refectorio— ha solicitado que se reconsidere su asignación y que se les permita cambiar su futuro hogar de El Nodo a *El Portaaviones*... En este momento deseo explicar dos diferencias más que hay entre los ambientes de vivienda de *El Portaaviones* y El Nodo. Si, después de sopesar esta nueva información, todavía desean que se les modifique el destino asignado, entonces les daremos cabida...

"Tal como les dije esta tarde, en *El Portaaviones* no habrá mezcla entre las especies: no sólo a cada especie se la va a aislar en su propio hábitat sino que *tampoco* habrá interferencia de índole alguna por parte de *cualquier otra* inteligencia, incluida aquella que yo represento, en los asuntos de cada especie. No ahora, sino *nunca*. Cada especie de *El Portaaviones* estará librada a sí misma. En contraste, se va a supervisar la vida del mundo interespecies de El Nodo, no de modo tan intenso como aquí, en la estrella de mar, pero supervisar de todas maneras. Estamos convencidos de que la atención y la vigilancia son esenciales cuando especies diferentes están viviendo juntas...

"El segundo factor adicional puede ser el más importante de todos: no habrá reproducción en *El Portaaviones*. A todos los individuos, de *todas* las especies, que habiten en ese vehículo se los esterilizará para siempre. Todo elemento necesario para llevar una vida larga y feliz se proveerá a quienes vivan en *El Portaaviones*, pero a nadie se le permitirá reproducirse. En cambio, en El Nodo no se impondrán restricciones para la reproducción...

"Por favor, permítanme terminar —dijo El Águila, cuando varios miembros del público trataron de interrumpir con preguntas—, cada uno de ustedes tiene dos horas más para decidirse... Si todavía desean que se los transfiera a *El Portaaviones*, limítense a traer los bolsos que ya prepararon y pídanle a Cubo Grande que abra la esclusa de aire...

A Nicole no la sorprendió que Kepler ya no quisiera pasarse a *El Portaaviones*. Estaba claro que al joven le había resultado difícil decidirse, y que solicitó la reconsideración únicamente por lealtad a su madre. Desde entonces había pasado la mayor parte de la tarde con María, a la que evidentemente adoraba.

Kepler puso en la lista a todos los componentes de la ampliada familia, en caso de que hubiera una discusión con su madre, pero no se generó disputa alguna. Nai estuvo de acuerdo en que a Kepler no se lo debía privar del placer de ser padre; hasta sugirió, con toda magnanimidad, que Patrick podría querer reevaluar su propia decisión, pero su marido fue rápido para señalar que ella ya había pasado la edad de tener hijos y que, además, él ya había sido padre, en muchos sentidos, de Galileo y Kepler.

A Nicole, Patrick, Nai y Kepler se los dejó a solas en uno de los departamentos, para que se dijeran el último adiós. Fue un día de lágrimas y emociones exaltadas. Los cuatro estaban agotados, desde el punto de vista emocional. Dos madres les dijeron adiós para siempre a dos hijos. Hubo una tocante simetría en los comentarios finales: Nai le pidió a Nicole que guiara a Kepler con su sabiduría; Nicole, a su vez, le pidió a Nai que le siguiera brindando a Patrick su amor incondicional y desinteresado.

Después, Patrick levantó los dos pesados bolsos y se los echó al hombro. Mientras Nai y él salían por la puerta, Kepler se mantuvo de pie al lado de la silla de ruedas, sosteniéndole a Nicole la enflaquecida mano. Fue sólo después que la puerta se cerró, que el río de lágrimas fluyó de los ojos de ésta.

"Adiós, Patrick", pensó, con el corazón transido. "Adiós, Geneviève, Simone y Katie. Adiós, Richard."

7

Los sueños llegaron uno después del otro, a veces sin la menor interrupción: Henry se reía de ella por ser negra; después, un arrogante colega de la facultad de medicina le impedía cometer un error serio durante una amigdalectomía de rutina. Más tarde, Nicole caminaba por una playa de arena, con nubes oscuras que se cernían en lo alto; desde lejos, una figura silenciosa, envuelta en una capa, le hacía señales para que se acercara. "Ésa es la Muerte", se dijo Nicole en el sueño. Pero era una broma cruel: cuando llegó hasta la figura y le tocó la mano extendida, Max Puckett se quitó la capa y rió.

Se estaba arrastrando sobre las rodillas desnudas, en el interior de una cañería oscura, subterránea, de cemento. Las rodillas habían empezado a sangrarle.

Estoy por aquí, dijo la voz de Katie.

¿Dónde estás?, preguntó Nicole, frustrada.

Es-estoy de-trás de ti, ma-má, dijo Benjy.

El agua empezó a llenar la cañería.

No puedo encontrarlos. No puedo ayudarlos.

Estaba nadando, con dificultad. Había una fuerte corriente en la cañería; la arrastraba, la llevaba hacia afuera, se convertía en un arroyuelo en el bosque. La ropa se le enredó en un arbusto que colgaba sobre el arroyuelo. Nicole se puso de pie y se restregó para quitarse el agua. Empezó a caminar por un sendero.

Era de noche. Podía oír algunos pájaros y ver la Luna por sobre ella, a través de huecos ocasionales entre los enhiestos árboles. El sendero se extendía en zigzag. Llegó a un cruce:

¿Por dónde debo seguir?, se preguntó en el sueño.

Ven conmigo, dijo Geneviève, surgiendo del bosque y tomándola de la mano.

¿Qué estás haciendo aquí?, preguntó Nicole. Geneviève rió: *Yo podría hacerte la misma pregunta.*

Una Katie joven estaba yendo hacia ellas por el sendero.

Hola, madre, dijo, extendiendo la mano para asir la otra de Nicole. *¿Te importa si camino contigo? En absoluto*, respondió Nicole.

El bosque se volvió más espeso en torno de ellas. Nicole oyó pisadas detrás y se dio vuelta mientras seguía caminando: Patrick y Simone le devolvieron las sonrisas. *Ya casi estamos allí*, dijo Simone. *¿Adónde estamos yendo?*, preguntó Nicole. *Usted debe saberlo, señora Wakefield*, contestó María. *Usted nos dijo que viniéramos*. La muchacha ahora caminaba al lado de Patrick y Simone.

Nicole y los cinco jóvenes penetraron en un pequeño claro. En el medio ardía una fogata. Omeh ingresó desde el otro lado del fuego y los saludó. Después que formaron un nuevo círculo en torno de la fogata, el chamán lanzó la cabeza hacia atrás y empezó a salmodiar en senoufo. Mientras Nicole miraba, del rostro de Omeh empezó a desprenderse la carne, revelando la aterradora calavera. Todavía continuaba la salmodia. *No, no*, dijo Nicole. *No, no*.

—Ma-má —se oyó a Benjy—. Des-desp-pierta ma-má... Tienes una pes-sa-dilla.

Nicole se frotó los ojos. Pudo ver una luz en el otro lado de la habitación.

—¿Qué hora es, Benjy?

—Tar-de, ma-má —respondió él, sonriendo—. Kep-ler fue a desayu... nar con los de-más... Que-querí-amos dejar-te dormir.

—Gracias, Benjy —dijo Nicole, moviéndose levemente en la estera. Sintió el dolor en la cadera. Recorrió la habitación con la mirada y recordó que Patrick y Nai se habían ido. "Para siempre", pensó brevemente, luchando para impedir que volviera la congoja.

—¿Qué-rrías darte una du-cha? —preguntó Benjy—. Pu-puedo ayu-darte a de-desves-tir y lle-varte a la ca-bina.

Nicole alzó la mirada hacia su hijo, que ya mostraba signos de calvicie. "Estaba equivocada al preocuparme por ti", pensó, "te arreglarías muy bien sin mí."

—¡Pero gracias, Benjy —contestó—, eso sería muy bueno!

—Trat-taré de ser de-delicado —declaró Benjy, desabotonando la bata de su madre—, pero, por fa-vor, dime si te las-ti-mo.

Cuando Nicole estuvo completamente desnuda, Benjy la alzó en sus brazos y empezó a caminar hacia la ducha. Se detuvo después de haber dado dos pasos.

—¿Qué pasa, Benjy? —preguntó Nicole.

Benjy sonrió avergonzado:

—No pen-sé el plan mu-y bien, ma-má —confesó—. Pri-mero debí a-jus-tar el agua.

Se dio vuelta, volvió a depositar a Nicole sobre la estera y cruzó la habitación en dirección de la ducha. Ella oyó el agua corriendo.

—Te gusta no muy cali-liente, ¿no? —gritó Benjy.

—Así es —respondió Nicole.

Benjy regresó y volvió a levantarla unos segundos después:

—Pu-se dos to-toallas en el su-suelo, así no va a es-tar ni muy duro ni muy frí-o pa-ra ti.

—Gracias, hijo.

Benjy le hablaba mientras Nicole estaba sentada sobre las toallas, en el piso de la ducha, y dejaba que la refrescante agua se le derramara sobre el cuerpo. Su hijo le alcanzó jabón y champú cuando ella se lo pidió. Una vez que terminó, Benjy ayudó a su madre a secarse y vestirse. Después la transportó de vuelta a la silla de ruedas.

—Inclínate hacia aquí, por favor —pidió Nicole, mientras se acomodaba en la silla. Lo besó en la mejilla y le apretó la mano. —Gracias por todo, Benjy —expresó, incapaz de contener las lágrimas que se le estaban formando en los ojos—. Has sido una ayuda maravillosa.

Benjy estaba de pie al lado de su madre, radiante.

—Te qui-quiero mucho, ma-má —declaró—. Me hace fe-liz a-yudarte.

—Y yo te quiero también, hijo —dijo Nicole, volviendo a apretarle la mano—. Ahora, ¿vas a tomar el desayuno conmigo?

—E-se era mi plan —asintió Benjy, sonriendo aún.

Antes que terminaran de comer, El Águila se acercó hasta donde estaban sentados Nicole y Benjy en el refectorio.

—Doctora Azul y yo estaremos aguardándote en tu habitación: queremos hacerte un examen físico completo.

Un complejo equipo médico ya estaba montado en el departamento cuando Nicole y Benjy regresaron. Doctora Azul inyectó microsondas adicionales en el pecho de Nicole y después, más tarde, le envió otro juego de sondas al interior de la zona renal. Durante todo el examen, de media hora, El Águila y Doctora Azul conversaron en el idioma cromático nativo de la octoaraña. Benjy asistió a su madre, cuando a ella se le pedía que se parara o caminara. Estaba absolutamente fascinado por la capacidad del alienígena para hablar en colores.

—¿Cómo ap-apren-diste a hacer eso? —preguntó en un momento dado del examen.

—Técnicamente hablando —respondió El Águila—, no aprendí cosa alguna: mis diseñadores agregaron dos subsistemas especializados a mi estructura, uno que me permitiría interpretar los colores octoarácnidos, y el otro para generar los patrones cromáticos en mi frente.

—¿No tu-tuviste que ir a la es-escu-cuela o na-da? —insistió Benjy.

—No —dijo simplemente El Águila.

—¿Po-podrían tus di-seña-dores hacer eso por *mí*? —preguntó Benjy varios segundos después, cuando El Águila y Doctora Azul habían reanudado su conversación sobre el estado de Nicole.

El Águila se dio vuelta y lo miró.

—A-apren-do muy des-pa-cio —añadió Benjy—. Se-sería ma-ravillo...so si algue-guien tan só-lo pu-de-diera poner to-do en mi ca-beza.

—Todavía no sabemos muy bien cómo hacer eso —respondió El Águila.

Cuando terminó el examen, El Águila le pidió a Benjy que empacara todas las cosas de Nicole.

—¿Adónde vamos? —preguntó ésta.

—Vamos a dar una vuelta en el transbordador. Quiero discutir contigo, con cierto detalle, tu estado físico, y llevarte donde se pueda atenderte con rapidez cualquier emergencia.

—Pensé que el líquido azul y todas esas sondas dentro de mí eran suficientes...

—Hablaremos sobre eso más tarde —la interrumpió El Águila. Tomó de Benjy el bolso de Nicole y agregó: —Gracias por toda tu ayuda.

—Permíteme asegurarme de que entendí esta media hora de charla ——dijo Nicole en el micrófono de su casco, mientras el transbordador se acercaba al punto que quedaba a mitad de camino entre la estrella de mar y El Nodo—. Mi corazón no va a durar más que diez días a lo sumo, a pesar de toda tu magia médica; mis riñones actualmente están padeciendo una deficiencia terminal, y mi hígado está exhibiendo signos de seria degradación. ¿Es ése un resumen pasable?

—Lo es en verdad —corroboró El Águila.

Nicole forzó una sonrisa:

—¿Hay alguna buena noticia?

—Tu mente todavía sigue funcionando de manera admirable y la magulladura de tu cadera sanará con el tiempo, siempre y cuando las otras dolencias no te maten primero.

—¿Y lo que estás sugiriendo es que me interne hoy en el equivalente de ustedes de un hospital, allá en El Nodo, y haga que a mis corazón, riñones e hígado se los reemplace por máquinas de avanzada que Pueden llevar a cabo las mismas funciones?

—Puede haber algunos otros órganos que también exijan reemplazo. Mientras estemos practicando cirugía mayor: tu páncreas estuvo exhibiendo deficiencias intermitentes de funcionamiento y todo tu sistema sexual no admite especulaciones... Cabría pensar en una histerectomía total.

Nicole meneó la cabeza:

—¿En qué momento todo esto pierde lógica? No importa lo que se haga ahora, sólo es cuestión de tiempo para que falle algún otro órgano. ¿Qué vendría después? ¿Mis pulmones? ¿O quizá, mis ojos...? ¿Hasta me harías un trasplante de cerebro si yo no pudiera pensar más?

—Podríamos —repuso El Águila.

Nicole quedó en silencio durante casi un minuto. Después:

—Puede que no tenga demasiado sentido para ti, porque ciertamente no es lo que yo llamaría "lógico"... pero no me siento muy cómoda con la idea de convertirme en un ser híbrido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó El Águila.

—¿En qué momento dejo de ser Nicole des Jardins Wakefield? Si mi corazón, mi cerebro, mis ojos y mis oídos se reemplazan por máquinas, ¿todavía soy Nicole... o soy alguien, o algo más?

—La pregunta no hace a la cuestión —replicó El Águila—. Eres médica, Nicole. Toma en cuenta el caso de un esquizofrénico, que debe tomar medicamentos en forma regular para alterar las funciones del cerebro: ¿esa persona sigue siendo la que era? Es la misma cuestión filosófica, pero nada más que con un grado diferente de modificación.

—Comprendo tu argumento, pero eso no altera mis sentimientos... Lo siento: si es que tengo opción, y tú me has llevado a creer que la tengo, entonces rehúso... por lo menos por hoy, aunque sea.

El Águila la contempló durante varios segundos. Después ingresó un conjunto diferente de parámetros en el sistema de control del transbordador: el vehículo alteró su curso.

—¿Así que volvemos a la estrella de mar? —preguntó Nicole.

—No de inmediato. Primero quiero mostrarte algo más. —El alienígena metió la mano dentro de la bolsa que llevaba alrededor de la cintura y sacó un tubito que contenía un líquido azul y un dispositivo desconocido.

—Por favor, dame tu brazo: no quiero que mueras antes que haya terminado esta tarde.

Mientras se aproximaban al módulo de habitación de El Nodo, Nicole se quejó a El Águila por la manera "menos que franca" en que se había manejado la división de los residentes de la estrella de mar en dos grupos.

—Como siempre —señaló—, no se te puede acusar de haber dicho una mentira: sí, tan sólo, de haber retenido información de naturaleza crítica.

—A veces —respondió El Águila— no existe una buena forma para que podamos completar una tarea: en esos casos optamos por el curso de acción menos insatisfactorio... ¿Qué esperabas qué hiciéramos? Se habría desencadenado un caos... Además, no creo que nos concedas suficiente reconocimiento: rescatamos de *Rama* miles de seres, la mayoría de los cuales probablemente habría muerto sin nuestra intervención, en un conflicto entre especies... Recuerda que a todos, entre ellos aquellos asignados a *El Portaaviones*, se les permitirá completar su vida.

Nicole permanecía en silencio. Estaba tratando de imaginar cómo sería la vida a bordo de *El Portaaviones* sin que hubiese reproducción.

Su mente trasladó el argumento hasta un probable futuro lejano, cuando únicamente quedaran unos pocos individuos.

—No querría ser el último ser humano que quedara con vida en *El Portaaviones* —dijo.

—Hace unos tres millones de años, en esta parte de la galaxia hubo una especie que floreció como viajera espacial durante casi un millón de años. Fueron brillantes ingenieros y construyeron algunos de los edificios más asombrosos que jamás se hayan visto. Su esfera de influencia se extendió con rapidez, hasta que dominaron una región que abarcaba más de veinte sistemas estelares. Esta especie era culta, compasiva y sabia... pero cometió un solo error fatal.

—¿Cuál?

—Su equivalente del genoma de ustedes contenía una cantidad de información, un orden de magnitud mayor que el de tu especie. Había sido el resultado de cuatro mil millones de años de evolución natural, y era extremadamente complicado. Sus experimentos iniciales con ingeniería genética, tanto con otras especies como con ellos mismos, tuvieron un éxito absoluto. *Creyeron* entender lo que estaban haciendo. Sin embargo, sin saberlo, lenta pero seguramente, la robustez de los genes que se trasmitían de una generación a la siguiente se fue deteriorando... Cuando, por fin, entendieron lo que se habían hecho a sí mismos, fue demasiado tarde: no habían conservado especímenes de los primeros tiempos, antes de que hubieran comenzado a modificar sus propios genes. No pudieron retroceder. Nada había que pudieran hacer.

"Imagínate —prosiguió El Águila— ser, no ya la última de tu grupo en una espacionave aislada como *El Portaaviones*, sino una de los sobrevivientes terminales de una especie rica en historia, en arte y en conocimientos... Nuestra enciclopedia contiene muchos de tales relatos, cada uno de los cuales comprende por lo menos una lección práctica.

El trasbordador pasó a través de una portilla abierta en el costado del módulo esférico y avanzó hasta detenerse suavemente contra una pared. Andamios automáticos de acceso se desplegaron de cada lado, para evitar que el vehículo se fuera a la deriva. Había una rampa que llevaba desde el costado para pasajeros del trasbordador hasta una pasarela que, a su vez, conducía hacia la parte central del complejo de transporte.

Nicole rió.

—Estaba tan absorbida por tu conversación, que ni siquiera miré este módulo desde afuera.

—No habrías visto mucho que fuera nuevo para ti —contestó El Águila.

Entonces se volvió hacia Nicole e hizo algo en extremo insólito: extendió las manos y tomó las de Nicole.

—Dentro de menos de una hora —anunció— vas a experimentar algo que te dejará pasmada, y que también va a provocarte emociones. En principio habíamos planeado que esta excursión fuera una completa sorpresa pero, en tu debilitada condición física, no podemos arriesgarnos con la posibilidad de que tus sistemas puedan sentirse abrumados por el acceso emocional... En consecuencia, hemos decidido decirte primero qué estamos a punto de hacer.

Nicole sentía aumentar la frecuencia de los latidos. "¿De qué está hablando?", pensó. "¿Qué puede ser tan insólito?"

—…abordaremos un pequeño coche que viajará varios kilómetros hacia el interior de este módulo. En el final de este breve viaje te reunirás con tu hija Simone y con Michael O'Toole.

—*¡¿Qué?!* —gritó Nicole, arrancando sus manos de entre las de El Águila y poniéndolas sobre el costado del casco—. ¿Oí correctamente? ¿Dijiste que iba a ver a Simone y Michael?

—Sí. Nicole, por favor trata de relajarte...

—¡Mi Dios! —exclamó ella, haciendo caso omiso del consejo del alienígena—. No lo puedo creer. Sencillamente no lo puedo creer... Espero que esta no sea alguna especie de artimaña cruel...

—Te aseguro que no lo es...

—¿Pero cómo Michael puede estar vivo aún? Como mínimo debe de tener ciento veinte años...

—Lo hemos ayudado con nuestra magia médica, como la llamas tú.

—¡Oh, Simone, *Si-mone*! —gritó Nicole—. ¿Puede ser? ¿Puede ser verdad?

Las lágrimas se habían demorado debido a su estado de conmoción. Ahora se le derramaban a mares de los ojos. A pesar del dolor de la cadera y del engorroso casco espacial, casi saltó al otro lado del asiento para darle un fuerte abrazo a El Águila.

—¡Gracias, oh gracias! —dijo— ¡No puedo decirte lo mucho que esto significa para mí!

El Águila estabilizó la silla de ruedas de Nicole en la escalera mecánica, mientras descendían hacia el centro del complejo principal de transporte. Nicole miró brevemente en derredor: la estación era idéntica a la que recordaba de El Nodo, cerca de Sirio. Tenía cerca de veinte metros de altura y estaba dispuesta en círculo. Media docena de aceras rodantes rodeaban la parte central, cada una de las cuales corría hacia el interior de un túnel abovedado diferente, que conducía hacia afuera del complejo. Por encima de los túneles, hacia la derecha, había dos estructuras con muchos niveles.

—¿Los trenes intermódulos parten de ahí arriba? —preguntó, recordando un viaje con Katie y Simone cuando ambas eran pequeñas.

El Águila asintió con una leve inclinación de cabeza. Empujó la silla de ruedas hasta hacerla subir a una de las aceras rodantes, y salieron del centro de la estación. Viajaron varios centenares de metros por un túnel, antes de que la acera rodante se detuviera.

—Nuestro coche debe de estar justo a la derecha, en el primer corredor —dijo.

El pequeño coche, que se abría desde arriba, tenía dos asientos; El Águila levantó a Nicole y la depositó en el del acompañante y, después, plegó la silla hasta obtener una configuración comprimida no mayor que un maletín, a la que guardó en un sector con bolsillo, en el interior del vehículo. Muy poco después, el coche avanzaba a través del dédalo de pasadizos color crema claro, desprovistos de ventanillas. Nicole permanecía extraordinariamente silenciosa. Estaba tratando de autoconvencerse de que, en verdad, iba a ver a la hija que había dejado en otro sistema estelar hacia ya años.

El trayecto por el módulo de habitación parecía ser interminable. En un momento dado se detuvieron, y El Águila le dijo que podía quitarse el casco.

—¿Estamos cerca? —preguntó ella.

—Aún no, pero ya estamos en su zona atmosférica.

Dos veces se toparon con alienígenas fascinantes a bordo de vehículos que se desplazaban en la dirección opuesta, pero Nicole estaba demasiado excitada como para prestarle atención a algo, salvo aquello que le estaba pasando por la cabeza. Apenas si escuchaba siquiera a El Águila.

"Cálmate", le dijo una de sus voces interiores. "No seas absurda", contestó otra voz, “estoy a punto de ver a una hija a la que no he visto desde hace cuarenta años: no hay forma de que me pueda mantener en calma."

—... en su propia manera —estaba diciendo El Águila—, la vida de ellos fue tan extraordinaria como la tuya. Diferente, claro está, por completo diferente. Cuando hoy a la mañana, bien temprano, llevamos a Patrick para que los viera...

—¿Qué dijiste? —interrumpió Nicole—. ¿Dijiste que Patrick los vio hoy a la mañana? ¿Llevaste a Patrick a que viera a su padre?

—Sí. Siempre tuvimos planes para este reencuentro, siempre que todo saliese según lo programado... Lo ideal habría sido que ni tú ni Patrick hubiesen visto a Simone, Michael y sus hijos...

—*¡Hijos!* —exclamó Nicole—. ¡Tengo más nietos!

—… hasta después de que ustedes se hubieran asentado en El Nodo, pero cuando Patrick solicitó la reconsideración... Bueno, habría sido desalmado dejar que partiera para siempre sin siquiera ver a su padre natural...

Nicole ya no se pudo contener: extendió los brazos y besó a El Águila en su emplumada mejilla:

—Y Max decía que tú no eras más que una fría máquina. ¡Qué errado estaba...! Gracias... Por Patrick, te lo agradezco...

Estaba temblando por la excitación. Un instante después, no pudo respirar. Rápidamente El Águila detuvo el pequeño vehículo.

—¿Dónde estoy? —dijo Nicole, emergiendo de una espesa niebla.

—Estamos estacionados exactamente afuera del sector cercado en el que viven Michael, Simone y su familia —informó El Águila—. Hemos estado aquí durante unas cuatro horas. Estuviste durmiendo.

—¿Tuve un ataque cardíaco?

—No exactamente... Nada más que una falla importante de funcionamiento. Pensé llevarte de vuelta al hospital, pero decidí esperar hasta que despertaras. Además, aquí, tengo la mayor parte de los medicamentos...

La miró con sus intensos ojos azules.

—¿Qué deseas hacer, Nicole —preguntó—, visitar a Simone y Michael, como se planeó, o regresar al hospital? Es tu elección, pero...

—Lo sé —lo interrumpió, lanzando un suspiro—. Debo tener cuidado y no excitarme demasiado... —Lo miró con fijeza. —Quiero ver a Simone, aun si ése es el último acto de mi vida... ¿Puedes darme algo que me calme, pero que no me haga estar idiotizada ni me duerma?

—Un calmante leve únicamente ayudará si tú, conscientemente, trabajas para contener tu excitación.

—Muy bien. Pondré lo mejor de mí para que así sea.

El Águila detuvo el coche sobre un camino pavimentado bordeado por árboles altos. Cuando se acercaban, a Nicole le volvió a la memoria el otoño de Nueva Inglaterra que ella, en su adolescencia, pasó con su padre. Las hojas de los árboles eran rojas, doradas y marrones.

El coche dio vuelta en una curva y siguió su marcha más allá de una verja blanca que circundaba una zona cubierta con césped. En el recinto había cuatro caballos. Dos adolescentes humanos estaban caminando entre ellos.

—Los muchachos son reales —informó El Águila—. Los caballos son sólo simulaciones.

En la cima de la suave colina había una gran casa blanca de dos pisos, con techo negro a dos aguas. El Águila ingresó en el camino privado circular y detuvo el vehículo. La puerta de calle de la casa se abrió un instante después y a través de ella salió una mujer alta, hermosa, de tez negro azabache y cabello que estaba encaneciendo.

—*¡Mamá!* —gritó Simone, mientras corría hacia el coche.

Nicole apenas tuvo tiempo de abrir la portezuela, antes que Simone se lanzara en sus brazos. Las dos se abrazaron fuertemente y se besaron, llorando profusamente. Ninguna de las dos podía hablar.

8

—Fue una visita agridulce de Patrick —dijo Simone, apoyando su taza de café en el platillo—. Estuvo aquí durante más de dos horas, pero todo pareció como si sólo hubiera durado unos minutos.

Los tres estaban sentados a una mesa que daba hacia el terreno labrado que rodeaba la casa. Durante unos momentos, Nicole se quedó contemplando la bucólica escena a través de la ventana.

—Es, principalmente, una ilusión, claro —señaló Michael—, pero muy buena... A menos que lo supieras con precisión, creerías que estabas en Massachusetts o en el sur de Vermont.

—Toda esta cena pareció como si hubiera sido un sueño —declaró Nicole—. Todavía no he admitido que algo de esto esté ocurriendo en realidad.

—Nos sentimos así anoche —dijo Simone—, cuando se nos dijo que veríamos a Patrick hoy a la mañana... Ni Michael ni yo pudimos pegar un ojo. —Rió. —En un momento dado, durante la noche, nos habíamos convencido de que nos íbamos a reunir con un Patrick "simulado", y pensamos en preguntas que podríamos hacerle y que nadie, salvo el Patrick verdadero, podría responder.

—Tienen una capacidad tecnológica asombrosa —afirmó Michael—. Si quisieran crear un robot de Patrick y hacerlo pasar por auténtico, nos sería muy difícil cercioramos de lo que es verdadero.

—Pero no lo hicieron —aclaró Simone—. Supe, en cuestión de minutos, que verdaderamente se trataba de Patrick...

—¿Qué impresión te dio? —preguntó Nicole—. Con toda la confusión del último día, no tuve oportunidad de hablar mucho con él.

—Básicamente, resignado, pero seguro de haber tomado la decisión correcta. Dijo que probablemente pasarían semanas antes de que pudiera ordenar todas las emociones experimentadas en las últimas veinticuatro horas.

—Eso debe de ser aplicable a todos nosotros —hizo notar Nicole.

Se produjo un breve silencio en la mesa.

—¿Estás cansada, mamá? —preguntó Simone—. Patrick nos contó sobre tus problemas de salud y, cuando esta tarde recibimos el mensaje de que te habías demorado...

—Sí, estoy un poco cansada, pero no podría dormir... no de inmediato, al menos... —Hizo retroceder la silla apartándose de la mesa, y bajó el asiento. —Sí podría, no obstante, ir a empolvarme la nariz.

—Por supuesto —dijo Simone, incorporándose de un salto—. Iré contigo.

Acompañó a su madre por un largo vestíbulo que tenía piso de imitación madera.

—¿Así que tienes seis hijos que viven aquí con ustedes —dijo Nicole—, incluyendo los tres que traías contigo?

—Así es. Michael y yo tuvimos dos varones y dos nenas por el método "natural", como lo llamas tú... El primero de los varones, Darren, murió cuando tenía siete años... Es largo de contar; si tenemos tiempo, te hablaré sobre eso mañana... Todos los demás hijos se desarrollaron a partir de embriones, en los laboratorios de los alienígenas...

Habían llegado a la puerta del cuarto de baño.

—¿Sabes cuántos niños hicieron "desarrollar" El Águila y sus colegas? —preguntó Nicole.

—No. Pero me dijeron que de mis ovarios tomaron más de mil óvulos sanos.

En el camino de regreso al comedor, Simone explicó que todos los hijos nacidos por el método "natural' habían transcurrido su vida entera con Michael y ella. A los cónyuges de esos hijos, que, por supuesto, también eran resultado de los espermatozoides de Michael y los óvulos de ella, se los seleccionó como resultado de una técnica de apareamiento genético en gran escala que desarrollaron los alienígenas.

—¿Así que ésos fueron matrimonios concertados? —preguntó Nicole.

—No exactamente. A cada hijo natural se le presentaron varias parejas posibles, todas las cuales habían aprobado el proceso de selección genética.

—¿Y ustedes no tuvieron problemas con los nietos?

—Nada que fuere "estadísticamente importante", para usar la terminología de Michael —repuso Simone.

Cuando llegaron al comedor, la mesa estaba vacía: Michael les dijo que había llevado la cafetera y las tazas al estudio. Nicole encendió los controles de la silla de ruedas y siguió a la pareja a un estudio grande, con netos toques masculinos, repisas de madera oscura para libros y fuego encendido en un hogar.

—¿El fuego es verdadero? —preguntó Nicole.

—Así es —contestó Michael. Se inclinó hacia adelante en su blando, sillón: —Estuviste preguntando por nuestros hijos, y verdaderamente deseamos que los conozcas, pero no quisimos abrumarte...

—Entiendo —dijo Nicole, tomando un sorbo de café recién hecho—, y estoy de acuerdo con ustedes... Verdaderamente no habría sido posible una cena tan reposada, informativa, si hubiera habido seis personas más...

—Y no te olvides de los catorce nietos —agregó Simone.

Nicole miró a Michael y sonrió.

—Lo siento, Michael, pero *tú* eres la parte irreal en extremo de esta velada. Cada vez que te miro, mi mente se paraliza: debes de ser cuarenta años mayor que yo, pero no aparentas tener más de sesenta, y sin lugar a dudas pareces más joven que cuando los dejamos en El Nodo. ¿Cómo es posible?

—La tecnología de los alienígenas es absolutamente mágica —explicó Michael—. Para todos los fines prácticos, se puede decir que rehicieron cada una de mis partes. Mi corazón, pulmones, hígado, los sistemas digestivo y excretor en su totalidad, y la mayor parte de mis glándulas endocrinas fueron, todos, reemplazados, algunos varias veces, por equivalentes de función más pequeños y más eficaces. Todos mis huesos, músculos, nervios y vasos sanguíneos están apuntalados por millones de implantes microscópicos que no sólo aseguran que se lleven a cabo las funciones críticas sino que, también, en muchos casos rejuvenecieron bioquímicamente las células envejecidas. Mi piel es un material especial que lograron perfeccionar hace poco y que posee todas las buenas propiedades de la piel humana verdadera, pero que nunca envejece ni permite el desarrollo de verrugas o lunares... Una vez por año me interno en su hospital. Permanezco inconsciente durante dos días y, cuando emerjo, soy un hombre nuevo, en el sentido literal de la palabra.

—¿Te importaría venir hacia acá y permitir que te toque? —pidió Nicole. Rió. —No necesito hundir los dedos en las llagas de tus manos ni cosa por el estilo, pero indudablemente entenderás que lo que me estás diciendo resulta difícil de creer.

Michael O'Toole cruzó la habitación y se puso en cuclillas al lado de la silla de ruedas. Nicole extendió la mano y le tocó la piel de la cara: era suave y flexible, como la de un hombre joven. Los ojos eran frescos y diáfanos.

—¿Y tu cerebro, Michael? —preguntó en voz baja—. ¿Qué le hicieron a tu cerebro?

Michael sonrió. Nicole advirtió que no tenía arrugas en la frente.

—Muchas cosas —contestó—. Cuando mi memoria empezó a fallar, me reacondicionaron el hipocampo; hasta lo complementaron con una pequeña estructura propia de ellos, para brindarme más capacidad, dijeron... Hará unos veinte años también instalaron lo que describieron como un "mejor sistema operativo", para aguzar mis procesos de pensamiento...

Michael estaba a menos de un metro de Nicole. La luz del fuego se le reflejó en el rostro. Súbitamente, ella se sintió arrastrada por un aluvión de recuerdos: rememoró la estrecha amistad que habían tenido en *Rama*, así como sus momentos de intimidad cuando Richard desapareció y se lo daba por perdido. Volvió a tocarle la cara:

—¿Y sigues siendo Michael O'Toole —preguntó—, o te convertiste en alguna otra cosa, parte humana y parte alienígena?

Michael se puso de pie sin pronunciar palabra y fue de vuelta a su sillón. Se desplazaba como un atleta, no como un hombre que tenía más de cien años.

—No sé cómo responder a tu pregunta, Nicole. Puedo recordar con claridad todos los detalles de mi niñez en Boston, y toda otra etapa importante de mi vida. Por lo que sé, todavía soy más o menos el mismo...

—Michael sigue estando interesado en extremo por la religión, y por la Creación también —habló Simone por primera vez, después de un prolongado lapso—, pero cambió un poco; todos nosotros fuimos modificados por las experiencias que tuvimos en nuestra vida...

—He seguido siendo un devoto católico apostólico romano —declaró Michael——, y aún digo mis plegarias cotidianas... pero, naturalmente, mi punto de vista sobre Dios, y sobre la humanidad también, fue alterado de modo drástico por lo que Simone y yo hemos visto... En todo caso, mi fe se vigorizó... debido, básicamente, a mis esclarecedoras charlas con...

Hizo una pausa y miró a Simone, que estaba del otro lado de la habitación.

—En los primeros años, mamá, cuando Michael y yo estábamos solos en el primer *Nodo*, cerca de Sirio, se presentaron muchas dificultades... únicamente nos teníamos el uno al otro para conversar... Yo todavía era nada más que una chica, y Michael era un hombre maduro... Yo no podía conversar con él sobre física o religión o sobre muchos de sus temas favoritos...

—No hubo problemas de importancia, como comprenderás —dijo Michael—. Así y todo, de una peculiar manera, ambos estábamos solos... Lo que teníamos juntos era notable y enriquecedor... pero ambos necesitábamos algo más, algo adicional...

"La Inteligencia Nodal, o como quiera que debiéramos denominar al poder que nos estaba cuidando, percibió nuestra dificultad. También reconoció que El Águila no podía satisfacer nuestras necesidades individuales. Así que un compañero, como El Águila en cierto sentido, fue creado para cada uno de nosotros.

—Fue un toque de genialidad —comentó Simone— que eliminó la tensión emocional que estaba amenazando nuestro matrimonio perfecto. Cuando San Michael...

—Permíteme contarlo, querida, por favor —la interrumpió Michael—. Una noche, casi dos años después que tú y los demás hubieron partido, Simone estaba en el dormitorio del departamento, amamantando a Katya, cuando alguien golpeó a la puerta... Supuse que era El Águila... Cuando abrí la puerta, un joven de cabello negro enrulado y ojos azules, una reconstrucción perfecta de San Miguel de Siena, estaba ahí parado: me informó que El Águila ya no interactuaría con nosotros y que él sería mi nuevo intermediario con la inteligencia que regía El Nodo...

—San Michael —intervino Simone— venía equipado con un vasto conjunto de conocimientos sobre historia de la Tierra, catolicismo y física, y todos los demás temas sobre los cuales yo era totalmente ignorante...

—*Amén del hecho* —agregó Michael, levantándose de su sillón— de que estaba dispuesto a responder preguntas sobre lo que estaba ocurriendo en tomo de nosotros en El Nodo... No es que El Águila no lo hubiera estado, sino que San Michael era mucho más cálido, más personal; la situación era como si a él lo hubieran enviado ellos, o Dios, para que pudiese acompañar mi mente.

La mirada de Nicole iba alternativamente de Michael a Simone: el rostro de Michael estaba totalmente iluminado. "Su fervor religioso no ha menguado", pensó Nicole. "Tan sólo se le ha dado una nueva dirección."

—¿Y este personaje, San Michael, anda todavía por aquí? —preguntó, tomando el último sorbo de su café.

—Sin la menor duda —afirmó Michael—. No se lo presentamos a Patrick, el tiempo era demasiado escaso, como ya dijo Simone, pero queremos, decididamente, que tú lo conozcas. —Michael cruzó la habitación, súbitamente burbujeante de energía. —¿Recuerdas todas esas infinitas preguntas que Richard solía formular, respecto de quién fabricó El Nodo y *Rama* y de cuál era el propósito de esto y de aquello? San Michael sabe todas las respuestas... ¡y explica todo con tanta elocuencia!

—¡Dios bendito! —exclamó Nicole, con un leve dejo de sarcasmo—, por lo que se oye de él parece ser fantástico... Demasiado bueno para ser verdad... ¿Cuándo tendré el privilegio de conocerlo?

—Ahora mismo, si lo deseas —dijo Michael O'Toole, expectante.

—Muy bien —aceptó Nicole, ahogando un bostezo—. Pero recuerden que soy una vieja cansada, achacosa y excéntrica... No puedo permanecer despierta para siempre.

Michael caminó ágilmente hasta la puerta más alejada del estudio.

—San Michael —llamó—, ¿podrías entrar, por favor, y conocer a Nicole, la madre de Simone?

Pocos segundos después, lo que parecía ser un joven sacerdote humano de poco más de veinte años, vestido con una sotana azul oscuro, ingresó en la habitación y cruzó hasta la silla de ruedas de Nicole.

Estoy encantado —dijo, con una sonrisa beatífica—. He oído hablar de ti durante años.

Nicole extendió la mano y estudió resueltamente al alienígena: no había nada, que ella pudiera ver, que identificara a ese individuo como algo que no fuese un ser humano. "Mi Dios", pensó rápidamente. "No sólo su tecnología es fantástica sino, también, su velocidad de aprendizaje es vertiginosa."

—Y ahora, dejemos una cosa en claro desde el comienzo —le dijo a San Michael con sonrisa irónica—. Hay demasiados Migueles acá.[1] No pienso referirme a ti como San Michael. No es mi estilo. ¿Debo llamarte simplemente San o Mike o hasta Mickey...? ¿Qué prefieres?

—Cuando ambos están cerca, a mi marido lo llamo Michael Mayor —terció Simone—. Eso parece funcionar muy bien.

[1] Michael (O'Toole) también es Miguel. (N. del T.)

—Muy bien —aceptó Nicole—. Como decía siempre Richard, "Donde estuvieres...". Siéntate, Michael, aquí, cerca de mi silla de ruedas... Michael Mayor te ensalzó de tal manera que no quiero que mi mala audición sea la causa de que pierda alguna de tus perlas de sabiduría.

—Gracias, Nicole —dijo San Michael, sonriendo a su vez—. Michael y Simone también alabaron tus virtudes, pero es obvio que subestimaron la agudeza de tu ingenio.

"Y tiene personalidad también", pensó Nicole. "¿Es que nunca dejarán de ocurrir milagros?"

Una hora más tarde, después que Simone la hubo ayudado a meterse en la cama de la habitación para huéspedes, al final del vestíbulo, Nicole estaba tendida de costado, mirando con fijeza hacia la ventana. Aunque estaba muy cansada, no podía dormir: su mente estaba demasiado activa, recorriendo una y otra vez los sucesos del día.

"A lo mejor debo tocar el timbre para pedir algo que me ayude a dormir", pensaba, palpando con la mano, de manera automática, el botón que había en la mesa de al lado de la cama. "Simone dijo que San Michael vendría si yo lo llamara. Y que él podía hacer cualquier cosa que hiciera El Águila." Una vez que se aseguró de que verdaderamente podía solicitar ayuda si le persistía el insomnio, volvió a adoptar la postura que le era más cómoda para dormir y permitió que su mente vagara en libertad.

Sus pensamientos se concentraron en lo que había visto u oído desde su llegada a ese aislado enclave en el que vivían Michael, Simone y su familia. San Michael explicó que esa seudo Nueva Inglaterra era una pequeña sección dentro del módulo de habitación de El Nodo, y que en las proximidades había otros varios centenares de especies residentes semipermanentes. ¿Por qué, le preguntó ella, Michael Mayor y Simone habían optado por llevar una existencia cotidiana separada de todos los demás?

—Durante años —respondió Michael O'Toole— vivimos en un ambiente con muchas especies. En efecto, tanto durante como después que hubieran nacido nuestros cuatro hijos traídos en forma natural, se nos trasladaba violentamente, o así parecía, de un sitio a otro, sometiendo a prueba nuestra capacidad de adaptación, así como nuestra compatibilidad, con una amplia gama de otras especies vegetales y animales... En aquel entonces, San Michael confirmó lo que ya sospechábamos, o sea, que, intencionalmente, nuestros anfitriones nos estaban exponiendo a diversidad de ambientes, para reunir más información sobre nosotros... Cada nueva localidad era otro desafío...

Michael Mayor dejó de hablar durante un momento, como si estuviera librando una batalla con sus emociones.

—Las penurias psicológicas fueron enormes en aquellos primeros tiempos: no bien nos adaptábamos a un conjunto dado de condiciones de vida, nos las alteraban bruscamente... Sigo teniendo la convicción de que la muerte de Darren no se habría producido si todo no hubiera sido tan extraño en ese mundo subterráneo... Y casi perdimos a Katya, en otra ocasión, cuando tenía sólo dos años, más o menos, y un ser marino parecido a un calamar confundió su curiosidad con un acto de agresión...

—Después que nos pusieron a dormir la segunda vez —intervino Simone—, y se nos transportó a este Nodo, tanto Michael como yo estábamos agotados por los años de ensayos. Los hijos ya habían crecido y empezaban a tener sus propias familias; solicitamos, y se nos concedió, algo de vida privada...

—Todavía salimos al otro mundo —añadió Michael—, pero interactuamos con los exóticos seres de distantes sistemas estelares porque queremos, no porque sea una necesidad... San Michael nos mantiene informados regularmente sobre las idas y venidas de los seres parecidos a pelotas de básquet, de los que avanzan dando saltos hasta el cielo y de las tortugas voladoras. Él es nuestra ventana de información hacia el resto de El Nodo.

"San Miguel es extraordinario", pensó Nicole, "y mucho más evolucionado aun que El Águila mismo. Responde a todas las preguntas con tal certeza... pero hay algo en él que me hace dudar: ¿son todas esas respuestas tajantes, sobre Dios y el origen y el destino del universo, realmente correctas, o es que, de alguna manera, a San Michael se lo programó, sobre la base de la fuerza del amor de Michael por los procesos catequísticos, para que sea su perfecto acompañante alienígena?"

Se volvió en la cama y consideró su propia relación con El Águila: "A lo mejor simplemente estoy celosa porque Michael parece haber aprendido tanto... y El Águila no estaba dispuesto, o no estaba en situación, de responder a mis preguntas... Pero, ¿quién empieza mejor, el niño que tiene un mentor que todo lo sabe y todo lo dice, o aquel cuyo maestro lo ayuda a encontrar sus propias respuestas...? No lo sé... No lo sé... Pero lo que hizo San Michael en el caballete fue toda una demostración."

—¿No ves, Nicole —por enésima vez, Michael Mayor se levantó de un salto de su sillón—, que todos estamos participando del gran experimento de Dios? *Todo* este universo, no sólo nuestra propia

galaxia, sino todas las galaxias que se extienden hasta los confines de los cielos, le suministrarán un solo dato local a Dios... Él, Ella o Eso está buscando la perfección, para que todo ese pequeño conjunto de parámetros iniciales, una vez que el universo sea puesto en movimiento por la transformación de energía en materia, evolucione, en el transcurso de miles de millones de años, hasta dar una sola armonía perfecta, un testimonio de la consumada habilidad del Creador. ..

Nicole tuvo algo de dificultad para seguir los cálculos de matemática superior, pero entendió en verdad el meollo de los diagramas que San Michael había trazado en el caballete del estudio.

—¿Así que en este momento —le había dicho al alienígena de cabello rizado y ojos azules— existen incontables universos más que están evolucionando, cada uno comenzado por Dios con diferentes condiciones iniciales y, de alguna manera, Dios los metió a ti, El Águila, El Nodo y *Rama adentro* de este proceso de evolución en particular, para que obtuvieran información? ¿Y que el propósito de todo esto es que Dios pueda definir alguna estructura matemática, relacionada con la Creación, que siempre produzca un resultado armonioso?

—Exactamente —respondió San Michael. Una vez más, señaló el diagrama que había sobre el caballete. —Imagina que este sistema de coordenadas que tracé es una representación simbólica, en dos dimensiones, de la hipersuperficie disponible de parámetros que definen el instante de la Creación, el momento en que a la energía por vez primera se la transformó en materia: cualquier ordenamiento o vector que represente un conjunto específico de condiciones iniciales para el universo se puede representar como un solo punto en mi diagrama. Lo que Dios está, y ha estado, buscando, es un conjunto denso y acotado muy especial, situado en esta hipersuperficie matemática. Este conjunto especial que Él está buscando tiene la propiedad de que *cualquiera* de sus elementos, es decir, cualquier ordenamiento de condiciones correspondiente al instante de la Creación, elegido de *dentro* de este conjunto, producirá un universo que, con el tiempo, termine en armonía.

—Crear un universo que concluya con todos los seres vivientes proclamando la gloria de Dios es un problema casi imposible —declaró Michael Mayor—. Si no hay suficiente materia, la explosión y la inflación del instante de la Creación redunda en un universo que se expande para siempre, sin interacción suficiente de los componentes individuales, durante la evolución, como para producir y mantener la vida. Si hay demasiada materia, entonces el tiempo es insuficiente como para que la vida y la inteligencia se desarrollen plenamente antes que la gravedad ocasione el Gran Colapso que ponga fin al universo.

—El caos confunde también a Dios —explicó San Michael—. El caos es un derivado de todas las leyes físicas que rigen la evolución de cualquier universo que se haya creado. Evita la predicción precisa del resultado de procesos en gran escala, de modo que, a priori, Dios no puede calcular simplemente lo que va a ocurrir en el futuro y, en consecuencia, aislar, mediante técnicas analíticas, las zonas de armonía... La experimentación es el único camino posible para que Él descubra lo que está buscando...

—La estructura que se opone al designio de Dios es abrumadora —añadió Michael Mayor—. Para que Dios pueda alcanzar el éxito, no sólo la vida y la inteligencia tienen que evolucionar, a partir de partículas subatómicas en bruto convertidas en átomos merced a cataclismos estelares, sino que, también, esta vida debe alcanzar un nivel, tanto de autoconocimiento espiritual como de capacidad tecnológica, que pueda transformar activamente todo lo que la rodea...

"Así que Dios", pensaba Nicole en su habitación, recordando la discusión, "es el diseñador en última instancia, el ingeniero en última instancia. Él, o Ella, le da forma al momento de la Creación de una manera tal que, miles de millones de años después, seres vivos den fe de la maravilla de la Creación..."

—Hay una parte de esto que sigo sin entender —había dicho Nicole a los dos Michael y a Simone, cerca del final de la velada— ¿Por qué debe Dios crear tantos universos para conducir su experimento? Una vez que se comprobó la existencia de un resultado armonioso, ¿la tarea no se vuelve fácil? ¿No se puede, simplemente, repetir las condiciones iniciales que se dieron para ese universo?

—Ese no es un problema suficientemente difícil para Dios —le respondió San Michael—. Dios desea saber la extensión de la zona de armonía en la hipersuperficie de los parámetros de la Creación, así como todas las características matemáticas de la zona... Además, no creo que ya aprecies el alcance del problema de Dios: nada más que una fracción minúscula de todos los universos posibles puede culminar en forma armoniosa. El resultado natural de la transformación de energía en materia es un universo que no tiene vida en absoluto o, en el mejor de los casos, seres vivos temporarios, agresivos, que son más destructores que constructores. Aun una pequeña región de armonía dentro de un universo en evolución es un milagro... Esa es la razón de que toda la empresa sea tal desafío para Dios.

Entonces, Michael Mayor se había vuelto a parar de un salto:

—Lo que Dios está buscando es un universo que, antes de morir en el Gran Colapso, haya alcanzado *total* armonía. Es decir que cada partícula subatómica de Su creación participe activamente en esa armonía... Durante un tiempo, ni yo mismo podía comprender toda la grandiosidad de este concepto. Entonces, San Michael me habló sobre una especie que hace seres vivos a partir de roca y polvo, como hizo nuestro Dios bíblico, a través de la trasmutación y el reordenamiento de los elementos. La armonía *total* exige que las especies evolucionadas, como la nuestra, utilicen sus herramientas tecnológicas para transformar las cosas animadas e inanimadas en seres que aporten su contribución a la armonía...

Nicole recordó que, en este punto de la conversación, había anunciado que su mente estaba sobrecargada y que quería ir a dormir. San Michael le pidió que esperara unos pocos minutos más, de modo que él pudiera resumir lo que, según creía, había sido una discusión ligeramente desorganizada. Nicole se mostró de acuerdo.

—Para volver a tu primera pregunta —manifestó San Michael—, cada uno de los Nodos es parte de una inteligencia jerárquica que reúne información en toda esta galaxia en especial. La mayor parte de las galaxias, entre ellas la Vía Láctea, tiene una sola superestación, a la que llamamos el monitor primario, situado en alguna parte cerca del centro de esas galaxias. Al conjunto de los monitores primarios lo creó Dios en el mismo momento en que empezó el universo y, después, lo desplegó para aprender lo más posible sobre el proceso de la evolución. Los Nodos, los *Portaaviones* y todas las demás estructuras de ingeniería que viste fueron, a su vez, diseñados por el monitor primario. Toda la actividad, incluyendo lo que ha estado ocurriendo desde que la primera espacionave *Rama* ingresó en tu sistema solar, hace años ya, tiene por objeto el desarrollo de criterios cuantitativos para que los utilice el Creador, lo que permitirá que siguientes universos concluyan en armonía, a pesar de las tendencias hacia el caos de las leyes de la naturaleza.

Nicole había lanzado un silbido:

—Esta conversación me revolvió los sesos por completo —declaró, poniendo en marcha la silla de ruedas—, y ahora estoy agotada.

"Pero no tan agotada como para poder dormir", pensó. "¿Cómo puede alguien dormir, después que se le ha explicado el propósito del universo? No puedo imaginar lo que Richard habría dicho después de esa charla... Una buena teoría quizá, pero... Richard habría apreciado a San Michael, pero habría tenido centenares de preguntas... Nos habríamos hecho el amor no bien hubiéramos regresado a la habitación y, después, habríamos conversado toda la noche..."

Bostezó y se puso de costado para ingresar lentamente en el sueño.

9

Nicole despertó fresca y con una sorprendente cantidad de energía. Empezó a apretar el botón que tenía al lado de la cama, pero decidió no hacerlo: en vez de eso, luchó por sentarse en la silla de ruedas. Ya en ella, se desplazó hasta las ventanas y subió las cortinas.

Afuera hacía una mañana hermosa. A su izquierda había un arroyuelo y tres niños, de edad probable entre los ocho y los diez años, estaban haciendo rebotar piedras sobre un pequeño estanque formado por el curso normal del arroyuelo. Mientras Nicole contemplaba por las ventanas los perfectamente simulados campos y árboles y onduladas colinas, se sintió temporariamente joven y llena de vida.

"A lo mejor debo permitirles que me reparen, después de todo", pensó. "Reemplazar todas mis partes dañadas y gastadas... Podría vivir aquí, con Simone y Michael. Quizás hasta podría enseñar a mis biznietos una cosita, o dos..."

Los tres chicos dejaron el arroyo y corrieron por un campo verde hasta donde estaban encerrados los caballos. El varón era el que corría más rápido, pero apenas si le ganaba a la más pequeña de las dos nenas. El trío reía y llamaba a los caballos por encima del vallado.

—El varón es Zachary —informó Michael Mayor detrás de ella—. Las dos niñas son Colleen y Simone... Zachary y Colleen son los hijos de Katya; Simone es la hija mayor de Timothy.

Nicole no lo había oído entrar. Se volvió en su silla de ruedas.

—Buenos días, Michael —saludó. Echó un vistazo por la ventana. —Todos los niños son espléndidos.

—Gracias—dijo Michael, yendo hacia la ventana—. Soy un hombre muy afortunado: Dios me concedió una vida fascinante con increíbles riquezas.

Miraron en silencio mientras los chicos jugaban: Zachary montó en un caballo blanco y empezó a alardear.

—Lamenté, al enterarme, la muerte de Richard —declaró Michael—. Patrick nos contó ayer lo que ocurrió... Debe de haber sido horrible para ti.

—Lo fue. Richard y yo habíamos desarrollado una amistad maravillosa... —Se miraron de frente. —Habrías estado tan orgulloso de él, Michael... Fue un hombre diferente en sus últimos años...

—Yo sospechaba eso —manifestó Michael—. El Richard que conocí nunca se habría ofrecido como voluntario para ponerse en peligro, en especial para salvar la vida de otros...

—Debiste haberlo visto con su nieta, Nikki, la hijita de Ellie: eran inseparables. Él era su "boobah"... Richard encontró la ternura tan tarde en la vida...

Nicole no pudo continuar: un súbito dolor en el corazón la avasalló. Se desplazó hasta la mesa de luz y tomó un sorbo de la botella con líquido azul.

Regresó a la ventana. Los dos antiguos amigos volvieron a contemplar a los chicos. Ahora las dos niñas también montaban y participaban en una especie de juego.

—Patrick nos dijo que Benjy se había convertido en un excelente adulto —dijo Michael—, limitado en algunos aspectos, claro está, pero bastante notable, teniendo en cuenta su capacidad básica y los largos períodos de sueño... Dijo que Benjy era un tributo viviente a tus facultades, a todas ellas, y que habías trabajado incansablemente con él, sin permitir jamás que utilizara su incapacidad como excusa...

Ahora le correspondió a Michael que se le formara un nudo en la garganta. Se volvió hacia Nicole con lágrimas que le fluían lentamente de los ojos, y puso sus manos sobre las de ella:

—No hay forma de que alguna vez pueda agradecerte lo suficiente por haber criado a esos dos muchachos brindándoles tanta atención... especialmente a Benjy.

Nicole lo miró desde la silla de ruedas.

—Son nuestros hijos, Michael. Los quiero mucho.

Michael se enjugó la nariz y los ojos con un pañuelo de bolsillo.

—Simone y yo deseamos que conozcas a nuestros hijos y nietos, naturalmente —dijo—, pero ambos estuvimos de acuerdo en que primero había algo que debíamos decirte... No sabíamos con

exactitud cómo habrías de reaccionar... Sin embargo, no sería justo no decírtelo, ya que, de otro modo, podrías no entender por qué los chicos reaccionan...

—¿De qué se trata, Michael? —lo interrumpió Nicole. Le sonrió. No cabe duda de que se te hace cuesta arriba llegar a la cuestión.

—Es verdad —reconoció Michael, yendo al otro lado de la habitación y apretando dos veces, en rápida sucesión, el botón que estaba al lado de la cama de Nicole—. Lo que estoy por decirte es un tanto delicado... ¿Recuerdas anoche, cuando te dijimos que tanto Simone como yo teníamos acompañantes alienígenas...?

—Sí, Michael.

Ella seguía mirando con fijeza por la ventana. Michael se le acercó y le tomó la mano: afuera, una mujer de más de cuarenta años, atlética, con piel color cobre oscuro, había salido de la casa y caminaba con rapidez hacia la instalación de los caballos. A Nicole le parecieron familiares tanto su figura como su modo de caminar. Los niños vieron a la mujer, la saludaron agitando la mano y fueron hacia ella montados en sus caballos.

Nicole miró a Zachary gritar el nombre de la mujer y, de pronto, comprendió. Quedó como fulminada: la mujer se volvió brevemente y Nicole se vio a sí misma, exactamente como era cuando dejó El Nodo cuarenta años atrás. Le resultaba difícil controlar sus emociones.

—Fue a ti a quien Simone extrañó más —dijo Michael, respondiendo al gesto de atónito reconocimiento que exhibía el rostro de Nicole—. Así que era más que lógico que los alienígenas le elaboraran un acompañante a tu imagen y semejanza... Es una simulación notable: no sólo tu aspecto físico, que puedes ver por ti misma, sino, también, tu personalidad. Simone y yo quedamos asombrados, especialmente al principio, ante el perfecto trabajo de duplicación que habían hecho: la alienígena hablaba como tú, caminaba como tú, hasta pensaba como tú... Al cabo de una semana, Simone la llamaba "mamá" y yo, "Nicole". Ha estado con nosotros desde entonces.

Nicole contemplaba la simulación de sí misma sin decir palabra. "Las expresiones faciales, y hasta los gestos, son correctos", pensaba. Siguió con la mirada clavada, mientras la mujer se acercaba a la casa llevando a los tres niños.

—Simone pensó que podrías sentirte un tanto molesta o, quizá, desplazada, cuando descubrieras que esta simulación de ti había estado viviendo con la familia durante todos estos años. Pero le aseguré que estarías bien, que, simplemente, tardarías un poco en adaptarte a la idea... Después de todo, por lo que sé, ningún ser humano fue reemplazado jamás por una copia robótica de sí mismo.

La alienígena Nicole levantó a una de las niñas y le hizo dar vueltas en el aire. Después, los cuatro subieron los escalones a los saltos y cruzaron el umbral de la casa.

"La llaman 'abuelita', pensó Nicole. "Puede correr, montar a caballo y lanzarlos por el aire... No padece consunción ni está confinada a una silla de ruedas." Una emoción que no le gustaba, la autocompasión, empezó a formarse en su interior: "Quizá Simone ni siquiera me extrañó tanto", se dijo, "'su madre' estuvo aquí todos estos años, a su entera disposición, sin envejecer jamás, sin pedir algo jamás..."

Sentía que iba a llorar. Se controló.

—Michael —pidió, forzando una sonrisa—, ¿por qué no me das un minuto para que me prepare para el desayuno?

—¿Estás segura de que no necesitas ayuda?

—No, no... Estaré bien... Sólo quiero lavarme la cara y maquillarme un poco.

Las lágrimas llegaron pocos segundos después que la puerta se cerró.

"Aquí tampoco hay lugar para mí", se dijo. "Ya hay una abuelita, mejor que lo que yo nunca podría ser, aun si la otra no es más que una máquina..."

No dijo casi nada durante el viaje de regreso al centro de transporte. Siguió manteniéndose en silencio mientras el trasbordador abandonaba el módulo de habitación y salía hacia el espacio.

—No deseas hablar sobre eso, ¿no? —dijo El Águila.

—Realmente, no —contestó Nicole por el micrófono del casco.

—¿Estás contenta de haber ido?

—Oh, sí... Sin lugar a dudas. Fue una de las experiencias más importantes de mi vida... Te la agradezco mucho.

El Águila reguló el vuelo del trasbordador de modo que se desplazaran lentamente hacia atrás. El inmenso tetraedro iluminado dominaba la vista que se tenía desde la ventanilla.

—El procedimiento de reemplazo se podría practicar en la tarde de hoy —señaló El Águila—. Para fines de la semana próxima parecerías más joven que Michael Mayor.

—No, gracias —contestó Nicole.

Siguió otro largo lapso de silencio.

—No pareces muy feliz —comentó entonces El Águila.

Nicole se volvió para mirar a su acompañante alienígena.

—Lo estoy —aseguró—. Y estoy particularmente feliz por Simone y Michael... Es maravilloso que su vida les haya brindado tantas satisfacciones... —Hizo una profunda inspiración. —Quizá simplemente estoy cansada: tantas cosas ocurrieron en un lapso tan corto...

—Probablemente es eso —convino El Águila.

Nicole estaba sumamente abstraída, repasando metódicamente todo lo acontecido desde que despertó. Las caras de los seis hijos y catorce nietos de Michael y Simone pasaron rápidamente por su mente. "Un grupo de chicos lindos", se dijo, "pero sin mucha variación."

Era otra cara, una que recordaba claramente de su propio espejo, la que volvía con más frecuencia a los ojos de su mente. Había estado de acuerdo con Simone y Michael en que la otra Nicole era de un parecido increíble, un triunfo sin discusión de una tecnología avanzada. Lo que ni siquiera pudo conversar con ellos era lo extraño que resultaba conocer y sostener una charla con uno mismo más joven. O cuán peculiar era la sensación de saber que una máquina la había reemplazado en el corazón y en la mente de la propia familia.

Había mirado en silencio mientras la otra Nicole y Simone reían por una discusión que Simone había tenido con su hermanita Katie años atrás, en El Nodo. Mientras la alienígena recordaba a la perfección los detalles de la anécdota, la memoria de Nicole también se refrescaba. "Hasta su memoria es mejor que la mía... Qué solución perfecta para todo el problema del envejecimiento y de la muerte: tomar una persona en la flor de su vida, con todas las facultades intactas, y conservarla para siempre como leyenda, al menos a los ojos de sus seres queridos."

—¿Cómo sé con certeza que el Michael y la Simone con los que hablé ayer y esta mañana son los seres humanos reales, y no una simulación, de aun mayor fidelidad, que la otra Nicole? —le preguntó a El Águila.

—San Michael contó que hiciste varias preguntas específicas sobre la vida anterior de Michael Mayor —dijo El Águila—. ¿No quedaste satisfecha con las respuestas?

—Pero es que me di cuenta, mientras estábamos en el coche, hace una hora, que parte de esa información pudo haber figurado en el archivo biográfico sobre Michael que estaba en la *Newton*, y sé que ustedes tuvieron acceso a esos datos...

—¿Con qué propósito nos habríamos molestado hasta tal grado para confundirte? —observó El Águila— ¿Y nos hemos comportado así antes?

—¿Cuántos hijos más de Simone y Michael todavía están vivos? —preguntó Nicole unos minutos después, cambiando de tema.

—Treinta y dos más están aquí, en este Nodo —contestó El Águila—. Y más de cien en otros lugares.

Nicole meneó la cabeza. Recordaba las crónicas senoufo:

"Y su progenie se diseminará entre las estrellas... Omeh estaría contento", pensó.

—¿Perfeccionaron, entonces, el desarrollo *ex utero* de seres humanos a partir de óvulos fecundados? —preguntó.

—Más o menos.

Una vez más, volaron en silencio durante largo rato.

—¿Por qué nunca me hablaste sobre los monitores primarios? preguntó Nicole después.

—No estaba permitido, no, por lo menos, hasta que despertaras... Y desde ese entonces no surgió el tema.

—¿Y todo lo que San Michael dijo es verdad? ¿Lo de Dios y el caos y los muchos universos?

—Por lo que sabemos —dijo El Águila—. Al menos, eso es lo que hay programado en nuestros sistemas... Ninguno de los que estamos aquí vio un monitor primario en la realidad.

—¿Y es posible que todo el relato sea una especie de mito creado por una inteligencia que esté por encima de ti en la jerarquía, a modo de explicación oficial para dar a los seres humanos?

El Águila vaciló:

—Esa posibilidad existe... Yo no tendría manera de saberlo.

—¿Sabrías si algo diferente, alguna otra explicación, se hubiera programado alguna vez antes en tus sistemas?

—No necesariamente. No soy responsable por lo que se conserva en mi memoria.

La conducta de Nicole seguía apartándose de la pauta usual: interrumpía sus prolongados períodos de silencio con explosiones de preguntas aparentemente no relacionadas. En un momento dado, preguntó por qué algunos Nodos tenían cuatro módulos y otros, tres.

El Águila explicó que el módulo de conocimientos creaba un tetraedro, a partir del triángulo nodal, en cada décimo o duodécimo Nodo más o menos. Nicole quería saber qué había de tan especial en el módulo de conocimientos. El Águila le informó que era la mina de la que se obtenía toda la información que se adquiría sobre esa parte de la galaxia.

—Es parte biblioteca y parte museo, y contiene una colosal cantidad de información en diversidad de formas —completó.

—¿Alguna vez estuviste en el interior de ese módulo de conocimientos? —preguntó Nicole.

—No, pero mis sistemas actuales contienen una descripción completa de él...

—¿Puedo ir ahí?

—Un ser vivo tiene que contar con un permiso especial para ingresar en el módulo de conocimientos.

Cuando Nicole volvió a hablar, preguntó qué iba a suceder a los seres humanos que se transfirieran a El Nodo dentro de un día o dos. Pacientemente, El Águila explicó, en respuesta a una breve pregunta tras otra, que la gente viviría, en el módulo de habitación, en un ambiente de prueba con otras especies más, que se los vigilaría estrechamente, y que Simone, Michael y su familia podrían integrarse, o no hacerlo, con los seres humanos que se mudaban a El Nodo.

Nicole tomó su decisión varios minutos antes que llegaran a la estrella de mar:

—Quiero permanecer acá nada más que por esta noche —declaró lentamente—, de modo de poder decir adiós a todos.

El Águila la miró con expresión de curiosidad.

—Entonces, mañana —continuó Nicole—, si puedo obtener el permiso, quiero que me lleves al módulo de conocimientos... Una vez que abandone la estrella de mar, quiero que se me suspendan todos los medicamentos... y no deseo esfuerzos heroicos si mi corazón llegara a necesitar ayuda con desesperación.

Miró directamente hacia adelante, a través de la parte anterior de su casco espacial, por la ventanilla del trasbordador. "Este es, indudablemente, el momento adecuado", se dijo. "... Si tan sólo mi coraje no flaqueara."

—Sí, mamá —dijo Ellie—. *Sí* entiendo, de veras que sí... pero soy tu hija. Te quiero. No importa cuánto sentido lógico pueda tener para ti, sencillamente no existe modo de que yo pueda sentirme feliz por no volver a verte jamás.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Permitirles que me conviertan en una especie de mujer biónica, de modo de poder andar por ahí para siempre? ¿Y ser la *grande dame*[1] de la comunidad, sentenciosa e hinchada de pomposidad? Por cierto que eso no me atrae demasiado.

—Pero todos te admiran, mamá —adujo Ellie—. La familia que tienes aquí te adora, y podrías pasar años llegando a conocer todo sobre la familia de Simone y Michael... Nunca serías un problema para nosotros...

—Esa realmente no es la cuestión —observó Nicole. Hizo girar la silla de ruedas y quedó mirando una de las desnudas paredes. —El universo está en constante renovación —dijo, tanto para sí misma como para Ellie—. Todo: personas, planetas, estrellas, hasta galaxias, tienen un ciclo de vida, una muerte así como un nacimiento. Nada dura para siempre. Ni siquiera el universo en sí... El cambio y la renovación son parte esencial del proceso total. Las octoarañas saben bien esto: ése es el porqué de que las exterminaciones planeadas sean parte esencial de su concepto total de reabastecimiento.

—Pero, mamá —rebatió Ellie—, a menos que haya guerra, las octoarañas únicamente ponen en la lista de exterminación a aquellos miembros cuya contribución a la sociedad ya no es suficiente como para justificar los recursos que en ellos se emplean... Para nosotros no constituye un costo mantenerte viva... y tu sabiduría y experiencia siguen siendo valiosas.

Nicole se volvió y sonrió.

—Eres una mujer muy brillante, Ellie —afirmó—, y he de reconocer que hay verdad en lo que me estás diciendo, pero, de modo muy conveniente, estás pasando por alto los dos elementos clave de mi decisión, a los que ya expliqué con lujo de detalles... Por razones que ni tú ni algún otro puede lograr entender, me es importante poder elegir mi propio momento para morir. Quiero tomar esa decisión *antes* de, o bien convertirme en una carga, o bien quedar fuera de la corriente principal de actividad, y mientras todavía conservo el respeto de mi familia y mis amigos. En segundo lugar, mi sensación es que no tengo un puesto definido en el mundo postransferencia. En consecuencia, no puedo justificar, en mi propia mente, la ingente intervención fisiológica que es necesaria antes que yo

[1] Gran señora. En francés en el original. (N. del T.)

pueda funcionar sin constituirme en un problema para otros... Desde tantos diferentes puntos de vista, el de ahora parece ser un excelente momento para hacer mutis.

—Tal como te dije al comienzo —repuso Ellie—, tu análisis frío y racional, ya sea correcto o no lo fuere, no debería ser lo único que se tome en cuenta: ¿qué hay respecto de la sensación de pérdida que Benjy, Nikki, yo y los demás vamos a experimentar? Y nuestra congoja será incrementada por saber que tu muerte en este momento pudo haberse evitado...

—Ellie, uno de los motivos por los que volví a decirles adiós a ti y los demás fue el intento de mitigar cualquier sensación de pérdida que pudieran tener después de mi muerte... Una vez más, mira a las octoarañas: ellas no se apesadumbran...

—Mamá —interrumpió Ellie, luchando para evitar que volvieran las lágrimas—, nosotros no somos octoarañas, somos seres humanos... Nosotros nos *apesadumbramos*... Nosotros nos sentimos desolados cuando muere alguien que amamos. Nosotros sabemos, en nuestra mente, que la muerte es inevitable y que todo forma parte del esquema universal pero, de todos modos, *nosotros* lloramos y sentimos una aguda sensación de pérdida....

Dejó de hablar unos instantes.

—¿Has olvidado cómo te sentiste cuando Richard y Katie murieron...? Estabas devastada.

Nicole tragó saliva lentamente y miró a su hija. "Sabía que esto no iba a ser fácil", pensó. "Quizá no debí haber venido... Quizá realmente habría sido mejor si le hubiera pedido a El Águila que les dijera a todos que morí de un ataque al corazón."

—Sé que te perturbó —prosiguió Ellie en tono quedo— descubrir que un robot alienígena te había reemplazado en la familia de Michael y Simone... pero no deberías excederte en tu reacción: más tarde o más temprano, todos sus hijos y nietos se enterarán de que no puede haber sustituto para la verdadera Nicole des Jardins Wakefield.

Nicole suspiró. Sentía que estaba perdiendo la batalla.

—Es verdad que reconocí ante ti, Ellie, que sentía que no había lugar para mí en la familia de Michael y Simone, pero es injusto de tu parte dar a entender que mi reacción ante la otra Nicole es el motivo único o, inclusive, el principal, de mi decisión.

Nicole se estaba agotando. Había planeado hablar primero con Ellie; después, con Benjy y, finalmente, con el resto del grupo, antes de irse a dormir. Ellie había sido mucho más difícil que lo esperado. "Pero, ¿fuiste realista?", pensó. "¿De veras creíste que Ellie diría "grandioso, madre, tiene lógica. Lamento ver que te vayas, pero te entiendo por completo?"

Hubo un suave golpe en la puerta del departamento. El Águila abrió la puerta y las miró.

—¿Molesto? —preguntó.

Nicole sonrió.

—Pienso que estamos listas para un breve recreo.

Ellie se excusó para ir al baño y, El Águila se acercó a Nicole.

—¿Cómo andan las cosas? —preguntó, agachándose hasta ponerse al nivel de la silla de ruedas.

—No muy bien.

—Se me ocurrió caer por acá —siguió El Águila—, para decirte que tu solicitud para visitar el módulo de conocimientos fue aprobada... partiendo de la base de que la situación básica que me describiste en el trasbordador todavía sea válida.

A Nicole se le iluminó el rostro.

—Bien. Ahora, si tan sólo puedo reunir el coraje para terminar lo que empecé...

El Águila la palmeó en la espalda.

—Puedes hacerlo: eres el ser humano más extraordinario que yo haya conocido jamás.

La cabeza de Benjy estaba apoyada sobre el pecho de su madre. Nicole se hallaba acostada boca arriba con el brazo pasado en tomo de su hijo. "Así que ésta puede ser la última noche de mi vida", pensaba, mientras se hundía lentamente en el sueño. Un leve estremecimiento de miedo la traspasó, y se obligó a hacerlo a un lado. "No tengo miedo de la muerte", se dijo, "no después de lo que ya he pasado."

La visita de El Águila le había dado nuevas fuerzas. Cuando se reanudó la conversación con Ellie, Nicole admitió que había validez en todas las objeciones de su hija, y que no tenía el propósito de producir aflicción para sus amigos y familia, pero estaba decidida a seguir adelante con su decisión. Después le señaló a Ellie que Benjy y ella y, hasta cierto punto, los demás, tendrían la oportunidad de crecer más en lo individual estando ella ausente, porque ya no habría en tomo de ellos una figura representativa de autoridad a la que pudieran recurrir.

Ellie le contestó a su madre que era una "vieja testaruda" pero que, debido al amor y al respeto que le tenía, trataría de brindarle apoyo en las pocas horas que faltaban. También le preguntó si intentaba hacer algo específico para acelerar su muerte. Nicole rió y le respondió que no tomaría una medida insólita, pues El Águila le había asegurado que, sin los medicamentos complementarios, el corazón le fallaría en cuestión de horas.

La conversación con Benjy no resultó tan difícil. Ellie se había ofrecido de buen grado para explicar todo y Nicole le aceptó la oferta. Benjy sabía que su madre estaba sufriendo y con mala salud, e ignoraba que los alienígenas poseían la capacidad médica de solucionarle los problemas. Ellie le había asegurado que Max, Eponine, Nikki, Kepler, Marius y María seguirían siendo parte de su mundo cotidiano.

Del grupo más grande, únicamente Eponine tuvo los ojos llenos de lágrimas cuando Nicole les informó a todos su decisión. Max dijo que no estaba sorprendido del todo; María expresó su tristeza por no haber pasado más tiempo con la mujer "que le salvó la vida"; Kepler, Marius, y hasta Nikki, estuvieron inseguros de sí mismos y no supieron qué decir.

Mientras se preparaba para ir a la cama, Nicole se prometió que lo primero que haría por la mañana sería localizar a Doctora Azul y decirle un adecuado adiós a su amiga octoaraña. Inmediatamente antes de que apagara las luces, se le acercó Benjy y le preguntó si, ya que ésta iba a ser su última noche juntos, él podía acurrucarse con ella "como lo ha-cía cu-cuando era un ni-ni, ñi-to". Nicole aceptó y, después de que Benjy se hubo apretado contra ella, las lágrimas le corrieron por la cara, mojándole las orejas y la estera para dormir que estaba debajo.

10

Nicole despertó temprano— Benjy Ya estaba de pie y vestido, pero Kepler todavía dormía en el otro lado de la habitación. Pacientemente, Benjy la ayudó a ducharse y vestirse, como antes.

Max entró en la habitación unos minutos después. Después de despertar a Kepler fue hasta Nicole, que estaba en la silla de ruedas, y le tomó la mano.

—No dije mucho anoche, amiga mía —declaró—, porque no podía encontrar las palabras correctas... Aun ahora parecen tan inadecuadas...

Max desvió la cara.

—¡Mierda, Nicole! —exclamó, quebrándosele la voz, sin mirarla—. Sabes lo que siento por ti... Eres una bella, bella persona.

Se detuvo. El único sonido que había en la habitación era el agua que corría para la ducha de Kepler. Nicole le apretó la mano.

—Gracias, Max —dijo en voz baja—, eso significa tanto para mí.

—Cuando tenía dieciocho años —siguió Max, vacilando, volviéndose para mirarla—, mi padre murió por una rara clase de cáncer... Todos sabíamos lo que estaba por ocurrir. Clyde y *ma* y yo lo habíamos visto marchitarse durante varios meses... Pero yo seguía sin poder creerlo, incluso después que lo vi yaciendo en el ataúd... Tuvimos un pequeño servicio en el cementerio: nada más que nuestros amigos de las granjas vecinas y un mecánico de autos de De Queen, un hombre llamado Willie Townsend, que se emborrachaba con *pa* todas las noches de sábado por medio...

Max sonrió y se aflojó. Adoraba narrar cuentos.

—Willie era flor de hijo de puta, soltero, duro como un clavo por fuera, y blando como masilla por debajo... Cuando era joven lo había dejado plantado la Reina del Regreso al Hogar, del colegio secundario De Queen, y nunca más volvió a tener novia... Lo que importa es que mamá me pidió que dijera algunas palabras "sobre mi papá" durante el servicio que se iba a realizar junto a la fosa, y acepté... Yo mismo las escribí, las estudié cuidadosamente de memoria, y hasta las practiqué una vez, en voz alta, delante de Clyde...

"Llega el servicio, y yo estaba listo con mi discurso... "Mi padre, Henry Allan Puckett, fue un gran hombre", empecé. Después hice una pausa, como había planeado, y miré alrededor. Willie ya estaba lloriqueando y tenía la vista bajada hacia el suelo... De repente, no pude recordar lo que debía decir después. Todos estábamos ahí de pie, bajo el quemante sol de Arkansas, durante lo que pareció una eternidad, pero probablemente sólo fueron treinta segundos, o algo así... Nunca logré recordar el resto de mi discurso. Finalmente, tanto por desesperación como por bochorno, dije "¡Ah, la puta que lo parió!", y Willie repitió de inmediato, en voz alta y monótona, "Amén".

Nicole reía.

—Max Puckett —dijo—, no puede haber otro como tú en parte alguna de este universo.

Max sonrió.

—Anoche, cuando francesita y yo estábamos en la cama, conversábamos sobre esa otra Nicole que los alienígenas habían creado para Simone y Michael, y Ep se preguntó si podrían hacer para ella un robot Max Puckett: le gustaba la idea de tener un marido perfecto que siempre hiciera exactamente lo que ella le pedía... aun de noche... Nos reímos hasta que sentimos una punzada en el costado, tratando de imaginar... bueno, ya sabes... lo que ese robot podría hacer, o no podría hacer, en la cama...

—¡Qué vergüenza, Max! —lo reconvino Nicole.

—En realidad, fue francesita la que realmente se puso imaginativa... Como sea, se me envió aquí con un fin específico: informarte que estamos llevando a cabo un desayuno bien surtido y atendido, cortesía de los cabezas de cubo, como parte de nuestro intento para decirte adiós, desearte *bon voyage*, o lo que sea que resulte apropiado... y que ese festín habrá de comenzar dentro de, exactamente, ocho minutos...

Nicole quedó encantada al descubrir que el estado de ánimo que imperaba durante el desayuno era alegre y placentero. La noche anterior había hecho hincapié, varias veces, en que su partida no debía ser un momento de congoja y que se la debía celebrar como el final de una vida maravillosa. Aparentemente, la familia y los amigos tomaban sus observaciones al pie de la letra, pues sólo ocasionalmente vio un gesto sombrío.

Ellie y Benjy estaban sentados a cada lado de Nicole, a la larga mesa puesta por los robots de cubo. Junto a Ellie estaba Nikki, después María y Doctora Azul. Del otro lado, Max y Eponine al lado de Benjy; después, Marius, Kepler y El Águila. Durante la comida, Nicole advirtió, con sorpresa, que María realmente charlaba con Doctora Azul:

—No sabía que podías leer colores, María —señaló Nicole, en tono claramente elogioso.

—Nada más que un poco —dijo la muchacha, ligeramente avergonzada por la atención—. Ellie estuvo enseñándome.

—Eso es grandioso —comentó Nicole.

—Claro que el verdadero lingüista de este grupo —dijo Max— es ese extraño hombre pájaro que está en el extremo de la mesa... Ayer hasta lo vimos hablando con las iguanas, usando extrañísimos chasquidos y chirridos.

—Puajj —dijo Nikki—. No querría hablar con uno de esos detestables seres...

—Tienen una forma de mirar el mundo por completo diferente informó El Águila—. Muy simple, muy primitivo.

—Lo que quiero saber —intervino Eponine, inclinándose hacia adelante y dirigiéndose directamente a El Águila— es qué tengo que hacer para conseguir un compañero robot alienígena para mí sola. Tomaré uno que se parezca a Max, aquí presente, pero con la salvedad de que no sea terco y que posea algunos otros atributos mejorados...

Todos rieron. Nicole sonrió para sus adentros mientras recorría la mesa con la mirada.

"Esto es perfecto", pensó. "No pude haber pedido una despedida mejor."

Doctora Azul y El Águila le dieron una última dosis del líquido azul, mientras ella arreglaba su bolso. Se sintió contenta de tener un momento a solas para decirle adiós a Doctora Azul.

—Gracias por todo —dijo simplemente, abrazando con fuerza a su colega octoaraña.

—Todos te vamos a extrañar —declaró con colores Doctora Azul—. La nueva Optimizadora Principal quiso organizar una despedida grandiosa, pero le dije que no consideraba que fuese apropiado... Me pidió que te dijera adiós en nombre de toda nuestra especie.

Todos la acompañaron hasta la esclusa de aire. Hubo una serie final de abrazos acompañados de sonrisas, en el nivel de la silla de ruedas, y, después, El Águila y Nicole pasaron por la esclusa.

Nicole suspiró cuando El Águila la levantó, poniéndola en el asiento que le correspondía del trasbordador, y plegó la silla de ruedas.

—Estuvieron fantásticos, ¿no? —dijo Nicole.

—Te aman y respetan mucho —contestó El Águila.

Una vez que salieron de la estrella de mar, tuvieron otra vez ante la vista el gran tetraedro de luz, que rotaba lentamente.

—¿Cómo te sientes? —preguntó El Águila.

—Aliviada... y un poco asustada.

—Cabía esperar eso.

—¿Cuánto tiempo crees que tengo —preguntó Nicole varios segundos después— antes que mi corazón se agote?

—Entre seis y ocho horas —fue la respuesta.

"Dentro de seis a ocho horas estaré muerta", pensó Nicole. El miedo era más palpable ahora. No lo pudo aventar por completo.

—¿Cómo es estar muerto? —preguntó.

—Supusimos que harías esa pregunta —contestó El Águila—. Se nos dijo que es similar a quedar desenergizado.

—¿La nada, para siempre?

—Creo que sí.

—Y el acto de morir en sí: ¿hay algo de especial en eso?

—No lo sabemos. Estábamos esperando que compartieras con nosotros tanto como te fuera posible.

Volaron en silencio durante bastante rato. Delante de ellos, El Nodo aumentaba rápidamente de tamaño. En un momento dado, la espacionave alteró levemente su orientación y el módulo de

conocimientos se desplazó hasta el centro de la ventanilla. Durante la aproximación final, los otros tres vértices de El Nodo quedaron por debajo de ellos.

—¿Te importa si te hago una pregunta? —dijo El Águila

—En absoluto —contestó Nicole. Se dio vuelta y le sonrió a través de su casco espacial. —Espero que no te estés volviendo tímido cuando ya estamos sobre la hora.

—No quise perturbar tus pensamientos.

—En realidad, en estos momentos no estaba pensando en algo específico; mi mente simplemente estaba yendo a la deriva.

—¿Por qué deseas pasar tus últimos momentos en el módulo de conocimientos?

Nicole rió.

—¡Si hay preguntas preprogramadas, esta sí que lo es! Ya puedo ver mi respuesta conservada en algún archivo interminable, bajo la denominación "Muerte: Seres Humanos", y otras categorías relacionadas.

El Águila no dijo nada.

—Cuando Richard y yo estuvimos varados en Nueva York, años atrás —dijo Nicole—, y no creíamos tener muchas posibilidades de escapar, hablamos respecto de lo que nos gustaría estar haciendo durante los últimos momentos previos a nuestra muerte. Estuvimos de acuerdo en que nuestra primera opción sería estar haciéndonos el amor. La segunda fue la de aprender algo nuevo, experimentar la emoción del descubrimiento una última vez...

—Ese es un concepto muy evolucionado —señaló El Águila.

—Y práctico también —dijo Nicole—. A menos que yerre en mi conjetura, este módulo de conocimientos tuyo será tan tremendamente interesante que ni siquiera me voy a dar cuenta de que están transcurriendo los últimos segundos de mi vida... Comprometida como estoy con esta actitud, creo que el miedo me avasallaría si no estuviera activamente concentrada durante mis horas finales.

El módulo de conocimientos ahora llenaba toda la ventanilla.

—Antes de que ingresemos —dijo El Águila—, deseo brindarte algo de información sobre este sitio. El módulo esférico es, en realidad, tres dominios concéntricos separados, cada uno con un propósito específico: la región que está más afuera, y que es la más pequeña, se concentra en los conocimientos relacionados con lo presente, o cuasipresente. La siguiente región, yendo hacia adentro, es donde se conservó toda la información histórica sobre esta parte de la galaxia. La esfera interior grande contiene todos los modelos para predecir el futuro, así como sinopsis estocásticas para los próximos eones...

—Creía que nunca habías estado adentro —interrumpió Nicole.

—No estuve, pero mi base de datos sobre el módulo de conocimientos fue puesta al día y se la amplió anoche...

Se abrió una puerta en la superficie externa de la puerta y el trasbordador empezó a ingresar.

—Espera un momento. ¿Entendí bien que casi con toda seguridad no voy a salir viva de este módulo?

—Así es.

—Entonces, ¿tendrías la gentileza de hacer que este vehículo haga una circunvalación, despacio, y me permita echarle un último vistazo al mundo de afuera?

El trasbordador ejecutó una lenta maniobra de guiñada y Nicole, ubicada adelante en su asiento, miró con fijeza por la ventanilla: vio los demás módulos esféricos de El Nodo, los corredores de transporte y, en la distancia, la estrella de mar, donde su familia y amigos estaban empacando los bolsos para la transferencia. En una de las orientaciones, la estrella amarilla Tau de la Ballena, tan parecida al Sol, fue el único objeto grande que había en la ventanilla y, a pesar de su resplandor y de la luz que El Nodo esparcía, Nicole pudo discernir aún algunas otras estrellas contra la negrura del espacio.

"Nada de esta escena va a cambiar por mi muerte", pensó. "Tan sólo habrá un par menos de ojos para observar su esplendor, y un conjunto menos de compuestos químicos que evolucionó hasta adquirir conciencia para preguntarse por el significado que tiene todo esto."

—Gracias —dijo, después que se completó todo el giro—. Ahora podemos continuar.

11

Los vehículos que ingresaban en el módulo de conocimientos desde el espacio, así como los trenes que llegaban desde los otros tres módulos, terminaban en una larga y esbelta estación situada en uno de los lados del anillo de nivel medio que circuía la enorme esfera.

—Sólo hay dos accesos, diametralmente opuestos, a cada uno de los dominios concéntricos del módulo de conocimientos —dijo El Águila, mientras una acera rodante los trasladaba velozmente por el anillo. Hacia la derecha tenían la superficie externa transparente del módulo; hacia la izquierda, una pared color crema, desprovista de ventanas.

—¿Podré quitarme pronto el traje y el casco? —preguntó Nicole desde su silla de ruedas.

—Sí, después que ingresemos en las exposiciones —contestó El Águila—. Tuve que especificar una especie de gira: de la noche a la mañana no podían alterar la atmósfera de todo el módulo, y aquellos lugares en los que no vas a necesitar tu traje espacial.

—¿Así que elegiste lo que vamos a ver?

—Fue inevitable; este sitio es inmenso, mucho más grande que alguno de los hemicilindros de *Rama*, y está lleno hasta el tope con información... Traté de diseñar nuestra visita sobre la base de lo que sé que te interesa y del tiempo que te está asignado... Si resultara que hay otras cosas...

—No, no. Yo no tendría la menor idea de qué solicitar. Estoy segura de que lo que hiciste está muy bien...

Estaban acercándose a un lugar en el que la acera rodante se detuvo y del que salía, hacia la izquierda, un amplio corredor.

—A propósito —dijo El Águila—, no te expliqué que nuestra visita se limita a las regiones exteriores: el dominio de predicciones está restringido para nosotros.

—¿Por qué? —preguntó Nicole, poniendo en funcionamiento la silla de ruedas y desplazándose por el corredor, al lado de El Águila.

—No lo sé con certeza —repuso el alienígena—, pero verdaderamente no importa, si es que entiendo el propósito de tu visita acá: en los dos dominios permitidos habrá más que suficiente como para mantenerte ocupada.

Adelante de ellos había una alta pared blanca. Cuando El Águila y Nicole se acercaron, se abrió hacia adentro una puerta amplia, revelando una sala circular alta con una esfera de diez metros de diámetro en el centro. Tanto la pared como el techo de la sala estaban totalmente cubiertos con pequeños dispositivos o equipos y con muchas inscripciones extrañas: El Águila le aseguró a Nicole que no tenía la menor idea de qué significaba todo eso.

—Lo que *sí* te dije, Nicole, es que se supone que la orientación de tu visita a este dominio transcurra dentro de esa esfera que tenemos adelante.

La rutilante esfera se dividió por la mitad en sentido transversal. La mitad superior se elevó apenas lo suficiente como para que El Águila y Nicole pasaran por debajo y penetraran en la esfera. Una vez que estuvieron adentro, la mitad superior regresó a su posición original, y los dos visitantes quedaron completamente encerrados.

Estuvo a oscuras por un segundo o dos. Después, luces pequeñas, dispersas, iluminaron algo del lado de la esfera que daba a los visitantes.

—Está ornamentada con mucho detalle —comentó Nicole.

—Lo que estamos mirando —explicó El Águila— es el modelo de todo este dominio. Nuestra perspectiva es desde el interior, como si nos halláramos en el centro mismo del módulo de conocimientos y ninguno de los dos dominios internos existiera... Observarás que, de la manera en que los objetos están dispuestos a lo largo de la superficie y adosados contra ella, no sólo delante y detrás de nosotros sino, también, por encima y por debajo, nada invade el espacio central vacío más que una distancia fija. La pared exterior del dominio concéntrico siguiente está situada en ese punto del módulo *real*... Ahora, las luces te van a mostrar, en el modelo, adónde iremos durante las próximas horas.

Un gran sector de la cara interna de la esfera que daba a los visitantes, alrededor del treinta por ciento de la superficie total, fue repentinamente visible bajo una luz suave.

—Todo lo que aparece en la región iluminada —dijo El Águila, haciendo un ademán circular con la mano— se relaciona con los viajeros por el espacio. Limitaremos nuestra gira a esta parte del dominio... La luz roja que parpadea en la superficie que tenemos delante de nosotros indica dónde estamos en este momento...

Mientras Nicole observaba, una línea roja de luces se desplazaba con rapidez por la superficie, deteniéndose en un punto que estaba sobre su cabeza, donde se veía una imagen de la galaxia Vía Láctea.

—Primero iremos a la sección sobre geografía —continuó El Águila, señalando un lugar en el que la línea de luces se había detenido—, después, a ingeniería y, finalmente, a biología... Tomaremos un breve descanso y proseguiremos hacia el segundo dominio... ¿Alguna pregunta más antes que empecemos?

Se desplazaron por lo que parecía ser una rampa ascendente hasta un pequeño coche, similar al que habían usado en el módulo de habitación, durante la visita a Michael y Simone. Aunque el sendero que tenían delante y detrás de ellos estaba iluminado, lo que fuere que hubiera al lado del coche siempre estaba en la oscuridad.

—¿Qué es lo que hay alrededor de nosotros? —preguntó Nicole, después que hubieron estado viajando durante casi diez minutos.

—Almacenamiento de datos, principalmente, amén de algunas exposiciones. Está oscuro para que no te distraigas innecesariamente.

Finalmente se detuvieron al lado de otra puerta alta.

—La sala en la que estás a punto de ingresar —dijo El Águila, desplegando la silla de Nicole— es la sala individual más grande de este dominio: tiene medio kilómetro en sentido transversal, en su parte más ancha. En su interior hay, en estos momentos, un modelo de la galaxia Vía Láctea. Una vez que entremos, estaremos parados sobre una plataforma móvil a la que podemos dirigir para que nos lleve a cualquier parte de la sala. .. Adentro estará a oscuras principalmente, y habrá representaciones y estructuras arriba y debajo de nosotros. Podrías experimentar la sensación de que te vas a caer, pero recuerda que careces de peso...

La vista desde la plataforma era espectacular. Aun antes de que empezaran a desplazarse hacia el centro de la vasta sala, Nicole se sentía abrumada: luces que representaban estrellas aparecían por doquier en la negrura que los rodeaba. Estrellas simples, binarias, tripletes; estrellas amarillas pequeñas y estables, gigantes rojas, enanas blancas... hasta pasaron directamente sobre una supernova que, estaba estallando. En cada sitio, en cada dirección, había algo diferente y fascinante para ver.

Al cabo de unos minutos, El Águila detuvo la plataforma.

—Pensé que íbamos a empezar aquí, donde estás familiarizada con el territorio.

Mediante un señalador con muchos haces de luz, El Águila indicó una estrella amarilla cercana.

—¿Reconoces este lugar?

Nicole todavía tenía la mirada clavada en las interminables luces que había en todas direcciones.

—¿Están todos los centenares de miles de millones de estrellas de la galaxia realmente representados en esta sala? —preguntó.

—No. Lo que estás viendo aquí es nada más que una gran sección de la galaxia... Te explicaré más dentro de unos minutos, cuando vayamos a la parte de arriba de la sala y podamos ver, hacia abajo, el plano galáctico central... Te traje a este sitio en especial con otro propósito.

Nicole reconoció el Sol y el triplete del Centauro, su vecina más cercana, y hasta la estrella de Barnard y Sirio. No podía recordar el nombre de la mayor parte de las demás estrellas que estaban en la vecindad del Sol. Pero consiguió, no obstante, localizar otra estrella amarilla solitaria no muy distante:

—¿Esa es Tau de la Ballena? —preguntó.

—Sí, por cierto.

"Tau de la Ballena parece estar tan cerca del Sol", pensó Nicole, "pero, en realidad, está tan alejada: eso significa que la galaxia es más grande que lo que a cualquiera de nosotros le sería posible comprender."

—La distancia desde el Sol hasta Tau de la Ballena —dijo El Águila, como sí le estuviera leyendo la mente — es un diezmilésimo de la que hay a lo ancho de la galaxia.

Nicole meneaba la cabeza cuando la plataforma empezó a alejarse del Sol y de Tau de la Ballena. "Hay tanto más que ni siquiera imaginé. Hasta mis viajes tuvieron lugar en una región insignificantemente pequeña del espacio."

Fuera de la plataforma móvil, hacia la derecha de Nicole, El Águila proyectó un diagrama de líneas tridimensional en forma de sólido rectangular. Mediante la manipulación del dispositivo negro

que sostenía en la mano, hizo que el volumen del sólido fuese alternativamente más grande y más pequeño.

—Tenemos muchas maneras diferentes de controlar lo que se proyecta en esta sala —señaló—. Con este dispositivo podemos variar la escala y hacer un acercamiento visual de cualquier región en especial de la galaxia... Permíteme mostrártelo. Supón que pongo la luz roja aquí, en medio de la nebulosa de Orión: eso señala la posición inicial que se desee de la plataforma. Después, permíteme expandir esta forma geométrica, de modo de abarcar alrededor de mil estrellas... Ahora, *presto*...

En la sala todo quedó en la más absoluta negrura durante cerca de un segundo. Después, de manera repentina, Nicole quedó nuevamente deslumbrada, pero esta vez por un conjunto diferente de luces. Los enjambres globulares y las estrellas individuales ahora estaban definidos con mucha mayor claridad. El Águila explicó que toda la sala ahora estaba contenida dentro de la nebulosa de Orión, y la dimensión máxima de la sala en sentido longitudinal era ahora el equivalente de unos pocos centenares de años luz, en vez de sesenta mil años luz, como antes.

Esta zona en especial es un vivero estelar —añadió—, en el que acaban de nacer estrellas y planetas. —Desplazó la plataforma hacia la derecha. —Por aquí, para dar un ejemplo, hay un sistema estelar en su infancia, en los primeros estadios de formación, con muchas de las características que tu sistema solar tuvo hace cuatro mil quinientos millones de años.

Inscribió la pequeña figura de un sólido alrededor de una de las estrellas y, pocos segundos después, la sala se llenó con la luz de un sol joven. Nicole miró una gigantesca tormenta solar que se desplazaba a través de la bullente superficie. Una erupción en la corona solar se arqueó muy por encima de su cabeza, disparando un dedo de anaranjado y rojo hacia la negrura del espacio.

El Águila timoneó la plataforma hacia un cuerpo lejano, mucho más pequeño, de alrededor de una docena de acumulaciones de masa que se podían identificar en la región que circundaba a la joven estrella. Ese planeta, en especial, tenía una superficie fundida levemente rojiza. Mientras observaban, un enorme proyectil se estrelló en el fluido candente, lanzando material desde la superficie y generando un vigoroso movimiento ondulante en todas direcciones.

—Según nuestros datos estadísticos —señaló El Águila—, este planeta tiene una probabilidad no trivial de producir vida después de algunos miles de millones de años de evolución, una vez que este período de bombardeo y formación haya concluido. Tendrá una estrella incluyente estable y única, una atmósfera con suficiente variación climática, además de todos los ingredientes químicos... Aquí, velo por ti misma. Mantén la vista sobre ese planeta: voy a poner en acción una rutina espacial que recorre con rapidez la mitad inferior de la tabla periódica y representa datos cuantitativos sobre la cantidad relativa de átomos de cada clase que existe en ese caldo en ebullición...

.Una magnífica representación visual apareció en la negrura, por encima del planeta en estadio de formación. Cada átomo separado que figuraba en la masa del planeta se indicaba, tanto por medio de un color específico como por el número de neutrones y protones. El tamaño del átomo mostraba su frecuencia relativa en la mezcla.

—… Observa que existen densidades importantes de carbono, nitrógeno, los halógenos y hierro —comentaba El Águila—. Estos son los átomos críticos. Todos fueron creados por una supernova que estaba en las proximidades, en un no muy lejano pasado, y han enriquecido las posibilidades de organización de este cuerpo en formación... Sin química compleja no puede haber vida eficaz... Si el hierro no fuera asequible como átomo central de la hemoglobina, por ejemplo, en tu planeta, el sistema para distribución de oxígeno de las muchas formas avanzadas de vida sería mucho más ineficaz...

"Así que el proceso continúa pensó Nicole, "evo tras evo. Estrellas y planetas se forman a partir de la combinación del polvo cósmico. Unos pocos planetas contienen la mezcla química correcta que podría, con el tiempo, llevar a la aparición de vida e inteligencia... pero, ¿qué organiza este proceso? ¿Qué mano invisible hace que las sustancias químicas se vuelvan cada vez más complejas y estructuradas a medida que pasa el tiempo, hasta que alcanzan, inclusive, el estado de adquisición de conciencia? ¿Existe alguna ley de la naturaleza, ley a la que todavía hace falta formular, relativa a la organización de la materia según reglas específicas?"

El Águila ahora explicaba cuán improbable era que la vida se desarrollara en sistemas estelares que únicamente contuvieran átomos simples, como los de hidrógeno y helio, y ninguno de los más complejos y de orden superior forjados por estrellas que fenecían en forma de explosiones de supernova. Nicole empezó a sentirse dominada por una avasalladora insignificancia y anheló ver algo en escala humana.

—¿Hasta qué punto puedes empequeñecer el tamaño de esta sala? —preguntó de repente. Rió ante su propia manera de armar la oración. —Para ser mas precisa —se corrigió— ¿cuál es la resolución última de este sistema?

—El nivel más fino posible de detalle es la escala de cuatro mil noventa y seis a uno. En el otro extremo, podemos representar una escena intergaláctica con la dimensión más grande de cincuenta millones de años luz... Recuerda: nuestro interés por actividades que ocurran fuera de la galaxia es muy reducido...

Nicole estaba haciendo algunos cálculos mentales.

—Puesto que la dimensión máxima en longitud de esta sala es de medio kilómetro, ¿en el nivel mayor de detalle a esta sala la llenaría una sección de bienes raíces de dos mil kilómetros de largo, más o menos?

—Así es. Pero, ¿por qué lo preguntas?

Nicole se agitaba cada vez más.

—¿Podríamos hacer un acercamiento de la Tierra —preguntó—, y me permitirías volar sobre Francia?

—Sí, supongo que sí —respondió El Águila después de una breve vacilación—... aunque no es eso lo que yo había planeado.

—Eso significaría mucho para mí.

—Muy bien. Tomará un par de segundos para disponerlo, pero lo podemos hacer...

El vuelo empezó sobre el Canal de la Mancha. El Águila y Nicole estuvieron sentados en la plataforma, en lo alto de la sala a oscuras, durante tres segundos, aproximadamente, cuando por debajo de ellos se produjo una explosión de luz. Después que los ojos de Nicole finalmente se adaptaron, reconoció el agua azul que tenían abajo y la forma del litoral de la Normandía. Allá en la distancia, el Sena se vaciaba en el Canal.

Le pidió a El Águila que dejara fija la plataforma sobre la boca del Sena y que, después, se desplazara lentamente hacia París. La vista de la familiar geografía evocó en Nicole una intensa respuesta emocional: recordó con claridad los días de su juventud, cuando paseaba con despreocupación por toda esa región, acompañada por su amado padre.

El modelo que tenían debajo era soberbio. Hasta era tridimensional cuando el tamaño de los detalles geográficos y de los edificios superaba los límites de resolución del sistema alienígena: en Ruán, la famosa iglesia en la que Juana de Arco se retractó temporariamente, tenía medio centímetro de altura y dos de largo. En dirección de París, Nicole pudo ver la familiar forma del Arco del Triunfo, que se alzaba desde la superficie del modelo.

Cuando llegaron a París, la plataforma revoloteó algunos segundos sobre el decimosexto arrondissement[1]. La mirada de Nicole cayó brevemente sobre un edificio en especial que tenía debajo. Ver ese edificio, un moderno centro de conferencias, le proporcionó un momento especialmente conmovedor de su adolescencia: "Para mi preciosa hija, Nicole, y para todos los jóvenes del mundo, brindo una sencilla muestra de perspicacia", oyó que la voz de su padre decía de nuevo: estaba cerca del final de su discurso de aceptación del Premio Mary Renault. "En mi vida encontré dos cosas de valor inapreciable: aprender y amar. Nada más, ni la fama ni el poder ni los logros por los logros en sí pueden, ni siquiera cercanamente, tener el mismo valor duradero."

La imagen de su padre llenó la mente de Nicole.

"Gracias, papá", pensó. "Gracias por cuidar tan bien de mí después que mamá muriera. Gracias por todo lo que me enseñaste..."

Una nostalgia intensa, dolorosa, le produjo una fuerte afluencia de lágrimas. Durante un instante volvió a ser una niña y quiso desesperadamente hablar de su próxima muerte con el padre. Lenta, deliberadamente, luchó contra las emociones que amenazaban avasallarla. "Esto no es lo que deseaba sentir en este preciso momento", se dijo con dificultad. "Deseaba dejar atrás todo esto..."

Desvió la cara del modelo de Francia que tenía debajo.

—¿Qué pasa? —preguntó El Águila.

Nicole forzó una sonrisa.

—Quiero ver algo más —declaró—, algo espectacular... y nuevo: ¿qué te parece una ciudad de las octoarañas?

—¿Estás segura?

Ella asintió con la cabeza.

La sala se oscureció de inmediato. Dos segundos después, cuando Nicole giró para enfrentar la luz, la plataforma estaba volando sobre un vasto océano color verde intenso.

—¿Dónde estamos? —preguntó— ¿Y adónde estamos yendo?

[1] Distrito. En francés en el original. (N. del T.)

—En estos momentos nos encontramos a unos treinta años luz de tu Sol, en el primer planeta oceánico colonizado por las octoarañas después de la desaparición de los Precursores... Estamos sobre el mar, eso es evidente, a unos doscientos kilómetros de la más famosa de las ciudades de las octoarañas.

Nicole sintió una oleada de excitación cuando la plataforma fue haciendo un acercamiento desde el otro lado del mar: a lo lejos ya podía ver el desdibujado contorno de algunos edificios. Durante un instante imaginó ser una temeraria viajera espacial que llegaba a ese planeta por primera vez, ávida por ver las maravillas de las fabulosas ciudades que otros viajeros interestelares habían descripto.

"Esto es maravilloso", pensó Nicole. Concentró momentáneamente la atención en el océano que pasaba debajo de ella.

—¿Por qué esta agua es tan verde? —preguntó.

—El metro superior de esta parte del océano es un rico ecosistema en sí mismo, dominado por un género especial de planta fotosintetizadora cuyas variadas especies, todas ellas de color verde, brindan albergue y alimento para unos diez millones de otros seres... Algunas de las plantas individuales cubren más de un kilómetro cuadrado de territorio... Los Precursores crearon este dominio originalmente... Las octoarañas lo encontraron y mejoraron...

Cuando Nicole alzó la vista, la veloz plataforma ya casi había llegado a la ciudad: centenares de edificios de formas y tamaños diversos se diseminaban allá abajo. La mayor parte de los edificios de la ciudad de las octoarañas estaba construida en tierra firme, pero algunos parecían estar flotando sobre el agua. El conjunto más nutrido de esas estructuras se situaba a lo largo de una estrecha península que se extendía levemente hacia adentro del mar. En el extremo libre de esa península se alzaban tres enormes cúpulas verdes, muy cerca las unas de las otras, que dominaban la línea del horizonte urbano.

En la periferia de la ciudad había un ancho círculo de ocho cúpulas de menor tamaño, cada una de las cuales se conectaba mediante elementos para transporte lineal con las cúpulas centrales. A casi todos los edificios pertenecientes a la sección de la ciudad que rodeaba una cúpula exterior se los había pintado con el mismo color. Afuera, en el océano, por ejemplo, la cúpula rojo brillante tenía ocho rayos rojos largos y delgados, representativos de otros edificios, que se extendían hacia afuera a partir de la cúpula, formando un diseño geométrico equilibrado.

Todos los edificios de la ciudad estaban dentro del círculo definido por las ocho cúpulas de color. La que se convirtió inmediatamente en favorita de Nicole fue una extraña estructura marrón que flotaba en el agua; parecía ser casi tan grande como las enormes cúpulas centrales. Desde arriba, el edificio rectangular parecía como veinte estratos de una retícula tridimensional densamente atestada, con material proveniente del nido de los pájaros llenando las zonas abiertas del interior de cada una de los centenares de celdas.

—¿Qué es eso? —preguntó Nicole.

—Estas octoarañas, en particular, están muy avanzadas en microbiología —repuso El Águila—. Esa estructura, que, dicho sea de paso, se prolonga otros diez metros de profundidad en el océano, contiene más de mil diferentes hábitats para especies que tienen un tamaño de orden micrométrico... Lo que estás mirando es, en esencia, un puesto de suministro, que contiene el exceso de población de cada uno de estos diminutos seres. Las octoarañas que necesitan cualquiera de esas formas de vida vienen a este edificio para solicitarlas.

Los ojos de Nicole se regodeaban en la insólita arquitectura que aparecía por debajo de ella. Con los ojos de la mente podía verse caminando por las calles, mirando asombrada en derredor a la diversidad de seres que sería mucho mayor, inclusive, que el ecléctico zoológico que había encontrado en la Ciudad Esmeralda. "Quiero ir allá", se dijo. "Quiero ver..."

Le pidió a El Águila que colocara la plataforma directamente por encima de una de las grandes cúpulas verdes.

—¿El interior de este domo —preguntó— es similar a lo que era en la Ciudad Esmeralda?

—En realidad, no. La escala es por completo diferente... El territorio de las octoarañas en *Rama* era un microcosmos comprimido. Funciones que, en condiciones normales, en sus planetas estaban separadas por centenares de kilómetros de distancia, debido a limitaciones de espacio se veían forzadas a ubicarse en más o menos la misma superficie... En las colonias avanzadas del género octoaraña, por ejemplo, los alternativos no tienen una comunidad más que fuera de los portones de la ciudad: viven en un planeta enteramente diferente.

Nicole sonrió: "Un planeta lleno de alternativos", pensó, "*ése* sería un espectáculo digno de verse."

—... Esta ciudad en especial es el hogar de más de dieciocho millones de octoarañas, si contamos todas las diferentes variaciones morfológicas —decía El Águila—. También es la capital administrativa de este planeta. Dentro de los portones de la ciudad viven cerca de diez mil millones

de individuos que representan cerca de cinco mil especies... La superficie que ocupa la ciudad es equivalente, *grosso modo*, a Los Angeles o a cualquiera de las grandes zonas urbanas de tu Tierra...

El Águila continuó dándole datos y estadísticas sobre la ciudad octoarácnida que se veía debajo de la plataforma. Nicole, empero, estaba pensando en otra cosa.

—¿Archie vivió aquí? —preguntó, interrumpiendo el enciclopédico monólogo de su acompañante alienígena— ¿O Doctora Azul o cualquiera de las octoarañas que conocimos?

—No. Ni siquiera vinieron de este planeta o de este sistema estelar: las octoarañas de *Rama* provenían de lo que se conoce como "colonia de frontera", una especialmente diseñada en el aspecto genético para la interacción con otras formas inteligentes de vida...

Nicole meneó la cabeza y sonrió.

"Pero claro", dijo para sus adentros. "Debí haber sospechado que eran especiales..."

Estaba empezando a cansarse. Después de otros minutos más, le agradeció a El Águila y le dijo que ya había visto suficiente de la ciudad de las octoarañas. En un instante, las cúpulas, la estructura reticular marrón y el mar verde intenso desaparecieron. El Águila hizo volver la plataforma hasta lo alto de la gran cámara.

Por debajo de Nicole, la Vía Láctea estaba confinada a un pequeño espacio en el centro de la sala.

—El universo es una secuencia, que siempre se está ampliando, de vecindarios y vacíos —explicaba El Águila—. Mira qué vacío está alrededor de la Vía Láctea. Con la salvedad de las dos Nubes de Magallanes, que realmente no llegan a merecer el nombre de galaxias, la de Andrómeda es nuestro vecino galáctico más próximo, pero está muy lejos: la distancia transversal medida en la parte más grande de la Vía Láctea no es más que un vigésimo de la distancia que hay hasta Andrómeda.

Nicole no estaba pensando en Andrómeda. Estaba absorta en deliciosas meditaciones filosóficas sobre la vida en diferentes mundos, sobre ciudades y sobre la probable gama de seres constituidos por simples átomos que evolucionaron, sin la ayuda de seres superiores o con ella, hasta alcanzar el nivel de conciencia. Saboreó el momento, sabedora de que muy pronto no habría más de los vuelos de la imaginación que tanto le habían enriquecido la vida.

12

—Pasamos tanto tiempo en esa muestra —dijo El Águila después de haber terminado la revisión—, que creo que quizá debamos rever nuestra gira.

Estaban sentados uno al lado del otro, en el coche.

—¿Es ésta tu manera diplomática de decirme que mi corazón está fallando más rápido que lo esperado? —preguntó Nicole, forzando una sonrisa.

—No, realmente no. Pero, en realidad, *empleamos* casi el doble de tiempo que el que había planeado... Ni siquiera tomé en cuenta el sobrevuelo de Francia, por ejemplo, o la visita a la ciudad de las octoarañas...

—Esa parte fue maravillosa. Ojalá pudiera ir allá otra vez, con Doctora Azul como guía, y descubrir más sobre el modo en que viven...

—¿Así que te gustó más la ciudad octoarácnida que las espectaculares vistas de las estrellas?

—No diría eso. Todo fue fantástico... Lo que acabo de ver vuelve a confirmar que elegí el lugar correcto para... —No terminó la frase. —Me di cuenta, mientras estaba en la plataforma, de que la muerte no es sólo la terminación del pensar y del estar consciente: también es la terminación del sentir... No sé por qué eso no me fue obvio antes.

Se produjo un breve silencio.

—Así que, amigo mío, ¿adónde vamos después de aquí?

—Pensé que después podríamos ir a ingeniería, donde verás modelos de los Nodos, *Portaaviones* y otras espacionaves, y luego, si todavía tenemos tiempo, planeo llevarte a la sección de biología. Algunos de tus nietos *ex utero* están viviendo en esa región, en uno de nuestros mejores hábitats parecidos a la Tierra. En las cercanías hay otro complejo que alberga una comunidad de esas fascinantes anguilas o serpientes acuáticas con las que una vez nos encontramos en El Nodo. Y hay una exhibición taxonómica que hace comparaciones y establece diferencias, desde el punto de vista físico, entre todas las especies que alcanzaron el estadio de viajeras del espacio, y que se estudiaron en esta región...

—Todo eso suena fantástico —aprobó Nicole. De pronto, rió. —El cerebro humano es sorprendente... Ni te imaginas lo que se me acaba de ocurrir: el primer verso del poema de Andrew Marvell "A su esquiva dama"... "De contar nosotros con mundos de tiempo asaz infinito, esta esquivez femenina pues no sería delito"... Sea como fuere, iba a decir que dado que no tenemos tiempo para siempre, vayamos primero a la exhibición de *El Portaaviones*: me gustaría conocer la espacionave en la que Patrick, Nai, Galileo y los demás van a vivir... Después, veremos cuánto tiempo queda.

El coche empezó a desplazarse. Nicole observó, para sus adentros, que El Águila nada había dicho sobre los resultados de su examen. El miedo regresó, más fuerte esta vez.

"La sepultura es un lindo y privado lugar", recordó, "pero no es sitio al que me apure en llegar."

Estaban juntos sobre la superficie plana del modelo del *Portaaviones*.

—Este es un modelo en escala uno a sesenta y cuatro —dijo El Águila—, así tienes una idea de lo grande que *El Portaaviones* es realmente.

Desde su silla de ruedas, Nicole fijó la vista en la distancia.

—¡Por Dios!, este plano debe de tener casi un kilómetro de largo.

—Esa es una buena suposición. La parte de arriba de *El Portaaviones* verdadero tiene, más o menos, cuarenta kilómetros de largo y quince de ancho.

—¿Y cada una de estas burbujas encierra un ambiente diferente?

—Sí. A la atmósfera y otras condiciones las controlan el equipo que está aquí, en la superficie, así como sistemas adicionales de ingeniería situados bien abajo, en el volumen principal de la espacionave... Cada uno de estos hábitats tiene su propia velocidad de rotación, para crear la gravedad adecuada... Se puede agregar tabiques para especies separadas, de ser necesario, dentro

de una de las burbujas. A los residentes de la estrella de mar se los ubicó en el mismo dominio, porque están cómodos más o menos en las mismas condiciones ambientales. Sin embargo, no tienen acceso alguno entre sí.

Iban por un sendero que pasaba entre los emplazamientos de los equipos y las burbujas.

—Algunos de estos hábitats —dijo Nicole, examinando una pequeña protuberancia oval que se elevaba no más que unos cinco metros por encima del plano— parecen ser demasiado pequeños y restringidos como para albergar más que unos pocos individuos...

—Existen algunos viajeros muy pequeños —aclaró El Águila—. Una de las especies, proveniente de un sistema estelar no demasiado alejado del de ustedes, no tiene más que alrededor de un milímetro de largo; sus espacionaves más grandes ni siquiera llegan a tener el tamaño de este coche.

Nicole trató de imaginar un grupo de hormigas o áfidos inteligentes, trabajando juntas para construir una nave espacial. Sonrió ante la imagen mental.

—¿Y todos estos *Portaaviones* simplemente viajan de un Nodo a otro? —preguntó, cambiando de tema.

—Es su actividad primordial. Cuando ya no quedan seres vivos en una burbuja dada, se reacondiciona el hábitat en uno de los Nodos.

—Al igual que *Rama* —apuntó Nicole.

—En cierto sentido —dijo El Águila——, pero con muchas diferencias importantes. Siempre estamos estudiando a propósito cualquier especie que esté a bordo de una espacionave clase *Rama*. Tratamos de poner a esa especie en un ambiente tan realista como sea posible, de modo de poder observarla en "condiciones naturales". En cambio, no *necesitamos* más datos sobre los seres que se asignan a la flota de *Portaaviones*. Esa es la razón por la que no intercedemos en sus asuntos.

—Salvo para evitar la reproducción... A propósito, en la estructura de la ética de ustedes, ¿evitar la reproducción es una actitud más humanitaria, o cualquiera que sea la palabra equivalente que tienen ustedes, que exterminar a los seres directamente?

—Así lo creemos —repuso El Águila.

Habían llegado a un sitio en la parte de arriba del modelo del *Portaaviones*, en el que un sendero se bifurcaba hacia la izquierda, regresando a las rampas y pasillos del módulo de conocimientos.

—Creo que ya conseguí lo que quería aquí —dijo Nicole. Vaciló un instante. —Pero tengo un par de preguntas más.

—Adelante.

—Si se admite que la descripción que San Michael hizo del propósito de *Rama*, de El Nodo y de todo lo demás es correcta, ¿no están ustedes mismos perturbando y alterando el proceso en sí que quieren observar? Me da la impresión de que por el mero hecho de estar acá e interactuar...

—Tienes razón, claro. Nuestra presencia acá *sí* influye levemente sobre el curso de la evolución. Es una situación análoga a la del principio de incertidumbre de Heisenberg, en física: no podemos observar sin influir... De todos modos, a nuestras interacciones puede considerarlas el monitor primario y tomarlas en cuenta en la elaboración del modelo total del proceso. Y tenemos reglas para reducir al mínimo las maneras en que podemos perturbar la evolución natural...

—Ojalá Richard hubiera podido estar conmigo para oír la explicación de todo que dio San Michael. Habría quedado fascinado y, estoy segura, habría planteado algunas preguntas excelentes.

El Águila no respondió. Nicole suspiró.

—Así que, ¿qué hay de nuevo, *Monsieur le Tour Director* [1]? preguntó sonriente.

—Almuerzo. En el coche hay un par de sándwiches, agua y una deliciosa porción de esa fruta octoarácnida que es tu favorita.

Nicole rió y giró la silla de ruedas en dirección del sendero.

—Piensas en todo —comentó.

—Richard no creía en el Paraíso —dijo Nicole, mientras El Águila completaba otro examen—, pero si hubiera podido construir su propia y perfecta vida en el más allá, indudablemente habría incluido un sitio como éste.

El Águila estaba estudiando los espectrales garabatos que aparecían en el monitor que tenía en la mano:

—Creo que sería buena idea —señaló, alzando la vista hacia Nicole— saltear parte de la gira... e ir directamente a las exposiciones más importantes que hay en el dominio siguiente.

[1] Señor director de gira, señor guía turístico. En francés, con ordenamiento semántico en inglés. en el original. (N. del T.)

—Tan mal, ¿eh? —apuntó Nicole. No estaba sorprendida: los dolores ocasionales que había estado sintiendo en el pecho antes de las visitas a Francia y la ciudad de las octoarañas ahora se habían vuelto continuos.

El miedo era constante ahora también. Entre cada dos palabras, dos pensamientos, estaba agudamente consciente de que su muerte no estaba muy lejana. "Así que, ¿de qué tienes miedo?", se preguntó. "¿Cómo puede ser tan mala la nada?" Así y todo, el miedo persistía.

El Águila explicó que no había suficiente tiempo para una orientación hacia el segundo dominio. Cruzaron los portones, entrando en la segunda de las esferas concéntricas, y viajaron durante unos diez minutos.

—El aspecto en el que se hace hincapié en este dominio —explicó El Águila mientras conducía— es en el modo en que todo cambia con el paso del tiempo. Hay una sección aparte para cada elemento concebible de la galaxia que se vea afectado por el total de su evolución o que afecte a ésta... Creí que te sentirías especialmente interesada por la primera exposición.

La sala era similar a aquella en la que vieron por primera vez la Vía Láctea, con la diferencia de que era considerablemente más chica. Una vez más, abordaron una plataforma móvil que les permitía desplazarse por la cámara a oscuras.

—Lo que vas a presenciar —aclaró El Águila— necesita cierta explicación: es, en lo esencial, un resumen en función de lapsos, de la evolución de civilizaciones viajeras por el espacio existentes en una región galáctica que abarca tu Sol y alrededor de otros diez millones de sistemas estelares. Esto es, aproximadamente, un diezmilésimo de toda la galaxia, pero lo que vas a ver es representativo de la galaxia como un todo...

"En esta exhibición no vas a ver estrellas, planetas ni otras estructuras físicas, aunque al desarrollar el modelo se dan por supuestas sus respectivas ubicaciones. Lo que verás, una vez que comencemos, son luces, cada una representando un sistema estelar en el que una especie biológica se convirtió en viajera espacial al poner, por lo menos, una espacionave en órbita de su propio planeta... En tanto y en cuando el sistema estelar siga siendo un centro de morada de viajeros espaciales activos, la luz de ese sitio en especial permanecerá encendida...

"Iba a empezar la exposición unos diez mil millones de años atrás, poco después que lo que evolucionó hasta convertirse en la actual galaxia de la Vía Láctea se hubiera recién formado. Dado que hubo mucha inestabilidad y rápidos cambios al comienzo, ninguna especie viajera surgió durante largo tiempo. En consecuencia, durante los primeros cinco mil millones de años, o algo así, hasta la formación de tu Sistema Solar, haré pasar la exhibición con rapidez, a un ritmo de veinte millones de años por segundo... Para poder establecer una referencia, la Tierra empezará a incrementar su tamaño aproximadamente cuatro minutos después de comenzado este proceso. Detendré la exhibición en ese momento.

Estaban juntos sobre la plataforma, en la gran cámara. El Águila de pie y Nicole sentada en su silla de ruedas, al lado de él. La única iluminación provenía de una pequeña luz sobre la plataforma, que permitía que los dos pudieran verse. Después de contemplar durante más de treinta segundos la oscuridad circundante, Nicole rompió el silencio:

_¿Iniciaste el proceso? —preguntó—. Nada ocurre.

—Exactamente —repuso El Águila—. Lo que hemos notado por la observación de otras galaxias, algunas de ellas mucho más antiguas que la Vía Láctea, es que la vida no surge hasta que la galaxia se asiente y desarrolle zonas estables. La vida necesita, al mismo tiempo, algunas estrellas con muy poca variación en un ambiente relativamente benigno, y la evolución estelar que redunde en la creación de todos los elementos críticos de la tabla periódica que son tan importantes en todos los procesos bioquímicos. Si toda la materia es partículas subatómicas y los átomos más simples, la probabilidad de que se origine vida de alguna clase, y mucho menos vida capaz de viajar por el espacio, es sumamente reducida. No es sino hasta que las estrellas grandes cumplen todo su ciclo de vida y fabrican los elementos más complejos, como nitrógeno, carbono, hierro y magnesio, que las probabilidades de surgimiento de la vida se vuelven razonables.

Debajo de ellos parpadeaba una luz ocasional, pero durante los cuatro primeros minutos completos, aparecieron no más que unos pocos centenares de luces diseminadas, y solamente una duró más de tres segundos:

—Ahora hemos llegado al tiempo de la formación de la Tierra y del Sistema Solar —anunció El Águila, preparándose para volver a poner en funcionamiento la exhibición.

—Espera un momento, por favor —dijo Nicole—. Quiero estar segura de entender. ¿Acabas de mostrarme que, durante la primera mitad de la historia galáctica, cuando no había ni Tierra ni Sol, relativamente pocos viajeros espaciales se desarrollaron en la región que está en torno del lugar en el que, con el tiempo, se habría de formar el Sol...? ¿Que de esos viajeros espaciales, casi todas las

especies tuvieron un lapso de vida de menos de veinte millones de años, y que sólo lograron sobrevivir durante unos sesenta millones?

—Muy bien —aprobó El Águila—. Ahora voy a añadir otro parámetro a la exhibición... Si un viajero espacial logró desplazarse fuera de su propio sistema estelar, y estableció una presencia permanente en otro, lo que ustedes, los seres humanos, todavía no hicieron, claro está, entonces la representación visual admite esa ampliación iluminando el otro sistema estelar también, con luz del mismo color. Por consiguiente, podemos hacer el seguimiento de la diseminación de una especie viajera en particular... Ahora también voy a modificar la velocidad de representación visual, duplicándola, y la llevaré a diez millones de años por segundo...

Sólo medio minuto dentro del período siguiente, una luz roja se encendió en uno de los rincones de la cámara. Seis a ocho segundos después estuvo rodeada por centenares de luces rojas más. En conjunto brillaban con tanta intensidad, que el resto de la sala, con su ocasional luz solitaria, parecía, en comparación, oscura y desprovista de interés. El campo de luces rojas se desvaneció entonces en una fracción de segundo. Primero, el núcleo interno del patrón en rojo se volvió oscuro, dejando pequeños grupos de luces esparcidas en los bordes de lo que otrora había sido una región gigantesca. Un parpadeo del ojo más tarde, y todas las luces rojas desaparecieron.

La mente de Nicole estaba operando a todo vapor, mientras observaba las luces destellando alrededor.

"Esta debe de ser una narración interesante", pensó, reflexionando sobre, las luces rojas. "Imaginemos una civilización esparcida por una región que contiene centenares de estrellas. Entonces, de repente, ffft, esa especie ya no está más... La lección es ineludible: para todo hay un comienzo y un final... La inmortalidad únicamente existe como concepto, no como realidad."

Recorrió la sala con la vista: se estaba formando un diseño general periódico a medida que cada vez más regiones albergaban luces ocasionales, indicadoras del surgimiento de más civilizaciones astronavegantes. Todavía la mayoría de los viajeros duraban, en promedio, nada más que un breve instante, mucho menos que un segundo entero, y aun aquellas que se diseminaban y colonizaban sistemas estelares colindantes raramente se ponían en estrecha proximidad de una luz que indicara otra especie con capacidad para viajar por el espacio.

"Hubo inteligencia y capacidad de desplazamiento por el espacio en nuestra parte de la galaxia desde antes que hubiera una Tierra", pensó Nicole "... pero muy pocos de esos evolucionados seres experimentaron, siquiera, la emoción de tener contacto continuo con sus pares... Así que también la soledad es uno de los principios fundamentales del universo... en esta parte, por lo menos..."

Ocho minutos después, El Águila volvió a paralizar la exhibición visual:

—Ahora hemos llegado a un punto en el tiempo que está diez millones de años antes de lo presente —dijo—. En la Tierra, hace mucho que desaparecieron los dinosaurios destruidos por su incapacidad para adaptarse a los cambios climáticos ocasionados por el impacto de un gran asteroide... Su desaparición, empero, permitió que los mamíferos florecieran, y una de las líneas evolutivas de los mamíferos está empezando a mostrar los rudimentos de la inteligencia...

El Águila se detuvo: Nicole estaba mirándolo con una expresión intensa, casi dolorida, en el rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó el alienígena.

—*Nuestro* universo, en particular, ¿terminará en armonía —preguntó Nicole—, o será uno de esos puntos de información que ayude a Dios a definir la región que Él está buscando, al permanecer *afuera* del conjunto deseado?

—¿Qué te hace formular esa pregunta justamente ahora?

—Toda esta representación visual —contestó Nicole, haciendo un ademán abarcador— es un catalizador asombroso. Mi mente tiene montones de preguntas. —Sonrió. —Pero dado que no tengo tiempo para hacerlas todas, pensé en formular las más importantes primero...

"Mira lo que ocurrió aquí —prosiguió—. Aun ahora, después de diez mil millones de años de evolución, las luces están ampliamente dispersas, y ninguno de los agrupamientos existentes adquirió carácter permanente o difundido, aun esta parte relativamente pequeña de la galaxia. Con toda seguridad, si nuestro universo va a terminar en armonía, más tarde o más temprano se deben encender luces, indicadoras de viajeros espaciales e inteligencia, en casi cada sistema estelar de toda galaxia... ¿o es que interpreté mal lo que San Michael quería decir con lo de armonía?

—No lo creo —dijo El Águila.

—¿Dónde está nuestro sistema solar en esta representación visual?

—Precisamente ahí —indicó El Águila, utilizando su señalador con haces de luz.

Nicole contempló primero la zona que rodeaba la Tierra y después exploró rápidamente el resto de la sala.

—Así que diez millones de años atrás había alrededor de sesenta especies que podían navegar por el espacio, habitando entre nuestros diez mil vecindarios estelares más cercanos... Y una de esas especies, si entiendo ese cúmulo de luces verde oscuro, se originó no demasiado lejos de nosotros y diseminó de modo de abarcar veinte o treinta sistemas estelares en total...

—Correcto —aprobó El Águila— ¿Paso otra vez la exhibición hacia adelante, a menor velocidad?

—Dentro de un momento. Primero quiero apreciar esta configuración en especial... Hasta este momento, todo estuvo ocurriendo en esta representación visual más rápido que lo que me es posible absorberlo...

Miró con fijeza el grupo de luces verdes: el borde externo quedaba a no más de quince años luz de donde El Águila había señalado que estaba el Sistema Solar. Nicole le hizo un gesto para que reanudara la representación, y él le dijo que, ahora, la velocidad sería de sólo doscientos mil años por segundo.

Las luces verdes se acercaron cada vez más a la Tierra y, de pronto, desaparecieron.

—¡Alto! —aulló Nicole.

El Águila detuvo la exhibición. Miró a Nicole con expresión de perplejidad.

—¿Qué le pasó a esos tipos? —preguntó ella.

—Te hablé sobre ellos hace dos días —dijo El Águila—. Ellos mismos se modificaron con ingeniería genética y anularon su propia existencia.

"Casi alcanzaron la Tierra", pensó Nicole, "y qué diferente habría sido toda la historia si lo hubieran conseguido... Habrían reconocido de inmediato el potencial intelectual de los protohumanos de África y, sin lugar a dudas, les habrían hecho a ellos lo que los Precursores a las octoarañas. Entonces, nosotros..."

Con los ojos de la mente vio, súbitamente, la imagen de San Michael, que le explicaba con calma el propósito del universo delante del fuego que crepitaba en el hogar del estudio de Michael y Simone.

—¿Podría ver el comienzo? —pidió.

—¿El comienzo de qué?

—El comienzo de todo. El instante en que este universo empezó y todo el proceso de evolución se puso en movimiento. —Con la mano hizo un gesto que abarcaba el modelo que estaba debajo de ellos.

—Podemos hacerlo —accedió El Águila, después de una breve pausa.

—No tenemos conocimientos sobre lo que pasó *antes* de que se creara este universo —añadió un instante después, mientras Nicole y él permanecían juntos sobre la plataforma, en medio de la completa oscuridad—. Pero suponemos empero que alguna clase de energía existía antes del instante de la Creación, pues se nos ha dicho que la materia de este universo fue resultado de una transformación de la energía.

Nicole miró en derredor.

—Oscuridad por todas partes —dijo, casi para sí misma—. Y en alguna parte de esa oscuridad, si es que las palabras "alguna parte" tienen algún significado, hubo energía. Y un Creador... ¿o es que la energía fue *parte* del Creador?

—No lo sabemos —contestó El Águila, después de otra breve pausa—. Lo que *sí* sabemos es que el destino de todos y cada uno de los elementos del universo se decidió en ese instante inicial. El modo en que esa energía se transformó en materia definió miles de millones de años de historia...

Mientras El Águila hablaba, una luz cegadora inundó la sala. Nicole apartó la vista y se cubrió los ojos.

—Toma —dijo El Águila, buscando en su bolso, y le alcanzó un par de anteojos especiales.

—¿Por qué hiciste esa simulación tan brillante? —quiso saber Nicole, después de ponérselos.

—Para indicar, en alguna medida por lo menos, cómo fueron esos momentos iniciales... Mira —dijo, señalando hacia abajo —, detuve el modelo en 10^{-40} segundos después del instante de la Creación: el universo ha existido desde hace sólo un lapso infinitesimal y, no obstante, ya es rico en estructura física. Esta cantidad increíble de luz proviene, en su totalidad, de esa diminuta cantidad de caldo cósmico que hay debajo de nosotros... Toda esa "pasta" que compone el universo temprano es completamente extraña a cualquier cosa que podamos reconocer o entender. No hay átomos, no hay moléculas; la densidad de los quarks, leptones y sus amigos es tan grande, que una pizca de "pasta" no mayor que un átomo de hidrógeno pesaría más que un cúmulo grande de galaxias en nuestra era...

—Tan sólo a título informativo —dijo Nicole ¿dónde estamos tú y yo en este momento?

El Águila vaciló.

—En ninguna parte sería la mejor respuesta —respondió al fin—. Para los propósitos ilustrativos, estamos afuera del modelo del universo, pero podríamos estar en otra dimensión. La matemática del universo temprano no funciona a menos que inicialmente haya habido más de cuatro dimensiones. Naturalmente, todo lo que hay en el espacio-tiempo que más tarde se habrá de convertir en nuestro universo está comprendido dentro de ese pequeño volumen que produce la pavorosa luz. La temperatura allí imperante, ya que estamos, si el modelo fuera una representación verdadera, sería diez billones de billones de veces más caliente que la estrella más caliente que finalmente se desarrolle.

"Nuestro modelo de aquí también distorsionó los conceptos de tamaño y distancia —prosiguió El Águila, después de una breve pausa—. Dentro de un instante comenzaré otra vez la simulación del universo primitivo, y quedaremos abrumados cuando esa compacta masa de radiación estalle hacia afuera a una velocidad asombrosa... Mientras se produce la simulación de lo que los cosmólogos denominan Era de la Inflación, el tamaño supuesto de esta sala también va a incrementarse con rapidez. Si no modificáramos la escala, ahora no podrías ver la estructura del universo a los 10^{-40} de segundo sin un microscopio fantástico.

Nicole miró hacia abajo, a la fuente de luz.

—¿Así que ese minúsculo glóbulo retorcido de material caliente y pesado fue la semilla de todo? ¿A partir de ese diminuto guiso de partículas subatómicas vinieron las grandes galaxias que me mostraste en el otro dominio? No parece posible...

—No sólo esas galaxias. El potencial para *todo* lo que hay en el cosmos está guardado en esa peculiar sopa supercalentada...

El pequeño glóbulo súbitamente empezó a expandirse a una velocidad enorme. Nicole tenía la sensación de que la superficie del glóbulo le iba a tocar la cara en cualquier momento. Millones de rarísimas estructuras se formaron y desaparecieron delante de sus ojos, y ella observaba con fascinación cómo el material parecía alterar su naturaleza varias veces, desplazándose a través de estados de transición tan peculiares y ajenos como el primitivo glóbulo supercalentado.

—He hecho correr el tiempo hacia adelante en el modelo —explicó El Águila varios segundos después—. Lo que ves ahí afuera ahora, aproximadamente un millón de años después de la Creación, sería reconocible por cualquier estudiante aplicado de física: se han formado algunos átomos simples, tres clases de hidrógeno, dos de helio, por ejemplo. El litio es el átomo más pesado conocido del que hay abundancia... La densidad del universo ahora es aproximadamente equivalente a la del aire en la Tierra, y la temperatura decayó hasta un relativamente confortable millón de grados o sea, veinte órdenes de magnitud *menos* que lo que existía en el momento del glóbulo caliente.

El Águila puso en movimiento la plataforma y la guió entre las luces, los montones y los filamentos.

—Si fuéramos verdaderamente inteligentes —señaló—, podríamos mirar toda esta materia primitiva y predecir qué "montones" se convertirían, con el tiempo, en cúmulos galácticos... Fue alrededor de esta época que apareció el primer monitor primario, el único intruso en este, de otro modo, proceso natural de evolución... Ninguna actividad del monitor pudo haberse hecho antes, porque el proceso es tan sensible... Cualquier clase de observación durante el primer segundo de la Creación, por ejemplo, habría distorsionado por completo la evolución resultante.

El Águila señaló una esfera metálica, diminuta, que estaba en el centro de varias aglomeraciones enormes de materia.

—Ese primer monitor primario —dijo— fue enviado por el Creador desde otra dimensión del universo primitivo hacia nuestro sistema en evolución de espacio-tiempo. Su propósito era observar qué estaba ocurriendo y crear, según fuese necesario, y con su propia inteligencia, los demás sistemas de observación que habrían de reunir toda la información pertinente sobre el proceso total.

—Así que el Sol, la Tierra y todo ser humano —dedujo Nicole lentamente— son resultado de la impredecible evolución natural del cosmos. El Nodo, *Rama*, y hasta tú y San Michael, fueron producidos a partir de un desarrollo dirigido originalmente diseñado por ese primer monitor primario...

Dejó de hablar, mirando en derredor, y después se volvió hacia El Águila:

—A *ti* se te pudo haber pronosticado muy poco después del momento de la Creación... *Yo*, y hasta la existencia de la humanidad, provinimos de un proceso tan matemáticamente perverso que ni siquiera se pudo habernos pronosticado cien millones de años atrás, lo que sólo es el *uno* por ciento del tiempo transcurrido desde el comienzo del universo...

Meneó la cabeza y, después, agitó la mano en gesto de abatimiento:

—Muy bien —dijo—, es suficiente... Estoy sobrecargada con el infinito.

La gran sala volvió a quedar a oscuras, con excepción de las pequeñas luces que había sobre el piso de la plataforma.

—¿Qué pasa? —se inquietó El Águila, al ver un gesto de angustia en el rostro de Nicole.

—No estoy segura. Siento una especie de tristeza, como si hubiera sufrido una profunda pérdida personal... Si he comprendido todo esto, entonces todos los seres humanos son mucho más especiales que tú, o hasta *Rama*. Las probabilidades están muy en contra de que cualquier ser siquiera parecido a nosotros vuelva a surgir otra vez, ya sea en este universo o en cualquier otro... Somos uno de los productos casuales del caos. Tú o, por lo menos, algo como tú, probablemente existe en todos esos universos que el Creador supuestamente está observando...

Hubo un momento de silencio.

—Supongo que después de escuchar a San Michael había imaginado —prosiguió Nicole— que habría voces humanas en esa armonía que Dios estaba buscando... Ahora me doy cuenta de que es únicamente en el planeta Tierra, en este universo en particular, que nuestras canciones...

Sintió un punzante estallido de dolor en el pecho. Se mantuvo la intensidad. Nicole luchó por respirar, convencida de que el fin estaba llegando en forma inmediata.

El Águila nada dijo, pero la observaba cuidadosamente. Ella finalmente recuperó el aliento y habló con frases breves, entrecortadas:

—Me diste.. . en el almuerzo... un lugar personal.. . donde pude ver familia y amigos. . .

Hablaron brevemente en el coche, mientras el dolor era momentáneamente soportable. Tanto El Águila como Nicole sabían, sin decir nada, que el siguiente ataque sería el último.

Ingresaron en otra de las zonas de exhibición del módulo de conocimiento. Esa sala era un círculo perfecto, con un espacio en una pequeña sección del piso, en el medio, donde El Águila se pudo parar junto a la silla de ruedas de Nicole. Cruzaron hasta su ubicación en el centro y miraron cómo figuras similares a seres humanos empezaban a representar acontecimientos de la vida como adulta de Nicole, en cada uno de los seis decorados teatrales que rodeaban estrechamente a ella y El Águila.

La verosimilitud de las representaciones era asombrosa: no sólo la familia y los amigos de Nicole tenían exactamente el mismo aspecto que en el momento en que tuvieron lugar los sucesos, sino que todos los decorados eran reconstrucciones perfectas también. En una de las escenas, Katie estaba practicando atrevidamente esquí acuático cerca de la costa del lago Shakespeare, riendo y saludando con la mano, con el imprudente abandono que había constituido su sello distintivo. En otra, Nicole contempló una reconstrucción de la fiesta que, en *Rama II*, la pequeña compañía de actores había realizado para recordar el milésimo aniversario de la muerte de Eleonora de Aquitania. Ver a Simone cuando tenía cuatro años, y a Katie cuando tenía dos, y tanto a Richard como a ella misma cuando todavía eran jóvenes y vigorosos, le trajo lágrimas a los ojos.

"Ha sido una vida asombrosa", pensó. Hizo avanzar la silla de ruedas hasta penetrar en la escena de *Rama II*, y la acción se detuvo. Se inclinó y recogió el robot TB que Richard había creado para divertir a las niñitas. Lo sintió correctamente equilibrado en sus manos.

—¿Cómo les fue posible hacer esto? —preguntó.

—Tecnología avanzada —contestó El Águila—. No podría explicártelo.

—¿Y si yo fuera allá, donde Katie está esquiando, al tocarla sentiría el agua mojada?

—Por supuesto.

Nicole se retiró de la escena, sosteniendo el seudorrobot en las manos. Cuando ella se alejó, otro TB se materializó y la escena continuó. "Había olvidado, Richard", se dijo, "todas tus brillantes creaciones en miniatura."

El corazón le concedió unos pocos minutos más para disfrutar las viñetas tomadas de su vida. Volvió a sentir emoción en el momento del nacimiento de Simone, a revivir su primera noche de amor con Richard no mucho después que él la halló en Nueva York, y a experimentar, por segunda vez, la fantástica serie de visiones y seres que los habían saludado a Richard y ella cuando los portones de la Ciudad Esmeralda se abrieron por primera vez para ellos.

—¿Puedes reproducir cualquier acontecimiento de mi vida que yo pudiera desear? —preguntó, sintiendo una súbita contracción en el pecho.

—En tanto haya ocurrido después que llegaras a *Rama* y yo pueda encontrarlo en los archivos... —contestó El Águila.

Nicole jadeó: el ataque cardíaco final ya se estaba produciendo.

—Por favor —dijo con dificultad— ¿Puedo ver mi última conversación con Richard, antes de que se fuera...?

"No falta mucho", le dijo una voz interior. Apretó los dientes y trató de concentrarse en la escena que de repente había aparecido delante de ella: Richard le estaba explicando a la seudo Nicole por qué él era quien debía acompañar a Archie de regreso a Nuevo Edén.

—Entiendo —dijo en la escena seudo Nicole.

"Entiendo", dijo la verdadera Nicole para sí misma. "Esta es la declaración más importante que alguien haya hecho jamás... toda la clave de la vida consiste en entender... Y ahora entiendo que soy un mortal cuya hora de morir ha llegado."

Otra oleada de intenso dolor fue acompañada por el fugaz recuerdo del verso en latín de un antiguo poema: Timor mortis conturbat me... (pero no temeré porque entiendo).

El Águila la estaba mirando detenidamente.

—Me gustaría ver a Richard y Archie —dijo ella trabajosamente—… sus momentos finales... en la celda... justo antes de que vinieran los biots...

"No temeré porque entiendo."

—Y mis hijos, si de alguna manera pueden estar ahí... y Doctora Azul.

La sala quedó a oscuras. Los segundos pasaban. El dolor era terrible. "No temeré..."

Las luces volvieron a encenderse: Richard y Archie estaban en su celda, inmediatamente delante de la silla de ruedas de Nicole. Oyó a los biots abrir la puerta que daba al bloque de celdas, en el extremo del pasillo...

—Congélala ahí, por favor —balbuceó Nicole. Justo hacia la izquierda de la escena con Richard y Archie, sus hijos y Doctora Azul estaban alineados formando un cuadro. Nicole pugnó por ponerse de pie y caminó los pocos metros hasta estar entre ellos. De sus ojos brotaron lágrimas cuando tocó los rostros que amaba una última vez.

Las paredes del corazón empezaron a desplomarse. Nicole se derrumbó dentro de la escena en la celda de Richard y abrazó la representación de su marido.

—Entiendo, Richard —dijo.

Cayó de rodillas lentamente. Volvió la cara para mirar a El Águila:

—Entiendo —dijo con una sonrisa.

"Y entender es felicidad", pensó

Agradecimientos

Querríamos agradecer a Neal y Shelagh Ausman, así como a Gerry y Michelle Snyder, por representar a los lectores en la elaboración de sugerencias sobre los temas que debían tratarse en *Rama Revelada*. Gerry también fue extremadamente útil en las discusiones sobre los detalles del idioma de las octoarañas.

Nuestra editora de Bantam, Jennifer Hershey, fue una fuente de fuerza y respaldo durante todo el desarrollo y la redacción de esta novela, brindando, al mismo tiempo, incansable aliento y valiosas recomendaciones sobre todos los aspectos del libro. Gracias, Jennifer. También estamos en deuda con Richard Evans y Victor Gollancz por varias observaciones editoriales específicas, inclusive la sugerencia de añadir un prólogo.

Lou Aronica y Russ Galen, nuestro editor y nuestro agente, nos ayudaron en incontables formas durante los cinco años transcurridos desde que se concibió originalmente la continuación de la trilogía sobre *Rama*: las muchas contribuciones que hicieron nos permitieron concentrar las energías en la redacción real de las novelas.

Nuestro agradecimiento final va para nuestras respectivas familias, por el amor y la comprensión que nos profesaron todo este tiempo. Para Stacey Kiddoo Lee, en especial, extendemos nuestro aprecio de corazón, no sólo por su buena disposición para manejar una familia de cuatro varoncitos, enfrentándose a limitaciones difíciles (y cambiantes), sino, también, por sus perspicaces comentarios sobre Nicole y los demás personajes femeninos principales de la trilogía.